

Historia, tiempo y testimonio.

La construcción del otro en la historiografía del pasado reciente argentina.

Autor:

Urteneche, Gonzalo

Tutor:

Mudrovic, María Inés

2021

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctora de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Historia.

Posgrado



HISTORIA, TIEMPO Y TESTIMONIO

LA CONSTRUCCIÓN DEL OTRO EN LA HISTORIOGRAFÍA DEL PASADO RECIENTE ARGENTINA

Doctorando

URTENECHÉ, GONZALO

DNI 33.257.917

g_urteneche@yahoo.com.ar

15-6979-6469

Posgrado en curso: Doctorado en Historia

Resolución CD: 67.697/16

Directora de tesis

María Inés Mudrovcic

Co-director de tesis

Alejandro Cattaruzza

Consejera de estudios

Nora Pagano

La verdad tantas veces, ya viene siendo bastante poco.
Tan pobres somos que solo hay ciencia frente a tanto dolor.

Solo tenemos ciencia, Gabo Ferro

Contenido

Introducción.....	6
I. Estado de la cuestión y planteo del problema.....	6
II. Tesis a sostener	17
III. Plan de obra.....	20
Primera parte: Historia y testimonio.....	22
Capítulo I. Historiografía, temporalidad y testimonio	23
I.1. La temporalidad en (y de) la historiografía del siglo XX.....	23
I.1.1. El “Antiguo Régimen historiográfico”: del modelo rankeano al historicismo francés	23
I.1.2. Tiempo lineal y pasado histórico: las categorías temporales de la historiografía	30
I.1.3. El tiempo histórico y la escritura de la historia: el pasado histórico como objeto de la disciplina.....	46
I.2. La perspectiva evidencial-inferencial: el testimonio como vestigio del pasado	54
I.2.1. El testimonio entre la epistemología y la historiografía.....	54
I.2.2. Collingwood, Bloch y la autonomía epistémica: testimonio e inferencia	62
I.2.3. El testimonio y la Historia Oral	70
I.2.4. Testimonio histórico y testimonio judicial: el modelo inquisitorial en la justicia y la historiografía	80
I.3. Conclusión Capítulo I. La objetivización de los sujetos	86
Capítulo II. La “era del testimonio”, el presentismo y la escritura de la historia	90
II. 1. El régimen de historicidad presentista y la historia del tiempo presente	90
II. 1. 1. El presentismo como régimen de historicidad: definiciones y límites.....	90
II. 1. 1. 1. El tiempo de la justicia: la imprescriptibilidad de los crímenes de lesa humanidad.....	103
II. 1. 2. La Historia del Presente en Europa y los alcances del presente como temporalidad para la historiografía	113
II. 2. La “era del testigo”: la Shoah y el ascenso de la categoría psicoanalítica de “trauma”	127
II. 2.1. La “era del testigo” y el testimonio judío de la Shoah	127
II. 2.2. La noción de trauma y el testimonio como vía de acceso directo al pasado	142
II. 2.3. La anulación de la distancia temporal y la (im)posibilidad de una historiografía del trauma	154
II. 3. Conclusión Capítulo II. La preeminencia del testimonio	164
Segunda parte: Historia Reciente argentina y testimonio.....	167
Capítulo III. El testimonio en la Historia Reciente argentina.....	168
III. 1. La Historia Reciente en Argentina: desarrollo historiográfico y cuestiones de temporalidad	168
III. 1.1. La Historia Reciente argentina en contexto.....	168
III.1.1.1. Historia oral y Literatura testimonial (1983-2000).....	172

III.1.1.2. <i>La consolidación de la Historia Reciente: los sesenta y los setenta en la historiografía argentina</i>	184
III. 1.2. <i>¿Qué tiempo implica “lo reciente”? El presente y la posibilidad de un “trauma argentino”</i>	194
III. 2. <i>La Historia Reciente argentina y el testimonio: debates y usos</i>	207
III. 2.1. <i>El testimonio según los/as historiadores/as del pasado reciente argentino</i>	207
III. 2.2. <i>Los Combatientes (Historia del PRT -ERP) de Vera Carnovale y el testimonio como evidencia</i> ...	214
III. 2.3. <i>Por las sendas argentinas – El PRT/ERP – La guerrilla marxista de Pablo Pozzi y el testimonio como mimesis</i>	223
III. 2.4. <i>Mezclas e intensidades: otras obras que incorporan testimonios</i>	239
III. 3. <i>Conclusión Capítulo III. Intereses prácticos y la delimitación del presente: políticas del tiempo en la Historia Reciente</i>	245
Capítulo IV. <i>La Historia Reciente: pasado irrevocable y testimonio como “supervivencia”</i>	249
IV. 1. <i>El pasado irrevocable como temporalidad para la Historia Reciente argentina y el testimonio como supervivencia anacrónica</i>	249
IV. 1.1. <i>Repensando el presente para pensar “lo reciente”</i>	249
IV. 1.2. <i>Más allá de la ruptura temporal y del colapso de tiempos: el pasado irrevocable</i>	255
IV. 1.2.1. <i>Pasado irrevocable, memoria y el problema del conocimiento testimonial</i>	260
IV. 1.3. <i>El testimonio como “supervivencia”: anacronismos e impurezas del tiempo. Un breve análisis de Las revolucionarias. Militancia, vida cotidiana y afectividad en los setenta de Alejandra Oberti</i>	266
IV. 2. <i>La concepción dialógica del testimonio</i>	278
III. 2. 1. <i>Paul Ricoeur y el testimonio como “institución natural dialógica”</i>	278
III. 2. 2. <i>El testimonio en Latinoamérica: John Beverley y el caso Menchú</i>	287
IV. 3. <i>La Historia Reciente argentina y la posibilidad del testimonio dialógico</i>	294
IV. 3.1. <i>Algo parecido a la felicidad. Una historia de la lucha de la clase trabajadora durante la década del setenta (1973-1978) de Federico Lorenz</i>	294
IV. 3.1.1. <i>El problema de la verdad histórica en Algo parecido a la felicidad: el testimonio y la justicia</i>	307
IV. 4. <i>Conclusión Capítulo IV. Irrevocabilidad, anacronismos y supervivencias: el presente, el testimonio y la construcción del otro</i>	311
Conclusiones	315
Anexo	329
Bibliografía.....	380

Introducción

I. Estado de la cuestión y planteo del problema

Esta investigación doctoral se enmarca en la intersección de dos debates que actualmente se están llevando a cabo en el ámbito de la teoría de la historia: el de la temporalidad histórica, por un lado, y el rol del testimonio en la reconstrucción del pasado reciente, por el otro.

No obstante, los debates en torno al carácter e incumbencias de la teoría de la historia no se han saldado y, al contrario, se encuentran en un punto importante de la discusión. La publicación, en 2013, de *The Sage Handbook of Historical Theory* editado por Nancy Partner, constituyó el inicio de una querrela que hasta el presente se está llevando a cabo acerca de qué debe entenderse por “Teoría de la Historia”, si la “Teoría de la historia” es diferente a la “Filosofía de la Historia”, si constituyen “verdaderos” campos o disciplinas de estudios, etc.¹

En la Introducción, Partner se inclina por el término “*Historical Theory*” en desmedro del de “Filosofía de la Historia” o “Teoría de la Historia”. Para ella la “Teoría Histórica” es lo que más propiamente “habita” en la historia pues pregunta “qué clase de representaciones ofrecen una información verdadera acerca de la realidad del pasado, qué operaciones producen estructuras lingüísticas de los eventos en el tiempo que, en definitiva, constituyen lo que realmente entendemos por historia”. Para ella esta diferencia en el foco de las interrogaciones es lo que distingue a la “*Historical Theory*” de la Filosofía de la Historia y de la Teoría de la Historia. A partir de entonces, numerosas publicaciones han aparecido hasta el presente.²

En 2019, el Editor en Jefe del *Journal of Philosophy of History*, Jouni-Matti Kuukkanen, escribió un editorial titulado “¿Qué es ese campo llamado Filosofía de la Historia?”.³ La respuesta de Paul Herman, en el mismo *Journal*, es que la Filosofía de la Historia no es ningún “campo” o

¹ Cabe notar que este libro aparece dos años después de la publicación de *A Companion to the Philosophy of History and Historiography* editado por Aviezer Tucker en cuya introducción Tucker no muestra ninguna “incomodidad” por el término “filosofía” y distingue entre una “Filosofía de la Historia” y “Filosofía de la Historiografía”.

² El término “Filosofía de la Historia” no era un problema en los sesenta cuando aparece *History and Theory. Studies in the Philosophy of History* en cuyo primer número y, hasta los años ochenta no necesitó definir su alcance, dándolos por muy claros. Más recientemente, tampoco lo fue para Frank Ankersmit cuando en 2007 funda el *Journal of Philosophy of History* y define claramente sus objetivos.

³ Jouni-Matti Kuukkanen, “Editorial: What is This Field Called Philosophy of History?”, *Journal of the Philosophy of History* 13, n° 1 (2019): 1–2.

“disciplina” ya que no posee un conjunto de problemas comunes ni siquiera una bibliografía común, lo que la constituiría como tal. La respuesta de Herman es que se trata simplemente de un “*network*”, una red entre “colegas”.⁴ Algunos prefieren el término “Teoría de la Historia” en vez de “Filosofía de la Historia” como el filósofo neerlandés Chris Lorenz, por ejemplo; otros como la ya mencionada Partner, Ethan Klein y Paul Herman, *Historical Theory*. En el punto extremo de toda esta discusión, encontramos a Simon Zoltan para el que la *Theory of History* es una “no-disciplina” o Ewa Domanska para quien la teoría de la historia debe atender a los “problemas globales” de su propio tiempo, con lo cual, tácitamente, está invalidando a un campo que se ocupa del pasado tal como lo practican los historiadores, sean éstos profesionales o no.⁵ Nuevamente Kuukkanen, esta vez desde las páginas de *Filosofía postnarrativista de la historiografía*, distingue entre la “Filosofía de la Historia” y la “Filosofía de la Historiografía”. Esta última, según el filósofo finlandés,

es el estudio filosófico de los resultados de las indagaciones sobre la historia, incluyendo la escritura de la historia, la investigación de las pruebas y otras cuestiones epistémicas (que pueden preceder a la escritura) además de los conceptos centrales y otros elementos estructuradores de la presentación historiográfica.⁶

Esta corriente es considerada por Omar Acha como una “línea paralela” y “menos visible” de la filosofía de la historia, al mismo tiempo que cuestiona la mirada “postnarrativista” de la filosofía de la historiografía propuesta por Kuukkanen. Acha, además, se encargó de trazar un recorrido diacrónico dando cuenta de las estrategias de legitimación dentro de la filosofía de la historia, que funcionan “a través de la determinación de obsolescencias teóricas que ceden su lugar a concepciones de mayor validez”.⁷

⁴ Hermann Paul, “A Loosely Knit Network: Philosophy of History After Hayden White”, *Journal of the Philosophy of History* 13, n° 1 (2019): 3–20.

⁵ Zoltán Simon, “Do Theorists of History Have a Theory of History? Reflections on a Non-Discipline”, *Historia da Historiografia* 12, n° 29 (2019): 53–68, <https://doi.org/10.15848/hh.v1>.

⁶ Jouni-Matti Kuukkanen, *Filosofía postnarrativista de la historiografía* (Zaragoza: Historia Global, 2019), 37.

⁷ Omar Acha, “Reflexiones sobre la filosofía de la historiografía y el legado crítico del ‘narrativismo’”, *Epistemología e Historia de la Ciencia* 5, n° 2 (2021): 6.

A pesar de estos desacuerdos en torno al nombre y contenido que una teoría/filosofía de la historia/historiografía consolidada como campo de estudios debería adoptar, lo cierto es que una serie de temas y problemas han acaparado la atención de los especialistas en las últimas décadas. C. Lorenz ha establecido una periodización tripartita para dar cuenta de los núcleos temáticos que ocuparon a la filosofía y teoría de la historia desde mediados del siglo XX.⁸ Desde 1990 hasta el presente, logró identificar por lo menos tres áreas problemáticas: el problema del “otro”, el problema de los pasados traumáticos y las relaciones entre pasado y presente y el problema del uso del lenguaje como una forma de acción.⁹ Resulta obvio, aunque es menester aclararlo, que el progresivo interés en estos temas no se alcanzó en detrimento de las temáticas anteriores, vinculadas a los desafíos que el narrativismo le propuso a la historiografía desde los años setenta. Justamente, si bien las demarcaciones temporales funcionan como una guía, lo cierto es que estos problemas vinculados al trauma y la temporalidad, a las relaciones con el “otro” y a la performatividad del lenguaje pueden rastrearse más allá del límite del comienzo de los años noventa.

En este sentido, desde la década de 1980, los cambios en las concepciones de la temporalidad histórica han sido entendidos de diversas maneras. En primer lugar, como un giro hacia el pasado que fue descrito, por diversos autores, como “*memory boom*”, “exceso de memoria”, “mundo musealizado” y como “deseo de conmemoración”.¹⁰ El diagnóstico parece ser unánime: vivimos en un período en el que el presente vive del pasado, una suerte de “pasado presente”.¹¹ Este pasado que continúa vivo en el presente ha sido llamado “traumático”, “sublime”, “espectral”, entre otras denominaciones.¹² Existen numerosas teorías que enfatizan la presencia del pasado en el presente.¹³ Otros autores, como François Hartog,

⁸ A grandes rasgos estos son: 1945-1970, 1970-1990 y 1990 hasta el presente. En el capítulo II de este trabajo se abordará con mayor detenimiento esta división.

⁹ Chris Lorenz, *Entre filosofía e historia. Volumen I: exploraciones en filosofía de la historia* (Buenos Aires: Prometeo, 2015), 65.

¹⁰ Eelco Runia, “Burying the Dead, Creating the Past”, *History and Theory* 46, n° 3 (2007): 313–25; Jay Winter, *Remembering War: The Great war between Memory and History in the Twentieth Century* (New Haven y Londres: Yale University Press, 2006); Charles Maier, “A Surfeit of Memory? Reflections with History, Melancholy and Denial”, *History and Memory* 5, n° 2 (1993): 136–52; Andreas Huyssen, “Present Pasts: Media, Politics, Amnesia”, *Public Culture* 12, n° 1 (2000): 21–38; Herman Lübbe, *Zeit-Verhältnisse: Zur Kulturphilosophie des Fortschritts* (Viena y Colonia: Verlag Styria, 1983).

¹¹ Huyssen, “Present Pasts: Media, Politics, Amnesia”.

¹² Frank Ankersmit, *Sublime Historical Experience* (California: Stanford University Press, 2005); Berber Bevernage, “Time, Presence, and Historical Injustice”, *History and Theory* 47, n° 2 (2008): 149–67.

¹³ Berber Bevernage, *Historia, memoria y violencia estatal. Tiempo y justicia*. (Buenos Aires: Prometeo, 2015); Berber Bevernage y Chris Lorenz, eds., *Breaking up time. Negotiating the borders between present, past and future* (Göttingen:

Aleida Assman y Hans Ulrich Gumbrecht, tratan de conjugar pasado, presente y futuro en un nuevo orden temporal que hace foco en el presente -el régimen de historicidad presentista-, a diferencia de Simon, que trata de redefinir la temporalidad haciendo hincapié en el futuro.¹⁴ Marek Tamm y Laurent Olivier han dado cuenta del carácter cambiante de la noción de tiempo histórico en la introducción a un muy reciente libro, que compone un verdadero estado de la cuestión en las discusiones actuales sobre la temporalidad.¹⁵ La relevancia del análisis de Hartog es ampliamente reconocida por los editores si tenemos en cuenta que el subtítulo del libro es *New Approaches to Presentism* y que la primera sección del mismo recibe el nombre de “*Presentism and New Temporalities*”.

El concepto de “regímenes de historicidad” es el que permitió a los/as intelectuales occidentales comenzar a problematizar un tema que, por mucho tiempo, permaneció como un presupuesto no cuestionado. El gran impacto que dicho concepto tuvo cuando fue forjado en los años ochenta en el mundo francófono, se consolidó cuando la obra de Hartog fue traducida al inglés. Se trata de uno de los conceptos más poderosos entre aquellos que circularon desde que comenzó este proceso de preguntarse por los órdenes del tiempo. Más allá de su ambigüedad, logró capturar un clima de época vinculado al presente. En definitiva, la pregunta sobre el tiempo histórico ha cristalizado en la emergencia de un nuevo campo: los estudios del tiempo (*Time Studies*). Esta nueva área de pensamiento trata de rastrear “cómo el tiempo es conceptualizado en nuestro propio momento” y parten de lo que el antropólogo David Scott ha descrito recientemente como una “nueva conciencia sobre el tiempo”.¹⁶ Indudablemente, la noción de “regímenes de historicidad” ha tenido un gran impacto, sobre todo en el mundo angloparlante luego de la traducción de *Regímenes de historicidad* en 2015. Como ha señalado Peter Seixas, el concepto es, en sí mismo, una importante contribución.

Vandenhoeck & Ruprecht, 2015); Ewa Domanska, “The Material Presence of the Past”, *History and Theory* 45, n° 3 (2006): 337–48; Ethan Kleinberg, *Haunting History: For a Deconstructive Approach to the Past* (Palo Alto: Stanford University Press, 2017); Runia, “Burying the Dead, Creating the Past”.

¹⁴ Aleida Assman, *Ist die Zeit auys den Fugen? Aufstieg und Fall des Zeitregimes der Moderne* (Munich: Hunser, 2013); Hans Ulrich Gumbrecht, *Lento Presente. Sintomatología del nuevo tiempo histórico* (Madrid: Escolar y Mayo Editores, 2010); François Hartog, *Regímenes de historicidad* (México: UIA, 2007); Zoltán Boldizsár Simon, *History in Times of Unprecedented Change, History in Times of Unprecedented Change* (Londres: Bloomsbury Academic, 2019), <https://doi.org/10.5040/9781350095083>.

¹⁵ Marek Tamm y Laurent Olivier, eds., *Rethinking Historical Time: New Approaches to Presentism* (Londres: Bloomsbury Publishing, 2019).

¹⁶ Joel Burges y Amy Elias, “Introduction: Time Studies Today”, en *Time: A Vocabulary of the Present*, ed. Joel Burges y Amy Elias (Nueva York: New York University Press, 2016).

El entusiasmo con que fue recibida la categoría, se plasma en el mencionado libro de Tamm y Olivier, en el que participan renombrados investigadores occidentales en filosofía, antropología, teoría de la historia, historia y humanidades en general. Los/as investigadores/as occidentales y occidentalizados han descubierto que el tiempo histórico, que había sido dado por supuesto por décadas, no solo resulta ser contingente y debatible, sino que también posee los mismos valores epistemológicos y normativos que otros tiempos culturales.

Dentro de este amplio contexto de discusión que se está desarrollando al interior de la disciplina histórica, no sólo sobre sus alcances sino, además, acerca de lo que propiamente debe entenderse por tiempo histórico, el abordaje de una teoría de la historiografía del pasado reciente, centrada en el problema de la temporalidad y su relación con el rol del testimonio, resulta fundamental para la comprensión de los cambios que esta atravesó en las últimas dos décadas. Si bien esta tesis doctoral se circunscribe al análisis de obras producidas en Argentina por historiadores/as académicos/as o profesionales, este trabajo no intenta constituir una historia de la historiografía argentina reciente. Alejandro Cattaruzza y el ya mencionado Acha han expuesto, en diversas intervenciones, algunas dificultades que la práctica de la historia de la historiografía tal y como se realizó a lo largo del siglo XX, e incluso en la primera década del XXI, presenta.¹⁷ Entre algunas de estas críticas se encuentran la dificultad del constreñimiento de la historiografía a los límites de lo nacional, teniendo en cuenta la influencia de las corrientes provenientes de los países centrales y la creciente globalización; el problema de circunscribir la historia de la historiografía argentina solo a las producciones académicas y científicas y no incluir otras miradas sobre el pasado provenientes de la literatura, el cine y la cultura popular y de masas en general y,¹⁸ finalmente, los inconvenientes que, más recientemente, la proyección retrospectiva del concepto de “campo intelectual” de Pierre Bourdieu generó en la reconstrucción de contextos signados por la fragilidad institucional argentina del siglo pasado.¹⁹ Teniendo en cuenta estas observaciones, esta investigación doctoral se centra en un análisis teórico y epistemológico

¹⁷ Moira Cristiá, “Entrevista a Alejandro Cattaruzza”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos [En ligne], Mémoires de l'américanisme*, 2010, <http://journals.openedition.org/nuevomundo/59070>; Omar Acha, “Para qué y cómo escribir nuevas historias de la historiografía en la Argentina”, en *Intersecciones y disputas en torno a las escrituras de la historia y la memoria*, ed. Eduardo Escudero y Marina Spinetta (Río Cuarto: UniRío, 2018), 41–51.

¹⁸ Alejandro Cattaruzza y Alejandro Eujanian, *Políticas de la historia: Argentina 1860-1960* (Madrid, Buenos Aires: Alianza Editorial, 2003), 194-195.

¹⁹ Acha, “Para qué y cómo escribir nuevas historias de la historiografía en la Argentina”, 48.

en torno a los usos del testimonio en relación con obras historiográficas académicas y, fundamentalmente, se focaliza en cómo se construyen las interacciones entre los investigadores y los testigos de los acontecimientos en la obra de historia. Esta perspectiva pretende analizar críticamente las relaciones que los historiadores establecen con sus contemporáneos y, por lo mismo, con el tiempo histórico.

En consecuencia, este trabajo requerirá, en primer lugar, una indagación teórica e historiográfica que pueda dar cuenta de las novedades y desafíos que la Historia del Tiempo Presente implicó para la historiografía en general. Algunos de dichos problemas revistieron un carácter epistémico, como el de documentar procesos que no están acabados, y otros se vincularon a la ausencia de consenso en lo que se refiere a las bases teórico-metodológicas de la disciplina para reconstruir el pasado reciente: separación entre sujeto y objeto, asepsia ética y política, cercanía temporal e implicación empática, entre otros.²⁰ Por otro lado, numerosas innovaciones institucionales se produjeron desde mediados del siglo XX que acompañaron a la nueva especialidad, como la fundación del *Institut für Zeitgeschichte* en Alemania en 1949, el *Institute d'Histoire du Temps Présent* (IHTP) en 1978 en Francia, la Academia China de Ciencias Sociales en 1977, el *Institute of Contemporary British History* fundado en 1986 y la Asociación de Historia Contemporánea en España en 1988. Esta nueva subdisciplina encontró algunas resistencias en la academia en tanto implicaba un desafío a los estándares todavía sólidos del campo historiográfico. En paralelo, y como un síntoma de este viraje hacia el presente, comienza a problematizarse la noción de memoria colectiva. Sobre este tema, pueden distinguirse dos grandes posturas. La primera es la llamada “tesis ilustrada”,²¹ que propone una discontinuidad fundamental entre historia y memoria en tanto coloca a la primera en el lugar del conocimiento científico, distanciado y objetivo, y vincula a la segunda al recuerdo de un pasado afectado por intereses del presente. Autores como Maurice Halbwachs,²² Jacques Le Goff,²³ y, fundamentalmente, Pierre Nora,²⁴ son representativos de esta corriente. En segundo lugar, la “tesis clásica”, que defiende la continuidad entre historia

²⁰ María Inés Mudrovcic, *Historia, narración y memoria. Los debates actuales en filosofía de la historia* (Madrid: Akal, 2005); Julio Aróstegui, *La historia del presente: ¿una cuestión de método?*, IV Simposio de Historia Actual: Logroño, 17-19 de octubre de 2002, 2004; Julio Aróstegui, *La historia vivida. Sobre la historia del presente* (Madrid: Alianza Ensayo, 2004).

²¹ Mudrovcic, *Historia, narración y memoria. Los debates actuales en filosofía de la historia*, 122.

²² Maurice Halbwachs, *La memoria colectiva* (Zaragoza: Universidad de Zaragoza, 2004).

²³ Jacques Le Goff, *Histoire et mémoire* (París: Gallimard, 1988).

²⁴ Pierre Nora, “Les lieux de mémoire. t.1 : La République”, 1984.

y memoria. En este sentido, sostienen sus partidarios, solo una actitud crítica pero consciente de la ligazón ineludible entre ambas hará posible una mejor historia. Filósofos como Paul Ricoeur y Hans-Georg Gadamer son autores característicos de esta postura.²⁵ Aunque en Argentina el problema del nombre se ha zanjado definitivamente en favor de “Historia Reciente”, existen numerosas formas de llamar a esta área disciplinar (“historia del presente”, “historia inmediata”, “historia de lo muy contemporáneo”, “historial actual”), muchas veces, de acuerdo a trayectorias y tradiciones nacionales.²⁶ Sumado a esto, existe también el problema de definir su período de competencia. María Inés Mudrovcic ha propuesto circunscribir la historia del presente a los acontecimientos que constituyen los recuerdos de al menos una de las generaciones que comparte un mismo presente histórico.²⁷ Marina Franco y Florencia Levín, por su parte, afirman que es imposible basarse en un criterio cronológico para establecer un dominio “natural” de la Historia Reciente sino que este está determinado por criterios extra académicos, en general provenientes de la política.²⁸ De manera similar, Henry Rousso considera que el inicio de la Historia del Presente, como se llama en Francia a esta especialidad, comienza a partir de “la última catástrofe”, en general casos extremos e inéditos de violencia estatal.²⁹ Vinculados a esta postura, otros estudiosos han sostenido que son los efectos de estas catástrofes, generalmente leídos en clave de trauma, los que caracterizan el ámbito de competencia de este tipo de historiografía.³⁰ Siendo una de las áreas más dinámicas de la producción argentina contemporánea, su desarrollo ha sido importante en tanto se ha vinculado a otras esferas de la realidad nacional de manera directa, como las discusiones sobre la memoria del terrorismo de estado, el movimiento de derechos humanos, los juicios de lesa humanidad y las organizaciones político-militares de los años sesenta y setenta. El crecimiento de la Historia Reciente en los últimos veinte años

²⁵ Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido*. (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2013).; Hans-Georg Gadamer, “El problema de la conciencia histórica”, *Cuadernos de Filosofía y Ensayo*, 1993.

²⁶ Marina Franco y Florencia Levín, eds., *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción* (Buenos Aires: Paidós, 2007), 16–17.

²⁷ María Inés Mudrovcic, *Historia, Narración y Memoria. Los debates actuales en filosofía de la historia* (Madrid: Akal, 2005), 125;

²⁸ Franco y Levín, *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, 34–35.

²⁹ Henry Rousso, *The Latest Catastrophe. History, the Present, the Contemporary* (Chicago y Londres: The University of Chicago Press, 2013), 9.

³⁰ Florencia Levín, “Escrituras de lo cercano. Apuntes para una teoría de la historia reciente argentina”, *Nuevo mundo mundos nuevos*, 6 de junio de 2017, <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.70734>; Florencia Levín, “Un grano de arena en la inmensidad del mar : lo que puede aportar la historia a la elaboración de pasados traumáticos”, *Historia da Historiografía* 13, n° 33 (2020): 309–39.

es notorio, tanto si se mide a partir de la proliferación de programas, proyectos y grupos de investigación, como a partir del incremento de jornadas y congresos de la especialidad y el lugar que las mesas dedicadas al pasado reciente ocupan en los encuentros académicos de carácter general como las Jornadas Interescuelas y, por supuesto, el volumen de publicaciones en revistas especializadas y la edición de libros sobre las problemáticas del período.³¹

El testimonio oral, como parte fundamental de los debates en torno a la representación histórica del presente o del pasado reciente que se dieron en las últimas cuatro décadas, adquirió relevancia, fundamentalmente, desde los años ochenta. Sin embargo, es posible identificar dos perspectivas desde las que el testimonio fue discutido en la historiografía y la teoría de la historia que se remontan hasta las primeras décadas del siglo XX. Desde los orígenes de la historiografía científica en el siglo XIX y hasta alrededor de 1970, el testimonio era considerado como una fuente de información, entre tantas otras posibles. Para autores como R.G. Collingwood o Marc Bloch,³² el testimonio no aportaba conocimiento alguno a no ser que sea vindicado por el investigador como “prueba de”. Esta idea del testimonio se sostenía, como veremos, en los postulados epistemológicos de la historia-ciencia.

A partir del último tercio del siglo XX, un factor, que contribuye desde fuera de la disciplina a modificar la mirada de la historiografía centrada en el pasado y el largo plazo, es el inicio del fenómeno que Annette Wieviorka ha denominado “era del testigo”.³³ Según la historiadora francesa, con el impacto que significó el juicio al oficial nazi Adolf Eichmann en 1961, se inicia un cambio de actitud hacia el testimonio, particularmente el de los sobrevivientes de la Shoah. Fue este evento el que, según Wieviorka, “liberó a las víctimas para que hablen” y creó una demanda social de testimonios. A finales de la década de los setenta comienza un proceso de recolección sistemática de testimonios audiovisuales, acompañada por un lugar cada vez más prominente del genocidio nazi en la agenda política

³¹Marina Franco y Daniel Lvovich, “Historia Reciente: apuntes sobre un campo de investigación en expansión”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani* Tercera se, nº 47 (2017): 190–217.

³² R. G. Collingwood, *The idea of history : with lectures 1926-1928* (Oxford-Nueva York: Oxford University Press, 1994).; Marc Bloch, *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien* (1949) (París: Librairie Armand Colin, 1952), http://classiques.uqac.ca/classiques/bloch_marc/apologie_histoire/apologie_histoire.html.

³³ Annette Wieviorka, *The era of the witness* (Cornell: Cornell University Press, 2006).

de los países centrales.³⁴ Proliferan así los archivos orales, los programas de televisión y también las conmemoraciones estatales del genocidio.

Estos cambios ocurren en marco de un deslizamiento del foco temporal del futuro y el pasado hacia el presente, que desarrollamos anteriormente y que, junto con Hartog, numerosos autores han denominado “presentismo”. En el marco de estas transformaciones, el testimonio comienza a perder su estatuto de evidencia inferencial y adquiere valor en sí mismo. Los relatos de los sobrevivientes de acontecimientos trágicos del pasado reciente adquieren una importancia inusitada pues comienzan a ser concebidos, por algunos autores, como una forma de acceso privilegiado al pasado. Es decir, se produce una inversión de los términos en los que el testimonio había sido considerado por la historiografía hasta, aproximadamente los años setenta, esto es, como evidencia de aquello que se quiere narrar y, en cambio, comienza a ser ponderado a partir sus cualidades para “acceder” a ese pasado testimoniado. Giorgio Agamben, a través de su lectura de Primo Levi,³⁵ ha definido al testimonio a partir de una aporía: en el contexto de cesura en la historia que marca Auschwitz, los verdaderos testigos, los hundidos o musulmanes, no pueden hablar, sino que son los sobrevivientes quienes testimonian por ellos,³⁶ Es decir, el testimonio es imposible puesto que no viene de los testigos “integrales” o “verdaderos”. De manera similar, Shoshanna Felman y Dori Laub han definido al testimonio a partir de su imposibilidad: la Shoah es un acontecimiento sin testigos, ya sea “externos” (o *bystanders*, espectadores) o internos (víctimas, sobrevivientes).³⁷ Según estos autores, la deshumanización a las que se vieron sometidas las víctimas en los campos hizo del Holocausto un evento inherentemente incompresible, inhibiendo toda posibilidad de proveer un marco de referencias independiente desde el cual pueda ser observado.³⁸ Es la memoria traumática en la que están encerrados los testigos la que no les permite narrar lo vivido. Recurriendo a argumentos y conceptos propios de la psicología y el psicoanálisis, estos autores, así como también Dominick LaCapra,³⁹ remarcan el contenido predominantemente moral de la palabra de los testigos y destacan el carácter imposible del

³⁴ Peter Novick, *The Holocaust in American Life* (Boston, Nueva York: Houghton Mifflin Company, 1999), <https://doi.org/10.1177/13684310222225388>.

³⁵ Primo Levi, *Los hundidos y los salvados* (Barcelona: Muchnik, 1989).

³⁶ Giorgio Agamben, *Lo que resta de Auschwitz* (Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora, 2017).

³⁷ Shoshanna Felman y Dori Laub, *Testimony. Crises of witnessing in literature, psychoanalysis and history* (Nueva York: Routledge, 1992).

³⁸ Felman y Laub, 80–81.

³⁹ Dominick LaCapra, *Escribir la historia, escribir el trauma* (Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 2005).

testimonio en tanto se produce como una forma de repetir la escena traumática. Otra tendencia la marca Frank Ankersmit para quien el testimonio es el lenguaje privilegiado para narrar estos eventos traumáticos “en tanto se conecta directamente con la experiencia”.⁴⁰

Teniendo en cuenta este contexto de discusión, los estudios de caso propuestos en esta tesis pretenden esclarecer cómo se produce la construcción del testimonio y de los sujetos de investigación en la historiografía argentina sobre el pasado reciente. La problemática del testimonio ha sido abordada por la historiografía argentina en las últimas tres décadas. El primer antecedente lo encontramos en la historia oral. Según Dora Schwartzstein, historiadora pionera en la utilización de esta técnica, los primeros pasos en el registro de testimonios se dieron durante los sesenta y los setenta en marco de investigaciones por fuera del ámbito académico, ligados a la militancia y el estudio de la clase obrera.⁴¹ Es a partir de 1983 que se produce el arribo de la historia oral a la universidad, con la creación de archivos orales en universidades nacionales, entre los que se destacan el de la Universidad de Buenos Aires y el de la Universidad Nacional de Cuyo en la segunda mitad de la década de 1980.⁴² Por otro lado, una serie de historiadores formados durante la etapa de renovación historiográfica de los años sesenta que, inspirados por la escuela de los *Annales*, realizaron investigaciones que se identificaban con la “pérdida de la ingenuidad con respecto tanto del testimonio oral como del discurso histórico y las fuentes en general”.⁴³ Esta postura en relación a las llamadas “fuentes orales” implicaba un alejamiento de la mirada *naive*, enfocada en la reconstrucción factual y excesivamente crédula de los entrevistados, y la problematización de las relaciones entre testimonio y memorias. En la década de los noventa se consolida la historia oral como tendencia al interior del campo historiográfico a partir del proceso de institucionalización comenzado en la década anterior.⁴⁴ A esto se le suma la realización del Primer Encuentro de Historia Oral en octubre de 1993, que se ha repetido hasta el presente, y la fundación de numerosos centros en diversos espacios universitarios,

⁴⁰ Frank Ankersmit, *Historical Representation* (California: Stanford University Press, 2002).

⁴¹ Dora Schwartzstein, “Tendencias y temáticas de la historia oral en la Argentina”, *Entrepasados. Revista de historia* V, n° 9 (1995): 53.

⁴² Alejandro Cattaruzza, “Los años sesenta y setenta en la historiografía argentina (1983? 2008): una aproximación”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos [En ligne]*, 2008, 1–9, <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.45313>.

⁴³ Schwartzstein, “Tendencias y temáticas de la historia oral en la Argentina”, 57.

⁴⁴ Una obra fundamental, que contribuyó a la difusión y permitió el aprendizaje de las experiencias europeas y norteamericanas en torno a la historia oral, fue *La historia oral*, editada por Schwartzstein en 1991. Este texto compilaba trabajos de experimentados historiadores/as como Portelli, Paserini, Grele y Samuel Dora Schwartzstein, ed., *La historia oral* (Buenos Aires: CEAL, 1991)..

estatales y de organismos de derechos humanos.⁴⁵ Finalmente, como resultado de estos desarrollos, se han constituido asociaciones profesionales que nuclean historiadores cultores de la historia oral: la Asociación de Historia Oral de la República Argentina (AHORA) y la Red Latinoamericana de Historia Oral (RELAHO).

A partir de la década del dos mil, operan una serie de cambios en el campo historiográfico que dan lugar a la ya mencionada Historia Reciente. A diferencia de la historia oral, con la que está vinculada, pero con la que no puede identificarse plenamente, esta nueva subdisciplina planteó una renovación de los problemas. En primer lugar, a partir de dos obras que anticipan las discusiones estrictamente historiográficas y están vinculadas al auge de los estudios de la memoria: *Los trabajos de la memoria* de Elizabeth Jelin y *Tiempo Pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo: una discusión* de Beatriz Sarlo. Estos dos trabajos marcan dos caminos divergentes sobre el problema de la reconstrucción del pasado a través de testimonios. Mientras Jelin es contemplativa del lugar de la subjetividad del testigo en el proceso de construcción de conocimientos, el texto de Sarlo toma una posición marcadamente favorable a la reconstrucción histórica, a la que concibe como opuesta de toda narración memorial. Con pocos años de diferencia, aparecen los primeros compendios de metodología histórica y reflexión teórica enfocados en la historia reciente, dentro de los cuales suelen aparecer indagaciones vinculadas a las fuentes orales. Se trata de *Historia, memoria y fuentes orales* de Vera Carnovale, Federico Lorenz y Roberto Pittaluga; *Memorias en montaje. Escrituras de la militancia y pensamientos sobre la historia* de Alejandra Oberti y Pittaluga, la compilación editada por Marina Franco y Florencia Levín *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción* y *Cuéntame cómo fue: introducción a la historia oral*, compilado por Pablo Pozzi y Gerardo Necochea.⁴⁶ Estas publicaciones reflejan el dinamismo y la necesidad de afianzamiento de la historia reciente, y la pervivencia y refinamiento de la historia oral

⁴⁵ Por ejemplo, se crea el Archivo Nacional de la Memoria en diciembre de 2003, ubicado en el ex Centro Clandestino de Detención (CCD) de la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA). En paralelo, se crearon instituciones como la Asociación Memoria Abierta en 2000, la Comisión Provincial por la Memoria (CPM) en 2000 y el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina (CeDInCI) en 1997.

⁴⁶ Vera Carnovale, Federico Lorenz, y Roberto Pittaluga, *Historia, memoria y fuentes orales* (Buenos Aires: Memoria Abierta/CeDInCI, 2006); Alejandra Oberti y Roberto Pittaluga, *Memorias en montaje. Escrituras de la militancia y pensamientos sobre la historia* (Buenos Aires: Ediciones El Cielo por Asalto, 2006); Marina Franco y Florencia Levín, eds., *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción* (Buenos Aires: Paidós, 2007); Pablo Pozzi y Gerardo Necochea, *Cuéntame cómo fue. Introducción a la historia oral* (Buenos Aires: Imago Mundi, 2008).

durante la primera década del siglo XXI. Al tratarse todas de obras colectivas y compilaciones de artículos, no hay en ellas una sistematización expresa de la relación entre historiografía y uso de testimonios. En este sentido, en las páginas que siguen se intentará relacionar las dimensiones éticas, epistemológicas y temporales de la historiografía con la forma en que los/as historiadores/as tratan al testimonio oral en sus obras. Para eso, se propondrán una serie de hipótesis que se expondrán a continuación.

II. Tesis a sostener

La tesis a sostener en esta investigación doctoral es que: a) existe una relación entre las formas de experimentar y concebir el tiempo histórico y la producción historiográfica y b) esta relación tiene consecuencias en el tratamiento que el/la historiador/a tiene del testimonio y la figura del testigo. El planteo metodológico y los presupuestos epistemológicos y temporales sostenidos por el/la historiador/a al momento de trabajar con testimonios orales tienen implicancias éticas distintas del trabajo que realizan con los documentos escritos.

En este sentido, la historiografía expresaría una “política del tiempo”, es decir, determinaría performativamente quiénes pertenecen al pasado y quiénes al presente a través del uso de diferentes metodologías en la incorporación de las voces testimoniales.⁴⁷ En este caso, el término “política” no debe ser interpretado como ideología, valores o prácticas políticas, sino como una forma de autoridad que determina qué o quiénes pertenecen al presente, es decir, quiénes son, en este caso, contemporáneos con el historiador/a que escribe la obra. Las operaciones involucradas en las políticas del tiempo sancionan lo que es propio del presente a la vez que construyen un “otro” anacrónico, por fuera de ese presente. Johannes Fabian plantea que, en el caso de la antropología, los investigadores suelen implementar una “política del tiempo” al colocar en el pasado su objeto de estudio y construirlo como un *otro* primitivo. Así, la presencia empírica de ese otro, sujeto de análisis, se transforma en una “ausencia teórica” que se logra mediante el recurso a mecanismos de distanciamiento

⁴⁷ Johannes Fabian, *Time and the other. How anthropology makes its object* (Nueva York: Columbia University Press, 2006); María Inés Mudrovic, “Políticas Del Tiempo, Políticas de La Historia: ¿quiénes son mis contemporáneos?”, *ArtCultura* 20, n° 36 (2018): 7–14.; María Inés Mudrovic, “The politics of time, the politics of history: who are my contemporaries?”, *Rethinking History* 23, n° 4 (2019): 456–73, <https://doi.org/10.1080/13642529.2019.1677295>.

temporal.⁴⁸ A esta práctica de distanciamiento temporal Fabian la llama “alocronismo”.⁴⁹ Para describir este tipo de acciones recurrimos a la idea de performatividad, tal y como fue sostenida por John Austin.⁵⁰ Austin distingue entre enunciados de tipo constativo, que refieren a un estado de cosas y que, por lo tanto, pueden ser verdaderos o falsos, y enunciados performativos, que no solo describen hechos, sino que los realizan al momento de ser expresados. Este concepto nos permitirá dar cuenta de que el discurso de los/as historiadores/as no solo refiere al pasado, sino que también le da forma.

En la tesis, se han reconocido tres formas o modos en que los/as historiadores/as incorporan los testimonios en sus obras historiográficas: el modo “inferencial”, el “mimético” y el “dialógico”. Cada una de estas formas presupone un orden temporal que relaciona de manera diferente al presente con el pasado: a) o se establece una “ruptura” entre pasado y presente; b) o pasado y presente “colapsan” o, finalmente, c) el pasado es considerado “irrevocable”. Como consecuencia, el resultado de la relación que se establece entre testimonio, historiografía y temporalidad da cuenta de diferentes formas de construir a un *otro* como testigo a partir de su cualidad temporal. Si se utiliza una metodología de tipo inferencial, y se concibe al pasado como distinto y distanciado del presente, el testimonio será equiparado a cualquier otra fuente de información y lo testimoniado será concebido como perteneciente a un pasado acabado y ausente. Esta forma de concebir al testimonio fue la más corriente en la historiografía durante la primera mitad del siglo XX. Por el contrario, si se considera que lo testimoniado “hace” presente a ese pasado a través de la voz testimonial, se produce, entonces, una “indistinción” temporal y se le otorga al testigo el privilegio epistémico sobre cualquier otra fuente. Prima, por consiguiente, un carácter “mimético” entre pasado y presente y el resultado es un colapso de estas instancias temporales. La preeminencia del testigo en los relatos memoriales e historiográficos hegemonizó el campo desde los años ochenta, fundamentalmente, con discusiones centradas en la posibilidad o imposibilidad de representar los eventos en clave de trauma. Finalmente, si la metodología histórica se asocia con una idea de diálogo entre pasado y presente, reconociendo la mutua subjetividad del investigador y del entrevistado, el pasado no puede reducirse a la ausencia o la presencia absolutas. Lo irrevocable del pasado se presenta en el carácter del testimonio como

⁴⁸ Fabian, *Time and the other. How anthropology makes its object*, xxxix.

⁴⁹ Fabian, 31.

⁵⁰ John Austin, *Cómo hacer cosas con palabras* (Buenos Aires: Paidós, 1990).

supervivencia. Estas relaciones entre historiografía, temporalidad y testimonio configuran un escenario de disputas entre las diversas formas de incorporar voces testimoniales no sólo en el contexto de madurez de la historia reciente argentina sino, también, por el carácter ambiguo que el concepto temporal de “lo reciente” posee.

A partir de este marco de discusión hemos seleccionado tres obras historiográficas que sirven de sustento a la investigación: *Por las sendas argentinas - El PRT/ERP - La guerrilla marxista* de Pablo Pozzi, *Los combatientes (Historia del PRT-ERP)* de la historiadora Vera Carnovale y *Algo parecido a la felicidad. Una historia de la lucha de la clase trabajadora durante la década del setenta (1973-1978)* de Federico Lorenz.⁵¹ Además, un corpus bibliográfico de obras historiográficas que complementan el análisis y sostienen los estudios de caso propuestos.⁵² Teniendo en cuenta, como expresamos anteriormente, que el objetivo de esta investigación no es la realización de una historia de la historiografía reciente, la elección de estas tres obras responde a varias cuestiones. En primer lugar, sus autores/as son historiadores/as de relevancia y referentes en el campo de la Historia Reciente y la historia oral, que no solo han realizado investigaciones originales, sino que también participaron de las obras colectivas y de las iniciativas institucionales que mencionamos anteriormente. Además, tratan temas afines, factibles de ser comparados, al mismo tiempo que presentan diferencias con relación a los condicionamientos políticos, ideológicos y generacionales que los caracterizan, volviendo provechosas estos análisis comparativos. Por último, y más importante, nos permitieron elaborar tres grandes modelos de incorporación de voces testimoniales en obras sobre el pasado reciente argentino. En este sentido, se intentará examinar la “operación testimonial” realizada por los/as historiadores/as y se contrastará aquello que “dicen” sobre cómo producir e incorporar testimonios y lo que “hacen”, es decir, los resultados que obtienen y se plasman en una obra historiográfica.⁵³ Asimismo, se intentará mostrar que estas “decisiones

⁵¹ Pablo Pozzi, *Por las sendas argentinas - El PRT/ERP - La guerrilla marxista* (Buenos Aires: Imago Mundi, 2004); Vera Carnovale, *Los combatientes (Historia del PRT-ERP)* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2011); Federico Lorenz, *Algo parecido a la felicidad. Una historia de la lucha de la clase trabajadora durante la década del setenta (1973-1978)* (Buenos Aires: Edhasa, 2013).

⁵² Sebastián Carassai, *Los años setenta de la gente común: la naturalización de la violencia* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2014); Alejandra Oberti, *Las revolucionarias: militancia, vida cotidiana y afectividad en los setenta* (Buenos Aires: Edhasa, 2015); Gabriel Rot, *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina* (Buenos Aires: El cielo por asalto, 2000); Ernesto Salas, *Uturuncos* (Buenos Aires: Biblos, 2003); Oberti y Pittaluga, *Memorias en montaje. Escrituras de la militancia y pensamientos sobre la historia*; Javier Salcedo, *Los montoneros del barrio* (Caseros: EdUNTREF, 2011).

⁵³ Por “operación testimonial” nos referimos al proceso que va desde la producción del testimonio en la entrevista, incluyendo su fijación en algún dispositivo audiovisual, pasando por la selección entre los diversos

de investigación” pueden estar influidas por marcos normativos e intereses prácticos, es decir, lo que Hayden White ha denominado implicación ideológica de la trama.⁵⁴

Es menester aclarar, por último, que no intentamos hacer una evaluación o jerarquización de estas obras en cuanto tales. Si bien su lugar relativo en el campo de la Historia Reciente, sus vínculos y los precedentes que pudieron haber sentado son relevantes para este estudio, no nos proponemos juzgar el resultado final en términos valorativos. Bajo ningún aspecto consideraremos los trabajos analizados como “buenos” o “malos”, coincidan o no con la propuesta plasmada en esta investigación. Esta tesis explora las dimensiones epistemológicas de la relación entre historiador y testigo y su concreción en las obras escritas y posee, a su vez, una faceta vinculada a una antropología del tiempo histórico. En este sentido, se espera que una investigación de esta naturaleza tenga consecuencias no solo a nivel metodológico sino también teórico-crítico y ético-político.

III. Plan de obra

En términos generales, la tesis consta de dos grandes partes, cada una compuesta por dos capítulos, a los que se suma esta introducción, una conclusión y un anexo. La primera parte, compuesta por los capítulos I y II, está centrada en rastrear las formas en que adoptó el concepto de testimonio en la historiografía. Los dos capítulos que la componen están organizados de manera análoga. Constan de tres partes cada uno. La primera de ellas analiza las relaciones entre las concepciones dominantes de tiempo histórico y la escritura de la historia. Mientras el capítulo I aborda las concepciones temporales de la historiografía desde su nacimiento como disciplina académica hasta finales del siglo XX, el capítulo II problematiza la noción de “régimen de historicidad presentista”. La segunda parte de cada obra trata sobre las formas que adoptó el testimonio oral en marco de estos “regímenes historiográficos” y su plasmación concreta en obras y debates de historia. Así, el capítulo I explora los usos del testimonio en marco de lo que denominamos “perspectiva evidencial-inferencial” y el capítulo II se adentra en la asimilación entre testimonio y trauma en el

testimonios realizados, a la puesta por escrito en una obra histórica. Tenemos en cuenta para describir la operación realizada, la forma en que los testimonios se relacionan con otros elementos textuales: títulos, glosas, citas de autoridad, fuentes documentales y explicaciones.

⁵⁴White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX.*, 32.

contexto de la “era del testigo”. Finalmente, una conclusión por capítulo en la que se pondera y se hace explícita la forma y el carácter temporal que adoptan los testigos y el testimonio como resultado de la operación histórica y testimonial. Es menestar aclarar que, si bien existe cierta secuencialidad en esta organización, se evita una demarcación cronológica estricta. Como se verá, las obras nombradas y analizadas, con frecuencia, traspasarán los límites que se mencionan. Así, podrá observarse un solapamiento, por ejemplo, entre el surgimiento de la historia oral reconstructiva y la “era del testigo” o bien, el desarrollo de la idea de trauma en los albores del siglo XX.

La segunda parte de la tesis está compuesta por los capítulos III y IV y enfocada en el análisis del caso propuesto. Específicamente, el capítulo III aborda el proceso de consolidación de la Historia Reciente en la Argentina y el lugar que ocuparon las discusiones sobre el testimonio en ese contexto, para luego centrarse en el análisis de dos de las obras propuestas a la luz de las perspectivas reconstruidas en los capítulos precedentes. El orden de trabajo con las obras analizadas no responde a criterios cronológicos, es decir, siguiendo las fechas de publicación de las mismas, sino que se adecúa a las tipologías propuestas en los capítulos I y II: primero como evidencia y luego como mímesis. Finalmente, en el capítulo IV se desarrolla la noción de testimonio entendido como diálogo y se propone las categorías de “pasado irrevocable” y “supervivencia” para dar cuenta del carácter peculiar de la temporalidad. La tesis se cierra con una conclusión en la que se ponderan los resultados alcanzados y se plantean interrogantes a futuro.

En último lugar, entre la Conclusión y las referencias bibliográficas, se presenta un anexo en el que se adjuntan fragmentos de las obras trabajadas que, creemos, facilitarán la lectura y harán más clara la exposición de la tesis.

Primera parte: Historia y testimonio

Capítulo I. Historiografía, temporalidad y testimonio

I.1. La temporalidad en (y de) la historiografía del siglo XX

I.1.1. El “Antiguo Régimen historiográfico”: del modelo rankeano al historicismo francés

Abordar la cuestión de la temporalidad histórica implica revisitar, brevemente, los orígenes de la historiografía académica en el siglo XIX. Es decir, delimitar la historiografía tradicional, o “Antiguo Régimen historiográfico”, en palabras de Fernando Sánchez Marcos.⁵⁵ Puesto que el origen de algunos de sus supuestos epistemológicos y metodológicos pueden remontarse hasta esos años, debemos revisar cuáles son sus límites, sus alcances y sus pervivencias más allá de la frontera que vendría a suponer, por ejemplo, el nacimiento de la escuela historiográfica de los *Annales*. Efectivamente, al igual que la historia *stricto sensu*, la historia de la historiografía ha elaborado divisiones “epocales” más o menos canónicas que suelen pensarse como fronteras para el nacimiento y muerte de estilos, corrientes y escuelas. Es necesario aclarar, sin embargo, que este modelo explicativo ligado al método, es decir, el proceso de cómo la historia adquirió su carácter científico a través de la depuración de los contenidos especulativos, se sostiene en parámetros difusionistas y eurocéntricos.⁵⁶ En los últimos años, los orígenes exclusivamente europeos de la historia han sido impugnados por historiadores como Edward Wang.⁵⁷ Teniendo esto en mente, a continuación intentaremos establecer tres elementos tradicionalmente asociados a la construcción del denominado “Antiguo Régimen historiográfico” para finalizar la sección con algunas

⁵⁵ Fernando Sánchez Marcos, “Tendencias historiográficas actuales”, *Cultura Histórica* 1 (2009): 1, <http://www.culturahistorica.es>.

⁵⁶ Lorenz, *Entre filosofía e historia. Volumen I: exploraciones en filosofía de la historia*, 212.

⁵⁷ Efectivamente, Wang, identifica el desarrollo de parámetros evidenciales como fuente de conocimiento en el Extremo Oriente, India y Japón. Asocia, además, estos desarrollos al “movimiento anticuario” del siglo XVIII europeo. Edward Q. Wang y Franz Fillafer, eds., *The Many Faces of Clío. Cross-Cultural Approaches to Historiography* (Nueva York, Oxford: Berghahn Books, 2007), 189–90; Georg Iggers, Edward Q. Wang, y Supriya Mukherjee, *A Global History of Modern Historiography* (Londres y Nueva York: Routledge, 2008).

conclusiones preliminares sobre los elementos que determinaron los presupuestos temporales que animaron la historiografía en sus años de conformación.

Durante la primera mitad de la década de 1820 Wilhelm von Humboldt y Leopold von Ranke, entre otros, sentarán las bases de la historia científica en Alemania en un proceso de demarcación que incluye a la historia como “reserva de ejemplos” –o historia *magistra vitae*, que desarrollaremos posteriormente- y a las especulaciones filosóficas que pretenden comprender el “devenir” del desarrollo humano.⁵⁸ Al mismo tiempo, estos movimientos fundacionales, acompañados de creaciones institucionales como la fundación de la Universidad de Berlín en 1810, tuvieron como resultado el alejamiento de una noción “anticuaria” de la erudición y, por el contrario, el desarrollo del método filológico crítico de análisis de documentos.⁵⁹

El concepto rankeano de la historia como una ciencia rigurosa se caracteriza por la tensión entre la demanda explícita por una investigación objetiva, que rechaza estrictamente tanto juicios de valor como las especulaciones metafísicas, y los supuestos filosóficos y políticos implícitos que en realidad determinaban su investigación. Para Ranke, la investigación avanzada estaba estrechamente ligada al método crítico. Un entrenamiento muy acabado en los métodos de la crítica filológica era una precondition necesaria para ello.⁶⁰

Esta ruptura con la filosofía especulativa de la historia apoyada en el uso del método filológico, hace hincapié en la idea de que es la investigación empírica la que permite el avance y desarrollo del conocimiento. Sin embargo, Ranke consideraba al mundo como portador de significados y de valores y, aunque difería con la filosofía hegeliana que tendía a ver en el desarrollo histórico un orden progresivo y teleológico, percibía en ellos “el orden existente tal como Dios lo había creado”.⁶¹ Kasper Eskildsen ha afirmado que el “giro” de

⁵⁸ Gérard Noiriel, *Sobre la crisis de la historia* (Madrid: Frónesis, 1997), 55–56.

⁵⁹ Georg Iggers, *La Historiografía del siglo XX. Desde la objetividad científica al desafío posmoderno*. (México: Fondo de Cultura Económica, 2012), 50-51. Noiriel, *Sobre la crisis de la historia*, 55–56. Sánchez Marcos, “Tendencias historiográficas actuales”, 1–2.

⁶⁰ Iggers, *La Historiografía del siglo XX. Desde la objetividad científica al desafío posmoderno*, 52.

⁶¹ Iggers, 53.

Ranke hacia el archivo implicó, por un lado, el rechazo de la historia ilustrada, universal e impersonal, en favor de una historiografía que tendía a reforzar la identificación antes que el llamado a la rebelión. Además, su apoyo en la burocracia estatal que administraba los archivos terció en favor de una mirada políticamente conservadora, que privilegiaba la continuidad del Estado por sobre los cambios violentos y repentinos.⁶²

Humboldt, por su parte, señalaba en 1821 que “las ideas no se introducen en la historia desde afuera, sino que constituyen su misma esencia” y que para conocerlas y acceder a lo universal era necesario estudiarlas en sus realizaciones concretas.⁶³ Esta perspectiva histórica, que se denominó posteriormente historicismo, partía del supuesto de que “la historia revelaba un significado, y que ese significado se revelaba a sí mismo solamente en la historia”.⁶⁴ Según Sánchez Marcos, el historicismo rankeano ha aportado algunas influencias teóricas que perduraron en la historiografía universitaria europea y que tendieron a converger en un “modelo historiográfico tradicional”.⁶⁵ La primera de ellas sería cierto “objetivismo ingenuo” ilustrado a partir de la célebre frase acerca de mostrar el pasado “como realmente sucedió”. En segundo lugar, la idea de irrepetibilidad del objeto histórico vinculado al estudio de grandes personajes y élites gobernantes. Tercero, un nacionalismo romántico, de inspiración herderiana, según el cual el espíritu de cada pueblo se manifiesta en sus características políticas y culturales. A esto habría que agregarle el valor otorgado a la crítica de fuentes documentales.⁶⁶ Georg Iggers, en un sentido similar, ha resaltado la continuidad epistemológica fundamental entre la historia académica del siglo XIX y la tradición narrativa o histórico-literaria que puede remontarse hasta Tucídides.⁶⁷ En esta continuidad identificaba también tres supuestos: el primero, nuevamente, el realismo entendido a partir de la idea de “verdad como correspondencia”; el segundo, la relación de necesidad entre intenciones y acciones de los actores del pasado y su comprensión como objetivo de la

⁶² Kasper Risbjerg Eskildsen, “Leopold Ranke’s Archival Turn: Location and Evidence in Modern Historiography”, *Modern Intellectual History* 5, n° 3 (2008): 448–50, <https://doi.org/10.1017/S1479244308001753>.

⁶³ Citado en Noiriel, *Sobre la crisis de la historia*, 56.

⁶⁴ Iggers, *La Historiografía del siglo XX. Desde la objetividad científica al desafío posmoderno.*, 57.

⁶⁵ Sánchez Marcos, “Tendencias historiográficas actuales”, 1–2.

⁶⁶ Sánchez Marcos, 2–3.

⁶⁷ Según Iggers, las continuidades entre la historia narrativa del siglo XVIII y la historia científica del XIX prevalecen por sobre la ruptura que ésta significó en términos epistemológicos que, en sus palabras “no era tan fuerte”. Así, el carácter narrativo y el elemento de ficción necesario para la construcción del discurso histórico están presentes en toda la tradición hasta Gibbon y se proyectan también a la Escuela Histórica alemana. Iggers, *La Historiografía del siglo XX. Desde la objetividad científica al desafío posmoderno.*, 21.

empresa histórica y, finalmente, el sostenimiento de un tiempo “unidimensional y diacrónico” que conforma una secuencia coherente encadenada por la sucesión.⁶⁸ El historicismo alemán se transformó, a partir de estas características, en modelo para otras historiografías nacionales que adoptaron sus pautas sin comprender la filosofía más profunda que inspiraba la historiografía rankeana. Muchas veces confundido con el positivismo por su apego a lo fáctico y al método documental como reaseguro del realismo, el historicismo es uno de los afluentes que contribuyen a la cientificidad de la historiografía en el siglo XIX, de la que Ranke se transformó en modelo.

Un segundo elemento en esta construcción del modelo historiográfico tradicional es el positivismo.⁶⁹ Esta corriente filosófica fue fundada por el francés Auguste Comte que, aproximadamente hacia 1840, estableció el programa para una “física social”. Comte parte de un diagnóstico de desajuste entre los avances de las ciencias de la Naturaleza respecto de las ciencias del espíritu. Las falencias de estas últimas le impiden aportar para el mejoramiento de lo social en marco de los efectos de la Revolución Industrial. Una de las tareas en las que se embarca Comte es la construcción de una ciencia que logre la correcta interpretación de los fenómenos nuevos que surgen a raíz de estos cambios económicos pero también del impacto que significó la Revolución Francesa, con el objetivo de atender la “cuestión social” y dirigir científicamente la sociedad.⁷⁰ Así, lo que busca es hacer que las ciencias del espíritu adopten el método experimental para el estudio de las sociedades contemporáneas. El resultado es lo que Comte da en llamar “física social” o Sociología. Esta nueva ciencia adopta el método positivo, cuyo modelo es el de las ciencias físico-naturales: construye los datos experimentalmente y busca predecir a través de la observación las regularidades y las leyes.⁷¹ La historia trabaja con hechos que no se repiten y no están presentes, por lo tanto no puede adoptar el método experimental. En consecuencia, la historiografía debe atenerse al estudio de singularidades que sirvan de insumo a la ciencia social debido a su incapacidad para

⁶⁸ Iggers, 22.

⁶⁹ Gérard Noiriel realiza una reconstrucción del proceso de consolidación de la historia-ciencia bajo la idea de *paradigma* según los planteos de Thomas Kuhn. Por lo problemática que resulta la traslación de este concepto a una disciplina como la historiografía preferimos obviarlo y en cambio referirnos a la construcción de un “modelo” en un sentido débil y no cargado epistémicamente. Cfr. Noiriel, *Sobre la crisis de la historia*, 52–53.

⁷⁰ Noiriel, 60.

⁷¹ A favor del proyecto comteano, Hippolyte Taine intentó adaptar la historia a las reglas del método positivo a través del análisis social partiendo de tres términos: raza, medio y momento. También encontramos a Herbert Spencer y su proyecto del darwinismo social. Spencer elabora la teoría de la supervivencia de los económicamente aptos.

descubrir y dictar leyes.⁷² Los hechos, por su parte, debían determinarse como búsqueda de una verdad “en sí misma” y ya no como manifestaciones de la Idea.⁷³

La filosofía positivista implica una ideología del progreso. La historia tiene un sentido finalístico y avanza progresivamente a través de tres estadios, el religioso, el metafísico y el positivo, que se corresponden con formas de conocer el mundo. El estadio positivo, llamado así en oposición a la metafísica, es el centro del proyecto comteano: eliminar todo vestigio metafísico en las ciencias del espíritu y assimilarlas a las ciencias naturales. La “ley de los tres estadios” tiene una importancia decisiva puesto que permite una secularización del tiempo en tanto rechaza las especulaciones teológicas y metafísicas todavía presentes en el momento anterior. Fabian ha sostenido que este sentido evolucionista impregnado por el positivismo en el contexto científico del siglo XIX llevó a una naturalización del tiempo que permitió su expansión cuantitativa.⁷⁴ Esta concepción de un tiempo inmanente al mundo implica que todos los cambios en el universo orgánico y físico están gobernados por leyes naturales que operan en la sucesión ininterrumpida del transcurrir temporal.⁷⁵

La tercera corriente que posibilita la cimentación de las bases epistemológicas de la historiografía en el siglo XIX y que puede asociarse a lo que se conoce como “Antiguo régimen historiográfico” se desarrolla también en Francia. Se produce en paralelo y en diálogo con el proceso de consolidación del estado francés tras la guerra franco-prusiana de 1870 que acelera la nacionalización de la sociedad francesa y, consecuentemente, la institucionalización de la historia en las universidades.⁷⁶ Quienes resultan fundamentales para la comprensión del establecimiento del método “estándar” del análisis histórico son los llamados “metodocistas”, a veces referidos como “positivistas” y otras veces nombrados, sobre todo por los miembros de la escuela de *Annales*, como “historiadores historizantes”.⁷⁷ Una de las particularidades de estos historiadores, que causa que proliferen las denominaciones que

⁷² Noiriél, *Sobre la crisis de la historia*, 61.

⁷³ Noiriél, 63.

⁷⁴ Además de la obra citada de Fabian, puede consultar, por ejemplo, la sección 4 de *Breaking up Time* de Chris Lorenz y Berber Bevernage en el que se trabaja sobre la relación entre imperialismo, colonialismo, globalización y temporalidad. Los casos analizados son los de Japón, China y Argelia. Berber Bevernage y Chris Lorenz, eds., *Breaking up time. Negotiating the borders between present, past and future* (Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht, 2015), sec. 4. “Time outside Europe: Imperialism, Colonialism and Globalisation”.

⁷⁵ Fabian, *Time and the other. How anthropology makes its object*, 13.

⁷⁶ Noiriél, *Sobre la crisis de la historia*, 63–64.

⁷⁷ Sobre las confusiones que la utilización del término “positivistas” en un sentido peyorativo ha ocasionado puede consultarse Noiriél, cap. 3 “El retorno del autor”.

han recibido, es que llegan a partir de las premisas de Auguste Comte a la conclusión opuesta: la historia sí es una ciencia.

Los metodocistas franceses pueden subdividirse en tres generaciones sucesivas. La primera es la que tiene como protagonista a Gabriel Monod y como acto fundacional y manifiesto a la creación de la revista *Revue historique* en 1876.⁷⁸ En el primer número de esta publicación, Monod redacta un manifiesto/presentación en el que declara que el carácter científico de la historia está contenido en su método.⁷⁹ Monod compara a la Historia con la medicina clínica argumentando que hay un parentesco en sus procedimientos. Se inspira en el médico Claude Bernard que atribuye a la medicina el carácter de conocimiento indirecto que, a través de determinados síntomas, puede inferir la existencia de enfermedades. La Historia, según Monod, procede de la misma manera: el síntoma es reemplazado por la “huella” que está presente en los documentos y lo que se conoce indirectamente son hechos del pasado.⁸⁰ Si la historia tiene una semiótica es ciencia, porque tiene un método que establece parámetros que le permiten reconstruir acontecimientos. Existe entonces un procedimiento cognitivo. La segunda generación metodocista es la que está marcada por la influencia decisiva de Charles-V. Langlois y Charles Seignobos. Ambos historiadores muestran una continuidad que los emparenta con Monod, en tanto sostienen la creencia que la historia tiene un método propio y que es este el fundamento de su cientificidad. Son ellos quienes escriben una de las obras sobre metodología histórica más influyentes de la historia de la disciplina: *Introduction aux études historiques*, publicada originalmente en 1897.⁸¹ Langlois y Seignobos consideran que el método histórico posee por dos instancias o momentos, el análisis y la síntesis. Monod entendía que estas instancias eran sucesivas y practicadas de manera individual por todos los historiadores, es decir, que a la realización de numerosos trabajos monográficos le seguía necesariamente un trabajo sintético, un libro de historia propiamente dicho. Langlois y Seignobos, en cambio, van a sostener que estas dos etapas se producen gracias a la división del trabajo al interior de la disciplina histórica, a través de la jerarquización de los investigadores: los más jóvenes se encargan del trabajo de análisis y de pesquisa monográfica

⁷⁸ Guy Bourde y Herve Martin, *Las Escuelas Históricas* (Madrid: Akal, 2004), 127.

⁷⁹ Noiriél, *Sobre la crisis de la historia*, 65.

⁸⁰ Noiriél, 65.

⁸¹ En esta tesis utilizaremos la siguiente versión traducida al castellano: Charles-V Langlois y Charles Seignobos, *Introducción a los Estudios Históricos*, ed. Francisco Sevillano Calero (Alicante: Publicaciones Universidad de Alicante, 2003).

mientras que la síntesis, en cambio, es llevada a cabo por los más experimentados.⁸² Esta división del trabajo está en relación también al surgimiento y consolidación de la nueva burocracia estatal francesa de la III República. La función científica y pública del historiador coinciden: el historiador debe construir la historia nacional francesa y se lo concibe como un funcionario.

La tercera generación de historiadores metodocistas está protagonizada por Marc Bloch. Si bien es el último de esta tradición historiográfica también es parte de la primera generación de lo que conocemos como escuela de *Annales*. En 1929 Bloch y Lucien Febvre logran plasmar su proyecto historiográfico, crítico de la historia “historizante”, con la creación de la revista *Annales d'histoire économique et sociale*. Influidos por la sociología durkhemiana, en particular por las críticas que el discípulo de Emile Durkheim, François Simiand, realiza a la historiografía de Langlois y Seignobos.⁸³ Simiand consideraba que el método de crítica de documentos que era ensalzado por estos historiadores no era para nada un método positivo sino que se trataba meramente de técnicas eruditas de recolección de datos que no contribuían a ninguna explicación.⁸⁴ Haciéndose eco de estas críticas, las ideas de Bloch, plasmadas en su obra inconclusa *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien*, van en el sentido del establecimiento de un diálogo entre la historia y otras ciencias sociales y en un refinamiento de la metodología.⁸⁵ En este sentido, la ampliación constante del universo de fuentes y el hincapié en el cuestionario, las preguntas del investigador como guía para el trabajo con los documentos, aparecen como cuestionamientos fuertes hacia sus predecesores.⁸⁶

Resulta indudable, como sostiene C. Lorenz, que “el espectacular ascenso de la historia académica como institución es corrientemente explicado por la conexión directa entre la profesionalización de la historia, por un lado, y el Estado-nación, por el otro”.⁸⁷ El filósofo

⁸² Bourde y Martin, *Las Escuelas Históricas*, 135. Langlois y Seignobos, *Introducción a los Estudios Históricos*, 298.

⁸³ Jacques Revel, *Las construcciones francesas del pasado* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001), 45.

⁸⁴ François Simiand, “Método histórico y ciencia social”, *EMPIRIA. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, n° 6 (2003): 163–202.

⁸⁵ Bloch, *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien* (1949).; Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador* (México: Fondo de Cultura Económica, 2001), 79.

⁸⁶ Esta obra será analizada con mayor detenimiento en el apartado I.2.2. Además de la dirección de encuesta, la preocupación de Bloch por definir un lenguaje común para el conjunto de la comunidad de historiadores está en el centro de su reflexión. En cuanto al problema de las fuentes, a diferencia de las generaciones anteriores de metodocistas, el historiador desideriense sostiene la necesidad de incluir vestigios arqueológicos, numismática, fuentes literarias, series y no solo limitarse a documentos escritos de producción estatal. Bloch, 78-79, 86, 87.

⁸⁷ Lorenz, *Entre filosofía e historia. Volumen 1: exploraciones en filosofía de la historia*, 213.

neerlandés sostiene que hay una vinculación directa entre el discurso científico de objetividad y el Estado-nación, autopercibido como supra-partidario, que actuaría como garante de esa verdad. Pero, además, la nación sirvió a la historia como sostén de su temporalidad y su espacialidad. Para eso, recurre a los desarrollos de algunos historiadores poscoloniales como Prasenjit Duara, del que toma la siguiente frase: “la historia es el modo principal por el cual no naciones fueron transformadas en naciones”.⁸⁸ En los casos franceses y alemán esto es más que claro. Este relato progresivo y teleológico encarnó en las historias nacionales, que representaban su pasado como el pasaje “hacia la autonomía política o estatidad de la nación”, situada, además, en un espacio/territorio que era concebido como natural.⁸⁹ El tiempo, de esta manera, adquirió su forma: lineal, por la secularización del tiempo cristiano, continuo, homogéneo, progresivo y orientado hacia el futuro.

Estas tres corrientes (el historicismo rankeano, el positivismo y el metodicismo francés) harán sentir su influencia a lo largo del siglo XX ya sea por oposición, herencia, reasunción o continuidad. Conformarán un núcleo duro de saberes y prácticas dejando sus marcas en el quehacer historiográfico. El programa de Bloch logrará consolidarse en la segunda posguerra de la mano de la figura sobresaliente de Fernand Braudel y el ascenso generalizado en Europa de la historia estructural o macro-paradigmática. También, desde los sesenta, comenzará un proceso de crítica a estos valores. Sin embargo, el presupuesto que quedará por más tiempo incontestado es el del tiempo histórico, naturalizado por el positivismo, asociado al desarrollo nacional y extendido al conjunto de las sociedades. La historiografía del siglo XIX se sostendrá, como intentaremos mostrar, sobre el ideal del tiempo lineal, homogéneo y vacío. Esta concepción que, como analizaremos posteriormente, ha sido identificada con el “régimen moderno de historicidad”, se proyectará sobre la historia-ciencia del siglo XX, que recién comenzará a revisarla en sus últimas tres décadas.

1.1.2. Tiempo lineal y pasado histórico: las categorías temporales de la historiografía

Si entre los historiadores no han abundado las reflexiones sistemáticas sobre la temporalidad, esto no implica que no existan. Bloch ha definido a la historia como “la ciencia

⁸⁸ Lorenz, 214.

⁸⁹ Lorenz, 222.

de los hombres en el tiempo”.⁹⁰ El tiempo es, para el historiador francés, “el plasma mismo donde están sumergidos los fenómenos y es el lugar de su inteligibilidad”.⁹¹ Asimismo, ya en la segunda mitad del siglo XX, Jacques Le Goff calificaba al tiempo, en el Prefacio de *Histoire et mémoire*, como “la materia fundamental de la historia”.⁹² Sin dudas, la historiografía, como ninguna otra disciplina social, hace del tiempo, de la duración y del cambio sus elementos esenciales y así lo expresaron sus principales exponentes. Ahora bien, ¿cuál es el tiempo de la historia? La historiografía, además de una ciencia de los hombres en el tiempo, es ella misma una disciplina *en* el tiempo. Es problemático, justamente, el uso de esta preposición – *en*– puesto que parece indicar que la propia historicidad de la disciplina histórica se adscribe a las reglas que ella misma determina: aparece en determinado momento cronológico (entre los siglos XIX y XX), en un devenir temporal lineal, homogéneo y progresivo. Estas características del desarrollo temporal –linealidad, homogeneidad y progresividad— funcionaron como un presupuesto metahistórico no problematizado durante buena parte de los siglos XIX y XX. La crítica de Simiand a los “ídolos de la tribu” de los historiadores historicistas y metodocistas (lo político, lo individual y lo cronológico) publicada por primera vez en 1903, los cuestionamientos esbozados por Bloch al problema de los orígenes y las causas y la idea de la historia-problema planteada por Febvre, sin dudas contribuyeron a una crítica de la historia historizante y a repensar el uso del tiempo por parte de los historiadores.⁹³ Sin embargo, el supuesto del *continuum* temporal, reflejo del tiempo calendario sobre el que la historia se desplegaría, continuó sin transformarse en objeto pleno de indagación sistemática.⁹⁴

El más célebre proyecto para repensar la temporalidad en la historiografía proviene también de la escuela francesa de *Annales* y fue el llevado a cabo por Braudel en *El Mediterráneo y el mundo*

⁹⁰ Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, 58.

⁹¹ Bloch, 58.

⁹² Le Goff, *Histoire et mémoire*, 24.

⁹³ Francois Simiand, “Método histórico y ciencia social”, *EMPIRIA. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, núm. 6 (2003): 199–202; Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, 60; Lucien Febvre, *Combates por la historia* (Barcelona: Ariel, 1982), 44.

⁹⁴ Hay, obviamente, excepciones. Por ejemplo, el *Beiheft* 6, complemento temático publicado en el volumen 6 de la revista *History and Theory* lleva el nombre de “History and the Concept of Time” y está dedicado, justamente al análisis del tiempo. En este número participan historiadores y teóricos como Arnaldo Momigliano o Sigfried Kraeuer. Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, 58.

mediterráneo en la época de Felipe II, publicado originalmente en 1949.⁹⁵ En esta obra, Braudel propone y pone en práctica una descomposición de la historia en *pisos* o *niveles*: un tiempo geográfico, centrado en la relación entre el hombre y el entorno natural, un tiempo social, vinculado a la historia de la economía, las sociedades y las civilizaciones y, finalmente, un tiempo individual que puede asociarse a la historia política de corte más “tradicional”.⁹⁶ Sin embargo, es en otra obra, *La Historia y las Ciencias Sociales*, una compilación de artículos que versan acerca de las relaciones entre ambas, en la que se desarrolla teóricamente su concepción temporal. Retomando aquello que había desarrollado en el terreno de la práctica en *El Mediterráneo*, el historiador francés define las capas de la historia a partir de su duración: una historia episódica, de los acontecimientos; una historia “a media profundidad”, coyuntural de ritmo más lento y, finalmente, la historia estructural o de larga duración.⁹⁷ El tiempo corto es considerado por Braudel como “la más engañosa de las duraciones” y parece funcionar, sobre todo para quienes practican una historia de tipo “tradicional” o historizante, como un espejismo que hace suponer que toda la historia se reduce a los acontecimientos.⁹⁸ La duración media, que comenzaba a ser explorada en las décadas centrales del siglo XX por los historiadores de la economía que incorporaban nuevas medidas del tiempo vinculadas a variables económicas, demográficas y sociales.⁹⁹ Finalmente, la larga duración, menos difundida todavía entre los historiadores, que exige cambiar el estilo historiográfico y desarrollar una nueva concepción de lo social vinculada al tiempo lento, casi inmóvil.¹⁰⁰ Es este tiempo largo lo que el historiador, parece, tiene para ofrecer a las ciencias sociales; “una noción cada vez más precisa de la multiplicidad del tiempo” sostenida en la permanencia de lo geográfico pero también de las mentalidades y cuestiones culturales.

¿Cuál es la concepción temporal más amplia en la que se inserta esta disección en estratos que propone Braudel? A primera vista, parece no alejarse demasiado de la noción tradicional de tiempo histórico entendido como lineal y homogéneo. El tiempo del mundo es el tiempo de la historia, irreversible, que gira al ritmo en que gira la tierra. De esta manera, afirma que

⁹⁵ Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (México: Fondo de Cultura Económica, 1987).

⁹⁶ Braudel, 18-19.

⁹⁷ Fernand Braudel, *La Historia y las Ciencias Sociales* (Madrid: Alianza Editorial, 1970), 123.

⁹⁸ Braudel, 66.

⁹⁹ Braudel, 68.

¹⁰⁰ Braudel, 74.

no es la duración la que es creación del espíritu humano sino las fragmentaciones del discurrir del tiempo. Berber Bevernage se ha preguntado, con razón, cómo pueden estos tiempos considerarse diferentes si todos pueden ser medidos de acuerdo con la misma escala.¹⁰¹ En este mismo sentido, Paul Ricoeur ha cuestionado este alegato de Braudel a favor de una historia anónima y de larga duración por su falta de rigor, en la que la velocidad del tiempo y sus duraciones parecen confundirse: “la velocidad no se dice de los intervalos de tiempo sino de los movimientos que los recorren”.¹⁰² En esa misma obra, el clásico *Tiempo y narración*, el filósofo francés proponía la relación estrecha y no accidental entre el carácter temporal de la experiencia humana y la actividad de narrar: el tiempo se hace tiempo humano cuando es articulado de modo narrativo y se convierte en una necesidad transcultural.¹⁰³

La pregunta por el tiempo histórico, en este caso desde la teoría de la historia, fue retomada por Reinhart Koselleck en *Futuro Pasado*, publicado originalmente en alemán en 1979. En esta obra, Koselleck se pregunta por las condiciones antropológicas que hacen posibles las historias. El historiador alemán concibe al tiempo histórico como el producto de la tensión entre el “espacio de experiencia”, el pasado, y el “horizonte de espera”, el futuro.¹⁰⁴ Estos conceptos poseen, a su vez dos usos: son tanto categorías históricas como metahistóricas. Si bien se trata de conceptos formales que tienen una utilidad antropológica para descubrir las tensiones entre experiencia y expectativa y ser condición de la realización de historias posibles, son también nociones útiles para el análisis empírico puesto que la historia concreta se desarrolla en marco de determinadas experiencias y determinadas expectativas. En tanto categorías metahistóricas, se transforman en pasados y futuros presentes que actúan a la vez en el nivel consciente y en el inconsciente. Pero a pesar de estar “presentes recíprocamente”, las experiencias del pasado y las expectativas del futuro no coordinan como si actuaran “en espejo” sino al contrario: no puede deducirse completamente una expectativa concreta de una experiencia en particular. Es, de hecho, la tensión que surge entre “espacio de experiencia” y “horizonte de expectativas” la que empuja al tiempo histórico. Entendidas como históricas, estas categorías pueden desentrañar una determinada manera de ser-en-el-

¹⁰¹ Braudel, 98; Berber Bevernage, *Historia, memoria y violencia estatal. Tiempo y justicia*. (Buenos Aires: Prometeo, 2015), 193.○

¹⁰² Paul Ricoeur, *Tiempo y narración - I. Configuración del tiempo en el relato histórico*. (Buenos Aires, México: Siglo XXI, 2004), 182–83.

¹⁰³ Ricoeur, 113.

¹⁰⁴ Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos* (Barcelona: Paidós, 1993), 15.

tiempo. Así, según Koselleck, en el mundo campesino, predominante en Occidente hasta el siglo XVIII, experiencias y expectativas mostraban una correspondencia casi absoluta.¹⁰⁵ En consecuencia, hasta el final de la Edad Moderna, la historia funcionaba en articulación con un mundo predecible, producto de este orden del tiempo.¹⁰⁶ Efectivamente, la historia era entendida como *magistra vitae*, puesto que permitía obtener ejemplos (*exempla*) del pasado para actuar en el presente, asegurando una continuidad que ligaba el pasado con el futuro.¹⁰⁷ Al respecto, por ejemplo, Langlois y Seignobos afirmaban en las conclusiones de *Introducción a los estudios históricos* que:

Es una ilusión anticuada creer que la historia proporciona enseñanzas prácticas para conducirse en la vida (*historia magistra vitae*), lecciones de utilidad inmediata para los individuos y los pueblos: las condiciones en que se producen los actos humanos rara vez se asemejan lo bastante en una y otra ocasión para que 'las lecciones de la historia' puedan aplicarse directamente.¹⁰⁸

Es justamente a finales de este siglo que surge la idea de progreso y, junto a él, se produce la ruptura entre el pasado vivido, la experiencia, y las posibilidades de prever el futuro. La idea de progreso es producto de la condensación de múltiples experiencias, acumuladas a lo largo de los tres siglos precedentes: el apogeo de la técnica, la navegación completa del globo terráqueo y el descubrimiento de los pueblos que lo habitan, el desarrollo de la sociedad industrial y del capital y las ideas de la Ilustración. Como consecuencia de este nuevo horizonte, el futuro no solo se concebía como distinto del pasado sino también mejor.¹⁰⁹

Este despegue de las expectativas rompería la circularidad de la historia *magistra vitae*, imprimiéndole al tiempo histórico una trayectoria lineal, acelerada hacia adelante. La aceleración del tiempo es uno de los rasgos distintivos del régimen moderno de historicidad: el pasado deja de ser dispensador de ejemplos y se transforma en único e irrepetible, en un

¹⁰⁵ Koselleck, 334–37.

¹⁰⁶ Ver Koselleck, cap. II "*Historia Magistra Vitae*".

¹⁰⁷ Koselleck, 48.

¹⁰⁸ Langlois y Seignobos, *Introducción a los Estudios Históricos*, 299.

¹⁰⁹ Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, 346–47.

otro. Las lecciones se sustituyen por la previsión puesto que el pasado no ilumina más el porvenir. El propio Bloch reconoce en *Apología para la historia* el carácter reciente y artificial de la separación del pasado y el presente: ve como desde hace medio siglo, el desarrollo de la técnica ha ampliado el intervalo psicológico de las generaciones.¹¹⁰ Con el concepto moderno de historia, el ejemplo desaparece para dar lugar a lo que no se repite. Es el futuro ahora el que marca el camino al pasado, el *telos* que le da sentido. Además, la historia pasa a ser conocida como proceso: los acontecimientos no están simplemente *en* el tiempo sino *a través* de él.¹¹¹

En un sentido similar a esta obra fundamental de Koselleck, en el año 2004 Peter Fritzsche publicó *Stranded in the Present. Modern Time and the Melancholy of History* un trabajo dedicado al estudio del surgimiento del concepto de historia a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX.¹¹² Es la Revolución Francesa la que, para Fritzsche, da forma al pensamiento occidental sobre la historia. Al tratarse de un evento sin precedentes, quiebra cualquier posibilidad de orientar las acciones del presente con la guía de los hechos pasados. La aparición de la historia alteró las formas de entender el tiempo en el espacio público, pero también en las prácticas privadas e individuales. Según el historiador alemán, los emigrados franceses de la revolución, e inmigrantes europeos en general, influyeron en la difusión de esta concepción del cambio histórico a nivel atlántico y convirtieron la historia en un medio masivo que transformó las prácticas individuales de conmemoración, escritura y memoria de las tradiciones familiares.¹¹³ Estos movimientos dieron nacimiento a la idea de contemporaneidad: ésta, al mismo tiempo que marcaba una identidad temporal compartida por norteamericanos y europeos y los constituía como “occidentales”, marcaba los límites de la noción excluyendo al resto de los habitantes del mundo.¹¹⁴ Simultáneamente, la naciente conciencia histórica impactó sobre la construcción de lo nacional, según Fritzsche, puesto que posibilitó el surgimiento del concepto de “diferencia” e impulsó la subjetividad.¹¹⁵ Esta

¹¹⁰ Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, 67.

¹¹¹ François Hartog, *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo* (México: UIA, 2007), 14.

¹¹² Peter Fritzsche, *Stranded in the Present. Modern Time and the Melancholy of History* (Cambridge, Massachusetts y Londres: Harvard University Press, 2004).

¹¹³ Fritzsche, 9.

¹¹⁴ Fritzsche, 205.

¹¹⁵ Fritzsche, 10.

se sostuvo en la revalorización de las ruinas, que le dieron a las nacientes naciones europeas la sensación de duración en el tiempo.¹¹⁶

Para comprender las articulaciones posibles entre pasado, presente y futuro, es decir, la forma de experimentar esta relación en una sociedad determinada, François Hartog elaboró la noción de “régimen de historicidad”, plasmada en la obra publicada en francés en el año 2003. Autores como Claude Calame y Gustave Lenclud sugieren reemplazar el concepto de ‘historicidad’ por el de ‘temporalidad’.¹¹⁷ Sin embargo, el concepto de “temporalidad” puede resultar un poco vago e impreciso a la hora de dar cuenta de qué modo los actores de una sociedad conciben y se sitúan en el tiempo. La noción de “régimen de historicidad” –no exenta de ambigüedades que se analizarán– asume que las diferentes formas o modos en que las sociedades articulan el pasado, el presente y el futuro fijan los contornos para que ciertos debates, pensamientos, prácticas o representaciones sean posibles. En su acepción más específica, es decir, como herramienta heurística, permite aprehender los momentos de crisis del tiempo, cuando la forma de articulación de pasado, presente y futuro “deja de parecer obvia”.¹¹⁸ Utilizando una fórmula acuñada por Hannah Arendt, Hartog llama a estos momentos de crisis “brechas del tiempo”.¹¹⁹ A su vez, la noción de régimen de historicidad designa también un objeto de estudio: debería poderse rastrear cuál es el régimen de historicidad dominante, bien en las prácticas cotidianas o bien en los productos culturales de una sociedad determinada.¹²⁰ Un régimen de historicidad no es único sino que es hegemónico o dominante en un entramado de múltiples temporalidades que disputan el privilegio por la articulación del tiempo.¹²¹ El concepto de régimen de historicidad, entonces, “participa de lo metahistórico pero apunta a lo histórico”, no es enteramente una teoría de la historia sino que indaga la historia haciendo historia.¹²²

¹¹⁶ Fritzsche, 131.

¹¹⁷ Claude Calame., ‘Pour une anthropologie des pratiques historiographiques’, *L’Homme*, 173, 2005, p. 11-45, p.39; Gustave Lenclud., ‘Être contemporain : altérité culturelle et construction du temps’ en André, J., Dreyfus-Asséo S., et Hartog, F. (dir.), *Les récits du temps* (Paris: PUF, 2010), p.44-52.

¹¹⁸ Hartog, *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*, 24.

¹¹⁹ Hartog, 38.

¹²⁰ Christian Delacroix, François Dosse, y Patrick Garcia, *Historicidades* (Buenos Aires: Waldhuter, 2010), 39.

¹²¹ Cfr. Berber Bevernage y Koen Aerts, “Haunting pasts: time and historicity as constructed by the Argentine Madres de Plaza de Mayo and radical Flemish nationalists”, *Social History* 34, n° 4 (2009): 391-408, <https://doi.org/10.1080/03071020903256986>.

¹²² Hartog, *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*, 153.

Las críticas al concepto tanto de “régimen” como de “historicidad” han proliferado en los últimos años. Calame reconoce la relevancia del término “regímenes de historicidad” como una categoría “semi-empírica”, elaborada “a partir de una rara colaboración entre un historiador y un antropólogo [Lenclud]”. Para él, es preferible la utilización de la idea de “temporalidad” por sobre “historicidad” porque este último término se referiría, restrictivamente, a la configuración del pasado. Al mismo tiempo, prefiere la palabra “lógica” (“*logique*”) en lugar de “régimen” porque se vincularía mejor con la correlación entre el *nunc* y el *hic*, esto es, que la lógica de temporalidad implicaría también un régimen (o una lógica) de “espacialidad”.¹²³ Para Bantigny, sin embargo, aunque acuerde con Hartog y Lenclud en que el término “régimen” refiere a una composición que incluye niveles diferentes, oposiciones y contradicciones, la noción de “régimen” es molesta “porque no importa con cuánto cuidado los académicos se acerquen a ella, tiende a congelar un período en su relación con el tiempo y la historia y a cristalizar su dominación, reificando sus rasgos esenciales”.¹²⁴ Si bien Helge Jordheim prefiere “temporalidad” en lugar de “historicidad”, acuerda con el uso del concepto de “régimen” porque tiene una connotación que lo acerca a un término político: “Transpuesto al análisis de los tiempos múltiples, el término sirve para recordarnos que el tiempo es también una cuestión de poder, del poder de controlar los movimientos, de decidir sobre principios y finales, de decidir sobre el lugar y los ritmos”.¹²⁵

Retomando lo planteado por Koselleck y apoyándose en algunos desarrollos de la antropología que analizaremos posteriormente, Hartog observa las diversas formas en que las instancias temporales se articulan para conformar diversos regímenes de historicidad. La historia *magistra vitae* fue la forma predominante de la historia en Occidente hasta finales del siglo XVIII, constituyendo un régimen de historicidad centrado en el pasado.¹²⁶ A partir de la brecha del tiempo abierta en la fecha simbólica de 1789, Hartog reconoce el surgimiento de una nueva forma de articular pasado, presente y futuro, a la que denomina “régimen moderno de historicidad”.

¹²³ Claude Calame, “Pour une anthropologie des pratiques historiographiques”, *L’Homme*, n° 173 (2005): 59.

¹²⁴ Ludivine Bantigny, “Historicités du 20e Siècle”, *Vingtième Siècle. Revue D’Histoire* 117, n° 1 (2013): III.

¹²⁵ Helge Jordheim, “Introduction: Multiple Times and the Work of Synchronization”, *History and Theory* 53, n° 4 (2014): 510.

¹²⁶ Hartog realiza un paralelo entre la *historia magistra vitae* y el régimen heroico de historicidad teorizado por Marshall Sahlins en Hawái. Hartog, *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*, 61.

Aleida Assmann ha caracterizado al régimen moderno a partir de cinco aspectos que le son propios: su carácter rupturista, la creación de una “ficción del comienzo”, la invención de “lo histórico”, la aceleración de los cambios y la “destrucción creativa”.¹²⁷ Según Assman, el régimen moderno de historicidad se desvía de las anteriores formas de articulación del tiempo, sobre todo en relación con sus funciones.¹²⁸ Antes de su aparición, el objetivo de los regímenes del tiempo era asegurar la continuidad entre pasado, presente y futuro. Las tradiciones, como construcciones de la continuidad, aseguraban evitar las rupturas y, en consecuencia, las grandes disrupciones eran previstas y reparadas. En los años setenta, Koselleck definió al progreso como el proceso que surge de las rupturas temporales originando continuamente experiencias de hiato, de quiebre. La estructura temporal del progreso depende de la repetición de las rupturas: es decir, de aumentar la distancia que separa al campo de experiencia y al horizonte de expectativas. En este sentido, la innovación es considerada como el motor del cambio.¹²⁹ En segundo lugar, mientras los regímenes premodernos creaban orígenes míticos que trascendían la experiencia humana, el moderno régimen de historicidad sitúa el comienzo de los tiempos en cuestiones terrenales. “Origen” y “principio” difieren en sus características: mientras el primero designa a lo mítico, lo divino, el segundo se refiere a lo secular, lo producido por el ser humano. Assman sugiere que la tercera característica que le asigna al régimen moderno de historicidad puede ilustrarse, por un lado, a partir del pensamiento político-ideológico del anarquismo de Mijaíl Bakunin en el siglo XIX, es decir, la destrucción de las estructuras existentes para crear nuevas y, por otro, a partir de la introducción de esta idea por parte Joseph Schumpeter a su teoría económica en referencia al desarrollo del capitalismo. El concepto de “destrucción creativa” es una precisa descripción de la lógica lineal de reemplazo que impulsa el cambio tecnológico.¹³⁰ Por último, directamente relacionado con el primer punto, la idea de invención de “lo histórico” se refiere a la creación, en el siglo XIX y con la consolidación de los estados nación, de archivos, museos y una comunidad historiográfica destinada a preservar de manera profesional el pasado. A esto nos referíamos en el apartado anterior. La hegemonía del

¹²⁷ Bevernage y Lorenz, 42.

¹²⁸ Esta idea de cronologizar la aparición de los regímenes de historicidad implica, a primera vista, una contradicción entre la pretensión heurística de de Hartog y el carácter denotativo que el concepto adquiere en algunos contextos. Esta dificultad será explorada en los apartados subsiguientes.

¹²⁹ Bevernage y Lorenz, 43–44.

¹³⁰ Bevernage y Lorenz, 44–47.

régimen moderno de historicidad se da entre 1789 y 1989; la Revolución Francesa marca el límite entre la *historia magistra vitae* y la modernidad, mientras que 1989, con la caída del Muro de Berlín y el final de la utopía comunista, establece el punto en el que podemos reconocer el ascenso del presentismo, un orden del tiempo en el que el presente se vuelve omnipresente y que desarrollaremos en el capítulo siguiente.

En el año 2013, el filósofo de la historia neerlandés Chris Lorenz y el historiador belga Berber Bevernage editaron una obra que incluyó la participación de buena parte de los historiadores y teóricos de la historia europeos y norteamericanos preocupados en torno al problema del tiempo de la historia. Si bien las intervenciones son diversas, la introducción a cargo de los compiladores permite un acercamiento a las preguntas estructurantes de la obra y que traducen las preocupaciones preponderantes en los últimos años. La primera de las preguntas que organiza el libro es cómo las sociedades en general, y los historiadores en particular, distinguen pasado, presente y futuro y cómo se construyen sus interrelaciones y articulaciones.¹³¹ Un segundo eje, relacionado con el anterior, plantea la cuestión de la performatividad del discurso histórico acerca del tiempo a través de la siguiente pregunta: ¿la distinción entre pasado, presente y futuro es una acción “pasiva”, un mero acto de reconocimiento de lo que está dado y es natural o, en cambio, involucra una instancia más activa en la que los actores sociales crean y recrean estas divisiones?¹³² Finalmente, la última pregunta que surge concierne a los límites políticos que separan las tres dimensiones temporales. Los historiadores deben cuestionarse, sostienen los editores, si el tiempo histórico es neutro o, en cambio, es inherentemente político y ético.¹³³ Los historiadores profesionales, afirman C. Lorenz y Bevernage, han mantenido un discurso que reclama una “distancia objetiva” e imparcial como observadores y no han dado cuenta de su participación en la construcción del tiempo de la historia.¹³⁴ En este sentido, la filiación con los aportes problematizadores de Koselleck y de Hartog resulta fundamental para comprender la trayectoria intelectual en la que se entroncan buena parte de los tópicos trabajados. El mismo Bevernage ha aportado en su tesis doctoral, traducida al castellano como *Historia, memoria y violencia estatal. Tiempo y Justicia*, algunas claves para definir el tiempo histórico propio de la

¹³¹ Bevernage y Lorenz, *Breaking up Time. Negotiating the Borders between Present, Past and Future*, 9.

¹³² Bevernage y Lorenz, 10.

¹³³ Bevernage y Lorenz, 11.

¹³⁴ Por motivos prácticos, nos referiremos al filósofo neerlandés Chris Lorenz como C. Lorenz para diferenciarlo del historiador argentino Federico Lorenz, al que llamaremos F. Lorenz.

historiografía académica occidental a partir de una mirada crítica.¹³⁵ Según el historiador belga, si bien es imposible asignar al pensamiento histórico moderno una noción de tiempo única por su fragmentariedad, sí existen algunos lineamientos comunes muy influyentes en el ámbito de los estudios históricos. Así, el tiempo de la historia puede ser pensado a través de su carácter absoluto, vacío y homogéneo; el predominio del historicismo y el modernismo; y la conceptualización de la historia como algo puramente secular.¹³⁶

Estas miradas desde el interior de la disciplina histórica fueron acompañadas en paralelo por otras que intentaban dar cuenta del carácter culturalmente determinado e históricamente situado de la forma occidental de comprender el tiempo a partir de una mirada antropológica, que entiende a la historia como un constructo social que ordena y es ordenada por la cultura: “diferentes culturas, diferentes historicidades”, en palabras de Marshall Sahlins.¹³⁷ Resulta importante repasar, aunque sea brevemente, algunas de estas reflexiones por su impacto en las investigaciones y propuestas más recientes sobre el tiempo histórico, particularmente en la obra de Hartog. El carácter antropológico del concepto de historicidad permitió la desnaturalización de la noción de historia y el desanclaje de la temporalidad de la metáfora de la flecha.

Uno de los primeros hitos provenientes de la antropología para desandar el camino progresivo y lineal del tiempo marcado por la historiografía desde el siglo XIX podemos rastrearlo en la intervención de Claude Levi-Strauss en *Raza e historia*, un texto que versa sobre la diversidad cultural y fue escrito para la UNESCO en 1952. Allí, Levi-Strauss desafía el modelo evolucionista argumentando que si las culturas son concebidas como pertenecientes a un único camino de desarrollo que, más tarde o más temprano, debe converger en una meta o estadio final, la diversidad no resulta más que aparente.¹³⁸ Esta relativización de la idea de progreso lo lleva a distinguir entre dos formas de historia: una progresiva, que acumula los grandes inventos para construir civilizaciones y otra “igualmente activa y que pone en juego otros talentos pero donde faltaría el don sintético (...), de manera que en lugar de que cada innovación se añada a otros inventos, estas se

¹³⁵ Bevernage, *Historia, memoria y violencia estatal. Tiempo y justicia*.

¹³⁶ Bevernage, 154.

¹³⁷ Marshall Sahlins, *Islas de historia. La muerte del capitán Cook. Metáfora, antropología e historia*, Colección *Hombre y Sociedad. Serie Cla. De. Ma. Antropología* (Barcelona: Gedisa, 1997), 12, http://anchecata.colmich.edu.mx/janium-bin/janium_login_opac.pl?find&ficha_no=15042.

¹³⁸ Claude Levi-Strauss, “Raza e historia”, *Revista de la Universidad Nacional (1944-1992)*, n° 8 (1971): 75.

disolverían en un flujo ondulante que no llega a escapar de la “dirección primitiva”.¹³⁹ Esto lo lleva a concluir que el progreso no es necesario ni continuo sino que se mueve “en saltos y rupturas” y que las diferencias entre culturas, que estábamos acostumbrados a imaginarlas como “escalonadas” a lo largo del tiempo deben ser pensadas, en cambio, “desplegadas en el espacio”.¹⁴⁰

Algunos años más tarde, más precisamente en 1958, Levi-Strauss retomaría un texto publicado originalmente como artículo nueve años atrás para construir el primer capítulo del clásico *Antropología estructural* llamado “Historia y etnología”.¹⁴¹ En este y en la “Introducción” continúa desarrollando algunas nociones vinculadas a la historicidad. La primera es la célebre fórmula de sociedades “frías” y “calientes”, siendo las primeras próximas a la “temperatura histórica cero” y las segundas caracterizadas por el cambio y el desarrollo hacia adelante.¹⁴² Se trata de una distinción teórica, en palabras de Levi-Strauss, y como ha recordado oportunamente Hartog de un carácter puramente subjetivo, es decir, de cómo las culturas dan cuenta de su propia historia y la conciencia que elaboran de su propia historicidad.¹⁴³ En este sentido, el antropólogo remarca que esta última es “la misma para todos”, implicando que todas las culturas están igualmente contenidas en el desarrollo temporal y lo que varía es la forma de articular pasado presente y futuro.

Durante las décadas de 1950 y 1960 Levi-Strauss y Braudel debatieron en torno a las relaciones entre etnología e historia, particularmente, entre la noción de “estructura” y de “historia estructural”.¹⁴⁴ Esta discusión resulta relevante en tanto alude a un problema temporal pero, además, porque al proclamar la primacía de la etnología como forma de comprensión de las manifestaciones inconscientes del ser humano, Levi-Strauss realiza una crítica al historicismo.¹⁴⁵ Coincidentemente, en 1952, Claude Lefort cuestionó la posibilidad de separar la producción humana consciente de la involuntaria en un artículo luego publicado en el libro *Las formas de la historia*.¹⁴⁶ En ese texto refería a las relaciones entre

¹³⁹ Levi-Strauss, 80.

¹⁴⁰ Levi-Strauss, 83.

¹⁴¹ Claude Levi-Strauss, *Antropología estructural* (Barcelona: Paidós, 1995).

¹⁴² Levi-Strauss, 44.

¹⁴³ Hartog, *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*, 47.

¹⁴⁴ Para una reconstrucción del debate puede consultarse: Bourde y Martin, *Las Escuelas Históricas*; José Carlos Reis, “História e Estruturalismo: Braudel versus Lévi-Strauss”, *História da Historiografia*, nº 1 (2008): 8–18.

¹⁴⁵ Bourde y Martin, *Las Escuelas Históricas*, 216.

¹⁴⁶ Claude Lefort, *As formas da História* (San Pablo: Editora Brasiliense, 1990).

etnología e historia a través de una comparación de las sociedades históricas y los llamados “pueblos sin historia”. Resulta interesante el esfuerzo de Lefort por reducir la brecha entre las sociedades consideradas “estáticas” (o “frías” en términos de Levi-Strauss) y las más dinámicas o tendientes al cambio. Estas últimas poseerían lo que Lefort llama “principio del acontecimiento”, que les permite convertir los hechos en experiencia e incluirlos en el debate posterior que se dé entre los miembros de la sociedad. En consecuencia, deduce el autor, no se trata de los acontecimientos en sí mismos sino de las conductas y relaciones sociales en virtud de las cuales se los coloca en el juego del sentido.¹⁴⁷ Así, de lo que se trataría es de desvelar cuál es el género de historicidad (entendida por Lefort como las relaciones de los hombres con el pasado y el futuro) poseen las sociedades “sin historia”.¹⁴⁸

El paso que siguió a estas reflexiones llegó a partir de dos obras fundamentales producidas en el último cuarto del siglo XX. La primera de ellas es *Islas de historia. La muerte del capitán Cook. Metáfora, antropología e historia* de Marshall Sahlins, publicada en 1976. Sahlins comienza donde el debate anterior había quedado, en las complejas relaciones entre estructura e historia, anudadas a partir de la indagación sobre “otras historicidades”. En la Introducción y en el segundo capítulo de su estudio, que trata sobre las sociedades de las islas del Pacífico, se centra en el “choque” de historicidades que ocurre en el encuentro entre nativos y europeos. De esta comparación obtiene la idea acerca de que “diferentes órdenes culturales tienen sus modos distintivos, propios, de producción histórica”.¹⁴⁹ Así, la idea de historicidad queda enunciada en el discurso antropológico, sin ser definida más allá de la relación explicitada entre cultura e historia. La comparación entre la historia occidental y la historia heroica de Fiji servirán de inspiración luego para la producción hartogsiana de los regímenes de historicidad.¹⁵⁰ Entroncándose con el problema del acontecimiento planteado por Lefort, Sahlins propone la noción de “estructura de la conyuntura” para explicar la cuestión. No solo las historicidades son múltiples sino que también los mismos

¹⁴⁷ Lefort, 47.

¹⁴⁸ Lefort, 48; Hartog, *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*, 50.

¹⁴⁹ Sahlins, *Islas de historia. La muerte del capitán Cook. Metáfora, antropología e historia*, 12.

¹⁵⁰ A grandes rasgos, el régimen heroico se sostiene en la figura modélica del rey y su acción como destino de la sociedad. El rey adquiere un “efecto histórico desproporcionado”: “cuando la historia se despliega así como la extensión social de la persona heroica, es probable que presente una curiosa combinación de genialidad táctica e irracionalidad práctica”. Se trata realmente de una historia de reyes y batallas en tanto que “el tiempo de la sociedad se calcula en genealogías dinásticas, así como la historia colectiva reside en las tradiciones reales...”. Sahlins, 54, 60.

acontecimientos “llevan rúbricas culturalmente distintivas”.¹⁵¹ Por “estructura de la coyuntura” entiende “la realización práctica de las categorías culturales en un contexto histórico específico, como se expresa en la acción interesada de los agentes históricos, incluida la microsociología de su interacción”.¹⁵² Se trata, en definitiva, de repensar las oposiciones establecidas entre continuidad y cambio, pasado y presente, diacronía y sincronía, estructura e historia:

el acontecimiento se inserta en una categoría preexistente y la historia está presente en la acción corriente. La irrupción del capitán Cook desde más allá del horizonte era un acontecimiento verdaderamente sin precedentes, nunca visto antes. Empero, encuadrando lo existencialmente único en lo conceptualmente familiar el pueblo enclavó su presente en su pasado.¹⁵³

A partir de esta “fenomenología de la vida simbólica”, según él mismo la denomina, puede revisar la forma en que se construyen las categorías culturales entre las que se encuentra la de la historicidad.

La segunda obra fundamental, en el campo de la antropología, dedicada al tiempo es *Time and the Other: How anthropology makes its object* de Johannes Fabian, publicada en 1983. Resulta interesante en tanto se trata de una crítica a la antropología pero que repercute en las humanidades y ciencias sociales en general. Fabian hace foco en cómo se construye el objeto antropológico, el *otro*. Este *otro* tiene una peculiaridad, que lo diferencia del objeto historiográfico: está empíricamente presente pero teóricamente ausente. Los mecanismos científicos de la antropología actúan expulsando al primitivo del propio tiempo, excluyéndolo de la temporalidad occidental y decretándolo como no-contemporáneo. Según Fabian la universalización del tiempo lineal de occidente, que se produce durante el Renacimiento, implicó también su espacialización. En este sentido, es el siglo XIX la clave para entender la imposición del tiempo occidental a través de la naturalización del mismo que se produce con el positivismo y el evolucionismo y que se difunde por el globo a partir

¹⁵¹ Sahlins, 14.

¹⁵² Sahlins, 14.

¹⁵³ Sahlins, 136.

de las prácticas imperialistas europeas. De esta manera, la distancia espacial pasa a ser conceptualizada también como diferencia.¹⁵⁴ Este mecanismo constituye una “política del tiempo”. Por “política del tiempo” debe entenderse una práctica que “cualifica al pasado, al presente y al futuro”. Siguiendo lo propuesto por María Inés Mudrovcic, en este caso el término “política” no debe ser interpretado como ideología, valores o práctica política, sino como una forma de autoridad que determina qué o quiénes pertenecen al presente, es decir, quiénes son mis contemporáneos. Las operaciones involucradas en las políticas del tiempo sancionan lo que es propio del presente a la vez que construyen un “otro” anacrónico, por fuera de ese presente.¹⁵⁵ Si bien Fabian piensa su utilización para la construcción de un *otro* primitivo en la antropología, veremos cómo resulta una categoría útil para pensar el trabajo del historiador.

Este carácter performativo se encuentra también en la historiografía.¹⁵⁶ Para Michel de Certeau, la historia occidental comienza con el establecimiento de la diferencia entre presente y pasado. El historiador jesuita califica a esta acción como “discurso de la separación”.¹⁵⁷ Se trata de una singularidad occidental pues en otras civilizaciones, el autor cita el ejemplo de la India, lo nuevo no expulsa a lo antiguo del presente.¹⁵⁸ Esta relación con el tiempo metaforiza la relación con la muerte:

En occidente, el grupo (o el individuo) se da autoridad con lo que excluye (en esto consiste la creación de un lugar propio) y encuentra su seguridad en las confesiones que obtiene de los dominados (constituyendo así el saber de otro o sobre otro, o sea la ciencia humana). (...) Desde este punto de vista el discurso de las ciencias humanas es patológico: discurso del *pathos* en una confrontación con

¹⁵⁴ Fabian, *Time and the other. How anthropology makes its object*, 16.

¹⁵⁵ María Inés Mudrovcic, “Políticas Del Tiempo, Políticas de La Historia: ¿quiénes son mis contemporáneos?”, *ArtCultura* 20, núm. 36 (2018): 7-14; Mudrovcic, “The politics of time, the politics of history: who are my contemporaries?”, 458.

¹⁵⁶ La idea de performatividad la retomamos de la obra de John Austin. Según Austin existen enunciados que no son constataivos, es decir, que su función no es la de comprobar un estado de cosas existentes. Al contrario, las oraciones performativas realizan efectivamente la acción que están enunciando. En este sentido, el historiador no estaría simplemente refiriéndose a algo que pertenece al pasado sino que está decretando efectivamente su pertenencia al pasado. Austin, *Cómo hacer cosas con palabras*.

¹⁵⁷ Michel De Certeau, *La escritura de la Historia* (México: Universidad Iberoamericana, 2006), 16-17.

¹⁵⁸ De Certeau, 18.

esa muerte a la que la sociedad ya no considera como un modo de participación en la vida. Por su cuenta la historiografía supone que es imposible creer en este tipo de presencia de los muertos que ha organizado (u organiza) la experiencia de civilizaciones enteras (...) debemos, pues, aceptar la pérdida de una solidaridad viva con los desaparecidos, trazar un límite irreductible.¹⁵⁹

Esta exclusión del pasado implica la construcción de un *otro* ausente, pasado, muerto: el objeto que la historiografía “busca, honra y entierra”. La escritura de la historia resulta entonces, para de Certeau, un intento por combatir la muerte y dominarla intelectualmente.¹⁶⁰ La escritura es, en consecuencia, la que en occidente permite concebir a la historia como producción y no ya como una verdad revelada que se adecua al orden natural. Este carácter de producto trae dos nuevos problemas. Por un lado, el de los orígenes, cómo se produjo el hecho en cuestión y, por otro, el de la sucesión, cómo se ordena lógicamente. La temporalidad aparece como un ordenamiento lineal y vacío que responde *ad hoc* a la exigencia de génesis y orden. No se trata “del resultado de la investigación sino su condición; es la trama que trazan *a priori* los dos hilos por los que avanza el tejido histórico por el solo hecho de tapar los agujeros”:¹⁶¹

De Certeau termina por hacer aparecer, en sus reflexiones sobre el carácter construido del tiempo histórico, la pregunta en torno a la vinculación entre tiempo vivido y escritura de la historia. Según hemos visto, el tiempo occidental se caracteriza por la tajante separación entre pasado y presente, lo que el historiador jesuita traduce a partir de una analogía con la experiencia de la muerte y el enterramiento. Es interesante que remarca el carácter socialmente construido del tiempo occidental a la manera de un antropólogo y, además, vincula esta experiencia de la ruptura a una cuestión antropológica más abarcativa: el carácter irreversible del tiempo es semejante a la creencia en la separación entre mundo terrenal y mundo espiritual. El mundo desencantado de la presencia de los muertos, creencia que según afirma es corriente en otras civilizaciones, se emparenta con la ausencia del pasado. ¿Cuál es entonces la relación entre experiencia y escritura de la historia? De Certeau

¹⁵⁹ De Certeau, 19.

¹⁶⁰ De Certeau, 25.

¹⁶¹ De Certeau, 26.

la plantea en términos antropológicos amplios. La historia como construcción, determinada ella misma por condiciones materiales y temporales que la exceden, debería poder relacionarse con la experiencia social del tiempo histórico. Según hemos visto, su nacimiento se produce en la ruptura con la *historia magistra vitae*. Exploraremos, a continuación, las relaciones posibles entre tiempo histórico y escritura de la historia a partir de las hipótesis que Koselleck, Hartog y Mudrovcic han formulado.

1.1.3. El tiempo histórico y la escritura de la historia: el pasado histórico como objeto de la disciplina

Para crear una obra histórica se necesita tanto experiencia como método. Determinar su relación es, no obstante, algo difícil, pues, en primer lugar, se ha modificado en el curso de la historia y, en segundo lugar, no hay hasta ahora ni una historia antropológicamente fundamentada ni una historia omniabarcante de los métodos históricos.¹⁶²

Tal y como plantea Koselleck, definir la relación entre experiencia y método en la historiografía no resulta una tarea sencilla. Esta dificultad está dada por la ambigüedad misma del término “historia”, que refiere tanto a la realidad experimentada como a su conocimiento y escritura. Según el teórico alemán, la portación de este doble significado abre las puertas a dos posibilidades para desentrañar la cuestión: o bien se considera al método histórico como el que permite conocer significados hasta el momento inaccesibles, o bien se hace foco en una transformación de la experiencia que precede al cambio de método y lo provoca. Ciertamente, afirma el historiador alemán, ambas posturas poseen evidencia que permitiría probarlas. El planteo de Koselleck redundante, entonces, en formular preguntas, hipótesis histórico-antropológicas, que faciliten la exploración de una relación que parece, casi de manera evidente, co-implicada.¹⁶³ Reconoce la existencia de tres modos temporales de adquisición de experiencia que se corresponderían con tres formas de registro de la historia: el primero se circunscribe al lapso de una vida humana y está caracterizado por el

¹⁶² Reinhart Koselleck, *Los Estratos Del Tiempo: estudios sobre la Historia* (Barcelona: Paidós, 2001), 43.

¹⁶³ Koselleck, 48-49.

acontecimiento único y sorprendente que origina una experiencia; el segundo al de las generaciones, que se vincula con la experiencia acumulada y, en cierto sentido, a la repetición en el mediano plazo; finalmente, el tercer modo de adquisición de experiencia se puede asimilar al largo plazo, el de las modificaciones imperceptibles que permanecen como trasfondo y que podemos asociar a la experiencia histórica en un sentido específico.¹⁶⁴ Respectivamente, estas modalidades tienen correlación con tres tipos de historiografía: registrar, continuar y reescribir la historia.¹⁶⁵ Por supuesto, estas afinidades no son unidades cerradas en sí mismas sino que aparecen en todos los tipos de historiografía. Por ejemplo, si pensamos en el carácter único de un acontecimiento, este solo puede determinarse a la luz de experiencias acumuladas en el largo y mediano plazo:

El cambio de experiencia, que *in situ* es siempre único, se efectúa en distintos niveles temporales, a saber: en el juego cambiante de los acontecimientos que producen nuevas experiencias concretas y espontáneas o que, más lentamente, acumulan experiencias, las confirman o reaccionan a modificaciones en la red relativamente constante de las condiciones dentro de las cuales son posibles los acontecimientos.¹⁶⁶

La reescritura de la historia implica una nueva articulación de los hechos a la luz de nuevas experiencias. Pero esta rearticulación no puede ser total, no puede ser todo revisado. Sin embargo, allí en donde se revisen los hechos deben emplearse nuevos métodos. En la intersección de experiencia y método, Koselleck identifica tres posibles circunstancias que posibilitan la reescritura: la aparición de nuevas fuentes, el planteo de nuevas cuestiones que lleven a ampliar la base de documentos y, finalmente, la reinterpretación de las evidencias disponibles.¹⁶⁷ Estos tipos de utilización de las fuentes se vinculan a un cambio de experiencia ligado al descubrimiento de nuevos documentos o el impulso dado por nuevas lecturas posibles. Lo cierto es que, a lo largo de la historia humana, los cambios en la

¹⁶⁴ Koselleck, 53–55.

¹⁶⁵ Koselleck, 57.

¹⁶⁶ Koselleck, 53.

¹⁶⁷ Koselleck, 76.

experiencia han determinado numerosas reescrituras de la historia. Estas nuevas miradas se han ido imponiendo retrospectivamente y, así, por ejemplo, las técnicas estadísticas o demográficas se aplicaron incluso para etapas donde no existían este tipo de datos.¹⁶⁸ Esto se plasma en estructuras duraderas, que contienen las condiciones de posibilidad de las historias particulares.

La inspiración koselleckiana de las ideas de Hartog ha sido en parte explorada en el apartado anterior pero además fue explicitada por él mismo en *Regímenes de historicidad*. Así como el historiador alemán plantea la existencia de una relación intrincada entre experiencia y método, Hartog ha señalado la factibilidad de una correspondencia entre régimen de historicidad y régimen historiográfico. En una entrevista realizada por Christian Delacroix, François Dosse y Patrick García, publicada en el libro *Historicidades*, ha declarado que “sin introducir ninguna relación mecánica, el lazo existe”.¹⁶⁹ Aunque no profundiza, establece algunas ideas preliminares: a un régimen de historicidad dominado por el futuro le corresponderá una historiografía que se escriba bajo el signo de la teleología y, al contrario, si lo que domina es el pasado, la *historia magistra vitae* es un ejemplo de esta situación.¹⁷⁰

Las categorías metahistóricas de “espacio de experiencia” y “horizonte de expectativas” de Koselleck, que desarrollamos en el apartado anterior, funcionan para el historiador alemán como el marco de posibilidad de todas las historias. Por su generalidad, son apropiadas para una antropología filosófica.¹⁷¹ En este sentido, la noción de “régimen de historicidad” parece ser menos pretenciosa. No busca el nivel de generalidad de las ideadas por Koselleck. De hecho, para Delacroix parece incluso funcionar como una “traducción historiadora” de la teoría que termina por demostrar este divorcio entre lo epistemológico y lo ontológico.¹⁷² En particular, esta reducción heurística colapsa con su tesis sobre el *presentismo*, que desarrollaremos posteriormente. Este choque entre dos definiciones no del todo claras del concepto de “regímenes de historicidad” lo que produce es una aparente contradicción entre el uso heurístico, como herramienta de investigación, y el carácter denotativo del concepto,

¹⁶⁸ Koselleck, 80.

¹⁶⁹ Delacroix, Dosse, y García, *Historicidades*, 154.

¹⁷⁰ Delacroix, Dosse, y García, 155.

¹⁷¹ María Inés Mudrovic, “Regímenes de historicidad y regímenes historiográficos: del pasado histórico al pasado presente”, *Historiografías: revista de historia y teoría* 5, nº 5 (2013): 13, <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4531434&info=resumen&idioma=SPA>.

¹⁷² Delacroix, Dosse, y García, *Historicidades*, 45.

en tanto se utiliza para designar diversos regímenes de historicidad que se suceden en el proceso histórico “objetivo”.

Está claro, igualmente, que la misma noción de “régimen de historicidad” fue producida al calor de una determinada concepción del tiempo. Delacroix plantea esta situación en los términos de Koselleck: “¿en qué medida ‘mutación de experiencia’ y ‘cambio de método’ se articulan en el caso de este trabajo de innovación conceptual?”.¹⁷³ Sin embargo, hay una intención en Hartog de realizar una “reducción heurística” de la noción que incentiva su deshistorización al llevarla al terreno de la metodología. Esto responde, en algún sentido, a la tradición disciplinar de la historiografía que rechaza cualquier atisbo de filosofía de la historia. Pero hay más: la restricción heurística y el encapsulamiento en la metodología precipitan una desconexión, aparente, entre conocimiento histórico y la ontología de la condición histórica.

La filósofa argentina María Inés Mudrovcic ha explorado la relación entre tiempo histórico y escritura de la historia a partir de la propuesta de Hartog de coincidencia de “regímenes de historicidad” y “regímenes historiográficos”.¹⁷⁴ En el contexto de desarrollo de la modernidad, entendida como ruptura de “espacio de experiencia” y “horizonte de expectativas” o bien, en términos hartogianos, del régimen moderno de historicidad, podría suponerse que la escritura de la historia se corresponde con esta concepción del tiempo. Hemos hecho referencia al proceso de construcción de la disciplina histórica en el siglo XIX, a partir de la delimitación de su campo de estudios en lo que “verdaderamente sucedió”, es decir, el pasado humano. De Certeau lo expresaba cuando se refería al nacimiento de la historia a partir de la metáfora del enterramiento de los muertos. En este sentido, Mudrovcic define al objeto de la historiografía como “pasado histórico”, utilizando este adjetivo para precisar su especificidad y dar cuenta de que “no todas las cosas pasadas son conocidas históricamente”. Aquellos que sí pertenecen a la zona de influencia del historiador son los asuntos humanos, en particular, los vinculados al estado, las sociedades, la política, la economía y un largo etcétera.¹⁷⁵

¹⁷³ Delacroix, Dosse, y García, 36.

¹⁷⁴ Mudrovcic, “Regímenes de historicidad y regímenes historiográficos: del pasado histórico al pasado presente”.

¹⁷⁵ Mudrovcic, 16.

El “pasado histórico” es definido a partir de su *otredad*. La escritura histórica delimita al presente a partir de la exclusión de su *otro*, el pasado: al decir de De Certeau, este “hace muertos para que en otra parte haya vivos”.¹⁷⁶ En un sentido similar, Eric Hobsbawm afirmaba en *Sobre la historia* que “el principio de la comprensión histórica es una apreciación de la *otredad* del pasado (...)”.¹⁷⁷ O bien, Henri-Irénée Marrou cuando argumentaba que “(...) la historia, ese encuentro de lo otro, aparece íntimamente emparentada con la comprensión del Otro en la experiencia del presente (...)”.¹⁷⁸ En contra de la historiografía positivista, para la que la desconfianza en las fuentes motiva la acción historiadora, Marrou sostenía que el modelo de la comprensión del otro era el más sólido fundamento para el conocimiento histórico porque conjugaba la epistemología y la ética.¹⁷⁹ También Krzysztof Pomian da cuenta de la idea de alteridad cuando describe un proceso, que para él comienza en el siglo XV, de demarcación y diferenciación del pasado y el presente.¹⁸⁰ Desde la filosofía, Paul Ricoeur discute la cuestión de la alteridad del pasado en marco del problema de la realidad del mismo, en un debate que se enraíza en la década de 1970 a partir de la publicación de *Metahistoria* de Hayden White.¹⁸¹ Para Ricoeur el pasado mismo no es observable sino solo memorable. Este carácter pone a la historia en una relación de “representancia” con el pasado y de deuda con los muertos.¹⁸² En este cara a cara con el pasado radica el “reconocimiento de la alteridad”.¹⁸³

¹⁷⁶ De Certeau, *La escritura de la Historia*, 117. Eric Hobsbawm, *Sobre la Historia* (Barcelona: Crítica, 1998), 235.

¹⁷⁷ Hobsbawm, *Sobre la Historia*, 235.

¹⁷⁸ Henri-Irénée Marrou, *El conocimiento histórico* (Barcelona: Idea Universitaria, 1999), 69.

¹⁷⁹ Marrou, 69-77; Paul Ricœur, *Tiempo y narración III. El tiempo narrado* (México: Fondo de Cultura Económica, 2009), 847.

¹⁸⁰ Krzysztof Pomian, *Sobre la Historia* (Madrid: Cátedra, 2007), 101.

¹⁸¹ Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. (México: Fondo de Cultura Económica, 2014).

¹⁸² La “representancia” o “lugarteniencia” con el pasado es para Ricoeur, la relación específica que la historia establece con el pasado, el objetivo del conocimiento histórico. En palabras de François Dosse: “La *répresentance* es el objetivo del propio conocimiento histórico colocado bajo el sello de un pacto según el cual el historiador se propone como objeto a personajes y situaciones que existieron antes de que exista el relato. Esta noción se diferencia de la de representación en la medida en que significa un enfrentamiento con el texto, un referente que Ricoeur calificaba como “lugarteniencia” del texto histórico”. El objetivo era, justamente, evitar la indiferenciación entre ficción e historia recordando la exigencia de veracidad del discurso histórico pero reconociendo el aporte de los narrativistas con un concepto que sea irreducible a la noción de “referencia”. Ricœur, *Tiempo y narración III. El tiempo narrado*, 864-65. François Dosse, *Paul Ricoeur y Michel de Certeau La historia: entre el decir y el hacer* (Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 2009), 24.

¹⁸³ Ricœur, *Tiempo y narración III. El tiempo narrado*, 865.

El pasado se vuelve, entonces, distinto. Su carácter singular se desprende del alejamiento en clave de ruptura que caracteriza al régimen moderno de historicidad, según lo hemos analizado en el apartado anterior. Henry Rousso ha descrito cómo entre el siglo XVII y el XVIII opera un cambio de sentido en la forma de considerar a la historia contemporánea.¹⁸⁴ Esta reflexión se entronca, claramente, con las reflexiones de Koselleck. La preocupación de Rousso, sin embargo, es estrictamente la historia del presente que nosotros desarrollaremos en los capítulos subsiguientes. No obstante, sus reflexiones nos son útiles en este punto para comprender cómo se transforma la concepción del pasado en la historiografía de los siglos XIX y XX.

El mismo Koselleck ha demostrado que la orientación hacia el pasado fue una característica común de la historiografía europea previa a la Ilustración.¹⁸⁵ Rousso profundiza esta observación cuando afirma que lo que ha mutado es la manera en que interpretamos el concepto de lo “contemporáneo”. Ejemplifica esta situación a través de una comparación entre el uso que Pascal le da al término “historia contemporánea” en el siglo XVII y el sentido que Benedetto Croce le imprime en el siglo XX.¹⁸⁶ Mientras que para el primero “historia contemporánea” implica la contemporaneidad del pasado y establece que hay que desconfiar de toda historia escrita por quien no la haya vivido, cuando Croce afirma que “toda historia es historia contemporánea” se refiere al presente.¹⁸⁷ Esta idea de Croce atraviesa buena parte del pensamiento histórico idealista: para ellos no hay historia sino a través de la reconstrucción que opera en el presente.¹⁸⁸ Visiblemente, esta reflexión de Rousso se enraíza en la idea de *historia magistra vitae* que hemos desarrollado anteriormente: en tanto el pasado se mantenía presente y similar, era posible extraer de él ejemplos que guíen el accionar humano. La ruptura de espacio de experiencia y horizonte de expectativas que Koselleck establece en el siglo XVIII se cristaliza con la Revolución Francesa y hace sentir su impacto en el siglo XIX. Julio Aróstegui reafirma esta observación cuando asevera que:

¹⁸⁴ Henry Rousso, *The Latest Catastrophe. History, the Present, the Contemporary* (Chicago y Londres: The University of Chicago Press, 2013).

¹⁸⁵ Koselleck, *Los Estratos Del Tiempo: estudios sobre la Historia*, 124–27.

¹⁸⁶ Rousso, *The Latest Catastrophe. History, the Present, the Contemporary*, 30–35.

¹⁸⁷ Rousso, 34.

¹⁸⁸ Julio Aróstegui, “La contemporaneidad, época y categoría histórica”, *Mélanges de la Casa de Velázquez [En línea]* 36, n° 1 (2006): 109–10.

El término y la conceptualización misma, la categoría pensada y construida, de una *historia contemporánea* fue producto de las convulsiones revolucionarias que se sucedieron en el paso del siglo XVIII al XIX. Por *contemporáneo* se entendió entonces una especie nueva de tiempo histórico, una categoría propia para identificar precisamente una sucesión, antes desconocida, de acontecimientos inauditos, y, en fin, una experiencia peculiar de la historicidad. A partir de los componentes inéditos que introduce la Revolución en la conciencia europea, la contemporaneidad se convirtió en una acepción aplicada a la experiencia temporal en un doble sentido: por una parte, como contenido de conciencia, y, aunque más tardíamente, también como determinación precisa para un cierto tipo de historiografía.¹⁸⁹

Contemporáneos serán, a partir de ese momento, quienes comparten el presente post-revolucionario. La radicalidad de la novedad impide seguir reconociendo lo que sucedió antes de la revolución como igual al presente.¹⁹⁰

Pero Rousso encuentra un segundo motivo para la modificación de la relación entre pasado y presente y la autonomización del segundo. Se desprende como una consecuencia de la Revolución Científica de los siglos XVI y XVII.¹⁹¹ Según este autor, una de las transformaciones cruciales que impactan en la historiografía es el remplazo del conocimiento inmediato por el mediato como fundamento de las ciencias en general.¹⁹² Esto implica un rechazo a cualquier conocimiento que provenga de lo que otros seres humanos informen al científico y, en cambio, privilegia aquel conocimiento que se obtiene mediante la propia razón, lo que se conoce como “autonomía epistémica”.¹⁹³ Esta cuestión resulta clave para la

¹⁸⁹ Aróstegui, 107.

¹⁹⁰ Mudrovcic, “Políticas Del Tiempo, Políticas de La Historia: ¿quiénes son mis contemporáneos?”, 11.

¹⁹¹ Rousso, *The Latest Catastrophe. History, the Present, the Contemporary*, 29.

¹⁹² Pomian, *Sobre la Historia*, 95.

¹⁹³ Puede notarse aquí una diferencia en la terminología entre la propuesta de Rousso, que retoma a Krzysztof Pomian, y la del historiador de la ciencia Steven Shapin. Mientras Rousso da cuenta del reemplazo del conocimiento inmediato por el mediato, Shapin establece que es la “experiencia directa” la base del conocimiento seguro en tiempos de la Revolución Científica. Si bien se refieren al mismo movimiento, pues ambos refieren a la exclusión del testimonio como fuente de conocimiento, la forma de conceptualizarlo difiere. Por estar aquí refiriéndome centralmente al argumento de Rousso reproduciré el uso que él hace de la terminología. Véase Steven Shapin, *A Social History of Truth. Civility and Science in Seventeenth-century England* (Chicago: The University of Chicago Press, 1994), XXV.

comprensión de la problemática del testimonio y la retomaremos en el apartado siguiente. Por ahora, es importante remarcar que este cambio conllevó el reemplazo del pensamiento y la fe por nuevos métodos de conocimiento como la observación directa, la medición con elementos y la experimentación. Esto hizo posible el acercamiento a objetos distantes e inaccesibles a la experiencia directa tal y como sucedía en las ciencias de la naturaleza, particularmente, en la astronomía.¹⁹⁴ Frente a esta modificación fundamental en las condiciones de la práctica científica, la historia como se ejercía hasta el momento comienza a ser puesta en cuestión.¹⁹⁵ El advenimiento de la historiografía fundada en conocimiento mediado o indirecto será paulatino. El proceso, necesariamente, conllevará el desarrollo de métodos y técnicas que permitan un acercamiento al pasado, ahora lejano y distinto, mediante huellas. A través de ellas y por la sola razón del historiador, con independencia de cualquier tipo de autoridad, pero también de la influencia de la fe, la iglesia, el poder político y las pasiones en general, deberá hacerse responsable por los conocimientos que obtenga. Por su pretensión aséptica Pomian ha calificado esta nueva forma de conocimiento histórico como “utópica”.¹⁹⁶

En consecuencia, el pasado no solo debe ser distinto, un *otro*, sino también distante, estar alejado en el tiempo. La sospecha sobre la historia contemporánea fue desarrollándose durante el siglo XIX, momento de consolidación de la historiografía científica. Como hemos analizado en el apartado anterior, el hincapié en el método como salvaguarda de la científicidad de la historia profundizará esta orientación. Según los franceses Langlois y Seignobos, lo que define a la historia es su carácter de conocimiento indirecto, a través de huellas del pasado.¹⁹⁷ Para los metodocistas, la diferencia entre los hechos del pasado y los del presente no radica en su naturaleza sino en que unos son observables y otros deben ser conocidos indirectamente. Con el surgimiento de las ciencias sociales, la sociología en particular, la especialización se hizo aún más creciente: el pasado histórico es el terreno en que la historia puede desplegar su arsenal crítico con mayor eficacia.¹⁹⁸ Esta sumatoria de

¹⁹⁴ Rousso, *The Latest Catastrophe. History, the Present, the Contemporary*, 29.

¹⁹⁵ María Inés Mudrovic, *Historia, narración y memoria. Los debates actuales en filosofía de la historia* (Madrid: Akal, 2005), cap. Voltaire y la *Enciclopedia*: la génesis del nuevo campo epistémico de la Historia.

¹⁹⁶ Pomian, *Sobre la Historia*, 104; Rousso, *The Latest Catastrophe. History, the Present, the Contemporary*, 34.

¹⁹⁷ Langlois y Seignobos, *Introducción a los Estudios Históricos*, 95.

¹⁹⁸ La Escuela de *Annales* en los años veinte comenzará a pugnar en contra de esta división del trabajo en las disciplinas humanas impulsando a la historia como ciencia social. Este proceso, sin embargo, se consolida luego de la Segunda Guerra Mundial, de la mano de la figura de Fernand Braudel. En cambio, la problemática de la

factores –la ruptura entre pasado y presente, la redefinición del significado del concepto de contemporaneidad y el carácter de conocimiento indirecto y aséptico que impone el método– son los que determinan el carácter del objeto de la ciencia histórica.

Volviendo sobre nuestros pasos podríamos conjeturar que efectivamente existe una correlación entre cambio de experiencia y cambio de método o bien, de régimen de historicidad y régimen historiográfico. El pasaje a la historia académica, que a grandes rasgos predomina en los siglos XIX y XX, se produce en relación dialéctica con el quiebre temporal del siglo XVIII. Resulta imposible determinar en qué orden se produce tal afectación, pero parece indiscutible que la historiografía del período, de poco más de un siglo que va de 1860 a 1980 aproximadamente, se ha escrito bajo las coordenadas de la presuposición de la existencia del “pasado histórico”. Esto no significa que no haya habido intentos por complejizar su carácter, por ejemplo, a partir de concebirlo como compuesto por múltiples planos o escalas, o incluso combatirlo en pos de alcanzar otro tipo de temporalidad. Pero sí es cierto que se ha mantenido como una parte importante de lo no dicho o no problematizado del trabajo del historiador.

Parte de la tarea que emprenderemos en esta tesis se vincula, justamente, con explorar esos presupuestos en relación con el tiempo de la historia y la construcción del testigo. Intentaremos demostrar la existencia de una correspondencia entre temporalidad, historiografía y testimonio, entre experiencia y método, entre régimen de historicidad y régimen historiográfico. Para eso, a continuación, exploraremos las formas en que se ha concebido al testimonio durante este período. Esta indagación requerirá, antes que nada, establecer algunas definiciones en torno al testimonio. Recurriremos a un arsenal conceptual propio de la epistemología del testimonio para luego analizar cómo estas concepciones se plasmaron, no solo en la producción historiográfica sino en algunas de las reflexiones teóricas y metodológicas más importantes del siglo pasado.

I.2. La perspectiva evidencial-inferencial: el testimonio como vestigio del pasado

I.2.1. El testimonio entre la epistemología y la historiografía

“historia contemporánea”, luego “historia del presente”, continuará sin resolverse hasta el último tercio del siglo XX.

En el ámbito de la vida cotidiana, la práctica testimonial está sumamente extendida. Acciones como dar direcciones, contar cómo sucedió un accidente, describir a nuestras familias son, para C.A.J. Coady, actos testimoniales. En su obra fundamental, *Testimony. A philosophical study*, definió a este tipo de testimonio como “testimonio natural” para diferenciarlo del “testimonio formal”, que se corresponde con lo que un testigo afirma en una corte de justicia.¹⁹⁹ En este sentido, el testimonio natural es una “operación social de la mente”: en todas esas situaciones encontramos a un emisor comprometido en el acto de testificar acerca de la verdad de una proposición que está o en disputa o, en algún sentido, necesita ser determinada por una afirmación a través de evidencia.²⁰⁰ Esta definición de testimonio tiene un sentido amplio. Para el caso del testimonio histórico, Coady sostiene que “aun cuando las declaraciones se realizaron originalmente para un auditorio contemporáneo y no para la posteridad, es posible extender su aplicación ya que el testimonio es por definición para todo aquel que le concierna”.²⁰¹ Siguiendo a Benjamin McMyler, podemos agregar a las características recién descritas, que para que exista efectivamente una situación testimonial se necesita, además de un emisor que diga la verdad, un receptor a quién el contenido del informe esté dirigido. Consecuentemente con esta situación, uno podría obtener conocimiento de un acto de habla no dirigido (por ejemplo, al oír por casualidad una conversación telefónica) pero este no sería conocimiento testimonial. El hecho de dirigir el testimonio implica hacerse responsable de la justificación de la declaración y es en este sentido que el testimonio adquiere un carácter genuinamente social: se trata de una capacidad cognitiva que requiere la actividad cooperativa de dos partes.²⁰² Coady se concentra especialmente en la figura del emisor: cuando creemos en el testimonio, lo hacemos porque confiamos en el testigo, que posee algún tipo de conocimiento que le otorga autoridad para realizar sus afirmaciones.²⁰³ Esta situación genera, a su vez, una asimetría entre el testigo que conoce y la audiencia que requiere el testimonio. McMyler agrega la dimensión de la escucha: la audiencia o quien recibe el testimonio, posee la

¹⁹⁹ C.A.J. Coady, *Testimony. A philosophical study*. (Nueva York: Oxford University Press, 1994).

²⁰⁰ El concepto de “operación social de la mente” fue elaborado por Thomas Reid. Coady, 42.

²⁰¹ Esteban Lythgoe, “El desarrollo del concepto de testimonio en Paul Ricoeur.”, *Eidos* 9 (2008): 36, <http://search.ebscohost.com/login.aspx?direct=true&profile=ehost&scope=site&authtype=crawler&jrnl=20117477&AN=43776980&h=ReCfM8NhiyL521qzxbeDNNU5/I05myLp9my0U3eIgY4v5cELb88eHtIBC6aNzvOz3FKMOJ94Pn04H3h8i7pDOQ=&crl=c>.

²⁰² Benjamin McMyler, *Testimony, Trust, and Authority* (Oxford: Oxford University Press, 2011), 113.

²⁰³ *Ibid.*, 113.

capacidad de diferir en el testigo la justificación por lo que se está diciendo, completando la operación social.²⁰⁴

El testimonio formal es también una forma de evidencia, específicamente, la evidencia provista por personas llamadas “testigos” en el marco de un juicio y que tiene un carácter particular ligado al acto de “decir”: somos compelidos a aceptar algo como verdadero porque quien lo emite está en una posición en la que puede hablar con autoridad en la materia. En tanto que este tipo de testimonio es una forma de evidencia, debe estar dirigido a una cuestión en disputa y, además, la audiencia, jurado, jueces o fiscales no deben poseer un grado similar o superior de autoridad en la materia que se trata.²⁰⁵ A diferencia del testigo natural, el testigo judicial es embestido de cierto estatus al ser reconocido como tal a partir de una ceremonia formal.²⁰⁶ Por último, idealmente, el testimonio brindado debe ser de primera mano aunque Coady reconoce diferencias según los códigos legales de cada estado. En una situación judicial, podemos agregar, se producen una serie de acontecimientos con el objetivo de establecer una verdad sobre la que sentenciar, “un sustrato fáctico para un argumento típico-normativo”.²⁰⁷ A pesar de haber múltiples acercamientos epistemológicos posibles, hay un consenso fundamental de que una definición de testimonio debe determinarse en relación con el destinatario y, sobre todo, en sus situaciones culturales e históricas específicas.²⁰⁸ En general, ha habido una división entre aquellos que consideran al testimonio a partir de sus características epistemológicas y aquellos que ponderan en cambio su carácter moral o ético-político. Sin embargo, como asegura Sarah Jones, ambas formas del testimonio están entrelazadas por una “estructura ética irreductible” basada en la promesa de decir la verdad, por un lado, y la garantía de la confianza, por el otro.²⁰⁹ Retomaremos esta distinción posteriormente.

En términos estrictamente epistemológicos, los debates en torno al testimonio tienen su origen en la temprana modernidad. Como parte de la herencia intelectual medieval, hasta ese momento se sostenía la idea de que el testimonio constituía una forma particular de

²⁰⁴ Coady, *Testimony. A philosophical study.*, 46.

²⁰⁵ Coady, 42.

²⁰⁶ Coady, 33.

²⁰⁷ Sofía Retamal, “El testimonio como discurso en el juicio oral”, *Revista de Psicología XVI*, (s.f.): 42.

²⁰⁸ Sara Jones, “Testimony through culture: towards a theoretical framework”, *Rethinking History* 23, n° 3 (2019): 258, <https://doi.org/10.1080/13642529.2019.1620909>.

²⁰⁹ Jones, 260.

adquisición de saber basada en la autoridad.²¹⁰ A partir de las reflexiones de importantes filósofos como John Locke se produce un cambio en la forma de entenderlo: pasa a ser concebido como una evidencia inductiva de carácter ordinario. En parte, hemos esbozado estos cambios científicos producidos en los siglos XVI y XVII en nuestra caracterización del “pasado histórico” en el apartado anterior. Para profundizar en esta cuestión, intentaremos una breve reconstrucción del debate producido entre David Hume y Thomas Reid en torno al testimonio. Esta querrela es usualmente entendida como un debate entre las posiciones reduccionistas y anti-reduccionistas del testimonio. Los reduccionistas sostienen que para justificar la adquisición de conocimiento no basta el testimonio, sino que debemos recurrir a otras capacidades epistémicas como la inferencia. En este sentido, la postura de Hume en torno a qué clase de conocimiento podemos obtener del testimonio se plasma en su reflexión sobre la creencia en los milagros.²¹¹ Hume argumentaba que para aceptar un testimonio debemos tener en cuenta racionalmente dos cuestiones: en primer lugar, considerar cuál es la probabilidad de que el evento al cual refiere haya sucedido y, en segundo lugar, evaluar si quien brinda su palabra es una persona confiable.²¹² Teniendo en cuenta estos reparos, la conclusión del filósofo es que ningún testimonio sobre la realización de milagros era lo suficientemente verosímil como para garantizar una creencia en ellos puesto que la mayoría de ellos contrariaban las leyes de la naturaleza. Mientras las reflexiones de otros filósofos en el mismo sentido afirmaban que, por ejemplo, la autoridad de San Agustín era suficiente para atestiguar que un milagro se había realizado, para Hume ningún testimonio habría sido jamás suficiente para garantizar un hecho tal.²¹³ El testimonio, para este autor, era una forma más del conocimiento adquirido a través del razonamiento causal basado en evidencia y en las leyes de la naturaleza humana.

Por el contrario, la postura anti-reduccionista sostiene que el testimonio es una fuente primordial de conocimiento tal y como lo son la memoria, la percepción o la inferencia y que

²¹⁰ McMyler, *Testimony, Trust, and Authority*, 33.

²¹¹ David Hume, *Enquiry Concerning Human Understanding*, 2007, 55, Disponible en <https://www.earlymoderntexts.com/assets/pdfs/hume1748.pdf>. Consultado por última vez el 25/01/2021.

²¹² McMyler, *Testimony, Trust, and Authority*, 33.

²¹³ Benjamin McMyler establece una oposición entre la postura sostenida en la *Lógica* de Port-Royale y David Hume. Mientras que la *Lógica* privilegiaba las características particulares de quien brindaba el testimonio para ponderar su credibilidad y resaltaba el valor de *los otros* en la adquisición de conocimiento, Hume hacía hincapié en la consideración del testimonio como un *hecho en sí mismo* sobre el que había que aplicar las reglas del razonamiento inferencial para descubrir su relación con los eventos referidos. McMyler, 36.

los seres humanos aprendemos del testimonio de manera directa.²¹⁴ Reid sostiene que el conocimiento adquirido a través del testimonio no puede reducirse a la observación independiente sino que este es el resultado de una disposición natural del ser humano.²¹⁵ Para este filósofo existe una analogía posible entre el conocimiento testimonial y el que se obtiene vía percepción, en el sentido que ambos son no-inferenciales. Sin embargo, hay un punto en que la distancia que los separa se torna fundamental: mientras la percepción es una forma de conocimiento que se da en soledad, el testimonio es eminentemente social.²¹⁶ Esta forma de adquisición de conocimiento supone el intercambio con otro ser inteligente. Más allá de estas aclaraciones, sostiene McMyler, Reid no esclarece mucho más sobre cómo se produce efectivamente la operación social. Coady plantea interpretar la “operación social de la mente” propuesta por Reid como esencialmente interactiva pero no solo en su expresión física sino también, y sobre todo, en el ejercicio mental que en sí mismo conlleva.²¹⁷ Esto significaría que hay ciertos estados mentales que no podrían darse sin la existencia recíproca de otros seres inteligentes.²¹⁸ La diferencia con la percepción (oler, oír, ver) es clara aunque su carácter “dado” y no social podría ser discutido.

Más allá de esto, lo cierto es que en la argumentación de Reid no termina de quedar en claro el sentido de esta operación social. Según McMyler, al recurrir a este concepto, Reid abre la puerta a la posibilidad de que, efectivamente, otros seres inteligentes pasen a cumplir un papel significativo en la adquisición de conocimientos y creencias.²¹⁹ En este sentido, el propio McMyler y Martin Kusch han manifestado la disconformidad con el debate definido a partir de la polaridad entre reduccionismo y anti-reduccionismo.²²⁰ En consecuencia, han propuesto sendas teorías para superarlo y dar cuenta de lo que, aparentemente, es una norma

²¹⁴ Martin Kusch, *Knowledge by Agreement: The Programme of Communitarian Epistemology*, 2002, 30–36, <https://doi.org/10.1093/0199251223.001.0001>.

²¹⁵ McMyler, *Testimony, Trust, and Authority*, 77.

²¹⁶ McMyler, 42.

²¹⁷ C.A.J. Coady, “Reid and the Social Operations of Mind”, en *The Cambridge Companion to Thomas Reid*, ed. Terence Cuneo y René Van Woudenberg (Cambridge: Cambridge University Press, 2004), 192; McMyler, *Testimony, Trust, and Authority*, 43.

²¹⁸ Coady, “Reid and the Social Operations of Mind”, 191.

²¹⁹ Reid se refiere al uso de la “segunda persona” gramatical como la más apropiada para expresar operaciones sociales tales como el testimonio. Siguiendo esta lógica, el uso de la segunda persona implica no solo la interacción sino a dos individuos interactuando en una manera específica: como emisor y destinatario. McMyler, *Testimony, Trust, and Authority*, 44.

²²⁰ En este sentido, Verónica Tozzi ha evaluado el rol tanto epistémico como político del testimonio. Estas ideas serán trabajadas en el capítulo II. Verónica Tozzi, “The epistemic and moral role of testimony in the constitution of the representation of recent past.”, *History and Theory* 51 (2012): 1–17.

no cuestionada desde la Ilustración, en lo que refiere al conocimiento testimonial: la autonomía epistémica. Para quienes sostienen una epistemología de este tipo, los reduccionistas, por ejemplo, la justificación de los conocimientos adquiridos en una determinada situación siempre debe darse de manera individual a través de la percepción o la inferencia. Siempre son agentes cognitivos completamente racionales e individualmente responsables los que deben justificar sus propias creencias. Esto implica negar que las relaciones interpersonales de autoridad y confianza cumplan un rol importante en el proceso de formación de un saber.²²¹

McMyler elabora una epistemología del testimonio basada en la idea de autoridad teórica y el conocimiento de segunda mano. Distingue, por un lado, el conocimiento que se obtiene a partir de lo que un enunciador argumenta (*argue*) y por el otro, aquel conocimiento que se obtiene a partir de lo que un hablante cuenta o narra (*tell*). La primera de estas formas implica que la audiencia alcance sus propias conclusiones acerca de lo que se dice, en tanto se la provee de premisas que permiten inferir la conclusión buscada, mientras que el conocimiento adquirido a través de una narración involucra a una autoridad. La cita de autoridad es el tipo de justificación que distingue al testimonio de otro tipo de conocimientos.²²² Esto, para el autor, implica la cuestión de conocer a través de un acercamiento de segunda mano (*secondhandness*). El conocimiento testimonial adquiriría un carácter particular a partir de lo que él llama “derecho epistémico a diferir” (*epistemic right of deferral*): esto implica que la audiencia tiene el derecho a derivar al enunciador original la justificación por lo que se dice, ya que el conocimiento testimonial involucra la cita de una autoridad y es compartido por ambas partes. Pero el conocimiento testimonial debe cumplir una serie de requisitos para que pueda darse: en primer lugar, debe estar dirigido, es decir que uno no podría obtener conocimiento testimonial de una conversación escuchada “sin querer”, simplemente porque uno no era el destinatario de esas palabras y por lo tanto no tendría derecho a diferir en el enunciador parte de la justificación. Esto es importante, además, porque al dirigir el mensaje a alguien implica asumir la responsabilidad por lo que se dice y generar así una “operación social” testimonial.²²³

²²¹ McMyler, *Testimony, Trust, and Authority*, 242; Shapin, *A Social History of Truth. Civility and Science in Seventeenth-century England*, 16.

²²² McMyler, *Testimony, Trust, and Authority*, 59.

²²³ McMyler, 113.

Kusch, por su parte, intentará superar la dicotomía entre reduccionismo y anti-reduccionismo proponiendo lo que llama una “epistemología comunitaria”. Se centra en un análisis de la formación de comunidades epistémicas en el ámbito científico a partir de un ataque a la noción individualista de evidencia. Esta noción se asemeja a lo que hemos calificado más arriba como ideal de autonomía epistémica: implica que uno solo puede creer aquello para lo que tiene evidencia que sirva para probar la verdad de una proposición. El ejemplo que Kusch plantea es el siguiente: ¿qué pasa si mi médico de cabecera, en el que confío, me diagnostica una rara enfermedad en el pie, pero yo no siento dolor ni poseo ningún otro síntoma? Si se siguiera la concepción estrecha de evidencia planteada, no podría creer en lo que el médico afirma, incluso contrariando el sentido común.²²⁴ Esto no es cierto en la vida cotidiana pero tampoco en las comunidades científicas. Los científicos usualmente conforman “equipos” que se sostienen efectivamente en la confianza y el testimonio. Creer en los expertos, asegura Kusch, no es solo un derecho epistémico sino también un deber: la “dependencia epistémica” existe tanto en la física como en la matemática y otras áreas.²²⁵ Al contrario, el individualismo estricto insiste en que el conocimiento presupone hacerse responsable en soledad de lo que se conoce y, si extremáramos el argumento, implicaría el rechazo de todo saber no validado por la propia razón.²²⁶ En su estudio sobre las comunidades científicas del siglo XVII, Steven Shapin hace hincapié también en el rol de las relaciones de confianza en la construcción de social de la verdad. El historiador de la ciencia explica que mientras hay un consenso amplio y antiguo en torno a la importancia de la confianza para el orden social, en el ámbito científico esta ha sido en general subvalorada. El origen de esta situación la encuentra, precisamente, en los círculos científicos ingleses del siglo XVII que, para diferenciarse de los escolásticos medievales, privilegiaban la evidencia, la razón y la intuición por sobre la confianza en las autoridades.²²⁷

Así como en las ciencias físico-naturales, el lugar del testimonio en la historiografía está fuertemente marcado por la importancia de la noción de evidencia. Aunque en este punto debería hacerse una salvedad. Si consideramos el contexto de constitución de la historiografía como disciplina académica a fines del siglo XIX, la confianza como lazo que amalgama a la

²²⁴ Kusch, *Knowledge by Agreement: The Programme of Communitarian Epistemology*, 47.

²²⁵ Kusch, 47.

²²⁶ Kusch, 49.

²²⁷ Shapin, *A Social History of Truth. Civility and Science in Seventeenth-century England*, 16.

comunidad profesional cumple un rol relevante. Langlois y Seignobos impulsaban una división de tareas al interior del campo historiográfico en la que necesariamente los investigadores debían apoyarse en el conocimiento construido por sus colegas. En este sentido, insistían para que los investigadores en formación, que tenían a su cargo la realización de monografías “se pongan de acuerdo para trabajar conforme a un mismo método, de manera que los resultados individuales puedan ser utilizados por terceros sin necesidad de revisiones previas” y que los investigadores más experimentados “dediquen todo su tiempo al estudio de esta síntesis parciales, con el objetivo de integrarlas en otras más generales”.²²⁸ Igualmente, la sola aclaración al respecto de la necesidad o no de revisión implica, por lo menos, un atisbo de desconfianza. Esto es, sin embargo, coherente con lo que plantea Shapin: la desconfianza se da en los márgenes de un sistema sostenido en la fiabilidad.²²⁹

Sin embargo, como analizaremos en profundidad, esto no es incongruente con el ideal de autonomía epistémica. Si existe cierto reconocimiento a los pares en el contexto de la comunidad científica (cuestión que, igualmente, debe ser explorada con mayor profundidad por una sociología de la ciencia histórica, tal vez), la situación del testimonio oral tomado como fuente de la historiografía es otra. Hemos establecido, hasta ahora, la hipótesis de una coincidencia entre temporalidad histórica y escritura de la historia. En este sentido, la historiografía del siglo XX se caracterizó por la construcción de un tiempo lineal, homogéneo, vacío y rupturista y por la constitución de su objeto de estudio como “pasado histórico”. Esto implicó un desplazamiento del interés del historiador hacia ese *otro*, distinto y distante en el tiempo y, también, un corrimiento del eje de análisis hacia el pasado más alejado. Así, el quiebre en el tiempo, el despegue de espacio de experiencia y horizonte de expectativas, construyó una escritura que De Certeau asoció al enterramiento de los muertos. Si esto es efectivamente así, entonces emerge la pregunta acerca de cómo deben ser tratados los testimonios orales registrados por el historiador en marco de una investigación, en la que los entrevistados son sujetos vivos y contemporáneos. Aquí es donde la noción de autonomía epistémica y evidencia cumplen un papel fundamental. A continuación, intentaremos explorar de qué manera algunos de los principales exponentes de la

²²⁸ Langlois y Seignobos, *Introducción a los Estudios Históricos*, 298.

²²⁹ Shapin, *A Social History of Truth. Civility and Science in Seventeenth-century England*, 19.

historiografía del siglo pasado conceptualizaron al testimonio oral y en qué sentido esta forma de concebirlo se asocia al régimen de historicidad, en términos de Hartog, dominante.

1.2.2. Collingwood, Bloch y la autonomía epistémica: testimonio e inferencia

La cuestión sobre el conocimiento testimonial en la historiografía puede rastrearse ya en los manuales de método histórico clásicos. Durante la primera mitad del siglo XX numerosos autores reflexionaron acerca de la cuestión de los documentos y el carácter de la prueba histórica. La problemática del testimonio se correspondía con la reflexión en torno a la justificación del conocimiento histórico a través de huellas.²³⁰ En consecuencia, el concepto de “testimonio” era utilizado para referirse tanto a fuentes escritas como orales. Un “testimonio del pasado” era un vestigio o evidencia que podía adoptar múltiples formas. Al respecto del testimonio histórico dice Coady:

Es común en el habla cotidiana utilizar la palabra testimonio para referirse a objetos que no son productos obvios de un acto de habla. En particular, la documentación testimonial. Historiadores y filósofos de la historia se refieren los documentos escritos como testimonios. En algunos casos no se está tan lejos del paradigma testimonial que se viene desarrollando, la única diferencia es que el emisor original, que puede ser un escritor, desconoce que está testimoniando también para nosotros. Su objetivo no es testimoniar para los historiadores del futuro, pero, en la medida de lo posible, en tanto está testimoniando “a quien le concierna” no parece cerrar la puerta a que los historiadores traten sus palabras como evidencia testimonial para la resolución de

²³⁰ Entre fines del siglo XIX y principios del siglo XX, en paralelo al proceso de institucionalización de la disciplina histórica en Francia y buena parte de Europa occidental, en el ámbito de la filosofía de la historia se produjo el debate entre “explicación y comprensión”. Esquemáticamente, este debate enfrentó a quienes consideraban deseable que la historia adoptara un método que la acercara a las ciencias naturales y eliminara cualquier vestigio de metafísica con quienes sostenían la postura de que la historia constituía una forma particular de ciencia. Cfr. Rosa Belvedresi, ed., *Introducción a la Filosofía de la historia. Conceptos y teorías de la historia* (La Plata: Edulp, 2016).

disputas. Parece plausible lidiar de manera similar con el registro de nacimientos, muertes, matrimonios y cualquier archivo público.²³¹

En términos de la discusión epistemológica más amplia, en el período que va desde las primeras décadas del siglo XX hasta los años sesenta, los debates estuvieron centrados en el método histórico y en la posibilidad de determinar el carácter científico de la disciplina.²³² Si observamos con detenimiento la temática de la mayoría de los artículos publicados en *History and Theory* durante su primer quinquenio de existencia, encontraremos que una buena parte de ellos está dedicado a problemas tales como la definición de la historia como ciencia, la búsqueda de leyes históricas, la inferencia, la explicación causal y el *re-enactment*.²³³ En la filosofía de la ciencia, el debate en torno a la científicidad del conocimiento histórico estuvo marcado por la intervención de Carl Hempel a comienzos de la década del cuarenta. La problemática tratada por este filósofo se vinculaba al papel de las leyes científicas en la explicación histórica y lo que se llamó posteriormente “modelo de cobertura legal”. La definición de la historia como “ciencia empírica”, como un conocimiento indirecto a través de huellas, implicaba necesariamente la reflexión en torno a cómo llevar a cabo el procedimiento inferencial. Un ejemplo de esto, aparecido en 1963 en esta misma revista, es el artículo de Vernon Dibble “*Four Types of Inference from Documents to Events*”.²³⁴ En este texto se da cuenta de la concepción de historia como ciencia objetiva al proclamar que “los procedimientos intelectuales utilizados por los historiadores pueden ser vistos a partir de la dicotomía entre evidencia documental y hechos externos”, y que las inferencias puestas en práctica por el historiador pueden moverse entre los dos polos de esta dicotomía.²³⁵ En

²³¹ Coady, *Testimony. A philosophical study.*, 44.

²³² Carl G Hempel, “Journal of Philosophy” 39, n° 2 (1942): 35–48. Cfr. Verónica Tozzi, “El debate sobre el tipo de explicación en la disciplina histórica en la filosofía analítica de la historia”, en *La historia desde la teoría. Una guía de campo por el pensamiento filosófico acerca del sentido de la historia y del conocimiento del pasado*. Vol. 1, ed. Daniel Brauer (Buenos Aires: Prometeo, 2009).

²³³ Cfr. William Dray, “Toynbee's Search for Historical Laws”, *History and Theory* 1, núm. 1 (1960), Isaiah Berlin, “History and Theory: The Concept of Scientific History”, *History and Theory* 1, núm. 1 (1960), Maurice Mandelbaum, “Historical Explanation: The Problem of 'Covering Laws'”, *History and Theory* 1, núm. 3 (1961), John Passmore, “Explanation in Everyday Life, in Science, and in History”, *History and Theory* 2, núm. 2 (1962), Samuel H. Beer, “Causal Explanation and Imaginative Re-enactment”, *History and Theory* 3, núm. 1 (1963), Alan Donagan, “Historical Explanation: The Popper-Hempel Theory Reconsidered”, *History and Theory* 4, núm. 1 (1964).

²³⁴ Vernon Dibble, “Four Types of Inference from Documents to Events”, *History and Theory* 3, n° 2 (1963): 203, <https://doi.org/10.2307/2504279>.

²³⁵ Dibble, 203.

relación con los procedimientos inferenciales que van “de los documentos a los eventos”, Dibles diferencia cuatro tipos, entre ellos, el que se corresponde con el uso de testimonios.²³⁶ Para el trabajo con testimonios, identifica una serie de “leyes” que se desprenden de lo que considera una “psicología del conocimiento”: el testimonio es eminentemente individual y adopta, en general, la forma escrita. Además, asegura, los testimonios que tratan sobre detalles son más precisos, así como los que se registran inmediatamente después de los hechos en cuestión son también más confiables.²³⁷ Lo importante, más allá de estas reglas en concreto, es que según Dible, cuando el historiador consulta un testimonio implícitamente recurre a ellas y gracias a ellas construye un silogismo, una suerte de “aritmética sin números”, que le permite alcanzar sus conclusiones.²³⁸

Algunas décadas antes, R.G. Collingwood reflexionó acerca de los problemas filosóficos más importantes concernientes a la práctica historiográfica en los ensayos que componen “Epilógomenos”, incluidos en la obra póstuma *Idea de la historia*.²³⁹ Entre ellos, se encarga de definir a la historia a partir de su carácter de ciencia inferencial:

La historia tiene lo siguiente en común con las otras ciencias: que no se permite al historiador arrogarse nada a menos que pueda justificar su pretensión exhibiendo ante sí, primeramente, y luego ante quien pueda y quiera seguir su demostración, las bases de la que parte. Es esto lo que quisimos decir antes al describir la historia como inferencial.²⁴⁰

Collingwood distingue, también, entre diversas clases de inferencias aunque, en un sentido más amplio, entre aquellas que son propias de las ciencias exactas, que se caracterizan por su carácter compulsivo (“una persona que hace ciertos supuestos se ve forzada, por el simple

²³⁶ Las otras tres formas de inferencia son: la que llama “*social bookkeeping*” que hace referencia al registro escrito por parte de instituciones, los documentos entendidos como “correlaciones” con los eventos externos y, finalmente, los documentos entendidos como “indicadores directos”, que responden preguntas planteadas por el historiador sin necesidad de interpretación.

²³⁷ Dible, “Four Types of Inference from Documents to Events”, 204–5.

²³⁸ Dible, 205.

²³⁹ R. G. Collingwood, *Idea de la Historia* (México: Fondo de Cultura Económica, 2014). Para el análisis se trabaja en paralelo con la edición castellana ya citada y con la versión en idioma inglés editada en 1994. Collingwood, *The idea of history : with lectures 1926-1928*.

²⁴⁰ Collingwood, *Idea de la Historia*, 335.

hecho de hacerlos, a hacer otros”), y las que son típicas de las ciencias de observación y experimento, que son esencialmente inductivas.²⁴¹ Como contraejemplo para comprender el carácter inferencial e inductivo de la historia, Collingwood plantea un acercamiento a través del testimonio (*testimony*). Para el historiador inglés, el conocimiento testimonial está ligado inherentemente al conocimiento por autoridades. Por autoridad entiende aquella persona que ofrece una respuesta pre-confeccionada a una pregunta formulada por el historiador y que éste acepta. Completando esta operación, la afirmación realizada por una autoridad es lo que llama “testimonio” (*testimony*).²⁴² En este sentido, cuando un/a historiador/a acepta el testimonio de una autoridad y lo trata como verdad histórica, “pierde visiblemente el nombre de historiador”.²⁴³ El resultado de una operación semejante es una historia que no cumple con los requisitos de la autonomía ni de la inferencia, ambas necesarias para la realización de una historia científica. Collingwood caracteriza a la historia que depende del testimonio de autoridades como “historia de tijeras y engrudo” (originalmente *scissors and paste*, en adelante HTE).²⁴⁴ Este tipo de historia es previa a la historia científica del siglo XIX y encarna una concepción de “sentido común”. Para los historiadores que la practican, el único tipo de problema que se le presenta es el de la selección, es decir, el rechazo o la aceptación de testimonios.²⁴⁵ Distingue, sin embargo, entre esta forma básica de HTE y otra, en apariencia más refinada, a la que llama “historia crítica”. Esta, más moderna y aguda en su crítica hacia las autoridades, comparte con la HTE una premisa básica: suponer que la verdad está disponible en las autoridades y que los documentos escritos son la única evidencia histórica razonable.²⁴⁶

Para graficar la situación ideal de investigación autónoma, inferencial y aséptica en términos testimoniales, Collingwood construye un breve relato ficcional en el que un detective de *Scotland Yard*, Jenkins, debe investigar para descubrir al autor de un crimen. Resumidamente, la historia es así. John Doe amanece en su escritorio apuñalado en el corazón y el detective es encomendado a resolver el enigma con la ayuda del alguacil del pueblo. Luego de rechazar

²⁴¹ Collingwood, 338.

²⁴² Collingwood, *The idea of history : with lectures 1926-1928*, 256.

²⁴³ Collingwood, *Idea de la Historia*, 340.

²⁴⁴ Collingwood, *The idea of history : with lectures 1926-1928*, 257.

²⁴⁵ Collingwood, *Idea de la Historia*, 345.

²⁴⁶ Rosa Belvedresi, “La historia y las acciones humanas. Las tesis de Robin G. Collingwood”, en *La historia desde la teoría. Una guía de campo por el pensamiento filosófico acerca del sentido de la historia y del conocimiento del pasado. Vol. 1*, ed. Daniel Brauer (Buenos Aires: Prometeo, 2009).

los testimonios de algunos personajes locales, Jenkins se topa con la hija del párroco del pueblo, que asume la responsabilidad por el asesinato. Richard Roe, el novio de la joven, era estudiante de medicina y, por lo tanto, podía suponerse que sabía cómo encontrar el corazón de una persona. Este dato despertó las sospechas de Jenkins. Probablemente, pensó el detective, la hija del párroco buscaba proteger a su novio. Además, a estas sospechas se sumaba el hecho de que Roe confesó, en una ronda de interrogatorios que se hizo a algunos vecinos, haber estado fuera de su casa la noche del sábado (había habido una tormenta y sus zapatos se habían embarrado) pero se rehusaba a decir donde, porque, como nos enteramos luego, estaba intentando proteger al párroco. Efectivamente: Doe había sido asesinado por el párroco, a quien había estado chantajeando con revelar algunos secretos del pasado de su mujer, ya difunta.²⁴⁷

Supuestamente, el detective logra resolver el crimen apelando a su astucia inferencial rechazando todo testimonio, todo conocimiento dado y pensando únicamente de forma autónoma. Sobre la autonomía, Collingwood sostiene que es “la condición de ser uno mismo su propia autoridad, de hacer declaraciones o de emprender acciones por iniciativa propia y no porque esas declaraciones o acciones las autorice o prescriba nadie más”.²⁴⁸ Sin embargo, si seguimos los planteos de Coady, Collingwood deja algunos cabos sueltos en esta historia.²⁴⁹ No toda la información que el detective obtiene es de índole inferencial sino que todo el tiempo acepta hechos que conoce a través de alguien más. Si bien no hay momentos explícitos de adquisición de conocimiento testimonial, no hay motivos en el relato de Collingwood que nos impidan suponer que los datos que le permitieron resolver el crimen hayan sido obtenidos de esa forma, por ejemplo, el hecho de que el joven Roe sea estudiante de Medicina o que haya habido una tormenta el día anterior a su llegada al pueblo. Por otra parte, agrega Coady, esta historia no es un buen ejemplo del trabajo del historiador, puesto que mucha de la información que Jenkins utiliza no está disponible para él y porque, evidentemente, el detective no está haciendo historia.²⁵⁰ Lo que Coady afirma es que si bien Collingwood logra demostrar que la operación de la HTE no es la totalidad del trabajo del

²⁴⁷ Collingwood, *Idea de la Historia*, 350–52.

²⁴⁸ Collingwood, 359.

²⁴⁹ C.A.J. Coady, “Collingwood and Historical Testimony”, *Philosophy* 50, n° 194 (1975): 409–24.

²⁵⁰ En este caso, es el propio Coady el que no concibe que el historiador pueda ocuparse de hechos que le son contemporáneos. Afirma, en consecuencia que “la investigación del detective es más o menos contemporánea de los hechos que está explorando y por eso puede observar, recordar, interrogar, preservar e incluso experimentarlos de una manera que el historiador no puede”. Coady, 242.

historiador, falla cuando intenta sostener que esta metodología no es una parte importante de del trabajo histórico.²⁵¹ El ideal de autonomía epistémica, que implica considerar que los individuos son agentes completamente racionales y que son siempre epistémicamente responsables en la justificación de sus propias creencias, es ni más ni menos que el argumento principal de esta obra.²⁵² Se trata entonces de sostener que todo el conocimiento histórico es esencialmente inferencial y sistemático y que el testimonio no puede proveer al historiador de conocimiento.²⁵³ Collingwood está asumiendo que las relaciones interpersonales no pueden jugar un rol significativo en el proceso de conocimiento. De hecho, su tesis en torno al *re-enactment* como modelo de explicación histórica ha sido considerada por algunos especialistas como una metodología fuertemente individualista.²⁵⁴

Tal vez el más célebre manual de método histórico de la primera mitad del siglo XX sea el ya mencionado *Apología para la historia o el oficio del historiador* de Bloch.²⁵⁵ Se trata de una obra inacabada, de carácter fragmentario, recuperada, arreglada y publicada por Febvre luego del fusilamiento de su amigo durante la ocupación nazi.²⁵⁶ Presenta una detallada y refinada reflexión sobre el método histórico, siendo él quien recoge la tradición propia de los metodocistas franceses y quien condensa en su genio los aportes originales que la Escuela de *Annales* hace a la historiografía desde la fundación de la revista en 1929.²⁵⁷ Es metodocista porque, según Bloch, es en el método en donde se funda la unidad de la disciplina. En consonancia con este ideal, en la obra define y explica cómo se lleva a cabo la crítica de

²⁵¹ Coady.

²⁵² McMyler, *Testimony, Trust, and Authority*, 242.

²⁵³ Coady, "Collingwood and Historical Testimony".

²⁵⁴ Belvedresi, "La historia y las acciones humanas. Las tesis de Robin G. Collingwood", 38.

²⁵⁵ Sobre su recepción e influencia la mirada de Gerard Noiriel es bastante pesimista. Dice Noiriel que, en la segunda posguerra, *Apología para la historia* fue más bien ignorada entre aquellos historiadores que propusieron algún tipo de discurso sobre la historia. El cambio de foco, que pasó del método u "oficio" al objeto y, finalmente a la "escritura de la historia" es fundamental para comprender este borramiento. Noiriel, *Sobre la crisis de la historia*, 93-94. En segundo lugar, vale aclarar que existen algunas divergencias entre la edición en la colección de *Breviarios* de Fondo de Cultura Económica, publicada como *Introducción a la historia*, y la edición revisada, publicada en 2001, de este mismo libro. Si bien algunas son superfluas y están vinculadas a cuestiones de traducción, en el caso que consideremos pertinente, señalaremos la diferencia. Marc Bloch, *Introducción a la historia* (México: Fondo de Cultura Económica, 1975); Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador*. Además, específicamente para el rastreo de los usos del concepto de testimonio (*témoignage*) se recurrirá a la versión en idioma original. Bloch, *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien* (1949).

²⁵⁶ Bourde y Martin, *Las Escuelas Históricas*, 155.

²⁵⁷ Gerard Noiriel dice sobre la obra en cuestión que "representa la culminación del 'paradigma' constitutivo de la ciencia normal de la historia y no, como se ha escrito tan a menudo, el punto de partida de una 'nueva historia'. En esta obra, Marc Bloch se entiende a sí mismo explícitamente como continuador de la disciplina tal y como esta ha sido definida por la generación anterior". Noiriel, *Sobre la crisis de la historia*, 83.

testimonios (de forma y de contenido) y la observación histórica, plantea cómo definir los parámetros axiológicos (es decir, los juicios de valor), pasando por el problema de la síntesis y la relación entre ésta y el análisis y, finalmente, la cuestión de la “nomenclatura”. Sin embargo, es también una crítica a la historia historizante practicada por sus predecesores metodocistas, de manera similar a los cuestionamientos que Collingwood realiza a la “historia crítica”, aunque de manera menos displicente.²⁵⁸

La primera cuestión que resulta relevante para comprender el lugar del testimonio es, como en *Idea de la historia*, cómo caracteriza Bloch al conocimiento histórico. Hay una primera cuestión que sobresale y sobre la que vale la pena advertir en este punto: para el francés, al contrario del filósofo inglés, el centro de su análisis no reside en la ansiedad por definir el carácter científico de la disciplina a través de la delimitación del tipo de conocimiento que le es propio. El punto está en definir un “oficio”, un “saber hacer” y, sobre todo, un lenguaje: es a través del lenguaje compartido por la comunidad de profesionales que se establece la verdad histórica.²⁵⁹ Hecha esta aclaración, efectivamente en esta obra Bloch aborda el carácter de la historia como conocimiento indirecto. No obstante, cuando se propone definir la observación histórica intenta matizar este carácter que, según él entiende, ha sido exagerado por las generaciones precedentes. De esta manera, afirma que “toda recolección de cosas vistas se compone en gran medida de cosas vistas por otros” y que “todo conocimiento de la humanidad en el tiempo, independientemente de su punto de aplicación, sacará siempre de los testimonios de otros gran parte de su sustancia”.²⁶⁰ En este punto, Bloch realiza una vuelta argumental. Sostiene que si bien los especialistas del método llamaron “indirecto” al tipo de conocimiento que obtienen los historiadores, en poco se diferencia de la observación que un geólogo puede lograr de la amonita de un fósil o un físico del movimiento molecular.²⁶¹ Si un/a historiador/a observa, tal es el ejemplo que esgrime, un material mineral utilizado para la construcción en una región alejada de su zona de procedencia, bien puede inferir que las comunidades humanas allí presentes realizaron algún tipo de intercambio. En este caso, la inducción realizada es “del tipo más clásico: se funda en la constatación de un hecho sin que intervenga la palabra de otro” puesto que “son realidades que captamos y explotamos

²⁵⁸ Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, 41, nota 1.

²⁵⁹ Bloch, 152.

²⁶⁰ Bloch, 77.

²⁶¹ Bloch, 78.

gracias a un esfuerzo de inteligencia estrictamente personal. Para ello no necesitamos de ningún otro cerebro humano, de ningún intermediario”.²⁶² Es decir, si bien Bloch reconoce el necesario apoyo en los testimonios (*témoignage*) de otros para realizar cualquier empresa científica, incluso en la vida cotidiana, de eso no se sigue que el historiador deba descansar necesariamente en esos “intermediarios”. Resuena aquí la crítica de Collingwood a la HTE.

Ahora bien, ¿cuál es el sentido que Bloch le da al concepto de testimonio (*témoignage*)? Al igual que en el trabajo de Collingwood, en *Apología para la Historia* parece mantenerse indiferenciado el concepto de documento escrito y el de testimonio oral. Bloch utiliza “testimonio” (*témoignage*) y “testigo” (*témoin*) para referirse tanto a las obras de Tito Livio como para admitir la aparición de una nueva área de interés: la observación practicada “*in vivo*” de los testigos que da lugar a la psicología del testimonio.²⁶³ A la hora de definirlos, Bloch afirma que los testimonios son “expresión de la memoria” y que esta puede siempre cometer errores en tanto y en cuanto se ve afectada por factores emocionales. Agrega, además, que viéndose envuelta en estas situaciones fuertemente emocionales o en grandes conmociones, la memoria se vuelve incapaz de fijarse en “aquellos rasgos a los que el historiador les atribuiría hoy un interés preponderante” y que los testimonios “no llegan a la estructura elemental del pasado”.²⁶⁴ Teniendo en cuenta estos reparos, la crítica debe hacerse confrontando testimonios para descubrir el error o la mentira.²⁶⁵

Aunque no parezca haber, si es que la hay, una diferencia sustancial entre la crítica de testimonios escritos y orales (cuestión que parece vislumbrarse entre líneas, pero no llega a resolverse), el planteo de Bloch es menos radical que el presentado por Collingwood en relación con el ideal de autonomía que presenta. En este sentido, en la obra de Bloch encontramos tres cuestiones importantes: en primer lugar, la imposibilidad de la producción de conocimiento histórico de forma aislada, comprensible además si se tiene en cuenta el lugar que le otorga a la comunidad profesional en el establecimiento de la verdad histórica,²⁶⁶

²⁶² Bloch, 79.

²⁶³ Bloch, *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien* (1949), 38.

²⁶⁴ En este punto hay una diferencia entre la edición de 1975 y la de 2001. Mientras en la primera el traductor utiliza la palabra “llegan” en la más reciente el término utilizado es “afectan”. Bloch, *Introducción a la historia*, 92; Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, 115.; Bloch, *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien* (1949), 61.

²⁶⁵ Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, 121–22.; Bloch, *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien* (1949), 70.

²⁶⁶ Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, 73.

en segundo lugar, el carácter socialmente determinado del testimonio y finalmente, la importancia relativa que le otorga al análisis de los errores y las falsedades en los testimonios.²⁶⁷ Aun así, la eficacia del método crítico se sostiene según Bloch en su creciente aplicabilidad: “Uno de los más hermosos rasgos del método crítico es haber seguido guiando la investigación en un terreno cada vez más amplio sin modificar nada de sus principios”.²⁶⁸

Encontramos en estos dos autores analizados coincidencias con respecto a la caracterización del testimonio oral. O, puesto de otra forma, una igualación entre testimonio escrito y oral a partir de la idea de evidencia. Esta similitud tiene también, como hemos intentando mostrar, sus límites. Mientras Collingwood construye una idea de autonomía y de conocimiento inferencial mucho más estrecha en cuanto a sus alcances, la perspectiva de Bloch está marcada, inevitablemente, por la tradición en la que se inscribe. Señalábamos al final del apartado anterior, que el rol que Langlois y Seignobos otorgaban a la comunidad profesional en la construcción del conocimiento histórico pone un límite a la desconfianza. Esto está presente también en la mirada de Bloch. Sin embargo, su intento por matizar el carácter mediato del conocimiento histórico tiene por objetivo demostrar que no son las autoridades, o “intermediarios”, los que facilitan el conocimiento al historiador, sino que este lo alcanza individualmente a través de la inferencia. Esta identificación del concepto de testimonio con el de evidencia se mantuvo a lo largo de casi todo el siglo XX y fue generalizada.²⁶⁹ Esto no implica que no haya habido voces disonantes que reclamaron la reintroducción del testigo y del testimonio, de la “voz” más allá de la palabra escrita.²⁷⁰ A continuación analizaremos el fenómeno más interesante que la concepción del testimonio oral entendido como evidencia produjo en el siglo pasado: la historia oral.

1.2.3. El testimonio y la Historia Oral

²⁶⁷ Bloch, 117.

²⁶⁸ Bloch, 105.

²⁶⁹ María Inés Mudrovic, “El debate en torno a la representación de acontecimientos límite del pasado reciente: alcances del testimonio como fuente”, *Diánoia* 52, n° 59 (2007): 132, <http://www.doaj.org/doi/func=openurl&issn=01852450&date=2007&volume=52&issue=59&spage=127&genre=article>.

²⁷⁰ François Hartog, *Evidencia de la Historia* (México: Univesidad Iberoamericana, 2011), 201.

Desde la segunda mitad del siglo XX, a partir de la Segunda Guerra Mundial, pero sobre todo desde la década de los sesenta, se produjo en Europa y Estados Unidos la expansión de la historia oral. Por historia oral puede entenderse tanto una especialidad al interior de los estudios históricos o bien una técnica de investigación. A diferencia de lo que una lectura literal del término puede indicar, la historia oral no trata necesariamente sobre el estudio de la tradición oral.²⁷¹ Como técnica, refiere a una práctica de investigación basada en entrevistas con participantes registradas en algún soporte audiovisual.²⁷² Barbara Sommer y Mary Kay Quinlan, definieron a la historia oral en *The Oral History Manual* como “una fuente de primera mano, creada en una entrevista con un testigo o partícipe de un hecho con el propósito de preservar la información y hacerla disponible para otros”. Sostienen, además que el concepto de historia oral refiere “tanto al proceso como a la entrevista en sí misma”.²⁷³ El registro puede adoptar formas variadas. José Carlos Sebe Bom Meihy ha distinguido tres de ellas: historia oral de vida, vinculada a la entrevista libre, sin preguntas estructuradas y de larga duración, que remite a la experiencia personal; la historia oral temática, vinculada a algún tema específico y muchas veces a la recabación de datos factuales a través de encuestas cerradas y, finalmente, la tradición oral, que refiere a la transmisión de mitos y tradiciones antiguas.²⁷⁴

Según el sociólogo español Alejandro Baer, la historia oral emerge en el horizonte de los años sesenta como la expresión de un fenómeno de larga data que está relacionado con la “recuperación” y “reapropiación” del pasado en las primeras décadas siglo XX. En ese contexto, se afrontaba con optimismo la obtención de todos los documentos posibles de un pasado todavía reciente pero perteneciente a una civilización moribunda, la civilización europea decimonónica. Según Baer, hay una influencia notable del registro naturalista que

²⁷¹ Sobre la relación entre tradición oral e historia pueden consultarse los trabajos pioneros de Jan Vansina sobre historia de África. En *Oral Tradition*, este autor definió la tradición oral como “el testimonio oral transmitido verbalmente de una generación a la siguiente, o a más de una generación”. Jan Vansina, *Oral tradition* (Chicago: Aldine Publishing Company, 1965), 25; Cfr. Jan Vansina, *Oral Tradition as History* (Wisconsin: The University of Wisconsin Press, 1985). Peter Burke, ed., *Formas de hacer historia* (Madrid: Alianza Editorial, 2012), Gwyn Prins, cap. 6 “Historia Oral”.

²⁷² Alejandro Baer, *El testimonio audiovisual. Imagen y memoria del Holocausto*. (Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 2005), 50.

²⁷³ Barbara Sommer y Mary Kay Quinlan, *The Oral History Manual* (Lanham, Nueva York, Toronto, Plymouth: Altamira Press, 2009), 1.

²⁷⁴ José Carlos Sebe Bom Meihy, “Tres alternativas metodológicas: historia de vida, historia temática y tradición oral”, en *Cuentame cómo fue. Introducción a la historia oral*, ed. Pablo Pozzi y Gerardo Necochea (Buenos Aires: Imago Mundi, 2008).

puede verse en los orígenes del registro oral, que se plasma en cierta ingenuidad epistemológica.²⁷⁵ Incluso recurre a una comparación entre los primeros historiadores orales con los antropólogos norteamericanos de la década de 1930 que fueron los últimos testigos de las sociedades amerindias. De hecho, las primeras experiencias de registro oral de testimonios con el objetivo de escribir historia se dan en esta misma década, particularmente en los Estados Unidos, como veremos.²⁷⁶ Más allá de esto, en las corrientes historiográficas dominantes en el continente europeo, la desconfianza con respecto a la palabra hablada como fuente de la historia terminó por imponerse tempranamente. Paul Thompson, uno de los más importantes historiadores orales ingleses, aseguraba en el clásico *The Voice of the Past*, que el proceso de consolidación de la historia científica y metódica implicó su especialización en la palabra escrita, los documentos, y en el método desarrollado por Ranke y Laglois y Seignobos.²⁷⁷ Lo mismo afirma Hartog en *Evidencia de la historia*: “cuando, en el siglo XIX, la historia se vuelve ciencia, la ciencia del pasado, no le queda más que declarar que ella se hace con ‘documentos’ (...) y sostiene que una ciencia constituida solo puede aceptar la ‘transmisión escrita’”.²⁷⁸

En términos generales, en Estados Unidos, la historia oral adquirió características distintas a las europeas, sobre todo pensando en la delimitación de sus sujetos de estudio. Mientras en Europa el sujeto es o está ligado al pueblo, en Norteamérica las entrevistas se realizan a expertos y personas de relevancia pública. Pero los estadounidenses comparten con los europeos una mirada fuertemente objetivista, descriptivista y documental sobre las ventajas de la metodología. En 1948 se creó el primer instituto del mundo, el Instituto de Historia Oral de la Universidad de Columbia. Igualmente, la historia oral tardó 20 años en encontrar reconocimiento, incluso dentro de la misma universidad. Hoy tiene más de 8000 entrevistas grabadas y más de 1 millón de páginas transcritas y el instituto es un punto de referencia del Movimiento de historia oral de EEUU.²⁷⁹

²⁷⁵ Baer, *El testimonio audiovisual. Imagen y memoria del Holocausto.*, 52.

²⁷⁶ Thomas Charlton et al., eds., *History of Oral History. Foundations and Methodology* (Lanhan, Nueva York, Toronto, Plymouth: Altamira Press, 2007), II.

²⁷⁷ Paul Thompson, *The Voice of the Past. Oral History* (Oxford: Oxford University Press, 2000), 55–56.

²⁷⁸ Hartog, *Evidencia de la Historia*, 199.

²⁷⁹ Pilar Calveiro, “El testigo narrador”, *Revista Puentes*, n° 24 (2008): 50–55, <http://comisionporlamemoria.chaco.gov.ar/jovenesymemoria/documentos/pdf/03.pdf>.

En Estados Unidos, a mediados de la década de 1940 surgirá la primera generación de historiadores orales, protagonizada por Allan Nevins y Louis Starr. Los movía, según David K. Dunaway, el afán por recolectar las experiencias de figuras prominentes y protagonistas de procesos sociales en desaparición para los historiadores futuros.²⁸⁰ Mientras esta primera generación estuvo vinculada fuertemente a un ideal archivístico y recopilatorio, durante la década de los sesenta surgirá una segunda generación más vinculada a la historia social.²⁸¹ En Europa, se forma un movimiento de historiadores que busca aproximarse a sectores marginados de la cultura y el poder o, en palabras de Eric Hobsbawm, al “hombre corriente”.²⁸² La historia oral comienza a dar valor al papel y la praxis de las clases bajas en los procesos históricos, como parte de lo que se da en llamar “historia desde abajo”. Si bien los historiadores marxistas, particularmente los británicos, hegemonizaron esta área de estudio, el mismo Hobsbawm ha intentado sostener que las investigaciones sobre la gente corriente pueden remontarse hasta Jules Michelet y los trabajos sobre las masas en el siglo XVIII.²⁸³ Se trata de un intento por democratizar el conocimiento histórico abriendo la mirada hacia quienes habían sido definidos como objetos de la práctica científica. Así, la historia oral trasciende los marcos universitarios en donde además ocupaba un papel marginal.²⁸⁴ La propia idea de “movimiento”, que se utiliza para designar el tipo de práctica que constituye, da cuenta de su carácter militante y, de hecho, se la consideró como instrumento efectivo en procesos de formación política y concientización social.²⁸⁵ El propio Thompson dice al respecto:

La historia oral no es necesariamente un instrumento para el cambio, esto depende del espíritu con el que se la use. Sin embargo, ciertamente la historia oral puede ser un medio para la transformación tanto del contenido como del propósito de la historia. Puede ser usada para cambiar el foco de la historia misma y abrir nuevas áreas de

²⁸⁰ David K. Dunaway y Willa K. Baum, eds., *Oral history: An Interdisciplinary Anthology* (Walnut Creek, Lanham, New York, Oxford: Altamira Press, 1996), 8.

²⁸¹ Charlton et al., *History of Oral History. Foundations and Methodology*, 34.

²⁸² Burke, *Formas de hacer historia*, cap. 2. "Historia desde abajo"; Hobsbawm, *Sobre la Historia*, "Sobre la historia desde abajo", 204.

²⁸³ Hobsbawm, *Sobre la Historia*, cap. 205.

²⁸⁴ Baer, *El testimonio audiovisual. Imagen y memoria del Holocausto*, 53.

²⁸⁵ Burke, *Formas de hacer historia*, cap. 6 "Historia Oral", 146.

investigación, puede romper las barreras entre alumnos y maestros, entre generaciones, entre institutos educativos y el mundo exterior y, en lo que respecta a la escritura de la historia –sea en libros, museos, radio o películas– puede devolver a un lugar central a la gente que hizo y experimentó la historia a través de sus palabras.²⁸⁶

Este carácter comprometido de la historia oral se ha ido plasmando en las diversas realidades nacionales, particularmente en Europa. En Inglaterra existieron principalmente dos corrientes de historia oral. Por un lado, la *Labour History*, que tuvo una vertiente académica y universitaria, centrada en la *Society for the study of Labour History*, fundada por Eric Hobsbawm y Edward Palmer Thompson, entre otros. Simultáneamente, se fue gestando un movimiento, el *History Workshop Movement* liderado por Raphael Samuel, cuyo foco estaba en promover la historia de la “gente corriente” y el estudio de la historia más allá de los círculos académicos, impulsando una concepción de la historia como empresa colaborativa y popular.²⁸⁷ En Italia, la historia oral también aparece marcada por una fuerte inspiración crítico social y, en concreto, por las teorías de Antonio Gramsci sobre la cultura popular. En este marco, las fuentes orales cobran una relevancia particular al identificar cultura popular y cultura oral. Entre los pioneros se encuentran Giani Bosio y Ernesto De Martino, que buscaban recuperar el horizonte de la “cultura proletaria”, particularmente la música y la cultura rural del sur.²⁸⁸ En España, el franquismo retrasa la aparición de la historia oral hasta mediados de los setenta aunque el desarrollo pleno de esta especialidad se producirá en los años ochenta. En Alemania el interés por la historia oral se produce por fuera de la universidad, aunque progresivamente fue siendo incorporada por generaciones de historiadores más jóvenes. Así, la figura central es la de Lutz Niethammer que fue el pionero en afrontar la *Alltagsgeschichte* con un enfoque oral. El primer trabajo sistemático fue sobre la cultura obrera en la región del

²⁸⁶ Thompson, *The Voice of the Past. Oral History*, cap. 3. Ronald Grele ha hecho hincapié en una contraposición que emerge en los años setenta entre los historiadores profesionales y aquellos llegados desde la militancia política. Mientras los primeros buscaban realizar entrevistas de carácter aséptico, políticamente neutrales y no contaminadas de ideología, los segundos “reificaban” la experiencia en nombre de una creciente consciencia. Ambas posturas, sin embargo, escondían tesis conservadoras: la primera, porque asimilaba la historia oral a la historia tradicional y la última porque entendía que era “más pura” esa historia si se obtenía de boca de sus protagonistas. Charlton et al., *History of Oral History. Foundations and Methodology*, 46.

²⁸⁷ Véase <http://www.historyworkshop.org.uk/about-us/>

²⁸⁸ Baer, *El testimonio audiovisual. Imagen y memoria del Holocausto*; Alessandro Portelli, “Raíces de una paradoja: La historia oral italiana”, *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, n° 17 (1997): 116.

Ruhr entre 1930 y 1960. En vinculación con este y de manera extracadémica se emprendieron numerosos experimentos de historial oral.

En los años ochenta, una tercera generación de historiadores orales se hace cargo de la empresa del registro de testimonios. Según Dunaway, se tornan patentes algunas diferencias con respecto a las etapas precedentes, algunas vinculadas al desarrollo tecnológico para la realización y conservación de entrevistas audiovisuales y otras a la existencia de un *expertise* profesional desarrollado tras dos décadas.²⁸⁹ Además, este historiador norteamericano considera que previo a 1980 el proceso de generar historia oral había sido considerado “aprobemático” puesto que se suponía que las entrevistas se grababan desde un punto de vista neutral y que el registro era un bien que se resguardaba para el futuro. La complejización teórica de esta década fue realizada por historiadores como el mencionado Paul Thompson, Ronald Grele o Alessandro Portelli.²⁹⁰ Un nuevo debate marca esta nueva etapa, que pone en cuestión la concepción del recurso a la oralidad como fuente de la historia. La pregunta que guía esta querrela, tal y como la plantea Dunaway, es si el propósito de la historia oral es el establecimiento de un corpus de fuentes primarias o documentos o bien un proceso que implica la construcción de la historia a partir de fuentes orales.²⁹¹

La preocupación por la posibilidad de vindicar como evidencia al testimonio está presente en numerosas reflexiones sobre la práctica de la historia oral.²⁹² Así lo señala Grele, para quien resulta clave analizar el proceso de transformación de la historia oral entre finales de los años cuarenta y la década de 1980 para comprender en qué sentido la noción misma de evidencia se transformó al interior del campo. Para Grele operaron dos cambios fundamentales: por un lado, la transformación de la historia oral de fuente de información a la de producción e interpretación de textos y, por el otro, el cambio registrado entre la concepción de entrevistador objetivo a la de participante activo.²⁹³ El problema de la evidencia es, por ejemplo, central de Gwyn Prins en el capítulo que tiene a cargo en la compilación de Peter Burke *Formas de hacer historia*.²⁹⁴ Allí retoma lo planteado por Thompson

²⁸⁹ Dunaway y Baum, *Oral history: An Interdisciplinary Anthology*, 8.

²⁹⁰ Dunaway y Baum, 8.

²⁹¹ Dunaway y Baum, 9.

²⁹² Mientras algunas de estas discusiones se dan, incluso, en los primeros años del siglo XXI, otras, vinculadas al carácter subjetivo de la entrevista, serán tratadas en capítulos subsiguientes.

²⁹³ Charlton et al., *History of Oral History. Foundations and Methodology*, 33.

²⁹⁴ Burke, *Formas de hacer historia*, 145–87.

en *The Voice of the Past* en su batalla contra los historiadores tradicionales, que cuestionan la palabra hablada y la consideran una “depreciación” del método de Ranke.²⁹⁵ Comparada a la evidencia documental, la fuente oral fallaría en alcanzar tres cualidades fundamentales: la precisión formal, la precisión cronológica y, por la negativa, la insuficiente fiabilidad del “testigo único”.²⁹⁶ Frente a estas impugnaciones, el argumento de Prins tiene por objetivo remarcar lo que hace diferente a la fuente oral pero siempre teniendo como parámetro de confiabilidad al documento escrito y el método crítico: “La fuerza de la historia oral es la de cualquier historia que tenga una seriedad metodológica”.²⁹⁷ Esta misma lógica de comparación la encontramos en la citada obra de Thompson. En el capítulo 4, “Evidence”, pondera las ventajas y desventajas, en relación con la entrevista, de un número importante de fuentes escritas de consulta corriente por parte de los historiadores: periódicos, correspondencia, autobiografías publicadas, estadísticas, datos demográficos, etcétera. Termina concluyendo que la fuente oral tiene tres fortalezas. La primera es que puede proveer, y de hecho lo hace, información significativa y muchas veces única sobre el pasado. En segundo lugar, puede transmitir parte de la conciencia individual o colectiva de ese pasado. Tercero y más importante según Thompson, al ser una “fuente viva, presente, limita las posibilidades de invención e interpretación del historiador”.²⁹⁸ Esta concepción del testimonio como evidencia o como una forma de obtener conocimiento inferencial aparece también en *The Oral History Manual* y en otras obras dedicadas en términos más amplios a la epistemología de la historia, como *Historical Evidence and Argument* del historiador oral y africanista David Henige. En ella, este autor afirma que el trabajo de campo para recabar testimonios deja al historiador la tarea de transformar materiales “en crudo” en productos terminados.²⁹⁹

En relación con la evidencia, Mudrovcic coincidentemente con Grele, ha diferenciado dos variantes: por un lado, la historia oral “reconstructiva” que busca extraer conocimiento factual, de igual estatus epistémico que el documento y, por el otro, la historia oral “interpretativa”. La primera vertiente engloba la historia oral desde su surgimiento hasta los

²⁹⁵ Burke, 148.

²⁹⁶ Burke, 151–52.

²⁹⁷ Burke, 170.

²⁹⁸ Thompson, *The Voice of the Past. Oral History*, 172.

²⁹⁹ Sommer y Quinlan, *The Oral History Manual*, 4. David Henige, *Historical Evidence and Argument* (Wisconsin: The University of Wisconsin Press, 2004), 83.

años ochenta y se vincula a este carácter epistemológicamente ingenuo que tanto Baer como Dunaway han resaltado. En esta primera etapa, los testimonios orales contribuyeron aportando información en temas la que era escasa o nula, por ejemplo en temas de historia reciente en los que el acceso al archivo estaba aún prohibido, o bien como repositorio de datos sobre pueblos recientemente desaparecidos.³⁰⁰ El segundo tipo nace a la luz de los estudios de la memoria, los estudios de género y de la subalternidad y tiene como resultado una mixtura entre historia oral y estas áreas en desarrollo.³⁰¹ Estas disciplinas ponen en cuestión el carácter aparentemente transparente de la fuente oral y su capacidad de funcionar como prueba. Por ese motivo, puede concebirse a esta vertiente de la historia oral como “interpretativa”: su objetivo no es conocer datos acerca del pasado ni funcionar como evidencia frente a las afirmaciones del historiador sino que, en relación con el carácter social del recuerdo, busca rescatar la dimensión adaptativa de la memoria y, en ese sentido, los errores factuales y los olvidos son tan importantes como aquello que se dice.³⁰² Luisa Passerini expresa esta idea en la introducción a *Fascism in Popular Memory* de la siguiente forma:

Los testimonios orales son utilizados en este trabajo por lo que nos dicen, directa e indirectamente, sobre la cotidianeidad de la cultura. Esto incluye lo siguiente: las características ‘mentales’ de la población trabajadora, las formas de comprender el mundo que pasan de generación en generación a través de la tradición oral, los conflictos de poder que se dan en el plano cultural y simbólico. Este acercamiento a las fuentes orales, que necesita ser complementado con otras fuentes, abre el camino para el análisis del comportamiento social.³⁰³

Además, contra la reducción simplista del testimonio al mero encuentro, arbitrario y azaroso, de entrevistador y entrevistado, Passerini remarca su profundidad en términos discursivos.

³⁰⁰ Mudrovcic, “El debate en torno a la representación de acontecimientos límite del pasado reciente: alcances del testimonio como fuente”, 133.

³⁰¹ Dunaway y Baum, *Oral history: An Interdisciplinary Anthology*, 10–18.

³⁰² Mudrovcic, *Historia, narración y memoria. Los debates actuales en filosofía de la historia*, 115–117. Thompson, *The Voice of the Past. Oral History*, 169.

³⁰³ Luisa Passerini, *Fascism in Popular Memory. The Cultural Experience of the Turin Working Class* (Cambridge: Cambridge University Press, 2009), 1.

Es justamente por esta complejidad que resulta imposible hacer un “uso directo del testimonio”, como si revelara pautas de comportamiento de manera transparente. En realidad lo que revela son tensiones que deben ser interpretadas e identificadas por el historiador.³⁰⁴

Como ejemplo de historia oral interpretativa, en *The Death of Luigi Trastulli* Portelli analiza cómo un evento, la muerte de un obrero en una manifestación contra el ingreso de Italia en la OTAN en 1949, “es elaborado, cambia y es interpretado en la *longue durée* de la memoria y la cultura”.³⁰⁵ A través de la comparación, la triangulación con periódicos y otros testimonios, Portelli elabora un esquema de funcionamiento de la memoria en términos temporales.³⁰⁶ En *The Edwardians*, Paul Thompson reconstruye la vida en la Inglaterra inmediatamente anterior a la Primera Guerra Mundial apoyándose en el recuerdo personal de numerosos protagonistas. En la primera parte de la obra los testimonios aparecen en fragmentos, citados muchas veces como ejemplos, y sus enunciadores a partir de algunos datos muy concretos dependiendo de lo que se quiera mostrar.³⁰⁷ En la segunda sección, se centra en la figura de doce “eduardianos” a los que divide según su clase social, siendo cada uno de ellos una suerte de ejemplo que condensa las características de su grupo. Según argumenta Prins, este trabajo “no constituye una justificación de las reivindicaciones más exageradas hechas a favor de la historia oral a partir de los recuerdos personales”. En todo caso, parece traslucir una forma de utilización de los testimonios que mixtura la noción de evidencia con la búsqueda de reconstruir con las fuentes orales “algo más” que hechos.

Según reconstruye Portelli, en los años noventa se dio un debate entre Thompson y Alistair Thomson en torno a la influencia italiana en la historia oral británica. Para Thomson, la historia oral inglesa revirtió su tendencia a utilizar las fuentes orales para “descubrir cómo era en verdad la realidad” cuando entró en contacto con las reflexiones italianas en torno a la memoria.³⁰⁸ El refinamiento de la historia oral italiana se plasma, por ejemplo, en la obra ya

³⁰⁴ Passerini, 31.

³⁰⁵ Alessandro Portelli, *The Death of Luigi Trastulli and Other Stories. Form and Meaning in Oral History*. (Nueva York: State University of New York Press, 1990), 1; Paul Thompson, *The Edwardians. The Remaking of British Society* (Londres y Nueva York: Routledge, 2004).

³⁰⁶ Portelli, *The Death of Luigi Trastulli and Other Stories. Form and Meaning in Oral History*., 26.

³⁰⁷ Aparecen nombrados como, por ejemplo, “la esposa de un trabajador del metal de Londres” o “un niño de Nottingham”. Estos ejemplos fueron extraídos de Thompson, *The Edwardians. The Remaking of British Society*, 24–25.

³⁰⁸ Portelli, “Raíces de una paradoja: La historia oral italiana”, III.

citada de Passerini, en la que busca reconstruir la vida cotidiana de los trabajadores fabriles durante el fascismo en Turín. En ella la autora asume plena consciencia del trabajo con testimonios y aclara de qué manera los concibe, cómo los utiliza y cómo los recolectó. En este texto, se nos brindan datos biográficos de los entrevistados, sistematizados en cuadros como información “dura”. La autora interpreta las narraciones y las contrapone con datos y teoría para mostrar esta tensión entre lo que los testigos hacen y sus representaciones mentales expresadas en sus narrativas.

Resulta clave resaltar que, en la historia oral, tanto en su faceta reconstructiva como interpretativa, el conocimiento que se obtiene del testimonio es inferencial. Esto implica que no puede justificarse una creencia apoyándose únicamente en lo que otros dicen puesto que el testimonio no aporta conocimiento de manera directa. Es solo “a partir de su análisis y comparación con otros testimonios como el historiador lo transforma en prueba, la cual le permite inferir hechos del pasado o modos de comprensión de los actores de una realidad social dada”.³⁰⁹ De esta forma, en consonancia con el ideal de autonomía epistémica, el testimonio adquirió en la historia oral el carácter de “fuente”. Sobre esta cuestión, hemos citado ya a Hartog. Según el historiador francés, la incorporación de la voz en la historiografía se logró “a condición de hablar de ‘fuentes orales’”.³¹⁰ En el recorrido historiográfico que realiza en torno al concepto de testigo, Hartog reconoce una pluralidad de sentidos que este adoptó desde la Antigüedad. Entre ellos se destacan tres: *superstes* (el testigo que ha vivido una experiencia y puede contarla), *testis* (el que asiste como tercero a un hecho) y *auctor* (garante, autoridad).³¹¹ Si para la Biblia el concepto de testigo, humano o divino, es fundamental por su capacidad de oficiar como aquel “que vio” y puede dar cuenta de ello, incluso compareciendo en un juicio, a partir de la tardoantigüedad comienza un desplazamiento que terminará en la situación que conocemos. Los Padres de la Iglesia discriminarán, en la construcción de la historiografía eclesiástica, entre aquellos que fueron efectivamente testigos y los “testigos de testigos” y otorgarán, en consecuencia, mayor autoridad a los primeros. El impacto de esta práctica se consolidará en la Edad Media: el historiador se convierte en el *compiler* que reúne los testimonios de las autoridades,

³⁰⁹ Mudrovcic, “El debate en torno a la representación de acontecimientos límite del pasado reciente: alcances del testimonio como fuente”, 134.

³¹⁰ Hartog, *Evidencia de la Historia*, 202.

³¹¹ Hartog, 194.

auctores.³¹² Este carácter de compilador lo mantendrá por algunos siglos en el anonimato. Sin embargo, comenzará muy pronto a reivindicarse como compilador, como autor de su propia compilación: “Mientras el *compiler* se vuelve más autor, el *auctor* será una autoridad menor o, para decirlo de otra forma, la transformación del *auctor*, de testigo en fuente, pasa por la afirmación del historiador como *compiler*.”³¹³

Este rodeo a través de la cita a Hartog tiene por objetivo señalar que la diferencia entre testigo e historiador está, como venimos sosteniendo, en la autoridad. De esta manera, cuando el historiador francés argumenta que la incorporación de testimonios en la historiografía se hace “a condición” de aceptar el carácter de fuente, lo que está afirmando es que la historia oral hace hablar a los testigos *a través* de la voz del historiador ¿De qué manera se produce la interrogación del testigo-fuente? Mudrovcic sostiene que este sentido de prueba que se le da al testimonio es lo que habilita la comparación entre las actividades del juez y el historiador.³¹⁴ Intentaremos analizar mediante una comparación entre los modelos de justicia inquisitorial y adversarial las ligazones entre el testigo de la justicia y el testigo en la historiografía.

1.2.4. Testimonio histórico y testimonio judicial: el modelo inquisitorial en la justicia y la historiografía

Resulta difícil negar que, en las últimas décadas, el testimonio ha sido asimilado casi completamente a las narraciones de víctimas y sobrevivientes de grandes masacres, crímenes de estado y violencias de variada índole. Los testimonios, narraciones e historias de vida que los sobrevivientes y testigos han contado se producen en un contexto relativamente novedoso, puesto que se dan en el marco de la convivencia entre historiografía y los procesos de justicia sobre los mismos hechos. Esta problemática particular la trataremos en profundidad en el capítulo II.

Lo cierto es que aunque esta convivencia pueda parecer novedosa, los vínculos entre historia y justicia, según Hartog, pueden rastrearse por lo menos hasta el caso Dreyfus.³¹⁵ Tal vez, uno

³¹² Hartog, 198–99.

³¹³ Hartog, 199.

³¹⁴ Mudrovcic, “El debate en torno a la representación de acontecimientos límite del pasado reciente: alcances del testimonio como fuente”, 134.

³¹⁵ Hartog se enfoca, principalmente, en las reflexiones de Charles Peguy sobre el caso Dreyfus. Se trató de un resonante caso de antisemitismo en Francia vinculado a una trama de espías a finales del siglo XIX. El capitán

de los tópicos más abordados fue la reflexión sobre las funciones de la historia con relación a si es su tarea juzgar o comprender. A finales del siglo XIX, Lord Acton afirmaba que la historia puede convertirse en un tribunal reconocido siempre que esté fundada en documentos.³¹⁶ En *Apología para la historia*, Bloch zanjó la cuestión tomando partido, obviamente, por la comprensión. Sin embargo, reconoce la raíz común que une al juez y al historiador: la sumisión a la verdad.³¹⁷ Una década más tarde, su compañero, Febvre, escribía algunas líneas más explícitas sobre cuál debería ser la función del historiador: “me repugna a la vez ese tono de fiscal que adopta perpetuamente un historiador envuelto en el ropaje de sus virtudes cívicas y arrogándose un derecho de juicio retrospectivo bastante infantil (...)” porque, finalmente, “el historiador no es un juez. Ni siquiera un juez de instrucción. La historia no es juzgar; es comprender –y hacer comprender”.³¹⁸ Ya en la década de los sesenta, el historiador británico Edward Carr negaba, apoyándose en las reflexiones de Benedetto Croce, que el historiador deba convertirse en “juez de horca y cuchillo” de los individuos.³¹⁹ Sin embargo, sobre “acontecimientos, instituciones y políticas del pasado” al historiador “no se le pide que permanezca indiferente y neutral” puesto que si bien no es su tarea juzgar al esclavista particular, sí está en posición de establecer un juicio sobre el esclavismo como sistema.³²⁰ Este punto resulta interesante porque trae a la palestra otro de los vínculos que unen historia y justicia: el par objetividad/imparcialidad.

En un artículo que complementa su estudio sobre los orígenes históricos de la idea de objetividad, la historiadora de la ciencia Lorraine Daston define y diferencia esta idea de la de “imparcialidad” en relación con la historiografía.³²¹ Según Daston, mientras la imparcialidad es un valor judicial antiguo, la objetividad es una virtud científica moderna. La

del ejército francés Alfred Dreyfus fue acusado de entregar información secreta a los alemanes. El proceso duró 12 años y dividió a la sociedad francesa entre *dreyfusards* y *antidreyfusards*. Hartog, *Evidencia de la Historia*, 218.

³¹⁶ Lord Acton, *Lectures on Modern History* (Londres: Liberty Fund, 1960), http://oll-resources.s3.amazonaws.com/titles/209/Acton_0028_EBk_v6.0.pdf.

³¹⁷ Marc Bloch, *Apología Para La Historia O El Oficio de Historiador* (México: Fondo de Cultura Económica, 2001), 139–140.

³¹⁸ Febvre, *Combates por la historia*, 166–67.

³¹⁹ Edward H. Carr, *¿Qué es la historia?* (Barcelona: Planeta-Agostini, 1985), 104–6. Cfr. Benedetto Croce, *La historia como hazaña de la libertad* (Buenos Aires, México: Fondo de Cultura Económica, 1960), 188–92.

³²⁰ Carr reconoce el aporte subjetivo en la construcción de los datos históricos, lo que haría al juicio “moral” o “de valor” inherente a la interpretación del historiador. Carr, *¿Qué es la historia?*, 106.

³²¹ Lorraine Daston, “Objectivity and Impartiality: Epistemic Virtues in the Humanities.”, en *The Making of the Humanities. Volume III: The Modern Humanities*, ed. Rens Bod, Jaap Maat, y Thijs Weststeijn (Amsterdam: Amsterdam University Press, 2014).

primera respondía, literalmente, a la idea de no tomar partido, no ser partisano de ninguna causa. La segunda, en cambio, refería estrictamente al método histórico y era, efectivamente, una invención del siglo XIX.³²² No se oponían, de hecho, las dos generaciones de historiadores científicos decimonónicos en Alemania sostuvieron posturas divergentes al respecto. De esta forma, mientras los discípulos de Ranke y Niebuhr abrazaban el método histórico cuestionaban a sus maestros su neutralidad política.³²³

Resulta clave para analizar los vínculos entre historiografía y justicia en las últimas décadas el trabajo de Carlo Ginzburg en torno al proceso contra su amigo Adriano Sofri. En esa obra, el historiador italiano reflexiona sobre esta relación atendiendo a una cuestión central: la evidencia. Ciertamente, su preocupación principal está enfocada en defender la idea de prueba como una ligazón entre la fuente histórica y la realidad de la que es producto, en marco de su lucha contra el escepticismo historiográfico.³²⁴ Así, la verificación de los hechos se constituiría en el terreno común, tal vez el más relevante, que comparten jueces e historiadores.³²⁵ Difieren, según Ginzburg, en su actitud en relación con los contextos que rodean los hechos: mientras para los magistrados éstos se corresponden con elementos o circunstancias que funcionan como atenuantes de la cuestión a resolver, para los historiadores la relación entre la acción y su marco es un problema de investigación que puede ser abordado desde múltiples interrogantes.³²⁶

Una idea fuerte que sostiene el historiador italiano en la introducción de la obra es que, entre las últimas décadas del siglo XIX y comienzos del siglo XX, es decir en su momento de conformación, la historiografía tuvo una matriz metodológica de carácter judicial.³²⁷ Esta

³²² Daston, 27. Daston define a la “objetividad” en relación estrecha con la “subjetividad” en tanto no puede pensarse una sin la otra. La objetividad es la supresión de algunos aspectos del “yo”. Particularmente del “yo” científico del siglo XIX. Lorraine Daston y Peter Gallison, *Objectivity* (Nueva York: Zone Books, 2007), 37.

³²³ Daston, “Objectivity and Impartiality: Epistemic Virtues in the Humanities.”, 31. Sobre esta cuestión puede consultarse también el capítulo de Koselleck “Compromiso con la situación y temporalidad” en Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, 175–201. Recordemos que nos referimos los vínculos entre los métodos rankeanos y sus posicionamientos políticos en el primer apartado de este capítulo.

³²⁴ Carlo Ginzburg, *El Juez Y El Historiador. Consideraciones a Propósito Del Proceso de Sofri*. (Madrid: Anaya, 1993), 22–23. Hartog, *Evidencia de la Historia*, 219.

³²⁵ Resulta pertinente traer a colación el caso del ya citado artículo de Verónica Tozzi “The Epistemic and Moral Role of Testimony” que fue utilizado por la Corte Suprema de Tucumán para justificar el fallo del caso de María de los Ángeles “Marita” Verón, sobre trata de personas con fines de explotación sexual. El artículo en cuestión, si bien ya fue mencionado, será analizado en profundidad en el capítulo IV. Sobre los detalles del caso Verón y la utilización del artículo de Tozzi puede consultarse <http://metahistorias.com.ar/filosofia-en-la-justicia-the-epistemic-and-moral-role-of-testimony-de-veronica-tozzi-y-el-caso-marita-veron/>.

³²⁶ *Ibid.*, 111–12.

³²⁷ Ginzburg, 20.

semejanza impactó en la disciplina histórica: por un lado, indujo a los historiadores “a centrarse en los acontecimientos (políticos, militares, diplomáticos) que en cuanto tales podían ser atribuidos sin demasiada dificultad a las acciones de uno o más individuos” y, por el otro, al descuido de “los fenómenos (historia de los grupos sociales, historia de las mentalidades y así sucesivamente) que no encajaban en esta pauta explicativa”.³²⁸ La prueba, en este escenario, se vuelve protagonista de la metodología histórica y judicial. La historiadora del derecho Barbara Shapiro ha abordado algunas cuestiones que resultan interesantes a la hora de pensar este vínculo. Shapiro se enfoca en el estudio de la *common law* inglesa y las comunidades científicas en los siglos XVI a XVIII. Esta historiadora plantea que el concepto mismo de “hecho” es de origen legal y que la metodología histórica en particular y científica en general, deben al derecho una buena parte de su constitución.³²⁹ El origen de la idea de “hecho”, *factum*, se encontraría en el sistema legal romano así como la distinción entre “hecho” y “derecho”.³³⁰ Por “hecho”, entiende eventos o acciones singulares, en los que participa un individuo y que refieren a instancias particulares y no a una experiencia general. Además, la ley también contempla, según Shapiro coincidentemente con Ginzburg, las “circunstancias que rodean un hecho”.³³¹ En los escritos sobre la historia que hemos analizado, el lenguaje o las analogías judiciales están efectivamente presentes.

Uno de los principales elementos de la prueba, tanto para jueces como historiadores, lo constituye el testimonio. De hecho, Shapiro argumenta que las disciplinas de “orientación factual” tomaron prestado el concepto de “hecho” y junto con él un universo de significantes que le es inherente: “testigo”, “testimonio creíble”, “rumor”, “inferencia”, “imparcialidad”. Los historiadores, a medida que intentaban distanciar su trabajo de las fábulas, romances o ficciones, establecieron una serie pautas necesarias para establecer la fiabilidad de testimonios y documentos.³³² Como hemos analizado, la noción del testimonio ligado a la idea de evidencia y de conocimiento inferencial es retomada por la historia científica y es también la conceptualización que hegemoniza el trabajo de la historia oral durante la primera mitad del siglo XX. Una muestra cabal de esta definición de testimonio la

³²⁸ Ginzburg, 20.

³²⁹ Cfr. Barbara Shapiro, *A Culture of Fact. England 1550-1720*. (Ithaca y Londres: Cornell University Press, 2003).

³³⁰ Barbara Shapiro, “The Concept ‘Fact’: Legal Origins and Cultural Diffusion”, *Albion: A Quarterly Journal Concerned with British Studies* 26, n° 2 (1994): 228.

³³¹ Shapiro, 230.

³³² Shapiro, 234.

encontramos nuevamente en *Apología para la historia*: “La diversidad de testimonios es casi infinita. Todo lo que el hombre dice o escribe, todo lo que fabrica, todo lo que toca puede y debe informarnos acerca de él”.³³³ Ya sea oral o escrita, una fuente proporciona conocimiento a partir de las preguntas del historiador, de la dirección de su encuesta y de su entrecruzamiento con otras fuentes. En términos de lo planteado por Coady, el testimonio histórico en este sentido amplio se ajusta a la definición de evidencia desarrollada a comienzos de esta sección, puesto que habilita su utilización para la solución de una disputa.³³⁴ De hecho, la metáfora de “interrogar” a las fuentes es bastante común y, en algún sentido, traduce esta ligazón entre historia y justicia.³³⁵

Ginzburg ha señalado los vínculos que unen al juez con el historiador. Pero también ha asociado el proceso judicial del siglo XX al proceso inquisitorial de la modernidad.³³⁶ La lectura de las actas del proceso a Sofri lo llevó a notar la semejanza entre lo que sucedía en los tribunales de la inquisición moderna, un objeto que él ha estudiado largamente, y el juicio a su amigo: el acusado-testigo es el protagonista del procedimiento, que es al mismo tiempo acusador de sí mismo y de otros.³³⁷ Pero además, señala Ginzburg, por más minucioso que sea el informe presentado por el tribunal, cualquier confesión por parte del acusado-testigo debe ir acompañada de datos objetivos que permitan su corroboración.³³⁸

Esta semejanza no es, obviamente, casualidad. Según el abogado procesalista Alberto Binder, el modelo inquisitorial de justicia no es un mecanismo inventado (solo) para perseguir brujas o herejes en la modernidad. Este implica, también, un complejo mecanismo político, legal, organizacional y cultural, al servicio de la concentración del poder en manos del Estado, más precisamente, de las monarquías absolutas, pero que continuó sin interrupciones hasta el siglo XX y sirve de modelo para la justicia en la actualidad.³³⁹ El modelo inquisitorial se basa

³³³ Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, 87.; Bloch, *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien* (1949), 40.

³³⁴ Coady, *Testimony. A Philosophical Study.*, 44.

³³⁵ Pensamos en la historia policial que construye Collingwood, por ejemplo, o el uso directo de la idea de interrogación utilizada por Bloch, entre otros.

³³⁶ Ginzburg, *El juez y el historiador. Consideraciones a propósito del proceso de Sofri.*, 14.

³³⁷ *Ibid.*, 15.

³³⁸ *Ibid.*, 17.

³³⁹ Alberto Binder, *Elogio de la audiencia oral y otros ensayos* (Monterrey: Coordinación Editorial, 2014), 13. Sobre la Inquisición Española y la caza de brujas puede consultarse Fabián Alejandro Campagne, *Homo Catholicus. Homo Superstitiosus. El discurso antisupersticioso en la España de los siglos XV a XVIII* (Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires-Miño y Dávila, 2002). Sobre el Estado absolutista y el resurgimiento del derecho romano como parte del proceso de concentración del poder puede consultarse Perry Anderson, *El Estado Absolutista* (México: Siglo XXI,

en una concepción infraccional del derecho que entiende al delito como una desobediencia al soberano y cuyo objetivo es el castigo antes que la resolución de conflictos; en este sentido, el individuo es considerado como súbdito y no como ciudadano. Una segunda característica de este modelo es su basamento en la escritura. A través de ella se genera una forma administrativa del Poder Judicial que se expresa en una maquinaria burocrática.³⁴⁰ En tercer lugar, como consecuencia de esta faceta escrituraria del proceso inquisitorial, los protagonistas reales se ven desplazados y reemplazados por procedimientos y declaraciones escritas, siendo el juez de instrucción quien concentra las funciones de investigación en esta etapa.³⁴¹

La alternativa planteada en términos del derecho al modelo inquisitorial de la justicia penal es la de la “oralidad”. Binder ha argumentado a favor de la necesidad de reemplazar el sistema de justicia infraccional por una de tipo adversarial que logre subsanar los problemas de una justicia que entiende al delito como una ofensa al soberano. La “oralidad” implica un cambio en el sistema judicial que se dirige hacia un derecho penal del conflicto basado en técnicas de pacificación. En la audiencia oral “el agresor se encuentra allí, en presencia física, de carne y hueso; la víctima también con su lenguaje y perspectiva”, de modo que se logra generar un ámbito de comunicación en el que los conflictos pueden ser resueltos de manera pacífica y tolerante.³⁴² Así, la audiencia oral se constituye en un verdadero “ritual de pacificación”, interviniendo en la conflictividad social y evitando el abuso de poder y la violencia. El juicio se transforma en un juego de narraciones de las que se hace necesario extraer información útil y es el juez quien debe laudar y sancionar una u otra versión final de los hechos.³⁴³

Entonces, a partir de esta semejanza señalada por Ginzburg podemos agregar que no es solo la prueba como noción lo que comparten ambas disciplinas. A partir de las características del modelo inquisitorial es posible realizar algunas analogías más entre el oficio del historiador y el de la justicia en su faceta infraccional. Como venimos sosteniendo, el papel fundamental otorgado a la escritura, en el caso de la historiografía, sirvió para demarcarla,

1998), 21–24. Gabriel Anitua, *Historias de los pensamientos criminológicos* (Buenos Aires: Ediciones Didot, 2015), cap. II.

³⁴⁰ Binder, *Elogio de la audiencia oral y otros ensayos*, 14.

³⁴¹ Binder, 17. Ginzburg admite que la familiaridad que encontró en la etapa de instrucción se desvaneció una vez que llegó a la fase del juicio. Él mismo se encarga de aclarar que las transcripciones realizadas condicionan la interpretación a la vez que reconoce la cercanía jurídica entre las actas de la inquisición y el proceso de interrogación. Ginzburg, *El juez y el historiador. Consideraciones a propósito del proceso de Sofri*, 24–25.

³⁴² Binder, *Elogio de la audiencia oral y otros ensayos*, 37.

³⁴³ Binder, 31. Se retomará este tema en el apartado IV.3.1.1.

durante su proceso de consolidación como ciencia en el siglo XIX, de otras “ciencias del espíritu”: la historia se hace con “documentos”, huellas escritas del pasado.³⁴⁴ Con la consolidación de la historia científica la palabra hablada desaparece de utilaje del historiador y la escritura asume el rol principal.³⁴⁵ La centralidad del historiador en el proceso de investigación no permite la intromisión de ninguna voz ajena, tal y como expuso Collingwood en su alegato a favor de la autonomía epistémica en el oficio de la historia.³⁴⁶ Los “testigos” son ahora las fuentes a descubrir, que tienen voz a partir de que el historiador se las otorga con sus preguntas: sólo él puede descifrar y reconstruir los mensajes de estos documentos.³⁴⁷ La primacía de la escritura perpetúa el borramiento de voces externas al proceso, al igual que en la justicia infraccional cuando un conflicto es formalizado bajo la forma del expediente escrito y todos los protagonistas (la víctima, el agresor, la comunidad que participa), quedan “convertidos en hojas de papel, en actas redactadas con un lenguaje uniforme y artificial.”³⁴⁸ Algo similar ocurre en la historia oral clásica: la incorporación de otras voces se realiza a partir de su reducción a “fuentes”, es decir, a partir de la aceptación de “ser hablado” por el historiador.³⁴⁹

I.3. Conclusión Capítulo I. La objetivización de los sujetos

Hemos reunido a lo largo de este capítulo algunos elementos que nos permiten reflexionar sobre la forma que adopta el testimonio en el contexto de una determinada concepción del

³⁴⁴ Hartog, *Evidencia de la Historia*, 199. En la cita retomada por Hartog, Langlois y Seignobos definen, además, al documento a partir del lenguaje judicial. Esa misma frase, “la historia se hace con documentos” es la primera oración del capítulo I de *Introducción a los estudios históricos*. Señalaban, a su vez, el carácter finito de las fuentes con la que cuenta el historiador. Con la misma expresión, Marrou titula el capítulo 3 de *El conocimiento histórico* aunque marcando sus distancias con respecto a los metodocistas: “Documento lo es toda fuente de información de la que la ingeniosidad del historiador sabe extraer algo para el conocimiento del pasado humano, considerado desde el ángulo de la pregunta que se ha planteado. Es evidente que no puede decirse dónde empieza o dónde acaba el documento: poco a poco, su noción se va ampliando hasta llegar a abarcar textos, monumentos y observaciones de toda clase”. Confluye, en este punto, con el pensamiento de Bloch que ya hemos citado. Noiriel critica el análisis que Marrou hace de la obra de Langlois y Seignobos y afirma que, junto con Febvre, ha sido el principal instigador del descrédito de Seignobos luego de la Segunda Guerra Mundial. Langlois y Seignobos, *Introducción a los Estudios Históricos*, 59; Marrou, *El conocimiento histórico*, 62–63, 65. Noiriel, *Sobre la crisis de la historia*, 118.

³⁴⁵ Hartog, *Evidencia de la Historia*, 199.

³⁴⁶ R. G. Collingwood, *Idea de La Historia* (México: Fondo de Cultura Económica, 2014), 339-340.

³⁴⁷ Hartog, *Evidencia de la Historia*, 200.

³⁴⁸ Binder, *Elogio de la audiencia oral y otros ensayos*, 37.

³⁴⁹ Hartog, *Evidencia de la Historia*, 202.

tiempo histórico y una forma de escritura de la historia. Es decir que, si es cierto que hay una correspondencia entre régimen de historicidad y régimen historiográfico, esto debe plasmarse, también, en la forma que adopta el testimonio en la historiografía. Repasemos brevemente esos elementos.

Caracterizamos al tiempo presupuesto en el régimen moderno de historicidad como lineal, progresivo, vacío y homogéneo apoyándonos en los aportes de teóricos, historiadores y antropólogos. Este tiempo que se fuga hacia adelante, producto del quiebre del espacio de experiencias y el horizonte de expectativas, fue condición de posibilidad de la disciplina histórica tal y como la conocimos en el siglo XX. Fue necesario para su desarrollo pleno la distinción, el quiebre, entre presente y pasado. Así como los cultores de la *historia magistra vitae* veían en las acciones de sus antepasados una guía para la *praxis* presente, para los historiadores del siglo XIX el pasado no podía ya dar lecciones al futuro. El “descubrimiento” del pasado y su diferenciación cualitativa con respecto al presente tuvieron efectos concretos en la metodología de la historiografía académica, corporizados, de alguna manera, en los planteos de Collingwood y Bloch aludidos anteriormente. De esta forma, como afirman Lorenz y Bevernage:

El reclamo acerca de la “otredad” del pasado permite a la historiografía presentarse como autónoma y reclamar unos métodos propios. Lo que fue presentado como una desventaja epistemológica, la ausencia del pasado, los historiadores utilizaron la idea del alejamiento progresivo del pasado a su favor y como una de sus fortalezas: son las condiciones de la imparcialidad y de la objetividad.³⁵⁰

En tanto la historia se constituyó como una ciencia que conoce el pasado a través de huellas, el carácter indirecto de este conocimiento se apoyó en la valoración positiva que la autonomía epistémica adquirió en los siglos XVI, XVII y XVIII. En detrimento del conocimiento por autoridades que predominó durante el Medioevo, a partir de la modernidad los científicos debían poder vindicar como prueba aquello que les sirviera para comprobar sus hipótesis. Este nuevo tipo de conocimiento debía lograrse a través de la

³⁵⁰ Bevernage y Lorenz, *Breaking up time. Negotiating the borders between present, past and future*, 14.

inferencia y la razón individual. Este carácter, sumado a la inspiración judicial de comprobación de hechos y pruebas, dio a la historiografía comienzos del siglo XX su forma disciplinar.

En consecuencia, el carácter indirecto del conocimiento obtenido nos habla de la relación entre un presente de la historia y un pasado histórico al que se accede a través de indicios, vestigios materiales o documentos escritos, reunidos bajo la categoría de “fuente”. La fuente funciona como prueba, como conexión entre lo ausente, el pasado, y el presente. En ese contexto, la innovación metodológica de la historia oral debió demostrar que la palabra hablada, sobre la que se proyectó un velo de desconfianza, podía cumplir con los requisitos necesarios para ser vindicada como prueba. Como en el proceso de instrucción de la justicia infraccional, los testimonios son fijados, reducidos al papel o la grabación. Al hacerlo, el testimonio vivo se transforma en fuente. Esta transformación afecta decididamente el carácter de sujeto que testimonia en tanto que la verdad de su habla debe ser garantizada por el historiador. Al rechazar el conocimiento inmediato, al no aceptar la posibilidad de conocer mediante una autoridad, el historiador necesariamente tiene que transformarlo en objeto, desoír lo que “la fuente” le dice de manera directa y actuar un proceso investigativo en el que, a través la comparación con otras fuentes, alcanza su propia conclusión y verifica o no lo dicho por el testigo.

Por supuesto, esta caracterización, si bien aplica en términos generales, tiene sus matices. Cada una de las distintas vertientes de la historia oral nos habla de una historia que mantiene una división tajante entre el sujeto que conoce y el objeto del conocimiento. Sin embargo, entre la inocencia epistémica de la historia oral reconstructiva y el refinamiento metodológico de la historia oral interpretativa hay algunas diferencias de grado. Ronald Grele dice al respecto que la transformación que opera en los tardíos años setenta tiene que ver con una mutación más general del campo historiográfico que va de la historia social a los estudios culturales. En ese sentido, el cambio que opera ya lo hemos descrito: la historia oral pasa de la búsqueda de información como objetivo principal a desarrollar un método que intenta leer los testimonios como “algo más” que un simple documento.³⁵¹ Grele resalta los trabajos de Portelli y Passerini como representativos de este cambio, ya que dan cuenta de una exploración casi experimental de la relación entre entrevistador y entrevistado que atañe

³⁵¹ Charlton et al., *History of Oral History. Foundations and Methodology*, 47.

también a estudios de la memoria. Este giro, creemos, es equivalente al que la historiografía, en términos generales, atraviesa en las primeras décadas del siglo XX en relación con la transparencia de las fuentes y el rol que las preguntas del historiador ocupan en la demarcación de un problema.

Sin embargo, al tener que vindicar al testimonio como parte de un proceso inferencial y reducir su voz al concepto de “fuente” o “huella” se produce un acto performativo. Hemos aludido a esta capacidad del discurso histórico al comienzo del capítulo. Retomábamos las palabras de De Certeau para quien la historia comienza con la separación, por parte del historiador, entre pasado y presente. Al mismo tiempo, vinculábamos esta acción con las ideas de Austin sobre la posibilidad de “hacer cosas con palabras”. En el caso de la historiografía y el trabajo con testimonios, el historiador transforma un acto presente en una marca del pasado. Aquí, podría objetarse, también existen diferencias de grado entre las primeras formas de historia oral y las más refinadas de los años ochenta. Sin duda, esta objeción tiene algún asidero, aunque el problema de fondo persista: en tanto no pueda vindicarse al propio testimonio como el origen del conocimiento obtenido y correrlo de su carácter de “prueba”, quien lo emite ocupa, en términos epistemológicos, el lugar del desconocido, del extraño o, en definitiva, del *otro*. Desde el punto de vista de la teoría propuesta por McMyler, no existiría conocimiento testimonial porque falla en concretarse la “operación social”. Recordemos que para que exista un testimonio no solo se debe dirigir el mensaje a un destinatario sino también asumir la responsabilidad por lo que se dice. Si el/la historiador/a niega la posibilidad al entrevistado de reconocerse en la situación testimonial y asume él/ella mismo/a la responsabilidad por lo que se conoce, no existe la posibilidad de la reivindicación subjetiva de sus palabras.

El problema enunciado no repercute solo en cuestiones epistemológicas, sino que tiene un alcance ético. Al no poder diferir en el enunciadore la carga de la prueba, porque de hacerlo el historiador le reconocería al testigo el carácter de “autoridad”, el conocimiento obtenido se asemeja al que se obtiene de manera prohibida o “por casualidad”. La posición del testigo es, entonces, la del extraño. Como veremos a continuación, es con la aparición en primer plano de un nuevo tipo de testigo que la concepción inferencial del testimonio se verá cuestionada. Particularmente, frente a la proliferación de relatos de sobrevivientes de crímenes masivos, la historiografía será puesta en entredicho, a partir de las derivas eminentemente morales que los testimonios de las víctimas traen aparejadas.

Capítulo II. La “era del testimonio”, el presentismo y la escritura de la historia

II. 1. El régimen de historicidad presentista y la historia del tiempo presente

II. 1. 1. *El presentismo como régimen de historicidad: definiciones y límites*

El pasado histórico, como hemos visto, es el pasado que la disciplina histórica reclama propiamente como su objeto, entendiendo, por lo tanto, que no todas las cosas del pasado se conocen “históricamente”. La singularidad del pasado histórico con respecto al presente es lo que acompaña a ese sentimiento propio del régimen moderno de historicidad. La especificidad que adquiere el pasado clausura cualquier intento de *historia magistra vitae* en tanto no pueden extraerse de éste ejemplos para actuar en el presente. Además, ese pasado histórico debe ser distante. La noción de “distancia temporal” permite la condición epistémica de que los pasados adquieran “formas históricas definidas”.³⁵² La distancia en el tiempo es crucial para lograr que los intereses políticos, morales e ideológicos, que podrían sesgar el acceso al pasado, queden neutralizados. Esta concepción de pasado histórico, propia del régimen u orden del tiempo moderno, atraviesa, con algunos matices, todo el siglo XX hasta los años setenta.

Es justamente en el último tercio del siglo XX que esta noción, y junto con ella la de objetividad, se verán fuertemente cuestionadas. Los desarrollos intelectuales que llevan a esta crítica de la historiografía provienen desde dentro y desde fuera de la disciplina. En primer lugar, a partir de una tendencia general al interior de los estudios históricos de rechazo a las explicaciones macro-paradigmáticas que hegemonizaron la historia en las décadas centrales del siglo, en sus versiones braudelianas, marxistas y cliométricas. Según Iggers, quien recupera la mirada de Ginzburg y Carlo Poni, las principales críticas a las explicaciones “macro” se realizaron a través de argumentos políticos y éticos. En el contexto

³⁵² Mudrovic, “Regímenes de historicidad y regímenes historiográficos: del pasado histórico al pasado presente”, 18.

de la crisis del capitalismo de 1973, las deserciones que las intervenciones soviéticas en Hungría y Praga generaron entre militantes de los Partidos Comunistas europeos y la emergencia de actores que reclamaban poder contar sus historias enfocadas desde la etnia, el color o el género, la noción de una historia entendida como “gran narrativa” no podía sostenerse. Se trataba de una historia estructural, que renegaba de los acontecimientos y los actores individuales y los entendía como epifenómenos o subproductos de la Historia. En ese marco, los estudios que abordaban la cultura popular comenzaron a proliferar en el mundo anglosajón, en Italia y en Alemania. Se trataba, para el historiador, de explorar los vínculos entre los niveles “macro” y “micro”, lo que Ricoeur ha llamado “variaciones de escala”, retomando a Jacques Revel.³⁵³ La *microstoria* italiana y la *Alltageschichte* alemana son ejemplos de la búsqueda de los historiadores de dar cuenta de la cultura popular e incluir la vida de los seres humanos concretos en sus estudios. Sobre todo, para la última, la antropología cultural vicaria de Clifford Geertz y, particularmente, el concepto de “descripción densa” aparecían como modelo para la investigación.

Un segundo impulso crítico de la historiografía, en este caso desde fuera o, por lo menos desde los márgenes, proviene de la teoría/filosofía de la historia. Desde 1945 y hasta la década de 1990, C. Lorenz identifica tres etapas de reflexión teórica sobre la historia.³⁵⁴ La primera

³⁵³ Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido.*, 274–76.

³⁵⁴ C. Lorenz define a la teoría de la historia como “la discusión filosófica o reflexiva sobre cuáles son, o deberían ser el (los) objeto(s) y el (los) lenguaje(s) de la historia”. Esta se caracteriza por tener un carácter descriptivo/normativo en tanto existe una variedad importante de ideas sobre cómo debería ser la práctica historiográfica. La teoría de la historia como campo disciplinar se encuentra actualmente en un proceso de revisión de sus alcances y límites que incluye un debate sobre cómo debería ser nombrada. De esto da cuenta una cantidad importante de artículos académicos y obras publicadas en los últimos años. Nancy Partner y Hermann Paul optan por llamar a esta área *historical theory*, teoría histórica, pero difieren en cuanto a la definición de sus alcances. Mientras que para Partner la ventaja de este nombre radica en su exclusividad, puesto que la teoría histórica debería constreñirse a la disciplina histórica, para Paul es su carácter amplio e integrador el que prevalece, en tanto intenta superar viejas distinciones filosóficas. También sobre sus alcances, pero refiriéndose a la disciplina con el nombre de *theory of history*, el colectivo *Wild on Collective* integrado por Ethan Kleinberg, Joan Wallach Scott y Gary Wilder ha publicado un manifiesto que aboga por redefinir la relación entre historiografía y teoría a favor de una formación teórica más sólida en los historiadores. Zoltán Simon, recientemente, se ha referido a la teoría de la historia como una “no disciplina” por su dispersión institucional y su presencia marginal en los departamentos y escuelas de historia y filosofía de las universidades. Sin embargo, reconoce un creciente interés en la teoría de la historia en los últimos diez años y algunos factores centripetos que la fortalecen. El primero de ellos es que existe una serie de tópicos por los que actualmente discurren las discusiones que se plasman en un número importante de revistas especializadas. Estos temas sobre los que hay un acuerdo generalizado son: la temporalidad histórica, la memoria, el concepto de trauma, estudios de género y poscoloniales, problemas vinculados a la metodología y la narración. El segundo factor que Simon reconoce como unificador es la existencia de redes informales o semi-formales que acercan a investigadores en centros y jornadas de discusión, destacándose la *International Network for Theory of History* radicada en Gante, Bélgica. Lorenz, *Entre filosofía e historia. Volumen 1: exploraciones en filosofía de la historia*, 48–49.

la hemos reconstruido brevemente en el capítulo anterior: se trata de las discusiones propias de la filosofía analítica en torno a la cientificidad del conocimiento histórico. La segunda de estas etapas transcurre entre las décadas de los setenta y ochenta, pero tiene su origen, según C. Lorenz, en 1965 con la publicación de *Analytical Philosophy of History* de Arthur Danto. En esa obra por primera vez el análisis se enfocaba en la cuestión de la narrativa aunque, aún, en vinculación directa con el positivismo, en tanto se la concebía como una forma de explicación causal compuesta por enunciados singulares.³⁵⁵ La desconexión con el positivismo y la inauguración definitiva de este segundo momento “narrativista” de la filosofía de la historia se dio en 1973 con la publicación de *Metahistoria*, por Hayden White. En esta obra, el historiador norteamericano retoma la problemática de la narración, pero no a partir de sus oraciones singulares sino como totalidad textual. Buscando los componentes estructurales del relato histórico, intenta rastrear los elementos de naturaleza preconceptual y poética a partir de concebir al texto histórico como una estructura discursiva en prosa que intenta representar la realidad de manera realista.³⁵⁶ Es decir, para White, no hay criterio de verdad en las narrativas históricas en tanto una narración no puede ser en su conjunto verdadera o falsa. En cambio, lo que encontramos son modos de tramar establecidos a partir de elecciones que el historiador hace en diferentes niveles de conceptualización: modo de trama, modo de argumentación y modo de implicación ideológica.³⁵⁷ Como resultado de estos cuestionamientos, y al poner en duda la capacidad de la historiografía de ser una representación “verdadera” del pasado, los problemas que emergen en esta etapa de discusión no se vinculan ya al problema del carácter científico de la historia y la posibilidad de la objetividad sino al problema de la representación.³⁵⁸

Hermann Paul, *Key Issues in Historical Theory* (Londres y Nueva York: Routledge, 2015); Nancy Partner, “Foundations: Theoretical Framework for Knowledge of the Past”, en *The SAGE Handbook of Historical Theory*, ed. Nancy Partner y Sarah Foot (Los Angeles: SAGE, 2013), 1–228, <https://doi.org/10.4324/9780203450659>; Wild on Collective, “Theses on Theory and History”, 2018, accedido 27 de febrero de 2020, <http://theoryrevolt.com/>; Zoltán Simon, “Do Theorists of History Have a Theory of History? Reflections on a Non-Discipline”, *Historia da Historiografia* 12, n° 29 (2019): 53–68, <https://doi.org/10.15848/hh.v1>.

³⁵⁵ Lorenz, *Entre filosofía e historia. Volumen I: exploraciones en filosofía de la historia*, 61.

³⁵⁶ Sobre el realismo en literatura e historia de manera comparada puede consultarse *La Historia es una Literatura Contemporánea*. Allí, Jablonka sostiene que el realismo es parte de un modo objetivo de narrar, un cientificismo que comparten la literatura realista y la historiografía metodicista de finales del siglo XIX. Ivan Jablonka, *La Historia Es Una Literatura Contemporánea. Manifiesto Por Las Ciencias Sociales* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2016), 85.

³⁵⁷ White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*.

³⁵⁸ La cuestión del representacionalismo puede rastrearse hasta comienzos del siglo XX y el *Curso de lingüística general* de Ferdinand de Saussure. A grandes rasgos, la teoría de Saussure propone que el lenguaje no es

El socavamiento de la idea de pasado histórico y de la historia-ciencia se producen, además, en el contexto de una serie de cambios a nivel social. La idea de que el tiempo histórico, en el sentido que el siglo XIX le imprimió a este concepto, comenzó a agotarse en las décadas finales del siglo XX y aparece en las reflexiones de numerosos autores. No se trata, necesariamente, de historiadores o teóricos de la historia sino de una sensación que recorre buena parte de la producción intelectual occidental de los últimos cuarenta años. Algunas de estas críticas se dan en el marco de reflexiones más amplias sobre la cultura occidental finisecular, el capitalismo tardío, el neoliberalismo y el posmodernismo. No todas coinciden exactamente en sus diagnósticos, pero, en términos generales, hay características comunes en casi todas ellas. Una de estas características que se repiten es la idea de un presente extendido, lento o que no pasa. Así, por ejemplo, una de las cualidades de la cultura posmoderna, para Frederic Jameson, es la imposibilidad para el sujeto de organizar su pasado y su futuro de manera coherente y, en consecuencia, de transformar al presente en un espacio para la praxis.³⁵⁹ Así, el capitalismo tardío se caracterizaría por un “presente continuo”. O bien Mark Fisher, que sostiene buena parte de su argumentación en el propio Jameson, que intenta dar cuenta del capitalismo posfordista y lo que él llama el “realismo capitalista”, a través de una antinomia temporal: por un lado, un presente que se extiende hacia el pasado y el futuro y, por el otro, una cultura nostálgica y retrospectiva. Para este autor, los desórdenes de memoria en la actualidad ocupan el lugar central de la angustia cultural y esto se demuestra en numerosos ejemplos provenientes del cine y otras industrias del entretenimiento. En todos los ejemplos que cita, la idea de un presente continuo está presente.³⁶⁰ Más cercano a la reflexión historiográfica, en tanto recupera la teoría de Koselleck, Hans Ulrich Gumbrecht desarrolla la idea de un “lento presente”. Gumbrecht argumenta que la transformación del “cronotopo” moderno se debe a los cambios materiales producidos en las comunicaciones, los desplazamientos y el entretenimiento: teléfonos, celulares, internet, televisión, aviación e hiperconectividad modificarían nuestra percepción

simplemente un vehículo transparente de significados, que el ser humano utiliza para transmitir sus pensamientos. Al contrario, como sistema cerrado que es, el lenguaje refiere a sí mismo a partir de una conexión arbitraria entre significado y significante, y no a una realidad externa. El estructuralismo, de origen saussureano, retomado por la teoría literaria francesa, atraviesa las décadas centrales del siglo XX en franca oposición a la pretendida referencialidad del discurso histórico.

³⁵⁹ Frederic Jameson, *Teoría de la posmodernidad. La lógica cultural del capitalismo tardío* (Madrid: Trotta Editorial, 2016), 33–34.

³⁶⁰ Mark Fisher, *Realismo capitalista ¿No hay alternativa?* (Buenos Aires: Caja Negra, 2017), 81–82.

espacio-temporal.³⁶¹ En este sentido, el desarrollo técnico habría llevado a que la humanidad deje de concebir el futuro como abierto y que, en cambio, el horizonte de expectativas aparezca dominado por la posibilidad certera de extinción de la humanidad y del planeta (en un sentido similar, Fisher recupera una frase atribuida a Jameson según la cual “es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo”). En consecuencia, “en lugar de dejar atrás el presente, lo empujamos cada vez más hacia el futuro, gracias, por ejemplo, al esfuerzo, que se ha convertido en un imperativo universal, por anticipar el *futuro*, cuyo reverso es la prohibición de dejar pasar el tiempo o de *perder el tiempo*”.³⁶² Estos diagnósticos sobre el carácter del tiempo histórico son sintomáticos de cambios que se vinculan a la tercera etapa de las preocupaciones de la teoría de la historia: el de la vinculación entre pasado y presente a partir del trauma generado por los acontecimientos catastróficos del siglo XX y la emergencia de la memoria como modo hegemónico de procesar el pasado.

Propiamente en el campo de la reflexión histórica, Hartog elaboró la conocida tesis sobre el cambio de régimen de historicidad a finales del siglo XX. Esta transformación se asocia, como hemos descrito en el capítulo anterior, a una “brecha del tiempo”, una crisis en la articulación de las dimensiones temporales que tendría como resultado el reemplazo del régimen moderno de historicidad vigente desde la fecha simbólica de 1789. Según Hartog, con la caída del Muro de Berlín en 1989 se abre una nueva crisis del tiempo que da lugar a un nuevo régimen de historicidad denominado “presentismo” en el que la distancia entre espacio de experiencia y horizonte de expectativas produce la sensación de que el tiempo histórico quedara suspendido y el presente se volviera omnipresente y fagocitara pasado y futuro.³⁶³ Las transformaciones operadas en el siglo XX, que comienzan con la Primera Guerra Mundial, pasando por las múltiples catástrofes y los horrores del Holocausto, la Guerra Fría, la amenaza nuclear, el final del Estado de Bienestar, el derrumbe del comunismo soviético, hasta el Plan Cóndor y el terrorismo de estado en América Latina, dan lugar a la afirmación del presente por sobre la idea rectora de futuro y de utopía.³⁶⁴ Estas novedades transformarían estos/as no poseerían ya “el calendario ni aun de las preguntas o de los términos de los debates que suscitan estas manifestaciones” sino que también se ven

³⁶¹ Hans Ulrich Gumbrecht, *Lento Presente. Sintomatología del nuevo tiempo histórico* (Madrid: Escolar y Mayo Editores, 2010), 23–24.

³⁶² Gumbrecht, 31.

³⁶³ Hartog, *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*, 40.

³⁶⁴ Hartog, 134–37.

notablemente influidos por la agenda de discusión que se da en la escena pública. Lo contemporáneo se vuelve así un imperativo no sólo para la Historia sino también para las Ciencias Sociales, a las que se les exige que cumplan con esta “demanda social” de registrar lo presente.³⁶⁵ Si mientras en la historia *magistra vitae* el ejemplo ponía en relación el pasado y el futuro y el régimen moderno de historicidad iluminaba el pasado desde el futuro y le daba sentido a través de enmarcarlo en un destino que se asociaba al del Estado nación —o, en el caso del marxismo, al del proletariado—³⁶⁶ como consecuencia de las transformaciones operadas durante todo el siglo XX, se vuelve imposible para la historia decretar el “carácter pasado del pasado” y, según C. Lorenz, poder conectar el pasado y el presente a través de la noción de evidencia.³⁶⁷

Entre los cambios que operan al interior de la historiografía, dos de ellos, que además están interconectados, presentan especial relevancia: el primero es el descentramiento de la nación, y con ella, la política, como espacio privilegiado del desarrollo de la historiografía y el segundo el ascenso de la memoria como objeto de la historia. Por supuesto, sin exagerar en su corrimiento del centro de los intereses de los historiadores, Hartog y C. Lorenz, señalan dos itinerarios diferentes para la relación historia-nación. Para el primero, la relación es “parcial” y, podríamos agregar, contradictoria. Reconoce la importancia fundamental de la nación como misión privilegiada del historiador en el siglo XIX, pero señala al mismo tiempo la “brecha” de 1914 como un momento crítico en esta relación. A partir de la Gran Guerra, pero sobre todo en las décadas centrales del siglo XX, se produce un corrimiento de lo nacional a favor de lo social. Esto desembocó en el desarrollo de las escalas grandes en espacio y largas en el tiempo de la historia científica de los tiempos de predominio de Braudel.³⁶⁸ Si durante cincuenta años la nación pareció correrse del interés de la historiografía científica, en los años ochenta, a raíz del proyecto de *Les lieux de mémoire* de Pierre Nora, reaparece como una forma de dar cuenta del cuestionamiento a la temporalidad.³⁶⁹ C. Lorenz, por su parte, entiende que hay una relación directa entre historia académica y Estado nación que se

³⁶⁵ François Hartog. "El historiador en un mundo presentista", publicado en Devoto, Fernando, *Historiadores, Ensayistas y Gran Público 1990-2010*. Buenos Aires, Ed. Biblos, 2010. Consultado online en <http://alvarezteran.com.ar/wp-content/uploads/downloads/2010/08/El-historiador-en-un-mundo-presentista.pdf> p. 2-3.

³⁶⁶ Hartog, *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*, 131.

³⁶⁷ Lorenz, *Entre filosofía e historia. Volumen I: exploraciones en filosofía de la historia*, 208.

³⁶⁸ Hartog, *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*, 167-69.

³⁶⁹ Hartog, 168. Nora, "Les lieux de mémoire. t.1 : La République".

mantiene estable hasta los años setenta del siglo XX y cuyo lazo debe explicarse a partir de la trama profunda de los fundamentos epistemológicos de la historiografía. El teórico neerlandés propone que el discurso de la historia objetiva y el discurso del Estado nación se vinculan íntima y necesariamente: el punto de vista de la nación, más allá de cualquier división partidaria, era efectivamente el punto de vista objetivo que el historiador podía adoptar bajo tutela del estado.³⁷⁰ El auge de la memoria que comienza desde 1980 se explicaría por el socavamiento progresivo que la unidad historiografía/Estado nación como marco natural de referencia sufrió desde la década precedente. En el inicio de este “boom memorial” cumple, para C. Lorenz, un papel preponderante también Pierre Nora. Algunos años antes de *Les lieux de mémoire*, Nora rescata en *La nueva historia* los trabajos pioneros en el campo de la memoria social de Maurice Halbwachs. Producida en los años veinte y largamente olvidada, la noción de “memoria colectiva” de Halbwachs diferenciaba tajantemente entre memoria e historia.³⁷¹ Uno de los motivos que explican el olvido de la teoría del sociólogo francés para Nora es que mientras la historia y la nación coincidieron en su misión, las comunidades nacionales compartían una memoria que se identificaba fácilmente con la historia.³⁷² En ese contexto, no había lugar para las rivalidades. Ahora bien, en cuanto la historia pierde su lugar rector en la interpretación del pasado y otros pasados comienzan a aflorar en forma de memorias (del género, la etnicidad, la subalternidad, etc.) la división se hace presente. El problema de la memoria es, entonces, un síntoma del giro hacia el presente. Nora plantea, en este sentido, “colocarse entre la memoria y la historia, no oponerlas, ni tampoco confundirlas, sino servirse de una y de otra. Recurrir a la memoria para renovar y ensanchar el campo de la historia contemporánea”.³⁷³ Veremos en el apartado

³⁷⁰ Lorenz, *Entre filosofía e historia. Volumen I: exploraciones en filosofía de la historia*, 215.

³⁷¹ Afirma Halbwachs que “la memoria colectiva no se confunde con la historia y que la expresión ‘memoria histórica’ no es muy afortunada, ya que asocia dos términos que se oponen en más de un aspecto. La historia es, sin duda, la recopilación de los hechos que han ocupado la mayor parte de la memoria de los hombres. Pero los acontecimientos pasados, leídos en los libros y enseñados y aprendidos en los colegios, son elegidos, acercados y clasificados, según las necesidades o reglas que no se imponían a los círculos de hombres que conservaron durante mucho tiempo su poso vivo. Sucede que, en general, la historia comienza en el punto donde termina la tradición, momento en que se apaga o se descompone la memoria social.” (...) “La memoria social se distingue de la historia en al menos dos aspectos. Es una corriente de pensamiento continuo, de una continuidad que no tiene nada de artificial, ya que del pasado solo retiene lo que aún queda vivo de él o es capaz de vivir en la conciencia del grupo que la mantiene (...)”. Halbwachs, *La memoria colectiva*, 80–84.

³⁷² Lorenz, *Entre filosofía e historia. Volumen I: exploraciones en filosofía de la historia*, 231; Pierre Nora, “Between Memory and History: Les Lieux de Memoire (The place of Memory)”, *Representations*, n° 26 (1989): 8. Patrick Hutton, “Recent Scholarship on Memory and History”, *The History Teacher* 33, n° 4 (2000): 534.

³⁷³ Hartog, *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*, 151.

siguiente, otros factores ligados a la proliferación de testimonios y la exhibición pública de los horrores de la Shoah en Europa y Estados Unidos que contribuyeron al *boom* memorial. Vale aquí una digresión. Podría objetarse con justa razón, que la relación entre pasado y presente en la historiografía conoció momentos en la que la división tajante entre ambas dimensiones dejó lugar a una correlación más porosa, dialógica o laxa. Incluso se ha llegado a hablar de “presentismo” para referirse a la postura de aquellos historiadores que reconocían la influencia de los intereses presentes en la demarcación de los problemas de investigación. Esta es una tesis muy conocida de André Burguière, elaborada para explicar el clima intelectual y las proposiciones teóricas y metodológicas de la escuela de *Annales*, particularmente de sus fundadores Bloch y Febvre.³⁷⁴ Rousso coincide y profundiza esta mirada al señalar que esta actitud hacia el presente se corresponde con un clima general de la primera posguerra. Según Rousso, el impacto de la Gran Guerra llevó al modelo de la objetividad metódica y, en consecuencia, a la demarcación tajante entre pasado y presente, a la obsolescencia.³⁷⁵ El propio Hartog reconoce, en “The Modern Régime of Historicity in the Face of the Two World Wars”, que el régimen moderno de historicidad sufrió serios cuestionamientos por parte de los historiadores en el período de entreguerras, recuperando su orientación futurista con el proyecto braudeliano.³⁷⁶ Es cierto entonces que, aunque de manera efímera, este clima favoreció una relación dialéctica entre las dimensiones temporales. Ya no se trataba tanto de las “huellas” como de los problemas. Así, por ejemplo, el idealismo croceano y el método del *re-enactment* sostenido por Collingwood son muestras del carácter “presente” de la historia. Para el inglés, la historia misma es “la reactualización de pensamientos pasados en la mente del historiador”.³⁷⁷ El “presentismo” que identifica Burguière en *Annales* se relaciona a “una epistemología de la construcción del objeto de investigación”, lo que implica partir de una pregunta, involucrarse como historiador pero no desde del *ego* sino desde la propia pertenencia al presente: son las preocupaciones de la época las que guían la interrogación del pasado.³⁷⁸ Febvre afirmaba que “la historia lógicamente no

³⁷⁴ André Burguière, *La Escuela de los Annales. Una historia intelectual* (Valencia: Publicacions de la Universitat de Valencia, 2009), 37.

³⁷⁵ Rousso, *The Latest Catastrophe. History, the Present, the Contemporary*, 74.

³⁷⁶ François Hartog, “The Modern Régime of Historicity in the Face of the Two World Wars” en Bevernage y Lorenz, *Breaking up time. Negotiating the borders between present, past and future*.

³⁷⁷ Citado por Belvedresi, “La historia y las acciones humanas. Las tesis de Robin G. Collingwood”, 48.

³⁷⁸ Burguière, *La Escuela de los Annales. Una historia intelectual*, 37–39.

puede separar el estudio del pasado, del presente y del porvenir”. Bloch lo expresó claramente, cuestionando la aparente autointeligibilidad del presente, pero también a sus maestros metodocistas que rechazaban su estudio: “La incompreensión del presente nace fatalmente de la ignorancia del pasado. Pero quizá es igualmente vano esforzarse por comprender el pasado si no se sabe nada del presente”.³⁷⁹ En este sentido, el método regresivo aplicado por Bloch es un ejemplo de esto. Sin embargo, siendo todo esto cierto, el “presentismo” del que habla Burguière no tiene que ver con el sentido que Hartog le imprime como régimen de historicidad. Él mismo lo termina por aclarar:

El pasado debe ayudarnos a descifrar un presente que es tan opaco como la vida, porque en primer lugar es para nosotros una experiencia. Puede hacerlo de dos maneras: revelando, gracias a su distancia con el presente, la variabilidad de caracteres de una humanidad que estaríamos tentados a creer eterna; y dejándose leer como arqueología del presente.³⁸⁰

En esta relación de intercambio entre pasado y presente, sin embargo, la distancia no se acorta. Se trata de recorrerla en ambas direcciones, dando cuenta de que la concepción del tiempo no varía: presente y pasado continúan siendo distintos y distantes, aunque, podamos pensar el tiempo hacia atrás consultando las huellas. La linealidad se mantiene, aunque su orientación puede variar en tanto la analogía con la arqueología incorpora la verticalidad de la excavación.

En una entrevista periodística, Hartog describió al régimen de historicidad presentista como: “Un presente que se encierra en sí mismo, que fabrica cotidianamente el futuro y el pasado que necesita, a través de los medios de comunicación y la difusión de hechos que inmediatamente son declarados históricos.”³⁸¹ En otra entrevista, en este caso académica, el historiador francés declaró que la idea de “presentismo” fue construida en oposición al “futurismo” en un intento por pensar qué tenía de específico su presente. Se pregunta, al mismo tiempo, a qué tipo de “presentismo” se estarían enfrentando las sociedades

³⁷⁹ Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, 70–71.

³⁸⁰ Burguière, *La Escuela de los Annales. Una historia intelectual*, 42.

³⁸¹ François Hartog, “Un presente perpetuo”, *La Nación*, 10 de octubre de 2009.

occidentales contemporáneas, si a una fase de transición entre dos etapas regidas por el futuro o, en cambio, a un presentismo pleno, una experiencia del tiempo sin precedentes.³⁸² En todo caso, la vuelta hacia el presente provocaría un cambio en la percepción del tiempo histórico tal y como se lo entendía en la historiografía del siglo XIX. El presente se extiende hacia el pasado por lo que se anula la posibilidad de concebirlo como un “otro” distinto. Como consecuencia, se produce la pérdida del lugar privilegiado que los historiadores ostentaron en el desciframiento del pasado en detrimento de otros actores como, por ejemplo, los medios de comunicación. En este punto, Hartog reconoce como una

“falla del presente” que la economía mediática del presente no cesa de producir y consumir acontecimientos, habiendo la televisión sucedido a la radio. Pero con una particularidad: el presente, en el momento mismo de crearse, desea mirarse como ya histórico, como ya pasado. De alguna manera se vuelve sobre sí mismo para anticipar la mirada que se echará sobre él cuando sea completamente pasado, como si quisiera ‘prever’ el pasado, hacerse pasado aun antes de haber sucedido como presente; pero esta mirada es la suya hacia él, el presente.³⁸³

Recientemente, en “Out of Time? Some Critical Reflections on François Hartog’s Presentism”, C. Lorenz ha formulado algunas críticas relevantes al concepto de presentismo tal y como fue pensado por Hartog. En primer lugar, sostiene que este concepto contiene dos definiciones que se contradicen entre sí: C. Lorenz las llama presentismo n°1 y presentismo n°2.³⁸⁴ El presentismo n°1 sería un concepto introducido por el historiador francés en el marco de las “luchas por la memoria” desarrolladas en Francia durante los años ochenta y noventa. Se vincula a una “crisis del tiempo” producto del “trauma” de la Segunda Guerra Mundial y a la judicialización del pasado que se produjo junto con este. Se trataría, en definitiva, de un diagnóstico pesimista con respecto al lugar de la historiografía como *régisseur de temps* y su lucha, estéril, contra la memoria. Esta primera acepción del término presentismo designaría,

³⁸² Delacroix, Dosse, y García, *Historicidades*, 158.

³⁸³ Hartog, *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*, 141–42.

³⁸⁴ Chris Lorenz, “Out of Time? Some Critical Reflections on François Hartog’s Presentism”, en *Rethinking Historical Time: New Approaches to Presentism*, ed. Marek Tamm y Laurent Olivier (Londres: Bloomsbury Publishing, 2019), 23.

para el filósofo neerlandés, un período en concreto que vería la luz, como mencionamos, a fines de la década de 1980 y que sucedería al régimen moderno de historicidad.³⁸⁵ Para C. Lorenz, el concepto de presentismo de Hartog se construye especularmente con respecto al tiempo moderno, como una inversión casi perfecta y, en este sentido, lo sucede.³⁸⁶ Sobre este punto tiene una mirada distinta Delacroix, para quien el presentismo efectivamente designa un objeto de estudio. Para este historiador, hay en la teoría de Hartog un rechazo explícito a la construcción de un esquema de sucesión de regímenes de historicidad, que se plasma en la importancia que este le da al análisis de los momentos de “crisis del tiempo”.³⁸⁷

Contradictoriamente, la segunda forma posible de leer el concepto de “presentismo” (la n° 2) designaría no a un período de tiempo sino a una herramienta heurística, asociada a la idea de régimen de historicidad. En este sentido, según hemos explicado anteriormente, los regímenes de historicidad no son únicos ni sucesivos, como parece indicar la definición 1, sino que implican un entramado complejo de tiempos en el que uno es dominante.³⁸⁸ Como consecuencia, entre las definiciones 1 y 2 de presentismo habría una contradicción fundamental: mientras la 2 logra romper con el tiempo lineal, la 1 se mantiene apegada al esquema de la sucesión historicista. Finalmente, C. Lorenz agrega que el concepto de régimen de historicidad tiene poco para decir sobre experiencias sociales del tiempo ya que su análisis se centra casi exclusivamente en libros escritos por intelectuales europeos o norteamericanos. En ese sentido, lejos se encuentra de constituir una antropología o sociología del tiempo.³⁸⁹ De nuevo aquí encontramos una diferencia en la crítica que hace Delacroix al concepto de presentismo como herramienta heurística. Para este historiador la noción se caracteriza por una tensión entre su pretensión heurística y su acepción referencial. Así como no designa completamente un régimen de historicidad objetivo enmarcado en una sucesión de concepciones temporales sucesivas, tampoco puede pretenderse que sea una noción heurística pura porque a la idea de presentismo le es inherente un juicio de realidad sobre su propia época. En definitiva, según Delacroix, se trata de un uso “flojo” del concepto pero que caracterizaría al trabajo de los historiadores en su

³⁸⁵Lorenz, 27.

³⁸⁶Lorenz, 28.

³⁸⁷ Delacroix, Dosse, y García, *Historicidades*, 35.

³⁸⁸Lorenz, “Out of Time? Some Critical Reflections on François Hartog’s Presentism”, 30–32.

³⁸⁹Lorenz, 32.

conjunto, en lo que refiere a la teoría, y no una debilidad propia de la propuesta de Hartog.³⁹⁰ C. Lorenz sostiene una idea similar, aunque marcadamente negativa, cuando argumenta que en su mirada pesimista del presentismo, Hartog “contrabandea” juicios normativos sin hacerlos del todo explícitos. Por ejemplo, cuando para lograr “pegar” pasado, presente y futuro, recurre a la idea de “deuda”. La “deuda”, que se expresa a través de las nociones de “responsabilidad” y “precaución”, explica porque el presente se extiende: deber de memoria, patrimonialización, reparación hacia el pasado y precaución hacia el futuro.³⁹¹

La concepción hartogsiana de regímenes de historicidad permanece para algunos autores, como desarrollamos en el capítulo anterior, incierta, o bien, ambigua.³⁹² Su abordaje de las diversas formas de articular el tiempo a través de ejemplos de acontecimientos, personajes y autores confunde los niveles individual y colectivo. Así, hace emerger, por ejemplo, del estudio de San Agustín, un “régimen cristiano del tiempo” sin cuestionarse la recepción, la representatividad o la validez social de un planteo semejante.³⁹³ En este sentido, resulta interesante la crítica de Abdelmajid Hannoum, quien cuestiona a Hartog, en el mismo sentido que lo hace C. Lorenz, por encarar el problema de la historicidad desde la matriz de una historia de las ideas y no desde una antropología del tiempo histórico.³⁹⁴ Como consecuencia de esta elección metodológica, Hartog echa luz sobre las reflexiones de las elites y, en cambio, invisibiliza la de los grupos subalternos ofreciendo, como resultado, una historia de los órdenes del tiempo dominantes. “Dominante” debe ser entendido aquí a partir de su carga política. Esta crítica es relevante porque muestra cómo Hartog no logra dar cuenta de una cuestión fundamental en relación con las experiencias del tiempo: la manera en que el poder determina qué orden del tiempo se torna hegemónico en un determinado contexto. Ricoeur, en *La memoria, la historia, el olvido*, refiere a la cuestión del poder, la historia y el olvido cuando trata el tema de la memoria manipulada. Para el filósofo, el historiador se torna un instrumento del poder cuando impone un relato nacional que olvida las violencias

³⁹⁰ Delacroix, Dosse, y Garcia, *Historicidades*, 46–47.

³⁹¹ Lorenz, “Out of Time? Some Critical Reflections on François Hartog’s Presentism”, 29. Hartog, *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*, 234.

³⁹² Déborah Blocker y Elie Haddad, “Le présent comme inquiétude : temporalités, écritures du temps et actions historiographiques”, *Revue d’histoire moderne et contemporaine* 53–3, n° 3 (2006): 160, <https://doi.org/10.3917/rhmc.533.0160>.

³⁹³ Blocker y Haddad, 162.

³⁹⁴ Abdelmajid Hannoum, “What is an order of time?” 47, n° 3 (2015): 458–71.

fundacionales.³⁹⁵ Para Hannoum, las exploraciones que Hartog hace sobre las causas que provocan el predominio del presente sobre el futuro son superficiales. Esto lo lleva a preguntarse el porqué del éxito del presentismo: en tanto se reconoce que efectivamente existen múltiples órdenes del tiempo coexistiendo, solo uno de ellos es concebido como válido, racional y pragmático. La respuesta, provisoria, que ofrece es que el presentismo se apoya en el proceso de globalización, que no es simplemente una nota de época sino que está fuertemente entramado en un dispositivo político y económico de dominación.³⁹⁶

Más allá de las críticas, resultan innegables las transformaciones operadas en la historiografía de las décadas finales del siglo XX. Sea que se adopte plena o críticamente el concepto de “presentismo”, los múltiples factores que afectan al presente y lo vuelven omnipresente son aceptados por la mayoría de los autores que cuestionan a Hartog. Moderan, matizan o agregan ángulos de análisis mediante los cuales puede enriquecerse un diagnóstico de nuestras experiencias del tiempo. En este sentido, Chris Lorenz, Berber Bevernage, Eelco Runia y Dipesh Chakrabarty han insistido en la importancia de la idea de “trauma” y el carácter “acechante” del pasado. C. Lorenz, en particular, resalta la subvaloración que Hartog le da a esta cuestión en su diagnóstico: “La versión de presentismo de Hartog parece subestimar la presencia continua del pasado traumático y pasa por alto la circunstancia de que cuando ‘el futuro colapsa, el pasado entra como una tromba’”.³⁹⁷

En lo que sigue, intentaremos abordar la cuestión de estos “pasados acechantes” pero intentando antes reconstruir su contexto, para comprender cómo se produce esta transformación en la historiografía. En primer lugar, en marco de los cambios que afectan al tiempo histórico, abordaremos una cuestión esbozada por Hartog en *Regímenes de historicidad*, pero no del todo explorada: cómo afecta la noción de imprescriptibilidad de la justicia a la escritura de la historia. Como emergente de este contexto de cambios, nos adentraremos en el análisis de la Historia del Tiempo Presente y los alcances del presente como temporalidad de

³⁹⁵ Ricœur, *La memoria, la historia, el olvido.*, 115.

³⁹⁶ Para Hannoum, la religión, un fenómeno propio del siglo XXI que ha sido mal comprendido por las ciencias sociales, ofrece el claro ejemplo de oposición al presentismo. Los grupos religiosos, desde cristianos evangélicos hasta musulmanes, conciben un orden del tiempo en el que el pasado virtuoso domina al presente y al futuro. Se trata, para Hannoum, de un fenómeno específicamente moderno y no un atavismo.

³⁹⁷ Lorenz, *Entre filosofía e historia. Volumen 1: exploraciones en filosofía de la historia*, 233; Lorenz, “Out of Time? Some Critical Reflections on François Hartog’s Presentism”. Bevernage, *Historia, memoria y violencia estatal. Tiempo y justicia.*; Eelco Runia, “Spots of Time”, *History and Theory* 45, n° 3 (2014): 305–16. Dipesh Chakrabarty, “History and the politics of recognition”, en *Manifestos for History* (Nueva York: Routledge, 2007), 77–88.

la historiografía. Ya en la segunda sección, dedicada a explorar las transformaciones del testimonio desde la década de 1970, abordaremos la problemática del trauma y sus vínculos con la historiografía. Además, se intentará dar cuenta del cambio del lugar de los testigos en la escena pública a partir de la irrupción de los testigos de la Shoah. Para eso, ponderaremos la llamada “era del testigo” como un factor que coadyuva, en el contexto de emergencia de la memoria, a provocar un cambio en nuestras experiencias del tiempo.

II. 1. 1. 1. *El tiempo de la justicia: la imprescriptibilidad de los crímenes de lesa humanidad*

Hemos analizado, en el capítulo I, las relaciones entre historia y justicia en marco del llamado modelo inquisitorial. Nos centramos específicamente en la noción de prueba para encontrar semejanzas entre ambos mundos. Sin embargo, como afirma Rousso, la relación entre historiografía y justicia ha mutado desde 1945, aunque con especial fuerza en los últimos cincuenta años. El historiador francés afirma que la necesidad de “pensar, explicar y/o comprender, y sin duda ‘juzgar’ -he ahí la cuestión- un acontecimiento tan singular e inédito como el exterminio de los judíos, quizás inauguró una nueva concepción de la historia”.³⁹⁸ Esto se debe a que los juicios, celebrados casi inmediatamente a la salida de los grandes conflictos, propusieron una primera interpretación de los hechos que influyó en los relatos de la historiografía. Pero sobre todo, a partir de la aplicación del principio de imprescriptibilidad a los crímenes contra la humanidad, que implicó un entrecruzamiento del tiempo de la historia y el tiempo de la justicia: este régimen “hace a todos contemporáneos de los crímenes pasados cuyos culpables sigan con vida”.³⁹⁹ Como consecuencia, este escenario marcó un punto de ruptura entre diversas concepciones del tiempo. En una “situación normal”, afirma Antoine Garapon, “la justicia debe intervenir dentro de un período de tiempo que no esté ni demasiado cerca ni demasiado alejado de los hechos que somete a su conocimiento”.⁴⁰⁰ Si el tiempo es demasiado corto, ni acusados ni testigos tendrán tiempo de preparar la prueba. En cambio, si el tiempo es demasiado largo, la prescripción impedirá llevar adelante el proceso porque

³⁹⁸ Henry Rousso, “¿Juzgar el pasado? Justicia e historia en Francia”, *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo* II (2003): 77.

³⁹⁹ Rousso, 79.

⁴⁰⁰ Antoine Garapon, “La justicia y la inversión moral del tiempo”, en *¿Por qué recordar? Foro internacional Memoria e Historia. UNESCO 25 marzo de 1998, La Sorbonne 26 marzo 1998*, ed. Françoise Barret-Ducrocq (Buenos Aires, México, Santiago, Montevideo: Granica, 2002), 91.

no parece oportuno remover viejas heridas que el tiempo posiblemente ha sanado; además, el transcurso del tiempo dificulta la prueba. La representación social del tiempo que opera en este caso, es la de un flujo que borra, cierra, anula, e incluso repara. El paradigma de esta concepción natural del tiempo es el proceso fisiológico de la curación de heridas.⁴⁰¹

Las exigencias del presente hacen que esta “justa distancia” se vea amenazada.

La noción convencional de tiempo histórico, constitutiva de la historiografía tal como fue analizada en el capítulo anterior, fue puesta en entredicho, como hemos visto, desde la década de los ochenta. Uno de los aspectos salientes en este contexto es la interrelación entre historiografía y jurisprudencia de una manera inédita. Estos vínculos han afectado la escritura misma de la historia en el sentido en que analizamos, en el capítulo I, a partir de la coimplicación entre regímenes de historicidad y regímenes historiográficos. El motivo fundamental es que el estatus de “imprescriptibilidad”, aplicado a casos de delitos contra la humanidad, incorpora una nueva figura temporal puesto que se trata de la “prolongación casi al infinito del tiempo útil de la justicia”.⁴⁰² Esta implica, justamente, que el paso del tiempo no disminuye la culpabilidad de quienes hayan atentado contra la dignidad humana. Jean Amèry la ha calificado como una “inversión moral del tiempo”. En este sentido, existen numerosos casos de juicios que se remontan a hechos pasados, con los que tienen entre 30 y 70 años de distancia, realizados en países que protagonizaron hechos de esta magnitud.⁴⁰³

⁴⁰¹ Garapon, 91–92.

⁴⁰² Garapon, 92.

⁴⁰³ Encontramos procesos muy conocidos, como el del funcionario francés Maurice Papon y otros con menos prensa pero que suceden con normalidad en países como Alemania y Argentina. En el primero de estos países, la bibliografía especializada cita casos como el enjuiciamiento de cincuenta guardias de Auschwitz en 2013. El primer detenido de este proceso fue un ex guardia de 93 años. Ese mismo año el centro Simon Wiesenthal lanzó en Alemania la campaña “*Late but not too late*”, para conseguir información y atrapar a los últimos criminales de guerra vivos. Cfr. Caroline Sharples, “In Pursuit of Justice: Debating the Statute of Limitations for Nazi War Crimes in Britain and West Germany during the 1960s”, *Holocaust Studies* 20, n° 3 (2014): 81–108, <https://doi.org/10.1080/17504902.2014.11435376>; <http://www.wiesenthal.com/about/news/under-the-slogan-late-but.html>. En el caso de Argentina, el Ministerio Público Fiscal informó a finales de 2018 que el promedio de edad de imputados y detenidos por causas de lesa humanidad era de 75 años. https://www.fiscales.gob.ar/wp-content/uploads/2018/12/LESA_informe-estadistico-anual-2018.pdf consultada por última vez el 13 de julio de 2020.

En materia de derecho internacional, la figura de la imprescriptibilidad fue aprobada en la Convención sobre la imprescriptibilidad de los crímenes de guerra y de los crímenes de lesa humanidad de la Organización de las Naciones Unidas en su resolución 2391 en noviembre de 1968, entrando en vigor dos años después.⁴⁰⁴ La incorporación de esta figura legal a las diferentes realidades nacionales tuvo aristas variadas. Cabe destacar los debates que se dieron en Alemania Federal sobre el estatuto de la prescripción en la década de los sesenta. En un artículo de 2014, Caroline Sharples aseguraba que estos debates no habían suscitado aún demasiado interés para la investigación histórica (aunque sí para el derecho) y que esto resultaba extraño debido a la importancia que, para ella, tenían en el desarrollo de la justicia y el derecho internacional posteriores.⁴⁰⁵ A los fines de esta investigación, resulta interesante repasar el proceso que marca el ascenso de la idea de imprescriptibilidad por las consecuencias, en particular las discusiones, que trae aparejadas en el campo de la historiografía.

Inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, el Tribunal Militar Internacional de Núremberg se dedicó al enjuiciamiento de los criminales de guerra nazis de perfil más alto que aún se encontraban con vida. Entre ellos se destacaban los nombres de Hermann Göring, Rudolph Hess y Julius Streicher.⁴⁰⁶ Según nos informa Sharples, el foco puesto en estas figuras de renombre transmitió la sensación de que la culpabilidad por las atrocidades cometidas durante la guerra recaía en aquellos que habían tenido funciones de mando.⁴⁰⁷

⁴⁰⁴ Los antecedentes son “las resoluciones de la Asamblea General de las Naciones Unidas 3 (I) de 13 de febrero de 1946 y 170 (II) de 31 de octubre de 1947, sobre la extradición y el castigo de los criminales de guerra; la resolución 95 (I) de 11 de diciembre de 1946, que confirma los principios de derecho internacional reconocidos por el Estatuto del Tribunal Militar Internacional de Nuremberg y por el fallo de este Tribunal, y las resoluciones 2184 (XXI) de 12 de diciembre de 1966 y 2202 (XXI) de 16 de diciembre de 1966, que han condenado expresamente como crímenes contra la humanidad la violación de los derechos económicos y políticos de la población autóctona, por una parte, y la política de apartheid (...)”, en <https://www.ohchr.org/SP/ProfessionalInterest/Pages/WarCrimes.aspx> consultada por última vez el 13 de julio de 2020.

⁴⁰⁵ Sharples, “In Pursuit of Justice: Debating the Statute of Limitations for Nazi War Crimes in Britain and West Germany during the 1960s”, 82.

⁴⁰⁶ Resulta interesante comprender el fenómeno de los Juicios de Núremberg al calor del concepto de “justicia transicional”. El carácter internacional de los procesos, controlados por los Aliados, se explica por el fracaso de impartir justicia en la primera posguerra que recayó en tribunales nacionales. Al contrario que estos primeros juicios, en Núremberg la responsabilidad fue concebida como individual, buscando así evitar culpar a los estados e intentando evitar consecuencias como las del periodo de entreguerras. Sin embargo, Ruti Teitel afirma que el legado histórico de Núremberg es complejo y contradictorio dando luz, principalmente, aun vocabulario legal que debe ejecutarse de acuerdo con el derecho internacional. Ruti Teitel, *Transitional Justice* (Oxford: Oxford University Press, 2002), 31.

⁴⁰⁷ Sharples, “In Pursuit of Justice: Debating the Statute of Limitations for Nazi War Crimes in Britain and West Germany during the 1960s”, 83.

Tras el restablecimiento de la constitución alemana, se fijó para los delitos de homicidio culposo y asesinato un período de prescripción de 15 y 20 años respectivamente. Como consecuencia, de mantenerse esta legislación, los delitos contra la humanidad perpetrados por los nazis debían ser investigados y juzgados antes de 1960 y 1965 para no prescribir. Luego de un período de relativa pérdida de interés en la persecución a criminales de guerra tras los Juicios de Núremberg, a partir de 1960 los cuestionamientos al llamado “Estatuto de Limitaciones” se reanudaron con fuerza. Dos hechos impulsaron nuevamente el interés. El primero fue el proceso de Ulm de 1958, que reveló la existencia de criminales de guerra vivos e impunes, integrados a la sociedad, transitando vidas apacibles con trabajos corrientes. El segundo, que desarrollaremos en el siguiente apartado, fue el juicio a Adolf Eichmann en 1961, luego de su captura en Argentina.

La reluctancia mostrada por el sistema político alemán a deshacerse de este instrumento legal, la prescripción, radicaba, según Sharples, en diversas razones. Estas iban desde preocupaciones sinceras por el carácter retrospectivo de la medida y la sospecha en la confiabilidad de los testigos luego de dos décadas, hasta miradas conservadoras que entendían que los criminales de guerra nazis se habían reintegrado a la sociedad y que perpetuar la validez de sus crímenes amenazaba el tejido social.⁴⁰⁸ Los cuestionamientos legales por parte de quienes se oponían, sobre todo los miembros del Partido Democrático Libre, abrevaban en el carácter antijurídico de la aplicación retrospectiva de la ley.⁴⁰⁹ Lo cierto es que en noviembre de 1964 el gobierno de Alemania Federal anunció que no habría prórroga a los estatutos de prescripción de penas. Esto generó una rápida reacción internacional. En Gran Bretaña, Sharples registra un tono moderado del gobierno pero un fuerte rechazo por parte de la sociedad civil, sindicatos y agrupaciones de sobrevivientes.⁴¹⁰ Francia, por su parte, incorporó la figura de la imprescriptibilidad un mes después de conocida la posición alemana, en diciembre de 1964.⁴¹¹ Como respuesta, en marzo de 1965 Alemania decidió extender el plazo por cinco años, hasta 1970, aunque sin pronunciarse de manera definitiva sobre la prescripción. En este tiempo extra, más de 120 casos sobre

⁴⁰⁸ Sharples, 88.

⁴⁰⁹ Victoria Fareld, “History, Justice and the Time of the Imprescriptible”, en *The Ethos of History. Time and Responsibility*, ed. Stefan Helgesson y Jayne Svenungsson (Nueva York, Oxford: Berghahn, 2018), 57.

⁴¹⁰ Sharples, “In Pursuit of Justice: Debating the Statute of Limitations for Nazi War Crimes in Britain and West Germany during the 1960s”, 93.

⁴¹¹ Fareld, “History, Justice and the Time of the Imprescriptible”, 57.

violencia nazi fueron presentados ante tribunales alemanes. Al contrario de lo que los opositores a la eliminación del estatuto de prescripción sostenían, con el paso del tiempo las atrocidades del Holocausto comenzaban a conocerse en mayor detalle. Cumplido el plazo de un lustro, la situación volvió a prorrogarse, esta vez por una década, hasta 1979. En definitiva, lo que demostraba el debate parlamentario eran dos concepciones distintas del derecho y de la reparación: una mirada jurídica más formal que buscaba velar por el imperio de la ley y otra enfocada en la reparación moral de las víctimas. Cada una de estas posturas presuponía, también, una concepción diferente del tiempo. La idea de un tiempo irreversible, en la que el pasado es visto como ya ido, colisionaba con la concepción de un tiempo ético en el que el pasado puede ser re-efectuado.⁴¹² La irreversibilidad del tiempo es el principal motivo para plantear la prescripción puesto que, como mencionamos anteriormente, la analogía fisiológica lleva a entender al paso de los años a partir del modelo de la curación de las heridas. Al mismo tiempo, el sentido común en torno al tiempo indica que las evidencias disponibles también son destruidas progresivamente cuanto más un pasado se aleja del punto de vista del observador.

Estos argumentos fueron contestados por diversos intelectuales. Entre las intervenciones contemporáneas que llamaron a condenar la negativa a prorrogar el Estatuto de Limitaciones por parte del gobierno alemán, la más destacada y reconocida fue, tal vez, la de Vladimir Jankélévitch en 1965.⁴¹³ Se trata de una respuesta a los argumentos sostenidos por el gobierno alemán, casi punto por punto. La idea central de Jankelevitch es la negativa a que el tiempo, “un proceso natural sin valor normativo”, “pueda ejercer un poder atenuante sobre los horrores de Auschwitz”.⁴¹⁴ Según Jankelevitch, el carácter de este acontecimiento es inconmensurable, Auschwitz no es solo un caso particular de la barbarie humana sino que se trata de un crimen “que no es como los otros”.⁴¹⁵ Tampoco es potestad del estado alemán decidir de manera particular sobre un crimen que es universal. Argumenta, contra la idea de prescripción como “cura”, que la cantidad de información y evidencia no había dejado de

⁴¹² Fareld, 58.

⁴¹³ El texto original de Jankelevitch fue publicado en *Le Monde*. La versión que citamos aquí es una adaptación posterior, más extensa, publicada en *La Revue administrative* bajo el mismo nombre, “*L’Imprescriptible*”. Alternativamente nos referiremos también a una versión posterior, llamada “*Pardoner? Dans l’honneur et la dignité*”, publicada en 1986 y traducida al inglés como “*Should We Pardon Them?*”. Vladimir Jankélévitch, “Should we pardon them?”, *Critical Inquiry* 22, n° 3 (1996): 552–71, <https://doi.org/10.1086/448807>.

⁴¹⁴ Vladimir Jankélévitch, “*L’Imprescriptible*”, *La Revue administrative* 18, n° 103 (1965): 38.

⁴¹⁵ Jankélévitch, 39.

crecer en veinte años, pero, además, el sentimiento público en torno al Holocausto, así como la consciencia de sus efectos, fueron *in crescendo*. El texto de Jankelevitch es un ataque frontal a una concepción del tiempo que entiende que este, con su avance, transforma los hechos en pasado y que, arbitrariamente, establece límites como fronteras cerradas y precisas:

Parecería que veinte años son suficientes para que lo imperdonable se vuelva perdonable: por derecho y de un día para el otro, lo inolvidable es olvidado. Un crimen que era imperdonable hasta mayo de 1965 de golpe deja de serlo en junio, como por arte de magia.⁴¹⁶

Jankelevitch está asociando la prescripción al olvido, a un olvido que se legaliza y legitima para, con ello, dejar atrás el pasado y a las víctimas junto con él.⁴¹⁷ El filósofo apunta sus argumentos específicamente contra la decisión de Alemania Federal, dando cuenta de que existe un entramado social y político que sostiene la concepción moderna del tiempo. Pero, como explica Victoria Fareld, Jankelevitch está luchando por conseguir justicia no solo en marco de la ley sino también de la historia. De esta manera, se inaugura un período en que el tiempo de la justicia y el tiempo de la historia se interrelacionan con mayor profundidad.⁴¹⁸ Jankelevitch plantea, entonces, la cuestión de la carga moral del tiempo histórico. El problema de la injusticia histórica, o la relación entre historia y ética, fue tratada, en la primera mitad del siglo XX, a partir de dos grandes posiciones contrapuestas, la de Friedrich Nietzsche y la de Walter Benjamin. Frente a su propio tiempo, el llamado “siglo de la historia”, Nietzsche rechazaba la preocupación historicista por la Historia. La indagación del pasado al servicio del conocimiento puro, regido por una fiebre consumista de saber, lo transformaba en conocimiento muerto, puesto que un exceso en el estudio de la Historia perjudica la vida.⁴¹⁹ La historia debe servir a la vida y al futuro y, en este sentido, “solo aquel que construye el futuro tiene derecho a juzgar el pasado”.⁴²⁰ Frente a la presencia de un pasado concebido por los anticuarios historicistas como monumento, era preferible la acción

⁴¹⁶ Jankélévitch, “Should we pardon them?”, 553.

⁴¹⁷ Sharples, “In Pursuit of Justice: Debating the Statute of Limitations for Nazi War Crimes in Britain and West Germany during the 1960s”, 60.

⁴¹⁸ Fareld, “History, Justice and the Time of the Imprescriptible”, 63.

⁴¹⁹ Friedrich Nietzsche, *Segunda consideración intempestiva. Sobre la utilidad y los inconvenientes de la Historia para la vida*. (Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2006), 24, 29.

⁴²⁰ Nietzsche, 91.

liberadora del olvido. Al contrario, Benjamin se posiciona favorablemente en relación con las víctimas de las injusticias pasadas, los oprimidos. Su objeto de crítica es, también, el historicismo. La asepsia moral, las recomendaciones de olvidar el presente para analizar el pasado, que Benjamin coloca en boca de Fustel de Coulanges, son una prueba de empatía de la historiografía con los vencedores. Y esta relación empática con las clases dominantes de cada tiempo implica también una posición “favorable para el dominador del momento”.⁴²¹ Es a partir de la redención del pasado, en el diálogo con los muertos, que se logrará la justicia. Se debe, “encender en el pasado la chispa de la esperanza” para que las generaciones futuras dejen de nutrirse de la imagen de los antepasados esclavizados.⁴²²

La idea de Jankelevitch en torno a que el tiempo no puede atenuar la culpa de los responsables de Auschwitz trae nuevamente, en la segunda mitad del siglo XX, el problema de la injusticia histórica. Así como el tiempo no tiene valor normativo tampoco la justicia alemana tiene el poder para imponer el olvido a través de la prescripción. Para el filósofo francés, la continuidad y aplicación definitiva del Estatuto de Limitación conllevaría la sanción oficial y normativa del olvido.⁴²³ En este sentido, Ricoeur afirma que “la prescripción es una institución sorprendente, que se apoya, a duras penas, en el hipotético efecto del tiempo sobre las obligaciones que supuestamente persisten en el tiempo”.⁴²⁴ De igual manera que Garapon, para el filósofo, la prescripción se diferencia de la amnistía, que tiende a considerar como si nada hubiera sucedido: “prescribir” es un “efecto del tiempo”, implica la adopción de la irreversibilidad. No es el tiempo por sí solo el que realiza la prescripción sino que es la sociedad la que la consiente.⁴²⁵ Desde el derecho, las reflexiones de Garapon en torno a la prescripción llaman la atención sobre el hecho de que esta no implica la imposición del silencio ni del olvido sino que “representa una extinción, es decir, la imposibilidad de intentar una acción judicial fundada en un hecho del pasado”. Pero que, en marco de la impartición de justicia, la “prescripción judicial puede parecer una claudicación frente a la omnipotencia del tiempo biológico”.⁴²⁶ En su argumentación, el “tiempo biológico” se opone al “tiempo político” de la justicia, entendiendo a este último “como la voluntad de luchar

⁴²¹ Walter Benjamin, *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, ed. Bolívar Echeverría (México: Itaca/UACM, 2008), 42.

⁴²² Benjamin, 40,49.

⁴²³ Jankelevitch, “Should we pardon them?”, 566.

⁴²⁴ Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido.*, 601.

⁴²⁵ Ricoeur, 601.

⁴²⁶ Garapon, “La justicia y la inversión moral del tiempo”, 93.

contra el tiempo”.⁴²⁷ Esta oposición entre tiempo “naturalizado” y tiempo de la política puede comprenderse también a través de la dualidad tiempo histórico/tiempo judicial, “un antagonismo que deriva de sus respectivos énfasis en la presencia o ausencia y en la re- o irreversibilidad del evento en cuestión” y que estaba ya presente en las discusiones del parlamento alemán.⁴²⁸ Como afirma Bevernage, el discurso judicial presupone un tiempo reversible en que el crimen está totalmente presente y puede ser compensado si se aplica la correcta sentencia y castigo.⁴²⁹ Al respecto, Garapon agrega que “si bien se habla de los hechos en pretérito absoluto, los actos del proceso se desarrollan en el presente. Su función en este sentido, es la de abrogar el tiempo”.⁴³⁰ El tiempo de la historia, lineal, homogéneo y vacío, tal como lo analizamos en el capítulo anterior, en cambio, “trabaja con lo que está irremediabilmente perdido”. Se trata de un tiempo irreversible que desafía el tiempo judicial.⁴³¹ El principio de prescripción es entonces un instrumento, instituido social y políticamente, utilizado para poner un límite al tiempo reversible de la justicia y no en contra de la concepción naturalizada del tiempo como fluir irreversible. En todo caso, se utiliza el argumento del tiempo histórico para imponer una política del tiempo, que imprime una mirada política y moral. Siguiendo nuevamente la interpretación de Jankélévitch, esta imposición temporal favorece a los victimarios en lugar de a las víctimas.⁴³²

Para Rousso, la convivencia entre tiempo de la historia y tiempo de la justicia no siempre se dio, en términos concretos, de la misma manera. Tras la Segunda Guerra Mundial, estas evolucionaron a veces “en paralelo, entrecruzándose algunas veces, divergiendo otras”.⁴³³ Reconoce dos etapas vinculadas a la necesidad tanto de juzgar los crímenes del nazismo como de escribir su historia. La primera transcurre en la década de 1950. La relación se desarrolló a partir de la influencia por parte de la justicia de carácter excepcional de los

⁴²⁷ Garapon, 93.

⁴²⁸ Bevernage, *Historia, memoria y violencia estatal. Tiempo y justicia.*, 23.

⁴²⁹ Bevernage, 23.

⁴³⁰ Garapon, “La justicia y la inversión moral del tiempo”, 94.

⁴³¹ Bevernage, *Historia, memoria y violencia estatal. Tiempo y justicia.*, 23.

⁴³² Ricoeur se opone a la amnistía porque no es un trabajo, no requiere acción como sí el trabajo de memoria. Discute explícitamente con Derrida sobre la cuestión del perdón, aunque parte de un acuerdo con él: el perdón, entendido como producto de las religiones abrahámicas, se da a quien se arrepiente y promete cambiar. San Pablo, en cambio, habla de un perdón que excede lo político, lo económico e incluso lo histórico, hace referencia al *agapé*, el amor cristiano que implica dar todo por el otro, perdonar lo imperdonable. Para Ricoeur al no tener la memoria colectiva un sujeto colectivo que la sustente se habilita el carácter individual del perdón. Pero para propiciar el perdón se necesitan dos actores dispuestos porque el perdón es una relación.

⁴³³ Rousso, “¿Juzgar el pasado? Justicia e historia en Francia”, 79.

Tribunales de Núremberg sobre las primeras interpretaciones. Para la celebración de estos juicios se reunieron los primeros corpus documentales que posibilitaron la acusación específica de algunos individuos. Estas fuentes fueron también las primeras disponibles para los historiadores, lo que, en cierto modo, favoreció y aceleró la posibilidad de la investigación histórica.⁴³⁴ Sin embargo, al ser documentación reunida con el fin de funcionar como evidencia frente a los tribunales, tenía un carácter específico que condicionó las primeras lecturas historiográficas.⁴³⁵ La segunda fase de esta relación comienza en 1970. Se trata de una serie de trabajos que buscan alejarse de las influencias legales que, muchas veces, restringían las lecturas al ámbito de la culpabilidad o inocencia de los actores en términos jurídicos.⁴³⁶ Esto implicó rechazar la idea de imputación individual, cuyo origen se remontaba a Núremberg, para comenzar a hacerse preguntas sobre el funcionamiento más profundo del régimen, las estrategias sociales de adaptación, la colaboración estatal, etc. Además, en paralelo, otra serie de investigaciones fueron motivadas por la militancia de los sobrevivientes y sus familiares. Paradójicamente, los trabajos suscitados por la voluntad de correrse de interpretaciones realizadas bajo el prisma judicial, presionaron y activaron a la justicia nuevamente. Así, desde la década de los noventa, los procesos reabiertos se basaron muchas veces en los trabajos de estos historiadores que, incluso, fueron llamados a comparecer como testigos expertos, dando lugar a una nueva serie de debates.⁴³⁷ La postura de Rousso con respecto a esto es pesimista. Postula que los juicios “sostienen una mirada de la historia que es la nuestra y que no era la de la mayoría de los contemporáneos de la posguerra” y, en consecuencia, es escéptico sobre la contribución que estos procesos puedan hacer al trabajo de memoria.⁴³⁸ El entrecruzamiento de las lógicas de la justicia y de la historia radicaría en que mientras la primera se ve forzada a emitir un juicio que “resuelva” y cierre, la segunda se enfrenta a lo “inconcluso” y jamás puede dar por finalizada una cuestión.⁴³⁹ Esta diferenciación entre tiempo de la historia y tiempo de la justicia, sin embargo, no alcanza

⁴³⁴ Rousso, 81.

⁴³⁵ Al respecto menciona la obra pionera de León Poliakov.

⁴³⁶ Rousso, “¿Juzgar el pasado? Justicia e historia en Francia”, 84.

⁴³⁷ El más célebre fue el involucró al mismo Rousso con Richard Evans. Las reflexiones de este último se plasmaron en una reseña crítica publicada en *History and Theory*. Richard Evans, “History, Memory and the Law: The Historian as Expert Witness. A Review Essay of *The Haunting Past: History, Memory, and Justice in Contemporary France*. By Henry Rousso. Translated by Ralph Schoolcraft .”, *History and Theory* 41, n° October (2002): 326–45.

⁴³⁸ Rousso, “¿Juzgar el pasado? Justicia e historia en Francia”, 88.

⁴³⁹ Rousso, 90.

al núcleo del conflicto entre ambas lógicas. Como mencionamos, la justicia tiene la potestad de revertir el tiempo de la historia para hacer presentes los hechos pasados y actuar sobre ellos.⁴⁴⁰ Sin embargo, este poder de la justicia de remontarse en el tiempo “se extingue con su ejercicio”.⁴⁴¹ En ese sentido, se pregunta Garapon, si la función de la justicia no es “producir lo definitivo”, “trocar la memoria viva” (...) “en una memoria apaciguada”.⁴⁴²

Una última distinción vale la pena mencionar y es la que hace Antoon de Baets entre imprescriptibilidad “histórica” y “legal”. La diferencia fundamental que señala Baets es que la imprescriptibilidad de la justicia puede ser aplicada a casos recientes de injusticia y la misma noción, en el ámbito de la historiografía, se utiliza para hechos remotos.⁴⁴³ Mientras para la primera la condición es que los perpetradores y víctimas se encuentren aún con vida, para la aplicación del concepto de imprescriptibilidad histórica la situación debe ser la contraria. Se trata, para la historiografía, de una interrogación que involucra cuestiones éticas vinculadas al recuerdo y la memoria, pero también cuestiones epistemológicas. En efecto, el peligro que Baets considera es el del anacronismo, cuando analiza la posibilidad de aplicar conceptos vinculados al universo semántico de los crímenes contra la humanidad a delitos pasados comparables al genocidio.⁴⁴⁴ Concluye, tras analizar cuatro posibilidades de utilización, que si bien el historiador debe ser cuidadoso, es perfectamente posible recurrir a conceptos del presente para explicar masacres pasadas. En el caso de injusticias recientes recomienda, sin embargo, no arriesgarse a definir la naturaleza de un crimen contrariando lo establecido por la justicia internacional.⁴⁴⁵

En conclusión, la elaboración e imposición del concepto de imprescriptibilidad transformó los marcos temporales con los que justicia e historia trabajan. La imprescriptibilidad, sostiene Rousso, aplicada como una categoría judicial a delitos políticos pertenece a un régimen de historicidad particular que oblitera la distancia entre pasado y presente.⁴⁴⁶ Hartog reconoce esta transformación como síntoma del presentismo y la recoge al final de *Regímenes de historicidad*: “La imprescriptibilidad ‘por naturaleza’ del crimen contra la humanidad funda una ‘atemporalidad jurídica’ que puede ser percibida como una forma del

⁴⁴⁰ Garapon, “La justicia y la inversión moral del tiempo”, 95.

⁴⁴¹ Garapon, 99.

⁴⁴² Garapon, 100.

⁴⁴³ Antoon Baets, “Historical Imprescriptibility”, *Storia della Storiografia* 60, n° 5 (2011): 131.

⁴⁴⁴ Baets, 132–33.

⁴⁴⁵ Baets, 142.

⁴⁴⁶ Rousso, *The Latest Catastrophe. History, the Present, the Contemporary*, 144.

pasado en el presente, de pasado presente, o más bien, de extensión del presente, a partir del presente mismo del proceso”.⁴⁴⁷ Así, el historiador ingresa a esta temporalidad jurídica y se transformaría en testigo de la memoria. Se producen “deslizamientos” entre la temporalidad propia del derecho y otros tiempos sociales, de manera que se “judicializa” el espacio como marca distintiva de “nuestra contemporaneidad”.⁴⁴⁸ El historiador se transforma en un testigo “impotente” de la justicia en tanto su presencia, según afirma Rousso, solo sirve para legitimar el proceso legal y borrar las diferencias que lo separan de imputados, víctimas y acusados.⁴⁴⁹ Garapon todavía distingue entre el trabajo de la justicia, que sea realiza a partir de la presencia física de los protagonistas, y el trabajo del historiador, que trabaja con documentos. Ahora bien, hemos descrito y analizado el itinerario de la historia oral desde, por lo menos, los años cincuenta como para saber que esta imagen no se corresponde con la historiografía que efectivamente se practica. Paralelamente, dimos cuenta de las similitudes del trabajo del historiador y el juez en contexto de la preminencia del modelo inquisitorial de justicia e hicimos hincapié en el borramiento de los individuos que la instrucción procesal lleva a cabo.

II. 1. 2. La Historia del Presente en Europa y los alcances del presente como temporalidad para la historiografía

La Historia del Tiempo Presente es producto del contexto general que describimos anteriormente: los cuestionamientos desde dentro y desde fuera de la disciplina histórica a las explicaciones macro, el reclamo de sectores subalternos y subalternizados de narrar su propia historia y, por supuesto, los debates en torno a la explicación, comprensión y representación de pasados dolorosos como el Holocausto. Hemos descrito, a su vez, el proceso de demarcación entre pasado y presente que se dio a lo largo del siglo XIX durante el proceso de profesionalización de la historiografía europea en el capítulo I. En ese contexto, analizamos cómo la consolidación de la historia científica, en sus versiones historicista, metodocista y positivista, implicó el alejamiento de los principios de la *historia magistra vitae* y la adopción de la objetividad reasegurada por el método histórico. Vimos, también, de qué

⁴⁴⁷ Hartog, *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*, 234.

⁴⁴⁸ Hartog, 234.

⁴⁴⁹ Rousso, “¿Juzgar el pasado? Justicia e historia en Francia”, 89.

manera los cuestionamientos a la historia historizante, que comienzan con la primera generación de *Annales*, habilitaron la reflexión sobre el presente, lo que Brugiere llamó “el presentismo” de *Annales*, y cómo los principios de la historia-ciencia social de mitad del siglo pasado hicieron hincapié en la diacronía y el cambio (de larga duración) como objeto de la disciplina más que en la historia entendida como ciencia del pasado.

Ahora bien, hemos estado haciendo referencia al presente sin definir completamente qué implicancias tiene para la historiografía la incorporación plena de esta dimensión temporal. Intentaremos, en esta sección, dar cuenta del proceso de consolidación de la historia del presente como contrapartida historiográfica del presentismo a la vez que definimos cuáles son las competencias y los problemas que esta nueva definición temporal conllevó. Sugerimos la correspondencia entre esta nueva subdisciplina del campo historiográfico, nacida en la segunda posguerra en Europa, con las transformaciones más amplias en las formas de concebir y experimentar el tiempo. Intentaremos revisar ahora su contexto de aparición y las principales discusiones que se dieron en torno a su estatus epistemológico. Mudrovcic ha propuesto la tesis en torno a que la Historia del Tiempo Presente “expresa un régimen historiográfico que pone en cuestión la noción misma de ‘pasado histórico’, inscribiéndose en un régimen de historicidad de carácter presentista”.⁴⁵⁰ Si analizamos su momento de surgimiento y consolidación institucional notaremos rápidamente la coincidencia casi total con los fenómenos que hemos estado describiendo hasta aquí. Sin embargo, no se trata de un proceso exento de conflictos, sobre todo en lo que respecta al objeto propio de la nueva especialidad, y de diferencias nacionales. Nos centraremos en los casos francés y alemán.⁴⁵¹

⁴⁵⁰ Mudrovcic, “Regímenes de historicidad y regímenes historiográficos: del pasado histórico al pasado presente”, 15.

⁴⁵¹ Para el caso anglosajón, específicamente el inglés, Aróstegui y Rousso coinciden en señalar que la historia del tiempo presente no ha adquirido la misma importancia, ni ha generado los mismos debates que en los países de la Europa continental. Según el historiador español, la historia contemporánea del continente, que comienza con las revoluciones del siglo XVIII, fue asociada allí a la *Modern History*. Esto radica en que la derrota de la monarquía inglesa se produjo un siglo antes y, por lo tanto, el impulso revolucionario francés no fue leído en clave de ruptura desde las islas británicas. En cambio, 1914 sí significó un punto de ruptura, introduciendo la noción de contemporaneidad a partir de allí. Hubo un intento de realizar una *Contemporary History* con un contenido similar a la historia del presente continental por parte del historiador Geoffrey Barraclough en los años sesenta. Cfr. Aróstegui, *La historia vivida. Sobre la historia del presente*; Rousso, *The Latest Catastrophe. History, the Present, the Contemporary*.

Hay, en términos generales, coincidencia en torno a que la historia del tiempo presente es una especialidad cuyos orígenes se encuentran en estos dos países.⁴⁵² El *Institut d'Histoire du Temps Présent* (de ahora en adelante, IHTP) fue fundado en Francia en 1978. Su impulsor y director fue François Bédarida. El IHTP surgió como continuador y heredero de instituciones anteriores, que databan de la década de los cincuenta, y que tenían como objetivo el estudio de la Segunda Guerra Mundial, como la *Commission d'Histoire de l'Occupation et la Libération de la France* (CHOLF) y el *Comité d'Histoire de la Deuxième Guerre Mondiale* (CHGM). Con la creación de este instituto se saldaba una discusión que venía dándose en el ámbito francés desde hacía algunos años, vinculada al nombre adecuado para esta nueva especialidad. Desde por lo menos la década anterior, otras nomenclaturas posibles para una historia del pasado reciente circularon en el mundo académico y más allá de él. Dos casos en particular se destacan. El primero es el de René Remond, quien pugnó por la extensión de los estudios históricos al período post 1930 en plena era de predominio braudeliano de la *longue durée*, con un artículo publicado en 1957.⁴⁵³ Según nos informa Rousso, Remond reclama por la posibilidad de historizar los procesos aún inacabados aunque sin cuestionar, todavía, el nombre de “historia contemporánea”.⁴⁵⁴ Volveremos sobre esta cuestión más adelante. El segundo antecedente directo, con el cual los cultores de la nueva historia del presente polemizarán, es el de la “historia inmediata” (*L'Histoire immédiate*). Esta denominación estuvo vinculada a las publicaciones comerciales del periodista Jean Lacouture que, en los años sesenta, llevó adelante una colección en la que se narraban sucesos muy recientes y biografías de personajes relevantes como Charles De Gaulle.⁴⁵⁵

En los años setenta, será un historiador de una generación más joven que Remond, el ya mencionado Nora, quien comience a pugnar por la realización científica de la historia del

⁴⁵² François Bédarida, “Definición, método y práctica de la Historia del tiempo presente”, *Cuadernos de historia contemporánea*, n° 20 (1998): 19–27, <https://doi.org/10.5209/CHCO.7848>; Aróstegui, *La historia vivida. Sobre la historia del presente*; Mudrovic, “Regímenes de historicidad y regímenes historiográficos: del pasado histórico al pasado presente”; Rousso, *The Latest Catastrophe. History, the Present, the Contemporary*. Eugenia Allier Montaño, “Balance de la historia del tiempo presente. Creación y consolidación de un campo historiográfico”, *Revista de Estudios Sociales [En línea]*, n° 65 (2018).

⁴⁵³ Cfr. René Remond, “Pleidoyer pour une histoire délaissée: La fin de la IIIe République”, *Revue française de science politique* 7, n° 2, 1957, 253-270. Rousso, *The Latest Catastrophe. History, the Present, the Contemporary*, 115.

⁴⁵⁴ Rousso, 117–22.

⁴⁵⁵ Aróstegui, *La historia vivida. Sobre la historia del presente*, 25; Rousso, *The Latest Catastrophe. History, the Present, the Contemporary*, 130.

presente. Director del seminario “Historia y tiempo presente” en la *École des hautes études en sciences sociales* y director junto a Le Goff de la obra colectiva *Faire de l’Histoire*, de 1974, será en ese libro, en el que tiene a cargo la entrada llamada “La vuelta del acontecimiento”, en el que prefigurará algunas de las ideas presentes en *Les lieux de mémoire* y dará cuenta, a través de la noción de “acontecimiento” del auge renovado de la “historia contemporánea”.⁴⁵⁶ En ese capítulo, Nora rehabilita el concepto de presente contra el mandato “positivista” de excluirlo y señala que es tarea del historiador “hacer surgir conscientemente el pasado en el presente”.⁴⁵⁷ En el mismo sentido, afirma que la historia contemporánea no ha encontrado nunca su identidad ni su autonomía y estuvo hasta ese momento condenada a “malvivir” en una indefinición que la colocaba entre la posibilidad de ser “hija degenerada de una historia más noble” o bien, “depositaria de los secretos del presente” e “inspiradora soberana de todo interrogante sobre el pasado”.⁴⁵⁸

En 1977 comienza el proceso de absorción del CHGM (a causa de la jubilación de su director, Henri Michel) por un nuevo instituto a ser creado y que carecía, aún, de nombre. El *Centre National de la Recherche Scientifique* (CRNS) decidió la creación simultánea de dos nuevas instituciones: el *Institut d’Histoire Moderne et Contemporaine*, dedicado a la historia cronológica de los siglos XVII a XIX, y el que se haría cargo de estudiar el tiempo presente, el IHTP.

Resulta pertinente traer a colación, en este punto, el paralelismo trazado por Aróstegui entre el momento formativo de la Historia Contemporánea en el siglo XIX y el de la Historia del Tiempo Presente en las décadas finales del siglo XX. *La historia vivida* es un alegato en favor de la Historia del Presente - en tanto subdisciplina y también como nomenclatura adecuada para esta -, pero nos permite comprender algunos pormenores de la imposición definitiva de este nombre, así como algunas críticas que el historiador español realiza a la concepción de “presente” sostenida por Bédarida. El proceso de surgimiento de la idea de “contemporaneidad” fue analizado en el capítulo I. Recordemos que la “sensación” de estar atravesando un tiempo cualitativamente distinto, nuevo, que no podía ser ya equiparado a lo sucedido previamente a la Revolución, aparece en los textos históricos de las décadas

⁴⁵⁶ Jacques Le Goff y Pierre Nora, *Hacer la Historia. Nuevos problemas. Volumen I.* (Barcelona: Editorial Laia, 1978).

⁴⁵⁷ Le Goff y Nora, 236.

⁴⁵⁸ Le Goff y Nora, 221.

centrales del siglo XIX.⁴⁵⁹ Así, la “historia contemporánea” surge producto de una situación casi paradójica: el reconocimiento de la novedad iba acompañado de la exclusión de la posibilidad de ser historizada. Señala Aróstegui que el carácter rupturista de la Revolución Francesa alumbra un tiempo nuevo, que lleva a que aquellos que son coetáneos se identifiquen como contemporáneos. Ahora bien, esta identificación de la contemporaneidad con la coetaneidad comenzará a transformarse durante el siglo XX. El vocablo “historia contemporánea” dejará de entenderse como la historización del período de la historia vivida para pasar a designar un período, el de las revoluciones del siglo XIX. Se trata de una suerte de “normalización” historiográfica de lo contemporáneo y su asimilación a etapas como “Edad Media”, “Renacimiento” o “Edad Moderna”. Esta concepción de “tiempo presente” era la que, según Aróstegui, se acercaba a la propuesta por Bédarida, aunque en el artículo “Definición y práctica de la historia del tiempo presente” esto no se comprueba.⁴⁶⁰ Lo cierto es que el paralelismo trazado entre la historia contemporánea y la historia del presente termina decantando por el contraste negativo: así como la primera terminó transformándose en “Edad Contemporánea”, cuando inicialmente designaba no un período, sino una condición (la de ser contemporáneo); la historia del presente, nacida de un contexto de ruptura como es la segunda posguerra, no puede ni debe confundirse nunca con una “época”.⁴⁶¹

El desarrollo de la historia del tiempo presente en Alemania se dio prácticamente en paralelo con respecto a Francia, con la creación del *Institut für Zeitgeschichte* en 1949 (en adelante IfZ).⁴⁶² El IfZ estuvo enfocado, en sus primeros años, en el estudio de la dictadura nacionalsocialista,

⁴⁵⁹ Mudrovcic estudia la obra de Alexis de Tocqueville e Hyppolite Taine para demostrar cómo en *El Antiguo Régimen y la Revolución* y *Los orígenes de la Francia contemporánea* ambos autores plantean que la Revolución separó el Antiguo Régimen de un presente que conciben como completamente diferente a su presente. Adicionalmente, aunque sobre finales del siglo XIX, Langlois y Seignobos consideraban que la historia había dejado de proporcionar enseñanzas al presente. Mudrovcic, “The politics of time, the politics of history: who are my contemporaries?”, 460; Alexis de Tocqueville, *El Antiguo Régimen y la Revolución Francesa* (México: Fondo de Cultura Económica, 1998); Langlois y Seignobos, *Introducción a los Estudios Históricos*, 299.

⁴⁶⁰ Cfr. Aróstegui, *La historia vivida. Sobre la historia del presente*, 48; Bédarida, “Definición, método y práctica de la Historia del tiempo presente”, 22. En la descripción actual que el IHTP presenta en su página web se hace hincapié en que su objeto de estudio son la Segunda Guerra Mundial, el estudio comparado de conflictos bélicos del siglo XX, las guerras coloniales y el proceso de descolonización, los totalitarismos, la memoria colectiva y la justicia. Véase <https://www.ihtp.cnrs.fr/content/linstitut-dhistoire-du-temps-present> (consultado el 02/09/2020).

⁴⁶¹ Aróstegui, *La historia vivida. Sobre la historia del presente*, 55–56.

⁴⁶² Véase <https://www.ifz-muenchen.de/en/the-institute/> (consultado el 03/09/2020).

siendo el primer instituto académico en llevar adelante investigaciones sobre el tema.⁴⁶³ Al respecto de esta institución, Koselleck, para quien “La historia del tiempo presente es una bella expresión pero un concepto difícil”, nos dice que el nombre fue, con el transcurso de los años, redefiniendo sus contenidos según lo que fuera en cada tiempo comprendido como historia del presente, como por ejemplo, a partir de la inclusión de la República Federal Alemana o la Guerra Fría.⁴⁶⁴ Efectivamente, la historia del presente en este país se encontró atada a las muy particulares circunstancias nacionales. Durante las décadas de los sesenta y los setenta se abordó la historia alemana desde una óptica centrada en lo político, particularmente sobre política exterior. Esto respondía a la incapacidad de acceder a los archivos, lo que imprimió un carácter idealista a muchas interpretaciones sobre los vínculos entre Alemania y las potencias occidentales y orientales.⁴⁶⁵ Walther Bernecker sostiene que durante los años ochenta la historia del presente se aleja de la matriz politológica que la caracterizó durante las primeras décadas de existencia para confluir con la historia social, particularmente a la historia contemporánea.⁴⁶⁶

Antes del derrumbe de la RDA y la caída del comunismo, a mediados los años ochenta, tuvo lugar la polémica más importante sobre la historización del nazismo, el *Historikerstreit* o querrela de los historiadores alemanes.⁴⁶⁷ Si bien incluyó a un espectro más amplio de intelectuales que historiadores, resulta relevante porque permite entrever cuál era la

⁴⁶³ Entre las tendencias historiográficas sobre el Holocausto, Federico Finchelstein reconoce, a grades rasgos, dos grandes corrientes. La primera, caracterizada como “tradicional”, “hace hincapié en la importancia del antisemitismo en la determinación de las políticas nazis de exterminio” y entre sus referentes se encuentran Saul Friedlander, Lucy Davidowitz, Steven Katz, entre otros. La segunda, vicaria de las reflexiones de Adorno y Horkheimer, prefiere “poner el énfasis en la racionalidad instrumental y burocrática del exterminio, en los tecnócratas nazis, en el surgimiento de la ciencia racial y en la profunda crisis de la modernidad ligada a un fenómeno que representa uno de sus peores desarrollos posibles”. Entre sus principales referentes se encuentran Raul Hilberg, Hannah Arendt, Tzvetan Todorov, Christopher Browning, entre otros. Federico Finchelstein, ed., *Los alemanes, el Holocausto y la culpa colectiva. El debate Goldhagen*. (Buenos Aires: Eudeba, 1999), 33.

⁴⁶⁴ Koselleck, *Los Estratos Del Tiempo: estudios sobre la Historia*, 115. De esta situación da cuenta Bernecker cuando muestra que desde 1991 se intensificaron las investigaciones sobre la República Democrática de Alemania enfocadas desde metodologías comparativas. También desde los años inmediatos a la caída del comunismo proliferaron los institutos dedicados a la historia del presente, así como la fundación de nuevas sedes de los ya existentes en regiones antes pertenecientes a la RDA. Walther Bernecker, “La investigación histórica del ‘tiempo presente’ en Alemania”, *Cuadernos de historia contemporánea* 20, n° 83 (1998): 24–26.

⁴⁶⁵ Bernecker, “La investigación histórica del ‘tiempo presente’ en Alemania”, 19.

⁴⁶⁶ Bernecker, 20.

⁴⁶⁷ Puede considerarse que hay tres debates clave en relación con el problema de la normalización del Holocausto. Además del *Historikerstreit* y el debate Goldhagen que desarrollaremos aquí, hay una controversia anterior: el debate entre Martin Broszat y Saul Friedländer en torno a la historización (*Historielesung*) del nazismo a partir de la *Alltagsgeschichte*. Cfr. Nicholas Rauschenberg, “El problema de la normalización en tres debates : Historización , Historikerstreit y Goldhagen”, *Anos* 90 23, n° 43 (2016): 443–87.

situación de la historia del tiempo presente. A grandes rasgos, está polémica giro en torno a la singularidad de los crímenes nazis y la posibilidad de compararlos con atrocidades semejantes cometidas por otros regímenes autoritarios. El disparador fue la publicación de “*Die Vergangenheit, die nicht vergehen will*” (“El pasado que no quiere ser olvidado”) en el periódico conservador *Frankfurter Allgemeine Zeitung* por parte del historiador Ernst Nolte. La tesis de Nolte acusaba a las políticas de “exterminio de clase” impulsadas por el stalinismo en la URSS de ser la causa de la persecución de judíos por parte del nazismo. Según dice LaCapra al respecto, para Nolte el gulag precede a Auschwitz y lo explica: los rusos lo hicieron antes y por temor de los alemanes a que se lo hagan a ellos, implementaron una política similar.⁴⁶⁸ Además, Nolte identificaba las políticas soviéticas con un “asiatismo” que avanzaba contra la civilización occidental. Esta intervención provocó la reacción de Jürgen Habermas, que publicó su respuesta en el periódico *Die Zeit*, cargando no solo contra Nolte sino también contra Andreas Hillgruber, Klaus Hildebrand y Michael Stürmer. Estos historiadores conservadores intentaron relativizar “la exclusividad del horror de los campos de concentración y exterminio. Su estrategia narrativa era argumentar a favor de una ‘normalización’ comparando el horror nazi a otras experiencias, según ellos, semejantes”.⁴⁶⁹ Se destaca, entre los trabajos de estos historiadores *Zweierlei Untergang. Die Zerschlagung des Deutschen Reiches und das Ende des europäischen Judentums* (*Dos caídas. La destrucción del tercer Reich alemán y el final del judaísmo europeo*), de Andreas Hillgruber publicado en 1986.⁴⁷⁰ Hillgruber consideraba que los historiadores debían enfatizar el carácter de víctima de los soldados alemanes que combatían en el frente oriental.⁴⁷¹ Además, el mismo título de la obra aludía a la “destrucción” del Tercer Reich, teatralizando el enfrentamiento de los alemanes contra las “hordas” rusas, y constituía eufemísticamente al Holocausto como una operación abstracta al caracterizarlo como “el fin” del judaísmo europeo.⁴⁷²

⁴⁶⁸ Dominick LaCapra, *Representar el Holocausto. Historia, Teoría, Trauma*. (Buenos Aires: Prometeo, 2016), 66.

⁴⁶⁹ Rauschenberg, “El problema de la normalización en tres debates: Historización, Historikerstreit y Goldhagen”, 454.

⁴⁷⁰ Andreas Hillgruber, *Zweierlei Untergang. Die Zerschlagung des Deutschen Reiches und das Ende des europäischen Judentums*. (Berlín: W.J. Siedler, 1986).

⁴⁷¹ LaCapra, *Representar el Holocausto. Historia, Teoría, Trauma*, 67.

⁴⁷² Omar Acha, “El pasado que no pasa: la Historikerstreit y algunos problemas actuales de la historiografía”, *Entrepasados. Revista de historia* V, nº 9 (1995): 115.

Como puede observarse la “normalización” o “resignificación” (o revisión, según como los historiadores conservadores se autopercebieron) no se sostuvo en la negación directa del genocidio, sino que adoptó la forma de la igualación con otros crímenes y su incorporación en una trama de acontecimientos que modificaba su significado.⁴⁷³ La relación de esta disputa con los eventos en curso y la memoria de la dictadura nazi catalizó a través de la conmemoración de los cuarenta años de la capitulación alemana en el cementerio de Bitburg, a la que asistieron el canciller de la RFA, Helmut Kohl, y el presidente de los Estados Unidos, Ronald Reagan. Se trató, en buena parte, de la reescritura de la historia de esas cuatro décadas a tono con la Guerra Fría al situar a los alemanes “del lado correcto”, esto es, contra el bolchevismo.⁴⁷⁴ Parte de las preocupaciones que impulsaron esta avanzada conservadora en relación con la historiografía tenía que ver con el problema de la identidad. En el contexto de la separación de Alemania en dos estados, el enfrentamiento ocasionado por la disputa entre los bloques capitalista y comunista y la crisis que implicaba el autorreconocimiento en los crímenes perpetrados por el nazismo, parte de la tarea que estos historiadores se arrogaron fue la de construir una identidad estable a través de una nueva consciencia histórica.⁴⁷⁵ De hecho, el propio Stürmer ejerció como asesor de Kohl.

Como afirma Finchelstein,

en Alemania todo modelo historiográfico que trata sobre el pasado reciente (i.e. el régimen nazi) tiene implicancias políticas concretas, pues la identidad y la legitimidad del estado alemán reunificado radican, en gran medida, en la explicación de que este representa en muchos sentidos la antítesis del régimen de Hitler, una democracia confiable y una aliada fiel a los principios europeos comunitarios.⁴⁷⁶

⁴⁷³ Acha, 121; Rauschenberg, “El problema de la normalización en tres debates : Historización , Historikerstreit y Goldhagen”, 456.

⁴⁷⁴ Rauschenberg, “El problema de la normalización en tres debates : Historización , Historikerstreit y Goldhagen”, 455.

⁴⁷⁵ Acha, “El pasado que no pasa: la Historikerstreit y algunos problemas actuales de la historiografía”, 118.

⁴⁷⁶ Finchelstein, *Los alemanes, el Holocausto y la culpa colectiva. El debate Goldhagen.*, 61.

En este sentido, el debate ocasionado diez años después del *Historikerstreit* en torno al libro de Daniel Goldhagen, *Los verdugos voluntarios de Hitler*, es elocuente al respecto.⁴⁷⁷ Si la querrela de los historiadores alemanes involucró cuestiones que excedían lo estrictamente historiográfico y se transformó en una disputa en torno a la construcción de la identidad presente, su arena de combate estuvo limitada en revistas académicas y dos periódicos. Con el llamado “debate Goldhagen” esta esfera de opinión fue ampliada notablemente al punto de que el propio Goldhagen fue recibido en Alemania como “una celebridad”.⁴⁷⁸ La obra en cuestión plantea la existencia de un antisemitismo específicamente alemán originado en la Edad Media que llegó, sin solución de continuidad, hasta el siglo XX. Tras siglos de incubación, este antisemitismo atávico desemboca en un “antisemitismo eliminacionista” de carácter cultural e inherente que transformaba a todos los alemanes en potenciales asesinos de judíos. Cuando el antisemitismo se convirtió en una política impulsada por el estado, la barbarie se hizo posible. Goldhagen da cuenta de esto a través de ejemplos crudos que narra, en abierta y clara identificación con las víctimas.⁴⁷⁹ Al mismo tiempo, esta aparente particularidad alemana desaparece súbitamente tras la derrota en la Segunda Guerra Mundial: Alemania se convierte en una nación democrática en esencia. Rauschenberg definió este movimiento intelectual como un modo de normalización del Holocausto por la vía de un “esencialismo cultural” y una exageración de las tesis intencionalistas.⁴⁸⁰

Finchelstein analiza los contextos de recepción de la obra de *Los verdugos voluntarios de Hitler* y da cuenta del acogimiento fuertemente negativo en el terreno historiográfico y académico, así como del éxito de ventas que generó en públicos no especializados. Más allá de las réplicas variadas que recibió por parte de numerosos intelectuales, resulta interesante notar una idea mencionada casi al pasar por el historiador argentino: buena parte del éxito de Goldhagen en Alemania se explica por el tajante quiebre que propone entre pasado y presente, extendiéndole, de alguna manera, “un certificado de buena salud democrática (...) explicándoles [a los alemanes] las diferencias entre su oscuro pasado y su luminoso presente”.⁴⁸¹ Esta hipótesis resulta clave en el contexto de nuestra discusión para

⁴⁷⁷ Daniel Goldhagen, *Los verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el Holocausto* (Madrid: Taurus, 1997).

⁴⁷⁸ Finchelstein, *Los alemanes, el Holocausto y la culpa colectiva. El debate Goldhagen.*, 64.

⁴⁷⁹ Finchelstein, 56.

⁴⁸⁰ Rauschenberg, “El problema de la normalización en tres debates: Historización, Historikerstreit y Goldhagen”, 462.

⁴⁸¹ Finchelstein, *Los alemanes, el Holocausto y la culpa colectiva. El debate Goldhagen.*, 64.

comprender qué implica que el presente se transforme en categoría temporal de la historiografía.

Como han hecho notar algunos especialistas, las reflexiones teóricas en torno a qué significaba, en estos contextos descritos, practicar una historia del presente, no fueron demasiadas.⁴⁸² Sin embargo, una vez comenzada la década del dos mil, proliferaron intentos por definir cuál era el ámbito de competencia del presente como temporalidad histórica. Este proceso de reflexión se dio en paralelo a la publicación de *Regímenes de historicidad* y otras contribuciones al respecto que mencionamos anteriormente. Si bien la mera coexistencia en el tiempo no explica una vinculación necesaria, es cierto que las reflexiones en torno al tiempo pueden rastrearse hasta dos décadas antes. En el ámbito hispanoparlante dos intervenciones presentan particular relevancia. La primera es la ya mencionada obra de Aróstegui, *La historia vivida*; la otra es “Algunas consideraciones epistemológicas para una ‘historia del presente’” de Mudrovcic, aparecido primero como artículo en 1999 y finalmente publicado como capítulo en el año 2005.⁴⁸³ Encontramos en ambas propuestas algunas cuestiones que las acercan. En primer lugar, el intento por desmarcar la categoría del presente de una determinación cronológica, recaudo que ya hemos mencionado para el caso del historiador español.⁴⁸⁴ En segundo lugar, y vinculado a la anterior, el recurso a la noción de “generación” como forma de delimitar un espacio móvil que se constituiría en “presente histórico”. El propio Aróstegui retoma el planteo de la filósofa argentina al afirmar, con ella, que “la historia del presente tiene por objeto acontecimientos o fenómenos sociales que constituyen recuerdos de al menos una de las tres generaciones que comparten un mismo presente histórico”.⁴⁸⁵ Aróstegui, si bien acuerda en la generalidad de la definición propuesta por Mudrovcic, cuestiona el uso vago de la palabra “recuerdos” para señalar el que sería el objeto de estudio de la historia del presente concebida de esta forma.

⁴⁸² Aróstegui, *La historia vivida. Sobre la historia del presente*, 46; Allier Montaño, “Balance de la historia del tiempo presente. Creación y consolidación de un campo historiográfico”, 103. Ambos autores mencionan el *Bulletin* y los *Cahiers* del IHTP como muy “parcos” con respecto a la elaboración teórica en torno a la categoría de presente. Un hito lo constituyó el libro de 1993 *Écrire l'histoire du temps présent* que surgió como producto de las jornadas del mismo instituto en 1992.

⁴⁸³ Aróstegui, *La historia vivida. Sobre la historia del presente*; Mudrovcic, *Historia, narración y memoria. Los debates actuales en filosofía de la historia*.

⁴⁸⁴ Aróstegui, *La historia vivida. Sobre la historia del presente*, 101; Mudrovcic, *Historia, narración y memoria. Los debates actuales en filosofía de la historia*, 127.

⁴⁸⁵ Aróstegui, *La historia vivida. Sobre la historia del presente*, 129; Mudrovcic, *Historia, narración y memoria. Los debates actuales en filosofía de la historia*, 125.

Para Mudrovcic, esta caracterización de la historia del presente posee las ventajas de “delimitar un tiempo más o menos acotado”, “replantear la relación sujeto-objeto al definir a este último como recuerdo cuyo soporte biológico es una generación a la que puede pertenecer o no el historiador”; además, permite discriminar y diferenciar a la historia oral de la historia del presente puesto que pone como condición que recuerdo (objeto) e historiador (sujeto) pertenezcan al mismo presente histórico; y, por último, permite delimitar como espacio temporal de incumbencia para el presente a aquel determinado por la intersección de espacios de experiencia que se solapan.⁴⁸⁶ El historiador español parece coincidir con esta mirada cuando define al presente histórico como “el resultado del entrecruzamiento de presentes generacionales”.⁴⁸⁷ Resulta pertinente hacer hincapié en la idea, que aparece en una nota al pie, pero que entendemos de suma importancia, de que “presente histórico” es la forma que Mudrovcic considera apropiada para señalar la densidad temporal de este objeto, en tanto permite despegar el concepto de presente de la de inmediatez.⁴⁸⁸ Así como describimos el “pasado histórico” en el capítulo I y se observó que no todo pasado alcanza esa caracterización, lo mismo ocurre con el presente. Para Aróstegui, el concepto central es el de “coetaneidad”. Coetáneos, dice,

no son solo los *consociados* o miembros de la misma generación, sino que, en el orden histórico, lo son los que pertenecen a generaciones distintas en cuanto que conviven con las demás bien formen parte de la generación activa o central, o bien de la predecesora o la sucesora existentes en una coyuntura histórica precisa.⁴⁸⁹

El presente es, para Aróstegui, una “estructura cultural”.⁴⁹⁰ Esta categoría debe ser aplicada a la “historia vivida”, en el sentido de participación en una misma historia más allá de la generación a la que se pertenezca. Siguiendo estas definiciones, “historia del presente” no puede ser un vocablo intercambiable con la idea de que la historia sea “inmediata” o

⁴⁸⁶ Mudrovcic, *Historia, narración y memoria. Los debates actuales en filosofía de la historia*, 125.

⁴⁸⁷ Aróstegui, *La historia vivida. Sobre la historia del presente*, 121.

⁴⁸⁸ Mudrovcic, *Historia, narración y memoria. Los debates actuales en filosofía de la historia*, 127 Nota 12.

⁴⁸⁹ Aróstegui, *La historia vivida. Sobre la historia del presente*, 126.

⁴⁹⁰ Aróstegui, 85.

“reciente” porque estas elecciones refuerzan un carácter cronológico que, según entendemos, normalizan lo que el “presente histórico” tiene de novedoso.

Una segunda aproximación a la definición de la Historia del Tiempo Presente podemos rastrearla en el contexto francés. Resulta interesante, en este caso, conectar las reflexiones sobre el presente con aquellas vinculadas al problema del “acontecimiento”. Ya mencionamos el antecedente de Nora. La idea de “acontecimiento monstruo”, elaborada por este último en “La vuelta del acontecimiento”, es recuperada por Michel Trebitsch para señalar la presentificación del acontecimiento a partir de “La mundialización, la integración de las sociedades en una historicidad de tipo occidental, la circulación generalizada de la percepción histórica bajo la forma de la actualidad” y la influencia de los medios masivos de comunicación. Este diagnóstico es asimilado a la noción, todavía en ciernes, de presentismo.⁴⁹¹ Por su parte, Aróstegui, asocia la noción de Nora a la idea de “momento axial” elaborada por el lingüista Emile Benveniste.⁴⁹² El “momento axial”, como el “acontecimiento monstruo”, es “del que nacen los caracteres esenciales de toda una época (...)”.⁴⁹³ Se trata del momento que le da comienzo a un presente, no cronológicamente “pero sí es lo que le da *sentido* al comienzo de un presente como historia”.⁴⁹⁴

Proponemos esta breve genealogía para pensar el lugar que el acontecimiento cumple en el gran hito francés en torno a la definición de la historia del presente: la obra de Rousso que ya hemos mencionado, *La dernière catastrophe*. Vale la pena recordar aquí que Rousso es discípulo de Bédarida y ha sido director del IHTP y uno de los primeros historiadores franceses en practicar la Historia del Tiempo Presente. Para este historiador, el acontecimiento es fundamental pues sostiene que es, tal como lo indica el título de su obra, la última catástrofe la que marca el inicio de toda historia contemporánea.⁴⁹⁵ Entiende el término catástrofe en su sentido etimológico, es decir, como un “trastorno” o un “fin” en su acepción griega, y como “desenlace” según la tradición latina.⁴⁹⁶ Sostiene que fechando el tiempo presente a partir de la última catástrofe, se define lo contemporáneo en términos estructurales, así como se

⁴⁹¹ Michel Trebitsch, “El acontecimiento, clave para el análisis del tiempo presente”, *Cuadernos de historia contemporánea*, nº 20 (1998): 36, <https://doi.org/10.5209/CHCO.7849>.

⁴⁹² Aróstegui, *La historia vivida. Sobre la historia del presente*, 105.

⁴⁹³ Aróstegui, 209.

⁴⁹⁴ Aróstegui, 105.

⁴⁹⁵ Rousso, *The Latest Catastrophe. History, the Present, the Contemporary*, 9.

⁴⁹⁶ Rousso, 10.

delinea una coyuntura particular que se vincula a las características de nuestro régimen de historicidad: la dificultad de reponerse de las grandes catástrofes y, por lo tanto, del restablecimiento de una continuidad histórica de mayor duración.⁴⁹⁷ En este sentido, una de las tareas fundamentales de la Historia del Presente es introducir la distancia necesaria con el pasado reciente para, de esa manera, escapar a la emoción del instante. Esta distancia, asegura, no debe ser entendida como un período de espera, es decir, en términos cronológicos. Al contrario, se trata de una distancia “construida”, un estado de la mente o una forma de analizar el presente que se diferencia de un mundo que parece haber disuelto toda mediación temporal y espacial.⁴⁹⁸ Vale recordar aquí algunas cuestiones epistemológicas que mencionamos en el capítulo anterior. Rousso sostiene su argumentación en la recuperación de la idea de “conocimiento mediato” como una de las innovaciones más importantes de la revolución científica de la edad moderna. En este sentido, la construcción que hace de la Historia del Tiempo Presente es coherente con ese cuadro: ninguna historia puede ser “inmediata” porque niega su condición de científicidad.⁴⁹⁹ Más recientemente, desde México, Eugenia Allier Montaña ha resumido las características fundamentales de la historia del tiempo presente atendiendo a lo que Aróstegui y Rousso han propuesto como principales exponentes de la reflexión teórica de esta subdisciplina.⁵⁰⁰ Para Allier Montaña, seis características definen a la historia del presente. En primer lugar, su objeto es el estudio del presente. En segundo lugar, este está determinado por la existencia de generaciones que vivieron un acontecimiento, por lo que la memoria es una dimensión fundamental de esta área de estudios. En tercer lugar, y consecuentemente con esto, se produce la coetaneidad entre la experiencia del historiador y quiénes experimentaron ese momento histórico. Esta tercera característica se destaca como idea central en las propuestas de Aróstegui y Mudrovic. Como cuarta característica destaca el carácter multidisciplinario del campo. En quinto lugar, la existencia de demandas sociales por historizar pasados violentos y dolorosos, que exceden el campo historiográfico. La propuesta de Rousso podría emparentarse a esta característica. Vale la pena mencionar, aunque lo desarrollaremos en el capítulo siguiente, que el carácter de la violencia y los reclamos “desde fuera de la disciplina”

⁴⁹⁷ Rousso, 12.

⁴⁹⁸ Rousso, 155.

⁴⁹⁹ Rousso, 154.

⁵⁰⁰ Allier Montaña, “Balance de la historia del tiempo presente. Creación y consolidación de un campo historiográfico”.

para hacer historia del pasado está presente fuertemente en la definición que las historiadoras argentinas Marina Franco y Florencia Levín proponen para la historia reciente en nuestro país.⁵⁰¹ Por último, la historia del tiempo presente está fuertemente atravesada por las tensiones entre historiadores y testigos.⁵⁰² En los capítulos III y IV nos referiremos específicamente a la Historia Reciente en Argentina.

Esta última característica es, obviamente, de nuestro particular interés. Bédarida da cuenta de esta tensión al definir la relación como “una especie de juego de roles hecho de solicitudes y desconfianzas”. Reconoce, tres acepciones de la palabra “testigo”. La primera, “empírica”, a la que asocia al uso estrictamente historiográfico. Bédarida se encarga de separar la percepción de un hecho de su testimonio, involucrando la narración como mediando entre el testigo y quien escucha. Afirma, asimismo, que un hecho por sí solo “no testimonia nada” a menos que sea interpretado. La segunda acepción es de tipo jurídica. El historiador francés resalta el carácter institucional de este testimonio y su utilización para reparar la violación de un derecho. Finalmente, el tercer significado, argumenta, es de tipo filosófico. Le asocia, además, un carácter ético. Para Bédarida, este tipo de uso del testimonio es el causante de la mayor parte de conflictos entre historiadores y testigos: este último no solo describe lo que percibió a través los sentidos, sino que tiene una voluntad interpretativa, una verdad que intenta imponer al historiador.⁵⁰³

Como analizaremos a continuación, la historiografía en un contexto de mutación temporal se encontrará con las víctimas y sobrevivientes de los delitos de lesa humanidad a los que hemos aludido a lo largo de esta sección. Se producirá en consecuencia, una transformación en la escritura de la historia y, particularmente, en la relación que la disciplina establece con los testigos y el testimonio. Si los delitos por los que se vieron afectados extienden su validez penal hacia el futuro, ellos mismos pasarán a ser considerados como víctimas perpetuas. Esta co-implicación que sostenemos entre temporalidad e historiografía impactará en las formas en que se concibe al entrevistado. Si la idea de “prueba” funcionaba motorizando la indagación historiadora como nexo que unía presente y pasado - y esto para deducirse de lo que Bédarida afirma del testimonio histórico-, la noción de “trauma” será, en este contexto,

⁵⁰¹ Franco y Levín, *Hist. reciente. Perspect. y desafíos para un campo en construcción*, 34–35.

⁵⁰² Allier Montaño, “Balance de la historia del tiempo presente. Creación y consolidación de un campo historiográfico”, 105.

⁵⁰³ Bédarida, 25, 26.

una de las formas privilegiadas de concebir la presencia de los testigos. Si la capacidad de desempeñar el papel de “evidencia” indicaba su carácter mediador, el “trauma” anulaba la distancia temporal a la manera en que la imprescriptibilidad lo hace y permea el quehacer historiador.

II. 2. La “era del testigo”: la Shoah y el ascenso de la categoría psicoanalítica de “trauma”

II. 2.1. La “era del testigo” y el testimonio judío de la Shoah

Si bien, como hemos mencionado en la sección anterior, desde los años ochenta se desarrolló en la historiografía el llamado “giro memorial” o “*memorial boom*”, ya en los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial, comenzaron a realizarse primeras manifestaciones artísticas y a conocerse las primeras fotografías sobre el exterminio nazi de los judíos, sobre todo en los países que integraron el bando aliado. Según Annette Wieviorka, también desde la temprana posguerra comenzaron las primeras iniciativas para la recolección de testimonios orales, como por ejemplo la Comisión Histórica del Comité Central de Judíos Liberados en Múnich. Así, para mediados de los años cincuenta el número de testimonios era ya enorme, producto de un movimiento sin precedentes.⁵⁰⁴ También se produjeron las primeras representaciones audiovisuales del genocidio, como el corto *Noche y niebla* de Alain Renais de 1955.⁵⁰⁵ Este impulso configuró lo que la autora considera una primera oleada de testimonios. Fue, sin embargo, el juicio realizado al jerarca nazi Adolf Eichmann a principios de los años sesenta el que, según Wieviorka, funcionó como disparador para que los sobrevivientes del Holocausto comenzaran a testimoniar masivamente.⁵⁰⁶ El juicio a Eichmann tiene algunas características particulares que posibilitaron que funcione como un vector de memoria. Se trató de un juicio sin precedentes en tanto se vinculaba, por primera vez, la justicia con la historia: en primer lugar, porque

⁵⁰⁴ Wieviorka, *The era of the witness*, X–XI. Incluso durante la guerra y el gueto de Varsovia existieron archivos, crónicas y diarios personales que informaron de las vivencias de actores del período. Wieviorka, 14.

⁵⁰⁵ Otros documentales y diversos materiales audiovisuales fueron producidos en la temprana posguerra. Entre ellos se destacan *Die Todesmühlen (Los molinos de la muerte)* (1945), producido por el US Department of War Information y *Nazi Concentration Camps* (1945), realizado por el US Counsel for the Prosecution of Axis Criminality. Este último, se utilizó como prueba en el juicio a Eichmann en Israel en 1961. Baer, *El testimonio audiovisual. Imagen y memoria del Holocausto.*, 116.

⁵⁰⁶ Wieviorka, *The era of the witness*.

tenía un fin pedagógico, ligado a la transmisión de lo acontecido y, en segundo lugar, porque por primera vez un historiador fue convocado como testigo experto. Pero, fundamentalmente, con este juicio por primera vez los sobrevivientes de la experiencia nazi alcanzaron un reconocimiento social que los colocó en el centro de la escena pública como tales. En este sentido, el juicio a Eichman “liberó a las víctimas a hablar” a la vez que generó una demanda social por testimonios.⁵⁰⁷ La cantidad inusitada de testimonios originados a partir de ese momento y el lugar cada vez más importante que ocuparon en la agenda política y las representaciones históricas y artísticas, han llevado a la historiadora francesa a hablar de una “era del testigo”.⁵⁰⁸ Una idea similar habían sugerido, una década antes, Shoshana Felman y Dori Laub en *Testimony* pero expresada como “*age of testimony*”.⁵⁰⁹ Sin embargo, como analizaremos en el apartado siguiente, en la mirada de Felman y Laub juega un papel fundamental la idea del testimonio vinculado al trauma, que Wieviorka decide no explorar. El mismo período es identificado por el historiador norteamericano Peter Novick como el de auge de la memoria judía del Holocausto en Estados Unidos, no solo entre judíos sino también como parte importante de la vida cultural de ese país.⁵¹⁰

La idea que impulsa esta suerte de “fiebre testimonial” es la noción de “deber de memoria”, de deuda con los muertos, que comienza proliferar entre los sobrevivientes. Estos se transforman, en consecuencia, en los portadores de la historia: “el advenimiento del testigo transformó las condiciones mismas de la escritura de la historia del genocidio. Con el juicio a Eichmann, el testigo se transformó en la encarnación de la memoria, testimoniando por el pasado y por la continua presencia de este en el presente”.⁵¹¹ Laub afirma que existe entre los sobrevivientes un “imperativo para contar” (*imperative to tell*). Entrevistando a una testigo sobre su experiencia, ella le dice: “Queríamos sobrevivir por lo menos un día más que Hitler para así ser capaces de contar nuestra historia”.⁵¹² El psicoanalista, agrega: “He llegado a creer que lo opuesto es igualmente cierto. El sobreviviente no sobrevive solo para contar su historia; también necesita contar su historia para sobrevivir”. Por su parte, Primo Levi dice en una carta reproducida en *Los hundidos y los salvados*:

⁵⁰⁷ Wieviorka, 87.

⁵⁰⁸ Wieviorka, 86.

⁵⁰⁹ Felman y Laub, *Testimony. Crises of witnessing in literature, psychoanalysis and history*, 206.

⁵¹⁰ Novick, *The Holocaust in American Life*.

⁵¹¹ Wieviorka, *The era of the witness*, 88.

⁵¹² Felman y Laub, *Testimony. Crises of witnessing in literature, psychoanalysis and history*, 78.

Yo no creo que la vida del hombre tenga necesariamente un fin definido, pero si pienso en mi vida, y en los fines que hasta ahora me he fijado, sólo reconozco uno preciso y consciente, y es precisamente el de dar testimonio, hacerle oír mi voz al pueblo alemán, responder al Kapo que se limpiaba las manos en mis hombros, al doctor Pannwitz, a los que ajusticiaron al Último [se trata de personajes de Si esto es un hombre] y a sus descendientes.⁵¹³

En su tratamiento de la memoria feliz, Ricoeur reflexiona sobre la cuestión del “deber de memoria” en marco de los abusos de la memoria.⁵¹⁴ Remarca que la exigencia de no olvidar debe comprenderse en su contexto histórico particular, es decir, Europa Occidental inmediatamente después de los conflictos bélicos del siglo XX. En primer lugar, rechaza la imposición de recordar si es para que la memoria se oponga a la historia, para “cortocircuitar”, tal es la expresión que utiliza, su trabajo.⁵¹⁵ Como veremos más adelante, Ricoeur es partidario de una relación de continuidad entre memoria e historia. Más allá de esta cuestión, si la formulación del imperativo se dirige no al acto de memoria en sí mismo, sino al acto de hacer justicia, Ricoeur se permite analizarlo. Así aparece la idea de deuda. La deuda tiene que ver con la tradición en un sentido ético, de sentirse obligado para con un grupo. Entre los antecesores con los que se está en deuda, el lugar principal lo ocupan las víctimas. El abuso de memoria se produce cuando alguien habla por las víctimas y no es ella misma una víctima o bien cuando se produce la obsesión conmemorativa.⁵¹⁶ El deber, en definitiva, se internaliza tal como lo expresó Elie Wiesel: “Si otro pudiera haber escrito mi historias, yo no las habría escrito. Debo escribirlas para testificar. Mi rol es el rol de testigo... No contar, o contar otra historia... es cometer perjurio.”⁵¹⁷

⁵¹³ Levi, *Los hundidos y los salvados*, 72.

⁵¹⁴ Con la idea de “memoria feliz” Ricoeur se refiere al cumplimiento del carácter propio de la memoria, es decir, de su función. Una “memoria feliz” es una memoria que puede recordar, en contraposición a una memoria abusada. Los historiadores, que aspiran a la verdad, aspiran a una memoria feliz. Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido*, 40, 92, 633.

⁵¹⁵ Ricoeur, 118.

⁵¹⁶ Ricoeur, 120.

⁵¹⁷ Citado por Shoshana Felman en Shoshanna Felman y Dori Laub, *Testimony. Crises of witnessing in literature, psychoanalysis and history* (Nueva York: Routledge, 1992), 204.

Desde el punto de vista del judaísmo, el historiador Yosef Yerushalmi sostiene que entre las comunidades que profesan y profesaron esta religión, la memoria tiene un carácter y un estatuto particular. Con la expresión *Zajor*, “recuerda” –título que recibe el ensayo de Yerushalmi dedicado a la memoria–, se recurre también a un imperativo.⁵¹⁸ Esta palabra aparece repetidamente en la Biblia: “la Biblia hebrea no parece vacilar cuando ordena recordar. Sus mandatos para recordar son incondicionales, e incluso cuando no hay orden de recordar, la memoria es siempre esencial”.⁵¹⁹ El pueblo de Israel, según nos dice Yerushalmi, es el primero en la historia humana en establecer una relación con su pasado histórico y no con lo mítico o “primigenio”. Se trata de relatos en los que las figuras históricas “no aparecen como tipos” sino como individuos, respetando, además, la cronología; se trata, en definitiva, de acciones de hombres, mujeres y naciones.⁵²⁰ Sin embargo, para el judaísmo, la historiografía no es la forma principal de acceder a ese pasado sino que ese lugar lo ocupa la memoria.⁵²¹ A diferencia de la historia griega, para los judíos lo verdaderamente relevante era el significado trascendente de los acontecimientos. Según Yerushalmi, la historiografía helénica era expresión de la curiosidad por explorar y conocer pero que, más allá de eso, no ofrecía verdades y por eso no tenía lugar en la religión ni en la filosofía.⁵²² En cambio, el principio de selección de la memoria judía es “único en sí mismo” en tanto su objeto de recuerdo son “todos los actos en los que Dios interviene en la historia, y las respuestas del hombre a ellos, sean positivas o negativas (...)”.⁵²³ Ningún otro pueblo, afirma Alejandro Baer, asume el deber de recordar como un imperativo religioso aunque, vale remarcar la diferencia en la que insiste Yerushalmi, “pueblo de memoria no significa pueblo de historiadores”. En este sentido, Yerushalmi interpreta la separación tajante y creciente entre historia y memoria a partir de la óptica de la memoria judía, introduciendo una clave de análisis interesante. Del pasado, para el judaísmo, solo tiene sentido transmitir los momentos que pueden considerarse “ejemplares” o “formativos” para la *halajah* de un pueblo en el presente. Por *halajah*, aclara Yerushalmi, se entiende “el conjunto de ritos y creencias que dan a un pueblo

⁵¹⁸ Yosef Hayim Yerushalmi, *Zajor: la memoria y la historia* (México: Anthropos Editorial, 2002).

⁵¹⁹ Yerushalmi, 2.

⁵²⁰ Yerushalmi, 13.

⁵²¹ Yerushalmi, 10.

⁵²² Yerushalmi, 5–6.

⁵²³ Yerushalmi, 10.

su sentido de identidad y determinación”.⁵²⁴ Así, el problema fundamental que atraviesa la historiografía es la pérdida de la *halajah* que permitiría formar una comunidad de valores y, en consecuencia, transformar la historia en memoria.⁵²⁵ Concluye, y aquí resuenan las reflexiones de Ricoeur (y viceversa), con la siguiente pregunta: “¿Es posible que el antónimo de ‘olvidar’ no sea ‘recordar’, sino ‘justicia’?”.⁵²⁶

Esta reflexión resulta clave para comprender mejor el contexto en que se desarrollan los testimonios judíos del Holocausto en la “era del testigo”. El divorcio entre memoria judía e historia judía que es propio de la forma de estas comunidades de concebir el pasado, se acentúa en el siglo XX por la hegemonía de la historiografía académica como discurso validado científicamente y estatalmente sobre el pasado. En este mismo sentido, Baer argumenta que esta fisura provoca serios problemas en la representación histórica de la Shoah.⁵²⁷ En paralelo a una profusa historiografía del Holocausto, surge una narrativa mítica que se encarna en los testimonios de los sobrevivientes y cuyo modelo es extraído, dice Baer retomando a Dan Diner, de la memoria judeo-polaca. En esta juega un rol fundamental el antisemitismo histórico occidental como factor explicativo. Baer arriesga aún más cuando afirma que esta matriz explicativa se universaliza hasta alcanzar un vasto horizonte que incluye la historiografía, el cine de ficción y documental y las biografías.⁵²⁸

James Young analiza, en clave narrativista, las escrituras y rescrituras del Holocausto prestando especial atención a la construcción de relatos testimoniales. Particularmente, propone una relectura de los diarios y memorias de los testigos presenciales de este acontecimiento. Intenta sostener que los eventos del Holocausto no solo tomaron forma *post-facto*, sino que han sido inicialmente determinados por las maneras en que fueron apprehendidos, en el contexto de una determinada forma cultural de ver el mundo. En el caso del judaísmo, el imperativo que compele a testimoniar por las injusticias aparece tanto en la Torá como en el Talmud: “Si te llaman a testificar sobre algo que hayas visto o que sepas, es pecado negarse a testificar, y serás castigado por tu pecado” (Levítico, 5:1).⁵²⁹ Esta definición

⁵²⁴ Yerushalmi, 135.

⁵²⁵ Yerushalmi, 137.

⁵²⁶ Yerushalmi, 139.

⁵²⁷ Baer, *El testimonio audiovisual. Imagen y memoria del Holocausto.*, 99.

⁵²⁸ Baer, 100.

⁵²⁹ James Young, *Writing and Rewriting the Holocaust. Narrative and the Consequences of Interpretation* (Bloomington e Indianápolis: Indiana University Press, 1990), 18.

de testimonio, que incluye tanto aquello que uno ve como lo que sabe, está íntimamente ligada al proceso legal. De esta manera, Young adelanta la hipótesis en torno a la posibilidad de que la idea de hacer justicia y la obligación de testimoniar, en este sentido tradicional, estén presentes en la concepción que las víctimas del Holocausto tienen de sí mismos y de su rol como testigos.⁵³⁰ Intenta, también, una reconstrucción etimológica de la palabra “testimonio” a la que le añade los conceptos de “testigo” y “documento”. Hemos aludido a la raíz lingüística del concepto de testimonio en el capítulo anterior, pero vale la pena recuperar y ampliar alguna de estas ideas. Young analiza la noción de “testigo” -como *testis*, el que asiste como tercero a un hecho- y las dos raíces etimológicas de “documento” -como *documentum*, lección, y como *docere*, enseñar- para dar cuenta de que ser parte de un evento, darle sentido y transmitirlo son todas ideas que forman parte de este universo semántico.⁵³¹ Pero, además, agrega que la palabra hebrea para referirse al testigo, al testimonio o a la evidencia, *edut*, influye en la construcción de la autoridad testimonial presente en la Biblia. En los libros históricos como el Éxodo, argumenta Young, los escribas realizan un importante esfuerzo por producir un efecto de autoridad testimonial sostenida en el carácter de testigo ocular de los hechos relatados. Entonces, a pesar de la insistencia en la inspiración divina de sus escritos, la autoridad al interior del texto se sostiene principalmente en la “presencia” del escriba en las situaciones narradas. En este sentido, teniendo en cuenta estos precedentes bíblicos, es lógico que la gran mayoría de los escribas del Holocausto se sitúen en la tradición literaria judía y adopten al testimonio como registro.⁵³² Levi, por ejemplo, en *Si esto es un hombre*, identifica los testimonios de sobrevivientes de distintas masacres como historias de una “nueva Biblia”.⁵³³ Puesta en este contexto, la frase de Elie Wiesel, “si los griegos inventaron la tragedia, los romanos la epístola y el renacimiento el soneto, nuestra generación ha inventado un nuevo género literario, el testimonio”, citada por numerosos autores, resulta sorprendente.⁵³⁴ Young argumenta que el propio Wiesel reconoce, sin embargo, estar escribiendo dentro de la tradición judía: adopta los objetivos y métodos del escriba, no para comentar ni para interpretar, sino, en sus palabras,

⁵³⁰ Young, 19.

⁵³¹ Young, 19; Baer, *El testimonio audiovisual. Imagen y memoria del Holocausto.*, 102.

⁵³² Young, *Writing and Rewriting the Holocaust. Narrative and the Consequences of Interpretation*, 20.

⁵³³ Primo Levi, *Si esto es un hombre* (Barcelona: Muchnik, 2002), 38.

⁵³⁴ Elie Wiesel, “The Holocaust as Literary Inspiration”, en *Dimensions of the Holocaust* (Northwestern University, 1977), 9.

para transcribir lo que fue oído y visto -una tarea que no admite errores. El Talmud nos cuenta como Rabbi Ishmael le dijo a su alumno, el brillante escriba Rabbi Meir: ‘Se cuidadoso. Si agregas u omites una sola palabra, puedes destruir el mundo.’ Esto, por supuesto, es una exageración, pero demuestra que el escriba es un instrumento de los hechos que registra.⁵³⁵

El relato testimonial del Holocausto adquiere, en consecuencia, una fisonomía que se asemeja a la del escriba tradicional que, como “instrumento”, registra lo que fue visto y oído, generando la sensación de que el hecho “se escribe a sí mismo”.⁵³⁶ La construcción de la autoridad testimonial, una autoridad ontológicamente privilegiada, se produce a partir de este impulso mimético pero también a partir de la vinculación con lo sagrado que se efectúa mediante la invocación de los textos antiguos.⁵³⁷

Resumiendo, el “deber de memoria” que emerge con fuerza en la década de 1960, impulsado por el juicio a Eichmann, se entroncaría, como intentamos sostener, con la tradición judía del escriba. En esta, la autoridad testimonial se construía a partir de la presuposición de una conexión directa con los hechos, que se entendía transparente o inmediata. Tras una década de creciente visibilidad, los años setenta serán escenario de una transformación en el lugar que testigos y testimonios ocupan en la escena pública. El genocidio de los judíos comienza a ocupar un lugar cada vez más relevante en las discusiones y las agendas políticas de países centrales, ya no solo Israel. Francia y Estados Unidos se transforman en epicentros de la recolección de testimonios audiovisuales, la creación de archivos y proyectos de diversa índole que involucran a los testigos de la Shoah. También se inicia en esta década la exhibición de “sentimientos y problemas psicológicos” derivados de la experiencia de la guerra y el genocidio. Wieviorka se refiere a una “extraordinaria manía por historias de vida” que duró hasta los tempranos años ochenta en la que los individuos ganan notoriedad por sobre lo colectivo.⁵³⁸

⁵³⁵ Citado en Young, *Writing and Rewriting the Holocaust. Narrative and the Consequences of Interpretation*, 21.

⁵³⁶ Young, 21; Baer, *El testimonio audiovisual. Imagen y memoria del Holocausto.*, 104.

⁵³⁷ Baer, *El testimonio audiovisual. Imagen y memoria del Holocausto.*, 104.

⁵³⁸ Wieviorka, *The era of the witness*, 97.

En 1970 comienza, entonces, un período de alta actividad en lo que refiere a la fijación institucional de archivos de testimonios del Holocausto y un auge en la recolección de los mismos. El déficit de estas actividades entre 1945 y 1970 ha sido explicada frecuentemente a partir de la idea de trauma. Esquemáticamente, se trataría del período de latencia, en el que para las víctimas resultaba imposible hablar de lo sucedido, que analizaremos con detalle en la sección siguiente. Intervendrían así mecanismos de la conciencia individual que se trasladarían al ámbito más amplio del conjunto de los sobrevivientes, e incluso las sociedades, dando por resultado un trauma colectivo. En marco de esta patología, el mecanismo psíquico de la represión impediría poner en palabras el sufrimiento hasta que, finalmente, se produce su retorno.

Sin negar las dificultades individuales que los sobrevivientes sufrieron, lo cierto es que entre el final de la Segunda Guerra Mundial y la década de los setenta, el silencio no fue total. De hecho, existieron numerosas expresiones de la memoria que, como ya hemos mencionado, para finales de la década del cincuenta alcanzaban un volumen importantísimo.⁵³⁹ El propio Levi reconoce, en un pasaje de *Si esto es un hombre*, que las dificultades encontradas en la narración del horror de la Shoah provenían muchas veces desde la escucha y no de lo que los sobrevivientes estaban dispuestos a contar:

Aquí está mi hermana, y algún amigo mío indeterminado, y mucha más gente. Todos están escuchándome y yo les estoy contando precisamente esto: el silbido de las tres de la madrugada, la cama dura, mi vecino, a quien querría empujar, pero a quien tengo miedo de despertar porque es más fuerte que yo. Les hablo también prolijamente de nuestra hambre, y de la revisión de los piojos, y del *Kapo* que me ha dado un golpe en la nariz y luego me ha mandado a lavarme porque

⁵³⁹ Wieviorka menciona, por ejemplo, los archivos del Gueto de Varsovia, cuyos testimonios fueron recogidos durante la guerra. Entre ellos, las memorias y diarios personales escritos por autores que deseaban que sean publicados. Tras la liberación de la ocupación nazi, esta primera ola de testimonios continuó siendo enunciada a través de la poesía yiddish y los *Yzkher-bikher*, un vasto corpus de libros de memorias. Inmediatamente después de la guerra, en 1947, se publicó *El diario de Anna Frank* en neerlandés. Fue traducido al castellano en 1955 y en la década de 1960 fue llevado al cine y adaptado como serie televisiva. A finales de la década de 1950 se publicaron algunos libros testimoniales importantes como *Noche* de Elie Wiesel en 1958, *The last of the Just* en 1959 de André Schwarz-Bart y *The Lost Shore* en 1961 de Anna Langfus. Wieviorka, 60. Sobre los *Yzkher-bikher* puede consultarse <https://yivoencyclopedia.org/article.aspx/Yizker-bikher>.

sangraba. Es un placer intenso, físico, inexpresable, el de estar en mi casa, entre personas amigas, tener tantas cosas que contar: pero no puedo dejar de darme cuenta de que mis oyentes no me siguen. O más bien, se muestran completamente indiferentes: hablan confusamente entre sí de otras cosas, como si yo no estuviese allí. Mi hermana me mira. Se pone de pie y se va sin decir palabra.

(...) Tengo el sueño delante, caliente todavía, y yo, aunque despierto, estoy todavía lleno de su angustia: y entonces me doy cuenta de que no es un sueño cualquiera, sino de que desde que estoy aquí lo he soñado no una vez, sino muchas, con pocas variantes de ambiente y de detalle. Ahora estoy enteramente lúcido, y me acuerdo de que ya se lo he contado a Alberto y de que él me ha confiado, para mi asombro, que también lo sueña él, y que es el sueño de otros muchos, tal vez de todos. ¿Por qué pasa esto? ¿Por qué el dolor de cada día se traduce en nuestros sueños tan constantemente en la escena repetida de la narración que se hace y nadie escucha?⁵⁴⁰

Así como Levi señala esta situación, es igualmente cierto que existe literatura testimonial que da cuenta de las dificultades para poner en palabras la experiencia. Tal es el caso, por ejemplo, del escritor español Jorge Semprún, deportado a Buchenwald por combatir entre los partisanos que conformaron la Resistencia francesa al nazismo. Tras haber sido liberado en 1945, tardó quince años en narrar su experiencia, plasmada en la obra *La escritura o la vida*.⁵⁴¹ Allí, el autor expresa:

No poseo nada salvo mi muerte, mi experiencia de la muerte, para decir mi vida, para expresarla, para sacarla adelante. Tengo que fabricar vida con tanta muerte. Y la mejor forma de conseguirlo es la escritura. En eso estoy: sólo puedo vivir asumiendo esta muerte mediante la escritura, pero la escritura me prohíbe literalmente vivir.⁵⁴²

⁵⁴⁰ Levi, *Si esto es un hombre*, 35.

⁵⁴¹ Jorge Semprún, *La escritura o la vida* (Barcelona: Tusquets, 1995).

⁵⁴² Semprún, 25.

Se registra en este breve fragmento cierta tensión entre el acto de testimoniar y la estetización que implicaría su puesta en trama. También le llevó una década a Elie Wiesel la redacción de sus memorias de Auschwitz. Publicada originalmente en yiddish en 1956, fue traducida al francés en 1958 y al inglés en 1960. Reconociendo las dificultades que tuvo para poner en palabras sus vivencias en los campos de concentración - y preguntándose si no sería necesario inventar un nuevo lenguaje para expresar lo vivido allí -, Wiesel considera también las dificultades que los otros, los que no lo vivieron, tendrán para entender el horror.⁵⁴³

Pensando la problemática del trauma específicamente para los judíos norteamericanos, Novick desestimó la posibilidad de la existencia de un ciclo de latencia, represión y regreso de lo reprimido para, en cambio, privilegiar un acercamiento a través del concepto de memoria colectiva de Halbwachs.⁵⁴⁴ En realidad, más allá de la explicación de la noción, el autor busca dar cuenta de la evolución de la presencia del Holocausto en la vida pública norteamericana. Demuestra que muchos de los judíos emigrados a Estados Unidos estaban ansiosos por contar sus vivencias pero que decidieron no hacerlo. La causa de esta autocensura se debió, según Novick, a que se les sugería “mirar para adelante” y se les advertía que la vociferación de estos temas los alejaría de la posibilidad de “hacer amigos” en el nuevo mundo.⁵⁴⁵ El Holocausto era, en las décadas del cuarenta y el cincuenta, algo vergonzante: los líderes de las comunidades, y también la prensa, montaron un halo de sospecha sobre aquellos que sobrevivieron, suponiendo que lo habían logrado gracias a la práctica de acciones moralmente cuestionables.⁵⁴⁶ De hecho, el Holocausto no era aún comprendido en su carácter de “delito contra la humanidad”, es decir desde una mirada universalista. Según el historiador italiano Enzo Traverso, las víctimas judías del genocidio nazi “eran percibidas ante todo como ‘los judíos del Este’ o, en todo caso, como las encarnaciones de una alteridad negativa y mal tolerada en el seno de las diferentes comunidades nacionales”.⁵⁴⁷

⁵⁴³ Elie Wiesel, *Night* (Nueva York: Hill and Wang, 2006), IX.

⁵⁴⁴ Novick, *The Holocaust in American Life*, 3.

⁵⁴⁵ Novick, 83.

⁵⁴⁶ Novick, 85.

⁵⁴⁷ Enzo Traverso, “Historia y Memoria. Notas sobre un debate” en Franco y Levín, *Hist. reciente. Perspect. y desafíos para un campo en construcción*.

Tres décadas después del final de la guerra, particularmente hacia la segunda mitad de los años setenta, el lugar de los sobrevivientes cambia casi radicalmente. El clima de este cambio es multidimensional: simultáneamente se produce la aparición de los primeros productos de masas que mostraban e intentaban representar el Holocausto, se inician los primeros archivos de testimonios orales junto con las campañas de recolección de testimonios que los conforman y, también, se concreta la organización de los sobrevivientes. Con respecto al primero de estos fenómenos suelen mencionarse, fundamentalmente, dos productos que marcan una década y media, de 1978 a 1993, de interés en torno a la Shoah. El primero de ellos es la miniserie televisiva norteamericana *Holocaust* de 1978. Esta serie cosechó al mismo tiempo que una gran audiencia, Wieviorka menciona 120 millones de espectadores y Novick cerca de 100, fuertes críticas.⁵⁴⁸ Wiesel fue uno de sus principales censores, aludiendo que incurría en la banalización y trivialización de la Shoah al transformarla en una telenovela. Más allá de esto, Novick considera que los debates que generó se circunscribieron a círculos académicos e intelectuales y, en cambio, *Holocaust* difundió más información a los norteamericanos en sus cuatro emisiones que la que había circulado públicamente los treinta años previos. El segundo de estos vértices es *La lista de Schindler* la película dirigida por Steven Spielberg sobre el empresario Oskar Schindler. Los éxitos de la película fueron numerosos, entre ellos el premio Oscar a mejor película. Junto a los galardones de la industria, se implementó un plan de visionado en las escuelas secundarias norteamericanas. En paralelo, de igual manera que con *Holocaust*, proliferaron las críticas, sobre todo, aquellas que acusaban a Spielberg de realizar un filme con “moraleja”, un entretenimiento “para sentirse bien”, sobre la mayor masacre del siglo XX.⁵⁴⁹ Entre *Holocaust* y *La lista de Schindler*, en 1985, se produjo el estreno de *Shoah* de Claude Lanzmann. Si bien no se trata de un producto de consumo masivo como sí los son los anteriores, esta película resulta particularmente relevante en lo que refiere al testimonio en la “era del testigo” que estamos intentando describir. La película fue realizada exclusivamente con testimonios que el director recopiló durante algo más de diez años, entre 1974 y 1985. Según el propio Lanzmann, *Shoah* no es un documental, así como tampoco constituye un documento histórico. El director se negó a utilizar cualquier tipo de montaje de imágenes de archivo y ha afirmado que ni siquiera “es completamente

⁵⁴⁸ Novick, *The Holocaust in American Life*, 208; Wieviorka, *The era of the witness*, 98.

⁵⁴⁹ Novick, *The Holocaust in American Life*, 214.

representacional”.⁵⁵⁰ Son nueve horas en la que se exponen testimonios de sobrevivientes, *bystanders* e incluso perpetradores. Muchas de estas escenas están filmadas en los lugares donde el trauma original fue ocasionado. Felman asegura que se trata de un filme sobre el propio acto de testimoniar, particularmente, sobre las experiencias límite:

Shoah es un film sobre el testimonio es una forma infinitamente más paradójica, abismal y problemática de lo que parece a primera vista: la necesidad de testimoniar que afirma deriva, en realidad, de la imposibilidad de testimoniar que la propia película dramatiza. Sugiero que esta imposibilidad que la atraviesa (...) es, en efecto, el tema más profundo y crucial del film. En su puesta en acto del Holocausto como un evento sin testigos, (...) *Shoah* explora los propios límites del testimonio dando cuenta, al mismo tiempo, la imposibilidad histórica de testimoniar y la imposibilidad histórica de escapar del predicamento de ser -y haber tenido que convertirse- un testigo.⁵⁵¹

Dominick LaCapra cuestiona esta lectura de Felman por ceder tanto en términos de identificación empática que la llevan a sobreinterpretar la obra de Lanzmann.⁵⁵² Más allá de los cuestionamientos e interpretaciones, la película significó un quiebre en las formas de representación del Holocausto y, particularmente, en la forma en que se presentaba el testimonio de los sobrevivientes.

El segundo gran fenómeno de este período es el comienzo del registro masivo y sostenido de testimonios y su plasmación institucional en archivos orales. El proyecto más importante hasta hoy por su peso y su carácter pionero, el Archivo Fortunoff de testimonios, comenzó en 1979. Bajo la iniciativa de Dori Laub, un psicoanalista sobreviviente del Holocausto, y Laurel Vlock, periodista y realizadora de documentales, el *Holocaust Survivors Film Project*, inició la grabación de testimonios en el condado de New Haven, Connecticut, Estados

⁵⁵⁰ Claude Lanzmann, Ruth Larson, y David Rodowick, “Seminar With Claude Lanzmann 11 April 1990”, *Yale French Studies Literature*, n° 79 (1991): 97.

⁵⁵¹ Felman y Laub, *Testimony. Crises of witnessing in literature, psychoanalysis and history*, 205.

⁵⁵² Dominick LaCapra “Shoah, de Lanzmann: “Aquí no hay un porque” en LaCapra Dominick, *Historia Y Memoria Después De Auschwitz* (Buenos Aires: Prometeo, 2009).

Unidos. En 1981 la colección fue donada a la Universidad de Yale. El aporte económico de Alan Fortunoff en 1987 cambia el nombre del proyecto original al actual (*Fortunoff Video Archive for Holocaust Testimonies*) en memoria de los padres del donante. En la actualidad, el archivo cuenta con más de 4400 testimonios de sobrevivientes entre los que se incluyen los grabados por las instituciones afiliadas, con las que, entre 1982 y 2008, llevó adelante un proceso de intercambio de información, servicios de consulta y formación de entrevistadores.⁵⁵³ Resulta interesante el método utilizado en las entrevistas del Archivo Fortunoff. Según uno de sus fundadores y antiguo director, Geoffrey Hartman, “el proyecto se sostiene en un deber de escuchar y reconstruir el diálogo con personas tan marcadas por sus experiencias personales que la total integración con su vida cotidiana resulta una mera apariencia”.⁵⁵⁴ De manera que este objetivo se emparenta con prácticas terapéuticas que buscan dar lugar al nacimiento de una voz para que sea escuchada. Se trata de entrevistas abiertas, con escasas intervenciones que buscan establecer una “escucha empática”.⁵⁵⁵ En la actualidad, el Archivo Fortunoff está lejos de ser único en su especie. Como se evidencia, por ejemplo, en la enorme cantidad de asociaciones afiliadas que posee, los archivos, museos y proyectos se fueron desarrollando en todo el mundo. Uno en particular transformó la escala de la recolección de testimonios: el *Survivors of the Shoah Visual History Foundation*, ideado e impulsado por Steven Spielberg a mediados de la década de los noventa.

⁵⁵³ Entre las asociaciones afiliadas se encuentran Baltimore Jewish Council, British Video Archive for Holocaust Testimonies; Brookline Holocaust Memorial Committee, Massachusetts; California State University, Northridge; Center for Holocaust & Genocide Studies at Ramapo College of New Jersey; Children of Holocaust Survivors, Columbus, Ohio; Children of the Holocaust, Second Generation of San Antonio; Des Moines Holocaust Survivors Oral History Project; Film & Sociology Foundation (Nadace Film & Sociologie), Prague, República Checa; Fondation Auschwitz, Bélgica; Fundación "Memoria del Holocausto," Buenos Aires, Argentina; Holocaust Education Foundation of Illinois; Holocaust Human Rights Center of Maine; Memorial Center for Holocaust Studies, Dallas; Holocaust Education Center and Memorial Museum of Houston; Halina Wind Preston Holocaust Education Center, Delaware; Jewish Federation of Southern Arizona; Jewish Community in Belgrade; Kean College Oral Testimonies Project, New Jersey; Massuah, Israel; Midwest Center for Holocaust Education, Kansas City; Milan Šimečka Foundation, Bratislava, Slovakia; Moses Mendelssohn-Zentrum für Europäisch-Jüdische Studien, Berlín, Alemania; Museum of the Diaspora, Tel Aviv; Museum of Jewish Heritage, A Living Memorial to the Holocaust, New York; National Council of Jewish Women/Cleveland Section; Holocaust Center of the North Shore, Peabody, Massachusetts; Generation After of Milwaukee; Second Generation of Austin, Texas; Second Generation of Long Island; Second Generation of Westchester; Stockton Holocaust Research Center, New Jersey; Témoignages pour mémoire de l'Antenne Francaise, Paris; UCLA Holocaust Documentation Archives/1939 Clubs of Los Angeles; University of Michigan, Dearborn; Vancouver Holocaust Centre Society. Pueden consultarse más datos en <https://yale-fortunoff.github.io/>

⁵⁵⁴ Citado en Wieviorka, *The era of the witness*, 108.

⁵⁵⁵ Baer, *El testimonio audiovisual. Imagen y memoria del Holocausto.*, 145.

Mientras realizaba la filmación de *La lista de Schindler* en Polonia, algunos sobrevivientes que lo asesoraron se acercaron y le confiaron sus experiencias. Wieviorka plantea, y Baer suscribe a esta idea, que, como lo fue con *Holocaust*, el testimonio surge como reacción o en simbiosis con lo narrado en las pantallas.⁵⁵⁶ Más allá de esto, Spielberg plantea una idea rectora distinta a la de los fundadores del archivo de Yale. Para el cineasta, la idea de transmisión y conservación está por encima de la persona individual que brinda el testimonio. Para llevar a cabo esta tarea, el proyecto de *Survivors of the Shoah* adquirió ribetes industriales: en la actualidad posee más de 55000 entrevistas grabadas en 65 países.⁵⁵⁷ Wieviorka remarca, críticamente, que el cambio de foco con respecto al Archivo Fortunoff por parte de proyecto de Spielberg modificó la tradición de formación de entrevistadores y el carácter mismo de la entrevista. Los potenciales entrevistadores debían pasar un test para dar cuenta de sus conocimientos sobre el Holocausto, una vez aprobado, pasaban tres días asistiendo a presentaciones sobre historia, psicología y crítica de testimonios hasta que, finalmente, estaban listos para trabajar. Casi 2500 entrevistadores fueron seleccionados entre 8500 candidatos. En cuanto a la entrevista, según Wieviorka, para la fundación comandada por Spielberg, el testimonio debe estar regulado. Cada entrevista debe durar dos horas y de ella el 60% debe estar destinado a hablar de la guerra y luego 40% al período de posguerra. Pero, la principal diferencia con el Archivo de Yale es que “cada sobreviviente debe grabar un mensaje expresando lo que él o ella espera dejar como legado para las generaciones futuras”.⁵⁵⁸

El tercer y último de los fenómenos que marca el auge del testigo del Holocausto es la organización de los sobrevivientes y un cambio en el lugar que pasan a ocupar en la escena pública. En 1981 se produjo en Jerusalén el primer Encuentro Internacional de Generaciones de la Shoah.⁵⁵⁹ Allí se reunieron más de 10000 supervivientes de 23 países diferentes.⁵⁶⁰ Según comentaba Ernest Michel, de la Federación Filantrópica Judía de Nueva York, en una entrevista previa al evento, la idea original era que este no se repitiera. El encuentro estaba

⁵⁵⁶ Wieviorka, *The era of the witness*, III. Baer, *El testimonio audiovisual. Imagen y memoria del Holocausto.*, 150.

⁵⁵⁷ <https://sfi.usc.edu/about>

⁵⁵⁸ Wieviorka, *The era of the witness*, 114.

⁵⁵⁹ <https://www.paginal2.com.ar/diario/sociedad/3-43838-2004-11-20.html>

⁵⁶⁰ Las cifras varían de acuerdo con las fuentes consultadas. El New York Times, por ejemplo, se refiere a la asistencia de 4000 sobrevivientes. Cfr. <https://www.nytimes.com/1981/06/15/world/4000-survivors-of-nazi-horror-gather-in-israel.html>

motivado, principalmente, por la necesidad de conservar la memoria de los sobrevivientes, la mayoría de ellos en edades cercanas a los 70 años. Los presidentes del encuentro fueron dos norteamericanos: Elie Wiesel y Benjamin Meed. Envalentonado por el éxito de la convocatoria, este último fue impulsor del Encuentro Americano de Judíos Sobrevivientes de la Shoah y sus Descendientes en 1983 en Washington D.C. En 2004 este encuentro se realizó por primera vez en un país de habla no inglesa (más allá del primer encuentro realizado en Israel). El lugar elegido fue Buenos Aires.⁵⁶¹ En Buenos Aires también se funda a mediados de la década de los noventa la agrupación Generaciones de la Shoah, integrada por sobrevivientes, sus hijos y nietos. Wiesel, por su parte, como símbolo de la importancia que la figura de los ex detenidos en los campos de concentración del nazismo adquiere en estas décadas, recibió en 1986 el Premio Nobel de la Paz. Cabe resaltar que es el galardón a su contribución a la paz y no el Nobel de Literatura por su obra memorística y testimonial. En marco de esta resignificación, los sobrevivientes protagonizan también el proceso de fundación de museos y sitios de memoria, trabajando muchas veces como guías voluntarios.⁵⁶²

La “era del testigo” se trata, entonces, de una época de profundos cambios en las formas de entender al testimonio. Traverso argumenta, desde una óptica permeada fuertemente por la política, que desde finales de los años setenta entramos en una etapa en la que se emplaza al testigo “sobre un pedestal” y se lo transforma en un “ícono viviente de un pasado cuyo recuerdo se prescribe como un deber cívico”. El “deber de memoria” pasa de los testigos a la sociedad. Lo que Novick describió para Estados Unidos, Traverso postula su funcionamiento más allá. En este mismo movimiento, la figura del testigo pasa a ser identificado con la de víctima. Esta identidad reemplaza a otras que existieron en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial y que fueron perdiendo preminencia a medida que se producía el proceso que intentamos describir.⁵⁶³ Héroes de la resistencia, partisanos, militantes e incluso desplazados, son todos concebidos bajo la óptica del superviviente. A estos se les asigna, además, un carácter extraordinario: no son ya solo fuentes sino vías de acceso al pasado

⁵⁶¹ “A Dream Fulfilled: World Gathering of Holocaust Survivors in Israel June 15-18, 1981”, Jewish Telegraphic Agency, febrero de 1980. Consultado en <https://www.jta.org/1980/02/14/archive/a-dream-fulfilled-world-gathering-of-holocaust-survivors-in-israel-june-15-18-1981> el 10 de julio de 2020.

⁵⁶² Baer, *El testimonio audiovisual. Imagen y memoria del Holocausto*.

⁵⁶³ Enzo Traverso, “Historia y Memoria. Notas sobre un debate” en Franco y Levín, *Hist. reciente. Perspect. y desafíos para un campo en construcción*.

mismo, “encarnan la historia, niegan su atracción y la hacen inmediata y presente”.⁵⁶⁴ El testimonio, y la memoria en general, toman la forma de un mandato ético. Frente a la vindicación del testimonio como prueba, que desarrollamos en el capítulo anterior, una nueva forma emergerá. Esto no implica su reemplazo absoluto sino la convivencia de dos formas diferentes de concebirlo. La historia oral, como vimos, se refina metodológica y teóricamente en la década de los ochenta, al calor de estas transformaciones. La problemática de la representación del pasado traumático, del evento límite, lleva a sus cultores a explorar nuevas formas.

II. 2.2. La noción de trauma y el testimonio como vía de acceso directo al pasado

La centralidad que los juicios de lesa humanidad adquirirán en el último cuarto del siglo XX acompañará el ascenso del Holocausto como evento constitutivo de nuestra era. En este marco, el testimonio comienza a perder su estatuto de evidencia inferencial y adquiere valor en sí mismo. Los relatos de los sobrevivientes de acontecimientos trágicos del pasado reciente alcanzan una importancia inusitada pues comienzan a ser concebidos, por algunos autores, como una forma de acceso privilegiado al pasado. Es decir, se produce una inversión de los términos en los que el testimonio había sido considerado por la historiografía, esto es, como evidencia de aquello que se quiere conocer y, en cambio, comienza a ser ponderado a partir sus cualidades para “acceder” a ese pasado testimoniado. La forma principal en que se conceptualiza este privilegio epistémico del testigo-sobreviviente es bajo la categoría de trauma.

Antes de desarrollar problemáticamente el estado de las discusiones sobre esta noción, es preciso recordar que la conceptualización del pasado como un evento traumático se da en marco de una disputa mayor que es la de la posibilidad de representación de las grandes violencias y genocidios del siglo pasado. Al respecto del carácter límite del Holocausto, Saul Friedlander dice: “Lo que hace de la *solución final* un suceso límite es el hecho de ser la forma más radical de genocidio que encontramos en la historia: el intento voluntario, sistemático, industrialmente organizado y ampliamente exitoso de exterminar por completo un grupo

⁵⁶⁴ Baer, *El testimonio audiovisual. Imagen y memoria del Holocausto.*, 137.

humano de la sociedad occidental del siglo XX”.⁵⁶⁵ En palabras de Jürgen Habermas, retomado por Friedlander: “Auschwitz ha alterado las bases para la continuidad de las condiciones de vida en la historia”. Por su parte, Dominick LaCapra, definió al acontecimiento límite como “aquel que supera la capacidad imaginativa de concebirlo o anticiparlo”.⁵⁶⁶ La frase de Theodor Adorno sobre la imposibilidad de escribir poesía después de Auschwitz y la paráfrasis posterior de Raul Hilberg referida a la historiografía, sintetizan lo problemático de la cuestión.⁵⁶⁷ Desde la década de 1970, el cine, la literatura, el entretenimiento y el arte en general exploraron nuevas formas de representación de la barbarie nazi. En los años ochenta, las discusiones se trasladaron al ámbito de la historiografía. Entre ellas se destaca “el debate de los historiadores alemanes” o *Historikerstreit*, de 1986, que reconstruimos en el apartado II.1.2. Es menester recordar que este debate fue protagonizado, de manera central pero no únicamente, por Ernst Nolte y Jürgen Habermas. La cuestión principal en debate fue la posibilidad de una adecuada historización del nacionalsocialismo, lo que desencadenó en diversos ámbitos la problemática de los límites de la representación de la Shoah en términos estéticos, intelectuales y morales. En Estados Unidos, estos temas encontraron un canal de discusión a partir del ciclo de conferencias organizado en la Universidad de California (UCLA) en 1990, que llevó por nombre “El nazismo y la solución final: en los límites de la representación” y que derivó en la compilación de 1992 *En torno a los límites de la representación. El nazismo y la solución final*, dirigida por Saul Friedlander.⁵⁶⁸ Este volumen contó con la participación de figuras prominentes de la historia, la teoría y filosofía de la historia, la teoría literaria y el arte. Finalmente, en términos más amplios que los estrictamente historiográficos, algunos reconocidos intelectuales como Elie Wiesel o George Steiner optaron por el silencio como la única postura epistemológica posible frente a Auschwitz. El carácter “singular” de este acontecimiento obliteraría, según esta mirada, toda posibilidad de representación tradicional y lo transforma en incognoscible. En este contexto, como afirma Mudrovcic,

⁵⁶⁵ Saul Friedlander, *En torno a los límites de la representación. El nazismo y la Solución Final* (Bernal: Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 2007), 23.

⁵⁶⁶ Dominick LaCapra, *Historia en Tránsito. Experiencia, identidad, teoría crítica*. (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006), 181.

⁵⁶⁷ Raul Hilberg, “I Was Not There”, p. 25.

⁵⁶⁸ Friedlander, *En torno a los límites de la representación. El nazismo y la Solución Final*.

un número cada vez mayor de historiadores se inclina a pensar que las insuficiencias conceptuales y metodológicas de la historiografía para abordar este tipo de acontecimientos se deben a que no dan cuenta de lo que estos acontecimientos manifiestamente son: experiencias traumáticas de las sociedades contemporáneas. Conceptualizar un evento histórico como trauma autorizaría, entonces, a adoptar categorías psicoanalíticas en los análisis históricos.⁵⁶⁹

La relación entre psicología y ciencias sociales puede remontarse hasta finales del siglo XIX, cuando florecieron proyectos de psicología de masas al estilo del célebre estudio de Gustave Le Bon *La psychologie des foules* de 1895 o bien, en Argentina, *Las multitudes argentinas* de José María Ramos Mejía de 1899. Incluso en la propia historiografía encontramos el antecedente de la escuela de *Annales* y el inicio de la práctica de la “psicología histórica” en los años treinta, un proyecto no concretado y posteriormente abandonado en favor de la historia de las “mentalidades”, más vinculada a la antropología.⁵⁷⁰ En el presente, estudios desarrollados en el ámbito de la llamada historia de las emociones (*History of emotions*) vinculan ya no la historia con el psicoanálisis sino más bien con las neurociencias.⁵⁷¹ En la bibliografía médica la noción de trauma aparece, en su sentido moderno, en la década de 1860. El médico británico John Erichsen identificó el “síndrome traumático” en los episodios de terror que mostraban las víctimas de accidentes ferroviarios. Sin embargo, asoció este miedo a una cuestión física y no puramente psíquica: para el galeno inglés, el síndrome traumático tenía su origen en las contusiones generadas en la espina dorsal.⁵⁷² Tras algunas décadas de continuidad de esta concepción fisiológica del trauma, la categoría adquiere un cariz netamente psicológico a partir de los trabajos de J.M. Charcot, Pierre Janet, Alfred Binet,

⁵⁶⁹ María Inés Mudrovic, “Alcances y límites de perspectivas psicoanalíticas en historia”, *DIÁNOIA* Volumen XL (2003): 112.

⁵⁷⁰ Bourde y Martín, *Las Escuelas Históricas*, 149; Mudrovic, “Alcances y límites de perspectivas psicoanalíticas en historia”, 112. Bloch menciona, en *Apología para la historia* el desarrollo de una observación en vivo de los testigos a la que denomina psicología (*psychologie*) del testimonio. Bloch, *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien* (1949), 61.

⁵⁷¹ Pirooska Nagy, “History of Emotions” en Marek Tamm y Peter Burke, eds., *Debating New Approaches to History* (Londres: Bloomsbury Academic, 2018).

⁵⁷² Ruth Leys, *Trauma. A Genealogy*. (Chicago: University of Chicago Press, 2000), 3.; Ralph Harrington, “The Railway Accident” Mark Micale y Paul Lerner, *Traumatic Pasts. History, Psychiatry, and Trauma in the Modern Age 1870-1930* (Nueva York: Cambridge University Press, 2001).

Morton Price, Josef Breuer y Sigmund Freud. La idea que compartían es que el trauma no se deriva de una herida física, sino que esta se produce en el aparato psíquico a partir de *shock* emocional, una experiencia movilizante e inesperada. En este sentido, el trauma es entendido como un desorden de la memoria. Conceptos como “neurosis traumática” y “crisis de memoria” aparecen asociados a la categoría de trauma y la hipnosis se perfila como la terapia utilizada para devolver aquello que había sido olvidado, disociado o reprimido.⁵⁷³ Si bien en los comienzos se consideraba que la histeria femenina en algún sentido epitomizaba los efectos del trauma en la mente humana, la Primera Guerra Mundial tornará imposible negar la existencia de síntomas traumáticos en los varones.⁵⁷⁴ No obstante, el interés médico y académico en el estudio de esta noción no terminaba de consolidarse, según afirma Ruth Leys. Ni siquiera los estudios, muchos de ellos independientes, sobre los efectos traumáticos del Holocausto lograron difundir el interés en los estudios sobre el trauma. En su lugar, el trabajo conjunto de psiquiatras, trabajadores/as sociales, militantes y activistas en torno a los efectos de posguerra sufridos por los ex combatientes de la Guerra de Vietnam, dio como resultado el reconocimiento oficial por parte de la *American Psychiatric Association* de la existencia del síndrome de estrés postraumático (PTSD, por sus siglas en inglés) recién en 1980. Se trata, según Leys, de un constructo histórico, un intento de reintegrar un campo que se mantuvo por décadas atomizado y que, en la actualidad, más allá del carácter aglutinante del concepto, continúa mostrando tendencias divergentes y contradictorias.⁵⁷⁵

En relación con la bibliografía dedicada a la relación entre trauma e historiografía, Mudrovcic ha identificado dos vertientes.⁵⁷⁶ La primera de ellas es la que llama “especulativa”. Según esta

⁵⁷³ Leys, *Trauma. A Genealogy.*, 4.

⁵⁷⁴ Cfr. Sigmund Freud, *Obras completas. Más allá del principio de placer, Psicología de las masas y análisis del yo y otras obras (1920-1922)*. Tomo XVIII. (Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1992), 12.

⁵⁷⁵ Leys, *Trauma. A Genealogy.*, 8.

⁵⁷⁶ Desde mediados de los años noventa proliferaron los trabajos que tenían como preocupación central el estudio de la memoria traumática. De hecho, se constituyeron en una subdisciplina llamada estudios del trauma (*Trauma Studies*). Véase, por ejemplo, Paul Antze y Michael Lambek, *Tense Past. Cultural Essays in Trauma and Memory* (Londres y Nueva York: Routledge, 2016); Michael Roth, *The Ironist's Cage: Memory, Trauma, and the Construction of History* (Nueva York: Columbia University Press, 1995); Ron Eyerman, *Cultural Trauma. Slavery and the formation of African American Identity* (Cambridge: Cambridge University Press, 2003); Cathy Caruth, ed., *Trauma: Explorations in Memory* (Baltimore y Londres: The John Hopkins University Press, 1995); Cathy Caruth, *Unclaimed Experience. Trauma, Narrative and History*. (Baltimore y Londres: The John Hopkins University Press, 1996); LaCapra, *Representar el Holocausto. Historia, Teoría, Trauma.*; LaCapra, *Escribir la historia, escribir el trauma*; Mudrovcic, “Alcances y límites de perspectivas psicoanalíticas en historia”. Micale y Lerner, *Traumatic Past. History, Psychiatry, and Trauma in the Modern Age 1870-1930*. Lawrence Douglas, *The Memory of Judgment: Making Law and History in the Trials of the Holocaust, Holocaust and Genocide Studies*, vol. 17 (New Haven y Londres: Yale University

aproximación, el desarrollo de los procesos históricos es comprendido “como el retorno de lo que ha sido históricamente reprimido”.⁵⁷⁷ De esta forma, la noción de trauma se transforma en una clave metahistórica para explicar el devenir y sentido de la historia misma. Este sentido está presente, por ejemplo, en *Moisés y la religión monoteísta* de Sigmund Freud, obra en la que la historia es entendida a partir de un asesinato traumático, el de Moisés, que habría sido reprimido y cuyas marcas se mantienen como latencias en las escrituras judías.⁵⁷⁸ Este tipo de interpretaciones se caracteriza por invalidar “la ruptura entre psicología individual y psicología colectiva”.⁵⁷⁹ Este modelo aparece en la obra de Cathy Caruth *Unclaimed Experience*, en la que retoma la obra de Freud y aplica el modelo del trauma histórico para dar cuenta de la posibilidad de existencia de la historia misma, transformando a este concepto en una precondition antropológica básica.⁵⁸⁰ Una de sus preocupaciones principales es la cuestión de la referencialidad de lenguaje y su relación con la historia. En palabras de Caruth: “Que la historia sea una historia de trauma significa que es referencial precisamente en la medida en que no se percibe completamente como ocurre o para decirlo de otra manera, que una historia puede ser captada solo en la inaccesibilidad de su ocurrencia”.⁵⁸¹ La segunda aproximación posible identificada por Mudrovcic a la relación entre trauma e historiografía es la que llama “empírica”.⁵⁸² Para esta corriente, la noción de trauma se transforma en una herramienta heurística que sirve para explicar los fenómenos históricos, particularmente del pasado reciente. En este sentido, según la filósofa, se torna posible categorizar como traumáticos a los fenómenos sociales de manera que se “autorizaría la importación de perspectivas teóricas y técnicas psicoanalíticas al campo de la historiografía”.⁵⁸³ Un sentido similar al de Mudrovcic podría atribuírsele a la distinción que hace LaCapra entre trauma histórico y trauma estructural:

Press, 2001), <https://doi.org/10.1093/hgs/17.1.193>; Michael Rothberg, *Traumatic Realism. The Demands of Holocaust Representation* (Minneapolis-London: University of Minnesota Press, 2000).

⁵⁷⁷ Mudrovcic, “Alcances y límites de perspectivas psicoanalíticas en historia”, 113.

⁵⁷⁸ Sigmund Freud, *Obras completas. Moisés y la religión monoteísta, Esquema del psicoanálisis y otras obras (1937-1939)*. (Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1992).

⁵⁷⁹ Mudrovcic, “Alcances y límites de perspectivas psicoanalíticas en historia”, 113.

⁵⁸⁰ Wulf Kansteiner, “Genealogy of a category mistake: A critical intellectual history of the cultural trauma metaphor”, *Rethinking History* 8, n° 2 (2004): 204, <https://doi.org/10.1080/13642520410001683905>.

⁵⁸¹ Caruth, *Unclaimed Experience. Trauma, Narrative and History.*, 18.

⁵⁸² Mudrovcic, “Alcances y límites de perspectivas psicoanalíticas en historia”, 114.

⁵⁸³ Mudrovcic, 114.

En el caso del trauma histórico, los acontecimientos traumáticos pueden determinarse (por ejemplo, los sucesos de la Shoah), mientras que el trauma estructural (como la ausencia) no es un acontecimiento sino una condición de posibilidad que genera angustia y está relacionada con las posibilidades de traumatización histórica. Cuando el trauma estructural se reduce a un acontecimiento o se representa como tal, estamos frente a la génesis de un mito, en el cual el trauma se pone en acto en una historia o narrativa, de la que parecen derivar los traumas posteriores.⁵⁸⁴

Sin embargo, la distinción hecha por la filósofa refiere al ámbito de la relación entre historia, como *res gestarum*, y trauma y, en cambio, la realizada por LaCapra a la historia como proceso. Es importante señalar esta cuestión puesto que el historiador norteamericano se preocupa por marcar la diferencia entre trauma histórico y estructural para dar cuenta del binomio pérdida (contingente y evitable) y ausencia (estructural y necesaria).

LaCapra y Caruth son dos de los autores más relevantes en el campo de los estudios del trauma. Al mismo tiempo, si bien ambos propician la comprensión de la historia a través del uso de conceptos psicoanalíticos, la utilización que hacen de la noción de trauma es divergente. Particularmente, sus principales diferencias se encuentran en la forma en que cada uno concibe la memoria y la temporalidad de los procesos traumáticos. Si bien ambos autores construyen sus teorías sobre la base de la obra de Freud, según Luis Sanfelippo, existe un sesgo de interpretación que se enraíza en que conciben al “trauma” como un objeto invariable a lo largo de la obra del médico vienés, que produce la diferencia en cada caso.⁵⁸⁵ Para el psicoanálisis, en términos generales, la memoria puede ser entendida a partir de dos formas: la repetición y el recuerdo.⁵⁸⁶ Por repetición se entiende un acto compulsivo en el que

⁵⁸⁴ LaCapra, *Escribir la historia, escribir el trauma*, 100. En el capítulo III “Estudios del Trauma: sus críticas y vicisitudes” de *Historia en tránsito*, LaCapra aclara que la distinción entre trauma histórico y estructural es analítica puesto que ambas categorías se “intersecta e interactúan”. Sin embargo, vale la pena realizar la distinción en tanto resulta inconveniente confundir ambos fenómenos y ver los históricos como mero subproducto de lo estructural. LaCapra, *Historia en Tránsito. Experiencia, identidad, teoría crítica.*, 161.

⁵⁸⁵ Luis Sanfelippo, “Versiones del Trauma: LaCapra, Caruth y Freud”, *Historiografías*, nº 5 (2013): 52, https://doi.org/10.26754/ojs_historiografias/hrht.201352459.

⁵⁸⁶ En la teoría freudiana, la repetición, al igual que el concepto de trauma, también varía. Particularmente, se encuentran cambios en las ideas que el psicoanalista sostiene como origen de la compulsión a repetir. Mientras en la primera mitad de la década de 1890 se apega a la “teoría de la seducción”, es decir, la idea de que la

el sujeto se ve atrapado por deseos inconscientes que lo llevan a repetir la situación original del trauma. En palabras de Freud: “el analizado no *recuerda*, en general, nada de lo olvidado y reprimido, sino que lo *actúa*. No lo reproduce como recuerdo sino como acción; lo repite, sin saber, desde luego, que lo hace”.⁵⁸⁷ De esta manera, para el paciente el recuerdo reprimido está activo en el presente: para Freud, “no debemos tratar su enfermedad como un episodio histórico, sino como un poder actual”.⁵⁸⁸ Ahora bien, LaCapra y Caruth muestran en sus elaboraciones teóricas dos versiones distintas de la repetición. Para el primero, el trauma se concibe como retorno de lo reprimido. De hecho, a su definición de la afectación traumática es imposible escindirla de la repetición o *acting out*:

El trauma se produce oscuramente a través de la repetición, pues el acontecimiento lentamente traumático no se registra al momento de su ocurrencia sino sólo tras una brecha temporal o período de latencia, que en su momento es inmediatamente reprimido, desplazado o negado. Entonces de algún modo el trauma ha de retornar compulsivamente como lo reprimido.⁵⁸⁹

Esto implica que tras el acontecimiento traumático ocurre una represión que da lugar a un período de latencia que culmina, finalmente, con el retorno de lo reprimido. Entonces, en lugar de volver en forma de una narrativa, lo reprimido regresa como acto: “En el *acting out*, los tiempos hacen implosión, como si uno estuviera de nuevo en el pasado viviendo otra vez la escena traumática”.⁵⁹⁰ Caruth, en cambio, adopta el modelo de la repetición “literal” del trauma:

repetición es causada por la represión de un trauma sexual infantil, hacia finales del decenio, en 1897, sitúa la causa en la represión de fantasías eróticas infantiles. Finalmente, en *Más allá del principio de placer* reconoció la existencia de un impulso a la muerte que actuaría en contra del principio de placer aunque, según Leys, el rol de la represión y la sexualidad no pudo ser del todo resuelto. Freud, *Obras completas. Más allá del principio de placer, Psicología de las masas y análisis del yo y otras obras (1920-1922). Tomo XVIII.*; Leys, *Trauma. A Genealogy.*, 25.

⁵⁸⁷ Sigmund Freud, *Obras completas. Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente (Schreber). Trabajos sobre técnicas psicoanalíticas y otras obras (1911-1913). Tomo XII* (Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1992), 152.

⁵⁸⁸ Freud, 153.

⁵⁸⁹ LaCapra, *Representar el Holocausto. Historia, Teoría, Trauma.*, 188.

⁵⁹⁰ LaCapra, *Escribir la historia, escribir el trauma*, 46.

El retorno de lo traumático, en forma de sueños o *flashbacks* tiene un carácter literal. Su regreso no es de naturaleza simbólica. Es esta literalidad y su insistente retorno lo que constituye el trauma: el carácter diferido o incompleto del saber que se mantiene absolutamente fiel en su insistente retorno al evento.⁵⁹¹

Esta autora basa buena parte de su desarrollo teórico en las investigaciones de Bessel van der Kolk, un psiquiatra norteamericano que propone la existencia de dos procesos diferenciados de memoria, una narrativa y otra literal. Por este motivo, la memoria traumática se codificaría en el cerebro humano de una forma distinta a la narrativa: la primera no está integrada a la consciencia y, en consecuencia, es imposible enunciarla como un recuerdo ordinario. Van der Kolk argumenta que la experiencia de la repetición literal es precedida por un estado de excitación fisiológica, que permite a quien sufre el PTSD acceder a visiones, sonidos y olores propios del evento traumático.⁵⁹²

Retomando, entonces, lo planteado anteriormente, al problema de la representación de los “acontecimientos límite” del pasado reciente estos autores responden con la formulación de una historiografía sostenida en conceptos psicoanalíticos. Particularmente para LaCapra, la representación histórica “entraña una tensa reconstrucción objetiva (y no objetivista) del pasado y un intercambio dialógico con él y con otras indagaciones sobre él, en la cual el conocimiento supone no solo procesamiento de información sino también afectos, empatía y cuestiones de valor”.⁵⁹³ En este sentido, según continúa su argumentación, no se trata de encontrar un “punto medio” entre un paradigma objetivista y otro de corte subjetivista sino de la construcción de un posicionamiento nuevo a partir de la idea central de “transferencia”.⁵⁹⁴ En la terapia psicoanalítica, para Freud, la transferencia es la herramienta principal del analista para contrarrestar la compulsión a la repetición y transformarla en un “motivo para recordar” puesto que crea “un reino intermedio entre la enfermedad y la vida en

⁵⁹¹ Caruth, *Trauma: Explorations in Memory*, 4.

⁵⁹² Bessel van der Kolk y Onno van der Hart, “The intrusive past: The Flexibility of Memory and the Engraving of Trauma” en Caruth, 174. Cfr. BA Van Der Kolk, “Body keeps the Score: The psychological consequences of overwhelming life experiences”, *Psychological trauma*, 1994, 1–21, http://books.google.ch/books?hl=en&lr=&id=Dp2gi8t8zLEC&oi=fnd&pg=PA1&dq=psychological+trauma+kolk&ots=l_Ks0sPVaj&sig=nrLL8rGIEGXXOSETaFJa7vjxcgE.

⁵⁹³ LaCapra, *Escribir la historia, escribir el trauma*, 57.

⁵⁹⁴ LaCapra, 58.

virtud de la cual se realiza el tránsito de aquella a esta”.⁵⁹⁵ Ahora bien, según Mudrovic, LaCapra no propone una mera analogía con la situación analítica sino que entiende a esta última “como una versión condensada de un procesos transferencial general que se cumple en todas las relaciones”.⁵⁹⁶ En consecuencia, el historiador se transforma en una suerte de terapeuta social y, frente a los testimonios de los sobrevivientes, no puede soslayarse el recurso a la transferencia. Las metodologías de representación histórica vinculadas a un modelo objetivo o positivista conducen a la negación de la relación transferencial con el objeto de estudio, oponiendo taxativamente empatía y análisis crítico.⁵⁹⁷

La preminencia del discurso de los sobrevivientes, arraigada la idea de la fuerza moral de sus palabras y la necesidad empática por parte de la historiografía, ha sido sostenida no solo por LaCapra sino por un conjunto heterogéneo de especialistas. El trauma ha permeado numerosas interpretaciones sobre las posibilidades del testimonio, particularmente de la Shoah, porque posibilita la creencia de que a través de la repetición o *acting out* se anula la distancia temporal y se obtiene un acceso privilegiado a la experiencia vivida. Las críticas de LaCapra pueden entenderse como un límite al uso del testimonio como fuente de conocimiento inferencial en la historiografía. En la “era del testigo” los historiadores - o por lo menos algunos de estos- intentarán una inversión del rol que el testimonio cumplía hasta el momento.

Para comprender el lugar que los partidarios de las nociones psicoanalíticas en historia intentan otorgarle al testimonio, resulta fundamental considerar los planteos de Felman y Laub en la obra que realizaron en conjunto, *Testimony*, publicada en 1992.⁵⁹⁸ Allí, Felman define al testimonio “no como *una proposición sobre (statement of)*, sino como una forma de *acceder a (access to)*, a esa verdad. Tanto en la literatura como en el psicoanálisis, y posiblemente también en historia, el testigo debe ser, (...) no solo quien presencia la verdad sino también quien la engendra”.⁵⁹⁹ En este sentido, se pone en entredicho la posibilidad

⁵⁹⁵ Freud, *Obras completas. Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente (Schereber)*. Trabajos sobre técnicas psicoanalíticas y otras obras (1911-1913). Tomo XII, 156.

⁵⁹⁶ Mudrovic, “Alcances y límites de perspectivas psicoanalíticas en historia”, 120.

⁵⁹⁷ LaCapra, *Escribir la historia, escribir el trauma*, 61.

⁵⁹⁸ Felman y Laub, *Testimony. Crises of witnessing in literature, psychoanalysis and history*. El mismo año y con un título similar fue editada la obra de C.A.J. Coady a la que nos referimos en el capítulo anterior. Mientras esta última, como hemos mencionado, sostiene la idea del testimonio como evidencia, aunque desde una perspectiva anti reduccionista, la obra de Felman y Laub cuestionarán el uso instrumental de la palabra de los sobrevivientes por su diferencial moral.

⁵⁹⁹ Felman y Laub, 16.

misma de representación histórica puesto que al integrarlo en un relato histórico y asimilarlo a la evidencia, se corre el riesgo de distorsionar su verdad.⁶⁰⁰ Por su parte, y al igual que LaCapra, Laub le otorga un lugar esencial en la construcción del testimonio del trauma a quien escucha, el oyente (*listener*), al que concibe, sin embargo, como una “pantalla en blanco” sobre la cual se inscriben los eventos por primera vez.⁶⁰¹ Ahora bien, esta escucha no puede estar interesada en la reconstrucción factual. La intromisión del historiador tradicional, que concibe al testigo como fuente de información evidencial no alcanza la profundidad de lo testimoniado: “En otras palabras, el conocimiento en el testimonio no es simplemente un dato fáctico que es reproducido y replicado por el testigo, sino un advenimiento genuino, un evento por derecho propio”.⁶⁰² Laub ejemplifica esta diferencia entre el uso que los historiadores hacen del testimonio y su propio método a través de una anécdota, corta pero muy ilustrativa. Laub, recordemos, es uno de los fundadores del Archivo Fortunoff,⁶⁰³ además de ser él mismo un sobreviviente del Holocausto. Como parte de su tarea de recolección de testimonios, en una oportunidad se topó con una mujer, de alrededor de sesenta años, que estaba contando su experiencia en los campos frente a un grupo de entrevistadores del archivo. Al momento de narrar una rebelión al interior de Auschwitz, esta mujer menciona la explosión de cuatro chimeneas. Según nos dice el propio Laub, en ese momento, la mujer estaba completamente inmersa en la situación: “Un momento deslumbrante y brillante proveniente del pasado pasó, como arrasando, a través de la congelada quietud de los mudos”.⁶⁰⁴ Algunos meses después, un grupo de historiadores, psicoanalistas y otros especialistas estaban observando ese mismo testimonio en video. Inmediatamente, comenzó un debate a causa de la objeción por parte de los historiadores que sostenían que el testimonio “no era preciso” porque mencionaba la explosión de cuatro chimeneas donde solo había explotado una. A esta situación Laub responde que la mujer no estaba simplemente testificando por hechos históricos sino por su supervivencia y resistencia a la exterminación. Quienes fallaban eran los historiadores que no eran capaces de escuchar.⁶⁰⁵ La escucha es,

⁶⁰⁰ Mudrovcic, “El debate en torno a la representación de acontecimientos límite del pasado reciente: alcances del testimonio como fuente”, 140.

⁶⁰¹ Felman y Laub, *Testimony. Crises of witnessing in literature, psychoanalysis and history*, 57.

⁶⁰² Felman y Laub, 62.

⁶⁰³ Se trata de un archivo pionero en la recolección de testimonios de sobrevivientes de la Shoah. Ver la siguiente sección “La era del testigo: el testimonio de la Shoah”.

⁶⁰⁴ Felman y Laub, *Testimony. Crises of witnessing in literature, psychoanalysis and history*, 59.

⁶⁰⁵ Felman y Laub, 62.

para Laub, fundamental en tanto el proceso de testimoniar es de naturaleza similar al proceso psicoanalítico: una forma de luchar contra la repetición.

Ahora bien, esta necesidad de contar con otro para que se produzca el testimonio lleva a Laub a reflexionar sobre la posibilidad misma de testimoniar sobre el Holocausto. Su idea principal es que el Holocausto es un evento sin testigos. Distingue entre los testigos externos e internos. Los primeros no existieron, de hecho, todos los potenciales testigos externos, contemporáneos al genocidio, fallaron en ocupar ese lugar. Ni los vecinos, ni los amigos, ni otras comunidades judías a lo largo del mundo fueron testigos de las persecuciones y asesinatos. Asimismo, la deshumanización a la que se vieron sometidas las víctimas en los campos hizo del Holocausto un evento inherentemente incompresible desde adentro, inhibiendo toda posibilidad de proveer un marco de referencias independiente desde el que pueda ser observado.⁶⁰⁶ Es la memoria traumática en la que están encerrados los testigos la que no les permite narrar lo vivido. Los sobrevivientes del trauma no viven con memorias de un evento pasado, sino que conviven con un hecho que no tuvo fin y que, por lo tanto, continúa en el presente.⁶⁰⁷ En un sentido similar, Giorgio Agamben, a través de su lectura de *Los hundidos y los salvados* de Levi,⁶⁰⁸ ha definido al testimonio a partir de una aporía: en el contexto de cesura en la historia que marca Auschwitz, los verdaderos testigos, los hundidos o musulmanes,⁶⁰⁹ no pueden hablar sino que son los sobrevivientes quienes testimonian por ellos. Es decir, el testimonio es imposible puesto que no viene de los testigos “integrales” o “verdaderos”.⁶¹⁰ En esta dialéctica entre el “testigo integral” y el pseudotestigo, el testimonio se presenta

como un proceso que implica al menos dos sujetos: el primero, el sobreviviente, que puede hablar pero que no tiene más nada interesante para decir, y el segundo, ‘el que ha visto a la Gorgona’, el

⁶⁰⁶ Felman y Laub, 80–81.

⁶⁰⁷ Felman y Laub, 69.

⁶⁰⁸ Levi, *Los hundidos y los salvados*.

⁶⁰⁹ El “musulmán” era, en Auschwitz, el prisionero que había abandonado toda esperanza. Según Jean Améry: “Era un cadáver ambulante, un manojo de funciones físicas ya en agonía”. Primo Levi, por su parte, afirma que el musulmán era “el prisionero irreversiblemente exhausto, extenuado, próximo a la muerte”. Cfr., Jean Améry, *Más allá de la culpa y la expiación. Tentativas de superación de una víctima de la violencia* (Valencia: Pre-Textos, 2001), 39; Levi, *Los hundidos y los salvados*, 42.

⁶¹⁰ Agamben, *Lo que resta de Auschwitz*, 40–41.

que ‘ha tocado fondo’, y tiene, por tanto, mucho que decir, pero no puede hablar.⁶¹¹

Es decir, quien ha atravesado la experiencia total de Auschwitz, ha pasado incluso por la cámara de gas, no puede ser *superstes*. LaCapra cuestiona este movimiento del filósofo italiano pues lo ve como un intento por hacer que sea Levi el que hable por el musulmán para transformarlo en testigo privilegiado, quien testimonia por lo que no se puede testimoniar.⁶¹² En este punto, la aporía señalada por Agamben lo acerca a los postulados de Laub y Felman en *Testimony*: la idea según la cual los testigos no podrían testimoniar más que de su propia imposibilidad de testimoniar. Adscribiendo a lo esbozado por estos investigadores, aunque preocupado por el proceso de “privatización de la historia”,⁶¹³ Frank Ankersmit plantea que “lo que es destruido por el lenguaje y el texto, lo que es ‘domesticado’ y ‘apropiado’ por lo trascendental del lenguaje, es la experiencia pre-verbal que tenemos de la realidad”.⁶¹⁴ De esta forma, el testimonio “va más allá de las limitaciones del lenguaje narrativo típico del historiador” en el que una voz impersonal se dirige a una audiencia de igual carácter y logra obliterar las barreras entre el presente y el pasado.⁶¹⁵

Sea a partir del modelo de la repetición o de la literalidad, la noción de trauma implicó una novedad en el ámbito de la historiografía. Los desafíos planteados a la investigación y la escritura histórica tuvieron alcances de tipo metodológicos, epistemológicos, éticos y de organización temporal. Encontramos en todos los autores analizados esta coincidencia: la certeza de que las técnicas tradicionales no son ya capaces de explicar, comprender o representar los “acontecimientos límite”. En el campo del testimonio se realizaron críticas explícitas al modelo “objetivista”, como lo llama LaCapra, y que nosotros hemos

⁶¹¹ Agamben, 152.

⁶¹² LaCapra, *Historia en Tránsito. Experiencia, identidad, teoría crítica.*, 228.

⁶¹³ En este capítulo, Ankersmit realiza un contraste entre el testimonio y las conmemoraciones como dos formas contrapuestas de relacionarse con el pasado en el contexto de la crisis de la “historia disciplinaria”, tal y como se la concibió entre fines del siglo XIX y el siglo XX. Cada uno de estos fenómenos se sitúa en el extremo opuesto del espectro de la relación con el pasado. De esta forma, el testimonio brinda la forma más íntima e intensa e incluso, cuando se trata de un evento traumático, el pasado puede revivir en el presente en un sentido literal. Las conmemoraciones, en cambio, ofrecen un acercamiento menos intenso y menos determinado por la evolución histórica y más por la “aritmética” del recuerdo. La escritura histórica se situaría en medio de estos dos extremos: el pasado no estaría tan “dramáticamente” presente como en el caso del testimonio y tendría mayor autonomía que la conmemoración. En ambos casos se trataría del fenómeno de privatización del pasado y, además, serían las formas predilectas del presente para acercarse a él. Ankersmit, *Historical Representation*, 174.

⁶¹⁴ Ankersmit, 162.

⁶¹⁵ Ankersmit, 163–64.

denominado perspectiva evidencial-inferencial. El factor que coadyuva al éxito de estas nociones importadas de la teoría psicoanalítica es el lugar creciente que los propios sobrevivientes comienzan a ocupar en la arena pública. A continuación, abordaremos el carácter peculiar de la temporalidad del trauma y los vínculos con una posible concepción presentista de la temporalidad histórica, teniendo en cuenta las particularidades de este proceso de elevación de los sobrevivientes de la Shoah al carácter de testigos privilegiados. No solo son ya historiadores los preocupados en recuperar las memorias de quienes han atravesado la experiencia concentracionaria, sino que también comienzan a involucrarse otros científicos sociales y psicoanalistas, como el propio Laub, cumpliendo un rol activo en la conformación de archivos orales. A partir de considerar la intervención de los sobrevivientes podremos cotejar de qué manera se plasmó o existió efectivamente un trauma que impidió a las víctimas hablar.

II. 23. La anulación de la distancia temporal y la (im)posibilidad de una historiografía del trauma

La concepción del testimonio como trauma imposibilitaría la reconstrucción histórica. Entre las argumentaciones que hemos repasado, dos factores principales aparecen como posibles causantes de esta situación. En primer lugar, porque a partir de la concepción de la historia como repetición, ya sea como retorno de lo reprimido o como presentificación literal, el tiempo de la historiografía como había sido concebido desde el surgimiento de la disciplina es cuestionado. Esto se debe a que se torna imposible la separación entre pasado y presente, concebir como distante y distinto al pasado para lograr un acercamiento “científico”. En segundo lugar, porque se interponen cuestionamientos de tipo éticos, en tanto la historiografía es una práctica profesional, y morales, en lo que respecta a la relación intersubjetiva, que complejizan, justamente, este acercamiento de tipo científico-objetivo. En tanto el testimonio implica un acceso directo al pasado o su revivificación en el presente, la presencia del historiador debe reducirse al mínimo permitiendo que el testigo elabore mediante la narración, adoptando, en el caso de la propuesta de LaCapra, el lugar de terapeuta social. En consecuencia, no hay posibilidad de una historiografía del trauma: o bien se renuncia a la mirada retrospectiva y se exponen los testimonios o bien se privilegia el relato testimonial como forma de representar el pasado. Los usos evidenciales, que se dan, no

coinciden con la idea de trauma puesto que necesariamente, objetifican y tornan pasado al testimonio. En consecuencia, la realización de una historiografía del trauma se torna una empresa por lo menos compleja. Retomemos las construcciones teóricas de los autores analizados en el apartado anterior para reflexionar en torno a la temporalidad y la posibilidad de la escritura de una historia de este tipo.

Según hemos considerado, el ciclo de la afectación traumática, para LaCapra, se da a partir de la sucesión de cuatro momentos: acontecimiento traumático, represión, latencia y retorno de lo reprimido. En esta última fase, el retorno del pasado se realizaría en la forma de un acto compulsivo o *acting out*.⁶¹⁶ Para escapar de la repetición, en la que el pasado posee y afecta a quien sufre el trauma, el historiador norteamericano propone la elaboración.⁶¹⁷ Esta herramienta de la situación analítica es una práctica articuladora “que, dentro de la relación de transferencia, intenta distinguir el pasado del presente” permitiendo “recordar algo que nos ocurrió (...)”.⁶¹⁸ Como parte de la metodología histórica, la elaboración se transformaría en una herramienta indispensable para lograr retomar la distancia crítica a través de la escritura histórica. Ahora bien, Sanfelippo propone que lo que está siendo sugerido por LaCapra es que “en el caso del *acting out*, el presente sería tan sólo el lugar donde el pasado retorna y se impone, el sitio donde vendría a alojarse una escena del pasado que dominaría completamente la situación actual”.⁶¹⁹ Lo que sucedería, como consecuencia de un planteo semejante, es que lo ocurrido en la última fase del proceso traumático estaría solo determinado por el pasado, produciendo que pasado y presente se colapsen. Lo que se anula, entonces, es la distancia temporal pero no la linealidad del tiempo histórico.

Por otro lado, el planteo de Caruth, que reconstruimos en el apartado anterior, se opone a la propuesta de LaCapra de retorno de lo reprimido para, en cambio, proponer el retorno literal del evento traumático.⁶²⁰ Hemos visto cómo, en su literalidad, el hecho en cuestión regresa en forma de sueños y *flashbacks*. Lo que ocasiona esta repetición es, en buena medida, la

⁶¹⁶ LaCapra, *Escribir la historia, escribir el trauma*, 46.

⁶¹⁷ En algunos pasajes, LaCapra asocia la elaboración al duelo. Sanfelippo plantea que Freud no establece esta conexión de manera directa más allá de que pueda ser sugerida a partir de la idea de “trabajo”, presente en la nomenclatura alemana e inglesa de este concepto (*durcharbeiten* y *working-through*). LaCapra, 46.; Sanfelippo, “Versiones del Trauma: LaCapra, Caruth y Freud”, 56.

⁶¹⁸ Mudrovic, “Alcances y límites de perspectivas psicoanalíticas en historia”, 121. LaCapra, *Escribir la historia, escribir el trauma*, 46.

⁶¹⁹ Sanfelippo, “Versiones del Trauma: LaCapra, Caruth y Freud”, 54.

⁶²⁰ Caruth, *Trauma: Explorations in Memory*, 5.

imposibilidad de procesar este tipo de recuerdos de manera narrativa porque pertenecen a otra área de la memoria, que se codifica de manera literal. Caruth basa sus afirmaciones en las investigaciones neurológicas y fisiológicas del médico van der Kolk. En relación con la temporalidad que supone concebir al trauma como lo hace esta autora, Sanfelippo afirma que la perspectiva adoptada por Caruth “conduce a la imposibilidad de historizar el trauma”. Llega a esta conclusión a partir de dos motivos principales. Por un lado, porque no sería posible establecer la distancia necesaria entre el testigo y quien escucha y entre el problema a investigar y el sujeto que pretende conocerlo.⁶²¹ Por el otro, “porque no sería posible narrar el trauma sin que este desaparezca”: en tanto el trauma pasa a ser narrado, su carácter literal, que es lo que lo transforma en lo que es, desaparece.⁶²² En definitiva, si seguimos lo propuesto por Mudrovcic, el modelo psicoanalítico de la historiografía, “conlleva a la negación de la posibilidad de la historia del presente” porque “La temporalidad del trauma es incompatible con la temporalidad histórica”.⁶²³

Esta afirmación puede constatarse revisando las principales obras historiográficas que tratan cuestiones vinculadas al Holocausto u otros eventos pasibles de ser considerados como “traumáticos”. El principal interrogante es qué carácter debe tener una historiografía que pueda dar cuenta del trauma si tenemos en cuenta las concepciones teóricas desarrolladas por los principales impulsores de esta corriente y, en todo caso, qué la diferencia de otros acercamientos que no hacen uso de categorías psicoanalíticas. Otra cuestión sería la comprobación de si es posible que aquellas obras y trabajos de investigación que no intentan explícitamente elaborar el trauma puedan hacerlo. En este sentido, y teniendo en cuenta estos interrogantes, hemos clasificado los usos posibles del concepto psicoanalítico de trauma a partir de dos categorías: la primera es la utilización descriptiva, en la que el trauma aparece como una categoría amplia y como adjetivo para describir experiencias colectivas conflictivas o violentas; la segunda implica una importación conceptual, mucho más estrecha que la primera, en la que la referencia a la teoría psicoanalítica es directa.⁶²⁴ En relación con

⁶²¹ Sanfelippo, “Versiones del Trauma: LaCapra, Caruth y Freud”, 59.

⁶²² Sanfelippo, 59.

⁶²³ Mudrovcic, “El debate en torno a la representación de acontecimientos límite del pasado reciente: alcances del testimonio como fuente”, 122.

⁶²⁴ Sanfelippo realiza una clasificación similar. Para cotejar similitudes y diferencias ver Luis Sanfelippo, *La utilización de la noción de trauma en la historiografía y la memoria social*, Facultad d (Buenos Aires: III Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XVIII Jornadas de Investigación Séptimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR, 2011).

la incorporación del testimonio en cada una de estas perspectivas, en tanto la categoría de trauma se utiliza, según su sentido original, para diagnosticar patologías individuales, debería poder expresar el fenómeno de la repetición y dar paso a la elaboración de manera cabal en el espacio de la entrevista. Vale recordar, en este punto, que resultaría contradictorio hacer un uso de tipo evidencial-inferencial del testimonio puesto que, como hemos analizado, esta postura epistemológica necesariamente conlleva la separación entre pasado y presente y la objetificación del sujeto.

El primer uso de la noción de “trauma” que señalamos, corriente incluso en el lenguaje cotidiano, no implica ninguna transformación de la práctica historiográfica. Puede utilizarse en oraciones referenciales sueltas o bien para caracterizar un período en su totalidad, aunque sin una finalidad analítica específica, es decir, sin importación conceptual. La caracterización del Holocausto o de la última dictadura argentina, por ejemplo, como eventos traumáticos totales podría implicar algunos problemas metodológicos e incluso interpretativos básicos como ser la ocusión de que existieron períodos de normalidad, de vivencia no traumática, más allá de un contexto que retrospectivamente puede ser calificado a partir del horror que provoca. En consecuencia, concebir a un período en particular como traumático en su totalidad conllevaría explicar el motivo por el que algunos individuos se ven afectados y otros no y, además, pensar el tiempo como un devenir que simplemente “sucede” y se impone sobre aquellos que lo “viven” sin poder modificarlo. Pero, desde esta mirada, no sería necesario una aplicación estrecha del concepto de trauma para el análisis de los testimonios. De hecho, numerosas obras clásicas sobre el Holocausto describen episódicamente algunos eventos como traumáticos sin necesariamente adscribir a esta teoría e incorporan las voces testimoniales según los criterios de verificación evidencial que ya referimos.⁶²⁵ Otros trabajos que aluden al trauma, no ya incidentalmente, sino como parte de la descripción de un período, incurren en la misma utilización objetivista. En ambos casos, el testimonio es vindicado como evidencia y se los trabaja según criterios analíticos tradicionales. Además, como se ha esbozado anteriormente, “ningún autor de relevancia en la psicología entiende al

Existe una tercera posibilidad que no se relaciona estrictamente con la historiografía y, por lo tanto, no tiene una finalidad vinculada al conocimiento del pasado histórico. Esta es la utilización política, denotativa, en la que la idea de trauma se usa para denunciar el horror de los crímenes contra la humanidad.

⁶²⁵ Por ejemplo: Raul Hilberg, *La destrucción de los judíos europeos* (Madrid: Akal, 2005), 1158; Christopher Browning, *Aquellos hombres grises. El Batallón 101 y la Solución Final en Polonia* (Barcelona: Edhasa, 2002), 356; Lucy Dawidowicz, *The War Against the Jews 1933-1945* (Nueva York: Open Road, 2010), 27, 399.

trauma como el efecto directo de un acontecimiento, que sería totalmente externo, sobre un sujeto plenamente pasivo” sino que, al contrario, “se subrayó en la determinación de lo traumático el valor de las representaciones que, del acontecimiento, puede hacerse un sujeto”.⁶²⁶

La segunda de las posibilidades de aplicación de los conceptos psicoanalíticos a la historiografía podría también pensarse, a su vez, a partir de una diferencia fundamental: por un lado, los trabajos teóricos o metodológicos, que exploran los posibles usos y alcances de esta perspectiva y, por el otro, aquellos que utilizan el trauma como una categoría heurística para el análisis de las experiencias históricas concretas. A nuestro entender, la mayor parte de las contribuciones mencionadas hasta aquí, particularmente la producción de LaCapra, pertenecen a la primera subcategoría. Tres de sus obras más importantes en el terreno de la discusión sobre la representación del Holocausto - *Representar el Holocausto, Escribir la historia, escribir el trauma* e *Historia en Tránsito*-⁶²⁷ tratan, fundamentalmente, de problemas que exceden la historia como *res gestae* y se enfocan, desde un punto de vista metahistórico, en la aplicabilidad de los conceptos psicoanalíticos a nivel sociohistórico y la posibilidad de representación del pasado desde el punto de vista de la referencialidad y la transferencia. Así, sus críticas al objetivismo y el constructivismo radical, que ya hemos mencionado, redundan en la propuesta del autor de un trabajo que combina la reconstrucción histórica documental, como solo una parte de la investigación histórica, con formas teóricas autorreflexivas y dialógicas.⁶²⁸ En relación específica a la utilización de testimonios de sobrevivientes, LaCapra plantea la cuestión, nuevamente, desde la posibilidad de dar testimonio del trauma. Sin dar una respuesta particular al interrogante sobre cómo incorporar la voz de los sobrevivientes en la historiografía, su reflexión hace hincapié en el “desasosiego empático” como una vía para evitar la objetivización excesiva.⁶²⁹

Diría en general que en la historia el papel del desasosiego empático es crucial en cuanto aspecto de la comprensión que trastorna

⁶²⁶ Sanfelippo, *La utilización de la noción de trauma en la historiografía y la memoria social*.

⁶²⁷ LaCapra, *Representar el Holocausto. Historia, Teoría, Trauma*; LaCapra, *Escribir la historia, escribir el trauma*; LaCapra, *Historia en Tránsito. Experiencia, identidad, teoría crítica*.

⁶²⁸ LaCapra, *Escribir la historia, escribir el trauma*, 116–19.

⁶²⁹ LaCapra, 120.

estilísticamente la voz narrativa y contrarresta la narración conciliadora y la objetificación sin matices, pero permite una interacción tensa entre la reconstrucción crítica, necesariamente objetificante, y la respuesta afectiva a las voces de las víctimas. Considero incluso la posibilidad de movimientos cuidadosamente enmarcados en los cuales el historiador aventura intentos experimentales más riesgosos en su tentativa de abordar los sucesos límite.⁶³⁰

En cuanto a la utilización del concepto de trauma para el análisis de la historia en tanto proceso, se destaca el célebre trabajo de Rousso *Le Syndrome de Vichy: de 1944 à nos jours*.⁶³¹ Vale aclarar que lo que busca Rousso es dar cuenta del trauma que afectó a la sociedad francesa y no se trata de explorar el pasado vía testimonios. Más aún, al concebir la historia y la memoria como dos fenómenos no solo separados sino casi antagónicos, puede comprenderse que el testimonio de un sujeto individual no revista un interés particular más allá de lo que cualquier otra fuente puede aportar. Inspirada por las reflexiones de Nora, esta obra constituye una historia de la memoria colectiva. Rousso define al síndrome de Vichy como

el conjunto heterogéneo de los síntomas, manifestaciones, especialmente en la vida política, social y cultural, que revelan la existencia del trauma generado por la ocupación; en particular, aquel trauma vinculado a las divisiones internas, que permaneció y en algunos casos se desarrolló después de finalizados los acontecimientos.⁶³²

El historiador francés organiza la memoria francesa de *les années noires* en cuatro fases sucesivas que se inspiran, claramente, en el proceso de afectación traumática que describimos en el apartado anterior. La primera parte del libro “Evolución del Síndrome” está organizada en cinco capítulos: “El duelo inacabado (1944-1954)”, “Represiones (1954-1971)”,

⁶³⁰ LaCapra, 126.

⁶³¹ Henry Rousso, *Le Syndrome de Vichy: de 1944 à nos jours* (París: Seuil, 1990).

⁶³² Rousso, 18-19.

“El espejo roto (1971-1974)”, “Obsesión (después de 1974): la memoria judía” y “Obsesión (después de 1974): el mundo de la política”. Según este esquema, la temporalidad de la memoria social se correspondería con la temporalidad del trauma al pasar por la represión, el período de latencia y el regreso de lo reprimido en forma de síntomas y obsesión. Un esquema similar adopta C. Lorenz para explicar la respuesta de los historiadores alemanes al trauma nazi. Según el teórico neerlandés entre 1945 y 1965 se produjo un período de “represión casi completa” por parte de los historiadores que vivieron el período de auge del nacionalsocialismo como adultos. Entre 1965 y 1990 se produce el retorno de lo reprimido, proceso durante el cual el Holocausto entra en la agenda de los estudios históricos (habiendo nacido, la mayoría de estos historiadores, entre 1930 y 1940) aunque sin analizar “la ejecución real” de la barbarie nazi. Finalmente, en la década de los noventa comienza el proceso de elaboración del pasado, en el que los jóvenes comienzan a estudiar el papel de sus antecesores como perpetradores.⁶³³ El mismo esquema propone Traverso en el capítulo que tiene a cargo en *Historia Reciente*.⁶³⁴ Sin profundizar, el historiador italiano advierte que las etapas que propone Rousso sirven para dar cuenta de las relaciones entre memoria e historia en las sociedades que sufrieron acontecimientos traumáticos. Así, además de Alemania, menciona los casos de Turquía, Italia, Israel y la Argentina cada uno con sus particularidades.⁶³⁵ Retomaremos la posibilidad de aplicación que posee este esquema en nuestro país en el capítulo siguiente.

Sanfelippo ha descrito este esquema ateniéndose, no a los desarrollos teóricos de LaCapra y Caruth sobre el trauma, sino retornando a Freud y al análisis del concepto de *Nachträglichkeit*. En marcado contraste con estos dos autores, este tipo de temporalidad ni es completamente lineal ni resulta en una afectación total del presente por el pasado. Al contrario, explica que para que alguien sea afectado por el trauma se necesita un tiempo previo, una marca de predisposición que se produciría en la niñez. Por ese motivo podría explicarse por qué

⁶³³ Chris Lorenz, *¿Historia como trauma? Algunas reflexiones acerca de los debates alemanes sobre la historia nazi* (Buenos Aires: I Congreso Internacional de Filosofía de la Historia, 2000).

⁶³⁴ Franco y Levín, *Hist. reciente. Perspect. y desafíos para un campo en construcción*.

⁶³⁵ Traverso, “Historia y Memoria. Notas sobre un debate” en Franco y Levín, 81–86. El mismo esquema retoma Federico Finchelstein para explicar la obra de Goldhagen y, en particular, su obsesión con el “sadismo” de los alemanes. También, recurre a la idea de traumapara dar cuenta de la situación del caso argentino en relación con la recepción de la obra de Goldhagen en nuestro país. Al mismo tiempo, recupera la idea de Rousso sobre la existencia del síndrome de Vichy para explicar la recepción del libro en Francia. Finchelstein, *Los alemanes, el Holocausto y la culpa colectiva. El debate Goldhagen.*, 49, 55.

algunos son afectados y otros no. Pero de incorporarse solo un tiempo previo al momento del evento traumático no se modificaría el carácter lineal del esquema pergeñado por LaCapra. En Freud, el hecho que ocasionaría el trauma no tiene peso en sí mismo sino a partir de una “huella” que inscribe en la psiquis y actúa como punto de fijación. Por lo tanto, no son las vivencias traumáticas en sí mismas sino su reanimación posterior como recuerdo. El trauma aparecería, entonces, a partir de un conflicto actual que pueda ser asociado con esa marca psíquica:

Lo que ha sido dejaría marcas que condicionarían al presente. El valor de la experiencia actual dependería, en parte, de su conexión con las huellas pretéritas. Pero el pasado no determinaría plenamente al presente, ni siquiera en el caso del retorno de lo reprimido vía el síntoma o la repetición. Más aún, cada presente otorgaría al pasado un valor nuevo, pudiendo incluso hacer devenir traumática una experiencia que, en su momento, no lo fue.⁶³⁶

Aun así, si seguimos lo que propone Mudrovic, planteos como los de Rousso o C. Lorenz son representativos de la imposibilidad de escribir historia allí donde prima el trauma: las dos primeras etapas de los ciclos descritos dan cuenta de esta incapacidad.⁶³⁷

Ahora bien, la aplicación de la noción de trauma a este proceso tendría otro tipo de implicancias. Particularmente, tiene el efecto de desresponsabilizar y victimizar a las sociedades en su conjunto: si todos los miembros de una sociedad son víctimas del trauma que impide el recuerdo, incluso los victimarios ingresan en esta categoría. ¿Qué aporta este tipo de planteos a la comprensión de la memoria colectiva de los “acontecimientos límite”? Si aceptamos que la finalidad principal de la historiografía es cognoscitiva y no terapéutica, en todo caso, podría pensarse que tienen la capacidad de ocluir la comprensión de otras dinámicas como, por ejemplo, las relaciones entre memorias oficiales, colectivas e individuales. Justamente, la concepción de la memoria colectiva como una entidad reificada y homogénea condiciona la posibilidad de explorar el testimonio individual. Una clave podemos encontrarla en *La dernière catastrophe*, una obra que hemos analizado y es tardía en

⁶³⁶ Sanfelippo, “Versiones del Trauma: LaCapra, Caruth y Freud”, 62–63.

⁶³⁷ Mudrovic, “Alcances y límites de perspectivas psicoanalíticas en historia”, 123.

la trayectoria de Rousso. Si bien pondera el fenómeno de la transferencia cuando se produce el diálogo entre historiador y testigo, aunque con cierto escepticismo, Rousso resalta la imposibilidad de conciliar el conocimiento científico con el conocimiento inmediato, una cuestión sobre la que reflexionamos en el capítulo anterior.⁶³⁸ Esto impacta necesariamente en el tratamiento del trauma tal y como lo han desarrollado sus principales exponentes en el campo: lo que lo caracteriza es su inmediatez absoluta, su falta de mediación reflexiva y su repetición presentificada. Por estos motivos, el uso historiográfico de la noción de trauma no logra constituir una historiografía del trauma en sentido estricto. Ahora bien, no es que el concepto de trauma carezca de valor. Más bien, la pregunta es cuál es el valor que posee si se acepta, y partimos de la presuposición de que así es, que el principal objetivo de la historiografía es cognoscitivo. Más allá de su finalidad terapéutica, ¿qué nos permite conocer del pasado la noción heurística de trauma más que el hecho del trauma mismo? Si se privilegia su función como parte de una ampliación de las tareas del historiador hacia la cura de traumas sociales, implicaría ingresar en un terreno de definiciones profesionales e institucionales que exceden cualquier trabajo de investigación individual.⁶³⁹ En cambio, podría pensarse como productiva la noción de *Nachträglichkeit* si en vez de solo describir un proceso, adaptándolo al esquema del trauma, se intenta complejizar el carácter temporal de la historia reciente.

Más allá de las dificultades de la concreción de una historiografía de este tipo, es cierto que en la “era del testigo” la amplificación de las voces de los sobrevivientes fue un fenómeno generalizado. Hemos visto cómo la literatura testimonial jugó un papel importante a partir del “deber de memoria” que emergió, con fuerza, a partir de los años sesenta. La transformación de la noción evidencial de testimonio opera a partir de la pregunta, presente en la obra de Levi, en torno a cómo representar correctamente el Holocausto. En “Realismo figural en la Literatura Testimonial”, White analiza parte de *Si esto es un hombre* para dar

⁶³⁸ Rousso, *The Latest Catastrophe. History, the Present, the Contemporary*, 154–55, 170.

⁶³⁹ Algunos autores se han referido explícitamente a los beneficios del tratamiento colectivo del trauma cultural a través de la elaboración por parte de los “intelectuales” u otro tipo de científicos sociales o psicólogos. Ross Wilson se ha referido a esta orientación como “*History as Therapy*”. Cfr. Ross Wilson, “Memory and Trauma: Narrating the Western Front 1914–1918”, *Rethinking History* 13, n° 2 (2009): 251–267; Antze y Lambek, *Tense Past. Cultural Essays in Trauma and Memory*; Eyerman, *Cultural Trauma. Slavery and the formation of African American Identity*; Roth, *The Ironist’s Cage: Memory, Trauma, and the Construction of History*.

cuenta de la relación entre realismo, literatura y referencialidad.⁶⁴⁰ El historiador norteamericano señala que más allá de las intenciones declaradas de Levi de narrar su experiencia en el *Lager* a partir de una mirada “científica”, en la obra predomina el uso de figuras retóricas y poéticas. White asegura que el mismo Levi está preso de una “concepción banal de poesía”, que lo lleva a creer que la representación realista es más adecuada que el lenguaje literario, que tiende a estetizar el testimonio.⁶⁴¹ Así, *Si esto es un hombre* “deriva su poder como testimonio, menos de su registro científico y positivista de los ‘hechos’ de Auschwitz, que de su declaración en palabras poéticas sobre qué se sentía al haber soportado ‘tales hechos’”.⁶⁴² Esta afirmación de White nos trae de vuelta a lo planteado anteriormente: es el carácter moral del testimonio lo que emerge en este período. Así como el propio Levi cuestionó la estetización literaria del testimonio, según sus críticos, la representación historiográfica del trauma impediría acceder a ese “plus” que la narración en primera persona aporta. Más aún, sobre el carácter de evidencia del testimonio, comparación que realizamos en el apartado anterior, White afirma: “Demás está decir que este tipo de lenguaje no sería admitido como testimonio en una corte de justicia, sin dudas, pero sin las figuras, la presentación del mundo de los campos de Levi no tendría nada de la concreitud, nada de la precisión y exactitud por la cual él es justamente celebrado”.⁶⁴³

Este lenguaje tampoco podría ser admitido por el historiador que busca en el testimonio pruebas para sus enunciados referenciales, así lo demuestra el ejemplo sobre la explosión de las chimeneas que rememora Laub. Sin embargo, como parte de estos cambios es que debemos comprender parte de las transformaciones que se dan en la historia oral. De hecho,

⁶⁴⁰ Hayden White, “Realismo figural en la Literatura Testimonial” en Hayden White, *Ficción histórica, historia ficcional y realidad histórica* (Buenos Aires: Prometeo, 2010). Levi, *Si esto es un hombre*.

⁶⁴¹ White, *Ficción histórica, historia ficcional y realidad histórica*, 200. El camino inverso parece recorrer Semprún tal y como lo hemos mencionado en el apartado que abre esta sección. En *La escritura o la vida*, dice que: “Están los obstáculos de todo tipo para la escritura. Algunos, puramente literarios. Pues no pretendo un mero testimonio. De entrada, quiero evitarlo, evitarme la enumeración de los sufrimientos y los horrores. De todos modos, siempre habrá alguno que lo intente... Por otra parte, me siento incapaz, hoy, de imaginar una estructura novelesca, en tercera persona. Ni siquiera deseo meterme por este camino. Necesito, pues, un ‘yo’ de la narración que se haya alimentado de mi vivencia pero que la supere, capaz de insertar en ella lo imaginario, la ficción... Una ficción que sería tan ilustrativa como la verdad, por supuesto. Que contribuiría a que la realidad pareciera real, a que la verdad fuera verosímil. Este obstáculo, algún día conseguiré superarlo. De repente, en uno de mis borradores, estallará el tono justo, la distancia ajustada se establecerá, no me cabe ninguna duda. (...)” Semprún, *La escritura o la vida*, 181–82. Resulta interesante que la definición de testimonio que Semprún describe se asemeja a aquella que Levi intenta emular, pero el postulado general del español es afín al acercamiento whiteano.

⁶⁴² White, *Ficción histórica, historia ficcional y realidad histórica*, 200.

⁶⁴³ White, 190.

en esta etapa, se produce una convergencia entre literatura testimonial e historiografía y entre teoría literaria y teoría de la historia. Tal vez la obra más resonante sea *La orden ya fue ejecutada* de Alessandro Portelli, crítico literario e historiador oral, compuesta por alrededor de doscientos testimonios unidos por intervenciones del autor que le otorgan continuidad narrativa. Es interesante señalar que, en este caso, a pesar de inscribir la obra en la corriente de la historia oral, la exposición de testimonios y la intención de construir un relato “multivocal” nos permiten percibir la transformación en el lugar que ocupan los testigos. Más aún, cierta influencia de la teoría del trauma, que no es explicitada, puede verse cuando se analizan algunos de los objetivos que Portelli se plantea: “Las historias son la herramienta que permiten la reconstrucción de las luchas por la memoria, explorar la relación entre hechos y subjetividad y percibir los múltiples y cambiantes modos de elaborar y enfrentar la muerte”.⁶⁴⁴

Sea como retorno de lo reprimido, como repetición literal o a través de la preeminencia de la voz del testigo en la literatura testimonial, el tiempo de la historiografía y sus formas de conocimiento y representación del pasado son discutidas. En el plano del trabajo con testimonios, hay cuestionamientos a la mediatización temporal y epistemológica: el testigo emerge como un actor importante en la construcción del pasado al que numerosos profesionales, no solo historiadores, consideran como portador de una vía de acceso más natural, menos distorsionada de ese pasado. Ciertamente es, como mencionamos, que estos cuestionamientos no reemplazan las formas anteriores, sino que lo que se produce son debates en torno a las formas adecuadas de hacerse cargo de esos pasados conflictivos. Esta presentificación se corresponderá con una nueva área de estudios, la historia del tiempo presente.

II. 3. Conclusión Capítulo II. La preeminencia del testimonio

En este capítulo hemos intentado dar cuenta de las transformaciones que se dan en la relación entre historiografía y testimonio en un contexto en que ambos se encuentran también en proceso de reformulación. Como hemos visto, los diagnósticos en torno a los

⁶⁴⁴ Alessandro Portelli, *The Order Has Been Carried Out. History, Memory and Meaning of a Nazi Massacre in Rome* (Nueva York: Palgrave Macmillan, 2003), 15–16.

cambios en las formas de concebir el tiempo histórico, sitúan la transición del régimen de historicidad moderno al presentista en la década de los ochenta. Hartog, Rousso y otros autores han señalado que las transformaciones que se generan a partir de la segunda posguerra son las que posibilitan los cambios en la percepción del tiempo. La irrupción de la noción de imprescriptibilidad para tipificar el delito de genocidio, el ascenso de los testigos de la aniquilación nazi y las dificultades propias del Holocausto como evento sin precedentes contribuyeron a erosionar las bases de la historiografía macro-paradigmática. A la vez, transformaciones epistémicas, a veces enmarcadas en conflictos intergeneracionales, el agotamiento de perspectivas analíticas y los desafíos planteados por el narrativismo, la micro historia y, particularmente, el ascenso de la memoria como objeto de análisis corroyeron desde el interior de la disciplina histórica los consensos generales alcanzados durante las décadas centrales del siglo XX.

En este contexto, el historiador pierde la posición privilegiada como sujeto y autoridad del conocimiento que le otorgaba la mirada retrospectiva sobre el pasado. En la “era del testigo”, el carácter moral del testimonio de las víctimas y su lugar con respecto a la experiencia le darán preminencia. Hemos visto que, para numerosos autores, el testimonio es el lenguaje privilegiado para la reconstrucción los eventos conflictivos del pasado. El contraste con la perspectiva evidencial-inferencial es casi total: allí donde el testigo era transformado en “fuente” y se le negaba su carácter presente, como contemporáneo, ahora su reducción pone de relieve la inmoralidad en tanto implica hacer oídos sordos a quien atravesó una experiencia del horror. En consecuencia, se produce la presentificación total del testimonio. Si durante la mayor parte del siglo XX la existencia de un pasado histórico distante y distinto del presente aseguró la práctica de la historiografía académica a partir de una relación de implicación mutua que analizamos en el capítulo I, las transformaciones que venimos describiendo deberían impactar en el régimen historiográfico. Esta es la tesis que sostiene Mudrovcic cuando afirma que:

La década de los ochenta señala sin duda igualmente una inflexión para la historia y su régimen de temporalidad. Varias son las novedades. Hace irrupción la historia del tiempo presente poniendo

en cuestión la difícil tensión entre el presente y la reconstrucción historiográfica del pasado reciente (...).⁶⁴⁵

Esta historia del tiempo presente, como síntoma y símbolo del nuevo régimen de historicidad no estuvo, sin embargo, exenta de debates. Así, mientras algunos/as investigadores/as, como la propia Mudrovcic y Aróstegui, intentaban definir la historia del presente a partir de la idea de coetaneidad entre sujetos y generaciones, otros, como Rousso, afirmaban que la historia del tiempo presente no era otra cosa que una herramienta para normalizar el pasado y establecer la distancia necesaria para continuar con la labor científica. Pero los debates no se limitaron al ámbito de la historiografía. Al tratarse de temas que excedían lo estrictamente histórico para alcanzar cuestiones caras a la representación, como la propia idea de referencialidad, filósofos, críticos literarios y artistas sumaron sus aportes a la cuestión de cómo narrar el trauma.

El lugar creciente que adquirió la agencia para comprender el comportamiento de los sujetos, antes absorbidos por las estructuras, se encontró también con reclamos éticos en torno a lo que las víctimas de las grandes masacres tenían para decir sobre sus vivencias. El “deber de memoria” y la memoria judía de la Shoah irrumpieron en la escena pública primero a partir de su participación en los juicios celebrados contra los perpetradores del genocidio y luego en los archivos. El proceso de registro de testimonios llevó al encuentro de psicólogos y psiquiatras con historiadores y científicos sociales. Así, lo que los sobrevivientes expresaban en entrevistas individuales, muchas veces atravesados por el trauma y, obviamente, por el dolor de la experiencia vivida, comenzó a penetrar en las reflexiones en torno a la representación de esos pasados conflictivos. El trauma, que se impondrá como categoría a ser discutida por la historiografía en los años noventa, reflejaba, en algún sentido, la novedad temporal. Se trata, como hemos analizado, de un concepto que, en todas sus versiones historiográficas, tiende a hacer colapsar el pasado y el presente a través de los procesos de latencia y retorno de lo reprimido.

⁶⁴⁵ Mudrovcic, “Regímenes de historicidad y regímenes historiográficos: del pasado histórico al pasado presente”, 24.

Segunda parte:
Historia Reciente
argentina y
testimonio

Capítulo III. El testimonio en la Historia

Reciente argentina

III. I. La Historia Reciente en Argentina: desarrollo historiográfico y cuestiones de temporalidad

III. I.1. La Historia Reciente argentina en contexto

A la hora de realizar un análisis del desarrollo de la Historia Reciente en la Argentina, son numerosos los autores que afirman que durante las décadas de los ochenta y noventa los historiadores se mantuvieron reacios a tratar temas ligados a la radicalización, la violencia política, y el terrorismo de Estado.⁶⁴⁶ Se afirma, en cambio, que fueron autores provenientes de la Sociología, la Ciencia Política, el periodismo de investigación, el arte y los mismos protagonistas a través de relatos testimoniales, quienes se ocuparon de narrar y representar las décadas de los sesenta y los setenta.⁶⁴⁷ La reticencia generalizada del campo de los estudios históricos a indagar en el pasado reciente, a la salida de la última dictadura en la Argentina, tuvo varias aristas.

En primer lugar, algunos investigadores han sostenido la hipótesis de que esta negativa estuvo vinculada a la adhesión al proyecto político del presidente radical Raúl Alfonsín

⁶⁴⁶ Alejandro Cattaruzza, “Los años sesenta y setenta en la historiografía argentina (1983-2008): una aproximación”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos [En ligne]*, 2008, 2, <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.45313>. Lucía Brienza, “La escritura de la historia del pasado reciente en la Argentina democrática”, *Anuario del Centro de Estudios Históricos “Prof. S. A. Segreti”* 8 (2008): 225; Gabriela Águila, “La Historia Reciente en la Argentina: un balance”, *Historiografías: revista de historia y teoría* 3, n° enero-junio (2012): 64; Débora D’Antonio y Ariel Eidelman, “Antecedentes y genealogía de la historiografía sobre la Historia Reciente en la Argentina”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos [En ligne]*, *Questions du temps présent*, 2013, 2, <https://doi.org/DOI:10.4000/nuevomundo.65882>; Luciano Alonso, “La ‘Historia reciente’ argentina como forma de Historia actual: emergencia, logros, ¿bloques?”, *Historiografías: Revista de historia y teoría* enero-juni, n° 15 (2018): 75.

⁶⁴⁷ Entre los primeros trabajos que se editan en relación con el pasado reciente en las primeras décadas de los ochenta pueden mencionarse, entre otros: Del Barco, R. y otros, 1983; Cavarozzi, M., 1983; Floria, C. y García Belsunce, C., 1988; Saenz Quesada, M., 1992, etc. Lanusse, A, 1977; Solari Irigoyen, H., 1983; Gasparini, J., 1988. Cf. también el texto probablemente más antiguo de un cientista social, Gillespie, R., 1982, (y su primera edición en castellano en 1987, Ed. Grijalbo). Asimismo, Ansaldo, W., 1986; Baschetti, R., 1988. Véase también la revista Punto de Vista; y algunos trabajos de índole periodística, v.g.: Verbitsky, H., 1985. Etc. Cf. Caparrós, M., y Anguita, C., 1997; Bonasso, M., 1997; Seoane, M., 1996; Grupo de Rosario Hacer la Historia, AA.VV. 1995; Dussel, I., Finocchio, S., Godjman, S., 1997; Cavarozzi, M., 1997

(1983-1989) manifestada por el grupo de historiadores que encaró, a comienzos de los ochenta, el proceso de renovación de la disciplina.⁶⁴⁸ Esto implicaba el sostenimiento de los mitos de “restauración de la democracia” que oponían democracia y autoritarismo como dos antónimos irreconciliables y, por lo tanto, dificultaban -si no tornaban inconveniente- la indagación en la violencia de los años inmediatamente anteriores. Su identificación con el alfonsinismo y la defensa de la democracia liberal condicionaron las lecturas posibles sobre el pasado inmediato, al sostener la teoría de los dos demonios como prisma mediante el cual comprendieron la década de los setenta.⁶⁴⁹ La pretensión de refundación de la disciplina, sumada al contexto político, llevó al grupo renovador a impulsar el divorcio entre historia y política (o, por lo menos, de las prácticas políticas que cuestionaban las lecturas dominantes), y a desalentar las incursiones historiográficas sobre el pasado reciente.

En segundo lugar, aunque vinculado al primer aspecto, nos encontramos con un argumento de tipo científico: una de las tareas que este grupo modernizador encaró fue la “adaptación” de los estudios históricos argentinos a las reglas del oficio que regían desde hacía por lo menos un siglo en los grandes centros de investigación. Este proceso se realizó a partir de la exclusión del pasado inmediatamente anterior.⁶⁵⁰ Luis Alberto Romero,⁶⁵¹ miembro

⁶⁴⁸ El grupo de historiadores que se constituyó en el sector dominante dentro de la historia académica, a partir de 1983, formó parte de un grupo de intelectuales más amplio, nucleados en el Programa de Estudios de Historia Económica y Social Americana (PEHESA) y ligados a quien sería el Ministro de Relaciones Exteriores de Raúl Alfonsín, Dante Caputo. Andrea Andújar, Débora D’Antonio, y Ariel Eidelman, “En torno a la interpretación de la historia reciente. Un debate con Luis Alberto Romero”, *Lucha armada en la Argentina*, n° 108-116 (2008); Roberto Pittaluga, “Notas para la historia del pasado reciente”, en *Historia, ¿para qué? Revisitas a una vieja pregunta*, ed. Jorge Cernadas y Daniel Lvovich (Buenos Aires: Prometeo/UNGS, 2010), 124-30. Gabriela Águila y Luciano Alonso concuerdan con esta postura Águila, “La Historia Reciente en la Argentina: un balance”, 65; Alonso, “La ‘Historia reciente’ argentina como forma de Historia actual: emergencia, logros, ¿bloques?”, 74.

⁶⁴⁹ Andújar, D’Antonio, y Eidelman, “En torno a la interpretación de la historia reciente. Un debate con Luis Alberto Romero”, III. Por “teoría de los dos demonios” nos referimos a la idea, elaborada a la salida de la dictadura, en torno a que la violencia política de los setenta fue impulsada por dos sectores radicalizados de izquierda y derecha frente a una mayoría de la sociedad que no se involucró en el conflicto. Esta mirada aparece, icónicamente, en el prólogo del *Nunca más* escrito por Ernesto Sábato. Cfr. Emilio Crenzel, *La historia política del Nunca más: la memoria de las desapariciones en la Argentina* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2008); Marina Franco, “La ‘teoría de los dos demonios’: un símbolo de la posdictadura en la Argentina”, *A Contracorriente: Revista de Historia Social y Literatura en América Latina* II, n° 2 (2014): 22-52.

⁶⁵⁰ Esta autonomización del campo, que impulsaba el sector modernizador, parecía no dar cuenta de los desarrollos que se estaban dando, por ejemplo, en Francia desde 1978 con la creación del Instituto de Historia del Tiempo Presente (IHTP), o los estudios de Nora sobre la “Historia del Presente” en la École des Hautes Études en Sciences Sociales que analizamos en el capítulo anterior.

⁶⁵¹ A comienzos de los años ochenta, Luis Alberto Romero protagonizó —junto a Hilda Sábato, Juan Carlos Korol, Enrique Tándeter, entre otros— la renovación, modernización y consolidación del campo historiográfico en la Argentina. Además, fue miembro de la Comisión Asesora y la Junta de Calificaciones de CONICET y miembro del Consejo Directivo de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, lugares clave en lo que refiere al acceso y asignación de recursos para la investigación. Por su relevancia

fundamental de este grupo de historiadores, en 1994, en su *Breve Historia Contemporánea de la Argentina*, abogaba contra la posibilidad de realizar una historia profesional del pasado cercano, limitándose las miradas sobre los eventos recientes a la “labilidad de la opinión”.⁶⁵² Hacia 1996, desde las páginas del diario *Clarín*, Romero decretaba la imposibilidad de realizar una historia de los tiempos inmediatamente anteriores al presente por estar inmersos en las disputas políticas del momento: “la historia termina hace cincuenta años; lo que sigue es política. La historia debe atenerse a los hechos, a lo realmente ocurrido; lo demás es filosofía”.⁶⁵³

Según argumentan Acha y Halperín, “El retorno a la democracia formal y la reconstitución de la auto-representación de las/los historiadoras/es fue uno y el mismo proceso”.⁶⁵⁴ En este artículo clásico de 1999, los jóvenes historiadores polemizaban con la imagen que Romero había esbozado del campo historiográfico post 1983.⁶⁵⁵ Según planteaban, el argumento de Romero era construir una filiación de su propia generación con la Renovación historiográfica de los años sesenta, a la que concebía como expresando el justo equilibrio de una dicotomía problemática: rigurosidad metodológica/preocupación política. En ese sentido, mientras la Nueva Escuela Histórica y el revisionismo caían ambos a cada lado de esta bifurcación, los historiadores conducidos por José Luis Romero expresaban un deseable equilibrio entre los dos polos. Es justamente en ese “medio virtuoso”, argumentan Acha y Halperín, donde reside la preferencia de Romero (h): este desearía que los historiadores poseyeran “el compromiso socio-político y cultural con su tiempo sin dejar de ser tales, sin abandonarse a una identificación ‘revisionista’ entre política e historia”.⁶⁵⁶

durante las décadas de los ochenta y noventa, creemos que su opinión al respecto de la Historia Reciente no solo es valiosa sino determinante para comprender las reticencias del campo historiográfico en la apertura hacia temáticas vinculadas al pasado cercano.

⁶⁵² Luis Alberto Romero, *Breve historia contemporánea de la Argentina* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001), 12. Cfr. María Inés Mudrovic, “Historia do Tempo Presente e América Latina: Argentina uma entrevista con Maria Ines Mudrovic”, *Tempo & Argumento*; 9, n° 21 (2017): 450–71, <https://doi.org/DOI:10.5965/2175180309212017450>.

⁶⁵³ Luis Alberto Romero, “¿Para qué sirve la historia?”, *Clarín*, 1996.

⁶⁵⁴ Omar Acha y Paula Halperín, “Retorno a la democracia liberal y legitimación del saber: El imaginario dominante de la historiografía argentina (1983-1999)”, *Prohistoria* 3, n° 3 (1999): 20.

⁶⁵⁵ Luis Alberto Romero, “La historiografía argentina en la democracia: los problemas de la construcción de un campo profesional”, *Entrepasados. Revista de historia* V, n° 10 (1996): 91–108.

⁶⁵⁶ Acha y Halperín, “Retorno a la democracia liberal y legitimación del saber: El imaginario dominante de la historiografía argentina (1983-1999)”, 22.

Retomaremos las polémicas entre este historiador y otros pertenecientes a generaciones más jóvenes posteriormente, en el apartado III.1.1.2.

Teniendo en cuenta este panorama, creemos que la reticencia y cerrazón inicial del campo historiográfico con respecto al pasado inmediato no fue absoluta, aunque sí hegemónica y mayoritaria, y bien puede matizarse a partir de su puesta en paralelo con el desarrollo de la historia oral. Efectivamente, como se analizará, con los desarrollos de la historia oral, algunas temáticas del pasado reciente fueron abordadas, incluso por parte de historiadores académicos. Lo que estaría en juego, en todo caso, es la definición misma de “historia reciente” y, particularmente, la problemática de la historización de las décadas de los sesenta y setenta. Es decir, si se piensa lo reciente a partir de la definición de una historia del presente, teniendo en cuenta su apelación a la noción de “generación” como medida para recortar un período móvil de tiempo, sería más sencillo asociarla a la historia oral.⁶⁵⁷ Sin embargo, como analizamos en el capítulo I, el principal problema que enfrentaron los historiadores orales es, justamente, el de la confiabilidad de los testimonios, es decir una cuestión metodológica, y no un problema de definición temporal. Esto es así porque el desarrollo de la historia oral no tendió a superar la perspectiva evidencial-inferencial del testimonio que suponen la existencia del pasado histórico y, por lo tanto, la separación tajante entre pasado y presente. A diferencia de la historia oral, la Historia Reciente ha sido asociada a la historización de las décadas de los sesenta y setenta y, también, a la noción de trauma. El problema de la temporalidad de “lo reciente” lo abordaremos en el apartado III.1.2. Adicionalmente, intentaremos explorar los puntos de contacto entre historiografía y literatura testimonial. Luciano Alonso ha planteado la posibilidad de comprender la emergencia de la Historia Reciente no solo a partir de la oportunidad abierta por otras ciencias sociales de un espacio de investigación, o de las demandas de la sociedad, sino

⁶⁵⁷ Por ejemplo, Dora Schwarzstein da cuenta de la contemporaneidad entre el historiador/a y los problemas que estudia y la conflictiva relación entre pasado y presente. Ahora bien, aunque ella misma reconoce un avance frente a posturas epistemológicamente más ingenuas en relación con los testimonios (particularmente, las experiencias de historia militante, por ejemplo, en los *History Workshops*), esta posición no parece superar la concepción inferencial. Se trata, según entendemos, de las críticas realizadas desde el punto de vista de la historia oral interpretativa a su vertiente más apegada a los hechos, la reconstructiva. Dora Schwarzstein, *Una introducción al uso de la Historia Oral en el aula* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001). La definición de Historia del Tiempo Presente elaborada por Mudrovcic permite delimitar una y otra explícitamente en tanto “no toda historia oral es historia del presente sino sólo aquella en que el objeto (es decir, el recuerdo) y el sujeto (en este caso, el historiador) pertenecen al mismo presente histórico”. Posteriormente retomaremos esta discusión. Mudrovcic, *Historia, narración y memoria. Los debates actuales en filosofía de la historia*, 125.

también como una respuesta a una “profusa bibliografía que pretende hablar de la Historia desde lugares de enunciación no reconocidos por las instituciones académicas”.⁶⁵⁸ Resulta importante recuperar estas producciones que no son estrictamente clasificables dentro del rótulo de Historia Reciente porque, por un lado, la frontera que las separa es más bien una zona difusa, y, por el otro, porque aunque irreductibles la una a la otra, historia reciente, historia oral y literatura testimonial aparecen entramadas entre sí.⁶⁵⁹

III.1.1.1. *Historia oral y Literatura testimonial (1983-2000)*

Dora Schwarzstein, figura clave para comprender el desarrollo de la historia oral en la Argentina, sitúa los comienzos de esta técnica en las décadas de los sesenta y los setenta, por fuera del ámbito académico.⁶⁶⁰ El primer y lejano antecedente lo encuentra en marco de las investigaciones sobre la clase obrera que realizó la revista *Pasado y Presente* en la primera mitad de la década de 1960.⁶⁶¹ En la década siguiente, la Argentina y otros países de la región iniciarán la constitución de los primeros archivos orales. En el caso de nuestro país, quienes impulsarán la formación del primer archivo será la Universidad de Columbia en colaboración con el Instituto Di Tella. El registro de testimonios versó sobre sobre dirigentes sindicales de las décadas de 1930 y 1940 de la empresa Siam Di Tella, vinculada a la familia que controlaba el Instituto. Esta experiencia de registro concluyó, según Schwarzstein, en 1973.⁶⁶²

En este recorrido, obviamente, 1983 es una fecha fundamental. Para esta historiadora, la coyuntura abierta a partir de la recuperación de la democracia establece el marco favorable para el desarrollo sostenido de la historia oral. Sin embargo, esta novedosa estabilidad política no le imprime a la práctica de esta historiografía un carácter rupturista con respecto al período anterior. Al contrario, los temas y estilos recuperan una agenda vinculada a la

⁶⁵⁸ Luciano Alonso, “Definiciones y tensiones en la formación de una Historiografía sobre el pasado reciente en el campo académico argentino”, en *El tiempo presente como campo historiográfico*, ed. Juan Andrés Bresciano (Montevideo, 2010), 51.

⁶⁵⁹ Cattaruzza, “Los años sesenta y setenta en la historiografía argentina (1983? 2008): una aproximación”, 3, 4.

⁶⁶⁰ Schwarzstein, “Tendencias y temáticas de la historia oral en la Argentina”.

⁶⁶¹ *Pasado y Presente* fue una publicación dirigida, entre otros, por Oscar del Barco, Aníbal Arcondo y José María Aricó de la que participaba un grupo disidente del Partido Comunista. Se enfocaba, sobre todo en la renovación del marxismo a partir de la difusión del pensamiento del teórico italiano Antonio Gramsci. Puede consultarse al respecto Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, (Buenos Aires: Siglo XXI, 2002); Oscar Terán, *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual en la argentina 1956-1966*, (Buenos Aires: Puntosur editores, 1991).

⁶⁶² Schwarzstein, “Tendencias y temáticas de la historia oral en la Argentina”, 53. Pablo Pozzi y Daniel Mazzei, “Un cuarto de siglo de Historia Oral”, *Historia, Voces y Memoria*, n° 11 (2017): 6.

condición “militante” de la etapa previa y se emparenta, en gran medida, con los “*History Workshops*” que describimos en el capítulo I, con los que comparte cierto “realismo *naive*”.⁶⁶³ Schwarzstein reconoce, en este sentido, cuatro vertientes de historia oral. La primera de ellas se corresponde con el desarrollo de la historia local a partir del impulso y la gestión de Hebe Clementi en la Dirección Nacional del Libro. Los Talleres de Historia que se impulsaron desde esta dirección a partir de 1987 lograron producir numerosas fuentes. La historiadora destaca, particularmente, la experiencia del Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires que, desde 1986, impulsó talleres y la formación de un Archivo Oral Urbano. Si esta primera corriente tiene un marcado carácter “cívico” y democratizante, la segunda muestra una voluntad más política en tanto “Prioriza enfáticamente la contribución que la historia puede hacer a la transformación social”.⁶⁶⁴ Resulta interesante que la autora resalta, en este caso, que el historiador “reivindicando principios democráticos e igualitarios tiende a desaparecer, cediendo la voz a los ‘verdaderos’ protagonistas”.⁶⁶⁵ Schwarzstein coloca bajo a este segundo rótulo trabajos que pertenecen a historiadores formados en la universidad, como los de Ernesto Salas, sobre la guerrilla peronista Uturuncos,⁶⁶⁶ y los trabajos de Pablo Pozzi. Sin embargo, resulta claro que el propio Pozzi, una figura importante en el desarrollo de la historia oral y, particularmente, en la historización del PRT-ERP, si bien no rechazaría esta clasificación, entendería las fronteras que separan militancia y práctica historiográfica como menos rígidas.⁶⁶⁷ Volveremos sobre la figura de este historiador más adelante en este capítulo. No obstante, es menester remarcar que aunque no habían publicado los que serán sus trabajos señeros, tanto Salas como Pozzi impulsaban ya la investigación sobre los años sesenta y setenta desde su participación en congresos y artículos.⁶⁶⁸

⁶⁶³ Schwarzstein, “Tendencias y temáticas de la historia oral en la Argentina”, 54.; Dora Schwarzstein, “La historia oral en América Latina”, *Historia y Fuente oral*, n° 14 (1995): 47.

⁶⁶⁴ Schwarzstein, “Tendencias y temáticas de la historia oral en la Argentina”, 55.

⁶⁶⁵ Schwarzstein, 55.

⁶⁶⁶ Ernesto Salas, *Uturuncos* (Buenos Aires: Biblos, 2003).

⁶⁶⁷ En la introducción que firma junto a Daniel Mazzei para el número 11 de la revista *Historia, voces y memoria*, coloca su obra *Oposición obrera a la dictadura* de 1987 junto a *Uturuncos* de Salas en una lista sobre “los primeros esbozos de una actividad académica en torno a la Historia Oral”. Pozzi y Mazzei, “Un cuarto de siglo de Historia Oral”, 6. Cfr. Pablo Pozzi, *Oposición obrera a la dictadura (1976-1982)* (Buenos Aires: Editorial Contrapunto, 1987); Salas, *Uturuncos*.

⁶⁶⁸ Cfr. Pablo Pozzi “Argentina, resistencia obrera y apertura democrática (1976-1983)”; V Encuentro de Historiadores Latino-americanos e do Caribe, Universidad Nacional de Sao Paulo, Brasil, del 22 al 26 de octubre de 1990; Pablo Pozzi, “Movimiento obrero y transición a la democracia: el caso de la UOM Quilmes”; Congreso Mundial de Sociología, Madrid, España, 9 al 13 de julio de 1990; Pablo Pozzi y Ernesto Salas, “Por una historia de la clase obrera”; en *Contra la corriente. Historia, teoría y política* No. 1 (Buenos Aires), agosto. Pablo Pozzi,

La tercera y la cuarta tendencia se dan ya en ámbitos académicos. Por un lado, la experiencia de creación de archivos orales en universidades nacionales entre los que se destacan el de la Universidad de Buenos Aires y el de la Universidad Nacional de Cuyo en la segunda mitad de la década de 1980.⁶⁶⁹ Por el otro, una serie de historiadores formados durante la etapa de la Renovación que, inspirados por la escuela de los *Annales*, realizan investigaciones que se identifican con la “pérdida de la ingenuidad con respecto tanto del testimonio oral como del discurso histórico y las fuentes en general”.⁶⁷⁰ Son trabajos clave, en este sentido, los del historiador británico Daniel James sobre el peronismo, los de Mirta Lobato sobre los trabajadores de la carne en la localidad de Berisso en la provincia de Buenos Aires, el de la propia Schwarzstein sobre el exilio republicano español en el Río de la Plata y, de la misma autora junto a Pablo Yankelevich, su trabajo sobre la Universidad de Buenos Aires, entre otros.⁶⁷¹

En la década de los noventa se consolida la historia oral como tendencia al interior del campo historiográfico a partir del proceso de institucionalización comenzado en la década anterior. A esto se le suma la realización del Primer Encuentro de Historia Oral en octubre de 1993, que se ha repetido hasta el presente, y la fundación de numerosos centros en diversos espacios universitarios, estatales y de organismos de derechos humanos.⁶⁷² Finalmente, como

"Argentina: Resistencia obrera y apertura democrática, 1976-1983"; en *Nuestra América* No. 24 (Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, UNAM); págs. 141-167; Pablo Pozzi, "Argentina 1976-1982: Labor Leadership and Military Government"; en *Journal of Latin American Studies* (Londres: Mayo 1988); págs. 111-138; Pablo Pozzi, "Los setentistas: hacia una historia oral de la guerrilla en Argentina"; *Anuario de Historia* 16 (Rosario: Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Arte, Universidad Nacional de Rosario, segunda época 1993-1994); págs. 113-130; Pablo Pozzi y Patricia Berrotarán "Transformación y cambio en el sindicalismo argentino 1955-1975"; *Panoramas de Nuestra América* II "Movimiento Obrero en América Latina" (México: Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, UNAM); págs. 121-150; Pablo Pozzi, "Los Perros. La cultura guerrillera del PRT-ERP"; *Taller. Revista de Cultura, Sociedad y Política*. Vol. 1, No. 2 (Buenos Aires: Asociación de Estudios de Cultura y Sociedad, noviembre); págs. 101-124. ISSN 0328-7726.

⁶⁶⁹ Schwarzstein, "Tendencias y temáticas de la historia oral en la Argentina", 56; Cattaruzza, "Los años sesenta y setenta en la historiografía argentina (1983? 2008): una aproximación", 4.

⁶⁷⁰ Schwarzstein, "Tendencias y temáticas de la historia oral en la Argentina", 57.

⁶⁷¹ Daniel James, *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina 1946-1976*, (Buenos Aires: Sudamericana, 1990).; Mirta Zaida Lobato, "Una visión del mundo del trabajo: el caso de los obreros de la industria frigorífica. Berisso, 1900-1930" en Diego Armus (comp.), *Mundo urbano y cultura popular*, (Buenos Aires: Sudamericana, 1990); Dora Schwarzstein, *Entre Franco y Perón: memoria e identidad del exilio republicano español en Argentina*, (Buenos Aires: Planeta, 2001); Dora Schwarzstein y Pablo Yankelevich, "Historia oral y fuentes escritas en la historia de una institución: la Universidad de Buenos Aires, 1955-1966", *Cuadernos del CEDES* 21 (1990).

⁶⁷² Entre ellos, el Programa de Historia Oral de la Universidad de Buenos Aires; "Archivo de la Palabra" del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba; el Centro de Documentación de H.I.J.O.S.; la Fundación Memoria Abierta; el Centro de Información y Relevamiento de Fuentes Orales de la Universidad Nacional de la Patagonia Austral (Unidad Caleta Olivia) que edita la *Revista Patagónica de Historia*

resultado de estos desarrollos, se han constituido asociaciones profesionales que nuclean historiadores cultores de la historia oral: la Asociación de Historia Oral de la República Argentina (AHORA) y la Red Latinoamericana de Historia Oral (RELAHO).

Como puede observarse, en no pocos casos encontramos obras de historia oral que se solaparían con lo que definimos en el capítulo II como historia del tiempo presente. Aún ausente de la nomenclatura académica como “historia reciente”, el abordaje de pasados cercanos también se repite. Sin embargo, las definiciones de la historia del pasado reciente como “hija del dolor”, es decir, como vinculada a la historia de la violencia de los años setenta, están ausentes en estas reflexiones y marcarán buena parte de los debates que se producirán la década siguiente.⁶⁷³ En general, los cuestionamientos fundamentales sobre la práctica de la historia oral recayeron no tanto en el carácter temporal de esta práctica sino en el estatus de las fuentes orales: su confiabilidad o no, el carácter del recuerdo, las intenciones del entrevistado y un largo etcétera que hemos ya desarrollado en el capítulo I.

La literatura testimonial, en cambio, ha tematizado tanto los años de la última dictadura militar como la militancia revolucionaria de los años setenta desde momentos muy tempranos y con asiduidad. Al respecto, vale la pena remarcar el carácter particularmente político del género testimonial en la Argentina y Latinoamérica. Si nos remontamos en el tiempo, la literatura testimonial encuentra su origen en nuestro país a fines de la década de los cincuenta, de la mano de la obra de Rodolfo Walsh.⁶⁷⁴ Si bien en la década siguiente la Revolución Cubana influirá enormemente en la radicalización del discurso de los intelectuales, es el proceso de politización que se abre a partir del derrocamiento de Juan Domingo Perón en 1955 el que permite el alumbramiento del género testimonial.⁶⁷⁵ Según nos indica Victoria García, y como comprobamos en el capítulo anterior, el testimonio remite a una práctica de larga duración, ligada a litigios sociales como los analizados con relación al Antiguo Testamento y el testimonio del judaísmo. En el terreno de la oralidad, en el de la

Oral; el Programa de Historia Oral de la Municipalidad de la ciudad de Córdoba; y el Programa de Historia Oral del Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires (IHCBA) que edita regularmente la publicación *Voces Recobradas* Cfr. Pozzi y Mazzei, “Un cuarto de siglo de Historia Oral”, 7.

⁶⁷³ Franco y Levín, *Hist. reciente. Perspect. y desafíos para un campo en construcción*, 15.

⁶⁷⁴ Rodolfo Walsh, *Operación masacre. Un proceso que no ha sido clausurado*, (Buenos Aires: Sigla, 1957).

⁶⁷⁵ Victoria García, “Literatura testimonial en la Argentina: un itinerario histórico (1957-2012)”, *Cuadernos del CILHA* 18, n° 1 (2017): 14.

historiografía y en el ámbito jurídico, su presencia es muy anterior a su consideración literaria. Sin embargo, si la década de los setenta

marca el origen del testimonio como género literario es porque en ese momento se consagra un cambio en los parámetros de legitimación literaria —más profundamente, de definición de lo literario como tal—, según el cual distintas prácticas de escritura tradicionalmente asociadas al periodismo, a la antropología y a la política, consideradas no literarias, pasan a ser entendidas como literarias, y englobadas bajo la categoría genérica de literatura testimonial.⁶⁷⁶

En el contexto latinoamericano, el testimonio buscaba poner en valor el compromiso del escritor con la realidad y, al mismo tiempo, la referencialidad, que manifestaba el carácter del testimonio como narrativa factual.⁶⁷⁷ El propósito del testimonio era la acción en el presente, la intervención política. Si bien se reconocen estos antecedentes, nuevamente la fecha de 1983 tiene, en el caso de la literatura testimonial, un carácter particular. En este sentido, García afirma que en la década de 1980 se inaugura una “era del testigo” argentina, es decir, un período caracterizado por la primacía del testimonio que intenta dar cuenta del pasado reciente.⁶⁷⁸ Y es que una de las diferencias fundamentales que se establecen con la etapa previa es el carácter retrospectivo de las intervenciones.

Los testimonios producidos a partir de 1983 son múltiples y de muy variado carácter. Pittaluga reconoce una escasez de escrituras sobre el pasado reciente en la década que va de 1984 a 1994 y una suerte de auge a partir de la segunda mitad de los noventa.⁶⁷⁹ En esta primera década, sin embargo, el discurso testimonial se estructuró mayoritariamente a partir de la idea de prueba judicial. Los dos hitos que organizaron las declaraciones de los primeros testigos fueron, por un lado, la campaña de recolección de testimonios que organizó la Comisión Nacional sobre la Desaparición de las Personas (CONADEP) y, por el otro, las

⁶⁷⁶ García, 13.

⁶⁷⁷ García, 13.

⁶⁷⁸ García, 26.

⁶⁷⁹ Roberto Pittaluga, “Miradas sobre el pasado reciente argentino. Las escrituras en torno a la militancia setentista (1983-2005)”, en *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, ed. Marina Franco y Florencia Levin (Buenos Aires: Paidós, 2007), 125.

declaraciones de los sobrevivientes en el Juicio a las Juntas.⁶⁸⁰ El objetivo era “mostrar y demostrar” lo que los gobiernos militares habían negado.⁶⁸¹ Según Pilar Calveiro,

La preparación y la realización del juicio supusieron una avalancha de lo testimonial que puso ante los ojos de la sociedad las características que había tenido el modelo represivo de desaparición de personas, con todas sus atrocidades. La celebración misma del juicio y la condena a los comandantes colocó definitivamente todo eso, sabido-negado por la sociedad, en un lugar incuestionable: el de la verdad jurídica.⁶⁸²

En el terreno de la literatura testimonial encontramos, a grandes rasgos, dos variantes en la relación entre escritor y testigo: la primera es en la que un autor escribe un relato basado en el testimonio de un tercero, un protagonista de los hechos; la segunda forma que adoptó el testimonio pos-dictatorial es la del o la protagonista escribiendo sobre su propia experiencia como sobreviviente. En términos temáticos, en general, suele dividirse a la literatura testimonial en otros dos grandes grupos: los relatos sobre la represión y los que versan sobre la militancia setentista. Siguiendo esta clasificación cruzada, nos encontramos, por ejemplo, con *Recuerdo de la muerte* de Miguel Bonasso, en la que narra la historia de la militancia de Jaime Dri a partir de su testimonio personal, publicado en 1984 o bien, en el otro extremo, *La escolita* de Alicia Partnoy, publicado originalmente en inglés en 1986, obra en la que da cuenta de su experiencia en el CCD “La escolita” de Bahía Blanca.⁶⁸³ Si bien el texto de

⁶⁸⁰ La CONADEP fue una comisión creada por el presidente Raúl Alfonsín en 1983 con el fin de investigar las violaciones a los derechos humanos durante el período del terrorismo de estado. Presidida por el escritor Ernesto Sábato, la comisión recibió miles de testimonios y comprobó la existencia de Centros Clandestinos de Detención. Como resultado de la investigación se publicó el informe conocido como *Nunca Más*. Como parte del mismo proceso, en 1985, por decreto del presidente Alfonsín, se realizó un juicio a los integrantes de las tres primeras Juntas Militares que gobernaron la Argentina entre 1976 y 1983. Se trató de un proceso judicial realizado por la justicia civil.

⁶⁸¹ Pittaluga, “Miradas sobre el pasado reciente argentino. Las escrituras en torno a la militancia setentista (1983-2005)”, 129.

⁶⁸² Pilar Calveiro, “Testimonio y memoria en el relato histórico”, *Acta Poetica* 27, n° 2 (2006): 69.

⁶⁸³ Estos son dos ejemplos dentro de un universo heterogéneo. Para el primer período, que va de 1984 a 1994, existen otras obras importantes de carácter testimonial en la que estas dos coordenadas que mencionamos se combinan de formas diversas. Nos encontramos así con obras como *Ezeiza* del periodista y ex militante montonero Horacio Verbitsky, que puede ser considerado literatura testimonial en un sentido amplio puesto que tiene un registro de tipo periodístico; relatos ficcionados sobre la propia experiencia como es el caso de *Pasos bajo el agua* de Alicia Kozameh. Cfr. Horacio Verbitsky, *Ezeiza*, (Buenos Aires: Contrapunto, 1985); Alicia Kozameh, *Pasos bajo el agua*, (Buenos Aires: Contrapunto, 1987).

Bonasso daba cuenta del problema de la identidad política en el contexto de la pos-dictadura, en general, los testimonios que proliferaron en este período se caracterizaron por la construcción de víctimas despojadas de militancia.⁶⁸⁴

Así como García, en coincidencia con Calveiro, ve en 1983/4 el momento clave con relación a la expansión del testimonio en Argentina, que da lugar a una “era del testigo” vernácula; a partir de 1995 se producirá el auge de la literatura testimonial.⁶⁸⁵ Daniel Lvovich y Jacqueline Bisquert sostienen que la coyuntura de mediados de la década de 1990 está marcada por la confesión de Adolfo Scilingo, que funcionaría como el disparador de un cambio de época. Este ex capitán de corbeta asumió, en una larga entrevista publicada por Horacio Verbitsky en el libro *El vuelo*, su participación en los “vuelos de la muerte”.⁶⁸⁶ Esta revelación fue luego repetida en un programa de televisión, alcanzando una importante repercusión: se produjeron nuevas confesiones y un interés renovado en la memoria de la dictadura.⁶⁸⁷ No es, sin embargo, el único factor que explica el cambio de tendencia. La conmemoración de los veinte años del golpe de estado funcionó como un momento bisagra en el que se produjo, además, la primera aparición pública de la agrupación Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio (H.I.J.O.S.).

La obra más destacada de este período, sobre la cual resulta importante detenerse brevemente, es *La voluntad* de Eduardo Anguita y Martín Caparrós, publicada originalmente en tres tomos entre 1997 y 1998 y luego reeditada en 2006 en cinco tomos.⁶⁸⁸ Se trató de una obra fundamental en esta segunda década del ciclo de literatura testimonial, tanto por su

⁶⁸⁴ Pittaluga, “Miradas sobre el pasado reciente argentino. Las escrituras en torno a la militancia setentista (1983-2005)”, 129. Oberti y Pittaluga, *Memorias en montaje. Escrituras de la militancia y pensamientos sobre la historia*, 87.

⁶⁸⁵ Pittaluga, “Miradas sobre el pasado reciente argentino. Las escrituras en torno a la militancia setentista (1983-2005)”, 142. Oberti y Pittaluga, *Memorias en montaje. Escrituras de la militancia y pensamientos sobre la historia*, 89.

⁶⁸⁶ Los “vuelos de la muerte” fueron una práctica de exterminio utilizada por la última dictadura militar argentina consistente en arrojar a las víctimas vivas, inyectadas con pentotal sódico, al mar. Daniel Lvovich y Jacqueline Bisquert, *La cambiante memoria de la dictadura. Discursos públicos, movimientos sociales y legitimidad democrática*. (Los Polvorines: Biblioteca Nacional/Universidad Nacional de General Sarmiento, 2008), 58.

⁶⁸⁷ En un reciente libro editado por Claudia Feld y Valentina Salvi se utiliza el término “declaración” para designar las alocuciones públicas de los perpetradores de la última dictadura militar. En la Introducción a la obra, de hecho, contraponen las “narrativas” de los victimarios al “testimonio de las víctimas”. Claudia Feld y Valentina Salvi, eds., *Las voces de la represión. Declaraciones de perpetradores de la dictadura argentina* (Buenos Aires: Miño y Dávila, 2019), 13.

⁶⁸⁸ Eduardo Anguita y Martín Caparrós, *La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina. Tomos 1, 2, 3, 4 y 5*. (Buenos Aires: Booker, 2006).

envergadura y su pretensión totalizante como por su éxito editorial.⁶⁸⁹ Este éxito de ventas contrastó, en buena medida, con la reticencia con la que fue recibida la obra en medios académicos.⁶⁹⁰ Caparrós y Anguita, en *La voluntad*, traman su historia a partir de veinticinco testimonios de protagonistas del período, con el objetivo de reconstruir la historia de la militancia setentista. Estos protagonistas aparecen presentados minuciosamente, a partir de detalles biográficos y una exhaustiva reconstrucción de las costumbres de la época. Los autores colocan a la obra en una tradición que la entronca con las “novelas de no ficción” con lo cual, la relación con los testimonios y la construcción de conocimiento no puede equipararse al análisis que se realizaría de una obra historiográfica. Sin embargo, Pittaluga y Alejandra Oberti han cuestionado el uso que Anguita y Caparrós hicieron de los testimonios en *La voluntad*: “La voz de los testigos aparece de manera rara. Son la principal fuente del texto, su presencia está allí como discurso referido, se habla de ellos, se los nombra, se cuentan sus vidas, pero ¿su voz está realmente presente?”.⁶⁹¹ Este ocultamiento de la operación testimonial es parte de la estrategia literaria seguida por los autores, que “modifican” y “embellecen” con su pluma los sucesos.⁶⁹² Es decir, la exigencia de Pittaluga y Oberti reclama dotar de autoridad a los testigos: esa relación de empatía e intimidad lograda en la entrevista no aparece plasmada en el resultado final. Ahora bien, Beatriz Sarlo realizó una crítica, que podríamos considerar “en espejo”, en una reseña publicada en el año 1997 en la revista *Punto de Vista*. Allí, la crítica literaria hace hincapié en el “detallismo de los testimonios” como forma de reasegurar su vínculo con “la verdad”: “Todo puede ser falso en un testimonio menos los detalles”.⁶⁹³ Así, Sarlo corre del foco de sus críticas “el trabajo que hicieron Caparrós y Anguita” para centrarse, en cambio, en los problemas intrínsecos al

⁶⁸⁹ Cfr. María Virginia Castro, “La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina, de Eduardo Anguita y Martín Caparrós: ¿un libro escrito para vender? [En línea]”, *VIII Congreso Internacional de Teoría y Crítica Literaria Orbis Tertius*, 2012.

⁶⁹⁰ Se destacan, en este sentido, dos reseñas críticas. La primera, realizada por Sarlo en la revista *Punto de Vista* y, la segunda, por Romero en el diario Clarín. Beatriz Sarlo, “Cuando la política era joven”, *Punto de Vista* xx, n° 58 (1997): 15–19; Luis Alberto Romero, “Nos falta una buena historia de los años setenta”, *Clarín*, 15 de mayo de 1997.

⁶⁹¹ Oberti y Pittaluga, *Memorias en montaje. Escrituras de la militancia y pensamientos sobre la historia*, 92.

⁶⁹² Oberti y Pittaluga, 92.

⁶⁹³ Sarlo, “Cuando la política era joven”, 16.

género testimonial pues “Así es el testimonio”.⁶⁹⁴ Los documentos, “que existen y son citados”, “no rompen la interioridad del que cuenta respecto de lo que cuenta”.⁶⁹⁵

Esta mirada crítica con respecto a la literatura testimonial se plasmará, algunos años más tarde en *Tiempo pasado Cultura de la memoria y Giro subjetivo. Una discusión* (en adelante *Tiempo pasado*).⁶⁹⁶

Este libro se ocupa del pasado reciente y de la memoria de las últimas décadas, partiendo de una mirada que entiende a la historia y la memoria como dos regímenes opuestos y en competencia. Se trata una reacción no contra los usos jurídicos y morales del testimonio, sino contra sus “otros usos públicos”. Analiza la transformación del testimonio en un ícono de la “Verdad” y en el recurso más importante para la reconstrucción del pasado. El objetivo de Sarlo es analizar el porqué de la confianza que se ha depositado en el testimonio en los últimos años. Plantea que la fuerza del testimonio se basa en la visibilidad que “lo personal” ha adquirido en esta época de fuerte subjetividad, pero no solo en su carácter de intimidad sino también de manifestación pública: si hace algunas décadas el “yo” despertaba sospechas, hoy se le reconocen privilegios. De esta manera, se centra en las formas del pasado que resultan cuando el testimonio es la única fuente, es decir, relatos y literatura testimonial. Además, presta especial atención a las condiciones culturales y políticas que lo vuelven creíble. Resulta interesante notar, en este sentido, que algunos de sus argumentos la acercan a las perspectivas reconstruidas en el capítulo II. Por ejemplo, cuando Sarlo diagnostica un “debilitamiento del pasado frente al presente” y como síntoma de ese debilitamiento, enumera los procesos de museificación y masificación del testimonio de la Shoah. La crítica de la autora se dirige al testimonio entendido como un elemento moralizante, tal y como fue desarrollándose en la “era del testigo”. Parte, para este diagnóstico, de una cita de Levi: “Quise darle al lector la materia prima de la indignación”. Esta frase le permite conjeturar a Sarlo que Levi habla por dos razones: 1) porque le es imposible no hablar por motivos éticos y psicológicos y 2) si la verdad del campo es la muerte masiva, el sujeto que habla no se elige a sí mismo sino que ha sido elegido por condiciones extra textuales.⁶⁹⁷ No hay plenitud de ese sujeto. Todos los que atravesaron la experiencia del campo perdieron parte de su humanidad y el sujeto del testimonio no está convencido de ser sujeto pleno, es un sujeto herido, no

⁶⁹⁴ Sarlo, 16.

⁶⁹⁵ Sarlo, 16.

⁶⁹⁶ Beatriz Sarlo, *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y Giro subjetivo. Una discusión*. (Buenos Aires: Siglo XXI, 2005).

⁶⁹⁷ Sarlo, 46.

porque pretenda ocupar el lugar de los muertos, sino porque sabe que ese lugar no le corresponde. Transmitirá una “materia prima” porque quien debería ser la primera persona está ausente; es tarea de los escuchas, entonces, hacer “algo” con esa versión incompleta que se les comunica.⁶⁹⁸ Entonces, para Sarlo, el problema reside en la generalización del modelo testimonial del Holocausto puesto que extendería a testimonios que no se generaron en contextos excepcionales su estatus epistémico, con lo cual, exime a las narrativas personales de someterse a criterios de verificabilidad.

Sin embargo, para esta autora hay otro tipo de textos fuertemente sostenidos en la experiencia personal que desconfían de la primera persona, del detalle y la narración intimista como reaseguro de la verdad. Se trata de una última categoría posible de testimonio, aunque el límite, en este caso, es con la historia y las ciencias sociales y no con la literatura. Los ejemplos que elige Sarlo para ilustrar este corpus posible son “La bamba” de Emilio de Ípola y *Poder y desaparición* de Pilar Calveiro.⁶⁹⁹ Calveiro y De Ípola recurren a procedimientos expositivos que presuponen un distanciamiento de los hechos: no hay primera persona, ni le dan un rango especial a la subjetividad, hay una importancia de la teoría. En ellos la experiencia es sometida al control epistemológico de las reglas del método de la historia y las ciencias sociales. Dice Sarlo: “son textos que buscan conocimiento antes que testimonios”, sentenciando, así, una relación antinómica entre ambos.⁷⁰⁰ Para

⁶⁹⁸ Sarlo, 44.

⁶⁹⁹ Emilio De Ípola, *La bamba: acerca del rumor carcelario y otros ensayos* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2009); Pilar Calveiro, *Poder y desaparición: los campos de concentración en Argentina* (Buenos Aires: Ediciones Colihue, 1998).

⁷⁰⁰ Sarlo, *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y Giro subjetivo. Una discusión.*, 95–96. Otros ejemplos de este tipo de textos son, por ejemplo: Marcelo Cavarozzi, *Autoritarismo y Democracia 1955-1983*, (Buenos Aires, CEAL, 1987); Oscar Del Barco, “Carta”, en http://www.elinterpretador.com.ar/ensayos_articulos_entrevistasnumero15-junio2005.htm, 2005; Eduardo Luis Duhalde, *El estado terrorista argentino*, (Buenos Aires, Eudeba, 1999 [1983]); Claudia Hilb y Daniel Lutzky, , *La nueva izquierda argentina, 1960-1980. Política y violencia*, (Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984); Clara Lida, Horacio Crespo y Pablo Yankelevich (comp.), *Argentina, 1976, estudios en torno al Golpe de Estado*, (México: El Colegio de México, 2007); Juan Carlos Marín, *Los hechos armados. Argentina, 1973-1976*, (Buenos Aires, La Rosa Blindada/P.I.C.A.SO, 1996); Luis Mattini, *Hombres y mujeres del PRT-ERP*, (Contrapunto, Buenos Aires, 1990); Matilde Ollier, *De la Revolución a la Democracia: cambios privados, públicos y políticos de la izquierda revolucionaria*, (Siglo XXI, Buenos Aires, 2009); Matilde Ollier, *El fenómeno insurreccional y la cultura política (1969-1973)*, (Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1986) Matilde Ollier, *La creencia y la pasión. Privado, público y político en la izquierda revolucionaria*, (Ariel, Buenos Aires, 1998); Hugo Quiroga y César Tcach, *A veinte años del golpe. Con memoria democrática*, (Rosario, Homo Sapiens, 1996); Oscar Terán, “Década del 70: violencia de las ideas”, en *Lucha Armada en la Argentina*, año 2, nº 5. 2006. Oscar Troncoso, *El Proceso de Reorganización Nacional: De marzo de 1976 a marzo de 1977*, (Centro Editor de América Latina, 1984); Hugo Vezzetti, *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, (Buenos Aires, Siglo XXI, 2002).

comprender este tipo de textos, nos detendremos brevemente en la obra de Calveiro por su relevancia y trascendencia.

Calveiro, afirma la crítica literaria, “no escribe una ‘fuente’. Por eso es posible coincidir o disentir con lo que afirma, sobre todo en sus hipótesis más generales”.⁷⁰¹ Acha ha caracterizado este tipo de textos, que se sostienen en la experiencia y que lindan con las ciencias sociales, a partir de un *continuum* entre prácticas memoriográficas e historiográficas a las que nos referiremos aquí como “histórico-memoriográficas”.⁷⁰² Este tipo de textos posee una marca generacional que se enraíza en los procesos de transición posdictatoriales y se plasma en la doble inscripción político-intelectual de sus cultores, de los que Calveiro y De Ípola serían claros exponentes.⁷⁰³ En su análisis de otro texto de Calveiro, *Política y/o violencia*, Acha asegura que la experiencia personal “constituye un aspecto decisivo de las condiciones de su enunciación y establece un inconfundible ‘pacto de lectura’”.⁷⁰⁴ Lo cierto es que en los trabajos de Calveiro, al contrario de las características elogiadas por Sarlo, suele manifestarse una postura que hace hincapié en una relación fluida entre historia y memoria. Así, encontramos que, por ejemplo, plantea: “la idea de que la articulación que el relato histórico logre con el material testimonial y los trabajos de la memoria es clave para la recuperación de la dimensión resistente y contrainstitucional de lo vivido por nuestras sociedades”.⁷⁰⁵ O bien:

¿En qué sentido el saber del entrevistado podría constituir un problema? Es indudable que el entrevistado sabe algo que nosotros desconocemos; si no fuera así, no nos interesaría entrevistarlo. Pero ese saber no cancela los otros y sólo puede constituirse en problema si el

⁷⁰¹ Sarlo, 121.

⁷⁰² Nos centramos aquí en los rasgos de estas prácticas histórico-memoriográficas en tanto testimonio. Acha da cuenta de la importancia de la violencia como matriz explicativa que comparten numerosos autores con la misma pertenencia generacional. Omar Acha, “Encrucijadas y obstinaciones en la distinción de historia y memoria: en torno a las prácticas memoriográficas en la Argentina”, *Ponencia presentada en las Jornadas Internacionales: Historia, memoria y patrimonio, Archivo General de la Nación / CEIRCAB – TAREA - Universidad Nacional de San Martín* (2010).

⁷⁰³ Acha, 3–4.

⁷⁰⁴ Acha, 5.

⁷⁰⁵ Calveiro, “Testimonio y memoria en el relato histórico”, 71.

académico no reconoce más que un lugar del saber (por lo regular el suyo), que se traduce en una relación de poder.⁷⁰⁶

No obstante, resulta oportuno señalar, sobre la obra de Calveiro *como* testimonio, que así como ella plantea esta fluidez entre historia y memoria, también se aleja, por momentos, recurriendo a descripciones contextuales y perspectivas generales que le imprimen un carácter objetivo.⁷⁰⁷ Sin embargo, no depende simplemente del pacto de lectura o de las intenciones del autor de, en palabras de Sarlo, “escribir una fuente”. Verónica Tozzi ha planteado la formulación de una “nueva epistemología del testimonio” sostenida en el trabajo de Kusch, al que hemos hecho referencia en el capítulo I.⁷⁰⁸ Tozzi señala una “paradoja de la atestación” en la que confluyen el deber de comunicar con el carácter indecible de los hechos. Hacerse cargo de esta paradoja implicaría, entonces, abandonar toda noción de testimonio como documento.⁷⁰⁹ En este sentido, la elección por parte de Calveiro de la tercera persona y el tono científico expresa la incomodidad con una autoridad testimonial sostenida en su carácter de víctima. Si retomamos los planteos de White en torno al uso de tropos y lenguaje figurado para expresar un testimonio, tal como lo hace Tozzi y nosotros mismos en el capítulo anterior, el recurso al lenguaje de las ciencias sociales se convierte en una herramienta para expresar esta disconformidad antes que en una forma de alejarse y construir conocimiento más “mediatizado”. Así, en lugar de concebir al testimonio como una expresión lingüística única, privada y “en crudo”, este debe ser entendido como una construcción cognitiva que entrelaza funciones epistémicas y morales y que puede asumir formas variadas.⁷¹⁰ De esta forma, el acto de testimoniar no implica “escribir una fuente”, en todo caso este rol es asignado al testigo a partir de relaciones desiguales de poder en relación con la construcción de conocimiento.

En conclusión, el abordaje del pasado reciente que se realizó entre 1983 y finales de la década de 1990, tanto por parte de aquellos que practicaron la historia oral como por quienes escribieron literatura testimonial, puede pensarse como antecedente de la Historia Reciente.

⁷⁰⁶ Calveiro, “El testigo narrador”.

⁷⁰⁷ Acha, “Encrucijadas y obstinaciones en la distinción de historia y memoria: en torno a las prácticas memoriográficas en la Argentina”, 8.

⁷⁰⁸ Tozzi, “The epistemic and moral role of testimony in the constitution of the representation of recent past.”

⁷⁰⁹ Tozzi, 5.

⁷¹⁰ Tozzi, 17.

Para sostener esto, encontramos algunos motivos. En primer lugar, el papel como formadores de la generación siguiente que muchos de los cultores primigenios de la historia oral asumieron. Tal es el caso de Schwarzstein, por ejemplo, reconocida como iniciadora y mentora por parte de los compiladores de *Historia, memoria y fuentes orales* Vera Carnovale, Federico Lorenz y el ya mencionado Pittaluga, en la presentación de ese libro.⁷¹¹ Otro tanto corresponde a la figura de Pozzi como propulsor de la organización institucional de la historia oral y compilador de obras colectivas que promueven esta técnica. En segundo lugar, siguiendo la propuesta de Alonso, si miramos comparativamente los dos grandes períodos de circulación testimonial, podemos pensar el desarrollo de la historiografía en paralelo al auge de la memoria de la última dictadura. Si durante la década que va de 1984 a 1994 el testimonio adoptó principalmente la forma de prueba judicial y las obras de científicos sociales estaban vinculadas al carácter de reinterpretación generacional de los hechos, a partir de 1995 comienza el éxito editorial de las primeras obras testimoniales de circulación masiva. Podría entonces pensarse, entonces, la primera reacción del campo historiográfico encarnada en la nota firmada por Romero en el diario *Clarín* en mayo de 1997, “Nos falta una buena historia de los años setenta”.⁷¹² Si bien esta postura de fuerte crítica contra la historia del pasado reciente venía manifestándose en otras intervenciones, que recogimos al comienzo de este apartado, en esta oportunidad manifiesta la ausencia de “una verdadera reconstrucción histórica” y centra sus objeciones en la literatura circulante. Intentaremos a continuación reconstruir cuáles fueron las polémicas que se desarrollaron en torno a la posibilidad de historizar el pasado reciente argentino en marco de la consolidación de la nueva subdisciplina. Si bien esta reacción de Romero representaba, en algún sentido, al sector dominante de la historiografía académica, en la década de los 2000 comenzarán a proliferar nuevas voces que disputarán los sentidos que este historiador impulsaba.

III.1.1.2. La consolidación de la Historia Reciente: los sesenta y los setenta en la historiografía argentina

A partir del año 2000 se observa la cristalización de un proceso de crecimiento de las producciones dedicadas al pasado reciente en el campo historiográfico que comienza a

⁷¹¹ Carnovale, Lorenz, y Pittaluga, *Historia, memoria y fuentes orales*.

⁷¹² Romero, “Nos falta una buena historia de los años setenta”.

mediados de la década anterior.⁷¹³ Este proceso fue vertiginoso. Si para finales de la década de 1990 el nombre del área en cuestión no estaba aún definido, en el año 2008 Alejandro Cattaruzza se inclinaba a favor de considerar “normalizado” el período 1955-1966.⁷¹⁴ La pregunta que este historiador plantea, a la que intentaremos dar respuesta, es si una “normalización” semejante es posible para las décadas siguientes y, en tal caso, si esto supondría su despolitización.⁷¹⁵ En el mismo año, Lvovich y Bisquert señalaban que “Solo en los últimos años, la *historia reciente* (...) ha obtenido mayor reconocimiento y legitimidad académica”.⁷¹⁶ Un año antes, la obra fundamental *Historia Reciente* de Franco y Levín daba cuenta del estado del área en su subtítulo: *Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. Esta eclosión puede observarse a partir de dos fenómenos. El primero tiene que ver con la fundación de archivos dedicados al pasado reciente y la institucionalización de espacios académicos con el mismo fin. El segundo puede pensarse a partir de dos aristas: la primera es, obviamente, el crecimiento de la cantidad de trabajos y, sobre todo, la multiplicación y renovación de las temáticas; la segunda, ligada a la primera, una serie de obras, en general colectivas, que funcionan como muestreo de la diversidad de la Historia Reciente y dan cuenta de la autoconciencia fundacional de sus cultores.

Pittaluga afirma que las marcas de los cambios que enumeramos en el apartado anterior se materializaron en el giro que dio la sociedad civil en torno a la preservación de fuentes documentales y la revalorización de los archivos. Este movimiento desde la sociedad civil se vio acompañado por un proceso de transformación de las políticas de la memoria desde el

⁷¹³ Algunos autores señalan al año 2001, por el tamaño y el carácter de la crisis económica, política y social, como el punto de inflexión, particularmente en lo que refiere al estudio de las organizaciones político-militares. El año 2000 es tomado aquí como una frontera difusa y no una demarcación tajante entre dos etapas cualitativamente distintas. Cfr. Gabriel Rot, “Un balance de los estudios sobre las Organizaciones Político-Militares argentinas”, *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, n° 9 (2016): 33–53, <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n9.155>; Martín Mangiantini, “Los estudios sobre la lucha armada y las organizaciones político-militares en los años setenta. Hacia un balance historiográfico de su producción reciente (2001-2015)”, *Estudios: Centro d Estudios Avanzados*, n° 34 (2015): 79–99, <https://doi.org/10.31050/1852.1568.n34.13336>.

⁷¹⁴ La “normalización” se daría “(...) puede pensarse que se trata de una etapa y unos temas que no se ubican ya académicamente en los márgenes, que no se encuentran implícitamente interdictos, de los que no puede predicarse ya con sinceridad que sean propios de algún sector en particular, ni ideológico ni historiográfico, como prueba la bibliografía existente, heterogénea desde estos puntos de vista. Un período y unos problemas más, entre otros tantos y, si se quiere, admitidos por el mundo académico.” Cattaruzza, “Los años sesenta y setenta en la historiografía argentina (1983? 2008): una aproximación”, 7.

⁷¹⁵ Cattaruzza, 8.

⁷¹⁶ Lvovich y Bisquert, *La cambiante memoria de la dictadura. Discursos públicos, movimientos sociales y legitimidad democrática.*, 75.

Estado a partir de la presidencia de Néstor Kirchner (2003-2007).⁷¹⁷ Como parte de estas políticas se fundó el Archivo Nacional de la Memoria en diciembre de 2003 y se lo ubicó en el ex Centro Clandestino de Detención (CCD) de la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA).⁷¹⁸ En paralelo, se crearon instituciones como la Asociación Memoria Abierta en 2000, la Comisión Provincial por la Memoria (CPM) en 2000 y el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina (CeDInCI) en 1997.⁷¹⁹ En vinculación a estas iniciativas se produjo la recopilación y edición de documentos como los de Baschetti, De Santis y Duhalde.⁷²⁰ A comienzos de la década del 2000, además, comenzó el desarrollo de jornadas académicas y espacios de formación sobre el pasado reciente. El primero de ellos fue el “Primer Coloquio Historia y Memoria. Perspectivas para el abordaje del pasado reciente” organizado por la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de la Plata y la CPM en 2002. Un año después, en 2003, la misma facultad, apoyada por la CPM, inauguró la Maestría en Historia y Memoria.⁷²¹ Ese mismo año comenzó a realizarse el evento académico más importante del campo académico de la Historia Reciente: las Jornadas de Trabajo sobre Historia Reciente. Su primera edición se realizó en la Universidad Nacional de Rosario y continúan hasta la fecha.⁷²²

Este proceso de consolidación no estuvo, sin embargo, exento de disputas. Iniciada la década de 2000, Romero realizó algunas intervenciones en medios académicos en las que mostraba cierta moderación en sus posiciones iniciales de rechazo a la práctica de la Historia Reciente.⁷²³ Ya en el año 2003, con la publicación de un artículo en la revista *Clío & asociados*

⁷¹⁷ Sobre este proceso puede consultarse Lvovich y Bisquert, 79–93.

⁷¹⁸ <http://www.saij.gob.ar/1259-nacional-creacion-archivo-nacional-memoria-dn20031001259-2003-12-16/123456789-0abc-952-1001-3002soterced> Consultado el 11/10/2020. Cfr. Federico Lorenz. “Archivos de la represión y memoria en la República Argentina”, en Anne Pérotin-Dumon (dir.). *Historizar el pasado vivo en América Latina*. http://etica.uahurtado.cl/historizarelpasadovivo/es_contenido.php

⁷¹⁹ Pittaluga, “Miradas sobre el pasado reciente argentino. Las escrituras en torno a la militancia setentista (1983-2005)”, 141. Cfr. Carnovale, Lorenz, y Pittaluga, *Historia, memoria y fuentes orales*.

⁷²⁰ Los *Documentos* de Baschetti, editados entre 1996 y 2002, que siguen un orden cronológico que comienza en 1970. Algunos años antes había publicado un compendio documental sobre la Resistencia Peronista. Consultar <http://www.robertobaschetti.com/>. Sobre el PRT-ERP Daniel de Santis editó y publicó dos tomos con documentos entre 1998 y 2000. Eduardo Luis Duhalde y Eduardo Pérez hicieron lo propio con documentos vinculados a las FAR y al Peronismo de Base.

⁷²¹ <http://posgrado.fahce.unlp.edu.ar/course/maestria-en-historia-y-memoria/>

⁷²² Franco y Lvovich dan cuenta del volumen de crecimiento de estas jornadas atendiendo al número de ponencias en Marina Franco y Daniel Lvovich, “Historia Reciente: apuntes sobre un campo de investigación en expansión”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”* Tercera se, n° 47 (2017): 190–217.

⁷²³ En otro contexto, reproducimos esta discusión en Gonzalo Urteche, “Mejor hablar de ciertas cosas. La consolidación de la historia reciente en la Argentina y dos debates al respecto”, en *¿Qué ves? ¿Qué ves cuando me*

de la Universidad Nacional del Litoral, el historiador argumentó en torno a la necesidad, en términos valorativos, de una práctica aséptica de la Historia Reciente para poder construir una mirada distanciada y una actividad académica escindida de los valores ciudadanos.⁷²⁴ A la vez, ponderó, y consideró exitoso, el intento de impartir una memoria pública del pasado reciente basada en la condena a la dictadura desde las asignaturas de Historia y Civismo en las escuelas argentinas. Esta posición de apertura hacia el pasado reciente, que se tradujo en un cambio frente a la negativa mostrada diez años antes, fue contestada por Alonso y María Laura Tornay en el número subsiguiente de la revista, a través de un artículo en el que dieron cuenta del carácter heterogéneo de quienes forman parte del campo de la Historia Reciente, así como del desarrollo incipiente de la especialidad en ese momento, y la imbricación mostrada entre prácticas académicas y movimiento de derechos humanos.⁷²⁵ Estos historiadores cuestionaron a Romero el uso acrítico de categorías como “Democracia” o “Proceso” para establecer valoraciones positivas y negativas sobre el pasado reciente, y su intento por desmarcarse de los historiadores “militantes”.⁷²⁶ Es decir, lo que Alonso y Tornay hicieron fue exponer el afán de Romero por velar su propia posición política a través del establecimiento de un “nosotros” académico que se enfrentaría a quienes no se ciñen a las normas del oficio, y su esfuerzo por imponer una disociación entre historiografía y política.⁷²⁷ Cuatro años más tarde, en 2008, Romero publicó un artículo en el número 10 de la revista *Lucha Armada en la Argentina*, con el propósito de polemizar acerca de la construcción de la memoria y -lo que nos resulta de mayor interés- el rol de los/as historiadores/as del presente.⁷²⁸ En ese artículo, anticipaba y esgrimía con mayor profundidad algunos de los argumentos que luego publicaría en la prensa. Por un lado, defendía al “*Nunca más*” como el “más sólido fundamento de la democracia republicana” y, por el otro, intentaba orientar las intervenciones historiadoras sobre los “pasados dolorosos”. En el número siguiente de la

ves? *Ejercicios de interpretación con fuentes del pasado reciente argentino*, ed. Débora D’Antonio (Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2020).

⁷²⁴ Luis Alberto Romero, “Recuerdos del Proceso, imágenes de la Democracia: luces y sombras en las políticas de la memoria”, *Clío & Asociados. La historia enseñada* 7 (2003): 113–22.

⁷²⁵ Luciano Alonso y María Laura Tornay, “Políticas de la memoria y actores sociales (a propósito de un ensayo de Luis Alberto Romero)”, *Clío & Asociados. La historia enseñada* 8 (2004): 167.

⁷²⁶ Alonso y Tornay, 155, 156, 158.

⁷²⁷ Alonso y Tornay, 160.

⁷²⁸ Luis Alberto Romero, “La memoria del Proceso argentino y los problemas de la democracia: La memoria, el historiador y el ciudadano.”, *Lucha armada en la Argentina*, n° 10 (2008): 1–11, <http://luisalbertoromero.com.ar/publicaciones/page/3/>.

misma revista, las/os historiadoras/es Andrea Andújar, Débora D'Antonio y Ariel Eidelman respondieron los puntos más controversiales de su escrito y adelantaron la hipótesis de que el interés mostrado por Romero en los vínculos entre Historia y Memoria significaría una suerte de abandono de su lucha contra la intervención de la política en la historia y, en cambio, su finalidad sería la de disciplinar las investigaciones en el campo de la Historia Reciente.⁷²⁹ A tono con el debate anterior, la mirada pretendidamente distanciada y despolitizada que sostiene Romero para la historia del pasado cercano se colisionaba contra su adscripción incuestionada a la teoría de los dos demonios. Según estas/os tres historiadoras/es, la pretendida escisión entre historiografía y política, entonces, no sería otra cosa que una forma de ocultar una mirada moralizante de los años setenta —y, además, profundamente politizada— y negar la existencia de una demanda social que provenía de un amplio sector de historiadores “profesionales”.⁷³⁰

Algunas muestras de esta flexibilización de sus ideas con respecto a la Historia Reciente son, por un lado, la última edición de su obra clásica *Breve Historia Contemporánea de la Argentina* que incluye el estudio de los gobiernos de Néstor y Cristina Kirchner y,⁷³¹ por otro, pero no menos importante, el hecho de ser él mismo quien coordina para la editorial Siglo XXI la colección “El pasado presente”, que incluye obras dedicadas a la historia argentina reciente.⁷³² Insistentemente, aunque ya no desde la academia sino desde las columnas de periódicos de tirada nacional, Romero cuestiona e intenta orientar la práctica de la Historia Reciente al calificarla de “militante” y considerarla de “menor calidad” que otras especialidades. Desde su punto de vista, el historiador puede hacer aportes a los debates y controversias si interviene con mesura, teniendo “bien puestos” sus principios, que asumimos, son los de la profesión.⁷³³

A partir del año 2000 se produce también un aumento en la cantidad de obras historiográficas y se inicia un proceso de ampliación de los temas y los problemas. Si bien la disciplina histórica comienza a ocupar un lugar cada vez más preponderante en la producción sobre el pasado reciente, el carácter interdisciplinario de la Historia Reciente

⁷²⁹ Andújar, D'Antonio, y Eidelman, “En torno a la interpretación de la historia reciente. Un debate con Luis Alberto Romero”, 113.

⁷³⁰ Andújar, D'Antonio, y Eidelman, 116.

⁷³¹ Luis Alberto Romero, *Breve historia contemporánea de la Argentina 1916-2016. Edición definitiva*. (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2017).

⁷³² <https://sigloxxieditores.com.ar/coleccion/historia-y-cultura-serie-el-pasado-presente/>

⁷³³ Luis Alberto Romero, “Historiadores del tiempo presente”, *La Nación*, 29 de abril de 2017.

será un rasgo que no se perderá en esta etapa. En un artículo del año 2013, D'Antonio y Eidelman examinaron las producciones académicas sobre el pasado reciente estructurándolas en tres ejes: la violencia política, la represión estatal y la clase obrera.⁷³⁴ Recuperamos nosotros esta clasificación para intentar organizar un panorama general que nos permita comprender el estado de las investigaciones sobre el pasado reciente. La clase obrera o la historia de los trabajadores es un área temática de importancia para la Historia Reciente.⁷³⁵ Entre las preocupaciones vinculadas a la clase obrera antes de 1960 se destaca el trabajo, ya mencionado, de James *Resistencia e integración*. Específicamente sobre las décadas de los sesenta y setenta, las investigaciones en torno al Cordobazo han ocupado un lugar preponderante.⁷³⁶ En relación directa con esta temática, el clasismo en la provincia de Córdoba se transformó también en un área de interés al igual que los vínculos entre movimiento obrero y las izquierdas.⁷³⁷ Por supuesto, los estudios vinculados con el peronismo y los sindicatos y las relaciones entre bases y cúpulas sindicales han sido objeto de interés. El lugar y el papel de los trabajadores y el sindicalismo durante la última dictadura suscitó algunos debates específicos. Andrés Carminati identificó tres momentos historiográficos de los estudios sobre la clase trabajadora en la última dictadura: el primero, que va desde el ocaso de la dictadura hasta finales de los años ochenta, el segundo, en la década de los noventa, período en que identifica muy pocos trabajos sobre el tema y, por último, el tercero, que se inicia con el siglo XXI.⁷³⁸ En términos generales, los autores insisten

⁷³⁴ D'Antonio y Eidelman, "Antecedentes y genealogía de la historiografía sobre la Historia Reciente en la Argentina".

⁷³⁵ D'Antonio y Eidelman, 10.

⁷³⁶ Juan Hernández, "El Cordobazo y sus interpretaciones", en *El Rodaballo*, 2000, n° 10, p. 47-52; Horacio Tarcus, "Un mayo caliente: el Cordobazo", en *Todo es Historia*, 1999, n° 382, p. 4-35; Mónica Gordillo, "Movimientos sociales e identidades colectivas: repensando el ciclo de protesta obrera cordobés de 1969-1971", en *Desarrollo Económico*, 1999, vol. 39, n° 155, p. 385-408;

⁷³⁷ Mónica Gordillo, "Sindicalismo y radicalización en los setenta: las experiencias clasistas", en AA.VV. (comps.), *Argentina, 1976*, (Buenos Aires, FCE/El Colegio de México, 2007); James Brennan y Gordillo, Mónica, *Córdoba rebelde*, (Buenos Aires, De la Campana, 2008) y James Brennan, *El Cordobazo*, (Buenos Aires, Sudamericana, 1996).

⁷³⁸ Francisco Delich, "Después del diluvio, la clase obrera" en Rouquié, Alain. (comp.), *Argentina, hoy*, (México, Siglo XXI, 1982); Francisco Delich, "Desmovilización social, reestructuración obrera y cambio sindical", en: Waldman, Peter y Garzón Valdés, Ernesto, *El Poder militar en la Argentina, 1976-1981*, (Buenos Aires, Galerna, 1983); Ricardo Falcón, "Conflicto Social y régimen militar. La resistencia obrera en Argentina", en Galitelli, Bernardo y Thompson, Andrés (comp.), *Sindicalismo y regímenes militares en Argentina y Chile*, (Amsterdam, CEDLA, 1982); Álvaro Abós, *Las organizaciones sindicales y el poder militar (1976-1983)*, (Buenos Aires., CEAL, 1984); Pablo Pozzi, *Oposición obrera a la Dictadura (1976-1982)* Andrés Carminatti, "Algo habrán hecho". La historia de los trabajadores durante la última dictadura militar (1976-1983) Un repaso historiográfico", *Historia Regional* 25, n° 30 (2012): 13-14.

en que la historia de los trabajadores transitó el camino que va desde una mirada tradicional o estructuralista, centrada en los condicionamientos económicos, a otra, renovadora, que coloca el foco en la cultura obrera y su sociabilidad más allá del ámbito de trabajo.⁷³⁹

Los estudios sobre la represión estatal aparecieron tempranamente, a comienzos de la década de 1980. Obras pioneras, producto de la militancia antidictatorial, fueron las de Eduardo Luis Duhalde, Augusto Conte McDonell y Emilio Mignone.⁷⁴⁰ En este mismo grupo fundacional podemos ubicar, también, el trabajo del politólogo francés Alain Rouquié sobre el poder militar en la Argentina. Ya en la década de los noventa, se inicia un proceso de renovación de las miradas sobre la represión al calor de la influencia de estudios producidos en Europa y Estados Unidos. Así, algunos versaron sobre la “productividad” del poder dictatorial a la luz de conceptos como el de “performatividad del lenguaje”, sobre la construcción de las identidades de género y nacionales y las estructuras de la familia.⁷⁴¹ A esta etapa corresponde también el trabajo de Calveiro al que nos referimos en la sección anterior y calificamos, siguiendo a Acha, como práctica histórico-memoriográfica. Es un trabajo importante en tanto ofreció el primer análisis de la lógica de funcionamiento del aparato desaparecedor y los CCD.⁷⁴² Desde finales de la década de 1990 y comienzos del siglo XXI se han incorporado nuevas miradas y perspectivas tales como las relaciones entre la prisión política y las detenciones excepcionales, las resistencias en los espacios de cautiverio, el disciplinamiento sexual y de género, las dinámicas locales y regionales y un renovado énfasis en las continuidades en el aparato represivo que ha minado la idea, central durante buena parte del período post 1983, de la dictadura como discontinuidad histórica.⁷⁴³

Finalmente, la violencia política aparece como el tercer gran eje que articula la producción sobre el pasado reciente. Estas discusiones aparecieron muy tempranamente, incluso durante la misma década de 1970, permeando los debates de la militancia peronista y

⁷³⁹ D'Antonio y Eidelman, “Antecedentes y genealogía de la historiografía sobre la Historia Reciente en la Argentina”, 10; Carminatti, “‘Algo habrán hecho’. La historia de los trabajadores durante la última dictadura militar (1976-1983) Un repaso historiográfico”, 28.

⁷⁴⁰ Eduardo Luis Duhalde, *El estado terrorista argentino*

⁷⁴¹ Marguerite Feitlowitz, *A lexicon of terror: Argentina and the legacies of torture*, (New York: Oxford University Press, 1998); Diane Taylor, *Disappearing acts*, (Durham and London: Duke University Press, 1997); Judith Filc, *Entre el parentesco y la política*, (Buenos Aires: Biblos, 1997).

⁷⁴² Calveiro, *Poder y desaparición: los campos de concentración en Argentina*.

⁷⁴³ D'Antonio y Eidelman, “Antecedentes y genealogía de la historiografía sobre la Historia Reciente en la Argentina”, 9. Débora D'Antonio, *La prisión en los años 70. Historia, género y política* (Buenos Aires: Biblos, 2016).; Paula Canelo, *El proceso en su laberinto*, (Buenos Aires: Prometeo, 2009)

marxista. Algunas de estas cuestiones tenían que ver con disputas en torno al carácter del conflicto que se estaba desarrollando: si era o no una guerra civil, si se trataba efectivamente de una situación revolucionaria o no alcanzaba ese estatus. Representantes de este tipo de debates son Beba Balvé y Juan Carlos Marín, por citar dos nombres paradigmáticos. En paralelo y en franca discusión con estas posiciones, los trabajos de Peter Waldmann tendieron a asociar a la guerrilla, impulsada por las organizaciones político militares, al terrorismo. Ya en la década de los ochenta, el historiador inglés Richard Gillespie publicó su trabajo pionero sobre Montoneros, en inglés en 1982 y en castellano en la Argentina en 1987. Polemizaba con las hipótesis difundidas por Waldmann que entendían casi sin miramientos una identificación plena entre guerrilla y terrorismo. Se trató de la primera obra académica que intentó una pesquisa profunda en torno a este fenómeno. Por otro lado, herederos del trabajo de Waldmann serán las producciones que proliferarán en los años ochenta en buena parte de la intelectualidad argentina. Estas publicaciones aparecieron en una colección editada por el Centro Editor de América Latina (CEAL). Claudia Hilb y Daniel Lutzky acusaban a la “nueva izquierda”, surgida en los años sesenta, de haber renunciado a la política en pos de la violencia y Matilde Ollier, por otro lado, del desarrollo de una “cultura de la muerte” en estas organizaciones.⁷⁴⁴ Estas obras se enmarcan, y así las hemos citado, en las producciones que poseen vasos comunicantes entre historia y memoria en tanto sus autores pertenecieron a diversas experiencias de militancia.

En el contexto de las obras dedicadas a las organizaciones político-militares, la obra de Pozzi, *Por las sendas argentinas*, publicada originalmente en el año 2001, ocupa un lugar especial en este recorrido.⁷⁴⁵ Se trata de un trabajo pionero en el que este historiador indaga en aspectos variados del Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (composición e inserción social, perspectivas teóricas, roles de género), alejándose de las miradas que colocaban el foco únicamente en la violencia y la lucha armada. Con la publicación de este libro, Martín Mangiantini considera que opera un “quiebre historiográfico” a partir del cual pueden identificarse líneas de continuidad y de ruptura en

⁷⁴⁴ Claudia Hilb y Daniel Lutzky, *La nueva izquierda argentina, 1960-1980. Política y violencia*; Matilde Ollier, *De la Revolución a la Democracia: cambios privados, públicos y políticos de la izquierda revolucionaria*; Matilde Ollier, *El fenómeno insurreccional y la cultura política*.

⁷⁴⁵ Pozzi, *Por las sendas argentinas - El PRT/ERP - La guerrilla marxista*. Le dedicaremos una sección exclusiva a su análisis en el siguiente capítulo.

relación con la historiografía precedente.⁷⁴⁶ Como continuidad, Mangiantini considera las obras con un anclaje en la subjetividad de aquellos que fueron partícipes del período y diferencia entre aquellos que escriben en un “tono ensayístico” y quienes hacen una “historiografía militante-testimonial”, aunque sin especificar demasiado qué caracteriza a cada una.⁷⁴⁷ En cuanto a las rupturas, este autor identifica ocho líneas o espacios de investigación.⁷⁴⁸ Entre ellas se destaca la publicación *Lucha Armada en la Argentina* a la que ya nos hemos referido pero que no hemos descrito. Esta revista, dirigida por Gabriel Rot y Sergio Bufano, se publicó entre los años 2004 y 2008 y contó con once números. En ella se congregaron numerosos especialistas en la temática con antiguos militantes que pertenecieron a organizaciones político militares. Mangiantini identifica dos tipos de producciones al interior de *Lucha Armada*: las de neto corte historiográfico que daban cuenta de “experiencias concretas” de los diferentes grupos que conformaron el universo de partidos políticos armadas y, la segunda, “relatos de tono ensayístico” que reflexionaban sobre la violencia política.⁷⁴⁹ Con esta mirada coincide Julieta Bartoletti quien, además, agrega las escasas interacciones entre los dos tipos de intervenciones.⁷⁵⁰ Identifica dos líneas: una que buscaba desentrañar los orígenes de la violencia política, entendiéndola como un factor inherente a ciertas ideologías, y rechazaba de plano estas experiencias y, una segunda, que se enfocaba en el conflicto social que sostenía la lucha armada para preguntarse por los motivos de su fracaso.

Por su parte, Rot, uno de los directores de *Lucha Armada*, sostiene que, desde el año 2001 proliferaron tres tendencias en torno al estudio de las organizaciones político-militares. A la

⁷⁴⁶ Mangiantini, “Los estudios sobre la lucha armada y las organizaciones político-militares en los años setenta. Hacia un balance historiográfico de su producción reciente (2001-2015)”, 82. Es menester mencionar también el trabajo de Gabriel Rot sobre el Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP) y el de Pozzi y Schneider, *Los setentistas*, ambos del año 2000. Pablo Pozzi y Alejandro Schneider, *Los setentistas. Izquierda y clase obrera, 1969-1976* (Buenos Aires: Eudeba, 2000); Gabriel Rot, *Los orígenes perdidos de la guerrilla argentina. Jorge Ricardo Masetti y el EGP* (Buenos Aires: El cielo por asalto, 2000).

⁷⁴⁷ Mangiantini, “Los estudios sobre la lucha armada y las organizaciones político-militares en los años setenta. Hacia un balance historiográfico de su producción reciente (2001-2015)”, 83.

⁷⁴⁸ Estas serían: el Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales, originalmente ligado a la figura de Marín y continuado por Inés Izaguirre y Pablo Bonavena; el colectivo El Topo Blindado, continuador de la experiencia de la revista *Lucha Armada en la Argentina*; el ya mencionado CeDinCI, el grupo de *Razón y Revolución* con base en la Universidad de Buenos Aires; los estudios de género; los estudios regionales y, finalmente, los estudios “por fuera de la historia” como los provenientes de la Ciencia Política e, incluso, de la divulgación histórica. Mangiantini, 84-89.

⁷⁴⁹ Mangiantini, 85.

⁷⁵⁰ Julieta Bartoletti, “Discutir la violencia política en Argentina. La experiencia de la revista *Lucha Armada* (2004-2008)”, *Taller (Segunda Época). Revista de Sociedad, Cultura y Política en América Latina* 2, nº 2 (2013).

primera la define como “enfoque organizacional” que, en general, responde a miradas oficiales de las distintas organizaciones y que tiende a escindirlas de los marcos nacionales e internacionales de actuación.⁷⁵¹ La segunda tendencia es el “enfoque culturalista” que toma a la cultura política y las construcciones identitarias como los rasgos principales para definir a las organizaciones político-militares.⁷⁵² Se destaca, dentro de esta corriente, el trabajo de la historiadora Vera Carnovale, *Los combatientes*.⁷⁵³ En esa obra, la autora propone un análisis del PRT-ERP a partir de su imaginario colectivo y la subjetividad e identidad partidaria marcada por la idea de “imaginario sacrificial”. La última de las tendencias que señala Rot, es la llamada “sociología del conflicto social” que incluye a los trabajos de Marín e Izaguirre desde la perspectiva, ya mencionada, de la lucha de clases y los debates en torno a la existencia o no una guerra civil.⁷⁵⁴ En los últimos años se han acrecentado las investigaciones sobre las experiencias locales, provinciales y regionales,⁷⁵⁵ los grupos guerrilleros menores, corrientes no armadas dentro de la izquierda y los estudios de género.⁷⁵⁶ Franco y Lvovich han afirmado que la violencia política se transformó en el problema articulador más importante dentro de la Historia Reciente puesto que logra condensar todos los temas de interés que hemos venido enumerando hasta aquí: la última dictadura, la represión estatal, la radicalización política y la militancia.⁷⁵⁷

Por último, nos encontramos con una serie de obras, en general de carácter colectivo, que intentaron reflexionar sobre la práctica de la Historia Reciente y sus posibilidades temáticas, sobre el uso de testimonios orales y sobre la representación del pasado reciente a partir de diversos soportes y registros.⁷⁵⁸ Las abordaremos especialmente en los próximos dos apartados. En primer lugar, intentaremos relevar cuáles fueron los planteos que circularon en torno a la definición de la competencia temporal de la Historia Reciente. En el capítulo anterior intentamos definir la temporalidad propia de la historia del tiempo presente,

⁷⁵¹ Rot, “Un balance de los estudios sobre las Organizaciones Político-Militares argentinas”, 36.

⁷⁵² Rot, 38.

⁷⁵³ Carnovale, *Los combatientes (Historia del PRT-ERP)*.

⁷⁵⁴ Rot, “Un balance de los estudios sobre las Organizaciones Político-Militares argentinas”, 46.

⁷⁵⁵ Javier Salcedo, *Los montoneros del barrio* (Caseros: EdUNTREF, 2011).

⁷⁵⁶ Natalia Casola, *El PC argentino y la dictadura militar*, (Buenos Aires: Imago Mundi, 2015); Alejandra Oberti, *Las revolucionarias: militancia, vida cotidiana y afectividad en los setenta* (Buenos Aires: Edhasa, 2015).

⁷⁵⁷ Franco y Lvovich, “Historia Reciente: apuntes sobre un campo de investigación en expansión”, 202.

⁷⁵⁸ Oberti y Pittaluga, *Memorias en montaje. Escrituras de la militancia y pensamientos sobre la historia*; Carnovale, Lorenz, y Pittaluga, *Historia, memoria y fuentes orales*; Franco y Levín, *Hist. reciente. Perspect. y desafíos para un campo en construcción*.

entendiéndola como un desarrollo europeo, con sus particularidades nacionales. Al igual que esos casos, los debates en torno a qué significa que se practique una historia de “lo reciente” en Argentina no ha sido demasiados. Sí encontramos algunas reflexiones en estas obras que mencionamos y algunas referencias cruzadas, que no llegan a constituir un debate, pero que permiten pensar posturas diversas en torno al carácter “normal” o no de este tipo de práctica historiográfica.⁷⁵⁹ En segundo lugar, en el apartado III. 2., abordaremos la forma en que cada una de estas obras se concibe no solo al testimonio sino también a la situación de entrevista y la producción del mismo. Tampoco con respecto a este tema se produjeron debates, pero sí posturas divergentes.

III. 1.2. ¿Qué tiempo implica “lo reciente”? El presente y la posibilidad de un “trauma argentino”

Hemos estado desarrollando las principales líneas de investigación de la Historia Reciente argentina. Como denominador común entre las diversas expresiones de esta subdisciplina, encontramos el interés en las décadas de los sesenta y los setenta y, particularmente, en la represión estatal, encarnada por la última dictadura, y la violencia política en general. Esta cuestión es retomada por varios importantes referentes del campo. Al mismo tiempo, en los trabajos académicos argentinos sobre el pasado reciente se describe, frecuentemente, a los sucesos del período o, incluso, al período en su totalidad, como traumático. Es decir que, si bien irreductibles entre sí, ambas cuestiones están entrelazadas. Esta vinculación con eventos violentos configuró tempranamente a la Historia Reciente como una forma de historia del presente.⁷⁶⁰ Sin embargo, Alonso menciona en “La “Historia reciente” argentina como forma de Historia actual: emergencia, logros, ¿bloqueos?” que el nombre que adquirió esta especialidad fue asumido sin mayores debates. De esta forma, aunque su nombre pueda hacer pensar en un mero recorte cronológico, este historiador plantea que su definición temprana se vinculaba a una forma de “historia actual”.⁷⁶¹

Lo cierto es que las reflexiones teóricas en torno a la historia reciente argentina no han sido frecuentes ni numerosas. Lo que ha primado es un compendio de trabajos, en general

⁷⁵⁹ Para pensar este carácter “normal” retomamos lo propuesto por Cattaruzza anteriormente e incorporamos como rasgo fundamental el carácter temporal, es decir, la introducción de un quiebre performativo entre pasado y presente que permita la indagación científica.

⁷⁶⁰ Alonso, “La ‘Historia reciente’ argentina como forma de Historia actual: emergencia, logros, ¿bloqueos?”, 78.

⁷⁶¹ Alonso, 78.

artículos científicos, que tienen un carácter de revisión historiográfica y balance de los avances del campo.⁷⁶² Este tipo de reflexión apareció muy tempranamente con relación al momento de surgimiento de la Historia Reciente y su flujo de producción ha sido continuo. Da cuenta de la autoconciencia, por parte de los cultores de la subdisciplina, del carácter de novedad, de la necesidad de disputar espacios en el contexto institucional y de los vínculos establecidos más allá de ámbito específicamente científico.

Este carácter episódico y más bien marginal de la reflexión teórica no ha impedido que se expresen posturas divergentes en torno a cuestiones fundamentales, como la demarcación temporal que incumbiría a la Historia Reciente. Una gran parte de los especialistas concuerdan en la idea de que esta subdisciplina no requiere ningún tipo de innovación conceptual, ni epistemológica ni metodológica.⁷⁶³ Alonso, por su parte, explicaba la existencia de este campo científico recurriendo a la noción acuñada por Pierre Bourdieu: las elecciones temáticas y metodológicas estarían expresando una lucha por la distribución del capital que determina las posiciones de poder relativas al interior de la disciplina y no mucho más.⁷⁶⁴ Al mismo tiempo, este historiador cuestionaba el carácter completamente novedoso que una historiografía dedicada a pasados cercanos tiene en la Argentina. De esta manera, afirmaba que los intelectuales que se dedicaron al pasado reciente han sido numerosos aunque estas producciones se encontraban, por lo general, al margen de la academia, como, por ejemplo, los títulos publicados por el CEAL a comienzos de la década de 1970 y los

⁷⁶² Marina Franco y Florencia Levín, “El pasado cercano en clave historiográfica”, en *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, ed. Marina Franco y Florencia Levín (Buenos Aires: Paidós, 2007), 31–65. Cattaruzza, “Los años sesenta y setenta en la historiografía argentina (1983? 2008): una aproximación”; Brienza, “La escritura de la historia del pasado reciente en la Argentina democrática”; Andújar, D’Antonio, y Eidelman, “En torno a la interpretación de la historia reciente. Un debate con Luis Alberto Romero”; Águila, “La Historia Reciente en la Argentina: un balance”; D’Antonio y Eidelman, “Antecedentes y genealogía de la historiografía sobre la Historia Reciente en la Argentina”; Alonso, “Definiciones y tensiones en la formación de una Historiografía sobre el pasado reciente en el campo académico argentino”; Franco y Lvovich, “Historia Reciente: apuntes sobre un campo de investigación en expansión”; Levín, “Escrituras de lo cercano. Apuntes para una teoría de la historia reciente argentina”; Enzo Traverso, “Historia y Memoria. Notas sobre un debate”, en *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción* *Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, ed. Marina Franco y Florencia Levín (Buenos Aires: Paidós, 2007), 67–97.

⁷⁶³ Alonso, 63; Águila, “La Historia Reciente en la Argentina: un balance”, 73; Franco y Lvovich, “Historia Reciente: apuntes sobre un campo de investigación en expansión”, 191.

⁷⁶⁴ Alonso, “Definiciones y tensiones en la formación de una Historiografía sobre el pasado reciente en el campo académico argentino”, 60. Cfr. Pierre Bourdieu, *Campo de poder, campo intelectual* (Montessor, 2002); Pierre Bourdieu, “El campo científico”, *Actes de la recherche en sciences sociales* 1–2 (1976): 261–77.

trabajos del historiador marxista Milcíades Peña.⁷⁶⁵ Era su compromiso político explícito antes que su carácter “amateur” el que los mantenía por fuera de la universidad.⁷⁶⁶

Argumentando en favor de la idea de singularidad de esta subdisciplina, Franco y Levín en su influyente *Historia Reciente* decían: “La Historia de la Historia reciente es hija del dolor”.⁷⁶⁷ La referencia, clara, se dirigía a la cuestión que ya hemos mencionado y descrito: el hecho de que buena parte de la historiografía esté dedicada a la última dictadura, la violencia política y la represión estatal. Esta definición modélica, en un texto fundacional, es sin duda sintomática de uno de los modos posibles de concebir el campo. Estas historiadoras agregaban, sin embargo, que

No existen razones de orden epistemológico o metodológico para que la historia reciente *deba* quedar circunscripta a acontecimientos de este tipo, lo cierto es que la práctica profesional que se desarrolla en países como la Argentina y el resto del Cono Sur, que han atravesado regímenes represivos de una violencia inédita, el carácter traumático de ese pasado suele intervenir en la delimitación del campo de estudios.⁷⁶⁸

Polemizando abiertamente con esta postura, Alonso ha sostenido que la identificación de la Historia Reciente con crímenes de estado se deriva de los modelos europeos que asociaron la Historia del Tiempo Presente a los estudios sobre el Holocausto y que esto se plasma, de manera ejemplar, en los trabajos señeros de Elizabeth Jelin sobre memoria.⁷⁶⁹ Para Alonso, lo que se pone en juego al cuestionar la traslación del esquema europeo de una historia del

⁷⁶⁵ Sobre este carácter de novedad relativo hemos reflexionado en los capítulos anteriores. Vale recordar que la cuestión de lo novedoso no se relaciona únicamente con el abordaje del pasado cercano entendido cronológicamente sino fundamentalmente de cuestiones vinculadas a la epistemología de la historia. Alonso, “Definiciones y tensiones en la formación de una Historiografía sobre el pasado reciente en el campo académico argentino”, 59.

⁷⁶⁶ Alonso, 60.

⁷⁶⁷ Franco y Levín, *Hist. reciente. Perspect. y desafíos para un campo en construcción*, 16.

⁷⁶⁸ Franco y Levín, 34. Cursiva en el original. La misma postura encontramos en Franco y Lvovich, “Historia Reciente: apuntes sobre un campo de investigación en expansión”, 201.

⁷⁶⁹ Se refiere, particularmente, a *Los trabajos de la memoria*, (Madrid: Siglo XXI, 2002), y a la colección “Memorias de la represión” editada también por Siglo XXI. Alonso, “Definiciones y tensiones en la formación de una Historiografía sobre el pasado reciente en el campo académico argentino”, 52.

tiempo presente a la historia reciente argentina es la posibilidad de concebir a la historia reciente misma a partir de la noción de trauma.

El intento más acabado dentro del campo de realizar una teoría de la historia reciente argentina, se plasmó en el artículo de Levín “Escrituras de lo cercano. Apuntes para una teoría de la historia reciente argentina”.⁷⁷⁰ En este trabajo, la historiadora establece tres modelos posibles para conceptualizar la historia reciente. El primero de ellos se sostiene en los desarrollos teóricos de Aróstegui y Mudrovcic que analizamos en el capítulo anterior. Según hemos visto, lo específico de esta disciplina se encontraría en el hecho de la coetaneidad entre el sujeto y el objeto. Levín manifiesta su rechazo a esta postura en tanto considera que concibe a la historia “como una disciplina en abstracto”, “desentendida por completo de la naturaleza particular del pasado histórico que estudia y por lo tanto de la relación específica o históricamente situada del sujeto con respecto al objeto de conocimiento”.⁷⁷¹ El hiato que la historiadora encuentra entre la definición de este tipo de historiografía y la historicidad concreta fue salvado por Mudrovcic en el ya citado artículo “Regímenes de historicidad y regímenes historiográficos: del pasado histórico al pasado presente”, al vincular la historia del tiempo presente a una determinada forma de concebir el tiempo histórico, el presentismo.⁷⁷² Sin embargo, Levín junto con Franco han cuestionado también el recurso a la noción de régimen de historicidad en tanto que, si bien desmarca a la historia reciente de una definición estrictamente cronológica, fundamenta su particularidad en criterios o bien estrictamente metodológicos, como la posibilidad de trabajar con historia oral, o bien de orden egocéntrico: la coetaneidad del historiador con su pasado.⁷⁷³ Ahora bien, estas críticas no son del todo certeras cuando afirman que hay, en estas miradas, “el planteo de una disciplina en abstracto”. Se trata de un postulado general, de carácter teórico, que muestra, necesariamente, los vínculos de un sujeto con su tiempo y, en especial, de los historiadores del pasado reciente. En ese sentido, en tanto se es consciente de la pertenencia a un presente se lo es también de sus vínculos con los fenómenos históricos particulares, según la expresión utilizada por la historiadora. En segundo lugar, la crítica a la referencia autocentrada, de una historia del presente definida en estos términos, puede ser también

⁷⁷⁰ Levín, “Escrituras de lo cercano. Apuntes para una teoría de la historia reciente argentina”.

⁷⁷¹ Levín, 7.

⁷⁷² Mudrovcic, “Regímenes de historicidad y regímenes historiográficos: del pasado histórico al pasado presente”.

⁷⁷³ Franco y Levín, “El pasado cercano en clave historiográfica”, 34.

matizada. Tanto Aróstegui como Mudrovic recurren al concepto de generación para dar cuenta del carácter colectivo de la empresa. Una reducción individualista, que parece desprenderse del cuestionamiento de Franco y Levín, ignora el carácter colectivo y socialmente construido del conocimiento científico. Ahora bien, si la crítica es al “presentismo” entendido como la determinación presente de los intereses de investigación, lo que se hace es correr el foco del problema. A ese respecto nos hemos referido en el capítulo II.

La segunda forma de conceptualizar la historia reciente argentina que identifica Levín es la que asocia la especificidad de esta subdisciplina en el carácter violento del pasado a historiar. Según este modelo, la particularidad del estudio del pasado reciente no se vincula a una cuestión temporal sino al carácter novedoso y excepcional de ese período.⁷⁷⁴ Esta conceptualización tiene una contrapartida cronológica que sitúa, no sin discusiones, a la historia reciente entre el Cordobazo en 1969 y el período de transición democrática en los ochenta. En este caso, la historiadora critica el carácter ambiguo en torno a la definición del concepto de “violencia” en tanto no queda claro en qué sentido son solo estos años los caracterizados por la violencia política y no el pasado anterior. Al mismo tiempo, la historiografía ha tenido problemas, argumenta Levín, para definir cuál es la violencia que funciona como su referente, reduciendo las diferencias a adjetivaciones o sujetos de la acción.⁷⁷⁵ Este tipo de historiografía sostenida en la violencia como eje articulador tiene, según Acha, una fuerte impronta generacional.⁷⁷⁶ Como afirma Levín, los trabajos propios de esta “violentología” argentina —tal como la denomina potencialmente Acha— tuvieron un carácter fuertemente interdisciplinario: la mayor parte de sus cultores eran politólogos, sociólogos o psicólogos.

El tercer modo de conceptualizar la historiografía reciente argentina que Levín identifica es la que considera no ya la violencia en sí misma, sino las marcas que este exceso de violencia ha dejado en sus contemporáneos.⁷⁷⁷ Esta concepción es la que se asocia a la idea de trauma. Hemos visto que esta noción psicoanalítica ha sido utilizada de dos grandes formas: a partir

⁷⁷⁴ Levín, “Escrituras de lo cercano. Apuntes para una teoría de la historia reciente argentina”, 6–7.

⁷⁷⁵ Levín, 7.

⁷⁷⁶ Omar Acha, “Dilemas de una violentología argentina: tiempos generacionales e ideologías en el debate sobre la historia reciente”, *Ponencia presentada en las V Jornadas de Trabajo sobre Historia Reciente*, n° 1984 (2010): 1–22, http://eva.universidad.edu.uy/pluginfile.php/348098/mod_resource/content/1/SIGAL_VERON_Perón_o_muerte.pdf, 2.

⁷⁷⁷ Levín, “Escrituras de lo cercano. Apuntes para una teoría de la historia reciente argentina”, 7.

de un uso amplio y descriptivo o bien, a partir de la importación conceptual estrecha de la teoría psicoanalítica. Sus usos en la historiografía argentina no escapan a esta dicotomía.⁷⁷⁸ En un reciente artículo, la historiadora define al trauma “como un experiencia de disolución (o aniquilamiento) de la experiencia histórica”.⁷⁷⁹ Esta disolución, sin embargo, no implica que no sea una experiencia histórica sino que es el sujeto el que “pierde soberanía con respecto a su propia experiencia”.⁷⁸⁰ Para Levín, “lo traumático” se transforma en agente y efecto de una modalidad de subjetivación “desdoblada y fracturada” en la que “el pasado es articulado como retrospectión y no como anterioridad”.⁷⁸¹ De esta forma, el trauma no debe asociarse únicamente con fenómenos extremos o atroces situados históricamente sino “específicamente con un fenómeno que articula la experiencia colectiva de esa historia a partir del dislocamiento o hiato ocasionado por el choque de sentidos provenientes de tiempos y procesos de semantización diversos (...)”.⁷⁸²

Al respecto de la segunda y tercera vertiente, Levín afirma que, al contrario del carácter abstracto y no situado de la primera, “parten de un fenómeno histórico particular y sus efectos perdurables en el tiempo”.⁷⁸³ Sin embargo, reconoce que en términos concretos, las corrientes, a las que llama respectivamente “coetaneidad”, “violencia” y “trauma”, se encuentran entrelazadas y muchas veces se yuxtaponen de manera acrítica. A cada una le correspondería, además, una “división de tareas”: quienes se encolumnan dentro de la primera se dedicarían a la reflexión epistemológica y quienes practican la segunda y la tercera, a las reflexiones sobre los fenómenos estudiados. Como consecuencia de esta yuxtaposición acrítica y la poca organicidad de las relaciones que se establecen entre estos

⁷⁷⁸ Un ejemplo es el uso descriptivo que hace Lvovich en su capítulo a cargo en *Historia reciente*, en el que recurre a la noción, pero sin realizar una importación conceptual. Recientemente, en el campo de la filosofía de la historia, Myrna Bilder realiza una importación conceptual estricta para analizar cuestiones vinculadas a la inseguridad y el discurso de punición del delito como repetición de la violencia de la dictadura. En el mismo libro, Adrián Ércoli explora los usos de la categoría siguiendo la propuesta de LaCapra. Daniel Lvovich, “Historia reciente de pasados traumáticos. De los fascismos y colaboracionismos europeos a la historia de la última dictadura argentina”, en Franco y Levín, *Hist. reciente. Perspect. y desafíos para un campo en construcción.*; Myrna Bilder, “Inseguridad y memoria. Las huellas del pasado en el presente”, en Rosa Belvedresi, ed., *La filosofía de la historia hoy: preguntas y problemas* (Buenos Aires: Prohistoria Ediciones, 2020); Adrián Ércoli, “Ensayo sobre el uso del trauma en la historia reciente. El valor de la singularidad de los sobrevivientes en la investigación histórica”, en Belvedresi.

⁷⁷⁹ Levín, “Un grano de arena en la inmensidad del mar : lo que puede aportar la historia a la elaboración de pasados traumáticos”, 325.

⁷⁸⁰ Levín, 325.

⁷⁸¹ Levín, 325.

⁷⁸² Levín, 325–26.

⁷⁸³ Levín, “Escrituras de lo cercano. Apuntes para una teoría de la historia reciente argentina”, 7.

tres abordajes teóricos de la historia reciente argentina, Levín intenta realizar una síntesis que articule los modelos y permita esbozar una teoría.⁷⁸⁴ La síntesis de estos elementos, la expresa de la siguiente manera:

De este modo, podemos decir que en el caso de la historia reciente argentina, su especificidad disciplinar deviene de la forma particular en que la relación de coetaneidad entre sujeto y objeto de conocimiento se ve atravesada por los efectos de una experiencia histórica que se manifiesta en el presente a través de una reactualización traumática del pasado, lo que condiciona tanto a la experiencia social de la historia vivida como así también a su escritura, en tanto aquellas constituyen sus condiciones de posibilidad. Más específicamente todavía, podríamos decir que los historiadores abocados al pasado reciente no son únicamente coetáneos con los fenómenos estudiados sino sobre todo y fundamentalmente con los fantasmas (larvas congeladas como tales para la eternidad) de los desaparecidos.⁷⁸⁵

Así, el presente se constituye a partir de una ruptura múltiple (institucional, política, ética y judicial) y se ve “asediado por la presencia de un pasado que se auto perpetúa crónicamente y permanece imprescriptiblemente abierto a la justicia y a la imposibilidad de sentido”.⁷⁸⁶ Esta imposibilidad de sentido estaría expresando, entonces, el carácter traumático de los sucesos.

Afirmábamos, al comienzo de esta sección, que los acuerdos en torno a la necesidad de innovación epistémica y metodológica para la Historia Reciente, lejos estaban de ser unánimes. Particularmente, la noción de trauma resulta una de las más cuestionadas puesto que, si es cierto, como afirman numerosos historiadores del pasado reciente, que esta subdisciplina se encuentra ya “normalizada”, las novedades conceptuales y metodológicas asociadas a ese concepto serían innecesarias. Sin embargo, incluso aquellos investigadores que la rechazan, o por lo menos la cuestionan como categoría estructurante de una historia del pasado reciente, se sienten compelidos a conceder su existencia, aunque sea en sentido

⁷⁸⁴ Levín, 8.

⁷⁸⁵ Levín, 8.

⁷⁸⁶ Levín, 8.

laxo o descriptivo.⁷⁸⁷ Ahora bien, la pregunta que emerge es si efectivamente existió un “trauma argentino” —cuestión que no puede resolverse tajantemente por la negativa ni por la positiva puesto que su comprobación empírica resulta prácticamente imposible—, y, en todo caso, cuál es su utilidad como herramienta heurística y qué aporta en términos temporales a la comprensión del pasado reciente.

Hemos considerado la posibilidad de la existencia de “traumas totales” en el capítulo anterior y descartado optar por una perspectiva analítica en ese sentido. Alonso recurre al trabajo de Mariana Caviglia sobre la vida cotidiana durante la última dictadura para explorar, como contrapartida posible a la idea de un trauma generalizado, la existencia de amplios sectores de la sociedad que no se vieron afectados por una patología de este tipo.⁷⁸⁸ En la obra de Sebastián Carassai, *Los años setenta de la gente común*, dedicada, igual que el texto de Caviglia a las “personas corrientes”, sin militancia ni participación política en la década de los setenta, encontramos posturas similares. Al respecto, Carassai cita una encuesta realizada en marzo de 1976 en la zona metropolitana de Buenos Aires en la que el 71% de los entrevistados se pronunciaba favorablemente a la intervención militar y el derrocamiento del gobierno de Isabel Perón.⁷⁸⁹ Son numerosos los entrevistados que dan cuenta, en ambos trabajos, de que la dictadura no implicó un corte traumático e incluso, al contrario, la recibieron con cierto alivio.⁷⁹⁰ Alonso agrega: “¿es que la dictadura no configuró un trauma? Sí que lo hizo, pero aclaremos: somos nosotros los que lo identificamos como tal”.⁷⁹¹ Es decir, no hay trauma más que como herramienta heurística o descriptiva del historiador.

El trauma, por su propia ontología, no deja huellas y por eso “es tan difícil —cuando no imposible— para la historia correlacionar sus fuentes primarias con fenómenos traumáticos ‘observables’ (...)”.⁷⁹² En tanto hiato, afectaría al tiempo histórico en sí mismo: generaría un

⁷⁸⁷ El trauma aparece en el escrito de Alonso como una elección, o incluso una concesión, que el historiador realiza en términos ético-políticos. Alonso, “Definiciones y tensiones en la formación de una Historiografía sobre el pasado reciente en el campo académico argentino”, 52, 55.

⁷⁸⁸ Mariana Caviglia, *Dictadura, vida cotidiana y clases medias. Una sociedad fracturada* (Buenos Aires: Prometeo, 2006).

⁷⁸⁹ Sebastián Carassai, *Los años setenta de la gente común: la naturalización de la violencia* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2014), 319.

⁷⁹⁰ Caviglia, *Dictadura, vida cotidiana y clases medias. Una sociedad fracturada*, 250–53. Carassai, *Los años setenta de la gente común: la naturalización de la violencia*, 196.

⁷⁹¹ Alonso, “Definiciones y tensiones en la formación de una Historiografía sobre el pasado reciente en el campo académico argentino”, 54.

⁷⁹² Levín, “Un grano de arena en la inmensidad del mar : lo que puede aportar la historia a la elaboración de pasados traumáticos”, 322.

vacío en el flujo continuo de la temporalidad, que no permitiría articularla como la historiografía lo hizo tradicionalmente. Ahora bien, la sociedad argentina ha producido múltiples explicaciones al respecto del período, científicas, políticas y morales, incluso durante los años setenta. Que muchas de ellas no se encuentren exentas de dolor o sufrimiento no implica la imposibilidad de comprender y de otorgar sentido. En todo caso, podría pensarse que esas explicaciones disputan el privilegio de imprimir un sentido a la historia reciente, incluso aquellas de carácter abiertamente negacionistas en relación con los delitos de lesa humanidad perpetrados por la última dictadura. Recordemos, por otro lado, que el ciclo de afectación traumática implica, a grandes rasgos, y según los modelos más corrientes de uso historiográfico, como el que hemos analizado en el capítulo anterior elaborado por LaCapra, un acontecimiento traumático, su represión, un período de latencia y, finalmente, el retorno de lo reprimido como repetición o *acting out*. Al respecto, Lvovich ha cuestionado, por ejemplo, la existencia de un período de latencia para los eventos traumáticos de la dictadura pues no hubo un período de silencio, sino que las primeras denuncias e incluso las interpretaciones sobre el terrorismo de estado son contemporáneas a los hechos.⁷⁹³ Contra esta posición, Sanfelippo argumenta que

esta apreciación [la no existencia de un período de latencia] es cuestionable pues, si bien no puede hablarse de una brecha tan prolongada como en los casos europeos mencionados, sí sería posible ubicar un período de silencio entre las primeras apariciones de los sobrevivientes de los campos y el fin de la Guerra de Malvinas, momento en el que los medios de difusión de masas empiezan a difundir el horror de los campos de una dictadura entonces desfalleciente.⁷⁹⁴

Antes que identificar un período de silencio parecería intentarse adaptar la realidad a una forma teórica predefinida. En ese sentido, a las dificultades de asociar períodos de silencio a la etapa de latencia de la afectación traumática, se suman las propias de justificar escenas

⁷⁹³ Pensemos, por ejemplo, en la ya citada obra *El estado terrorista argentino* de Eduardo Luis Duhalde.

⁷⁹⁴ Sanfelippo, *La utilización de la noción de trauma en la historiografía y la memoria social*, 64.

que puedan ser descifradas en términos de las otras fases del ciclo, como, por ejemplo, la repetición del trauma o la obsesión. En un texto citado anteriormente, Bilder asocia el problema de la “inseguridad” ciudadana y el discurso punitivista del delito a la represión del trauma de la dictadura. Ve una contradicción entre el repudio a la represión ilegal ejercida por el último gobierno dictatorial y la aceptación de la represión de la delincuencia. El no reconocimiento de una contradicción entre ambos por parte de la sociedad significaría el retorno de un pasado reprimido y negado que no permite ver las conexiones entre los fenómenos.⁷⁹⁵ Nuevamente, la comprobación de una conexión de este tipo resulta especialmente complicada si pensamos en la afirmación que abrió este párrafo: el trauma por su carácter, no deja huellas observables. Además, sin tener la intención de profundizar, podría simplemente pensarse que la distinción entre la legalidad y la ilegalidad de la represión podría ser motivo suficiente, para algunas personas, para justificar una y rechazar la otra, entrando en juego condicionantes de tipo éticos, morales, políticos e ideológicos sin la necesidad de recurrir a una patologización del hecho.

En síntesis, dos grandes posturas predominan entre los historiadores dedicados al pasado reciente argentino en relación con su propia práctica: por un lado, aquellos que consideran que se trata de una subdisciplina “normal”, es decir, un área cuyas premisas epistemológicas, pautas metodológicas y demarcación temporal no son cualitativamente distintas de las especialidades tradicionales, ni su diferencia con ellas es más amplia que las que tienen entre sí; por otro lado, aquellos que consideran que la Historia Reciente presenta un carácter distinto y novedoso que radica en la imbricación entre pasado y presente cuyo sustento puede relacionarse al carácter violento de los acontecimientos que la fundan y en la copresencia del historiador y sus contemporáneos. Esta novedad haría necesario el uso de nuevas técnicas, nuevos conceptos, destacándose la noción de “trauma”, y una autoconciencia que permita aplicarlos satisfactoriamente. Alonso, como partidario de una “Historia Reciente normal”, reconoce, sin embargo, algunas novedades: “una completa y minuciosa discusión sobre el estatuto de las fuentes y las posibilidades del conocimiento

⁷⁹⁵ Myrna Bilder, “Inseguridad y memoria. Las huellas del pasado en el presente”, en Rosa Belvedresi, ed., *La filosofía de la historia hoy: preguntas y problemas* (Buenos Aires: Prohistoria Ediciones, 2020), 122.

sobre un pasado que involucra a los historiadores” que permitió las mejores expresiones de la Historia oral y las discusiones en torno al objeto.⁷⁹⁶

Levín, desde otro punto de vista, plantea que en la historiografía argentina operó un olvido del carácter traumático del trauma con el objetivo de normalizar su contenido e ignorar los desafíos que le imponía.⁷⁹⁷ Este olvido sería, además, doble: semántico y metodológico. El primero se plasma en el desplazamiento de la noción de un lugar central en los estudios sobre historia reciente a otros más marginales, que la autora asocia a una mutación de “historia reciente” a “historia del tiempo presente”. Podríamos arriesgar que más que un “olvido”, el desplazamiento de la categoría de trauma se vincula al proceso de autonomización de los estudios argentinos del modelo de los estudios del Holocausto y la adquisición de sus características particulares. La segunda cuestión se vincula al desafío metodológico. Según Levín, este olvido responde a la adopción generalizada de una definición de memoria social de corte sociológico que generó la sensación de que el corte necesario entre pasado y presente fuera un hecho posible:

Se advierte entonces que, mediante la adopción de ese paradigma, la historia reciente logró fagocitar todas las dimensiones de aquello otro de la historia, que ya no sería el pasado convertido en tradición sino su incrustación/invaginación en el presente, aislable, reconocible y manipulable en tanto que ‘memoria’.⁷⁹⁸

Al respecto de estas posturas, pueden proponerse algunas reflexiones. En el planteo de Levín, el hiato parece, en algún sentido, objetivarse. De esta forma, se universaliza un trauma que afectaría al conjunto de la sociedad argentina. Frente a este hiato, esta “pérdida irreparable en la cadena de significación social”, el postulado de ruptura entre pasado y presente y la posibilidad de una mirada científica omnisciente, que desarrollamos en el capítulo I, no podría sostenerse. Como consecuencia, la historiografía del pasado reciente quedaría atrapada entre dos opciones metodológicas: una que la condena a la repetición mimética y

⁷⁹⁶ Alonso, “Definiciones y tensiones en la formación de una Historiografía sobre el pasado reciente en el campo académico argentino”, 61.

⁷⁹⁷ Levín, “Escrituras de lo cercano. Apuntes para una teoría de la historia reciente argentina”, 9.

⁷⁹⁸ Levín, “Un grano de arena en la inmensidad del mar : lo que puede aportar la historia a la elaboración de pasados traumáticos”, 317.

otra, que se pretende científica, y establece de facto la ruptura temporal que le permite al historiador normalizar el tiempo.⁷⁹⁹ Es decir: como consecuencia del trauma, se repite o se niega compulsivamente. La mirada distanciada del historiador, o por lo menos de algunos de ellos, se mantiene, pero ya no en términos del discurso científico de la diferencia objetiva sino a partir de la mirada del psicoanalista, capaz de identificar y tratar un trauma. Así, la historia se transforma en una herramienta de elaboración del pasado antes que de su conocimiento.

Ahora bien, si coincidimos en el diagnóstico, no creemos que las causas de estas opciones metodológicas se originen en un trauma de tipo estructural ni estén determinadas por este. Si Alonso sostiene que el tratamiento de pasados recientes ha sido una cuestión recurrente en la historiografía, también reconoce que este interés renovado se produce en un contexto novedoso: el de “debilitamiento de la visión estatal-nacional de la historia, de la disolución de las alternativas sociales al dominio capitalista y de la cada vez más fuerte interpenetración entre disciplinas en los tiempos que corren”.⁸⁰⁰ La indefinición del campo de la Historia Reciente argentina en términos de cuál es su temporalidad y carácter epistemológico, que se traduce en la existencia de un desacuerdo fundamental entre aquellos que la practican, en torno a si se trata de una disciplina “normal” o no, se explica, sin dudas, por este contexto y, obviamente, por la necesidad de dar cuenta de la violencia estatal y política. Estos desacuerdos posibilitaron, efectivamente, reacciones diversas frente a “lo reciente” que se plasmaron en el uso de formas variadas de construcción de textos históricos. Aquello que Alonso reconoce como novedad, las “discusiones sobre el estatuto de las fuentes” y la refinación en la aplicación de la historia oral, refleja las formas en que los historiadores se han relacionado, sobre todo, con sus contemporáneos. Creemos que no hay automatismos que respondan a reacciones traumáticas inconscientes en los historiadores; existen sí, estrategias diversas de construcción de conocimiento que no son, sin embargo, cualitativamente distintas a lo que el historiador realizó tradicionalmente. Dicho de forma clara: siempre el historiador actuó performativamente determinando las diferencias entre pasado y presente en tanto ese acto “divisor” es fundante de la historiografía científica. Al respecto hemos citado a De Certeau y nos explayamos en el capítulo I. La diferencia

⁷⁹⁹ Levín, “Escrituras de lo cercano. Apuntes para una teoría de la historia reciente argentina”, 9.

⁸⁰⁰ Alonso, “Definiciones y tensiones en la formación de una Historiografía sobre el pasado reciente en el campo académico argentino”, 10.

fundamental radica en la forma en que historiografía y temporalidad interactúan en el contexto actual, particularmente en presencia del testigo y su testimonio.

Sin recurrir a la categorización de “eventos traumáticos”, ni en sentido laxo ni como importación conceptual, reconocemos la imbricación entre pasado y presente como factor fundamental de la Historia Reciente. Es decir, como una forma de Historia del Presente en la que el historiador es coetáneo de los sujetos de investigación con los que construye conocimiento. Esto no implica, tan solo, problemas de índole metodológica. Concebir así el testimonio es sintomático de la perspectiva evidencial-inferencial: lo que lo testigos aportan, lo hacen en calidad de “fuente”. Nuestra convicción es que esta particularidad involucra cuestiones que se vinculan a la construcción misma de conocimiento y las implicancias en la relación que se entabla con otros. Sin embargo, y así comenzábamos esta sección, la noción misma de “Historia Reciente” parece indicar un recorte cronológico. Esta doble significación permite la coexistencia de formas diversas de representación del pasado reciente. Centrándonos en el testimonio y su relación con la historiografía, intentaremos desentrañar la forma en que ambos se vinculan en una triangulación que incluye a la temporalidad. Las perspectivas de análisis fueron desarrolladas en los capítulos precedentes. Allí, observamos las formas en que determinadas concepciones temporales se vinculaban o bien con la construcción del testimonio como evidencia, o bien como una vía de acceso al pasado. Así, según la relación establecida entre estos factores, la construcción del testificante adquiriría características diversas. Ahora bien, identificamos estas concepciones con momentos específicos de la historia de la historiografía, aunque admitimos el solapamiento de ambas formas y su hibridación en la práctica concreta. El carácter ambiguo o disputado de la Historia Reciente argentina, creemos, permitirá la expresión de, por lo menos, tres formas de trabajar con testimonios. Las primeras dos coinciden con el diagnóstico que hace Levín: una instalada en un discurso científico aséptico y otra abiertamente politizada y mimética. La tercera, que abordaremos en el capítulo siguiente, permitirá la expresión de la coetaneidad y la construcción de un tiempo distinto. Lejos de ser consecuencia de un trauma ontológico, proponemos que la articulación historiografía-testimonio-temporalidad, respondería a intereses prácticos. El resultado de esta operación configurará una “política del tiempo” tal y como la definimos en el capítulo I.

III. 2. La Historia Reciente argentina y el testimonio: debates y usos

III. 2.1. El testimonio según los/as historiadores/as del pasado reciente argentino

La problemática del testimonio ha sido abordada por la historiografía argentina en las últimas tres décadas.⁸⁰¹ En primer lugar, a partir de dos obras, a las que ya nos hemos referido, que anticipan las discusiones estrictamente historiográficas y están vinculadas al auge de los estudios de la memoria: *Los trabajos de la memoria* de Elizabeth Jelin y *Tiempo Pasado* de Beatriz Sarlo.⁸⁰² Estos dos trabajos están en continuidad explícita con las discusiones vinculadas al testimonio de la Shoah y se entroncan con los debates surgidos a raíz del auge de la producción testimonial en Argentina. Plantean, sin embargo, dos miradas divergentes. Mientras Jelin se encarga de trazar el recorrido de los usos testimoniales y es contemplativa del lugar de la subjetividad, el texto de Sarlo toma una posición intransigente favorable a la reconstrucción histórica, a la que concibe como opuesta de toda narración memorial.⁸⁰³ Con pocos años de diferencia, aparecen los primeros compendios de metodología histórica aplicada al pasado reciente, algunos de ellos enfocados en las llamadas fuentes orales. Se trata de *Historia, memoria y fuentes orales* de Vera Carnovale, F. Lorenz y Pittaluga; *Memorias en montaje* de Alejandra Oberti y Roberto Pittaluga, la compilación editada por Marina Franco y Florencia Levín *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción* y *Cuéntame como fue: introducción a la historia oral*, compilado por Pablo Pozzi y Gerardo Necochea.⁸⁰⁴ Como analizamos en el apartado anterior, estas publicaciones reflejan el dinamismo y la necesidad de afianzamiento de la historia reciente y la historia oral durante la primera década del siglo XXI. Al tratarse todas de obras colectivas y compilaciones de capítulos de autores

⁸⁰¹ A comienzos de la década de 1990, Dora Schwarzstein compiló una serie de artículos de figuras prominentes del campo de la historia oral a nivel mundial. Esta obra pionera se produjo en el marco de Programa de Historia Oral de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA que ella dirigía y al que nos referiremos anteriormente. Es importante señalar esta obra en tanto muchos de los historiadores más jóvenes dedicados luego a lo que se llamó historia reciente se formaron con Schwarzstein. Dora Schwarzstein, ed., *La historia oral* (Buenos Aires: CEAL, 1991).

⁸⁰² Elizabeth Jelin, *Los trabajos de la memoria, Siglo XXI* (Madrid: Siglo XXI, 2002); Beatriz Sarlo, *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y Giro subjetivo. Una discusión.* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2005).

⁸⁰³ Jelin, *Los trabajos de la memoria*, 93–96; Sarlo, *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y Giro subjetivo. Una discusión.*, 76–84.

⁸⁰⁴ *Memorias en montaje. Escrituras de la militancia y pensamientos sobre la historia* (Buenos Aires: Ediciones El Cielo por Asalto, 2006).; *Historia, memoria y fuentes orales* (Buenos Aires: Memoria Abierta/CeDInCI, 2006).; *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*; Pozzi y Necochea, *Cuéntame cómo fue. Introducción a la historia oral.*

diversos, no hay en ellas una sistematización de la relación entre historiografía y uso de testimonios. Encontramos esfuerzos de sistematización sobre todo en las introducciones, en general firmadas por más de un autor, pero lo cierto es que los capítulos reflejan la experiencia personal de cada investigador/a con relación a los testimonios. Se destaca la presencia de un conjunto de nombres estables, que se repiten en tres de las cuatro publicaciones, quedando exceptuada la obra compilada por Pozzi.⁸⁰⁵ Este historiador ha tenido, sin embargo, una participación muy activa en las asociaciones profesionales que nuclean a los practicantes de historia oral que mencionamos anteriormente. Además, ha publicado numerosos artículos en los que reflexiona sobre la práctica de este tipo de técnica.⁸⁰⁶

Las reflexiones muestran algunas diferencias. Mientras algunas incluyen un esfuerzo por teorizar apelando a autores provenientes de la filosofía y las ciencias sociales, otras se enfocan en el proceso concreto de realización de una entrevista. Así, por ejemplo, las posturas sostenidas por Oberti y Jelin muestran una inclinación notoria hacia la reflexión teórica. En el caso de Oberti, en el capítulo “Contarse a sí mismas. La dimensión biográfica en los relatos de mujeres que participaron en las organizaciones político-militares de los 70”, hace dialogar un corpus de textos teóricos con algunos testimonios recabados por ella para su trabajo de investigación.⁸⁰⁷ El hincapié está puesto en la construcción identitaria que se opera en el testimonio —es decir, la pregunta en torno a *quién* testimonia— y la forma de construir conocimiento a partir del establecimiento de un diálogo entre investigadora y entrevistado.⁸⁰⁸ Por su parte, Jelin, en el capítulo a su cargo en *Historia, memoria y fuentes orales* continúa la línea de *Los trabajos de la memoria* y, al igual que Oberti, resalta el carácter dialógico, intersubjetivo y constructor de identidad del testimonio.⁸⁰⁹ Partiendo de los desarrollos del testimonio en el marco de la “era del testigo”, traza un paralelo con las dictaduras del Cono

⁸⁰⁵ El cambio de nombres que se evidencia en la publicación de Pablo Pozzi y Gerardo Necochea responde, entendemos, a la conformación disciplinar que diferencia a quienes se reconocen como parte del campo de la historia reciente y quienes se identifican con la historia oral. Estos últimos, se nuclean en el espacio institucional del Programa de Historia Oral de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y en agrupaciones profesionales como la Asociación de Historia Oral de la República Argentina (AHORA).

⁸⁰⁶ Pablo Pozzi, “Esencia y práctica de la Historia oral”, *Revista Tempo e Argumento* 4, n° 1 (2012): 61–70; Pablo Pozzi, “La ética, la historia oral y sus consecuencias”, *História Oral*, n° 2013 (2014): 31–46; Pablo Pozzi, “Historia oral: repensar la historia”, en Pozzi y Necochea, *Cuéntame cómo fue. Introducción a la historia oral*.

⁸⁰⁷ Carnovale, Lorenz, y Pittaluga, *Historia, memoria y fuentes orales*, 44–49.

⁸⁰⁸ Carnovale, Lorenz, y Pittaluga, *Historia, memoria y fuentes orales*, 49.

⁸⁰⁹ Carnovale, Lorenz, y Pittaluga, 44, 52, 62, 63.

Sur.⁸¹⁰ Del mismo modo, en el libro *Memorias en montaje*, Oberti y Pittaluga reflexionan, con un tono ensayístico, en torno al testimonio y las escrituras autobiográficas sobre militancia a la luz de los aportes teóricos de Ricoeur y Agamben, entre otros. Nos hemos ya referido a esta obra. Los análisis son extensos y profundos, además de incluir el análisis numerosos artefactos testimoniales: ensayos, autobiografías, textos académicos y material filmográfico. Esta misma actitud repite Pittaluga en soledad en su intervención en *Historia reciente*, en ese caso, con el propósito de reflexionar acerca de los escritos sobre la militancia setentista.⁸¹¹ En contraste, el texto que firma junto a F. Lorenz y Carnovale, hace hincapié en la preparación del momento de la entrevista.⁸¹² Se aborda, por ejemplo, la problemática de la confección de las preguntas y las dificultades que implica la relación entre historiador y sujeto en la construcción del conocimiento.⁸¹³ En un sentido similar, en el capítulo a su cargo en *Historia reciente*, Carnovale privilegia el problema de la verificabilidad: “todo testimonio debe ser contrastado con otro tipo de documentación para determinar su credibilidad; es decir, debemos ‘triangular’ las declaraciones con otro tipo de evidencia documental”.⁸¹⁴ Este privilegio otorgado a la contrastación empírica disiente, por ejemplo, con el citado texto de Oberti, en el que afirma: “En mi lectura de los testimonios busqué atravesar los contenidos más literales —digo atravesar y no descartar— para leer a nivel de las significaciones (...)”.⁸¹⁵ Más allá de los recaudos que los historiadores declaman a la hora de racionalizar y explicar sus prácticas con respecto a la situación de entrevista, ésta necesariamente tiene implicancias éticas, epistemológicas y temporales. Carnovale, F. Lorenz y Pittaluga afirman que la entrevista es una oportunidad de recuperar, para quien testimonia, la humanidad perdida durante el terrorismo de estado y que, a través de ella, también se le otorga la posibilidad de recobrar su lugar como sujeto.⁸¹⁶ Sin embargo, la deriva del testimonio no concluye cuando se apaga la cámara. Si lo que se busca, como afirman, es pensar “las relaciones entre testimoniante e historiador”, el momento de construcción de conocimiento

⁸¹⁰ Carnovale, Lorenz, y Pittaluga, *Historia, memoria y fuentes orales*, 58–59.

⁸¹¹ Franco y Levín, *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, 123–52.

⁸¹² Carnovale, Lorenz, y Pittaluga, *Historia, memoria y fuentes orales*, 29.

⁸¹³ Resaltan las dificultades de definir “qué y cómo preguntar” en un contexto signado por el deber de mantener historia profesional y política separadas. Además, la necesidad de tomar decisiones en torno a cuál es la manera más adecuada de acercarse a temas sensibles como la tortura. Carnovale, Lorenz, y Pittaluga, 28, 34.

⁸¹⁴ Franco y Levín, *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, 162.

⁸¹⁵ Carnovale, Lorenz, y Pittaluga, *Historia, memoria y fuentes orales*, 45.

⁸¹⁶ Carnovale, Lorenz, y Pittaluga, *Historia, memoria y fuentes orales*, 32, 34.

resulta clave y no es transparente.⁸¹⁷ La construcción de ese *otro* como testimoniante se realiza en la obra de historia y se plasma por escrito cuando se crean sentidos y explicaciones. Resulta pertinente traer a colación aquí las reflexiones de Fabian. Fabian plantea que la antropología implementa una “política del tiempo” al colocar en el pasado su objeto de estudio y construirlo como un *otro* primitivo. Así, la presencia empírica de ese otro se transforma en una “ausencia teórica” que se logra mediante el recurso a mecanismos de distanciamiento temporal que lo corren del tiempo de la ciencia antropológica, es decir, del flujo lineal y homogéneo de la temporalidad occidental.⁸¹⁸ A esta práctica de distanciamiento temporal Fabian la llama “alocronismo”.⁸¹⁹ La coetaneidad, afirma el antropólogo, no es un hecho dado sino que debe ser creada. Si se entiende la situación de entrevista como una situación comunicacional, para que la comunicación se produzca, debe instituirse un tiempo compartido. Ahora bien, los etnógrafos siempre han reconocido a la coetaneidad como condición necesaria para aprender sobre otras culturas.⁸²⁰ Lo que sostiene Fabian es que el desplazamiento temporal no ocurre durante la observación etnográfica, en la que los investigadores, en general, son conscientes de la contemporaneidad que comparten con los sujetos que estudian, sino a partir de su puesta por escrito. Es en la producción de descripciones, análisis y conclusiones teóricas cuando se produce este “olvido” y desplazamiento a “otro” tiempo.⁸²¹ Sin embargo, no son los complementos temporales y adverbios los que determinan el efecto de distanciamiento, sino las connotaciones político-morales de los términos en apariencia puros temporalmente o, al contrario, por las connotaciones temporales los conceptos “técnicos”.⁸²² Una segunda cuestión clave reside en el uso de tiempos verbales. El uso del “presente etnográfico” con el fin de crear un objeto de referencia por fuera del texto, lo que Fabian denomina “ilusión referencial”, al mismo tiempo que establece un diálogo con el lector (que puede ser la comunidad científica, otro antropólogo, etc.) excluye al otro que es referido, en general, mediante el uso de la tercera

⁸¹⁷Carnovale, Lorenz, y Pittaluga, 36.

⁸¹⁸Fabian, *Time and the other. How anthropology makes its object*, xxxix.

⁸¹⁹Fabian, 31.

⁸²⁰Fabian, 33.

⁸²¹Fabian, 33.

⁸²²Fabian recurre a dos ejemplos para ilustrar esta afirmación. Por un lado, el término “salvajismo”. Este concepto es técnico en el contexto de la teoría evolucionista en tanto denota una etapa en la secuencia de desarrollo social. Sin embargo, esta tecnicidad no lo libra de sus significados morales, estéticos y políticos. Por otro lado, el concepto de “parentesco”, en apariencia puramente técnico, puede servir fácilmente para medir el grado de modernización o avance de una sociedad dada. Fabian, 75.

persona.⁸²³ Este remoción de la situación dialógica de aquellos que protagonizaron la entrevista configura otro escenario de negación de contemporaneidad.⁸²⁴

A partir de estas consideraciones, entendemos que el análisis de la forma en que las voces testimoniales se incorporan a la investigación histórica es relevante. En este sentido, Carnovale retoma a De Certeau para afirmar que: “A pesar del deseo desesperado de hacerlos hablar, los muertos, o el pasado, callan”.⁸²⁵ Una metáfora que, aunque bella, resulta inadecuada para el contexto de la historiografía del pasado reciente.⁸²⁶ No son muertos los que testimonian ni tampoco está cerrado el pasado al que refiere. En todo caso, habla de una toma de postura epistémica con relación a la historia reciente y al testimonio: concebirlos como “muertos” expresa una decisión con respecto al tiempo que tiene una contrapartida en la metodología. De esta forma, si el testigo no aporta al historiador más que cualquier otra fuente de información escrita y no ocupa en la construcción de conocimiento histórico un lugar cualitativamente distinto, no es posible la resubjetivización. Más aún, lo condena a un estatus temporal comparable al de los muertos. Las consecuencias éticas aparecen, entonces, cuando se decide hacer caso omiso de la declaración de los sujetos en la entrevista y prima la desconfianza en sus palabras. Esto plantea una situación aporética o paradójal en tanto el historiador no puede renunciar a ser él mismo la autoridad epistémica de lo que conoce sin poner en entredicho el resultado de su obra, que podría ser acusada de demasiado ingenua, crédula de las fuentes e incluso no alcanzar el estatus de conocimiento histórico, algo así como lo que Collingwood llamaba “historia de tijeras y engrudo”. Porque también, al contrario, si decide depositar demasiada confianza en los testimonios orales y no se aparta de la interpretación que estos brindan sobre el pasado, o les dedica un espacio que nubla su distancia crítica, se produce un colapso mimético entre el presente y el pasado reciente. El riesgo, en este caso, está en otorgar el privilegio epistémico a los testigos por tratarse de observadores directos.

A partir de este marco de discusión hemos seleccionado tres obras historiográficas que sirven de sustento a la investigación: *Por las sendas argentinas - El PRT/ERP - La guerrilla marxista* de Pablo Pozzi, *Los combatientes (Historia del PRT-ERP)* de la historiadora Vera Carnovale y *Algo parecido a*

⁸²³ Fabian, 85.

⁸²⁴ Fabian, 86.

⁸²⁵ Franco y Levín, *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, 180.

⁸²⁶ Aróstegui, *La historia del presente: ¿una cuestión de método?*, 44.

la felicidad. Una historia de la lucha de la clase trabajadora durante la década del setenta (1973-1978) de F. Lorenz. Además, un corpus bibliográfico de obras historiográficas que complementan el análisis y sostienen los estudios de caso propuestos.⁸²⁷ Como hemos mencionado en la Introducción, la elección de estas tres obras responde a varias cuestiones. En primer lugar, fueron realizadas por historiadores/as de relevancia en el campo de la Historia Reciente y la historia oral, que no solo han realizado investigaciones originales, sino que también son parte de los elencos que participaron de las obras colectivas que se encargaron de reflexionar sobre las condiciones de realización de entrevistas y la producción de testimonios. Tratan, además, temas afines, factibles de ser comparados, al mismo tiempo que presentan diferencias con relación a los condicionamientos políticos, ideológicos y generacionales que vuelven provechosas estas comparaciones. Por último, y más importante, nos permitieron elaborar tres grandes modelos de incorporación de voces testimoniales en obras sobre el pasado reciente argentino. En este sentido, se intentará examinar la operación testimonial realizada por los/as historiadores/as y se contrastará aquello que dicen sobre cómo producir e incorporar testimonios y los resultados que obtienen y se plasman en una obra historiográfica. Lo que intentaremos sostener es que las decisiones epistemológicas y metodológicas que el historiador toma tienen consecuencias en la organización temporal de la historiografía. Asimismo, se intentará mostrar que estas decisiones de investigación pueden estar influidas por marcos normativos e intereses prácticos, es decir, lo que White ha denominado implicación ideológica de la trama.⁸²⁸

Se han identificado tres modalidades de incorporación de los testimonios en las obras mencionadas, a las que hemos denominado “inferencial”, “mimética” y “dialógica”. Cada una de ellas se correspondería con un orden temporal que supondría una relación específica entre el presente y el pasado. Esta relación será conceptualizada a partir de las nociones de “ruptura”, “colapso” e “irrevocabilidad”, respectivamente. Como consecuencia, el resultado de la relación testimonio-historiografía-temporalidad redundaría en diferentes formas de construir al *otro* como testigo a partir de su cualidad temporal. Si se utiliza una metodología

⁸²⁷ Sebastián Carassai, *Los años setenta de la gente común: la naturalización de la violencia* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2014); Alejandra Oberti, *Las revolucionarias: militancia, vida cotidiana y afectividad en los setenta* (Buenos Aires: Edhasa, 2015); Gabriel Rot, *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina* (Buenos Aires: El cielo por asalto, 2000); Ernesto Salas, *Uturuncos* (Buenos Aires: Biblos, 2003); Oberti y Pittaluga, *Memorias en montaje. Escrituras de la militancia y pensamientos sobre la historia*; Javier Salcedo, *Los montoneros del barrio* (Caseros: EdUNTREF, 2011).

⁸²⁸White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX.*, 32.

de tipo inferencial, y se concibe al pasado como distinto y distanciado del presente, el testimonio será igualado a una fuente de información y lo testimoniado será concebido como perteneciente a un pasado ya acabado y ausente del presente. Como hemos visto, esta concepción fue la más corriente en la historiografía de la primera mitad del siglo XX. En cambio, si prima el carácter mimético, es decir, la voz del testigo se hace completamente presente, entonces se producirá su indistinción temporal y el testigo poseerá el privilegio epistémico por sobre cualquier otra fuente. El resultado es un colapso de las instancias temporales. La preeminencia del testigo en los relatos memoriales e historiográficos hegemonizó el campo desde los años ochenta, con discusiones centradas en torno a la posibilidad o imposibilidad de representar los eventos traumáticos. Para el caso de la historiografía argentina, se ha discutido previamente la pertinencia de la utilización de la categoría de trauma. Se propondrá, en cambio, que el colapso de pasado y presente se produce a causa de una tensión en relación a las funciones cognoscitivas y ético-políticas de la historia como disciplina. Finalmente, se intentará sostener que, en los casos en que la metodología histórica puede asociarse a la idea de diálogo, el necesario reconocimiento mutuo de la subjetividad del investigador y del entrevistado implicará un orden temporal que no puede reducirse a una ausencia o una presencia absolutas. La irrevocabilidad del pasado se asociará al carácter superviviente del testimonio. Esta nueva relación establecida entre historiografía, temporalidad y testimonio configura un escenario de disputas entre las diversas formas de incorporar el testimonio que se dan en el contexto de madurez de la Historia Reciente argentina pero también posibilitadas por el carácter no resuelto del alcance temporal de la categoría de “lo reciente”.

Aunque se presentará el análisis centrado en tres casos, de ninguna manera consideramos que los modelos propuestos se den de forma pura en el quehacer historiográfico. Sin embargo, cada una de estas tres obras seleccionadas los representan con una claridad que, creemos, no se repite tan rotundamente en otras. Esto no quiere decir que no existan tensiones o mixturas, sino que, al contrario, se intentará señalarlas en cada caso. Finalmente, además del análisis de los dos textos que se incluyen como modelos en este capítulo, incluiremos el análisis de otras obras que presentan también la incorporación de voces testimoniales.

III. 2.2. Los Combatientes (Historia del PRT-ERP) de Vera Carnovale y el testimonio como evidencia

Habiendo planteado los ejes problemáticos y teóricos, nos disponemos ahora a analizar el corpus bibliográfico seleccionado. La primera de las perspectivas que logramos reconstruir a partir de la lectura de la bibliografía es la que llamamos anteriormente “evidencial-inferencial” del testimonio. Hemos elegido como modelo de análisis *Los combatientes (Historias del PRT-ERP)* de Carnovale.⁸²⁹ Si bien, como veremos a continuación, en esta obra la perspectiva inferencial hegemoniza los métodos de incorporación de testimonios, no se trata de una forma “pura”, sino que aparece mixturada. En todo caso, el carácter general de la obra estará definido por la relación que se establece entre los testimonios y la construcción de conocimiento, teniendo en cuenta cómo interactúan estos con otros recursos y metodologías. El libro en cuestión está compuesto por cinco capítulos. Mientras el primero aborda el proceso de conformación del PRT-ERP, iniciando con sus orígenes a partir de la fusión de Palabra Obrera y el Frente Revolucionario Indoamericanista Popular, y el segundo analiza la concepción estratégica del partido y sus lineamientos políticos, en la mayor parte del libro se indaga acerca de las concepciones y el imaginario perretista. Centraremos nuestra atención, entonces, en los capítulos 3, 4 y 5, que son en los que se plasma el trabajo con testimonios.

Ya en la Introducción, Carnovale establece que su tesis central supone la existencia una “lógica interna entre lo que los militantes del PRT-ERP pensaron, proyectaron, creyeron y lo que en efecto hicieron”, y, por lo tanto, su interés principal reside en comprender la “unidad entre su sistema de creencias y valores, por un lado, y su hacer, por otro”.⁸³⁰ Hemos visto cómo Rot calificó a este tipo de trabajos dentro del enfoque “culturalista” de los estudios sobre organizaciones político-militares.⁸³¹ El nudo central del trabajo se encuentra en la definición y el análisis del ideal del revolucionario identificado con el Che Guevara. Desde el punto de vista de la autora, este principio rector funcionó como una pauta moral para los militantes: la militancia sacrificial es el sentido que guía la investigación. Esta mirada enfocada en “lo cultural” busca explícitamente separarse de los trabajos realizados por

⁸²⁹ En adelante, *Los combatientes*.

⁸³⁰ Carnovale, *Los combatientes (Historia del PRT-ERP)*, 21–22.

⁸³¹ Rot, “Un balance de los estudios sobre las Organizaciones Político-Militares argentinas”, 39.

miembros de la generación protagonista y ex militantes del PRT-ERP, a los que cuestiona por su carácter de balance político de la experiencia. Al contrario de estas obras, que la autora entiende demasiado apegadas a la narrativa partidaria, y cuyo objetivo central es entender la derrota política y militar, Carnovale afirma que su objetivo no es la evaluación política de esa experiencia sino su comprensión.⁸³² Veremos, sin embargo, que tras esta construcción de un lugar de enunciación caracterizado por cierta objetividad científica existe una valoración negativa de la experiencia.

En *Los combatientes* encontramos un total de veinticuatro testimonios, de los cuales once han sido registrados por la propia Carnovale, diez obtenidos del archivo oral Memoria Abierta y tres de ellos de fuentes secundarias.⁸³³ En términos generales, las voces testimoniales aparecen a lo largo del texto como refuerzo evidencial de las afirmaciones de la autora: recordemos que parte de una hipótesis fuerte, el carácter sacrificial de la militancia perretista, que le otorga el prisma desde el cual interpretará los testimonios. Así la nota principal es la indiferenciación entre documento escrito y testimonio en tanto estos son intervenidos con cortes, citas sin aclaraciones y son utilizados como glosa para iniciar capítulos.⁸³⁴ Pero veamos en detenimiento cuáles son los usos efectivos que hace Carnovale de los testimonios.

El capítulo 3 está centrado en la construcción de la figura del enemigo partidario. Para hacerlo, la historiadora recurre a un marco teórico de tipo freudiano, particularmente al concepto de identidad, al que vincula a la situación del contexto de guerra. En tanto la definición del otro ocupa un papel importante en el establecimiento de un “nosotros”, la noción de “enemigo” fue central en el PRT-ERP.⁸³⁵ Para analizar la manera en que se construyó la subjetividad, Carnovale recurre a algunos documentos del partido, como las Resoluciones del V Congreso del PRT y a fragmentos de notas publicadas en la revista del ERP *Estrella Roja*. Además, suma reflexiones de investigadoras/es que trabajaron la problemática de la llamada “nueva izquierda” como Ollier, Hilb y Vezzetti, particularmente en torno a la cuestión de la concepción de amigo-enemigo.⁸³⁶ Estas fuentes escritas son contrastadas con testimonios de algunos protagonistas para comprobar de qué manera esta

⁸³² Carnovale, *Los combatientes (Historia del PRT-ERP)*, 12.

⁸³³ Carnovale, 25.

⁸³⁴ Carnovale, 130;133; 177; 178; 181; 192; 193; 200; 203; 204; 209; 217; 257.

⁸³⁵ Carnovale, 122.

⁸³⁶ Carnovale, 122–43.

línea partidaria fue internalizada por los sujetos. Lo que comprueba la historiadora es que tanto la burguesía y las fuerzas armadas, una como enemigo estructural y la otra como defensora de esos intereses de clase, aparecían en las representaciones partidarias. Si bien en términos teórico-políticos el partido otorgaba mayor preminencia a la primera, en la cotidianeidad los militantes atribuyeron a los militares y la policía el lugar de enemigos primordiales.⁸³⁷ Para dar cuenta de la relación entre el discurso partidario y la construcción de las subjetividades, las voces testimoniales que se citan son seis: las de Carlos, Miguel, Rubén, Raúl, Luis y E.M.⁸³⁸ Estas son traídas al texto a modo de ejemplo, de manera explícita en algunas oportunidades,⁸³⁹ o como una forma de comprobación empírica de una afirmación anterior.⁸⁴⁰ Los fragmentos aparecen juntos, indistinguibles por momentos. Se señala con una nota al final quién es el sujeto cuya voz aparece reproducida.⁸⁴¹

El capítulo 4 versa sobre la función de la figura del Che Guevara como modelo ideal y la posibilidad de construcción del “hombre nuevo” como horizonte moral a alcanzar por los militantes del partido.⁸⁴² Aquí, el contraste será entre los discursos y escritos de Guevara y los testimonios, leídos desde una óptica que privilegia el carácter sacrificial. En este cuarto capítulo se repite la actitud frente a los sujetos: mientras algunos aparecen consignados con sus nombres, y poca o escasa información extra sobre ellos,⁸⁴³ otros aparecen señalados simplemente como “un entrevistado” o, incluso más distanciado, “otros testimonios”.⁸⁴⁴ Parece haber en este capítulo un uso aún más acentuado de la herramienta de cortado y pegado de fragmentos de testimonios.⁸⁴⁵ Por ejemplo, el apartado “El hombre nuevo perretista: moral, heroicidad y martirio”, se inicia con tres fragmentos citados, uno tras otro,

⁸³⁷ Carnovale, 142.

⁸³⁸ En la generalidad de los testimonios citados solo se consigna un nombre y en muy pocos casos alguna información extra que nos permita conocer al entrevistado. Casos en los que se nos suministra algunos datos extra son los de Raúl y Luis en las páginas 135-137 y E.M en la página 133. En el resto de los casos la información es fragmentaria y a veces nula o muy general. Carnovale, 133, 135-37.

⁸³⁹ La expresión “por ejemplo” antecede a los testimonios de Carlos, Miguel, Rubén. Carnovale, 129-30.

⁸⁴⁰ A partir de la cita de un fragmento de testimonio sin ningún tipo de análisis o comentario al respecto luego de una afirmación (entendemos que se trata de la incorporación de la voz de un sujeto en tanto las oraciones aparecen precedidas por guiones de diálogo, sin ninguna otra introducción). Carnovale, 142-43, 181-182. Véase Anexos 1.1. y 1.2.

⁸⁴¹ Carnovale, 129. Véase Anexo 1.3.

⁸⁴² Carnovale, 183.

⁸⁴³ Aparecen Clarisa, Ángel, Miguel, Silvia, E.M. y Verónica respectivamente en Carnovale, 204, 205, 208, 209, 214, 217.

⁸⁴⁴ Carnovale, 201, 208, 209, 214.

⁸⁴⁵ El entrecruzamiento de fuentes se hace patente en las páginas 196-197, 200-201, 202-203 en las que, indistintamente, se intercalan fragmentos de prensa partidaria, citas de autores y fragmentos de testimonios. Carnovale, 196-197, 200-201, 202-203, .

en los que se repite la misma pregunta: “¿cómo era el hombre nuevo?”.⁸⁴⁶ Lo mismo sucede en el apartado siguiente con relación al interrogante en torno a qué significaba ser un héroe o ser un traidor.⁸⁴⁷ En ambos casos no se identifican estas palabras, citadas en el cuerpo del texto, con ninguna persona en particular.⁸⁴⁸ En el mismo sentido, el segundo y tercer apartado del capítulo se inician con fragmentos de testimonios a modo de glosa, que ejemplifican y resumen los sentidos que la autora busca resaltar.⁸⁴⁹

Finalmente, el capítulo 5 aborda la cuestión del disciplinamiento interno a partir del proceso de proletarización y el control de la sexualidad y la moral. En términos de la incorporación de testimonios resulta, tal vez, el más interesante, puesto que pone en tensión las rígidas normas partidarias con las formas en que los militantes se comportaron efectivamente y la manera en que internalizaron estas reglas. El primer movimiento de Carnovale es reconstruir, a través de la prensa, textos del partido y testimonios, cuál era el modelo ideal de disciplina partidaria. Recurre así a los testimonios de Alicia, Eduardo y Miguel.⁸⁵⁰ En este primer apartado la operación testimonial es similar a lo practicado en el resto de la obra: fragmentos de testimonios intercalados con fuentes escritas sin contextualizaciones ni aclaraciones. Ahora bien, los sentidos comienzan a abrirse a partir del apartado “Tensiones de la proletarización”. En lugar de pensar los testimonios desde la totalidad del imaginario partidario, la búsqueda de tensiones abre la interpretación y se filtran sentidos hasta el momento ausentes en los análisis. Esto conlleva, por ejemplo, la incorporación de otros datos personales de los entrevistados que permiten la expresión de su subjetividad. Por ejemplo, sabíamos que Miguel era un estudiante universitario proveniente de las clases medias. Sin embargo, en este capítulo, Carnovale incorpora aspectos vinculados a su personalidad y sus sentimientos con respecto a la proletarización, cuestiones que permiten, aunque sea mínimamente, comprender su construcción identitaria. Lo mismo sucede con Silvia, cuyo nombre no se consigna en el cuerpo del texto. Nos enteramos en este capítulo de las tensiones que generó su militancia y posterior proletarización con su carrera universitaria.⁸⁵¹ Algo similar sucede cuando se aborda la problemática de la moral sexual, particularmente,

⁸⁴⁶ Carnovale, 192–93. Véase Anexo 1.4.

⁸⁴⁷ Carnovale, 216–17. Véase Anexo 1.5.

⁸⁴⁸ Lo mismo sucede en la página 195 en relación con la pregunta por el “militante ideal”. Carnovale, 195. Véase Anexo 1.6.

⁸⁴⁹ Carnovale, 192, 204. Véase Anexo 1.7.

⁸⁵⁰ Carnovale, 225–27.

⁸⁵¹ Carnovale, 241–47.

cuando trae la voz de los testimonios de Eduardo, Estela, Miguel y Julio. Allí, por ejemplo, refiere a situaciones que ocurrieron en la situación de entrevista. Los dichos de los entrevistados aparecen mencionando cuestiones similares, vinculadas al clima de liberalización sexual de los años sesenta, para reforzar la idea central.⁸⁵² Sin embargo, parece terminar imponiéndose la lógica de la búsqueda de representatividad y la utilización de los testimonios como evidencia. Por ejemplo, cuando afirma “Y también aquí los testimonios son abrumadoramente coincidentes (...)” o “(...) María ofrece recuerdos que pueden ilustrar muy bien aquella moral (...)”.⁸⁵³

Volviendo a una mirada general de la obra, resulta interesante notar que, más allá del nombre, los datos que la autora nos brinda sobre los sujetos refieren exclusivamente al pasado. En general, describen su momento de ingreso al partido, su trabajo u origen social. La presentación de quienes testimonian siempre es realizada en tiempo pasado: “creció en un barrio pobre”, “era fotógrafo”, “había sido peón rural y obrero industrial después”.⁸⁵⁴ Su trayectoria posterior está ausente, es decir, no sabemos quiénes son en la actualidad, si siguieron considerándose pobres, fotógrafos u obreros. Podría pensarse, a partir de la propuesta de Fabian, que esta forma de plasmar los testimonios en la obra es utilizada como un mecanismo de distanciamiento temporal, una práctica alocrónica: los sujetos importan en tanto son portadores de recuerdos que refieren y pertenecen al pasado.⁸⁵⁵ Por ejemplo, cuando afirma que “Sus recuerdos dejan traslucir las implicancias políticas y subjetivas que esta experiencia tendrá para sus vidas”.⁸⁵⁶ No parece repararse en el carácter retrospectivo del testimonio ni de su enunciación presente.

En la Introducción, Carnovale reafirma su compromiso con los entrevistados y agradece su confianza, cuestión de la que, por supuesto, no nos permitimos dudar.⁸⁵⁷ En *Historia, memoria y fuentes orales* esta voluntad es clara:

Allí donde sólo parecería haber una entrevista (en el sentido que comúnmente se le asigna), existía la voluntad de contribuir —aun

⁸⁵² Carnovale, 254–55.

⁸⁵³ Carnovale, 257.

⁸⁵⁴ Carnovale, 130-133–37.

⁸⁵⁵ Fabian, *Time and the other. How anthropology makes its object*, 31.

⁸⁵⁶ Carnovale, *Los combatientes (Historia del PRT-ERP)*, 129.

⁸⁵⁷ Carnovale, 25.

mínimamente— a la reparación de las consecuencias de la catástrofe y al restablecimiento de los lazos sociales anteriormente quebrados. La línea que separa esta concepción del testimonio de otras que — queriéndolo o no— reducen la carga subjetiva de la entrevista, es extremadamente delgada. (...) Y si bien la narración implica “revivir” la intensidad emocional de ciertas experiencias, la entrevista también puede dar lugar a discursos que sitúen a las personas en su lugar de sujetos y no de objetos.⁸⁵⁸

Ahora bien, como mencionábamos en el apartado anterior, la operación testimonial no termina una vez concluida la entrevista. Así, como sostiene Fabian, el desplazamiento del *otro* al pasado ocurre, fundamentalmente, en la puesta por escrito. La historiografía funciona, en consecuencia, como una política del tiempo. El resultado de esta acción performativa es la imposibilidad de construir conocimiento junto con quien brinda su testimonio. Al ser los sujetos “objetivizados” y equiparados a fuentes de información, solo puede obtenerse conocimiento de ellos a través de mecanismos inferenciales. Tal y como analizamos en el capítulo I, tradicionalmente, se entiende que este tipo de mecanismos implican ser “autónomamente responsable” por lo que se conoce, por lo que es el/la historiador/a, mediante la apelación a deducciones, inferencias y comparaciones, él mismo garante de la justificación de sus propias creencias.⁸⁵⁹

El carácter inferencial del conocimiento obtenido nos habla de la relación entre un presente y un pasado histórico al que se accede a través de documentos pasibles de ser vindicados como prueba. Se trata del establecimiento de un corte entre el pasado y el presente tal y como fue concebido por la historiografía durante el siglo XIX y casi todo el siglo XX. En este sentido, un fragmento de entrevista citado por Carnovale es particularmente revelador. Intentando reconstruir cuánto los militantes del PRT-ERP se asemejaban a una “fría máquina de matar”, según la imagen trazada por el Che Guevara, le pregunta a un testigo: “Y en tu caso personal, ¿cómo te imaginabas la posibilidad de morir o de matar?”⁸⁶⁰ La respuesta del entrevistado se refiere explícitamente a su reflexión posterior en torno a la cuestión de

⁸⁵⁸ Carnovale, Lorenz, y Pittaluga, *Historia, memoria y fuentes orales*, 32.

⁸⁵⁹ McMyler, *Testimony, Trust, and Authority*, 242.

⁸⁶⁰ Carnovale, *Los combatientes (Historia del PRT-ERP)*, 177.

cometer un asesinato: “Yo la situación de matar no la pensé como tal hasta mucho tiempo después (...)”.⁸⁶¹ Este interrogante se vuelve problemático si consideramos que pasa por alto las marcas de temporalidad presentes en el discurso, cuando argumenta que “es atendible, asimismo, que sean muy pocos los testimoniantes que, lo crean o no, estén dispuestos a reconocerse a sí mismos como ‘frías máquinas de matar’”.⁸⁶² Una pregunta de este estilo parece implicar una concepción en la que el testimonio funciona como una fuente del pasado, a través de la cual se lograría la recuperación del imaginario de este militante en su juventud sin considerar que se está realizando una mirada retrospectiva, marcada, por ejemplo, por la condena social a la violencia política.⁸⁶³ Más aún, incluso cuando incorpora la dimensión de la memoria, Carnovale considera que pueden existir “procesos subjetivos engañosos”.⁸⁶⁴ Esta expresión es sintomática de la función evidencial que se asigna a los testimonios. Al igual que el documento escrito o el vestigio material, la palabra de los testigos debe ser interpretado a la luz del entrecruzamiento fuentes. Esta desconfianza lleva a invalidar la posibilidad de diálogo entre contemporáneos: lo que los sujetos dicen es colocado en el pasado, anulando la cercanía temporal a través de la metodología.

Mencionábamos, en el apartado anterior, la posibilidad de que el trabajo con testimonios en la historiografía del pasado reciente esté influido por intereses prácticos, político-ideológicos o de otro tipo antes que por una reacción inconsciente al trauma, en este caso su negación. Sin tratarse de una relación de necesidad, en el sentido lógico de establecimiento de una ley, es muy factible que la posición en torno al testimonio de los ex militantes del PRT-ERP pueda estar influida por el punto de vista ideológico sostenido sobre al proceso de radicalización política y lucha armada de los años setenta. En este sentido, Carnovale ha criticado en la prensa y en medios académicos los proyectos de las organizaciones político-militares. En particular, sus cuestionamientos se dirigen a la herencia política y memorial que las propuestas de transformación radical de los partidos políticos armados legaron al presente. Estas habrían ejercido su influencia en la construcción de una memoria social “militante” que habría devenido en “memoria oficial”. Según la historiadora, durante los gobiernos de Néstor Kirchner (2003-2007) y Cristina Fernández de Kirchner (2007-2011 y

⁸⁶¹ Carnovale, 177.

⁸⁶² Carnovale, 176.

⁸⁶³ En realidad, ella misma hace esa salvedad al traer a colación el debate generado por la intervención del filósofo y ex militante del Partido Comunista Oscar del Barco en la revista *La intemperie*. Carnovale, 176.

⁸⁶⁴ Carnovale, 176.

2011-2015) se cristalizó una única memoria surgida de la militancia y centrada en su heroización.⁸⁶⁵ Esta memoria oficial hegemónica y única impediría, al entroncarse con la tradición revolucionaria, una maduración de su discurso político hacia el liberalismo y, consecuentemente, hacia una cultura democrática:

Creo que uno de los problemas que hay es la tensión entre la tradición humanista y la tradición revolucionaria, que no conviven pacíficamente. Y creo que a pesar de que el grueso de la militancia revolucionaria se ha volcado a las prácticas vinculadas al movimiento de los derechos humanos, esto no implicó una reorientación ideológica hacia el universo del liberalismo político clásico.⁸⁶⁶

En este sentido, mencionábamos anteriormente que en *Los combatientes* aparece una mirada negativizada sobre el PRT-ERP que intenta matizarse desde la construcción de un lugar científicamente validado de enunciación.⁸⁶⁷ Esta construcción se plasma, por un lado, en el rechazo del corpus bibliográfico que la autora denomina “narrativas sobre el PRT-ERP” por su carácter eminentemente político y, por el otro, en la oposición que construye entre la evaluación política del período y su “comprensión”.⁸⁶⁸ Dentro de este rechazo incluye los trabajos de Enrique Gorriarán Merlo,⁸⁶⁹ Luis Mattini,⁸⁷⁰ Julio Santucho,⁸⁷¹ María Seoane y el ya referido Pozzi,⁸⁷² todos ex militantes a los que considera demasiado apegados a “los postulados generales del sistema de creencias de los propios actores”.⁸⁷³ Recupera, en

⁸⁶⁵ Vera Carnovale, “El enfoque militante sobre DD.HH. es incapaz de construir una cultura democrática”, *La Nación*, 15 de junio de 2014.

⁸⁶⁶ Carnovale.

⁸⁶⁷ Esta mirada es compartida por Débora D’Antonio y Ariel Eidelman, “Vera Carnovale, *Los combatientes. Historia del PRT-ERP, Siglo XXI*, Buenos Aires, 2011, 310 pp.”, *ARCHIVOS de historia del movimiento obrero y la izquierda*, n° 1 (2012): 208–12.

⁸⁶⁸ Carnovale, *Los combatientes (Historia del PRT-ERP)*, 12, 17.

⁸⁶⁹ Samuel Blixen, *Treinta años de lucha popular. Conversaciones con Gorriarán Merlo*, Buenos Aires: El Cielo por Asalto, 1996.

⁸⁷⁰ Luis Mattini, *Hombres y mujeres del PRT-ERP. De Tucumán a la Tablada*, Buenos Aires: Ediciones de la Campana, 1996.

⁸⁷¹ Julio Santucho, *Los últimos guevaristas. Surgimiento y eclipse del Ejército Revolucionario del Pueblo*, Buenos Aires: Puntosur, 1988.

⁸⁷² María Seoane, *Todo o nada. La historia secreta y la pública del jefe guerrillero Mario Roberto Santucho*, Buenos Aires: Planeta, 1992; Pozzi, *Por las sendas argentinas - El PRT/ERP - La guerrilla marxista*.

⁸⁷³ Carnovale, *Los combatientes (Historia del PRT-ERP)*, 20.

cambio, los trabajos de Claudia Hilb, Matilde Ollier y Hugo Vezzetti.⁸⁷⁴ Resulta interesante traer, nuevamente, la idea de Acha en torno a la existencia de una fluidez en el intercambio entre prácticas memorigráficas y prácticas historiográficas en marco de lo que él llama una “memoria generacional”, que se manifiesta en la construcción textual.⁸⁷⁵ A quienes refiere Acha en su texto es a un grupo de intelectuales y académicos, militantes en la década de los setenta, que tras su regreso del exilio se transformaron en portadores de una doble inscripción: se situaron en el mundo universitario sin resignar sus intereses político-intelectuales.⁸⁷⁶ Como característica fundamental de este grupo, Acha sostiene

la impostación de la Violencia como el nudo de la realidad histórica analizada. Lo que fue la experiencia específica de sectores comprometidos, generalmente de la clase media universitaria e intelectual, asociada a las izquierdas revolucionarias, devino experiencia histórica válida para captar el tema de una “época”.⁸⁷⁷

Dentro de este grupo de intelectuales, Acha enumera a Calveiro, Romero, Pozzi, Vezzetti, Hilb y Ollier, entre otros.⁸⁷⁸ A esta clave interpretativa, centrada en la violencia concebida como antónimo irreconciliable de la política y de la democracia, Oberti y Pittaluga la han denominado “estrategia democrática”.⁸⁷⁹ Lo que llama la atención es que, estando en situaciones que podrían pensarse como equiparables, o por lo menos comparables, Carnovale cuestiona duramente la obra de Pozzi y abraza, al contrario, las ideas de Vezzetti, Hilb y Ollier. Se coincida o no con la mirada que plantea el historiador marxista —que desarrollaremos en la siguiente sección—, su trabajo está tan cargado políticamente como el de los otros autores pertenecientes a esta generación.⁸⁸⁰ Vale aclarar que se trata esta de una

⁸⁷⁴ Carnovale, 127–28.

⁸⁷⁵ Acha, “Dilemas de una violentología argentina: tiempos generacionales e ideologías en el debate sobre la historia reciente”, 3.

⁸⁷⁶ Acha, 3.

⁸⁷⁷ Acha, 4.

⁸⁷⁸ Acha, II.

⁸⁷⁹ Oberti y Pittaluga, *Memorias en montaje. Escrituras de la militancia y pensamientos sobre la historia*, 158.

⁸⁸⁰ Hemos ya mencionado al PEHESA bajo la órbita del canciller del gobierno de Alfonsín, Dante Caputo. A este puede sumarse la pertenencia de Hilb al Grupo Esmeralda y de Vezzetti al Club de Cultura Socialista. Cfr. Pablo Ponza, “El Club de Cultura Socialista y la gestión Alfonsín: transición a una nueva cultura política plural y democrática», *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En ligne], Questions du temps présent, mis en ligne le 15 février 2013, consultado el 2 de diciembre de 2020. URL: <http://journals.openedition.org/nuevomundo/65035>; DOI:

consideración general y no de una tesis fuerte, que debería ser explorada con mayor detenimiento y analizando datos concretos sobre inscripciones políticas, institucionales y otras. Sin embargo, en la negativa a reconocer como válidos los discursos militantes se expresan, creemos, dos cuestiones. La primera de ellas se vincula a la construcción del discurso científicamente validado y políticamente aséptico al que hemos hecho referencia. A excepción de Pozzi, los ex militantes del PRT-ERP, autores de las obras en cuestión, no poseen inserción académica ni producen textos considerados científicos, sino que más bien su intervención se produce en el campo de la política. La segunda está vinculada y explica la primera: en tanto testimonios escritos, en los que el *continuum* entre historia y memoria es más que explícito, no pueden aportar conocimiento. Se evita la intromisión de voces que reivindicquen un “yo” subjetivo, no distanciado como el que es propio de las disciplinas científicas. En ese sentido, se les niega la posibilidad de funcionar como autoridad. Es decir, se repite la actitud general de la obra frente al testimonio: la autonomía epistémica como pilar fundamental.

III. 2.3. Por las sendas argentinas – El PRT/ERP – La guerrilla marxista de Pablo Pozzi y el testimonio como *mimesis*

El segundo caso modelo que analizaremos es *Por las sendas argentinas*. Hemos referido en reiteradas oportunidades a la figura de Pozzi pues se trata de un historiador fundamental en la historia oral y la historia reciente del movimiento obrero. Su labor en la investigación y como parte de las instituciones profesionales que mencionamos en la sección III.1.1.1. del apartado anterior, lo destacan como una figura clave. Esta obra, según hemos visto, fue señalada por otros investigadores, más jóvenes, como un *turning point* en las pesquisas sobre las organizaciones político-militares, en general, y el PRT-ERP en particular.⁸⁸¹ Su relevancia radicó, y aún lo hace, en proponer una polémica con la tesis de la militarización, es decir, con la idea en torno a que “lo militar” terminó imponiéndose sobre la política y fagocitándola. El texto en cuestión está organizado en once capítulos que abarcan la totalidad del período de actividad de la organización. En ellos se observa una multiplicidad de temas que exceden la

<https://doi.org/10.4000/nuevomundo.65035>; Claudia Hilb, “Su militancia, su mirada en perspectiva”, *La Voz*, 2 de febrero de 2015.

⁸⁸¹ Mangiantini, “Los estudios sobre la lucha armada y las organizaciones político-militares en los años setenta. Hacia un balance historiográfico de su producción reciente (2001-2015)”, 82.

polémica sobre la violencia: su composición social (capítulo III), su línea teórica y el tipo de marxismo al que adscribió (capítulo IV), la cultura partidaria (capítulo V), la influencia del guevarismo (capítulo VI), la relación y el tipo de inserción entre el PRT-ERP y el conjunto de la sociedad argentina (capítulo VII), la participación de mujeres en el partido (capítulo VIII), la cuestión militar y la democracia (capítulos IX y X) y, finalmente, su decadencia y derrota (capítulo XI).⁸⁸² Como hicimos en el apartado anterior en referencia a *Los combatientes*, comenzaremos con un estudio de la operación testimonial recorriendo los capítulos de la obra de manera individual para luego pasar a un análisis detallado del libro como unidad textual.

En *Por las sendas argentinas* nos encontramos con un trabajo histórico de tipo académico pero que establece una relación muy particular entre el investigador y su objeto de estudio y los sujetos que entrevista. Hay, por parte de Pozzi, un intento explícito de aportar “algo como historiador y como militante” para posibilitar “un mejor futuro”.⁸⁸³ Reconoce, entonces, una motivación profundamente personal para encarar la investigación en la que se tensiona el historiador profesional con el militante político y su historia personal con la construcción de una narrativa histórica. Estos vínculos entre su vida privada y la historia lo llevaron a formular algunas hipótesis que chocaron con los relatos hegemónicos de la academia. Para Pozzi, la guerrilla era expresión de una cultura de izquierda subterránea en la sociedad argentina y el PRT-ERP una fuerza revolucionaria defensora de una democracia popular.⁸⁸⁴ Al contrario de los autores que planteaban que la lucha armada emergió como resultado de la radicalización de la pequeña burguesía juvenil, el historiador marxista veía una reacción a la violencia institucional de larga data.⁸⁸⁵ Planteando esta posición buscaba enfrentarse, explícitamente, con la visión hegemónica impuesta “por el radicalismo alfonsinista y la teoría de los dos demonios”.⁸⁸⁶

En lo que refiere a la operación testimonial, el autor informa haber realizado ochenta y tres entrevistas a militantes del PRT-ERP y cuarenta y dos a otro tipo de testimoniantes, que clasifica en tres categorías: 1) militantes de otras organizaciones armadas y de la izquierda tradicional, 2) vecinos de las zonas en las que el PRT-ERP realizó su trabajo político y, por

⁸⁸² Pozzi, *Por las sendas argentinas - El PRT/ERP - La guerrilla marxista*, 41.

⁸⁸³ Pozzi, 9.

⁸⁸⁴ Pozzi, 18.

⁸⁸⁵ Pozzi, 10.

⁸⁸⁶ Pozzi, 10.

último, 3) militares, empresarios y sindicalistas concebidos como “enemigos”.⁸⁸⁷ En la mayor parte de los testimonios transcritos, a excepción de algunos casos puntuales, no se indica nombre u origen de los entrevistados, es decir, no se los individualiza. Sí señala, en reiteradas oportunidades, su nivel de responsabilidad al interior de la organización. Además, Pozzi hace explícitas algunas notas generales sobre cómo se trabajará con los testimonios: afirma que utiliza la metodología de la “historia de vida”.⁸⁸⁸ Retoma, para ello, las ideas del sociólogo francés Daniel Bertaux. Según Bertaux, los relatos de vida pueden adoptar tres funciones en marco de una investigación: exploratoria, analítica y de síntesis.⁸⁸⁹ Así, según se lo incorpore en cada una de estas fases,⁸⁹⁰ el relato de vida será leído de diferentes maneras reconociendo

dos grandes orientaciones entre los/las practicantes del enfoque biográfico: los y las que se interesan por los significados, es decir por el nivel de las significaciones que quieren transmitir las personas que cuentan su vida; y los y las que se interesan por los referentes, es decir por las relaciones, normas y procesos que estructuran y sustentan la vida social. La segunda orientación, la única a la que nos referiremos en lo que resta de este texto, es la que yo he propuesto llamar “etnosociológica”: la primera podría ser llamada “hermenéutica”, en tanto que el desciframiento de los textos ocupa en ella un lugar central.⁸⁹¹

Agrega el sociólogo que esta clasificación “clarifica algunos de los debates sobre ‘la utilización’ (...) de los relatos de vida”.⁸⁹² Aclara luego que los resultados obtenidos de la fase exploratoria no serán siempre utilizados en las fases posteriores: en la etapa analítica los relatos de vida toman la forma de “data”, es decir, de datos empíricos. Es en esta segunda fase en la que se apoya Pozzi para su investigación pues manifiesta que adopta el “criterio de

⁸⁸⁷ Pozzi, 32.

⁸⁸⁸ Pozzi, 32.

⁸⁸⁹ Daniel Bertaux, “Los relatos de vida en el análisis social”, *Jorge Aceves Lozano (comp.), Historia oral*, 1993, 138.

⁸⁹⁰ Bertaux, 139.

⁸⁹¹ Bertaux, 141.

⁸⁹² Bertaux, 139.

saturación”.⁸⁹³ Este criterio implica encontrar en los testimonios un “objeto sociológico”, “algo” que se desprenda de lo social y lo colectivo y no de lo psicológico e individual.⁸⁹⁴

Al mismo tiempo, Pozzi indica que, si bien las fuentes orales son fundamentales para el trabajo, se trata de una historia social y política que utiliza este recurso pero que no se constituye en una “historia oral”.⁸⁹⁵ Bertaux plantea el problema al que se enfrenta quien recurre a los relatos de vida en la fase expresiva o de síntesis: cómo reescribir el testimonio sin apelar al mero dato aislado o al ejemplo. La dicotomía se plantea entonces entre la fragmentación del relato, y su utilización de manera ilustrativa, o bien su transcripción, con la que se lograría mantener el sentido de totalidad original.⁸⁹⁶ En *Por las sendas argentinas*, la utilización del formato de entrevista semi-estructurada según lo desarrollaron Dean Hammer y Aaron Wildavsky,⁸⁹⁷ da lugar a largas respuestas. Esto queda cabalmente demostrado en la extensión de los fragmentos de entrevistas citados que se repiten a lo largo del libro y la importancia que adquieren al interior de cada tema desarrollado.⁸⁹⁸

En el Prólogo a la segunda edición, editada en el año 2004, Pozzi introduce su estudio ubicándolo en el contexto de las producciones académicas y políticas sobre el PRT-ERP y defendiéndolo de las críticas recibidas entre el año de su publicación original, 2001, y ese segundo momento. En lugar de un rechazo de cuajo a estas interpretaciones, el historiador elige qué obras reivindicar y con cuáles enfrentarse. Entre sus principales detractores señala a Romero, quien cuestionó su estudio por considerarlo una “historia militante”, a lo que Pozzi respondió acusándolo de “neopositivista”, puesto que pretendía una separación entre ideología y práctica historiográfica.⁸⁹⁹ Al mismo tiempo, se separa de interpretaciones “apologéticas” como la propuesta por Gorriarán Merlo,⁹⁰⁰ pero rescata otras, también escritas por ex militantes, que presentan, según Pozzi, imágenes más complejas de la

⁸⁹³ Pozzi, *Por las sendas argentinas - El PRT/ERP - La guerrilla marxista*, 32; Bertaux, “Los relatos de vida en el análisis social”, 142.

⁸⁹⁴ Bertaux, “Los relatos de vida en el análisis social”, 144.

⁸⁹⁵ El problema de definir a la “historia oral” lo trabajamos en el Capítulo I en la sección “I.2.3. El testimonio y la Historia Oral”.

⁸⁹⁶ Bertaux, “Los relatos de vida en el análisis social”, 147.

⁸⁹⁷ Dean Hammer y Aaron Wildavsky, “La entrevista semi-estructurada de final abierto. Aproximación a una guía operativa”, *Historia y Fuente oral*, n° 4 (1990): 23–61.

⁸⁹⁸ Véase, por ejemplo Pozzi, *Por las sendas argentinas - El PRT/ERP - La guerrilla marxista*, 48–51, 55–56, 129, 132, 133, 134–35, 139–40, 141, 142, 144–45, 157–58, 175, 176–77, 177–79, 183–86, 187–90, 190–91. Como puede observarse la extensión supera muchas veces las dos páginas.

⁸⁹⁹ Pozzi, 15.

⁹⁰⁰ Así se refiere Pozzi a la obra de Gorriarán Merlo y no expresa una opinión personal. Pozzi, 15.

organización y el lugar ocupado por Mario Santucho.⁹⁰¹ Sin embargo, con las primeras existe una discusión en términos argumentales y no solo una descripción que facilita el descarte de tales hipótesis. Las obras de Mattini y Seoane son, en cambio, citadas en reiteradas oportunidades a lo largo de la obra dando cuenta del reconocimiento hacia estas miradas.

El capítulo I, del que ya hemos mencionado algunos puntos sobresalientes, funciona como introducción a la obra. En él se explicitan las técnicas de investigación utilizadas y se hace mención, de manera general, a los testimonios. Pozzi se refiere al recuerdo de los militantes como perteneciente a un “zona confusa y contradictora que combina percepciones actuales con las pasadas y la experiencia vivida”.⁹⁰² En ese sentido, considera que los sujetos entrevistados lograron realizar, en muchos casos, un balance que es producto del contraste entre su postura política actual con la época relatada.⁹⁰³ Pero al mismo tiempo que anuncia tener en cuenta estos aspectos de la rememoración, cita una importante cantidad de testimonios que carecen de contexto.⁹⁰⁴ Hay una intención clara y explícita en el capítulo I por generalizar, que se plasma en la construcción de ciertos “tipos sociales” que utiliza para dar cuenta del universo de quienes participaron de las entrevistas. Para ello utiliza distintos nombres, por ejemplo, “obreros no guerrilleros” o “dirigentes sindicales anti-guerrilleros”.⁹⁰⁵ El capítulo II está dedicado a los orígenes del PRT-ERP, particularmente al Frente Revolucionario Indoamericanista Popular (FRIP) y su convergencia con la organización trotskista Palabra Obrera. El uso de testimonios aparece en este capítulo de manera diferenciada del anterior: comienza la utilización de largas citas.⁹⁰⁶ Se destaca entre todos los fragmentos introducidos, una transcripción de tres páginas de extensión de una entrevista en la que aparece, a diferencia de las anteriores, las preguntas realizadas por el historiador. Se trata del análisis que hace Manuel Castro, un dirigente ferroviario de Clodomira, Santiago

⁹⁰¹ Se refiere a las ya citadas obras de Mattini y Seoane y al trabajo de Gustavo Pils-Sterenber. Mattini, *Hombres y mujeres del PRT-ERP. De Tucumán a la Tablada*; Seoane, *Todo o nada. La historia secreta y la pública del jefe guerrillero Mario Roberto Santucho*; Gustavo Pils-Sterenber, *Monte Chingolo. La mayor batalla de la guerrilla argentina*, Buenos Aires: Planeta, 2003.

⁹⁰² Pozzi, *Por las sendas argentinas - El PRT/ERP - La guerrilla marxista*, 33.

⁹⁰³ Pozzi, 34.

⁹⁰⁴ Se refiere a los sujetos, de manera individualizada, como “un testimoniante”. Pozzi, 37-38.

⁹⁰⁵ Pozzi, 38.

⁹⁰⁶ Así es, por ejemplo, cuando indagando sobre las fuentes ideológicas de esta organización, introduce un largo fragmento, de casi una página de extensión y luego, casi inmediatamente, repite la operación cuando intenta demostrar las formas de captación de militantes y organización del partido. Pozzi, 45-46, 47, 55-56, 57. Véase Anexos 2.1 y 2.2.

del Estero, sobre la inserción del FRIP en la clase obrera santiaguena.⁹⁰⁷ Dos cuestiones llaman la atención de esta transcripción. Por un lado, la exposición del uso de lenguaje coloquial propio de la entrevista (por ejemplo, “¿Ahora dígame una cosita, y usted cuando entra al PRT? ¿O cómo entra? ¿Un día vienen le dicen ‘bueno, metete al partido’, o nada más ocurrió y ya está?”) y, por el otro, la incorporación de elementos extratextuales a partir del uso de los corchetes.⁹⁰⁸ Así, por ejemplo, se remarcan los momentos en que se producen risas, dando cuenta de cierta complicidad que acerca historiador y entrevistado. Pero también, aparecen elementos que marcan distanciamiento. Cuando Castro señala que estaba al frente de la seccional del sindicato de ferroviarios, el testigo se refiere a su cargo como de “presidente”. Para separarse de esta apreciación, que Pozzi parece no compartir, se coloca entre corchetes la expresión latina *sic*.⁹⁰⁹

Como mencionamos anteriormente, el capítulo III versa sobre la composición social del PRT-ERP, siendo su preocupación central el porcentaje de obreros que integraron la organización y su cantidad total de miembros. La exposición se inicia, en este caso, haciendo explícitos los criterios con los que Pozzi intentó reconstruir las historias de vida de militantes, simpatizantes y aspirantes del partido. Para eso, afirma, entrecruzarán los ochenta y tres testimonios con información publicada en la prensa de la época cuando algún militante era capturado o asesinado, las distintas obras disponibles sobre el tema y, por último, las revistas *El Combatiente* y *Estrella Roja*.⁹¹⁰ Avanza, así, con la definición de una muestra en términos de clase social y no socioocupacional.⁹¹¹ En términos de lo planteado por Bertaux, el relato de vida es aquí utilizado a partir de su faz analítica. Pero también cumple un importante rol reconstructivo, en el sentido que le asignamos en el capítulo I, al intentar calcular el número de militantes con los que contó el PRT-ERP.⁹¹² Hacia el final del capítulo, en las secciones VI y VII, Pozzi intenta explorar las características cualitativas de su muestra a partir de lo que los testimonios pueden aportar. Se trata de una generalización en la que solo se cita un breve fragmento de testimonio.

⁹⁰⁷ Pozzi, 49–51.

⁹⁰⁸ Pozzi, 51. Véase Anexo 2.3.

⁹⁰⁹ Pozzi, 49. Véase Anexo 2.3.

⁹¹⁰ Pozzi, 68.

⁹¹¹ Pozzi, 69.

⁹¹² Pozzi, 78–79.

El cuarto capítulo aborda la cuestión del marxismo en el PRT-ERP. Al tratarse de una discusión eminentemente teórica, la incorporación de testimonios no es relevante. La única excepción se da al inicio del capítulo, aunque, estrictamente, se trate de la discusión política con los testimonios escritos de Santucho, Gorriarán y Mattini. La ausencia de testimonios contrasta con el capítulo V, que está enteramente dedicado al estudio de la cultura partidaria y en el que se busca la recuperación de los valores y las tradiciones militantes.⁹¹³ Reaparecen las transcripciones extensas de testimonios en las que se exponen las preguntas y las respuestas.⁹¹⁴ A través de ellos, Pozzi reconstruye las diferencias regionales entre los militantes de las provincias del noroeste, de Córdoba y Buenos Aires y los conflictos y recelos que estos contrastes generaron entre ellos y la conducción política. Se utilizan, también, fragmentos largos que sirven como ejemplos, en este caso, del descontento ante imposiciones culturales tales como la forma de vestir o hablar y las películas o música que consumir. Pozzi advierte que “todos” los testimonios son coincidentes en estos puntos, particularmente en el acento al carácter “moralista” del partido y sus militantes.⁹¹⁵ En este mismo sentido, la pregunta en torno a la presión que desde la dirigencia partidaria se ejercía sobre las conductas consideradas moralmente reprobables se construye sobre una serie de fragmentos de testimonios. Llama la atención que cuando se citan seguidamente dos fragmentos de entrevistas distintas, los relatos aparecen enumerados como “Testimonio uno” y “Testimonio dos”.⁹¹⁶ Más allá de estas transcripciones y recortes, el capítulo logra mostrar un relato coral en el que se contrasta la mirada de los militantes con los boletines internos del partido que reproducían las sanciones.⁹¹⁷ Así, se señalan conflictos en torno a las relaciones de pareja al interior de la organización, el adulterio, la ingesta de alcohol, la asistencia a recitales de rock y otras cuestiones similares. También aparecen ciertas fisuras en la cultura partidaria cuando se citan dos testimonios de obreros, un militante y un simpatizante del PRT-ERP, que, en referencia al lenguaje y la jerga del partido, aseguran que “no entendían nada”.⁹¹⁸ Algo similar intenta Pozzi en referencia al culto generado por la figura de Mario Santucho.⁹¹⁹

⁹¹³ Pozzi, 125.

⁹¹⁴ Por ejemplo, Pozzi, 131-32, 133, 134-135, 145. Véase Anexo 2.4.

⁹¹⁵ Pozzi, 136, 138.

⁹¹⁶ Pozzi, 139, 144. Véase Anexo 2.5.

⁹¹⁷ Pozzi, 137.

⁹¹⁸ Pozzi, 144.

⁹¹⁹ Pozzi, 150-54.

En el capítulo VI, que trata sobre la influencia del Che Guevara en el PRT-ERP, los testimonios aparecen analizados a través del criterio de saturación que mencionamos anteriormente.⁹²⁰ Cruzados con otras fuentes de información y con parámetros de clase y género, Pozzi pretende visualizar el impacto de Guevara sobre “toda una generación de argentinos”. Sin embargo, a pesar de este influjo transversal a toda la sociedad, lo que el historiador marxista logra comprobar es que la influencia del revolucionario fue más profunda entre los obreros y las mujeres estudiantes. Los sentimientos generados por la figura de Guevara, argumenta Pozzi, impulsó a los sujetos a involucrarse en el PRT-ERP. Para demostrarlos cita cinco fragmentos de testimonios, cada uno en párrafo aparte, con un título que describe su adscripción de clase, ocupación y género.⁹²¹

El séptimo capítulo de la obra trata sobre la inserción del PRT-ERP en la sociedad argentina. Según Pozzi, por inserción debe entenderse “la capacidad que tiene una organización para representar demandas populares, para desarrollarse entre las masas, ser referente y poder orientarlas”.⁹²² En el caso de un partido clandestino, medir este tipo de parámetros se torna muy complejo. Por eso, argumenta el historiador, debe recurrir a la documentación partidaria y de otras fuentes y a testimonios orales.⁹²³ Los testimonios vuelven a aparecer, nuevamente, ejemplificando afirmaciones diversas pero, a diferencia de *Los combatientes*, las transcripciones son extensas. Así, por ejemplo, los dichos de dos testimoniantes de Córdoba, que analizan el problema del “trabajo de masas”, citados como testimonios “uno” y “dos”, cierran el apartado II del capítulo sin que el autor analice lo que dicen, sino simplemente expuestos. Sobre este mismo tema, se transcribe un largo fragmento de entrevista a dos dirigentes sindicales de la provincia mediterránea, que comienza en la página 182 y finaliza en la 186, y luego otro, tras una breve intervención del autor, que abarca las páginas 187 a 190. Sobre el primero de estos, llama la atención, no solo la extensión, sino también el hecho de que sea una conversación que incluye a dos testimoniantes y al investigador.⁹²⁴ Los ejemplos se multiplican y abordan distintas ciudades y regiones: la ya mencionada Córdoba, Formosa, Monte Chingolo en el Gran Buenos Aires, el pueblo de San José en Tucumán, Villa Gobernador Gálvez en las

⁹²⁰ Pozzi, 159.

⁹²¹ Estos son: “un estudiante de Rosario”, “un obrero automotriz de Córdoba”, “un obrero metalúrgico de Rosario”, “una estudiante de Córdoba”, “un obrero tucumano que fue miembro de la Federación Juvenil Comunista (Fede)”. Pozzi, 161–62. Véase Anexo 2.6.

⁹²² Pozzi, 169.

⁹²³ Pozzi, 171.

⁹²⁴ Véase Anexo 2.7.

afueras de Rosario, Clodomira en Santiago del Estero y Metán en Salta, entre otras. Los testimonios que dan cuenta del trabajo del PRT-ERP en esas localidades son muy extensos. Entre las páginas 187 y 213 priman las voces de los sujetos entrevistados y las intervenciones de Pozzi se reducen al mínimo, otorgándoles el hilo conductor a los relatos.⁹²⁵ Como puede observarse, el lugar de los testimonios en este capítulo es de suma relevancia, tanto en la faceta reconstructiva, más apegada a lo factual, como en la interpretativa, útil para conocer el carácter de las interacciones entre los militantes y las comunidades en las que se insertaron.

El capítulo VIII aborda la cuestión de las mujeres en el PRT-ERP. Tras una introducción de nueve páginas, en la que Pozzi analiza el tema a partir del folleto *Moral y proletarización*, firmado por Julio Parra (seudónimo de Luis Ortolani) y publicado en 1972,⁹²⁶ el capítulo se centra en la transcripción de una sesión de entrevista con ocho antiguas militantes del partido, que comienza con el subtítulo “Testimonio”.⁹²⁷ La conversación parece darse en un ámbito distendido, con algunas muestras de confianza entre el historiador y estas mujeres, por ejemplo, a partir del uso de categorías “nativas”, como “compañero”, al referirse a los militantes de la organización o bien, a partir del uso de un lenguaje coloquial.⁹²⁸ La cita cierra intempestivamente, y con ella el capítulo, sin ningún tipo de explicación, conclusión, análisis o balance.

El noveno capítulo de la obra aborda la problemática de la lucha armada. Presenta un carácter cronológico y se construye a partir de dos elementos. El primero de ellos tiene que ver con la profundización del balance realizado por Mattini sobre la experiencia guerrillera del ERP. Sobre el diagnóstico de una insuficiente inserción de masas y experiencia militar y política que llevó al PRT a “una fuga hacia adelante” en la que “lo militar no guió lo político pero sí tendió a autonomizarse”,⁹²⁹ Pozzi introduce el segundo elemento en este balance, los testimonios. Así, se intenta que estos acompañen cada etapa y cada paso dado por el ERP,

⁹²⁵ Véase Anexo 2.8.

⁹²⁶ Luis Ortolani. [1972]. *Moral y proletarización*. Reproducido en Políticas de la Memoria N° 5, (2004/5) Buenos Aires, verano. [Originalmente publicado con el seudónimo Luis Parra en La gaviota blindada, N° 0, Rawson]

⁹²⁷ Pozzi, Por las sendas argentinas - El PRT/ERP - La guerrilla marxista, 223-42. La operación realizada en este caso es similar a la indicada en la nota 918 y ejemplificada en el Anexo 2.8. Dada la extensión de este ejemplo, y puesto que esta transcripción es todavía más larga que la anterior, se anexa solo un fragmento. Véase Anexo 2.9.

⁹²⁸ Pozzi, 235, 238.

⁹²⁹ Pozzi, 246.

incluyendo la referencia a hechos específicos, como el asalto al Comando de Sanidad,⁹³⁰ o la captación de simpatizantes mientras los militantes realizaban el servicio militar obligatorio.⁹³¹ Busca, también, encontrar las contradicciones entre trabajo de masas y accionar armado que le permitan ir en la dirección de la complejización de los debates generados a propósito de la obra de Mattini. Los últimos tres apartados del capítulo están también protagonizados por largos fragmentos de entrevista. El análisis sobre el desarrollo de la guerrilla rural, la Compañía de Monte “Ramón Rosa Jiménez”, se sostiene en tres testimonios expuestos de manera sucesiva desde la página 266 hasta la 279. Como ejemplo de la autonomización de “lo militar” que el autor plantea como clave de análisis, el ejemplo al que recurre es el ataque a la Fábrica Militar de Armas de Villa María, Córdoba. En este caso, se transcribe un testimonio de seis páginas de extensión y se concluye con una crítica del mismo por parte de Pozzi. Finalmente, se realiza un balance del ataque a la División de Informaciones de la Policía, ubicada en el Cabildo de la ciudad de Córdoba. Esta última acción mentada se reconstruye a partir de un testimonio que se extiende entre las páginas 289 y 292. En la entrevista dejan entreverse algunos rasgos de confianza entre el historiador y el testimoniante, en las pocas preguntas que Pozzi transcribe. Particularmente, frente a la pregunta por la participación en el ataque a esta división, el entrevistado responde “vos sabés que yo no era ni siquiera integrante del frente militar (...)”.⁹³²

El capítulo X analiza la relación entre el PRT-ERP y la democracia. En los primeros apartados del capítulo, la discusión sobre la política del partido frente a la apertura electoral de 1973 se sostiene en el análisis de las posiciones que Palabra Obrera y el FRIP tenían a este respecto, y su evolución posterior en la organización guevarista. En consecuencia, el conocimiento se construye, principalmente, apelando a documentos escritos. Los testimonios cobran relevancia en algunos temas puntuales: el liderazgo partidario en el contexto de conformación del Gran Acuerdo Nacional (GAN), la experiencia de la conformación del Frente Antiimperialista y por el Socialismo (FAS) como herramienta electoral y el Movimiento Sindical de Base (MSB). En este capítulo, los testimonios adquieren un papel, si no secundario, sí que acompaña, refuerza y se contrapone con artículos de la prensa

⁹³⁰ El asalto al Comando de Sanidad se realizó el 6 de septiembre de 1973 con la finalidad de obtener armamento y municiones. El mismo se encuentra en el barrio de Parque Patricios en la Ciudad de Buenos Aires.

⁹³¹ Pozzi, 250-52, 257-260.

⁹³² Pozzi, 289.

partidaria, revistas del campo de las izquierdas y bibliografía memoriográfica de ex militantes. Es decir, tienen un papel menor en la construcción de conocimiento sobre este tema puntual en comparación a otros capítulos.

Los capítulos XI y XII, los dos últimos del libro, presentan un carácter particular en relación a la operación testimonial, aunque por motivos distintos. El onceavo capítulo trata sobre los exiliados del PRT-ERP en Estados Unidos. Si bien la transcripción explícita de relatos de vida no es abundante, es menester considerar que el propio Pozzi debió exiliarse durante la última dictadura militar en ese país donde, de hecho, estudió su carrera de grado.⁹³³ En este sentido, el carácter de práctica histórico-memoriográfica que reviste este capítulo en particular es claro.⁹³⁴ El capítulo final, en cambio, está hegemonizado por la transcripción de relatos testimoniales. Además, al estar dedicado al análisis de “la derrota”, es decir, la desarticulación de PRT-ERP a partir del golpe de estado, el carácter crítico de los testimonios se ve reforzado. A esto se suma que buena parte de los entrevistados pertenecieron a la dirección de la organización, por lo que puede observarse en ellos miradas más generales del proceso y reflexiones más informadas en torno a lo sucedido, que se contrastan, sin embargo, con las afirmaciones de militantes pertenecientes a niveles más bajos de mando.⁹³⁵ Así, Pozzi busca mostrar la manera en que las debilidades del PRT-ERP en conjunción con el plan sistemático de violencia desplegado por el Estado argentino a partir del golpe de 1976, llevaron a la desarticulación del partido.⁹³⁶ El capítulo finaliza con la exposición de seis testimonios de variada extensión, a los que el autor dice haber seleccionado por su carácter representativo. Aclara, además, que si bien no necesariamente suscribe todas las interpretaciones, considera “apropiado que ellos tengan la última palabra”.⁹³⁷ Cada una de estas transcripciones está numerada y la referencia acerca de quién es el o la testimoniante se encuentra al final de cada relato. De los seis testimonios, cuatro corresponden a obreros (tres hombres y una mujer) y dos a estudiantes.⁹³⁸

Volviendo a una mirada general de la obra, podemos retomar la idea de que lo que encontramos en el trabajo de Pozzi es una tensión entre su motivación militante y su razón

⁹³³ <http://www.theushistory.org/theushistory/biografia.html>

⁹³⁴ Acha, “Encrucijadas y obstinaciones en la distinción de historia y memoria: en torno a las prácticas memoriográficas en la Argentina”.

⁹³⁵ Pozzi, *Por las sendas argentinas - El PRT/ERP - La guerrilla marxista*, 368–70.

⁹³⁶ Pozzi, 362.

⁹³⁷ Pozzi, 393–94.

⁹³⁸ Pozzi, 394–401.

historiadora. A diferencia de *Los Combatientes*, en la que el interés historiográfico se construye como lugar de enunciación, mencionamos al comienzo de la sección que Pozzi reconoce como uno de los objetivos del trabajo la lucha por “un mejor futuro”.⁹³⁹ En este sentido, está realizando una operación temporal que conecta pasado y futuro a través de un presente que se emparenta con el primero. Podría pensarse, en consecuencia, una similitud con la historia entendida como *magistra vitae*, que desarrollamos en el capítulo I, en tanto la ejemplaridad del pasado permite orientar las prácticas en el presente.⁹⁴⁰ El uso del ejemplo se hace patente en *Por la sendas argentinas* en tanto las reflexiones sobre el accionar armado y las diversas problemáticas que fuimos reconstruyendo del PRT-ERP adquieren, muchas veces, la forma de un “balance”. Se trata de una situación que proporcionaría, por la negativa, coordenadas para actuar políticamente en el presente, es decir, no repetir errores.⁹⁴¹ La historiadora mexicana Perla Chinchilla afirmó, al respecto de la historia *magistra vitae*, que al contrario del diagnóstico de Koselleck según el cual esta debería haber desaparecido hace un siglo, pervivió durante todo el siglo XX.⁹⁴² Recordemos, sintética y esquemáticamente, que el hiato abierto a partir de fines del siglo XVIII entre espacio de experiencia y horizonte de expectativas tornó al pasado y al presente cualitativamente distintos: la novedad de las consecuencias causadas por las revoluciones políticas y el desarrollo científico-técnico hacían que uno no pudiera leerse en el otro. Hemos citado ya a Langlois y Seignobos para quienes, a finales del siglo XIX, “Es una ilusión anticuada creer que la historia proporciona enseñanzas prácticas para conducirse en la vida (historia *magistra vitae*), lecciones de utilidad inmediata para los individuos y los pueblos (...)”.⁹⁴³ El mismo Koselleck retoma a Tocqueville quien, al respecto de la nueva forma de temporalidad abierta con la Revolución Francesa, dijo: “Desde que el pasado ha dejado de su luz sobre el futuro, el espíritu humano anda errante en las tinieblas”.⁹⁴⁴ Sin embargo, lo que Chinchilla señala, es la pervivencia de esta forma de

⁹³⁹ Pozzi, 9.

⁹⁴⁰ Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, 41.

⁹⁴¹ Esto es así, especialmente, en el último capítulo. Allí, los últimos testimonios mencionan “errores cometidos”, arrepentimientos, la ponderación de oportunidades “para encontrar el camino de nuevo”. En el mismo sentido, el propio Pozzi utiliza la idea de error (incluso mencionadas como “inmadureces”) en reiteradas oportunidades. Pozzi, *Por las sendas argentinas - El PRT/ERP - La guerrilla marxista*, 333, 392-97.

⁹⁴² Perla Chinchilla Pawling, “¿Aprender de la historia o aprender historia?”, *Historia y Gráfica*, nº 15 (2000): 120.

⁹⁴³ Langlois y Seignobos, *Introducción a los Estudios Históricos*, 299.

⁹⁴⁴ Alexis de Tocqueville, *La democracia en América* (México: Fondo de Cultura Económica, 1992) citado en Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, 49.

historia como un subproducto de la historia nacionalista a la que “no se le ha encontrado un sustituto adecuado”. Esta supervivencia anacrónica es considerada por la historiadora como una anomalía.⁹⁴⁵ En un artículo reciente, Chinchilla retoma el texto ya citado para complejizar las relaciones entre historia científica e historia *magistra vitae* a través de la categoría de “pasado práctico” (*practical past*) elaborada por White.⁹⁴⁶ Según el historiador norteamericano, durante el proceso de conformación de la historia como disciplina científica, esta debió separarse de la retórica, área del conocimiento a la que se la asociaba desde la Antigüedad. El alejamiento de la historia de la propedéutica y del ejemplo y su autonomización en la academia la llevó a estudiar el pasado como una cosa en sí misma, sin otro fin que su conocimiento. Así, el pasado propio de la historia *magistra vitae* puede definirse como “pasado práctico”. Se trata de

aquellas nociones del pasado que todos llevamos con nosotros en la vida diaria y a las que recurrimos voluntariamente y como mejor podemos, para obtener información, ideas, modelos y estrategias que nos ayudan a resolver todos los problemas prácticos con los que nos encontramos en lo que sea que consideremos nuestra situación presente, desde cuestiones personales hasta grandes programas políticos.⁹⁴⁷

Este se diferencia del “pasado histórico”, propio de la historia científica, “construido por los historiadores profesionales modernos como una versión corregida y organizada que forma parte de todo el pasado que se ha considerado que efectivamente ocurrió sobre la base de evidencia autenticada por otros historiadores (...)”.⁹⁴⁸ El pasado histórico, agrega White, “es una construcción de orden teórico, que existe solo en los libros y los artículos de los historiadores profesionales (...)” y, en ese sentido, “posee poco o ningún valor para entender o explicar el presente y no provee ninguna guía para actuar en el presente o prever el

⁹⁴⁵ Chinchilla Pawling, “¿Aprender de la historia o aprender historia?”

⁹⁴⁶ Hayden White, *The Practical Past* (Evanston: Northwestern University, 2014).

⁹⁴⁷ Hayden White, “El pasado práctico”, en *Hayden White, la escritura del pasado y el futuro de la historiografía*, ed. Verónica Tozzi y Nicolás Lavagnino (Sáenz Peña: EdUNTREF, 2012), 25. Cfr. White, *The Practical Past*, 9.

⁹⁴⁸ White, “El pasado práctico”, 25.

futuro”.⁹⁴⁹ En consecuencia, podría sugerirse que, antes que comprender las motivaciones que tensionan la obra de Pozzi como “militantes o profesionales”, podríamos, en un paso previo, intentar decodificar su operación a partir de estas nociones que atañen a la función de la historiografía, con su correlato temporal. Obviamente, esta asimilación no es total y precisamente allí radica la tensión entre la construcción de la historia del PRT-ERP como pasado histórico o pasado práctico. Sin embargo, la preocupación por la construcción de un “futuro mejor” es citada por White como una de las aplicaciones concretas que el pasado práctico posee al servicio del presente.⁹⁵⁰ Por eso, puede pensarse que la única cuestión en disputa no se vincula al carácter científico de la historia sino, también, a su función ética. El propio White afirma, sobre la historia *magistra vitae*, que uno de sus objetivos era la resolución de la principal pregunta de la ética en torno a cómo actuar y, justamente, cita la pregunta que titula el tratado político del revolucionario ruso Lenin: “¿Qué hacer?”.⁹⁵¹

Una última cuestión podría señalarse en relación al régimen historiográfico que estructura *Por las sendas argentinas*. Cierta tendencia a la heroización del PRT-ERP puede encontrarse en la elección del título de la obra, extraído de la marcha del ERP y, además, la cita completa de esta canción glosando la obra.⁹⁵² Para Hartog, el régimen de la historia *magistra vitae* europeo presenta grandes analogías con el régimen heroico de historicidad, según la comparación que sugiere con los estudios antropológicos de Sahlins en Hawái y otras islas del Océano Pacífico.⁹⁵³ Sin exagerar su asimilación, puede pensarse que algunos atributos del régimen heroico, como análogo de la historia *magistra vitae*, son posibles de ser encontrados en la construcción que Pozzi hace del PRT-ERP. En este tipo de historia, el rey es condición de posibilidad de la comunidad por lo que se sigue de ello que “si yo como es el rey; si yo duermo, es el rey; si yo bebo, es el rey”.⁹⁵⁴ En el caso de *Por las sendas argentinas*, es el partido quien ocupa el lugar primordial y ordena la vida de los militantes y los testimonios. Es el PRT-ERP el que comete errores o posee virtudes y son sus partidarios los que ejecutan estas acciones: “Las condiciones generales de la vida del pueblo están hegemónicamente ordenadas, como forma

⁹⁴⁹ White, 25.

⁹⁵⁰ White, 32–33.

⁹⁵¹ White, 25.

⁹⁵² Véase Anexo 2.10.

⁹⁵³ Hartog, *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*, 61.

⁹⁵⁴ Esta frase es citada por Sahlins de un texto de Vansina describiendo la historia heroica. Sahlins, *Islas de historia. La muerte del capitán Cook. Metáfora, antropología e historia*, 50; Hartog, *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*, 52.

social y como destino colectivo, por las disposiciones particulares de los poderes constituidos”.⁹⁵⁵ La “solidaridad jerárquica” que tiene al rey en su centro se expresa, en el caso de esta organización político-militar, en las diferentes responsabilidades (militantes de base, cuadros medios, cuadros de dirección). En conclusión, parte de la operación temporal realizada en la obra se sostiene en una mirada del pasado como “pasado práctico” que tensiona con el “pasado histórico”. Esta concepción del pasado y, en consecuencia, de la historiografía, se asemeja a la de la historia entendida como *magistra vitae*: presente y pasado son similares y, por lo tanto, el segundo tiene algo para aportar en términos de acción al primero. Esta asimilación redundante en una estrategia que, con Oberti y Pittaluga, denominamos “mimética” en relación al testimonio. A continuación, justificaremos esta elección.

En *Por las sendas argentinas* la extensión de las citas y la primacía que adquieren los testimonios parece implicar la creencia en que la exposición de la palabra de los protagonistas son una vía para acceder al pasado de manera directa y sin mediaciones. Oberti y Pittaluga han calificado esta actitud, que incluye la recuperación de las experiencias militantes y la identificación casi total con el sujeto historizado, de mimética.⁹⁵⁶ Sin embargo, aunque ambos investigadores reconocen a la mimesis como la actitud que conduce la investigación en su conjunto, diferimos en relación a la consideración que realizan acerca del uso los testimonios en la obra. Sobre su utilización, Oberti y Pittaluga afirman que su función es la de “servir de ilustración a las hipótesis y propuestas interpretativas de los autores” y no la de ponerlas a prueba.⁹⁵⁷ No es que este tipo de uso esté ausente de la obra,⁹⁵⁸ sin embargo, creemos que lo que la distingue a *Por las sendas argentinas* es la larga exposición y transcripción de testimonios. Esta forma que adopta la operación testimonial se comprende mejor en el contexto de la construcción de la historia del PRT-ERP como “pasado práctico” al que intenta apelarse para guiar la acción política del presente. Oberti y Pittaluga sostienen que, en la obra, la historia y la política se piensan “como la pensaron los partidos objetos de su estudio” y que, por eso, se encuentra “ausente el análisis crítico de las prácticas desplegadas

⁹⁵⁵ Sahlins, *Islas de historia. La muerte del capitán Cook. Metáfora, antropología e historia*, 50.

⁹⁵⁶ Oberti y Pittaluga, *Memorias en montaje. Escrituras de la militancia y pensamientos sobre la historia*, 194-95.

⁹⁵⁷ Pozzi, *Por las sendas argentinas - El PRT/ERP - La guerrilla marxista*, 184.

⁹⁵⁸ Por ejemplo, en los capítulos que muestran una tendencia marcada a la cuantificación o en los que los fragmentos de testimonios son recortados y transcriptos en pequeños fragmentos.

y las subjetividades involucradas”.⁹⁵⁹ Si se atiende a la temporalidad supuesta por la historia *magistra vitae*, que describimos anteriormente, en el contexto del acercamiento mimético, que busca extraer lecciones para el accionar en el presente, se comprende el motivo de esta cercanía del historiador con su objeto y sus sujetos. En el caso de los testimonios, la mimesis genera la sensación de que a través de las entrevistas podemos acceder a una verdad que está inherentemente adherida a lo que los testigos dicen y que sumadas a la voz “experta” dan cuenta de la pervivencia del proyecto revolucionario. El mismo título de la obra que, como mencionamos, es un fragmento de la marcha del ERP, o el último capítulo del libro, en el que priman las largas transcripciones, parecen reforzar una mirada en este sentido. Pasado y presente, de esta manera, colapsan. Los autores, críticos de Pozzi, reconocen esta situación cuando afirman que “Antes que *anamnesis* nos encontramos ante una memoria continua: repetición sin diferencia, repetición mecánica y ritualizada”.⁹⁶⁰

En la obra de Carnovale, prima, como analizamos, el interés por normalizar en términos historiográficos y temporales la temática desarrollada, es decir, hacer un trabajo que respete los valores de la profesión. De esta forma se toma una posición en relación con naturaleza del conocimiento histórico que se traduce en la adopción de una “distancia objetiva” con los sujetos. Consecuentemente con lo que planteamos, esta normalización implica el establecimiento de una separación entre lo que los testimonios dicen y el presente de la enunciación, es decir, implica la imposición de la temporalidad de la historiografía científica. Borrar las presencias o bien considerar que la memoria puede estar sujeta a “procesos engañosos”.⁹⁶¹ En cambio, en *Por las sendas argentinas* el testimonio no es ya una fuente para acceder al conocimiento del pasado a través de mecanismos inferenciales sino una forma en la que pasado y presente colapsan: el pasado se hace presente a través de los testimonios, uniéndose al presente en una acción mimética.⁹⁶² Esta situación, al contrario de lo que podría pensarse, no implica el establecimiento de un diálogo entre historiador y testimoniante sino la exposición de los testimonios o su reemplazo por la voz del historiador que asume su labor como tarea militante.

⁹⁵⁹ Oberti y Pittaluga, *Memorias en montaje. Escrituras de la militancia y pensamientos sobre la historia*, 194.

⁹⁶⁰ Oberti y Pittaluga, 194.

⁹⁶¹ Carnovale, *Los combatientes (Historia del PRT-ERP)*, 176.

⁹⁶² Mudrovcic, *Historia, narración y memoria. Los debates actuales en filosofía de la historia*, 135.

III. 2.4. Mezclas e intensidades: otras obras que incorporan testimonios

A continuación, analizaremos, de manera más concisa, otras obras dedicadas al pasado reciente. En ellas encontramos, según el prisma de análisis que hemos ido construyendo a lo largo de los capítulos precedentes, las mismas herramientas que intervienen en la operación testimonial, pero en diversas mixturas e intensidades.

En *Los años setenta de la gente común* de Carassai,⁹⁶³ así como en *Los combatientes* de Carnovale, la interpretación de los testimonios se encuentra marcada por una hipótesis fuerte: la idea central es que, en los años setenta, las clases medias no protagonizaron un giro a la izquierda en lo ideológico ni un proceso de peronización en términos políticos.⁹⁶⁴ Al partir de estas hipótesis, que articulan el resto de los capítulos del libro, la interpretación parece sobredeterminada y el análisis de testimonios adopta un carácter fuertemente evidencial. En relación a la operación testimonial, se nos informa que las entrevistas fueron realizadas por el autor, que afirma haber llevado a cabo más de doscientos intercambios con varones y mujeres, pertenecientes a la “clase media”, que atravesaron la década de los setenta alejados de la militancia política.⁹⁶⁵ Vale la pena remarcar que, como parte de la metodología implicada en la confección de testimonios, Carassai utilizó un breve documental producido por él mismo.⁹⁶⁶ Esta pieza audiovisual era proyectada a los entrevistados antes de la realización de las preguntas. El objetivo del autor era, según argumenta, “acceder a memorias que de otro modo no hubieran surgido, a relatos y a recuerdos vinculados a esa memoria que Walter Benjamin, siguiendo a Marcel Proust, llamó ‘involuntaria’, distinta de la memoria voluntaria, consciente, deliberadamente razonada”.⁹⁶⁷ De hecho, insiste, el breve documental no posee relato en off y consta solo de imágenes superpuestas de diversa índole, insinuando, creemos, que no hay una construcción narrativa que influya sobre el recuerdo de los testigos. En la introducción del libro, pondera el éxito de esta técnica cuando afirma que, sin el documental, “las entrevistas no hubieran alcanzado a despertar ciertas memorias que no

⁹⁶³ Carassai, *Los años setenta de la gente común: la naturalización de la violencia*. Un primer análisis de esta obra puede encontrarse en Gonzalo Urteche, “Usos historiográficos del testimonio en un contexto presentista. Una mirada desde *La memoria, la historia, el olvido*, de Paul Ricoeur”, en *Actas del IV Congreso Internacional de Filosofía de la Historia. El pasado propio: historia y memoria en la formación de identidades colectivas*, ed. Daniel Brauer et al. (Buenos Aires: Teseo Press Design, 2019), 231–42.

⁹⁶⁴ Carassai, *Los años setenta de la gente común: la naturalización de la violencia*, 22.

⁹⁶⁵ Carassai, 16.

⁹⁶⁶ COMA 13 disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=0Pv6R8zJ2IQ>. Consultado el 20/01/2021.

⁹⁶⁷ Carassai, *Los años setenta de la gente común: la naturalización de la violencia*, 17.

siempre resultan asequibles”.⁹⁶⁸ En la obra, finalmente, aparecen veinticuatro testimonios, tres de ellos protagonizados por parejas, cuyos dichos se plasman de manera diversa. En primer lugar, se utilizan a partir de una matriz evidencial y fuertemente clasificatoria: los agrupa según criterios de comportamientos, actitudes, formas de pensar o bien como ejemplos de una situación particular. Pero no se trata solo del afán clasificatorio lo que nos permite pensar que el uso de testimonios adquiere un carácter evidencial-inferencial, que presupone la idea de una ruptura entre pasado y presente. La misma utilización del documental nos permite pensar en ese sentido: se trata de un “disparador” que permitiría acceder a regiones de la memoria que guardan recuerdos que de otra manera no se manifestarían en el presente. En este sentido, divide entre una memoria “involuntaria” y otra “voluntaria, racional y consciente”. Así, los estímulos generados por las imágenes observadas revelarían un recuerdo “puro”, completamente pasado, un vestigio de un tiempo anterior. En segundo lugar, algunas intervenciones o preguntas transcritas acompañando fragmentos de entrevista dejan entrever esta concepción de ruptura entre pasado y presente, por ejemplo: “Mi pregunta es cómo veía usted la vuelta de Perón en aquél momento. No la reflexión que tiene ahora, sino en aquél momento” o bien, la expresión “volvió a saltar del pasado al presente. Ese rasgo típico de la memoria, el querer decir algo siempre, *también*, desde el presente”.⁹⁶⁹ Ambas cuestiones son problemáticas si se las analiza a la luz de las ideas de Halbwachs, a quien Carassai se refiere en su trabajo.⁹⁷⁰ Primero, porque establece una forma de funcionamiento de la memoria individual demasiado voluntarista y, segundo, porque parece ignorar que “el recuerdo es, en gran medida, una reconstrucción del pasado con la ayuda de datos tomados del presente”.⁹⁷¹

Junto con esta forma puramente inferencial aparece otra, en apariencia más atenta. Carassai dedica todo el “Excurso II” al análisis del testimonio de “Beatriz”, que le presenta algunas dificultades y del cual solo a partir de un diálogo extendido en el tiempo logra comprender su significado.⁹⁷² Vemos como es la confianza la que le permite conocer la trama profunda de las reflexiones de su entrevistada y lo obliga a recuperar sentidos que exceden algunas de sus

⁹⁶⁸ Carassai, 17.

⁹⁶⁹ Carassai, 24, 224. Cursiva en el original.

⁹⁷⁰ Carassai, 26.

⁹⁷¹ Halbwachs, *La memoria colectiva*, 71.

⁹⁷² Carassai, *Los años setenta de la gente común: la naturalización de la violencia*, 217–33.

hipótesis iniciales.⁹⁷³ A grandes rasgos, lo que este testimonio parece estar mostrando es, justamente, la imposibilidad de reducirlo al mero recuerdo, es decir, a ser una fuente transparente de ideas del pasado. Entre las respuestas contradictorias que recibe de su entrevistada, muchas de ellas se anclan en el presente, en una mirada interpretativa y retrospectiva de ese pasado.⁹⁷⁴

El carácter evidencial e inferencial del testimonio se repite en otras dos obras importantes que contribuyeron al conocimiento de organizaciones político-militares marginales o más pequeñas: *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina* (en adelante *Los orígenes*) de Gabriel Rot y *Uturuncos* de Ernesto Salas.⁹⁷⁵ Estos trabajos utilizan los testimonios con una pretensión fuertemente reconstructiva. De hecho, en ambas introducciones encontramos similitudes que aclaran esta situación. Además de la referencia cruzada que aparece en las dos obras, en ambas se remarca que sendos objetos de estudio fueron marginados por las investigaciones sobre las experiencias guerrilleras en la Argentina.⁹⁷⁶ Al tratarse de experiencias y procesos olvidados por parte de la historiografía académica, y también de las izquierdas, y de ser, en comparación a las grandes organizaciones político-militares, de aparición muy temprana, las fuentes documentales escritas son escasas. En este sentido, los testimonios orales ocupan un papel muy importante en la reposición de datos factuales.

En el caso de *Los orígenes*, los testimonios son citados al final del texto como “Fuentes orales” en el apartado “Fuentes Principales”.⁹⁷⁷ En esta sección, los entrevistados aparecen consignados con su nombre completo y agrupados según a cuál de las etapas de la historia contribuyeron a rememorar. Su lugar en la reconstrucción de la vida de Jorge Masetti resulta crucial,⁹⁷⁸ sobre todo en el período más temprano y durante la narración de la trayectoria del E.G.P.⁹⁷⁹ Los testimonios son incorporados en el cuerpo del texto, citados con comillas o bien, en algunos casos, parafraseados. Más allá de este uso, que responde a una lógica típicamente evidencial, como hemos establecido, por momentos Rot logra tensionar las

⁹⁷³ Carassai, 226. Aparecen algunas marcas de confianza que el autor transcribe, por ejemplo, cuando se refiere a él como “Seba”.

⁹⁷⁴ Carassai, 219, 221, 224, 227.

⁹⁷⁵ Rot, *Los orígenes perdidos de la guerrilla argentina. Jorge Ricardo Masetti y el EGP*; Salas, *Uturuncos*.

⁹⁷⁶ Rot, *Los orígenes perdidos de la guerrilla argentina. Jorge Ricardo Masetti y el EGP*, 19; Salas, *Uturuncos*, 15.

⁹⁷⁷ Rot, *Los orígenes perdidos de la guerrilla argentina. Jorge Ricardo Masetti y el EGP*, 393–94.

⁹⁷⁸ Jorge Ricardo Masetti fue un periodista y guerrillero argentino que estuvo al frente del Ejército Guerrillero del Pueblo (E.G.P), la primera guerrilla guevarista del país.

⁹⁷⁹ Así, por ejemplo, en el capítulo 1, de un total de veinticuatro citas, once se corresponden a testimonios orales, alcanzando las treinta y cuatro sobre un total de noventa en el sexto capítulo.

diversas declaraciones de los testigos. Por ejemplo, cuando evaluando las razones del fracaso de la guerrilla en relación a sus acciones propagandísticas entre los campesinos, contraponen las interpretaciones de dos protagonistas que se interpelan entre sí.⁹⁸⁰ En *Uturuncos* encontramos una menor cantidad de entrevistas. Son citados siete testimonios, de los cuales tres fueron realizados por Salas y cuatro por Julio Robles. Robles fue un miembro de la organización que, entre 1984 y 1985, entrevistó y grabó a quienes lideraron o participaron de la experiencia guerrillera.⁹⁸¹

Si bien estos trabajos no carecen de posicionamiento ideológico, la relación entre este y la aplicación de una política del tiempo, tal y como lo hicimos con las obras de Carnovale y Pozzi, es menos problemática. Entendemos que esta toma de partido político-ideológica tiene que ver con rescatar del olvido experiencias militantes soslayadas por las corrientes dominantes de la historiografía. En el caso de *Uturuncos*, Salas es explícito al respecto en la introducción de la obra:

Pero, aunque la historia haya sido hasta ahora ingrata con ellos, Uturuncos, como muchos otros grupos de militantes con historia, entendieron que era necesario preservar su memoria. (...) Gracias a esa conciencia de preservación de la memoria, Julio rescató las voces de varios miembros de Uturuncos, hoy ya fallecidos, indispensables para que esta historia se diera a luz.⁹⁸²

Así, como mencionábamos en un apartado anterior, no se problematiza la cuestión temporal. La historia oral reconstructiva, como productora de conocimiento inferencial, establece una relación de ruptura con el pasado y, en todo caso, la problemática se vincula a cuestiones metodológicas, como ser la obtención misma de las fuentes y su interpretación.

Finalmente, el último caso que analizaremos en esta sección es *Los montoneros del barrio de Javier Salcedo*.⁹⁸³ Este trabajo se encuentra, podríamos decir, entre los relatos abarcadores de grandes organizaciones político-militares como los de Pozzi y Carnovale y los estudios de

⁹⁸⁰ Rot, *Los orígenes perdidos de la guerrilla argentina*. Jorge Ricardo Masetti y el EGP, 220–22.

⁹⁸¹ Salas, *Uturuncos*, 26, 135.

⁹⁸² Salas, 26.

⁹⁸³ Salcedo, *Los montoneros del barrio*.

caso más reducidos de pequeños grupos guerrilleros como los que analizamos en el párrafo anterior. Se trata de un estudio de las formas de inserción de masas de la organización Montoneros en el conurbano bonaerense, particularmente, en el partido de Moreno.⁹⁸⁴ Dos cuestiones resultan interesantes a nuestros fines y aparecen en la obra en sus primeras páginas. La primera de ellas tiene que ver con la elección del nombre del libro. Así como en *Por las sendas argentinas* resaltamos el hecho de que se trataba de un fragmento de la marcha del ERP y que esta elección implicaba la tendencia a la heroización y la mimesis, Salcedo se encarga de aclarar, en la primera página del Prólogo, que el título del libro “surgió de los propios relatos cuando uno de los entrevistados narró cómo eran mencionados él y su familia, por sus propios vecinos, durante la dictadura que comenzó en marzo de 1976”.⁹⁸⁵ Es decir, se trata del producto de la rememoración. En segundo lugar, la Introducción se inicia con una cita del historiador inglés Eric Hobsbawm que podría estar expresando el presupuesto temporal que anima a Salcedo, es decir, la manera en que concibe la temporalidad de la historia reciente.⁹⁸⁶ En referencia a la destrucción de los mecanismos sociales que unen la experiencia pasada con la presente, que entiende como uno de los rasgos característicos de las últimas décadas del siglo XX, Hobsbawm afirma que: “En su mayor parte los jóvenes, hombres y mujeres, de este final de siglo crecen en una suerte de presente permanente, sin relación orgánica alguna con el pasado del tiempo en que viven”.⁹⁸⁷ En este sentido, algún rasgo de un presente extendido o un pasado presente puede pensarse como parte de la matriz temporal que ordena el trabajo de Salcedo.

La investigación cuenta con treinta y ocho entrevistas realizadas por el autor. En la Introducción, el autor se encarga de trazar un perfil de los que llama “protagonistas”, a los que califica como “los sin poder”.⁹⁸⁸ Se trata de militantes barriales, alejados de las instancias de conducción e incluso de los lugares intermedios en la jerarquía de Montoneros. Si en los trabajos de Rot y Salas nos encontramos con una historia oral de tipo primordialmente reconstructiva, aquí también las entrevistas tendrán un papel central en la reposición de los hechos, aunque la tensión se centrará entre su lugar como fuente de conocimiento inferencial y una faceta que podríamos considerar mayormente dialógica. Esto se expresa de manera

⁹⁸⁴ Salcedo, 9.

⁹⁸⁵ Salcedo, 9.

⁹⁸⁶ Salcedo, 15.

⁹⁸⁷ Salcedo, 15. Extraído de Eric. Hobsbawm, *Historia del siglo XX* (Barcelona: Crítica, 2000), 13.

⁹⁸⁸ Salcedo, *Los montoneros del barrio*, 20.

clara en la misma Introducción. Por ejemplo, cuando Salcedo aclara, en la nota 9 de la página 23, que respetará la forma en que los entrevistados referían a una agrupación, más allá de que sea errónea.⁹⁸⁹ Resulta interesante, asimismo, el reconocimiento de la agencia de los entrevistados. El autor resalta los contrastes existentes entre aquellos que abandonaron la política en los setenta y los que continuaron con esa actividad hasta los años de la investigación. Para Salcedo, los primeros, en general, colaboraron con entusiasmo y los segundos intentaron “operarlo”. Es decir, que “el carácter de militantes políticos-partidarios en la actualidad cambia algunas definiciones, en contraposición con los que abandonan la militancia”.⁹⁹⁰ Esta afirmación es importante porque da cuenta de la voluntad de los entrevistados: los errores no son “fallas en la memoria” sino estrategias de rememoración, intentos conscientes de engañar o contar una historia que los deje a ellos en una situación más favorable con respecto a su posición presente. Al mismo tiempo, como contrapartida de este reconocimiento de la subjetividad del entrevistado, Salcedo se encarga de confrontar con fuentes secundarias todos los relatos que presentaban algún tipo de contradicción en los hechos que narraban. En cambio, sus opiniones personales “referidas a análisis políticos o ideológicos presentes sobre su propio pasado, son señaladas en el texto, precedidas por el origen de la fuente”.⁹⁹¹ En consecuencia, a partir de estas coordenadas, observamos que en los capítulos dedicados a cuestiones generales sobre la organización interna de Montoneros o el contexto político argentino, como el capítulo 1, priman las fuentes escritas. En cambio, en los capítulos dedicados exclusivamente a la cuestión local y al grupo de montoneros de Moreno, los testimonios se tornan en el principal recurso para construir conocimiento. En las notas al pie se agregan los detalles biográficos o de trayectoria política relevantes para la comprensión de la historia. Pero, además, toma por válidas las explicaciones que los propios militantes dan sobre los conflictos entre la organización local y la conducción de Montoneros.⁹⁹² En este sentido, no solo se reponen datos factuales o se reconstruyen hechos sino que las interpretaciones de los propios protagonistas son tenidas en cuenta para la construcción de una historia crítica de esta experiencia.

⁹⁸⁹ Se refiere a la Central de Operaciones de la Resistencia (COR) a la que los testigo se referían como “el” COR. Salcedo, 23.

⁹⁹⁰ Salcedo, 27.

⁹⁹¹ Salcedo, 28.

⁹⁹² Salcedo, 187-88.

Esta tensión entre la reconstrucción factual y el establecimiento de un diálogo que permita la construcción de conocimiento histórico nos llevará, en el próximo capítulo, a considerar cuál es la relación entre historiografía, temporalidad y testimonio que permita la resubjetivización de los testigos.

III. 3. Conclusión Capítulo III. Intereses prácticos y la delimitación del presente: políticas del tiempo en la Historia Reciente

Hemos reunido, a lo largo de este capítulo, elementos para analizar en algunas obras sobre el pasado reciente argentino, las formas de trabajar con testimonios. La Historia Reciente en nuestro país ha recorrido un camino de décadas hasta alcanzar su situación actual. La cerrazón inicial y los reparos que buena parte de la historiografía académica mostró en la década de los ochenta fueron transformándose con los desarrollos en paralelo de la literatura testimonial y la historia oral. Hemos estudiado cómo, aun teniendo puntos en común, estas tres áreas del conocimiento resultaron irreductibles entre sí. Creemos que la diferencia fundamental entre la historia oral y la Historia Reciente radica en su dimensión temporal: cada una se sostendría en un supuesto temporal distinto. Así, mientras la historia oral, entendida como campo, participa del orden del tiempo de la historiografía científica, en la Historia Reciente este es terreno de disputas. Buena parte de estas disputas se dan en torno al carácter peculiar o no de esta subdisciplina, es decir, si son necesarias innovaciones conceptuales, metodológicas y teóricas para abordar problemáticas vinculadas a lo coetáneo. Esta indefinición resultó en la implementación de diferentes políticas del tiempo en relación al pasado reciente. Particularmente, nos hemos enfocado, en esta investigación, en la manera en que los historiadores han lidiado con sus contemporáneos. Recuperando la definición de Historia del Presente, tal y como la presentamos en el capítulo precedente, entendemos que es en esa relación donde se pone en juego el carácter particular de la Historia Reciente.

Vinculado a esto, hemos explorado de qué manera se establecen los lazos entre historiadores y sujetos. Para hacerlo, elegimos al testimonio como lugar de producción de conocimiento sobre el que intervienen ambos. Nos concentramos, en este capítulo, en la exploración de dos formas de trabajar con el testimonio: por un lado, entendiéndolo como evidencia de un pasado distante y, por el otro, como vía para acceder a un pasado que se hace presente a través de la mimesis.

Las consecuencias de estas perspectivas incumben tanto cuestiones éticas como teórico-metodológicas. Por un lado, la negación de coetaneidad (*coevalness*, en términos de lo planteado por Fabian), tal como hemos visto que se produce a partir de la incorporación del testimonio como evidencia, lleva a la imposibilidad del conocimiento testimonial. La práctica alocrónica involucrada en esta política del tiempo conlleva el borramiento de ese otro del discurso histórico, antes concebido como contemporáneo en la situación de entrevista. En ese contexto, quien declara no puede hacerse cargo de lo que dice y, por lo tanto, en términos de lo planteado por McMyler, participar de la operación social testimonial. Recordemos que esta imposibilidad coloca a quien brinda su testimonio en la situación de quien afirma algo y es oído sin su consentimiento. Entonces, si se contrasta esta situación con la intimidad y la confianza necesarias para entablar un diálogo que conduzca a la producción de un testimonio, la responsabilidad ética se hace visible. Por otro lado, la concepción mimética, que iguala pasado y presente, a través de la construcción de un pasado práctico, disminuye las posibilidades de tomar distancia crítica de aquello que se busca investigar en tanto este “está elaborado para el servicio del ‘presente’”.⁹⁹³ En este caso, el testimonio es incapaz de ser concebido como retrospectión y, en consecuencia, se asume la plena actualidad de lo que se afirma para guiar la acción política en el presente.

En los dos casos principales analizados, *Los Combatientes* y *Por las sendas argentinas*, comprobamos la intromisión de intereses prácticos, en particular político-ideológicos, para definir el estatus del testigo y, con él, del pasado mismo. Así, mientras para Carnovale el pasado de las organizaciones político-militares está, por utilizar la metáfora maestra, “muerto”, para Pozzi mostraba plena actualidad. Obviamente, otras cuestiones influyen en la delimitación de la relación entre pasado y presente. Tal vez la más destacable es una a la que nos referimos tangencialmente, la cuestión generacional. Pertenecer o no a la generación que protagonizó el momento que se intenta estudiar necesariamente conlleva algún tipo de identificación y así lo reflejamos recurriendo a la noción de “prácticas histórico-memoriográficas”. Sin embargo, como comprobaremos en el capítulo siguiente, la pertenencia o no a la misma generación de la que se busca dar cuenta, no implica necesariamente alineamientos automáticos en torno a una determinada política del tiempo. Más allá de esta digresión, lo que intentamos demostrar es que una política del tiempo puede

⁹⁹³ White, “El pasado práctico”, 32.

aplicarse en función de definir quiénes son o no contemporáneos al historiador/a en relación a determinados intereses presentes.

Hemos problematizado, en el capítulo II, los conceptos de contemporaneidad y coetaneidad siguiendo lo propuesto por Aróstegui. Allí, diferenciábamos esta última, que refería a la convivencia simultánea de múltiples generaciones compartiendo un presente histórico, de la primera. Vimos cómo la contemporaneidad, en el transcurso de los siglos XIX y XX, dejó de entenderse como la historización del período de la historia vivida para pasar a adquirir un carácter epocal. Ahora bien, Agamben ha retomado la pregunta por la contemporaneidad en relación a las *Consideraciones intempestivas* de Friedrich Nietzsche. Según plantea el filósofo italiano, se pertenece plenamente a un tiempo cuando no se coincide a la perfección con él:

Pertenece en verdad a su tiempo, es en verdad contemporáneo, aquel que no coincide a la perfección con este ni se adecua a sus pretensiones, y entonces, en este sentido, es inactual; pero justamente por esto, a partir de ese alejamiento y ese anacronismo, es más capaz que los otros de percibir y aferrar su tiempo.⁹⁹⁴

Contemporáneo es, agrega Agamben, quien logra percibir en su tiempo, no las luces sino las sombras, las tinieblas. Y para hacerlo se requiere neutralizar los destellos que emanan del presente.⁹⁹⁵ Estas “tinieblas” parecen dar cuenta de la no contemporaneidad del presente consigo mismo. Se trata de una relación singular con el tiempo en la que “*se adhiere a este a través de un desfase y un anacronismo*”.⁹⁹⁶

Estas reflexiones resultan interesantes para pensar en qué sentido se operan políticas del tiempo desde la historiografía y cómo éstas construyen contemporaneidad o, más bien, tiempo compartido entre sujetos. Considerar al testimonio como un vestigio del pasado supone la negación de su actualidad y de su impureza temporal. Al tratar al testimonio de igual manera que a los documentos escritos o los restos materiales, se impide la posibilidad de establecer un diálogo con los protagonistas y se privilegia el camino inferencial para la obtención de conocimiento. Pero no solo se niega al testigo su condición como

⁹⁹⁴ Giorgio Agamben, *Desnudez* (Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora, 2011), 18.

⁹⁹⁵ Agamben, 21.

⁹⁹⁶ Agamben, 18–19. Cursiva en el original.

contemporáneo, sino que también se “normaliza” el tiempo: se establece una ruptura tajante que no permite la emergencia de otros tiempos que no pertenezcan plenamente al presente. Y en esta acción performativa, se ponen en juego una serie de supuestos temporales sobre los cuales resulta importante reflexionar. De fondo, persiste el problema en torno a cómo definir la contemporaneidad. Esto es así puesto que la construcción de un tiempo y un lugar de enunciación entendidos como “el presente” demarca un absoluto temporal cargado de una valoración positiva y ontológicamente superior a “lo pasado”. Así, quienes comparten ese presente contemporáneo se encontrarían en una posición de igualdad con el/la investigador/a y quienes pertenecen a otro tiempo, anterior, revisten un carácter “anacrónico”, “extemporáneo” o, simplemente, “pasado de moda”. Lo que intentaremos plantear en el capítulo siguiente es la posibilidad de construir una temporalidad distinta para la Historia Reciente, alejada de los polos de la dicotomía presente-pasado y de cualquier determinación patológica, a partir de la toma de consciencia del carácter significativo y construido del tiempo histórico. Para ello, pondremos en cuestión la idea de un presente totalmente contemporáneo consigo mismo para, en cambio, proponer la existencia de un tiempo *irrevocable*, no-contemporáneo y fundamentalmente impuro. Este problema nos remitirá, inevitablemente, a la forma en que se construye el conocimiento histórico y cuál es el rol del testimonio para desentrañar lo que consuetudinariamente se conoce como “lo reciente”.

Capítulo IV. La Historia Reciente: pasado irrevocable y testimonio como “supervivencia”

IV. 1. El pasado irrevocable como temporalidad para la Historia Reciente argentina y el testimonio como supervivencia anacrónica

IV. 1.1. Repensando el presente para pensar “lo reciente”

En el capítulo anterior sostuvimos la idea en torno a que la indefinición en términos temporales de la Historia Reciente argentina permitió la aplicación de diversas políticas del tiempo, no siempre conscientes, que se plasmaron en la relación establecida entre historiador/a y testigos. Así, frente al desafío que la presencia de ese otro, coetáneo, proponía a la historia, esta ha tendido a concebirlo, esquemáticamente, o bien a partir del establecimiento de su ausencia por vía de la metodología inferencial, o bien, al contrario, de su total actualidad a partir de la mimesis. Las consecuencias de estas posturas incumben tanto a la metodología histórica como a los niveles ético-políticos y teórico-críticos de las obras. Intentaremos, en este capítulo, explorar la posibilidad de concebir un tiempo distinto, alejado de la dicotomía ausencia-presencia que observamos en lo desarrollado en el capítulo anterior. No lo haremos a solo partir de la especulación teórica sino, desde el diálogo entre la teoría y la indagación historiográfica. Esto es: la búsqueda de un tiempo éticamente responsable y cognoscitivamente útil a partir de lo que los/as historiadores/as del pasado reciente argentino hicieron en concreto. Nuevamente, nos centraremos en la operación testimonial como técnica y como espacio de producción de tiempo socialmente compartido o intersubjetivo.⁹⁹⁷ Esta búsqueda, que se enlaza con lo planteado al final del capítulo III, nos lleva a preguntarnos por la construcción del presente como lugar incuestionado de enunciación.

⁹⁹⁷ Fabian, *Time and the other. How anthropology makes its object*, 25.

Es que, justamente, la idea de “lo reciente” supone la mirada desde un punto fijo, con el que establece la relación de cercanía cronológica: el presente. Un presente que puede ser definido de múltiples maneras pero que, a grandes rasgos, ha coincidido con las miradas resumidas en el capítulo anterior: o bien a partir de un comienzo fundado en la violencia (en particular, la violencia política) o bien a partir de la coetaneidad entre generaciones. Mientras uno parece establecer criterios mayormente cronológicos y estáticos, el otro propone una definición con mayor flexibilidad. A partir de la combinación de estas dos aproximaciones, se torna indudable que el presente no puede reducirse a unidades instantáneas de “tiempo físico” y mucho menos considerarse como “vacío”.⁹⁹⁸ Hemos visto cómo, aplicado como política del tiempo, la definición del presente califica a aquellos que son cronológicamente contemporáneos y excluye a los que considera parte de otro tiempo, por lo general, primitivo o más atrasado. Al mismo tiempo, consideramos, al recuperar las reflexiones de Agamben, la posibilidad de que el presente no cumpla con la condición de ser plenamente contemporáneo consigo mismo. Esto supondría la existencia de una temporalidad no completamente lineal y la posibilidad de la convivencia de tiempos distintos en un mismo presente.

Estas reflexiones posibilitan pensar que, contrariamente a la noción del tiempo entendido como vacío y homogéneo, éste posee, como planteamos en relación a la figura de imprescriptibilidad, una carga ética y política. En la noción de “políticas del tiempo” esto queda claro y, de hecho, para Fabian, las prácticas alocrónicas sostienen al imperialismo de las potencias occidentales como parte de un conjunto más amplio de prácticas cronopolíticas llevadas adelante desde el siglo XIX. Una crítica similar del tiempo histórico realizó el historiador indio Dipesh Chakrabarty a través de sus cuestionamientos al historicismo, la ideología del progreso y la modernidad europeas.⁹⁹⁹ Para Chakrabarty, existe una ligazón directa entre tiempo y política, en tanto sostiene que: “Cómo periodizamos nuestro presente está conectado a la pregunta sobre cómo imaginamos lo político. El razonamiento inverso debe ser cierto también: que toda imaginación política implica una cierta forma del ahora”.¹⁰⁰⁰ Estos posicionamientos plantean, en consecuencia, que el lugar del presente es uno:

⁹⁹⁸ Berber Bevernage, “Tales of pastness and contemporaneity: on the politics of time in history and anthropology*”, *Rethinking History* 20, n° 3 (2016): 2, <https://doi.org/10.1080/13642529.2016.1192257>.

⁹⁹⁹ Dipesh Chakrabarty, *Provincializing Europe. Postcolonial Thought and Historical Difference, Modern Social Imaginaries* (Princeton y Oxford: Princeton University Press, 2000), 7–10.

¹⁰⁰⁰ Dipesh Chakrabarty, “Where is the now?”, *Critical Inquiry* 30, n° 2 (2004): 458–62, <https://doi.org/10.1086/421152>.

Occidente. Es decir, suman a la problemática del tiempo, la del espacio y la geopolítica. Tal como lo expresa, nuevamente, Chakrabarty: “El historicismo planteaba al tiempo histórico como medida de la distancia cultural (por lo menos en lo referido al desarrollo institucional) que, se asumía, existía entre el Occidente y los pueblos no-occidentales”.¹⁰⁰¹ Esta postura fue condensada en la pregunta planteada por el historiador indio: “¿dónde está el ahora?” (“*Where is the now?*”).¹⁰⁰² Pensar, en consecuencia, un presente no contemporáneo, nos lleva a reflexionar sobre dos cuestiones. En primer lugar, cuáles son las fuentes de la “impureza” del presente y, en segundo lugar, de qué está hecha la contemporaneidad.

Sobre el primer punto, pueden considerarse dos cuestiones: las discusiones sobre la “presencia” del pasado en el presente y la problemática de las “temporalidades múltiples”. En la historia del tiempo presente o en la historia reciente, es corriente que se mencione la idea de que existe algún tipo de presencia del pasado o que el pasado no se encuentra completamente ausente. Estas referencias, sin embargo, no siempre son utilizadas en un sentido “fuerte”, a veces, simplemente, pueden referir a las consecuencias de un acontecimiento pasado y ya acabado. Esto es así, según Bevernage, en tanto los/as historiadores/as “se quedan dentro de los confines de la noción tradicional de tiempo histórico y su dicotomía metafísica de presencia y ausencia”.¹⁰⁰³ Como consecuencia de este apego, los/as historiadores/as se ven forzados a interpretar los reclamos de “presencia del pasado” que realizan, por ejemplo, las víctimas de crímenes de estado, como lenguaje figurativo.¹⁰⁰⁴ En este sentido, las afirmaciones de Bevernage se sostienen, en buena parte, en una recuperación de las críticas a la “metafísica de la presencia” de Jacques Derrida. Según Derrida, la tradición del pensamiento occidental se sustentó en una presuposición de la presencia, ya sea entendida como proximidad de objetos o como la auto-presencia de un sujeto respecto a sus propios actos mentales, como la co-presencia del yo y otro en la intersubjetividad o, finalmente, como el mantenimiento de un “ahora” temporal del presente

¹⁰⁰¹ Chakrabarty, *Provincializing Europe. Postcolonial Thought and Historical Difference*, 7.

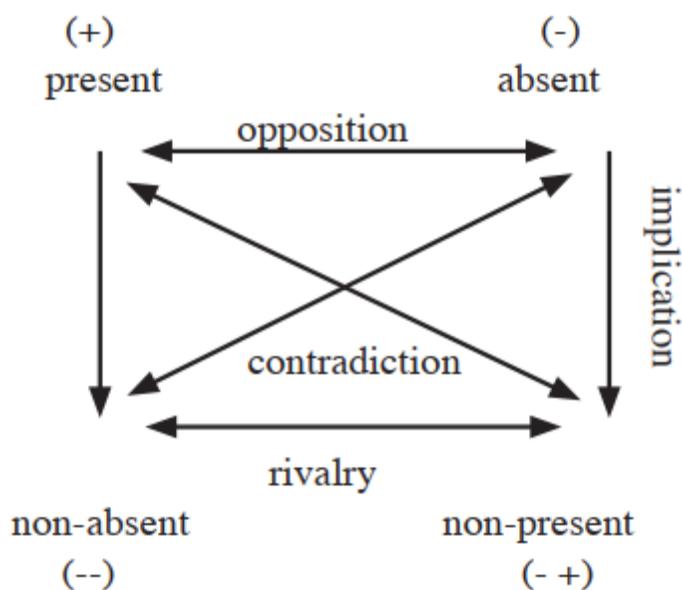
¹⁰⁰² Chakrabarty, “Where is the now?”

¹⁰⁰³ Berber Bevernage, “Tiempo, presencia e injusticia histórica”, en *Mapas de la transición. La política después del terror en Alemania, Chile, España, Guatemala, Sudáfrica y Uruguay*, ed. Cecilia Macón y Laura Cucchi (Buenos Aires: Ladosur, 2010), 3, https://www.academia.edu/28321082/Tiempo_presencia_e_injusticia_hist%C3%B3rica_In_Cecilia_Macon_and_Laura_Cucchi_ed_Mapas_de_la_transici%C3%B3n_la_pol%C3%ADtica_despu%C3%A9s_del_terror_en_Alemania_Chile_Espa%C3%B1a_Guatemala_Sud%C3%A1frica_y_Uruguay_2010_. La numeración de las páginas se corresponde con el archivo disponible para consulta.

¹⁰⁰⁴ Bevernage, 8.

en sí mismo. Esta deconstrucción del tiempo implica una resistencia a la idea metafísica de un “ahora” completamente sincrónico porque excluye la posibilidad de la espectralidad y la coexistencia de lo no-contemporáneo: la percepción “presentativa” está siempre mediada por recuerdos y expectativas que no se refieren estrictamente al presente.¹⁰⁰⁵ Un momento espectral no puede ser datado en el calendario y no se corresponde con la idea lineal del tiempo tal y como la historiografía ha sostenido a lo largo de buena parte de su historia. Al contrario, introduce un anacronismo en el presente que cuestiona la relación establecida entre pasado, presente y futuro.

En el año 2006, *History and Theory* publicó un número dedicado a la cuestión de la presencia titulado *On Presence*.¹⁰⁰⁶ Se destaca la participación de la historiadora polaca Ewa Domanska que, reflexionando sobre la presencia de la materialidad de las cosas, centra su atención en el caso de los desaparecidos argentinos.¹⁰⁰⁷ Para superar la dicotomía presente-ausente que, según sostiene, es insuficiente para explicar el status del cuerpo desaparecido, recurre al cuadrado semiótico de Algirdas Julius Greimas:



¹⁰⁰⁵ Jacques Derrida, *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional* (Madrid: Editorial Trotta, 1998), 13.

¹⁰⁰⁶ <https://www.historyandtheory.org/archives/archives9.html#top>

¹⁰⁰⁷ Ewa Domanska, “The Material Presence of the Past”, *History and Theory* 45, n° 3 (2006): 337–48.

Según Domanska, el cuadro permite visualizar las consecuencias de apegarse a un modelo binario. Le interesan, particularmente, los conceptos secundarios, es decir, aquellos que escapan a la dicotomía presente-ausente y, por lo tanto, no se pueden asociar a la división presente-pasado.¹⁰⁰⁸ En este sentido, presta particular atención a la categoría de pasado no-ausente (*non-absent past*) que, sostiene, refiere a un pasado cuya ausencia es manifiesta. La doble negación que porta, como resultado de la operación lógica que permite el esquema de Greimas, le otorga un carácter positivo: “al enfocarnos en él evitamos el deseo de presentificar y representar el pasado y, en su lugar, volvemos la mirada sobre un pasado que de alguna manera se mantiene todavía presente, que no se va y del que no podemos deshacernos”.¹⁰⁰⁹ Por lo que podemos observar, tanto Bevernage como Domanska refieren la cuestión de la presencia a situaciones de injusticia histórica, crímenes de estado y violencia política. Desarrollaremos, posteriormente, esta cuestión.

A la segunda de estas problemáticas nos acercamos en el capítulo I cuando discutimos las diversas concepciones del tiempo que los historiadores elaboraron a lo largo del siglo XX. Hemos desarrollado la célebre tesis de Braudel sobre la *longue durée* y los tiempos medianos y cortos y las disputas que entabló, en la década de 1950 con Levi-Strauss y la sociología. También Koselleck señaló, a finales de la década de los setenta, la cuestión de las temporalidades múltiples a través del concepto de “sincronicidad de lo no sincrónico” (*Gleichzeitigkeit des ungleichzeitigen*). Esta noción, que surge a partir de la experiencia expansión europea ultramarina, intenta dar cuenta del carácter situado y políticamente construido de la noción de tiempo, utilizada tanto para explicar la diferencia temporal como cultural.¹⁰¹⁰ En la colección de ensayos publicada en el año 2000, titulada en castellano *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Koselleck desarrolla la idea de *Zeitschichte* o, justamente, “estratos del tiempo”, con la que busca superar las oposiciones recurrentes en las reflexiones de los historiadores entre concepciones lineales y cíclicas del tiempo histórico.¹⁰¹¹ Así, a las capas paralelas que propone Braudel, el historiador alemán opone “varias capas de tiempo de

¹⁰⁰⁸ Domanska, 345.

¹⁰⁰⁹ Domanska, 346.

¹⁰¹⁰ Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, 323.

¹⁰¹¹ Koselleck, *Los Estratos Del Tiempo: estudios sobre la Historia*, 36.

diferente duración y origen diferenciable, que sin embargo están presentes y efectivas al mismo tiempo”.¹⁰¹²

Como hemos ya analizado, desde la década de los ochenta, pero ocupando la centralidad de las discusiones en la década del dos mil, los aportes de Hartog y los comentarios de sus críticos han movilizad los debates en torno a las temporalidades múltiples. En la última década, la problemática reemergió en el campo de la filosofía y teoría de la historia. En el año 2014, la revista *History and Theory*, dedicó su edición número 53 a este tema. En el ensayo introductorio, Helge Jordheim proponía que, en el análisis de las múltiples temporalidades, las investigaciones no debían contentarse con la mera descripción de esta pluralidad de tiempos sino moverse hacia la búsqueda de contrastes, oposiciones, conflictos y luchas que la estructuración, regulación y sincronización del tiempo trae aparejada.¹⁰¹³ En este mismo sentido, recupera las críticas que Achim Landwehr realizó, en 2012, al concepto de *Gleichzeitigkeit des ungleichzeitigen* o “sincronicidad de lo no-sincrónico”. Según Landwehr, suponer que algo pertenece al ámbito de lo no-sincrónico implica situarse uno mismo en el polo del progreso, lo “*avant-garde*” o la elite. Es decir, la fórmula elaborada por Koselleck participaría de una práctica alocrónica.¹⁰¹⁴

Esta misma cuestión señala Bevernage sobre la teoría de Fabian en torno a la negación de coetaneidad (*coevalness*). Así como el concepto de no-sincronicidad, la operación de *denial of coevalness* se construye de acuerdo a una “contemporaneidad referencial”, geopolíticamente situada.¹⁰¹⁵ Esto nos lleva a reflexionar sobre la naturaleza de lo contemporáneo y su relación con el presente. Según Peter Osborne, el concepto de contemporaneidad proyecta la imagen de un presente único que funciona como matriz temporal de un presente vivo.¹⁰¹⁶ Este presente resulta teóricamente problemático en tanto está más allá de toda experiencia posible: su objeto, la conjunción total de todos presentes, es inalcanzable y, en consecuencia, no puede pensarse como “dado”.¹⁰¹⁷ Sin embargo, Osborne plantea que lo contemporáneo

¹⁰¹² Koselleck, *Introduction to Zeitschichten: Studien zur Historik*, 9.

¹⁰¹³ Helge Jordheim, “Introduction: Multiple Times and the Work of Synchronization”, *History and Theory* 53, n° 4 (2014): 510.

¹⁰¹⁴ Jordheim, 505.

¹⁰¹⁵ Bevernage, “Tales of pastness and contemporaneity: on the politics of time in history and anthropology*”, 7.

¹⁰¹⁶ Peter Osborne, “Global Modernity and the Contemporary”, en *Breakin up time. Negotiating the Borders between Present, Past and Future*, ed. Chris Lorenz y Berber Bevernage (Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht, 2013), 79.

¹⁰¹⁷ Osborne, 80.

funciona como una “ficción operativa”, actúa como si realmente existiera, regulando la división entre el pasado y presente desde el presente.¹⁰¹⁸ Es menester aclarar, siguiendo a Bevernage, que cuando Osborne plantea que lo contemporáneo es una “ficción”, no se refiere a su carácter ficcional, falso o no real. Al contrario, se trata de una “estructura subjetiva producida objetivamente”. Es real porque funciona performativamente, proyectando una conjunción total de todos los tiempos vividos, es decir, proyecta un único tiempo histórico sobre el presente.¹⁰¹⁹ Esto, al mismo tiempo, presenta un segundo problema teórico. Lo contemporáneo implica una ficción geopolítica en tanto crea un presente unificado a partir de la disyunción del espacio político y social.¹⁰²⁰ Retomando la pregunta planteada por Chakrabarty en torno a dónde está el ahora, podría pensarse que la respuesta a una pregunta similar, “¿cuándo comienza el presente?”, se modificará de acuerdo a donde cada uno se encuentre. En el contexto global del crecimiento de la interconectividad, la construcción de lo contemporáneo se torna inevitable y, a la vez, “llena sus propias proyecciones especulativas con material empírico”.¹⁰²¹ Todo esto implica, entonces, la conclusión de que el presente no es una categoría “natural”. Lejos de intentar sostener su no existencia, al contrario, lo que planteamos es que se trata de una construcción ficcional hegemónica.¹⁰²² Lo reciente, en este contexto, se torna una categoría difícil de definir. Esta dificultad proviene, no tanto de su densidad conceptual como de su imprecisión. Las disputas por la construcción de ese presente están en relación directa a cómo se trabaja con lo reciente. En consecuencia, lo que intentamos es la búsqueda de una temporalidad que permita la expresión de las impurezas del presente. Sostenemos que esta será, al mismo tiempo que autoconsciente en relación al manejo de los supuestos temporales, éticamente más responsable y cognoscitivamente más justa con quienes testimonian.

IV. 1.2. Más allá de la ruptura temporal y del colapso de tiempos: el pasado irrevocable

¹⁰¹⁸ Osborne, 80.

¹⁰¹⁹ Bevernage, “Tales of pastness and contemporaneity: on the politics of time in history and anthropology*”, 17–18.; Peter Osborne, *Anywhere or Not at All: Philosophy of Contemporary Art* (Londres: Verso, 2013), 46.

¹⁰²⁰ Osborne, “Global Modernity and the Contemporary”, 81–82.

¹⁰²¹ Osborne, 82.

¹⁰²² Bevernage, “Tales of pastness and contemporaneity: on the politics of time in history and anthropology*”, 20.

Para pensar la forma que este orden temporal adquiere en el contexto de la historia reciente resulta útil retomar los planteos de Bevernage. Hemos dado cuenta, en la sección anterior, de algunas de las críticas formuladas por este historiador y teórico de la historia a la dicotomía presencia-ausencia. Bevernage se propone la formulación de una tercera vía, una cronosofía alternativa entre la ausencia y la presencia absolutas, que intente responder a las objeciones planteadas al tiempo irreversible de la historia: el concepto de “pasado irrevocable”. Estas objeciones revisten, sobre todo, un carácter ético en el contexto de sociedades atravesadas por procesos de “justicia transicional”. Según Bevernage, estas sociedades resultan oportunas para observar las relaciones entre historia, tiempo y ética.¹⁰²³ Define a la justicia transicional, siguiendo a Rudi Teitel, como “la concepción de justicia asociada a períodos de cambio político caracterizados por respuestas legales orientadas a confrontar con los crímenes cometidos por regímenes represivos precedentes”.¹⁰²⁴ Más allá de que se comparta o no con el autor la elección de este concepto para describir todos los contextos signados por situaciones de violencia estatal y transiciones entre regímenes autoritarios y democráticos, sí podemos coincidir, en términos amplios, que son momentos interesantes para analizar el funcionamiento de las categorías propuestas. Así, para abordar el concepto de “pasado irrevocable”, resulta oportuno realizar un acercamiento a partir de los casos estudiados por Bevernage.

Entre sus sujetos de estudio, que incluyen a las comisiones de verdad de Sudáfrica y Sierra Leona, nos interesan particularmente las Madres de Plaza de Mayo. En un artículo de 2009 en el que analiza las formas en que estas se relacionaron con el tiempo histórico, Bevernage intentó demostrar cómo algunas minorías lograron mantener “abierto” el pasado oponiéndose a una sociedad, e incluso al Estado, que reclamaba “cerrar las heridas” y “reconciliarse”. En ese trabajo, el historiador belga recurre el concepto de régimen de

¹⁰²³ Bevernage, *Historia, memoria y violencia estatal. Tiempo y justicia.*, 28. No profundizaremos en la problematización de la definición de “justicia transicional” retomada por Bevernage. En buena medida, este concepto tiende a borrar las especificidades nacionales y universaliza un modelo propio de la Europa de la segunda posguerra. Solo agregaremos que existe, en la historiografía y las ciencias sociales argentinas, el concepto de “transición a la democracia” para referirse al período que va, en términos generales, desde el final de la Guerra de Malvinas en junio de 1982 a la derrota del último levantamiento militar en 1990. Al respecto hay disponible una profusa bibliografía, destacándose, entre otros: Guillermo O’Donnell, Philippe Schmitter y L. Whitehead, *Transiciones desde un gobierno autoritario. América Latina.* (Buenos Aires: Paidós, 1988); Juan Carlos Portantiero y José Nun. *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina.* (Buenos Aires: Puntosur, 1987); Cecilia Lesgart. *Usos de la transición a la democracia.* (Rosario: Homo Sapiens, 2003); Gerardo Aboy Carlés. *Las dos fronteras de la democracia argentina. La redefinición de las identidades políticas de Alfonsín a Menem.* (Rosario: Homo Sapiens, 2001).

¹⁰²⁴ Teitel, *Transitional Justice*; Bevernage, *Historia, memoria y violencia estatal. Tiempo y justicia.*, 28.

historicidad. Si bien hemos ya desarrollado las críticas al respecto, es menester recordar que, para Hartog el concepto, usado como herramienta heurística, permite comprender de qué manera grandes civilizaciones conciben las relaciones entre pasado, presente y futuro. Bevernage, sin embargo, afirma que es una noción útil para echar luz sobre conflictos sociales que tienen, también, una expresión temporal. Para eso, parte de la idea de que los regímenes de historicidad dominantes siempre son contestados por minorías o subculturas a través de diversas estrategias políticas. De esta forma, Bevernage describe la forma en que las Madres de Plaza de Mayo se relacionaron públicamente con sus hijos e hijas desaparecidos: hablando de ellos en tiempo presente y rechazando cualquier forma de luto.¹⁰²⁵ D'Antonio ha estudiado las estrategias de resistencia y lucha que las Madres implementaron contra el régimen dictatorial. La clave reside, para la historiadora, en el pasaje de la condición de víctimas al de “puntales de lucha” contra el gobierno militar.¹⁰²⁶ En esta transformación cumple un papel relevante la ausencia: “Es en este ‘más allá’, en la ausencia del cuerpo muerto del ser querido, donde coagula la actividad femenina de las Madres de Plaza de Mayo y es esta brutal estrategia represiva la que las lleva al enfrentamiento directo”.¹⁰²⁷ Aunque arraigada fuertemente en el carácter femenino y en la maternidad, D'Antonio resalta también que la adscripción de ser “de Plaza de Mayo” hace que los desaparecidos excedan el lazo parental para ser considerados como miembros de una comunidad política y social.¹⁰²⁸ Este carácter público y político resulta clave puesto que, como señala en un sentido similar Bevernage, estas estrategias deben ser consideradas en ese sentido, como instrumentos políticamente refinados y conscientes, y no como comportamientos irracionales ocasionados por psicopatologías ligadas al trauma.¹⁰²⁹

Bevernage, por su parte, coloca el foco de su atención, en lo referido a la ausencia, no en la obvia relación entre los muertos y la apropiación de la historia, sino en una dimensión que o bien trasciende, o bien precede las luchas por asignar un significado al pasado. Para la historiografía académica y para el régimen de historicidad dominante que la sustenta, la

¹⁰²⁵ Bevernage y Aerts, “Haunting pasts: time and historicity as constructed by the Argentine Madres de Plaza de Mayo and radical Flemish nationalists”, 398.

¹⁰²⁶ Débora D'Antonio, “Las Madres de Plaza de Mayo y la apertura de un camino de resistencias .”, *Nuestra América. Revista de Estudios sobre la Cultura Latinoamericana* 70, n° 2 (2006): 35, <https://geografiadegeneroargentina.files.wordpress.com/2017/08/dc2b4antonio-madres-plaza-de-mayo.pdf>.

¹⁰²⁷ D'Antonio, 35.

¹⁰²⁸ D'Antonio, 36.

¹⁰²⁹ Berber Bevernage, “‘Unpopular past’: The Argentine Madres de Plaza de Mayo and their Rebellion against History”, 2012, 333, <https://doi.org/10.4324/9780203182284>.

muerte biológica funciona como una metáfora “maestra” sobre el pasado. La estricta yuxtaposición entre el presente “presente” y el pasado “ausente” o “distante” es para el régimen moderno de historicidad un reflejo de la separación entre la vida y la muerte, idea que ha sido sostenida desde la Ilustración.¹⁰³⁰ Esta misma idea aparece, como mencionamos en el capítulo I, en la obra de De Certeau, cuando afirma que la historiografía es una tumba que sitúa a los muertos en un tiempo cronológico y lineal y solo narra su destino bajo la condición de que mantengan silencio y dejen el presente solo a los vivos.¹⁰³¹ Según Bevernage, las Madres comprendieron a la perfección el vínculo íntimo que existe al interior del moderno régimen de historicidad entre la muerte como metáfora del pasado y su tardía representación como pasado “ausente”. Percibiendo la valoración positiva que se tiene del “presente vivo” frente al “pasado muerto”, han impugnado durante cuarenta años la metáfora de la muerte como pasado. El estatus ontológico inferior de lo muerto facilitaría la negación y la impunidad, favoreciendo “el presente” y olvidando el pasado. De esta manera, lograron complejizar un vínculo que, usualmente, se entiende de manera lineal. Como consecuencia, el historiador belga propone pensar el proceso de duelo a partir de la confrontación entre las formas modernas y no modernas de llevarlo a cabo. Esquemáticamente, ambas concepciones entienden al duelo como un “trabajo”, pero difieren en el grado y la forma en que este interviene en el proceso de muerte. La forma no moderna se sostiene en la idea de la intervención ritual activa, de manera similar a un rito de pasaje. En cambio, el ideal moderno de muerte está marcado por la noción de instantaneidad. Entonces, mientras la primera forma tendría un carácter “externo”, la segunda respondería a un carácter “interno”: como los muertos instantáneamente dejan de pertenecer al mundo de los vivos, el trabajo de duelo se realiza de manera individual en la mente de cada sobreviviente.¹⁰³² Al contrario, durante la duración del ritual y del rito de pasaje, los muertos no se encuentran completamente ausentes, no-ausentes según la terminología utilizada por Domanska, permaneciendo de manera liminal en el mundo. De este razonamiento extrae dos conclusiones. En primer lugar, que la tendencia a entender como una psicopatología la negativa al duelo por parte de las Madres de Plaza de Mayo, se corresponde con esta concepción moderna del proceso de

¹⁰³⁰ Bevernage y Aerts, “Haunting pasts: time and historicity as constructed by the Argentine Madres de Plaza de Mayo and radical Flemish nationalists”, 404–5.

¹⁰³¹ De Certeau, *La escritura de la Historia*, 16.

¹⁰³² Bevernage, “Unpopular past: The Argentine Madres de Plaza de Mayo and their Rebellion against History”, 346.

duelo, que impide ver el carácter colectivo y ritual del mismo.¹⁰³³ En segundo lugar, relacionada con la anterior, que el rechazo al duelo debería leerse como una lucha por una relación éticamente más responsable con el pasado y como un rechazo de su ausencia.¹⁰³⁴

Para dar cuenta de esta temporalidad no lineal, Bevernage recurre al concepto de “pasado irrevocable”. El origen de la noción está en la filosofía de Jankélévitch. Hemos hecho ya referencia a la cuestión de la irreversibilidad en contexto de su alegato en favor de la imprescriptibilidad de los crímenes de lesa humanidad. Tanto lo irreversible como lo irrevocable “son dimensiones del mismo proceso temporal” aunque “se refieren a dos experiencias del pasado radicalmente diferentes”.¹⁰³⁵ Se trata de “categorías experienciales” que están presentes en todo tipo de conciencia histórica.¹⁰³⁶ Jankélévitch describe lo irrevocable solo como una parte de esta experiencia, como algo que perdura pero que inevitablemente es barrido por el avance irreversible del tiempo.¹⁰³⁷ De esta forma, si bien inspirada en su filosofía, Bevernage retoma el nombre y dota al concepto de una potencia característica. El punto de encuentro entre lo irrevocable y la historia, se da, como mencionamos, en el contexto de períodos de justicia transicional. En estos escenarios, sostiene el autor, la verdad histórica cobra una fuerza inusitada en tanto se torna un instrumento para alcanzar la paz social a partir de sancionar un relato verdadero, que se sitúa en la intersección de la historia y la justicia. Así, para el teórico belga, lo irrevocable, si bien plantea la inalterabilidad del pasado, no lo condena a “un estatus ontológico inferior que facilita su negligencia” sino que se refiere “a un pasado que ha quedado ‘pegado’ y persiste en el presente”. Lo irrevocable refiere a aquello que ha tenido lugar y, valga la redundancia, ya no puede ser revocado: “el concepto de lo irrevocable rompe con la idea de una ‘distancia temporal’ entre el presente y el pasado, tan central para el tiempo irreversible de la historia” cuestionando la existencia de esas dimensiones temporales como entidades diferentes.¹⁰³⁸ Lo irrevocable se presenta como un desafío a las nociones de ausencia y presencia absolutas para

¹⁰³³ Según Bevernage, algunos especialistas han interpretado la negación al duelo como una psicopatología ligada a la ausencia de cuerpo o bien como momificación. Bevernage, *Historia, memoria y violencia estatal. Tiempo y justicia*, 55.

¹⁰³⁴ Bevernage, “‘Unpopular past’: The Argentine Madres de Plaza de Mayo and their Rebellion against History”, 346–48.

¹⁰³⁵ Bevernage, *Historia, memoria y violencia estatal. Tiempo y justicia*, 25.

¹⁰³⁶ Bevernage, 41.

¹⁰³⁷ Vladimir Jankélévitch, *Forgiveness* (Chicago: University of Chicago Press, 2005), 22.

¹⁰³⁸ Bevernage, *Historia, memoria y violencia estatal. Tiempo y justicia*, 26.

ser pensado como una “proximidad no espacial”. El autor insiste en desmarcar la categoría de lo irrevocable de la metafísica, argumentando que no debe considerarse esta noción como portadora de una idea de “presencia” antónima de “ausencia”. Para Bevernage, esta novedad temporal debe ser enmarcada y comprendida en el contexto de una crisis de la concepción moderna del tiempo. La decadencia de la idea de progreso y el advenimiento de una conciencia en torno a la posibilidad certera de una catástrofe generada por el hombre tienden a crear una conciencia histórica nueva.¹⁰³⁹ En este sentido, parece emparentarse con los postulados de Hartog en torno al presentismo, aunque, la idea de lo irrevocable no pueda confundirse con éste. Lo que intenta develar Bevernage es que, en el contexto de las sociedades que atraviesan procesos de salida de regímenes autoritarios, iniciativas como la CONADEP o las comisiones de verdad, aunque rechazan la amnesia, apelan a la historia para pacificar la memoria. Esto implica actuar performativamente para dictaminar su carácter pasado y, por lo tanto, muerto.

IV. 1.2.1. Pasado irrevocable, memoria y el problema del conocimiento testimonial

Ahora bien, podría plantearse, con cierta justeza, que la noción de pasado irrevocable propuesta por Bevernage se asemeja a la idea de “memoria colectiva” tal y como la propuso Halbwachs. Así, ambos conceptos comparten rasgos en común como, por ejemplo, el hecho de encuadrarse en un grupo de pertenencia que facilita y determina las formas del recuerdo. De hecho, bajo esta óptica es analizado por la historiadora Gabrielle Spiegel en su artículo “The future of the past history, memory and the ethical imperatives of writing history” de 2014.¹⁰⁴⁰ Al mismo tiempo, existieron numerosas formas de complejizar la temporalidad de la memoria. Hemos mencionado, en el capítulo I, el análisis que realiza Portelli sobre la memoria del asesinato del obrero Luigi Trastulli. El historiador italiano distingue entre una fragmentación “horizontal” que periodiza y otra “vertical”, ligada a lo contemporáneo, que puede ser clasificada según tres modalidades: “ético-política”, “colectiva” y “personal”. Estas formas diversas organizan el tiempo en las memorias de los testigos, distinguiéndose del tiempo lineal de la historiografía y conformando una especie de entramado en el que se

¹⁰³⁹ Bevernage, 41.

¹⁰⁴⁰ Gabrielle M. Spiegel, “The future of the past history, memory and the ethical imperatives of writing history”, *Journal of the Philosophy of History* 8, n° 2 (2014): 149–79, <https://doi.org/10.1163/18722636-12341269>.

vincula la memoria individual y la colectiva.¹⁰⁴¹ Una descomposición similar en estratos temporales realiza Jelin sobre el testimonio, al dividir su contenido en “capas de memoria y subjetividad.”¹⁰⁴² Es decir, que la problematización de la relación entre historia y memoria ha llevado a la elaboración de un “tiempo de la memoria” con sus características particulares, en general planteado en franca oposición al tiempo de la historia, tal y como lo hace el concepto de “pasado irrevocable”. Estos acercamientos, en general, pueden ser enmarcados en la perspectiva evidencial-inferencial que reconstruimos en los capítulos anteriores: en distinto grado cada uno establece una separación entre pasado y presente y un pasado que funciona como referente. Por ese motivo, es menester explorar cuáles son las potencialidades de recurrir al concepto de “lo irrevocable” para la construcción de conocimiento temporalmente auto-reflexivo. En relación a esto, abordaremos, a continuación, dos cuestiones. En primer lugar, por qué sostenemos que el concepto de pasado irrevocable no puede ser asimilado, sin más, al de memoria colectiva. En segundo lugar, de qué manera en el testimonio se yuxtaponen la problemática de la temporalidad y la epistemología del pasado reciente.

En el citado texto de Spiegel, el trabajo de Bevernage es asociado directamente con los llamados “estudios de la memoria”. No pretendemos afirmar que la obra no tenga relación con esta área de estudios, pero sí remarcar en qué sentidos la excede. Resulta interesante explorar esto puesto que, según lo plantea la historiadora en el mentado artículo, *Historia, memoria y violencia estatal* trataría sobre la relación entre historia y memoria, en tanto lo irrevocable puede ser identificado plenamente con la segunda “porque solo existiría en las mentes de los interesados en la persistencia del pasado”.¹⁰⁴³ Aunque en su exposición da cuenta efectivamente de las relaciones entre los tiempos irreversible e irrevocable y reconoce el desafío temporal que “el paradigma de la memoria” plantea a la historiografía,¹⁰⁴⁴ parece reducir la cuestión a las formas en que historia y memoria interactúan en el discurso público que, como mucho, concibe bajo la forma de “luchas políticas por la memoria”. Esta imposibilidad de enfocarse en el sentido profundo que la noción de irrevocabilidad intenta sostener, se fundamenta en los posicionamientos jerárquicos que historia y memoria ocupan

¹⁰⁴¹ Portelli, *The Death of Luigi Trastulli and Other Stories. Form and Meaning in Oral History*.

¹⁰⁴² Elizabeth Jelin, “Las múltiples temporalidades del testimonio: el pasado vivido y sus legados presentes”, *Clepsidra. Revista interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria* 1, n° 1 (2014): 147.

¹⁰⁴³ Spiegel, “The future of the past history, memory and the ethical imperatives of writing history”, 167.

¹⁰⁴⁴ Spiegel, 174.

respectivamente para Spiegel. Para esta historiadora, la estricta demarcación entre ambas es indisoluble. De hecho, retoma como argumento principal la cuestión de la evidencia:

La “evidencia histórica” generada por la memoria colectiva y cultural, junto con el testimonio individual de genocidio, atrocidades y eventos traumáticos de todo tipo, han sido desterrados por los protocolos de la epistemología histórica en razón de su obvia falibilidad y falta de confiabilidad, algo que ni siquiera los defensores más enérgicos del lugar de la memoria en los estudios históricos impugnan.¹⁰⁴⁵

Refuerza esta posición al recuperar las palabras de Michael Roth, que sostiene que “La apertura de los historiadores al testimonio de la memoria (...) debe ser vista ‘como una respuesta ética a la fragilidad de la representación’”, para luego preguntarse si la incorporación de los eventos traumáticos en la historia “podrá ser alguna vez algo más que una aspiración”.¹⁰⁴⁶ La conclusión que extrae Spiegel es que “igualar historia y memoria como válidas y cognoscitivamente comparables implicaría revisar de forma completa los estándares evidenciaros que operan en la profesión”.¹⁰⁴⁷ Plantea, finalmente, la idea de que la ética del historiador y su deber con “las catástrofes del siglo pasado” no tiene que necesariamente implicar el abandono de la búsqueda de evidencia.¹⁰⁴⁸

Con un acercamiento de este estilo, Spiegel no logra dar cuenta de las propuestas más fundamentales de la obra de Bevernage: no ya la continuidad entre historia y memoria, sino su igualación en tanto formas de enfrentar el pasado en marco de la hegemonía de la concepción moderna del tiempo.¹⁰⁴⁹ Esta jerarquización que Spiegel se rehúsa a cuestionar hace que pierda el foco: no se trata solo de mantener viva la memoria de los desaparecidos sino de la disputa por imponer una temporalidad que permita que su presencia no sea considerada una inconsistencia lógica o una psicopatología. Tiempo, historiografía y ética están interrelacionadas. La insistencia en el carácter evidencial de la disciplina histórica deja entrever que lo que no acepta Spiegel es renunciar a los usos constatativos del lenguaje por

¹⁰⁴⁵ Spiegel, 171.

¹⁰⁴⁶ Spiegel, 175.

¹⁰⁴⁷ Spiegel, 175.

¹⁰⁴⁸ Spiegel, 177.

¹⁰⁴⁹ Bevernage, *Historia, memoria y violencia estatal. Tiempo y justicia*, 44, nota 94.

parte de los/as historiadores/as. Es decir, renunciar a concebir el tiempo como algo dado para, en cambio, entender el carácter performativo del discurso histórico en la sanción de un tiempo “normal”.

La segunda cuestión a tratar atañe directamente al testimonio. Recuperamos, en el capítulo anterior, las ideas de Tozzi en torno al rol epistémico y moral del testimonio histórico. Recordemos que sostiene su argumentación en la epistemología del testimonio elaborada por Kusch, para quien el conocimiento es creado comunitariamente. Para la filósofa argentina, el testimonio es menos “un viaje al pasado” que “una acción en el presente”.¹⁰⁵⁰ En este sentido, busca “moverse más allá de la consideración del testimonio como evidencia” para abandonar las nociones que sostienen que el testimonio constituye un mero documento.¹⁰⁵¹ Esto implicaría trascender la perspectiva reduccionista del testimonio, que lo concibe como un vehículo transparente de información sobre la experiencia individual, para, en cambio “asumir una explicación del conocimiento como un referente social”.¹⁰⁵² Esto implica considerar que el conocimiento es creado y re-creado socialmente a través de actos de habla performativos. Estos actos no son, ni pueden ser, individuales: todas las instituciones sociales se deben, en gran medida, al testimonio performativo.¹⁰⁵³ La teoría de Kusch no se refiere solo a los actos de habla explícitos e individuales, como el ejemplo típico del matrimonio que utiliza Austin, en el que un individuo puede cambiar un status social a partir de proferir unas palabras determinadas.¹⁰⁵⁴ Se trata de conocimiento social construido de manera fragmentaria y distribuido entre otros actos de habla, en general de manera implícita. El testimonio comunitario excede las instituciones formales, está extendido a lo largo de la sociedad en prácticas sociales duraderas de diversa índole. Por ejemplo, el hecho de saludar a un conocido por su cumpleaños adopta la forma de “declaramos que es correcto felicitar personas que conocemos”, aunque no se exprese de manera abierta. Este derecho, o institución social como sostiene Kusch, no es bajo ningún punto de vista individual sino que requiere ser sostenido por una comunidad que lo haga efectivo, de ahí el reemplazo del singular (“los declaro marido y mujer”) por el plural.¹⁰⁵⁵ Hemos analizado, en el capítulo I, la

¹⁰⁵⁰ Tozzi, “The epistemic and moral role of testimony in the constitution of the representation of recent past.”, 3.

¹⁰⁵¹ Tozzi, 5, 15.

¹⁰⁵² Tozzi, 15.

¹⁰⁵³ Kusch, *Knowledge by Agreement: The Programme of Communitarian Epistemology*, 67.

¹⁰⁵⁴ Austin, *Cómo hacer cosas con palabras*.

¹⁰⁵⁵ Kusch, *Knowledge by Agreement: The Programme of Communitarian Epistemology*, 67.

manera en que el derecho epistémico a diferir la carga de una justificación es esencial para el establecimiento del testimonio. Ahora bien, el filósofo austríaco distingue entre tipos “sociales”, como el matrimonio; “naturales”, como, por ejemplo, “elefante” o “rosa” y “artificiales”, como “máquina de escribir”. Todos, en distinta medida, deben su existencia al testimonio comunitario-performativo. El primer caso es el más obvio para Kusch: si desapareciese toda referencia a una institución establecida socialmente, esta dejaría de existir. En el segundo caso, lo que desaparecería es la taxonomía construida y mantenida comunitariamente acerca de qué es y cómo luce un elefante, mas aquello que anteriormente recibió el nombre de “elefante” seguiría estando allí. Finalmente, con respecto a la “máquina de escribir”, una vez que todos los actos de habla que refieren a ella son eliminados, esta deja de existir como tal, aunque lo que pervive es un mundo físico modificado.¹⁰⁵⁶ Lo que se desprende como una consecuencia relevante, es que todo testimonio constatativo es siempre en parte también performativo. Esquemáticamente, Kusch explica el funcionamiento del testimonio comunitario de la siguiente manera:

todo testimonio constatativo sobre “elefantes” [u otras instituciones sociales, artefactos y elementos de la naturaleza] conlleva una parte del acto de habla comunitario-performativo que constituye la categoría de los elefantes y, en esa misma acción, refuerza las vías convencionales de delimitación de esta categoría, así como ayuda a delimitarla.¹⁰⁵⁷

De esta forma, el testimonio, para Kusch, genera tanto sus referentes como el conocimiento sobre esos mismos referentes. El “conocimiento”, en consecuencia, no sería un referente externo previamente constituido, sino que se construye con cada testimonio comunitario-performativo.¹⁰⁵⁸

Para Tozzi, las consecuencias en relación al testimonio histórico son tres. En primer lugar, libera al testigo de la idea, instalada fuertemente en la historiografía, de que transmite una experiencia de manera directa sin interpretarla. En segundo lugar, incentiva a los

¹⁰⁵⁶ Kusch, 69.

¹⁰⁵⁷ Kusch, 69.

¹⁰⁵⁸ Kusch, 62–75.

sobrevivientes de “eventos límite” a participar en la creación colectiva de representaciones sobre lo sucedido. Finalmente, en tercer lugar, a través de la insistencia en que los testigos cumplen un rol en la construcción de conocimiento, se dirige la atención hacia las convenciones lingüísticas de la testificación y su carácter performativo.¹⁰⁵⁹ Nuevamente, Spiegel descarta la posibilidad abierta por Tozzi en tanto “parece inadecuada para abordar la cuestión central de la diferencia inherente entre testimonio y evidencia histórica como se entiende convencionalmente” puesto que torna a la memoria “indistinguible de cualquier otra forma de conocimiento histórico”.¹⁰⁶⁰

La negativa a revisar esta división tajante entre historia y memoria conlleva una limitación en la capacidad auto-reflexiva de la historiografía. Retomamos, para establecer algunos puntos que creemos valederos para una auto-reflexión disciplinar, lo planteado por C. Lorenz en relación a la *histoire croisée* (historia enredada). Este concepto, acuñado originalmente por Michael Werner y Bénédicte Zimmermann, sirve al filósofo neerlandés para señalar tres sentidos en los que los historiadores deberían mantenerse vigilantes. El primero y el segundo son, tal vez, más frecuentemente tenidos en cuenta a la hora de realizar análisis auto-reflexivos: por un lado, el reconocimiento de la dimensión política de la disciplina y su ligazón con el Estado y, por el otro, el análisis de la disciplina en tanto “campo”, en el sentido acuñado por Bourdieu.¹⁰⁶¹ En tercer lugar, C. Lorenz remarca la necesidad de analizar la historia como “política del tiempo”, puesto que “las demarcaciones temporales utilizadas en la historia (por ejemplo, “progresivo” y “regresivo”, “oportuno” e “inoportuno”) son tan objetables como las demarcaciones espaciales (por ejemplo “nacional”, “europeo” y “colonial”)”.¹⁰⁶² El filósofo neerlandés agrega una cuarta dimensión: la cuestión ética. Para C. Lorenz, es necesario “tomar la ética histórica en serio”. Según sostiene, la catastrófica historia del siglo XX se ha moldeado en la “exclusión del Otro” y, por lo tanto, su inclusión ha estado “a la orden del día” en la historiografía.¹⁰⁶³ Sin embargo, según hemos analizado, no siempre la disciplina histórica está dispuesta a la inclusión de ese “Otro” en tanto sujeto y, en ese sentido, el análisis de la “política del tiempo” se vuelve fundamental.

¹⁰⁵⁹ Tozzi, “The epistemic and moral role of testimony in the constitution of the representation of recent past.”, 16.

¹⁰⁶⁰ Spiegel, “The future of the past history, memory and the ethical imperatives of writing history”, 173.

¹⁰⁶¹ Lorenz, *Entre filosofía e historia. Volumen I: exploraciones en filosofía de la historia*, 248.

¹⁰⁶² Lorenz, 248.

¹⁰⁶³ Lorenz, 249.

Necesariamente, la revisión de los límites que separan historia y memoria implica colocar en el centro de la reflexión la cuestión de la temporalidad. Si se objeta, tal como lo hace Spiegel, la pretensión de desnaturalizar esta ligazón, construida a lo largo de décadas de práctica historiográfica profesional, se niega la posibilidad de una auto-reflexión profunda. Lo que anuda las reflexiones de Bevernage en torno a la temporalidad y las de Tozzi en relación al testimonio es, justamente, la difuminación de las fronteras que separan a la historia de la memoria. El primero lo hace a través del establecimiento de una paridad entre ambas como formas de abordar el pasado en relación a la temporalidad y, la segunda, a través de la idea de la construcción comunitaria de conocimiento. Ahora bien, como señalamos anteriormente, Tozzi afirma que el testimonio es una acción “en el presente” antes que una forma de acceder a la experiencia del pasado.¹⁰⁶⁴ Si acordamos con el planteo general, nos proponemos, en lo que sigue, elaborar una definición posible del testimonio que se aleje de la dicotomía presente-pasado. Así como en lo recorrido hasta este punto el testimonio ha sido conceptualizado o bien como evidencia de un pasado alejado o bien como mimesis de un pasado completamente presente, se hace necesaria la construcción de un concepto de testimonio que, de manera temporalmente auto-reflexiva, lo conciba a partir del carácter irrevocable del pasado y sea capaz de participar de la construcción comunitaria de conocimiento.

IV. 1.3. El testimonio como “supervivencia”: anacronismos e impurezas del tiempo. Un breve análisis de Las revolucionarias. Militancia, vida cotidiana y afectividad en los setenta de Alejandra Oberti

Para nombrar esta forma de incorporar testimonios en obras historiográficas proponemos recurrir al concepto de *Nachleben* o “supervivencia”, elaborado por el historiador alemán del arte Aby Warburg a finales del siglo XIX para el análisis y comprensión del Renacimiento,¹⁰⁶⁵

¹⁰⁶⁴ Tozzi, “The epistemic and moral role of testimony in the constitution of the representation of recent past.”, 3.

¹⁰⁶⁵ Aby Warburg fue un historiador alemán del arte y la cultura, nacido en Hamburgo en 1866 y fallecido en la misma ciudad en 1929. Se formó en la Universidad de Bonn, en la que asistió a cursos dictados por maestros como Karl Lamprecht. A finales del siglo XIX publicó sus primeros estudios en los que esbozó sus ideas en torno a la recuperación renacentista de las culturas paganas del Mediterráneo, particular centrándose en la figura de la ninfa. Con su origen en la Antigüedad mediterránea, olvidada durante la Edad Media, reapareció con fuerza en las artes de finales del siglo XV. Según José Emilio Burucúa: “Warburg se acercó a los descubrimientos de Hermann Usener sobre la supervivencia de las mitologías antiguas en el pensamiento religioso y científico de épocas más recientes, y a las exploraciones de Karl Lamprecht alrededor de los estadios psicosociales por los que transitaron los pueblos europeos, desde una era mágico-simbólica hasta el subjetivismo romántico y moderno. A partir de esas ideas, convirtió aquella ninfa en signo privilegiado de las

y luego retomado y desarrollado por Georges Didi-Huberman a comienzos de la década del dos mil.¹⁰⁶⁶ El uso del concepto de *Nachleben* por parte de Warburg, ha sido, según Mariela Vargas, discreto. Esta discreción se ve equilibrada por su aparición “en lugares centrales” aunque marcada por la ausencia de una delimitación concreta de sus alcances epistemológicos.¹⁰⁶⁷ En este sentido, retomamos la profundización en este concepto que llevó adelante Didi-Huberman fundamentalmente en dos obras: *La imagen superviviente. Historia del arte y tiempo de los fantasmas según Aby Warburg* y *Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes*. El historiador francés se encarga de trazar una genealogía del concepto de supervivencia, siguiendo las influencias y fuentes de la que se nutrió Warburg, teniendo en cuenta, además, su biografía personal e intelectual. De esta manera, recurre a distintos autores y disciplinas. Así, indaga en la antropología de Edward B. Tylor, quien elaboró la idea de *survival*. Este concepto sería capaz de unir en un “nudo de tiempo” los dos modelos concurrentes en las explicaciones sobre el desarrollo de las culturas: la teoría del progreso y la de la degeneración. Entre los movimientos de evolución y los que se resisten a ella, emerge la idea de *survival*.¹⁰⁶⁸ Esta designaba, en primer lugar “una realidad negativa”, aquello que “en una cultura aparece como un deshecho, como una cosa fuera de época o fuera de uso”. En segundo lugar, las supervivencias de Tylor dan cuenta de “una *realidad enmascarada*: algo que persiste y da testimonio de un estadio desaparecido de la sociedad, pero cuya persistencia misma se acompaña de una modificación esencial”.¹⁰⁶⁹ En el terreno de la historia del arte, rastrea los vínculos de Warburg con Jacob Burckhardt, de quien recupera su concepto de “residuos vitales”. Aunque, según sostiene Didi-Huberman, se trata de una “expresión

tensiones, los desequilibrios, que produjo la aparición inesperada de lo pagano en las iconografías estables y canónicas del cristianismo. La ninfa fue el indicio de la confrontación entre el horizonte del Medioevo católico, ordenado en torno de un ideal trascendente y ascético, y el horizonte renacido de la civilización y los valores de la Antigüedad, basado más bien en un ideal filosófico y práctico de la vida que había ensalzado la actividad humana en el campo ciudadano de la política”. José Emilio Burucúa y Nicolás Kwiatkowski. “Aby Warburg, historiador del arte y científico de la cultura” en *Ninfas, serpientes, constelaciones. La teoría artística de Aby Warburg*, (Buenos Aires: Museo Nacional de Bellas Artes, 2019).

¹⁰⁶⁶ Si bien Didi-Huberman aclara que no puede exigirsele a Warburg “algo que no prometió”, haciendo referencia a que su elaboración teórica tiene por objeto específico el Renacimiento, también se encarga de clarificar que discutir estos temas a fines del siglo XIX implicaba “entrar en una polémica sobre el estatus mismo, el estilo y los aspectos en juego del discurso histórico en general”. Georges Didi-Huberman, *La imagen superviviente. Historia del arte y tiempo de los fantasmas según Aby Warburg*. (Madrid: Abada Ediciones, 2009), 64.

¹⁰⁶⁷ Mariela Silvana Vargas, “La vida después de la vida. El concepto de ‘Nachleben’ en Benjamin y Warburg”, *Thémata*, n° 49 (2014): 318, <https://doi.org/10.12795/themata.2014.i49.17>.

¹⁰⁶⁸ Didi-Huberman, *La imagen superviviente. Historia del arte y tiempo de los fantasmas según Aby Warburg*, 47.

¹⁰⁶⁹ Didi-Huberman, 52.

discreta” en la obra del historiador suizo, es útil para comprender la impureza temporal del Renacimiento. Se trataría “de una energía residual, de una huella de vida pasada, de una muerte apenas evitada y casi continua, fantasmal para decirlo todo, que da a esa cultura triunfalmente llamada “Renacimiento” su propio principio de vitalidad”.¹⁰⁷⁰ De la filosofía de Nietzsche, además de las formas primitivas de lo dionisiaco, Warburg rescata la fuerza vital que une al historiador con su objeto, una suerte de implicación que hace que “no se encuentre ante su objeto como algo objetivable, cognoscible, rechazable”.¹⁰⁷¹ Estas ideas, recolectadas a lo largo de años de investigación, redundaron en la acuñación de la idea de *Nachleben der Antike*. Como concepción temporal, nos resulta útil para pensar la posibilidad de la existencia de impurezas en el presente y, por lo tanto, para la construcción de un concepto de testimonio alejado del antagonismo ausencia-presencia.

Para Didi-Huberman, la obra de Warburg adquiere su sentido pleno si se la entiende como una propuesta para reconfigurar los modelos epistemológicos de la historia del arte, en general lineal, fuertemente marcada por la presencia de estilos, escuelas y artistas que se ordenan de manera cronológica y evolutiva. Su valor reside, precisamente, en concebir un tiempo de la cultura alejado de los conceptos de “vida y muerte”, “grandeza y “decadencia”, que caracterizaron a la historia del arte “universal”, para pensarlo, en cambio, en “estratos, bloques híbridos, rizomas, complejidades específicas”.¹⁰⁷² Si bien influida por la teoría de la evolución, en tanto Darwin es citado como otra de las influencias de Warburg, la idea de supervivencia no debe ser entendida en un sentido evolutivo spenceriano, según el cual quedarían en pie, sobrevivirían, aquellas formas que son más fuertes. Al contrario, lo que perdura no lo hace “triunfalmente” sino que reaparece, persiste de manera sintomática o fantasmal.¹⁰⁷³ De esta manera, la complejidad del tiempo histórico se revela a través de síntomas, continuidades, presencias y anacronismos que refieren a una manera de concebir el tiempo que difiere de los modelos historiográficos más usuales, generalmente asociados a, según la terminología elaborada por Pomian, una cronosofía lineal e irreversible del transcurrir de la historia. Entonces, el *Nachleben* es entendido como la “capacidad que tienen

¹⁰⁷⁰ Didi-Huberman, 73.

¹⁰⁷¹ Didi-Huberman, 179.

¹⁰⁷² Didi-Huberman, 24–25.

¹⁰⁷³ Didi-Huberman, 59.

las formas de jamás morir completamente y de resurgir cuando menos se las espera”.¹⁰⁷⁴ Según Vargas:

En su estudio sobre la pintura del Renacimiento, Warburg concentraba su interés en los detalles del ropaje y del movimiento pues estos contienen y transportan aquellas energías del pasado. Se trata de una concepción energética y dinámica de la imagen y de la vida de la imagen que subraya el aspecto objetivo de la pervivencia de la antigüedad en el arte del renacimiento.¹⁰⁷⁵

La supervivencia se manifiesta a través de reapariciones sintomáticas: se trata de “una noción transversal a toda división cronológica. Describe otro tiempo. Desorienta, pues, la historia, la abre, la complica. Para decirlo todo, la anacroniza”.¹⁰⁷⁶ El anacronismo, según Febvre, el mayor pecado del historiador, implica la no coincidencia de tiempos. Didi-Huberman retoma el planteo problemático de Bloch en *Apología para la Historia*: existe un anacronismo estructural del que el historiador no puede huir puesto que el conocimiento histórico se da en un proceso al revés del orden cronológico, lo que se conoce como método regresivo.¹⁰⁷⁷ Esta situación paradójica no puede resolverse solo con “controles” de carácter metodológico porque el problema es de índole filosófica.¹⁰⁷⁸ Lo que debe hacerse, asegura Didi-Huberman retomando a Jacques Rancière, es descartar la idea de anacronismo como error y permitirle “abrir la historia”, desplazarlo de su sentido negativo hacia uno positivo.¹⁰⁷⁹ Rancière plantea una crítica fuerte a la teoría histórica de *Annales*. Según el filósofo francés, la definición de Bloch de “ciencia de los hombres en el tiempo”, en apariencia inocua, acompañada por el proverbio “los hombres se parecen más a su tiempo que a sus padres”, oculta consecuencias teóricas vinculadas a la temporalidad histórica.¹⁰⁸⁰ Particularmente, vinculadas al principio de co-presencia, es decir, a la idea de que los sujetos históricos deben asemejarse a su tiempo

¹⁰⁷⁴ Georges Didi-Huberman, *Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes* (Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora, 2011), 17.

¹⁰⁷⁵ Silvana Vargas, “La vida después de la vida. El concepto de ‘Nachleben’ en Benjamin y Warburg”, 321.

¹⁰⁷⁶ Didi-Huberman, *La imagen superviviente. Historia del arte y tiempo de los fantasmas según Aby Warburg*, 42–43.

¹⁰⁷⁷ Didi-Huberman, *Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes*, 55.

¹⁰⁷⁸ Jacques Rancière, “Le concept d’anachronisme et la vérité de l’historien”, *L’Inactuel*, n° 6 (1996): 53.

¹⁰⁷⁹ Didi-Huberman, *Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes*, 57.

¹⁰⁸⁰ Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, 64, 73.

y no a los anteriores (principio de sucesión), y que este presente al que pertenecen es puro: “seres definidos no por la aleatoriedad de las sucesiones, carnales e intelectuales sino por la contemporaneidad con su tiempo”.¹⁰⁸¹ Esta semejanza vuelve al hombre ignorante e incapaz de conocer su tiempo, tal y como planteaba Agamben.¹⁰⁸² Según Didi-Huberman, entonces, la única historia posible sería la historia anacrónica.¹⁰⁸³ El tiempo histórico adquiere una doble faz, siendo a la vez cronológico y anacrónico.¹⁰⁸⁴ Esta matriz marcada por el anacronismo lleva al historiador del arte francés a concebir a la temporalidad a partir de la interrupción del orden lineal del tiempo homogéneo. En este contexto, las imágenes, para él, ocupan el lugar privilegiado en el desocultamiento de la discontinuidad porque “dislocan el orden establecido” con “nuevas consideraciones sobre el presente y elementos renovados para inteligir el pasado”.¹⁰⁸⁵

Ahora bien, testimonio e imagen no son, ciertamente, equiparables. Mientras la imagen no necesariamente está pensada para servir como insumo para la historia, el testimonio oral (ya sea como historia de vida, o como parte de una entrevista más o menos estructurada) está ligado a una construcción entre investigador y sujeto y tiene por objetivo la recuperación de datos, experiencias o reflexiones que contribuyan en la reconstrucción y conocimiento del pasado. Por otro lado, en tanto el testimonio implica narración, y por lo tanto diacronía, la imagen suele representar la sincronía.¹⁰⁸⁶ Sin embargo, algunas miradas han tendido a utilizar un criterio uniformador en relación a las fuentes de las que se sirve el historiador o historiadora para la construcción de sus investigaciones. En una obra clásica sobre el uso de imágenes en la historiografía, Peter Burke igualaba las imágenes a los textos y los testimonios

¹⁰⁸¹ Rancière, “Le concept d’anachronisme et la vérité de l’historien”, 60.

¹⁰⁸² El ejemplo que analiza Rancière es el de *El problema de la incredulidad en el siglo XVI. La religión de Rabelais* de Febvre. Según el filósofo francés, Febvre no puede concebir un Rabelais incrédulo, que vaya más allá de los límites de su propia época.

¹⁰⁸³ Didi-Huberman, *Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes*, 56.

¹⁰⁸⁴ María Eugenia Chaves Maldonado, “El anacronismo en la historia: ¿error o posibilidad? A propósito de las reflexiones sobre el tiempo en Carlo Ginzburg, Marc Bloch y Georges Didi-Huberman”, *Historia y Sociedad* 30 (2016): 67.

¹⁰⁸⁵ Natalia Taccetta, “La desmaterialización de la historia en la era del archivo (cinematográfico) de Aby Warburg a Jean-Luc Godard”, *Crítica Cultural* II, n° 1 (2016): 34–35.

¹⁰⁸⁶ Más allá del relato cinematográfico, existen pinturas que intentan representar procesos, que tienen un carácter narrativo. El problema, justamente, reside en evitar la impresión de simultaneidad. Para esto existen múltiples estrategias que por una cuestión de pertinencia no analizamos en este trabajo, pero aparecen detalladas en *Visto y no visto* de Peter Burke. Peter Burke, *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*. (Barcelona: Crítica, 2005), 181–82. Sobre historia y cine pueden consultarse, por ejemplo, los trabajos clásicos de Robert Rosenstone y Marc Ferro. Robert A. Rosenstone, *El pasado en imágenes. El desafío del cine a nuestra idea de la historia*. (Barcelona: Ariel, 1997); Marc Ferro, *Historia Contemporánea y cine*. (Barcelona: Ariel, 1995).

orales.¹⁰⁸⁷ Así, al igual que la crítica documental, el análisis de imágenes “plantea problemas de contexto, de función, de retórica, de calidad del recuerdo (...) Por eso algunas imágenes ofrecen un testimonio más fiable que otras”.¹⁰⁸⁸ Esta búsqueda de igualación se refleja incluso en el uso que el autor hace de la palabra “testimonio” como sinónimo de “vestigio” o “fuente”. Así, se refiere a lo largo de la obra al “testimonio de las imágenes” y concibe a la imagen, en sus formas variadas, como el producto de un testigo ocular. Otras interpretaciones han visto en el desarrollo de la relación entre imagen e historia una transformación gradual que va desde un positivismo ingenuo hasta cierto constructivismo que pone en entredicho la relación directa entre imagen y realidad. Esto último resulta relevante particularmente para el contexto de aparición de los medios audiovisuales y, especialmente, de la capacidad de registrar y producir imágenes ficcionales y de “no-ficción” sobre acontecimientos del pasado.¹⁰⁸⁹ Así, se ha señalado, que el desarrollo de una historiografía ligada a las imágenes pasó de la historia del arte, en su sentido más tradicional, a la historia de las imágenes para arribar, en los últimos años, a los *visual studies*.¹⁰⁹⁰ La problemática del testimonio audiovisual la retomaremos al final de este trabajo.

Sin pretender equiparar testimonio e imagen, en este trabajo priorizamos el enfoque propuesto por Didi-Huberman que, creemos, corta de manera transversal el problema al hacer hincapié en las nociones de supervivencia y anacronismo. El desenfoque de la comprensión centrada en la linealidad del tiempo y en la idea de verdad entendida como correspondencia, permite revelar aquello del testimonio que, presente en este tiempo, no pertenece enteramente a él.

Las miradas que insisten en categorizar a memoria e historia como compartimientos separados y, a veces, antagónicos, han caracterizado a la primera como una construcción errática, subjetiva y fuertemente marcada por preceptos morales. La propia Spiegel, a quien nos referimos en el apartado anterior, asegura que los historiadores descartaron la posibilidad de trabajar con “evidencias de la memoria” en tanto resulta imposible adaptarlas a los cánones evidenciarios que rigen la disciplina. La historia aparece, en consecuencia, como la herramienta para ordenar el tiempo, facilitando categorías cronológicas y criterios

¹⁰⁸⁷ Burke, 17.

¹⁰⁸⁸ Burke, 18.

¹⁰⁸⁹ Para un análisis de la relación entre testimonio y registro audiovisual en el contexto de representación del Holocausto, véase Baer, *El testimonio audiovisual. Imagen y memoria del Holocausto*.

¹⁰⁹⁰ Tamm y Burke, *Debating New Approaches to History*, 263.

de periodización objetivos. Este movimiento normativo en términos temporales tiene como ideal la búsqueda de concordancia entre tiempos para explicar el pasado: se trata de explicar cada contexto según sus propias pautas, conceptos e ideas. Es lo que Didi-Huberman ha llamado “eucronía” y que, en marco de nuestra investigación, podemos comprender bajo la lógica de una “política del tiempo”. La cuestión de la eucronía pone de relieve el problema de la distancia del historiador con su objeto: “demasiado presente, el objeto corre el riesgo de no ser más que un soporte de fantasmas; demasiado pretérito, corre el riesgo de no ser más que un residuo positivo, muerto, una estocada dirigida a su misma “objetividad”.¹⁰⁹¹ Podríamos pensar esta propuesta en relación a lo que hemos desarrollado hasta aquí: el testimonio mimético, entendido como una vía de acceso directo al pasado, dificulta la producción de conocimiento sobre el mismo. Por otro lado, el testimonio evidencial y, podemos agregar, eucrónico, que apela a una metodología de tipo inferencial, “mata” aquello del pasado que aún pervive. Lo que propone Didi-Huberman es evitar la pretensión de fijar o eliminar la distancia y, en cambio, “trabajar en el tiempo diferencial de los instantes de proximidad empática, intempestivos e inverificables, y en los momentos de rechazo críticos, escrupulosos y verificadores”, transformando la cuestión de método en una cuestión de tiempo.¹⁰⁹² Por eso, aunque utilizada originalmente para analizar críticamente las imágenes, la noción de *Nachleben* puede aplicarse al testimonio, que funcionaría de igual manera como una encrucijada de diversos tiempos. Esto ha sido reconocido en numerosos trabajos, de hecho, al comienzo de la sección anterior señalamos que dos exponentes de la historia oral y de la memoria, uno italiano y la otra argentina, coincidían en una mirada que entendía al testimonio como compuesto por capas o estratos de recuerdos.

Frente a la pretensión eucrónica del historiador, las imágenes y, agregamos, los testimonios son, potencialmente, portadores de una “desorientación temporal”, pueden funcionar como una “heterocronía”, es decir, como un estadio paradójico en el que se combinan fases heterogéneas de desarrollo.¹⁰⁹³ Como mencionamos, para el caso de las imágenes del Renacimiento, Warburg otorgaba especial atención en sus trabajos a los detalles (en la ropa o en el movimiento), puesto que son ellos los que transportan, muchas veces de manera

¹⁰⁹¹ Didi-Huberman, *Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes*, 45.

¹⁰⁹² Didi-Huberman, 45.

¹⁰⁹³ Didi-Huberman, *La imagen superviviente. Historia del arte y tiempo de los fantasmas según Aby Warburg*, 60.

inconsciente, las energías del pasado de manera sintomática.¹⁰⁹⁴ La imagen, para Didi-Huberman, es portadora de memoria al igual que el testimonio. En la memoria, “pasado y presente se imbrican mutuamente” en tanto que “no dejan nunca de reconfigurarse”.¹⁰⁹⁵ Ella es la receptora de supervivencias, organizada según un ordenamiento no histórico del tiempo.¹⁰⁹⁶ Es, también, la materia prima en la que se sostiene la historia y a quien expulsa para construir el pasado histórico con los valores propios del tiempo moderno. La irrupción de las imágenes “pone de manifiesto que la temporalidad no es del orden de la sucesión, sino que surge de un tipo de montaje”.¹⁰⁹⁷ Así,

cada imagen debe pensarse como un montaje de lugares y tiempos diferentes, incluso contradictorios (...) El anacronismo sería entonces el conocimiento necesario de estas complejidades temporales. Ante una imagen no hay que preguntarse solamente qué historia documenta o de qué historia es contemporánea, sino también qué memoria en ella se sedimenta, de qué reprimido es el retorno.¹⁰⁹⁸

Supervivencia y anacronismo se transforman así en sugerentes herramientas para pensar al testimonio en su especificidad. Apelando a estrategias metodológicas que buscan la eucronía, como en la perspectiva evidencial-inferencial del testimonio, las supervivencias son corridas, normalizadas. Una investigación histórica sostenida en esta epistemología del testimonio cierra sentidos en lugar de abrir la historia. Preguntas como las que analizamos anteriormente, “(...) cómo veía usted la vuelta de Perón en aquél momento. No la reflexión que tiene ahora, sino en aquél momento (...)”, o la suposición de que la memoria puede someter a un testimoniante a “procesos subjetivos engañosos” son ciegas ante los síntomas de desorientación temporal porque colocan de vuelta al testimonio en la polaridad pasado-

¹⁰⁹⁴ Federico Ardila Garcés, “Entre el nachleben y el paradigma indiciario: Carlo Ginzburg y el método warburgiano en la historia del arte”, *Historia y Sociedad*, n° 30 (2016): 64.

¹⁰⁹⁵ Taccetta, “La desmaterialización de la historia en la era del archivo (cinematográfico) de Aby Warburg a Jean-Luc Godard”, 34; Didi-Huberman, *Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes*, 32.

¹⁰⁹⁶ Didi-Huberman, *La imagen superviviente. Historia del arte y tiempo de los fantasmas según Aby Warburg.*, 70.

¹⁰⁹⁷ Taccetta, “La desmaterialización de la historia en la era del archivo (cinematográfico) de Aby Warburg a Jean-Luc Godard”, 35.

¹⁰⁹⁸ Taccetta, 36.

presente.¹⁰⁹⁹ Captar la presencia sintomática de huellas del pasado en los testimonios y su imbricación con el presente llevan a reconocerle el carácter de superposición de tiempos y lugares. Por ejemplo, en relación a un testimonio vinculado a la militancia revolucionaria y la lucha armada, Oberti dice:

Se trata entonces de un presente que llega con las marcas de la política represiva del Estado tanto como con las consecuencias de la clandestinidad y la toma de las armas. El presente ordena el relato hacia atrás y le otorga sentido a las opciones del pasado expresando esa identidad fragmentaria y dividida.¹¹⁰⁰

Este fragmento, perteneciente a *Las revolucionarias. Militancia, vida cotidiana y afectividad en los setenta*, da cuenta de cierta conciencia en relación a las marcas de temporalidad que se entrecruzan en el testimonio y del carácter regresivo y anacrónico del método de indagación. La obra de Oberti trata acerca de la dimensión de género de la militancia revolucionaria en los años setenta. El corte transversal que implica la mirada de género hace que no se enfoque específicamente en una agrupación determinada sino en cómo la afectividad y la vida cotidiana convivían con el mundo de la política y la lucha armada para las jóvenes militantes. El libro está dividido en tres secciones: los primeros dos capítulos, destinados a la comprensión del funcionamiento de las estructuras político-partidarias, se fundamentan sobre todo en la documentación escrita disponible, dejando para la tercera parte del libro el análisis testimonial propiamente dicho. La primera parte se encarga de la reconstrucción de la subjetividad revolucionaria a partir de cómo las organizaciones armadas intervinieron en la construcción de un militante ideal que funcionaba como modelo de la subjetividad partidaria. La segunda parte analiza las formas en que las mujeres se sumaron a la militancia revolucionaria a partir del estudio de los documentos más importantes de Montoneros y el PRT-ERP. La tercera parte, finalmente, incorpora testimonios de mujeres militantes como

¹⁰⁹⁹ Estos ejemplos corresponden a *Los años setenta de la gente común* de Carassai y *Los combatientes* de Carnovale y fueron analizados con mayor detenimiento en el capítulo anterior. Carassai, *Los años setenta de la gente común: la naturalización de la violencia*, 24.; Carnovale, *Los combatientes (Historia del PRT-ERP)*, 176.

¹¹⁰⁰ Oberti, *Las revolucionarias: militancia, vida cotidiana y afectividad en los setenta*, 138.

principal insumo para reconstruir la subjetividad a partir de una mirada de género haciendo hincapié en la violencia y la vida cotidiana.

A partir de una intención declarada de pensar la politización de lo cotidiano, la autora se embarca en una tarea para “comprender el proceso de conformación de la *subjetividad revolucionaria* de la izquierda armada” a través del examen de las “relaciones que se establecieron entre las específicas formas de hacer política y la constitución de los sujetos que las llevaban adelante.”¹¹⁰¹ A diferencia del texto de Carnovale, que está marcado fuertemente por una hipótesis central, *Las revolucionarias* carece de un sentido general que guíe la lectura de los testimonios; el sentido aparece, en todo caso, anclado en contextos delimitados por las temáticas desarrolladas. La utilización de testimonios es también fragmentaria, pero se diferencia de los usos que se hace de ellos en *Los combatientes* por algunas razones. En primer lugar, si no en el cuerpo del texto, sí en las referencias, tenemos información sobre quiénes son los sujetos que testimonian. El nombre aparece, pero también se nos provee un contexto para ese testimonio, no solo acerca del pasado del sujeto sino también acerca de su vida con posterioridad a los hechos que narra. El recorte, si bien es fragmentario, se acompaña de un análisis, produciéndose así un diálogo entre la autora y el testimonio.¹¹⁰² Como en *Por las sendas argentinas*, las citas son muchas veces extensas y dan lugar al desarrollo de ideas y experiencias con bastante profundidad.¹¹⁰³ Se incorpora también una dimensión teórica que se tensiona con el testimonio, abriendo los sentidos de la interpretación.¹¹⁰⁴ A partir de su análisis, la autora genera un entrecruzamiento entre las reflexiones, recuerdos e interpretaciones de las mujeres testimoniadas, generando una “polifonía”, que la propia Oberti reconoce: la subjetividad está marcada por una condición intersubjetiva ineludible.¹¹⁰⁵ En este sentido, es importante resaltar, que la propia práctica testimonial está siendo continuamente objeto de reflexión a medida que los discursos se suceden. Como resultado final, aparece un trabajo que abre más sentidos de los que logra cerrar, generando también cierta dispersión.

¹¹⁰¹ Oberti, 17, 20.

¹¹⁰² Oberti, 136, 137, 138, 140, 146, 148–49, 152, 154, 156, 157, 158, 164–65, 168–69, 170–72, 190–91, 195, 197, 201–2, 204–5, 220–23, 226–27.

¹¹⁰³ Por ejemplo Oberti, 168–69, 170–72, 190–91, 220–23.

¹¹⁰⁴ Oberti, 163

¹¹⁰⁵ Oberti, 150.

En el análisis del fragmento testimonio antes citado, que corresponde a una mujer que narra su ingreso a la organización Montoneros, Oberti se detiene en un tramo en particular, que parece mostrar ambivalencias con respecto a lo que cuenta: “Si bien nunca tuve que empuñar un arma y disparar contra otra persona, que para mí era una escena terrible... sinceramente... no... en esos años sí tuve que defenderme en enfrentamientos y bueno... eran situaciones difíciles de atravesar”.¹¹⁰⁶ La investigadora afirma que estos dichos dan cuenta de “la dificultad –que es del presente– para explicar el lugar de las armas en ese proyecto político”.¹¹⁰⁷ Esa dificultad no es otra que la de proferir un anacronismo ligado fuertemente al tabú de la violencia política. En el marco del testimonio, los conflictos que la admisión del uso de armas para hacer política trae aparejados, necesariamente se vinculan con lo que socialmente puede ser escuchado. Por supuesto que esta ambivalencia tiene un anclaje personal, aunque como hemos visto, el conocimiento y lo decible son productos del testimonio comunitario-performativo. También lo reconoce Oberti, aunque desde otra perspectiva:

La subjetividad militante está formada también por esos materiales y se hace presente en los testimonios remitiendo a discursos de otros, a citas heterogéneas y poco estables. Esto implica aceptar que la polifonía es intrínseca a la condición intersubjetiva de la subjetividad y también que la presencia desestabilizante del discurso ajeno en cualquier enunciado propio, no lo hace menos propio, menos revelador de la posición personal.¹¹⁰⁸

Es interesante que Oberti decide utilizar la expresión “posición personal” y no “experiencia personal”. El hecho de que se trate de un posicionamiento en el presente y no la vía directa de acceso a la experiencia, habla del carácter del testimonio como encrucijada de tiempos y voces. Estas provienen tanto del presente como del pasado y están cruzadas por distintos contextos y posibilidades de enunciación. Es en este sentido que el testimonio se transforma

¹¹⁰⁶ Oberti, *Las revolucionarias: militancia, vida cotidiana y afectividad en los setenta*, 135–36. El testimonio pertenece a Cristina Aldini y fue realizado en el año 2001.

¹¹⁰⁷ Oberti, 138.

¹¹⁰⁸ Oberti, 150.

en portador de supervivencias, elementos impuros, que persisten en el discurso más allá de su aparición sintomática y fragmentaria y que contribuyen a la complejización del tiempo. En *Las revolucionarias* encontramos un uso mucho más atento a la temporalidad. En primer lugar, como antes mencionamos, la trayectoria política de los sujetos que testimonian es tenida en cuenta por la autora. De muchos de ellos se cuenta su militancia del pasado y del presente, la represión sufrida tras el golpe de estado y algunos datos sobre sus compañeros, parejas y familiares desaparecidos. Al incorporar el contexto de enunciación, los problemas del presente y las persistencias del pasado parecen salir a la superficie. En segundo lugar, en el análisis que la autora se permite hacer de los testimonios, aparecen marcas que ponen en juego los distintos estratos temporales. Otro ejemplo de esto es el reconocimiento por parte de Oberti de marcas de enunciación del presente que intervienen en la interpretación del propio sujeto testimoniante. Aparece, en un fragmento de testimonio analizado, un balance de sus actos pasados al reconocer la influencia positiva que estos mantienen todavía sobre el presente:

María del Socorro Alonso coloca en el relato del origen de su compromiso político los deseos propios de su generación de “romper con todo” lo establecido por el *status quo*. (...) La secuencia narrativa tiene un punto culminante en el retorno al presente de la enunciación. Esa vuelta se produce justamente a través de un enunciado valorativo que ausme doble valencia. *Si aún estamos así, no sé qué hubiera pasado si no hubiéramos hecho eso*. El presente es *así*, pobre, a pesar de todo lo que se hizo, pero sería todavía peor si su generación no hubiera *roto con todo* y no hubiera propuesto un modo de vida alternativo.¹¹⁰⁹

Así, quien ofrece su testimonio está formando parte del proceso de construcción de conocimiento sobre esa experiencia, en el sentido de construcción comunitaria de sentidos a la que hacíamos referencia citando a Tozzi. Al señalar esto, Oberti da cuenta de un pasado que no está completamente ausente, puesto que sus consecuencias se hacen sentir tanto en términos individuales, en el cuerpo de la protagonista, como en términos sociales, pero

¹¹⁰⁹ Testimonio de María del Socorro Alonso. Citado en Oberti, 140-141. Cursiva en el original.

tampoco se encuentra completamente presente y que podemos identificar como un pasado irrevocable. Ahora bien, este tipo de formulaciones aparecen en los testimonios porque hay una voluntad por parte de la autora, que se manifiesta en la extensión de las citas y en la recuperación atenta de lo que los sujetos dicen, de dar cuenta de los distintos estratos temporales presentes en los testimonios. Para lograr detectar y considerar valiosas estas impurezas temporales se requiere, como intentamos sostener anteriormente, una auto-reflexividad atenta. Pero también la apertura hacia la posibilidad de que aquello que los testigos dicen tengan un rol significativo en la construcción de conocimiento. Para eso, como metodología para incorporar esas voces en la historiografía, las formas inferenciales y miméticas no bastan. Es necesario explorar la posibilidad de concebir al testimonio como un diálogo fructífero, que satisfaga a la vez las demandas cognoscitivas, éticas y temporales. Para la construcción de un tiempo “reciente” impuro, es necesario definir qué se entiende por diálogo, de manera de poder diferenciar esta forma de incorporar testimonios de las antes descritas. Si bien todas, necesariamente, implican la interacción de dos sujetos, historiador/a y testigo, no siempre este encuentro redundante en diálogo. Hasta ahora hemos descrito y explicado las problemáticas que la interacción entre sujetos trae aparejada: el problema de la autoridad y la justificación del conocimiento, por un lado, y la cuestión de la política del tiempo en relación al testimonio, por el otro. Si aceptamos que la contemporaneidad funciona como una “ficción operativa”, construida y re-construida performativamente por el testimonio comunitario, el establecimiento de un diálogo temporalmente auto-reflexivo podría permitir la construcción conjunta de un presente no-contemporáneo que podamos identificar como “lo reciente”.

IV. 2. La concepción dialógica del testimonio

III. 2. 1. *Paul Ricoeur y el testimonio como “institución natural dialógica”*

Intentaremos, en este apartado, explorar las posibilidades teóricas y prácticas de concebir al testimonio como “diálogo”. Si bien es frecuente que esta palabra aparezca en reflexiones de tipo metodológica realizadas por historiadores/as, en tanto pertenece al lenguaje cotidiano, creemos que es necesario delimitar un uso en el contexto de nuestra investigación. En este sentido, recurriremos a dos fuentes principales para dar forma a una conceptualización del

testimonio que, asociada a lo dialógico, supere las concepciones inferenciales y miméticas. Estas fuentes son, por un lado, lo expuesto por el filósofo francés Paul Ricoeur en su última obra, *La memoria, la historia, el olvido*,¹¹¹⁰ y, por el otro, la teoría del testimonio desplegada por John Beverley, sostenida en los estudios culturales y de la subalternidad. Intentaremos poner en juego conceptos tales como el de autoridad epistémica, además de enfocarnos en la cuestión ética que, creemos, la idea de diálogo puede contribuir a subsanar.

En el marco de las discusiones sobre la representación de los genocidios del siglo XX, Ricoeur propone, en *La memoria, la historia, el olvido*, al testimonio como “la estructura fundamental de transición entre la memoria y la historia”,¹¹¹¹ y lo define a partir de su fiabilidad, en relación a la noción de atestación. En los años noventa el filósofo francés introdujo esta categoría para dar cuenta del tipo de certeza de su hermenéutica.¹¹¹² La atestación es una especie de creencia que se opone al criterio de verificación de los saberes objetivos: antes que un “yo creo que...” se trata de un “yo creo en...”; dando por resultado una filosofía del testimonio y la confianza.¹¹¹³ Como contrapartida, la lógica de la atestación siempre está salpicada de sospecha. No hay adecuación ni voluntad veritativa porque no hay proposiciones: en el testimonio no hay certeza cartesiana, al contrario, la sospecha es permanente. No hay verdadero ni falso testigo, puesto que el testimonio se mide en términos de fiabilidad, se cree en su palabra. Esto trae de vuelta al testimonio del territorio del conocimiento verificable a un terreno marcado por una impronta ética. Así, esta noción implica un alejamiento del concepto tradicional de conocimiento ligado a la verdad y, en cambio, plantea un componente ético inseparable del testimonio. Al alejarse de la noción clásica de verdad, el testimonio pasa de ser considerado “declaración” a ser entendido como “diálogo”.¹¹¹⁴

En este sentido, el carácter ético del testimonio entendido como diálogo se relaciona con la novedad que implica la aparición de testigos de crímenes de carácter imprescriptible para la realización de una historia del presente. Pero esta noción de testimonio fiable no fue una constante en la filosofía de Ricoeur. Esteban Lythgoe afirma que hubo una evolución en el concepto de testimonio desarrollado por el filósofo francés. En la década de los setenta,

¹¹¹⁰ Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido*.

¹¹¹¹ Ricoeur, 47.

¹¹¹² Paul Ricoeur, *Sí mismo como otro* (Madrid: Siglo XXI, 1996), XXXIV–XXXVI.

¹¹¹³ J. Masiá Clavel, T. Moratalla, y A. Ochaíta, *Lecturas de Paul Ricoeur* (Madrid: Comillas, 1998), 157, <https://books.google.com.ar/books?id=7lvDSNiLWEwC&lpq=PPI&hl=es&pg=PPI#v=onepage&q&f=false>.

¹¹¹⁴ Lythgoe, “El desarrollo del concepto de testimonio en Paul Ricoeur.”, 42–45.

Ricoeur afirmaba el origen y el carácter eminentemente jurídico del mismo, desde el que se desprendían sus usos particulares.¹¹¹⁵ Si bien compartía algunos elementos con la noción de testimonio entendido como evidencia, tal y como lo concibe Coady y reproducimos en el capítulo I, también se diferenciaba en otros aspectos. Comparte con el epistemólogo australiano la idea de que el testimonio se inserta en una disputa y funciona como prueba y, además, reconoce, junto con él, la asimetría epistémica entre testigo y auditorio.¹¹¹⁶ Se diferencia, sin embargo, en dos cuestiones. La primera tiene que ver con el tipo de argumentación. Para Ricoeur, según Lythgoe,

por medio del testimonio nunca se logrará alcanzar deductivamente una conclusión necesaria y, por tanto, cierta, sino solamente una probable, por medio de una lucha de opiniones, en la que se tiene en cuenta la disposición de la audiencia y el carácter del orador.¹¹¹⁷

El segundo aspecto que lo aleja de la definición de Coady es la introducción de un componente moral. Así, “En caso de que haya alguna sospecha de que un testimonio es falso, el juez tiene la potestad de invalidarlo”.¹¹¹⁸ Con este movimiento, Ricoeur desplaza la atención del testimonio al testigo e introduce la cuestión del “falso testigo”. Para él, el falso testimonio está ligado “a que el testigo no sea fiel a sus convicciones, a su intención dolosa de querer engañar al auditorio”.¹¹¹⁹ En consecuencia, el testimonio termina alejándose de su carácter de prueba para acercarse a una concepción ligada a la noción de “acto”, vinculado a la idea de hacer pública una convicción.¹¹²⁰ Esto permite hacer una distinción doble: por un lado, entre verdad y fidelidad y, por el otro, entre testimonio fáctico o externo y testimonio de sentido o interno. Todo testimonio aporta en los dos sentidos: narraciones y descripciones de sucesos y un sentido, de orden moral, a la historia.¹¹²¹

¹¹¹⁵ Lythgoe, 38.

¹¹¹⁶ Con respecto a la segunda, Lythgoe sostiene que Ricoeur fundamenta esta asimetría basándose en el criterio de presencialidad, en haber presenciado el hecho sobre el que declara. Esto le otorga un carácter peculiar que no puede asimilarse al de otras capacidades epistémicas o fuentes de conocimiento: “El testimonio en tanto que relato se encuentra así en una posición intermedia entre una constatación hecha por un sujeto y una creencia asumida por otro sujeto sobre la fe del testimonio del primero”. Citado en Lythgoe, 38.

¹¹¹⁷ Lythgoe, 39.

¹¹¹⁸ Lythgoe, 39.

¹¹¹⁹ Lythgoe, 39.

¹¹²⁰ Lythgoe, 40.

¹¹²¹ Lythgoe, 40.

El análisis del testimonio en *La memoria, la historia, el olvido* comienza por brindarnos una definición del concepto. Esta definición se dirige hacia el uso corriente del testimonio, entendido como práctica cotidiana, en oposición al uso jurídico e histórico del mismo; se trata de un análisis del testimonio “en cuanto tal, dentro del respeto por su potencialidad de múltiples usos”.¹¹²² Mientras los usos históricos y judiciales están determinados por la idea de prueba y sentencia respectivamente, el testimonio en sí mismo, reconoce Ricoeur, presenta la misma amplitud que la actividad de narrar, a la que está emparentada.¹¹²³ En el artículo “La marca del pasado”, de 1998, Ricoeur marca un punto de ruptura poniendo en duda la relación entre la huella y el pasado.¹¹²⁴ Hay dos ejes que ordenan ese artículo: el eje Historia-Memoria y el de la marca del pasado. En relación al segundo, lo que se cuestiona es la relación entre la marca y el hecho original. Para pensar la posibilidad de esta relación encuentra dos modelos: el retrato, que muestra una adecuación con respecto al pasado, y el modelo testimonial. El testimonio marcaría la transición de la memoria a la historia, sustituye el ver por el decir y el saber por el creer. La pregunta es si el testimonio es fiable ya no mediante “el enigma de la relación de semejanza”, como en el caso del retrato. De esta forma, Ricoeur plantea que “sustituyendo a la impronta, el testimonio desplaza la problemática de la huella; es necesario pensar la huella a partir del testimonio y no a la inversa”.¹¹²⁵ Ya no se trata de la semejanza de un retrato sino de la credibilidad, la relación fiduciaria, del testimonio. Efectivamente, en *La memoria, la historia, el olvido* el problema principal será ético-político: ¿qué hacer con la memoria de los acontecimientos inaceptables? La obra se divide en tres partes: la primera, dedicada a una fenomenología de la memoria, la segunda, a una epistemología de la historia y, finalmente, la tercera a una ontología de la condición histórica. La problemática del testimonio se ubica en la sección dedicada a la epistemología lo que, según Lythgoe, habilitó lecturas “epistemologizantes” de la propuesta de Ricoeur que, sin embargo, desdeñan la verdadera potencia de su desarrollo, ligado inseparablemente a una cuestión ética.¹¹²⁶

¹¹²² Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido.*, 209.

¹¹²³ Ricoeur, 210.

¹¹²⁴ Utilizamos aquí, la versión traducida por Juan Javier Cerda Orozco y Pablo Tamariz Domínguez para la revista *Historia y Grafía*. Paul Ricoeur, “La marca del pasado”, *Historia y Grafía*, nº 13 (1999): 157–85.

¹¹²⁵ Ricoeur, 165.

¹¹²⁶ Esteban Lythgoe, “Paul Ricoeur, pensador del testimonio histórico”, *Revista de Filosofía* 37, nº 2012 (2011): 108.

Define, entonces, seis componentes esenciales del testimonio. El primero de ellos es la articulación entre la aserción de la realidad factual del acontecimiento relatado y la autenticación de la declaración por la experiencia de su autor. En esta articulación es el lugar en donde se sitúa, como veremos, la sospecha. El segundo componente es la autodesignación del sujeto que atestigua, que garantiza lo declarado situándose en los acontecimientos descritos. Esta autodesignación inscribe al testimonio en una situación dialógica, lo que configura el tercer componente. El diálogo conlleva la apertura de la sospecha, en tanto el sujeto que testimonia pide ser creído. A su vez, y este es el cuarto componente, la sospecha abre el espacio para la controversia entre varios testigos. Como quinto componente, se incorpora una dimensión moral que busca reforzar la credibilidad del testimonio y que implica la posibilidad del testigo de reiterarlo. Finalmente, el sexto elemento en la definición, es que a partir de esta estructura descrita al testimonio se convierte en un factor de garantía en el conjunto de las relaciones del vínculo social, lo que lleva a caracterizarlo como “institución natural”. Lo que crea esta institución es la confianza en la palabra del otro. Esta confianza, hace del mundo un lugar intersubjetivamente compartido.¹¹²⁷ Entonces, frente al modelo evidencial-inferencial de la historiografía que hace hincapié en el testimonio entendido como fuente, Ricoeur insiste en la idea de fiabilidad por sobre la verdad entendida como correspondencia. Esto lo lleva a rechazar la idea de “observador no comprometido” al que asocia al “paradigma de la grabación”.¹¹²⁸ Retomaremos, posteriormente, la relación entre testimonio y archivo.

Ahora bien, como mencionamos anteriormente, su reflexión está motivada, en particular, por el testimonio de los sobrevivientes de “lo injustificable”. Sobre esta cuestión, es menester traer a colación, brevemente, dos reflexiones del filósofo. En primer lugar, Ricoeur toma posición en relación al debate sobre la singularidad del Holocausto.¹¹²⁹ Al filósofo, el pasado parece interesarle por su proyección a futuro, motivo por lo que concluye que el acontecimiento es terrible, pero es comparable y, por tanto, el objetivo de su estudio es evitar futuros casos similares. Así, para zanjar la cuestión, recurre al concepto de “singularidad

¹¹²⁷ Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido.*, 211-14.

¹¹²⁸ Ricoeur, 210.

¹¹²⁹ Al respecto sostiene tres tesis, que, por una cuestión de pertinencia y espacio, no desarrollaremos en profundidad: 1) se debe separar la unicidad moral de la idea de silencio, 2) sostiene que el funcionalismo alivia la responsabilidad moral y 3) la única forma de conocer la particularidad del Holocausto es comparándolo. Ricoeur, 429-34.

ejemplar”. En diálogo directo con el *Historikerstreit*, a las figuras ya revisitadas del juez y el historiador, suma la figura del “ciudadano”, que aparece para Ricoeur como el árbitro último en estas cuestiones: aquí es donde la historia debe cumplir su rol pedagógico. En segundo lugar, el contexto de enjuiciamiento es el de la imprescriptibilidad de los crímenes contra la humanidad. Hemos analizado, en el capítulo II, el carácter inmoral que, para autores como Jankélévitch, adquiere el tiempo irreversible de la historia en contextos de grandes injusticias como la Shoah. Al respecto de la imprescriptibilidad, Ricoeur afirma la vinculación estrecha entre el carácter prescriptible de los crímenes y el tiempo. A diferencia del olvido, la prescripción se relaciona no con la destrucción de huellas, que impediría el acceso al pasado, sino con el carácter irreversible del tiempo histórico.¹¹³⁰ Define, entonces, a la prescripción como “la negativa, después de un lapso de años definido arbitrariamente, a recorrer el tiempo hacia atrás hasta el acto y sus huellas ilegales o irregulares”.¹¹³¹ En este contexto, la historia del presente está atravesada por una situación temporal particular que ocasiona algunos cuestionamientos al modo tradicional de entender la “operación historiográfica”. Son, entonces, las condiciones de realización de la historiografía las que han cambiado. Es importante aclarar que Ricoeur adopta explícitamente la estructura triádica que propone De Certeau para la “operación historiográfica”. Para el historiador jesuita:

Considerar la historia como una operación, sería tratar, de un modo necesariamente limitado, de comprenderla como la relación entre un lugar (un reclutamiento, un medio, un oficio, etcétera), varios procedimientos de análisis (una disciplina) y la construcción de un texto (una literatura). De esta manera admitimos que la historia forma parte de la “realidad”, de la que trata, y que esta realidad puede ser captada “como actividad humana”, “como práctica”. Desde esta perspectiva, quisiera probar que la operación histórica se refiere a la combinación de un lugar social, de prácticas “científicas” y de una escritura.¹¹³²

¹¹³⁰ Ricoeur, 601.

¹¹³¹ Ricoeur, 601.

¹¹³² De Certeau, *La escritura de la Historia*, 68.

La operación historiográfica en su versión ricoeuriana consiste en una primera fase “documental”, en la que el estatuto de verdad se fija a partir de la noción de evidencia; una segunda fase a la que llama de “explicación/compreñión”, que se relaciona con el establecimiento de los “por qué” y, finalmente, una tercera fase “representativa”, que implica la plasmación escrituraria. Los distintos momentos de la operación historiográfica no son sucesivos, sino que responden a momentos metodológicos imbricados entre sí.¹¹³³

La Historia del Tiempo Presente es, para Ricoeur, ideal para comprender las dificultades que surgen entre interpretación y verdad.¹¹³⁴ La interpretación, a diferencia de la representación, no es una fase de la operación historiográfica, sino que es una “reflexión segunda” sobre el conjunto de la operación que reúne todas sus fases. Como operación que se incorpora a los enunciados objetivadores del discurso histórico, la interpretación implica una serie de componentes, entre ellos, el reconocimiento de que detrás de esta “subjetividad buena” hay un fondo de motivaciones personales y culturales.¹¹³⁵ La intervención de este nivel subjetivo en la comprensión histórica no es, sin embargo, para Ricoeur, lo que dota a la Historia del Presente de su carácter peculiar, sino que este se debe a su posición temporal, de cercanía entre el momento del acontecimiento y el del relato: “el trabajo de archivo debe hacerse frente al testimonio de los vivos, muchos de ellos supervivientes del acontecimiento considerado”.¹¹³⁶ Es decir, en cierto sentido, para Ricoeur, la persistencia del pasado en el presente abre interrogantes sobre el trabajo de memoria. Este borramiento de la frontera entre pasado y presente implica, entonces, otras dos cuestiones: por un lado, el diálogo entre vivos y, en segundo lugar y como consecuencia de esto, la difuminación también de la frontera que separa el archivo del testimonio.¹¹³⁷

La fase documental de la operación historiográfica, para Ricoeur, es en la que el testimonio se equipara con las demás marcas del pasado al pasar por el archivo, volviéndose contrastable en un sentido popperiano.¹¹³⁸ Al respecto, Ricoeur afirma que los testimonios orales grabados abandonan la esfera de la conversación ordinaria y se transforman en documentos. El archivo

¹¹³³ Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido.*, 177

¹¹³⁴ Ricoeur, 438.

¹¹³⁵ Ricoeur, 440.

¹¹³⁶ Ricoeur, 438.

¹¹³⁷ Ricoeur, 439.

¹¹³⁸ Ricoeur, 233.

introduce una discontinuidad que produce “la primera mutación historiadora de la memoria viva sometida a nuestro examen”.¹¹³⁹ Lythgoe lo explica de la siguiente manera:

Una vez que el archivista ha filtrado críticamente el testimonio y lo ha fijado de manera escrita, pierde ese vínculo directo con el pasado y con el testigo. Esto significa, por una parte, que deja de estar ligado con un acontecimiento histórico, para constituirse en un hecho histórico, y por la otra, que, en lugar de aspirar a la fidelidad, lo establecido por esta proposición pretende ser verdadero.¹¹⁴⁰

De esta manera, el testimonio que es concebido inicialmente como “institución natural dialógica” basada en la confianza, se transforma, a partir de su paso por el archivo y su uso por el historiador, en un soporte evidencial y pierde la conexión directa con el pasado. En una historia del presente creemos, entonces, la presencia de los testigos lleva al modelo del testimonio archivado a su límite. El reto que implica para la historiografía el diálogo entre vivos, se hace presente en un sentido interpretativo en la fase de crítica de testimonios a partir del problema de cómo administrar la confianza y la desconfianza en la palabra de los otros, cuya huella está en los documentos.¹¹⁴¹

En este contexto de presencias, considerar la dimensión ética de los usos testimoniales se vuelve necesario. Como hemos analizado en los capítulos precedentes, existe más de un uso posible de la palabra de los testigos en una investigación histórica. La idea de testimonio entendido como “institución natural dialógica” nos proporciona un modelo para pensar su uso en marco de la Historia del Tiempo Presente a la vez que nos plantea algunos desafíos. Si bien es cierto que Ricoeur introduce la definición del uso ordinario del testimonio, es cierto también que estas características particulares del testimonio entendido como diálogo se pierden con su pasaje al archivo: se aleja del recuerdo porque pierde su relación de continuidad respecto del presente.¹¹⁴² Según lo desarrollado en el párrafo anterior, la Historia del Presente como espacio preferencial para comprobar las dificultades que surgen entre

¹¹³⁹ Ricoeur, 219.

¹¹⁴⁰ Lythgoe, “Paul Ricoeur, pensador del testimonio histórico”, 119.

¹¹⁴¹ Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido.*, 440.

¹¹⁴² Ricoeur, 232.

interpretación y verdad, presenta la particularidad del “diálogo entre vivos” que difumina la frontera entre testimonio y archivo. Gracias al archivo el historiador logra distanciarse del testimonio pero debido al diálogo sostenido hereda el vínculo con el pasado.¹¹⁴³ Si la noción de prueba documental debe ser invocada con moderación, aplicada sobre todo a las afirmaciones proposicionales, verificables, hay otra dimensión del testimonio en la que la interpretación como fase subjetiva implica el reconocimiento de los compromisos personales del historiador y su pertenencia comunitaria. Entran en juego un aspecto fiable y otro contrastable del testimonio. Lythgoe admite que “el componente evidencial es solo un aspecto del testimonio y no puede quedar identificado con él”.¹¹⁴⁴ La consideración del testimonio como diálogo fiable permite comprender el carácter ético de la práctica de una historiografía de este tipo al mismo tiempo que permite problematizar la utilización del testimonio archivado. Articular memoria e historia, fiabilidad y verdad implica la representación de la memoria de testigos aún vivos. El propio Ricoeur nuevamente nos da una pista para esbozar una respuesta al interrogante de la representación y el lugar que los testimonios deben ocupar en una obra de historia. El filósofo francés propone superar la ambigüedad del concepto de “representación” a partir de la unión de los dos significados del término: el de representación-objeto, entendida como el objeto del discurso historiador, con el de representación-operación, que hace referencia a la tarea literaria involucrada en la operación historiográfica.¹¹⁴⁵ Lythgoe ha señalado, en relación a este tema, que la solución podría darse por el lado de la mimesis: “la reunión de ‘representación-objeto’ y ‘representación-operación’ solo es posible si se abandona la tesis de que el historiador inventa la puesta en intriga y, en su lugar, se sostiene que la toma de los propios actores que vivieron el acontecimiento”.¹¹⁴⁶ En este sentido, pasajes importantes de la obra de Carassai o propuestas como la de Carnovale en *Los combatientes* conllevan, no solo una ruptura entre representación-objeto y representación-operación, sino también la imposición a los testigos de la trama de las historias que se buscan contar.

Parecería, entonces, que la situación nuevamente está planteada entre un polo ligado a la verificación y otro al de la identificación. Realmente, esta propuesta resulta interesante y,

¹¹⁴³ Lythgoe, “El desarrollo del concepto de testimonio en Paul Ricoeur.”, 51.

¹¹⁴⁴ Lythgoe, “Paul Ricoeur, pensador del testimonio histórico”, 120.

¹¹⁴⁵ Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido.*, 299.

¹¹⁴⁶ Lythgoe, “El desarrollo del concepto de testimonio en Paul Ricoeur.”, 54.

creemos, en algunos puntos puede conectarse con lo que estamos intentando sostener, con alguna salvedad. Básicamente, no podemos sino rechazar la idea de “mímesis”; al respecto hemos dado nuestras explicaciones en lo que refiere a sus implicancias epistémicas y temporales. Sin embargo, la idea de “tomar” la palabra de los testigos adquiere un significado distinto si la entramos en los argumentos que hemos desarrollado hasta aquí. Si existe un componente ético, que se vincula al carácter dialógico del testimonio, la relación que el/la historiador/a establece con este no puede reducirse a replicar sentidos miméticamente ni a tomarlos como si se tratara de una fuente de información inferencial. Para que se produzca conocimiento testimonial, es necesario que el vínculo entre entrevistado/a e investigador/a no se quiebre: la facultad epistémica de diferir la carga de la justificación es la capacidad epistémica fundamental. Esto implica reconocer el lugar de quien brinda su testimonio en la construcción de conocimiento comunitario, tal y como desarrollamos en relación a la teoría de Tozzi/Kusch y analizamos en *Las revolucionarias*. El diálogo, entendido como institución natural, es decir, más acá del testimonio archivado, es la herramienta que permite la resubjetivación de los testigos y establecimiento de un tiempo común. Ahora bien, este tiempo no tiene que necesariamente ser identificado con un presente puro y contemporáneo. Parte de la responsabilidad ética, y ahí es donde el recurso del diálogo resulta imprescindible, implica, como analizamos en el apartado anterior, el reconocimiento de un tiempo no lineal ni irreversible. Así, el concepto de supervivencia, entendido como descriptivo-performativo, puede funcionar como una herramienta heurística útil para el ejercicio de una temporalidad auto-reflexiva y éticamente responsable.

III. 2. 2. El testimonio en Latinoamérica: John Beverley y el caso Menchú

La segunda fuente que proponemos retomar para construir el concepto de testimonio dialógico tiene que ver con los planteos del teórico literario marxista John Beverley, fundador del grupo de los Estudios Subalternos Latinoamericanos en Estados Unidos. La concepción de testimonio que Beverley construye se vincula, en principio, a su carácter como instrumento literario antes que historiográfico o propio a las ciencias sociales. Sin embargo, sus discusiones con los usos testimoniales que algunas corrientes antropológicas, y antropólogos en particular, emplearon, sumadas a su alegato en favor de la agencia y la

autoridad del subalterno, posibilitan la recuperación de sus reflexiones para nuestros propósitos. Así, Beverley define al testimonio como

Una narrativa (...) contada en primera persona por un narrador que es también un protagonista o testigo real de los eventos que él o ella cuenta (...). La palabra testimonio traduce literalmente el acto de testificar o de ser testigo en un sentido legal o religioso (...). La situación de narración en el testimonio envuelve una urgencia de comunicar un problema de represión, miseria, subalternidad, encarcelamiento, lucha por la supervivencia, implicado en el acto de la narración. La posición del lector del testimonio es semejante a la de un miembro del jurado de una corte. A diferencia de la novela, el testimonio promete por definición estar primariamente preocupado con la sinceridad en lugar de con la literariedad.¹¹⁴⁷

El teórico norteamericano agrega a esta definición algunas notas que sitúan al testimonio en el universo de la literatura. Lo asimila, en primer lugar, a la novela picaresca puesto que ambas comparten una “dimensión moralizadora” y el hecho de ser narraciones “de urgencia” en primera persona. Sin embargo, al pretender representar una historia verdadera, se desautoriza cualquier lectura en clave de ficción entendida como “imaginario”. Este tipo de narraciones, además, se vinculan con una situación colectiva, lo que habilitaría que “cualquier” vida popular relatada en primera persona adquiriera el carácter de testimonio. Finalmente, “cada testimonio particular evoca en ausencia una polifonía de otras voces posibles, otras vidas (una variación de la forma general es precisamente el testimonio polifónico, compuesto por testigos diferentes del mismo evento)”.¹¹⁴⁸

En el texto “¿Nuestra Rigoberta? Autoridad cultural y poder de gestión del subalterno”, Beverley teoriza sobre la autoridad del sujeto subalterno que testimonia, motivado por un libro del antropólogo norteamericano David Stoll, en el que se intenta desacreditar el

¹¹⁴⁷ John Beverley, “¿Nuestra Rigoberta? Autoridad cultural y poder de gestión del subalterno”, en *Subalternidad y representación. Debates en teoría cultural*. (Iberoamericana, 2004), 103.

¹¹⁴⁸ John Beverley, “Anatomía del testimonio”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana, Testimonio*, 13, n° 25 (1987): 13.

testimonio de Rigoberta Menchú, acusándola de no ser “testigo presencial de lo que narra”.¹¹⁴⁹ Menchú es una campesina indígena de origen guatemalteco que sufrió el asesinato de su familia. Estuvo vinculada al Comité de Unidad Campesina, la rama política del Ejército Guerrillero de Pobres de su país. En 1981 dio su testimonio a la antropóloga venezolana Elizabeth Burgos. Este fue publicado como *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació mi conciencia* en 1983 por Casa de las Américas, Cuba.¹¹⁵⁰ El libro rápidamente se convirtió en un texto canónico, alcanzando un lugar de mucha visibilidad en la academia norteamericana, logrando hacer manifiesto, para la comunidad internacional, la situación de los indígenas guatemaltecos. Suscitó, además, múltiples debates sobre el carácter del testimonio latinoamericano.¹¹⁵¹ En el año 1992 Menchú recibió el premio Nobel de la Paz. Su libro se convirtió en uno de los casos arquetípicos del testimonio en Latinoamérica por el impacto que generó en la academia de los países centrales. Es por eso que la preocupación de Stoll está motivada, en buena parte, por los “usos políticos” que este testimonio ha despertado en intelectuales de la academia norteamericana y que han dado como resultado, en general, usos de solidaridad y preocupación por los derechos humanos.

El intento por desacreditar el testimonio de un sujeto atravesado por la subalternidad que realiza Stoll, Beverley lo vincula con el célebre texto de Gayatri Chakravorti Spivak que versa en torno a la imposibilidad de hablar a la que está sometido el sujeto subalterno.¹¹⁵² Spivak argumenta que, si el subalterno pudiera hablar de una manera que hiciera a los intelectuales occidentales sentirse compelidos a escucharlo, no sería subalterno: efectivamente, éste no puede hablar en un sentido que conlleve alguna forma de autoridad sin alterar las relaciones entre saber/poder. La intervención de Spivak, argumenta Beverley, tenía por objetivo desvelar que, tras las “buenas intenciones” del intelectual occidental comprometido, anidaba la construcción de un “otro” con el que poder entablar una conversación que suavizara la diferencia radical. En definitiva, se trataría de la elaboración de un otro colonial o neo-

¹¹⁴⁹ Beverley, “¿Nuestra Rigoberta? Autoridad cultural y poder de gestión del subalterno”, 103.

¹¹⁵⁰ Elizabeth Burgos y Rigoberta Menchú, *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia* (México: Siglo XXI, 2007).

¹¹⁵¹ Véase, por ejemplo, Arturo Arias, *The Rigoberta Menchú Controversy* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 2001).

¹¹⁵² Ranajit Guha define “lo subalterno” como “el atributo general de la subordinación en la sociedad asiática meridional, ya sea que esta se exprese en términos de clase, casta, edad, género, oficio o de cualquier otra forma”. Ranajit Guha y Gayatri Spivak, *Selected Subaltern Studies* (Nueva York: Oxford University Press, 1988), 35.

colonial que respondería a las características del informante nativo.¹¹⁵³ El texto de Stoll, sostiene Beverley, es un intento para re-subalternizar una narrativa que buscaba disputar espacios de poder para alcanzar la hegemonía, al menos discursiva.¹¹⁵⁴ Aparecen, en *Rigoberta Menchú y la historia de todos los guatemaltecos pobres*, algunas estrategias textuales en este sentido. Por ejemplo, Beverley cita los intentos del antropólogo norteamericano por minar la autoridad personal de la líder indígena a través del uso del primer nombre para referirse a ella. Esto llama su atención puesto que, a pesar de los intentos por separarse de Menchú, Stoll insiste en llamarla simplemente “Rigoberta”. Beverley señala al respecto que, más allá de los seres queridos, son los subalternos los que son tratados de esta forma y que a ningún intelectual se lo refiere simplemente por su nombre de pila en los texto escritos en un registro académico.¹¹⁵⁵ Pero Menchú, argumenta Beverley, es también una intelectual:

a pesar de esa metonimia textual que equipara en el testimonio historia de vida individual con historia de grupo o pueblo (y que parece definir el género como tal), el narrador del testimonio no es el subalterno como tal, sino más bien algo así como un “intelectual orgánico” del grupo o la clase subalterna, que habla a (y en contra de) la hegemonía a través de esta metonimia en su nombre y en su lugar.¹¹⁵⁶

Tanto Stoll como Spivak están preocupados por la “fantasía disciplinaria” implícita en la presentación académica del testimonio. La verdad reivindicada por Menchú en su narrativa testimonial depende del otorgamiento de autoridad epistémica a la experiencia y al sujeto subalterno. Stoll, frente a esta posibilidad, reacciona reivindicando las técnicas objetivas de investigación por las que debe pasar el testimonio para “depurarse” de la “inflación mítica”. En particular, Stoll cuestionaba a Menchú la existencia de errores, como la forma y lugar en

¹¹⁵³ John Beverley y Hugo Achúgar, *La voz del otro: testimonio, subalternidad y verdad narrativa* (Guatemala: Universidad Rafael Landívar, 2002), 18. Gayatri Spivak, “¿Puede hablar el sujeto subalterno?”, *Orbis Tertius* 3, no. n° 6 (1998): 205–17.

¹¹⁵⁴ Beverley, “¿Nuestra Rigoberta? Autoridad cultural y poder de gestión del subalterno”, 105.

¹¹⁵⁵ Para ser justos, en el texto de Stoll, la antropóloga venezolana que produce el testimonio junto a Menchú, Elizabeth Burgos es mentada como “Elizabeth” cuando se narran las disputas en torno a la autoría del texto y su conflicto con Menchú. David Stoll, *Rigoberta Menchú y la historia de todos los guatemaltecos pobres* (Madrid: Unión Editorial, 2008). Disponible en <http://www.nodulo.org/bib/stoll/rmg.htm>. Consultado el 22/03/2021

¹¹⁵⁶ Beverley y Achúgar, *La voz del otro: testimonio, subalternidad y verdad narrativa*, 19.

la que se produjo el asesinato de su hermano, e interpretaciones que chocaban con las que él mismo encontró durante su trabajo de campo en la región ixil en Guatemala. Sobre esta cuestión, Beverley intenta, sin desmerecer el lugar que la búsqueda de la verdad tiene tanto para las ciencias sociales como para el proceso de democratización guatemalteco, poner el foco en la epistemología positivista de verdad y racionalidad que sostiene Stoll.¹¹⁵⁷ Así, propone correr el debate del registro académico, que favorece al antropólogo y objetiviza a Menchú, a uno centrado en una “crítica de la razón académica” que permita la relativización del lugar de autoridad de la ciencia y las humanidades sin abandonarlas.¹¹⁵⁸

La situación en la que se coloca a Menchú es paradójica en varios aspectos, pero puede contribuir a nuestro proceso de construcción del concepto de testimonio dialógico. El problema principal que la relación entre investigador/a y testigo trae a la palestra es, desde la mirada de Beverley, el de la autoridad. En el capítulo anterior, retomamos a Calveiro, quien plantea que el saber de un entrevistado es considerado un problema por el investigador solo “si el académico no reconoce más que un lugar de saber (por lo regular el suyo), que se traduce en una relación de poder”.¹¹⁵⁹ En el caso de la politóloga argentina, no se refiere al sujeto subalterno, en el sentido estricto al que refiere Spivak y que encarna Menchú, sino al testigo de la militancia en organizaciones político-militares, frecuentemente integrado al conjunto de la sociedad, sea desde un lugar ciertamente subalterno como la clase obrera o desde los sectores medios. Sin embargo, la operación testimonial puede operar, y de hecho lo hace, en el mismo sentido: minando la autoridad del entrevistado y reafirmando el lugar del conocimiento objetivo. En el capítulo I cuestionamos el ideal de autonomía epistémica en tanto supone la imposibilidad de la existencia de autoridades. Este tipo de autonomía implicaba que el sujeto cognoscente es siempre completamente racional e individual y, por lo tanto, único responsable ante la justificación de sus creencias. La consecuencia del sostenimiento de este tipo de epistemología del testimonio conlleva la imposibilidad de que otros jueguen un rol significativo en la creación de conocimiento. Apoyándonos en la teoría de Beverley podríamos agregar que

¹¹⁵⁷ Beverley y Achúgar, 11.

¹¹⁵⁸ Beverley y Achúgar, 12.

¹¹⁵⁹ Calveiro, “El testigo narrador”, 53.

otorgar a narradores testimoniales como Rigoberta Menchú solo la posibilidad de ser testigo, pero no la posibilidad de crear su propia autoridad narrativa y negociar sus condiciones de verdad y representación, sería todavía una versión más del informante nativo de la antropología colonial. Esto equivaldría a decir que el subalterno puede hablar, pero solo a través de nuestra autoridad institucionalmente sancionada como intelectuales, la cual nos da el poder de decidir qué es válido y qué no en materia testimonial.¹¹⁶⁰

De esta forma, sostiene el crítico norteamericano, la imposición de una forma al testimonio de un sujeto subalterno implica el ejercicio de violencia epistémica. Así, el debate entre la Menchú y Stoll no sería sobre lo que verdaderamente sucedió sino sobre quien tiene la autoridad para narrar. El mismo problema de la autoridad se liga, también, a la disputa en torno a la autoría de *Me llamo Rigoberta Menchú*.¹¹⁶¹ Si bien es Burgos la que suele aparecer como autora del libro, Menchú ha disputado el lugar de la antropóloga venezolana en la producción del testimonio.¹¹⁶² Cuestiona la presencia de la voz de Burgos en la obra y reconoce solo su lugar como editora u organizadora, en tanto se trata de “trabajo técnico”, y afirma: “el libro no es un análisis de nada. Es un testimonio”.¹¹⁶³ Esta idea de testimonio sostenida por Menchú se asemeja a la de representación, en dos sentidos. En primer lugar, como forma de traer al presente una experiencia. En segundo lugar, podemos asociarla a la representación en términos políticos. Numerosos críticos coinciden en señalar el carácter comunitario del testimonio: como mencionamos, Menchú es una intelectual orgánica y, en ese sentido, representa y “da voz” a un pueblo anónimo.¹¹⁶⁴ Entendido de esta forma, el testimonio tiene una función política que Arturo Arias identifica como pedagógica.¹¹⁶⁵ Beverley, por su parte,

¹¹⁶⁰ Beverley, “¿Nuestra Rigoberta? Autoridad cultural y poder de gestión del subalterno”, 120.

¹¹⁶¹ Recordemos que en el capítulo I nos referimos a las diferencias etimológicas y la evolución de la noción de *actor*. El deslizamiento de la importancia del *actor* como testigo hacia el *compiler* como autor pone en juego las relaciones entre experiencias mediatas e inmediatas en marco de la revolución científica. Así, quien primero era ponderado por presenciar los hechos a representar, terminará transformándose en fuente.

¹¹⁶² Alice A. Brittin y Kenya C. Dworkin, “Rigoberta Menchú: ‘Los indígenas no nos quedamos como bichos aislados, inmunes, desde hace 500 años. No, nosotros hemos sido protagonistas de la historia’”, *Nuevo Texto Crítico* 6, n° 11 (1993): 207–22, <https://doi.org/10.1353/ntc.1993.0008>, 217–218.

¹¹⁶³ Brittin y Dworkin, 218.

¹¹⁶⁴ Beverley, “Anatomía del testimonio”, 15; Arturo Arias, “Authoring Ethnicized Menchu of the and Subjects : Rigoberta the Performative Production”, *Pmla* 116, n° 1 (2001): 76.

¹¹⁶⁵ Arias, “Authoring Ethnicized Menchu of the and Subjects : Rigoberta the Performative Production”, 76.

diferencia entre la postura individualista de la autobiografía y el carácter colectivo del testimonio. Así, asegura que el testimonio no puede sino afirmar una identidad colectiva: “si es la narración de un ‘triumfo’ personal en vez de una ‘narración de urgencia’ colectiva, el testimonio se convierte precisamente en autobiografía, es decir en una representación (y a veces un medio) de medro social, una especie de *Bildungsroman* documental”.¹¹⁶⁶

Recuperar las ideas de Beverley en torno al testimonio de la subalternidad nos permite reunir los diversos hilos teóricos que hemos desarrollado hasta aquí. En primer lugar, porque trae a la palestra el problema de la autoridad del testigo. En segundo lugar, vincula esta cuestión a la conformación de un otro subalternizado por las disciplinas académicas occidentales. Esta subalternización no solo se da en materia social, política o económica: también, agregamos, expresa una política del tiempo. Aquí, las reflexiones de Fabian en torno a la negación de coetaneidad (*coevalness*) son pertinentes y se vinculan, necesariamente, a la dimensión antropológica del trabajo testimonial. Al mismo tiempo, la autoridad de la palabra del testigo implica necesariamente la inscripción de los sujetos en una situación dialógica. El diálogo implica la existencia de una dimensión moral insoslayable: la necesidad del testimonio de ser creído y la confianza como mediación para que se produzca el conocimiento. A su vez, esta noción da cuenta de las tensiones existentes entre el testimonio y el archivo, es decir, la prueba documental. Pero, como también hemos intentado sostener, la construcción de conocimiento no se da de manera individual y tampoco se limita a los, en general, dos participantes de una entrevista. Incluye lo que Beverley, y aquí traemos nuevamente a Oberti, llama “polifonía”. En términos de la epistemología del testimonio que desarrollamos anteriormente, asociamos esta polifonía al carácter cognoscitivamente colectivo del mismo. Por supuesto, el trabajo del/la historiador/a difieren de testimonios como el de Menchú. Sin embargo, cuestiones como la autoridad, la autoría, el lugar de los testigos, su construcción como sujetos, son todas cuestiones que incumben a las investigaciones y los trabajos historiográficos. A continuación, presentaremos el tercer y último caso principal a analizar. Intentaremos demostrar que efectivamente, existe la posibilidad de construir un tiempo distinto, alejado de la ausencia y la presencia absolutas, éticamente responsable con quienes testimonian a través del diálogo y la construcción comunitaria de conocimiento.

¹¹⁶⁶ Beverley, “Anatomía del testimonio”, 13.

IV. 3. La Historia Reciente argentina y la posibilidad del testimonio dialógico

IV. 3.1. Algo parecido a la felicidad. Una historia de la lucha de la clase trabajadora durante la década del setenta (1973-1978) de Federico Lorenz

Intentamos, hasta aquí, mostrar que es posible pensar una Historia Reciente que se aleje de los polos de la ausencia y la presencia, las coordenadas básicas que marcaron la práctica historiográfica. Si el hecho fundacional de la historia como disciplina implicó su separación tajante del pasado, hemos analizado cómo, en las últimas décadas, frente a una situación que se concibió como intolerable en términos éticos, las respuestas que se elaboraron tendieron a su opuesto: favorecer una presencia absoluta del pasado, encarnado en el testimonio como vehículo transparente transmisor de experiencias. Estos regímenes historiográficos se mostraron deficitarios, o bien en las responsabilidades éticas que el trabajo con otros implica, o bien en la toma de distancia crítica que la construcción de conocimiento innegablemente requiere. En lo que sigue, abordaremos el análisis de nuestro tercer ejemplo: *Algo parecido a la felicidad. Una historia de la lucha de la clase trabajadora durante la década del setenta (1973-1978)* de F. Lorenz (en adelante, *Algo parecido a la felicidad*). Intentaremos demostrar, a través del análisis de la operación testimonial que se configura en sus páginas, que logra articular historiografía, tiempo y testimonio de una manera que nos habilita a pensar la obra alejada de la dicotomía ausencia-presencia. Como en los casos anteriores, esta forma no es “pura” sino que, más bien, hegemoniza y da un “tono” a la obra que la diferencia de las anteriores. Así, como hemos insistido anteriormente, la operación testimonial implica una mixtura de formas en las que incorporar la voz de los testigos, pero, en definitiva, la evaluación debe realizarse a partir de ponderar cuál es el lugar que ocupan en la construcción de conocimiento.

Algo parecido a la felicidad, muestra algunas divergencias metodológicas y representacionales con respecto a los dos trabajos anteriores. En esta obra, F. Lorenz busca comprender el proceso de radicalización política y sindical durante la década de 1970, a través de la perspectiva de un grupo de obreros navales que conformaron una agrupación sindical adscripta a Montoneros y que protagonizó una toma fabril muy importante en la Zona Norte del Gran Buenos Aires en 1973.¹¹⁶⁷ Su posición en relación a la militancia revolucionaria de los

¹¹⁶⁷ Lorenz, *Algo parecido a la felicidad. Una historia de la lucha de la clase trabajadora durante la década del setenta (1973-1978)*, 13. La toma en cuestión se produjo en los Astilleros Argentinos Río de la Plata S.A. (ASTARSA), una

años setenta parece ser moderada pero positiva: rescata sus intenciones e intenta comprender su accionar en contexto. Así, por ejemplo, ha expresado en una nota periodística: “Puedo entender lo que Ana María González hizo [un atentado contra el jefe de la Policía Federal], porque puedo reconstruir la época, aunque me resulta injustificable en términos de lo que entiendo que es la política hoy”.¹¹⁶⁸ En la prensa, sus intervenciones parecen ir en la dirección de mostrar una imagen menos monolítica que los sentidos comunes contruidos en torno a las organizaciones armadas, intentando diferenciar, por ejemplo, las diversas etapas que atravesó Montoneros en los años setenta, señalando que “no era lo mismo en el 70, 72 que en 75, 77”.¹¹⁶⁹ También, contra las miradas heroizantes de la militancia pero moderando las críticas hacia ella, en una nota publicada en la *Revista Anfibia* de la Universidad Nacional de San Martín, declaró que “los verdaderos héroes son los sobrevivientes, que se bancaron la derrota y las primeras memorias urgentes de los años ochenta que, como también se construyen con olvidos, al principio no los incluyeron”.¹¹⁷⁰

Algo parecido a la felicidad está organizado en una Introducción, en la que se exploran y presentan el tema y las perspectivas, y catorce capítulos divididos en tres partes. Cada una de las partes lleva un nombre y, en términos generales, presentan una organización cronológica. Finalmente, la obra cierra con una última sección, un epílogo, titulado “El accidente”, en la que se explican algunas particularidades del trabajo con el expediente judicial que recoge la causa que da inicio a la obra: el accidente de José María Alesia. La muerte de este trabajador en un accidente laboral el 24 de mayo de 1973 funciona como hecho disparador de los acontecimientos posteriores y da nombre a la agrupación sindical que protagoniza la obra. Analizaremos a continuación, como hicimos con *Los combatientes* y *Por las sendas argentinas*, el lugar y el peso específico que los testimonios adquieren a lo largo de los capítulos.

En la Introducción, F. Lorenz da cuenta del sentido en que aparecerán los testimonios en la obra: habla de un proceso de “construcción” de los mismos junto a la necesidad de interactuar

empresa dedicada a la construcción de buques y fabricación de caños, máquinas industriales y tractores. Fue fundada en 1927 y quebró en 1994.

¹¹⁶⁸ Federico Lorenz, “Un libro saca del olvido a la joven montonera que mató al jefe de la Policía Federal”, *Infobae*, 6 de junio de 2017.

¹¹⁶⁹ Lorenz.

¹¹⁷⁰ Federico Lorenz, “El obrero, el desaparecido de la memoria”, *Revista Anfibia*, 2017, <http://www.revistaanfibia.com/cronica/el-obrero-desaparecido-de-la-memoria/>.

con los sobrevivientes. Agrega que, luego de años de trabajo, muchos de ellos se convirtieron en sus amigos.¹¹⁷¹ Esta situación es considerada como una dificultad extra y pone de relieve el problema de cómo lidiar con la confianza establecida en situación de entrevista. En este sentido, reconoce que “escribir historia es no volvernos victimarios con nuestra crítica, como una forma de aportar al bien del conjunto y afinar las herramientas políticas para una lucha que no termina”.¹¹⁷² Parece, entonces, demostrar empatía con la lucha de los obreros navales de los que intenta contar su historia. En cuanto a los testimonios y entrevistas, ocho se encuentran en la colección “Astarsa: Organización, lucha y represión en el ámbito sindical (1973-1978)” del Archivo Oral de Memoria Abierta, de los cuales seis fueron realizados por F. Lorenz, y seis entrevistas más que fueron tomadas directamente por el autor durante la investigación. Además de estos comentarios generales sobre el trabajo con testigos y testimonios, en la Introducción el autor trae la voz de algunos protagonistas y la hija de uno de ellos, que continúa desaparecido, para hacer explícitas las preguntas que, desde el presente, guían la investigación. Así, toma de los protagonistas, y otro/as afectados por los hechos, interpretaciones y miradas que lo ayudan a construir interrogantes. El título mismo de la obra es producto de la rememoración de uno de los sobrevivientes de la agrupación José María Alesia, Luis Benencio, que, preguntándose por ese tiempo, asegura que se trató de “una búsqueda permanente de algo parecido a la felicidad, y que para nosotros, no tenía sentido si no era compartida”.¹¹⁷³ Tensiona esta mirada con la de Ana Rivas, hija de un obrero desaparecido, para pensar los efectos de la represión. Menciona, además, una cita de Antonio Gramsci sobre las potencialidades y dificultades de realizar una historia de los trabajadores, es decir, una mirada de la historia de los sectores subalternos que lo acerca a la concepción de historia oral entendida como aquella que puede “dar voz a los sin voz”.¹¹⁷⁴ Retomaremos estas reflexiones posteriormente.

El capítulo 1, que abre la primera parte llamada “Fundación (finales de la década del sesenta – mayo de 1973)”, reconstruye el episodio del accidente de Alesia y la posterior toma de las instalaciones del astillero Astarsa. Este hecho permitió también la instalación de la agrupación sindical que protagoniza la investigación de F. Lorenz, ligada a Montoneros. Al

¹¹⁷¹ Lorenz, *Algo parecido a la felicidad. Una historia de la lucha de la clase trabajadora durante la década del setenta (1973-1978)*, 16.

¹¹⁷² Lorenz, 21.

¹¹⁷³ Lorenz, 13.

¹¹⁷⁴ Lorenz, 15.

tratarse de la reconstrucción de un hecho puntual, algunos de los testimonios aparecen con una clara intención reconstructiva.¹¹⁷⁵ También se citan otros fragmentos que tienen una intención explicativa: buscan contextualizar las decisiones que los trabajadores tomaron tras el accidente y al momento de decidir la toma del astillero. Así, por ejemplo, algunas miradas interpretativas ven en el miedo un factor que alimentaba conflictos entre los obreros al momento de iniciar la toma. Estos testimonios en particular son acompañados por el análisis de F. Lorenz.¹¹⁷⁶ Ya en las notas correspondientes a este primer capítulo, el autor menciona que respetará las formas en que los trabajadores se llamaban durante sus días de militancia y que, además, son esos apodos los que usan frecuentemente hasta hoy. La nomenclatura es doble: aparecen solo con su apodo en el cuerpo del texto pero son mencionados con su nombre y apellido en las referencias.¹¹⁷⁷

El capítulo 2 aborda la formación de la Juventud Trabajadora Peronista (JTP), el frente sindical de la organización Montoneros, y los conflictos internos en el peronismo durante los primeros cuatro años de la década de los setenta. F. Lorenz trabaja con fuentes secundarias provenientes del periodismo de investigación y las ciencias sociales. Al tratarse de un capítulo cuyo objetivo es contextual y de carácter general, no aparecen testimonios. Al contrario, el capítulo 3, que aborda una descripción del astillero, cuenta con una buena cantidad. La primera sección del capítulo trata la historia de Astarsa y brinda un panorama general de la situación de la zona norte del Gran Buenos Aires en términos de su peso en el entramado industrial de la Argentina. En esa descripción priman las fuentes secundarias y los análisis contextuales. Ahora bien, al momento de intentar explorar la vida interna de Astarsa, las relaciones de trabajo y la composición social de sus trabajadores, F. Lorenz recurre a testimonios. Comienza con un largo fragmento de testimonio de Carlos Morelli al que utiliza como ejemplo pero con el que también logra observar una dinámica de integración entre el barrio y el astillero.¹¹⁷⁸ Este uso del testimonio como ejemplo se repite a lo largo del capítulo aunque aparece entre otras formas

de incorporar esas voces.¹¹⁷⁹ Por ejemplo, cuando reproduce sucesivamente fragmentos de testimonio de Jorge Paolini, antiguo capataz de Astarsa, con el que va construyendo algunas

¹¹⁷⁵ Lorenz, 27, 29. Véase Anexo 3.1.

¹¹⁷⁶ Lorenz, 27. Véase Anexo 3.1.

¹¹⁷⁷ Lorenz, 38. Véase Anexo 3.2.

¹¹⁷⁸ Lorenz, 69-70. Véase Anexo 3.3. y Anexo 3.4.1.

¹¹⁷⁹ Lorenz, 71, 77, 81, 85. Véase Anexo 3.4.

definiciones, como la de ser “compañero” o “hacer bien el trabajo”.¹¹⁸⁰ Resulta interesante, en este capítulo, un fragmento en el que F. Lorenz comienza diciendo: “Carlos Morelli piensa que...”.¹¹⁸¹ Por un lado, porque parece expresar el otorgamiento de algún tipo de autoridad a Morelli al recoger sus reflexiones, que se dirigen a la comprensión de las relaciones entre la Agrupación José María Alesia y la masa de trabajadores: luego de nombrarlo y parafrasear su argumento, lo cita de manera textual e interpreta su testimonio. Pero también, si traemos a colación la cuestión sobre cómo nombrar a los entrevistados, que problematizamos en referencia al caso Menchú, y tenemos en cuenta lo que el propio F. Lorenz advirtió en las notas del capítulo 1, podría pensarse que hablar de “Carlos Morelli” y no de “Carlito” (su apodo) expresa efectivamente que le está permitiendo al testigo hablar de lo que sabe, organización sindical.¹¹⁸² Una última cuestión sobre este tercer capítulo a destacar en relación a la operación testimonial, es la incorporación del testimonio de Ana Rivas, hija de Hugo, obrero desaparecido de Astarsa en 1976. Rivas, nacida en 1970, transitó su primera infancia durante los años de militancia de su padre. En su testimonio, menciona recuerdos de sus tres o cuatro años por lo que, necesariamente, tienen que haber sido contruidos de manera colectiva y comunitaria.

El cuarto capítulo de la obra, analiza el contexto en que se dio la inserción en el territorio de la Agrupación Alesia. Para eso, dedica una parte importante a contextualizar y definir las formas de organización e inserción de Montoneros. Vale la pena destacar el uso indiscriminado por parte de F. Lorenz de citas de testimonios escritos y publicados de antiguos militantes montoneros.¹¹⁸³ En los trabajos analizados anteriormente, vimos como existía una disputa sobre cuáles eran las fuentes legítimas de conocimiento histórico. Mientras en *Los combatientes*, Carnovale decidía descartar aquellas miradas demasiado cercanas, que realizaban balances de tipo político de la experiencia militante, Pozzi establecía un corpus de obras “de la militancia” con las que podía establecer un diálogo e incluso retomar como citas de autoridad. Aquí la discusión no se hace explícita pero F. Lorenz parece trabajar con “memorias militantes” sin mayores inconvenientes. Finalmente, las últimas secciones del capítulo 4 están contruidas con testimonios y documentos escritos

¹¹⁸⁰ Lorenz, 73–76. Véase Anexo 3.5.

¹¹⁸¹ Lorenz, 86.

¹¹⁸² Lorenz, 6.

¹¹⁸³ Lorenz, 93–103.

del Archivo de la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (DIPBA). La particularidad es que un testimonio central es el resultado de un intercambio por correo electrónico y cumple, en buena medida, una función reconstructiva.¹¹⁸⁴

La segunda parte del libro, “Contra ‘La Santísima Trinidad’ (otoño de 1973-otoño de 1975)”, se abre con el capítulo 5, titulado “La Lista Marrón”. Si bien comienza con la reconstrucción del significado del concepto de “clasismo”, muy rápidamente F. Lorenz se dedica a explorar el proceso de conformación del grupo que desembocaría en la Agrupación Alesia. En este recorrido, los testimonios tienen un importante papel como elementos que permiten reconstruir los hechos. Ayudan, también, a la construcción de sentidos, imágenes y valores de militantes que ya no están, como “El Tano” Mastinu.¹¹⁸⁵ Pero, también, el autor recoge algunas marcas en los testimonios que nos habilitan a pensarlos en términos de “supervivencia”. Así, se refiere, en particular, a la definición del término “compañero”. Según F. Lorenz, este concepto “organiza los sentidos de pertenencia y la ponderación de toda una época”.¹¹⁸⁶ Se trata de “la marca más fuerte” en la historia de estos trabajadores y refiere, para el autor, “sobre todo a aquellos que ya no están –y esto debe ser así porque las marcas de la derrota (sus fallas, sus miserias) las portan siempre los sobrevivientes–.”¹¹⁸⁷ Agrega, además, que

Los vivos y los muertos aparecen definidos a partir de actitudes vitales que permiten reconocerlos como personas distintas del común, pero a quienes une una gama de virtudes comunes porque eran compañeros, imágenes guardadas a partir de un gesto que evidencia una entrega superior al común anclada en la voluntad y en los afectos.¹¹⁸⁸

Inmediatamente, la imagen de “vivos y muertos” nos conduce a pensar en la “metáfora maestra” de la historia como pasado a la que nos referimos anteriormente. Según puede interpretarse, F. Lorenz tiende a borrar las diferencias entre ambos, igualándolos bajo la idea de “compañeros”. Pero esta igualación no implica un colapso del pasado en el presente, la

¹¹⁸⁴ Lorenz, 104–8.

¹¹⁸⁵ Lorenz, 124.

¹¹⁸⁶ Lorenz, 125.

¹¹⁸⁷ Lorenz, 125.

¹¹⁸⁸ Lorenz, 125.

derrota aparece como una mediación que provoca marcas que perviven sintomáticamente en forma de fallas y miserias. Sin apelar a una separación tajante ni a una identificación plena, el tiempo que iguala a vivos y muertos puede leerse en clave de irrevocabilidad: la diferencia fundamental entre el pasado y el presente no parece estar simplemente “dada”, ni aparece como natural. Esta consciencia de la temporalidad en la que se enmarcan los testimonios vuelve a expresarse inmediatamente, cuando el autor analiza un fragmento de entrevista de otro dirigente importante de la Agrupación, Luis Benencio. “Jaimito”, tal es su apodo, explica, en el texto, las diferencias entre dos tipos de militantes, los que mostraban un carácter más formado en términos políticos e ideológicos y los que simplemente “trabajaban todos los días” y demostraban con hechos su compromiso.¹¹⁸⁹ F. Lorenz identifica en las palabras de este trabajador naval “una cultura subterránea” que dialoga con las memorias dominantes sobre la época: se trata, efectivamente, de una superposición de tiempos hegemónicos y subalternos que se anudan en el testimonio.¹¹⁹⁰ En lo que sigue del capítulo, y hasta finalizarlo, se suceden fragmentos cortos de testimonios y breves introducciones de F. Lorenz. Se trata de reconstruir la manera en que se llega a la toma del astillero y documentar cómo se desarrolla la correlación de fuerzas entre la Agrupación y la conducción del sindicato.¹¹⁹¹

El siguiente capítulo, el sexto, “Tener la batuta”, trata sobre el período posterior a la toma del astillero. Tras el conflicto, prevaleció un clima de triunfo que se tradujo de diversas formas en la vida de los trabajadores. En este sentido, los testimonios contribuyen a conocer ese clima de triunfalismo.¹¹⁹² Entre ellas se destaca la creación de la Comisión Obrera de Control de Higiene y Seguridad, con la que los obreros pudieron influir de manera directa en la producción.¹¹⁹³ En términos generales, la toma “había instalado un cambio en las relaciones” entre la patronal y el conjunto de los trabajadores y esta situación se traduce en los testimonios: la reconstrucción de ese clima se hace con diez fragmentos citados casi consecutivamente, intervenidos con introducciones cortas por parte del autor.¹¹⁹⁴ El nombre de quiénes son los responsables de proferir esas palabras casi que no aparece, a excepción

¹¹⁸⁹ Lorenz, 126.

¹¹⁹⁰ Lorenz, 126–127.

¹¹⁹¹ Lorenz, 136–40.

¹¹⁹² Lorenz, 143–45.

¹¹⁹³ Lorenz, 145.

¹¹⁹⁴ Lorenz, 150–55. Véase Anexo 3.6.

de Héctor González y Jorge Paolini, el resto de los testimonios son atribuidos en las notas correspondientes al capítulo. F. Lorenz introduce también la mirada del personal directivo, que aparecen a partir de la consulta de los archivos de la DIPBA.¹¹⁹⁵ Una cuestión importante es la convivencia de la Agrupación con el sindicato y la conducción desplazada del mismo. El autor se interesa por los métodos políticos y sindicales a los que apelaron los protagonistas de la historia. Según puede observar, y utiliza un testimonio que le permite corroborarlo, los militantes de la Agrupación Alesia apelaron a las tácticas tanto de la agrupación Montoneros, con la que estaban ligados, como a las herramientas clásicas del sindicalismo. Tanto miembros del grupo encabezado por Sosa y Mastinu, como otros trabajadores, reconocen en los testimonios esta situación, que igualaba en el uso de la violencia a la derecha y a la izquierda.¹¹⁹⁶ Finalmente, el capítulo cierra dando cuenta de la reacción de la dirigencia sindical tradicional que, buscando disputar espacios, comienza a colocar dirigentes y militantes en puestos clave de la dirección y entre los trabajadores. Se destaca a Héctor Sarroude, apodado “Bonavena”, sobre el que el capataz, Paolini, da su testimonio.¹¹⁹⁷

El capítulo 7, “Mestrina, el territorio y la extensión de la lucha”, aborda las relaciones que la Agrupación mantuvo con otras organizaciones y otros conflictos en la región, y el valor que tenía como referente para el conjunto de los trabajadores de la zona norte. Los testimonios aparecen, sobre todo, en la primera parte del capítulo. En las primeras páginas, F. Lorenz evalúa la influencia de la Agrupación Alesia en términos regionales. Recurre, así, a testimonios de trabajadoras y cuadros dirigentes de Montoneros ajenos al mundo de los navales.¹¹⁹⁸ Aparecen también el testimonio de María Rufina “Rufi” Gastón, compañera de uno de los dirigentes más importantes de la Agrupación, Aldo “El Gordo La Fabiana” Ramírez, que da cuenta de la importancia de la solidaridad construida en el territorio y el papel que las mujeres tenían en estas redes. La voz de “Rufi”, así aparece citada por F. Lorenz, incorpora temas hasta el momento ausentes en el texto y, si bien su aparición en esta parte en particular es breve, parece otorgársele un lugar importante.¹¹⁹⁹ El resto del capítulo reconstruye los conflictos a partir de documentación escrita, casi exclusivamente. Aborda

¹¹⁹⁵ Lorenz, 149.

¹¹⁹⁶ Lorenz, 154–55.

¹¹⁹⁷ Lorenz, 159.

¹¹⁹⁸ Lorenz, 163–64.

¹¹⁹⁹ Lorenz, 166–68.

dos hechos: la intervención del Ministerio de Trabajo y el secuestro del dueño del astillero por parte de Montoneros.

En el octavo capítulo se abordan algunos episodios de conflicto entre las diversas facciones de los trabajadores navales en la víspera de las elecciones de autoridades sindicales de 1975. Se trató de enfrentamientos que incluyeron armas de fuego e incluso el asesinato de militantes y las reacciones sucesivas de cada uno de los grupos. El primero de los incidentes mencionados es un tiroteo en una asamblea del sindicato. En las notas, F. Lorenz aclara que utilizó los testimonios de González, Benencio y Morelli para reconstruir los hechos.¹²⁰⁰ La segunda cuestión que se menciona en relación a estos enfrentamientos se vincula al asesinato de “Bonavena”. Este hecho es también reconstruido gracias a los testimonios de los protagonistas. F. Lorenz da cuenta, además, de las continuidades con el presente: no se conoce a ciencia cierta si los militantes de la Agrupación participaron del operativo. Sí, en cambio, tiene la certeza de su participación en la inteligencia previa a al hecho.¹²⁰¹ En este sentido, las reflexiones de los involucrados ayudan a esclarecer el significado que la muerte de Sarroude tuvo para los militantes de la Agrupación, puesto que no tenía el mismo peso político para ellos que para el resto de los trabajadores del astillero, para quienes “Bonavena” era un “tipo común”.¹²⁰² Finalmente, el tercer hecho de violencia en esta saga es el asesinato de Raúl Valverde, un miembro de la Agrupación, como reacción a la muerte de Sarroude. Los testimonios que F. Lorenz analiza van de la sorpresa a la naturalización de la lógica de violencia política. Nuevamente estos aparecen con un afán reconstructivo, pero aportando puntos de vista clave que ayudan a comprender de manera más cabal el momento. Así, “Carlito” explica los gestos de los militantes, sindicalistas y funcionarios involucrados y F. Lorenz parece validar sus dichos.¹²⁰³ Al mismo tiempo, analiza sus palabras cuando Morelli parece expresar una contradicción interna y personal frente al evidente incremento de la violencia.¹²⁰⁴ Un último hecho de notoriedad se suma al final del capítulo. No se trata ya de un episodio dentro del espacio del astillero, sino uno que conecta a la Agrupación con la disputa general entre los diversos sectores del peronismo. Nos referimos a la supuesta vinculación, que no fue tal, de los trabajadores de Astarsa con el asesinato de Alberto Villar,

¹²⁰⁰ Lorenz, 182–83, 195.

¹²⁰¹ Lorenz, 186.

¹²⁰² Lorenz, 187.

¹²⁰³ Lorenz, 189.

¹²⁰⁴ Lorenz, 192–93.

jefe de la Policía Federal y organizador de la Triple A, por parte de Montoneros. Juan Sosa brinda su parecer al respecto y esclarece cuáles fueron, en el terreno simbólico, las consecuencias para los miembros de la JTP de Astarsa.¹²⁰⁵

El capítulo 9 se titula “Conflictos y contradicciones”. Efectivamente, está dedicado al análisis de las consecuencias que los asesinatos anteriormente mencionados trajeron a la Agrupación. Resulta interesante señalar que F. Lorenz parte de un interrogante abierto por Sosa de modo metafórico, para problematizar los hechos. “El Chango” dice: “el tema ‘Bonavena’-Valverde fue un bombón envenenado de la orga para endulzar a los más fierreros”.¹²⁰⁶ El autor analiza esta problematización que hace Sosa y explica los conflictos a partir de ahí. El atentado contra Sarroude significó un parteaguas dentro de la Agrupación entre quienes tendían a confluir en Montoneros, liderados por Mastinu, y quienes, como “El Chango”, eran partidarios de profundizar la militancia sindical.¹²⁰⁷ Como había sucedido casi explícitamente con Morelli, nuevamente F. Lorenz dota a un testigo de autoridad, no solo para aportar un punto de vista, sino para expresar una clave de análisis. Para lo que sigue del capítulo resulta fundamental la idea, provista por El Chango, de “señuelo” o “caballo de Troya” como elemento central de la explicación. El testimonio de Benencio funciona también como dinamizador de la argumentación de F. Lorenz y contribuye a profundizar la comprensión de las contradicciones enunciadas por Sosa, incorporando, por ejemplo, elementos de la relación personal entre este último y Mastinu.¹²⁰⁸ Mediante estos testimonios F. Lorenz logra no solo reconstruir sino también explicar el funcionamiento de estos grupos y trabajarlos en un “juego de escalas”, que puede pensarse presente en las palabras, por ejemplo, de Sosa, Benencio y otros militantes.¹²⁰⁹

La tercera y última parte de la obra se llama “Destrucción (invierno de 1975-invierno de 1978) y comienza con el capítulo 10, “El Rodrigazo, las Coordinadoras y la ‘Guerrilla Fabril’”. El contexto que F. Lorenz reconstruye es el del año 1975 y las transformaciones en clave de ajuste económico impulsadas por el ministro de economía Celestino Rodrigo, ya con María Estela Martínez de Perón como presidenta. En este marco, se interesa por el sindicalismo

¹²⁰⁵ Lorenz, 194.

¹²⁰⁶ Lorenz, 199.

¹²⁰⁷ Lorenz, 200.

¹²⁰⁸ Lorenz, 202, 203.

¹²⁰⁹ Lorenz, 206, 208. Por ejemplo, Benencio dice, en referencia a la JTP: “Sus explicaciones siempre estaban enmarcadas en una totalidad política que los trabajadores yo te diría que casi no entendían”.

combativo y la experiencia de las coordinadoras fabriles, fenómenos protagonizados en la zona norte por la Agrupación Alesia. Nuevamente el testimonio de Sosa le permite realizar un contrapunto para explorar las contradicciones entre trabajo sindical e integración a la lucha armada.¹²¹⁰ Para lo que sigue del capítulo, los testimonios son menos frecuentes. Se reconstruye el avance represivo a partir de 1975. En noviembre de ese año, Ramírez y Mastinu fueron secuestrados y liberados. En relación a esto, un testimonio de Morelli aparece para ilustrar el sentimiento de miedo que esto generó, creciente entre la militancia.¹²¹¹ Pero también permite a F. Lorenz mostrar los efectos de la represión en el grupo de trabajadores de la Agrupación Alesia: tras el secuestro “El Tano” había sido “quebrado” y se refugió en una casa en una isla del Delta.¹²¹² Retoma, una vez más, las palabras de Morelli para plantear un interrogante y, también, un dilema, vinculado a “cómo irse” del barrio y del astillero.¹²¹³

El capítulo II aborda las formas de la represión y desarticulación del grupo de militantes de la Agrupación durante los primeros meses de la última dictadura militar. Está basado en testimonios producto de entrevistas y comunicaciones personales y otros extraídos de la causa penal que siguió el secuestro de un trabajador del astillero Mestrina, Carlos Ignacio Boncio. Los testimonios le posibilitan a F. Lorenz reconstruir las características de la represión a escala local. De las palabras del abogado Carlos Selpoy, que compartió la prisión política con varios trabajadores de la industria naval, toma una pregunta que le permite profundizar en las percepciones de los trabajadores e interpretarlas. Selpoy dice: “Ellos no entendían muy bien la pesadilla que se había abatido sobre sus cuerpos y los de sus compañeros (...)”.¹²¹⁴ F. Lorenz retoma el planteo y se pregunta: “¿Qué es lo que los trabajadores ‘no podían entender’? Probablemente, la magnitud de la represión y a quiénes había alcanzado”.¹²¹⁵ De esta forma, tras el secuestro de los dirigentes más importantes y carismáticos y las amenazas reales que se hicieron públicas y visibles en espacios que antes consideraban propios, el grupo fue desarticulado.

Los capítulos 12, 13 y 14 abordan las consecuencias del golpe en los miembros de la Agrupación, sus esposas y familias, desde diversos puntos de vista y superando las barreras

¹²¹⁰ Lorenz, 220–21.

¹²¹¹ Lorenz, 233.

¹²¹² Lorenz, 235.

¹²¹³ Lorenz, 236.

¹²¹⁴ Lorenz, 248.

¹²¹⁵ Lorenz, 249.

cronológicas tradicionales, como la de 1983. El primero de ellos, “El barrio de las viudas”, refiere a Rincón de Milberg, el barrio conocido durante los primeros años de la década de 1970 como “de los navales”. Tras el golpe, comenzó a ser llamado con el nombre que titula el capítulo. F. Lorenz busca, a través de dos historias, analizar las consecuencias de la represión entre las mujeres de los trabajadores.¹²¹⁶ La primera es la de “Rufi” Gastón, compañera de Ramírez. La reconstrucción de este relato se realiza a partir, no de una entrevista realizada por él, sino de otra publicada en el año 2000 y producida en 1997 por Noemí Ciollaro.¹²¹⁷ El segundo caso resulta más interesante para nuestro propósito. Trata sobre Olga y Ana Rivas, esposa e hija de Hugo Rivas, obrero desaparecido de Astarsa. La reconstrucción se realiza enteramente con testimonios de otros trabajadores, como el ya citado Morelli, y, fundamentalmente, de su hija. Para Olga, el pasaje de ser la compañera de un obrero naval, que desconocía la militancia y se mantenía ajena al mundo de su marido, a ser la esposa de un desaparecido fue realmente dramático y el proceso es narrado de manera abierta y cruda por parte de Rivas (h). F. Lorenz parece dar cuenta de manera atenta de sus palabras y las interpreta a medida que continúa intercalando fragmentos de testimonio.¹²¹⁸ Cuestiones como el rol y estatus de las mujeres casadas, la vergüenza que significaba en ese contexto ser hija o esposa de un desaparecido y los quiebres en las relaciones afectivas, incluso familiares, que se producían, aparecen en el relato de Rivas. La hija del obrero desaparecido trae a colación marcas que se mantuvieron en el tiempo, seguramente influidas por el cambiante contexto político y las posibilidades del recuerdo que este habilitaba, pero resistentes.¹²¹⁹ Se trata de un relato memorial que aborda las consecuencias del terrorismo de estado y que F. Lorenz recupera como parte de una obra que, creemos, comprende el tiempo histórico alejado de la ruptura fundamental entre pasado y presente, que otros trabajos analizados buscan introducir. Una frase sobre el final del capítulo nos habilita a interpretar este tiempo en términos de la irrevocabilidad del pasado:

¹²¹⁶ Lorenz, 260.

¹²¹⁷ Noemí Ciollaro, *Pájaros sin luz* (Buenos Aires: Planeta, 2000).

¹²¹⁸ Lorenz, *Algo parecido a la felicidad. Una historia de la lucha de la clase trabajadora durante la década del setenta (1973-1978)*, 265–73.

¹²¹⁹ Por ejemplo, Rivas menciona que la primera vez que fue a la puerta del astillero luego de la desaparición de su padre fue cuando se cumplieron treinta años de la misma o bien, el miedo que generaba a su madre que sus hijas estudiaran en la Universidad de Buenos Aires, “por el tema de su papá”.

Las consecuencias de la represión sobre las familias de los trabajadores se prolongan en el tiempo: son una marca en su vida a través de decisiones condicionadas por la pérdida, y de ese modo el terror administrado por el Estado puede seguir tan presente como la figura fantasmática del ausente.¹²²⁰

El capítulo 13, “Sin lugar a donde ir”, continúa indagando en los efectos de la represión y, en este caso en particular, en los exilios, insilios y “desenganches” de los militantes de la Agrupación.¹²²¹ Se centra en los destinos de trabajadores que no formaban parte de la dirección y que no se integraron a la estructura partidaria de Montoneros.¹²²² Nuevamente recurre a dos historias, basadas en los testimonios de Morelli y Héctor González. Argumenta F. Lorenz que esta elección responde a dos cuestiones: por un lado, una estrategia analítica y, por el otro, se ajusta a la realidad de la represión, en tanto la mayor parte de los participantes de la Agrupación están desaparecidos o fueron asesinados.¹²²³ La historia de “Carlito” está marcada por el corte abrupto con todo lo que implicó su trabajo en Astarsa y su militancia, sin embargo, su “exilio” se dio en la localidad de La Lucila, también en la zona norte del Gran Buenos Aires.¹²²⁴ Nuevamente, F. Lorenz procede intercalando fragmentos de testimonio con un análisis en el que adquiere una forma dialógica: retoma las palabras de Morelli y las interpreta, hilando los sentidos y tramando con el testigo los hechos.¹²²⁵ En los dichos de “Carlito” se hace patente la continuidad de los efectos represivos como supervivencias: “Me pasó desde siempre y me sigue pasando. Yo le digo a cualquiera si es capaz de bancarse una tortura (...)”.¹²²⁶ No se trata de un tema terminado, las marcas de la represión y las culpas cruzadas que se echaron en su momento pesan aún para Morelli. El caso de González es similar. Ocupaba un lugar periférico en términos de la organización,

¹²²⁰ Lorenz, *Algo parecido a la felicidad. Una historia de la lucha de la clase trabajadora durante la década del setenta (1973-1978)*, 272.

¹²²¹ Lorenz, 276.

¹²²² En las primeras páginas reconstruye los destinos de Sosa y Benencio, cuadros dirigentes de la Agrupación Alesia que lograron el primero exiliarse, primero en Europa y luego en México, y el segundo insiliarse en Mendoza.

¹²²³ Lorenz, *Algo parecido a la felicidad. Una historia de la lucha de la clase trabajadora durante la década del setenta (1973-1978)*, 277.

¹²²⁴ Lorenz, 280.

¹²²⁵ Lorenz, 272-78. Véase Anexo 3.7.

¹²²⁶ Lorenz, 281.

pero mantenía vínculos de afecto y cercanía con sus compañeros del astillero. En su caso, ni siquiera pudo alejarse algunos kilómetros de Astarsa, sino que continuó trabajando por necesidad allí. La metodología se repite con respecto a la sección que protagoniza Morelli, esto es, intercalando fragmentos de testimonio con los que el autor dialoga mediante el análisis. F. Lorenz señala que en ambos relatos “subyacen tanto la derrota como la asunción de la fatalidad de la propia muerte”.¹²²⁷

El último capítulo del libro, el 14, llamado “Volver a empezar”, cierra con un balance de los cambios introducidos en el ámbito laboral tras la derrota del sindicalismo combativo. Está construido enteramente con documentos y por ese motivo no lo analizaremos con detenimiento. Sin embargo, no es el final del libro. Resta el análisis del epílogo, que lleva el nombre de “El accidente”. En este, F. Lorenz se plantea “la posibilidad de un sabotaje o atentado” como disparador del accidente que dio nombre a la agrupación y, en cierto sentido, posibilita la historia tal y como él la construye.¹²²⁸ Se trata de un análisis de los documentos del juicio que siguió al accidente y, también, de testimonios. Nos hemos referido en el capítulo I a las relaciones entre testimonio judicial y testimonio histórico. En un sentido similar, F. Lorenz introduce problemas que se vinculan a la construcción de la verdad y las reglas del oficio del historiador. Intentando recuperar algunos de los planteos que hicimos en el capítulo que abre esta investigación, procederemos a un análisis pormenorizado de este epílogo para luego pasar a algunas conclusiones generales en torno a la operación testimonial que se produce en *Algo parecido a la felicidad*.

IV. 3.1.1. *El problema de la verdad histórica en Algo parecido a la felicidad: el testimonio y la justicia*

La última sección del libro, el epílogo, está construida sobre la base de la revisión del hecho disparador del conflicto: la muerte, en apariencia accidental, de José María Alesia. Recordemos que, en el capítulo I, retomamos el texto de Ginzburg, *El juez y el historiador*, para reflexionar en torno al testimonio judicial. Al respecto de la comparación entre las tareas del juez y el historiador, Ginzburg argumentaba que “un historiador tiene derecho a distinguir un problema allí donde un juez decidiría un ‘no ha lugar’”.¹²²⁹ A pesar de la escucha atenta

¹²²⁷ Lorenz, 289.

¹²²⁸ Lorenz, 19.

¹²²⁹ Ginzburg, *El juez y el historiador. Consideraciones a propósito del proceso de Sofri.*, 23.

que Lorenz establece en su diálogo con los entrevistados, la cuestión del accidente habilita un espacio para la sospecha. Se produce así el choque entre dos formas de concebir al testimonio, la primera, que privilegia la oralidad como forma de establecer un contexto de comunicación y entablar el diálogo y la segunda, marcada por la verdad verificable de la justicia. La incorporación de los documentos del juicio se da con posterioridad al trabajo que Lorenz había hecho con los testimonios. A partir de su lectura se encuentra con testimonios de obreros y de peritos técnicos que concluyen en calificar al accidente como “hipotético dudoso”, ya que Alesia llevaba en sus ropas un elemento inflamable que le causó la muerte.¹²³⁰ Sin embargo, la verdad que le interesa a Lorenz no es la de la justicia sino, más bien, siguiendo a Ginzburg, la de la posibilidad.¹²³¹

A la manera del historiador italiano, F. Lorenz se ha encontrado con las huellas de un proceso judicial en su cruce con la historia. Mientras que la motivación de Ginzburg para adentrarse en el caso Sofri es en primer lugar personal, en *Algo parecido a la felicidad* este tipo de motivos interviene, pero se hace patente de manera progresiva, a medida que F. Lorenz construye su investigación e interactúa con los protagonistas. El autor se plantea la necesidad de revisar la muerte de Alesia, siendo consciente del riesgo de perjudicar su amistad con los entrevistados y, además, alimentar posturas apologéticas de la dictadura.¹²³² De esta duda casi fundamental, se desprenden dos cuestiones de especial interés para nosotros: por un lado, el lugar que tienen los entrevistados en el trabajo de F. Lorenz y, por el otro, la posibilidad de probar un hecho judicializado varios años después de que sucedió. Con respecto al primero de estos puntos, vale la pena resaltar cuál es la forma en la que F. Lorenz trabaja los testimonios a lo largo de la obra. A diferencia de un uso probatorio, en el que los testimonios aparecerían a condición de ser evidencia de lo que el historiador sostiene, las voces de los sobrevivientes son incorporadas de manera significativa a la investigación, incluso planteando preguntas que guían al autor en la comprensión de los hechos: la voluntad retrospectiva de la historia se entronca con la memoria, rescatando su faceta interpretativa y

¹²³⁰ Lorenz, *Algo parecido a la felicidad. Una historia de la lucha de la clase trabajadora durante la década del setenta (1973-1978)*, 308.

¹²³¹ Ginzburg, *El juez y el historiador. Consideraciones a propósito del proceso de Sofri.*, 110. Lorenz, *Algo parecido a la felicidad. Una historia de la lucha de la clase trabajadora durante la década del setenta (1973-1978)*, 308.

¹²³² Lorenz, *Algo Parecido a La Felicidad*, 19.

subjetiva.¹²³³ De esta forma, la tensión entre testimonio y archivo se resuelve por el lado de la confianza.

Con las salvedades hechas hasta aquí, la concepción de testimonio histórico dialógico que hemos intentado construir, puede asimilarse a la idea de oralidad propugnada desde la concepción adversarial del derecho. Ambas nociones, cada una en su campo específico, tienden a privilegiar la oralidad como vía de establecer comunicación y evitar el borramiento de los protagonistas vivos de los procesos judiciales y de la investigación histórica. En las versiones inquisitoriales/evidenciales de la prueba, los sujetos en cuestión están incapacitados para hablar de manera significativa puesto que se ven reducidos a “fuentes”, palabra escrita que debe ser interpretada por quien está a cargo de la investigación. En este sentido, el modelo inquisitorial ha permanecido vigente en los tribunales, pero también en ciertas prácticas historiadoras que reducen la voz de los testigos a fuentes de información.

En el caso de *Algo parecido a la felicidad* la idea de verdad como posibilidad aparece explicitada con mayor claridad que en los otros trabajos analizados y esto, creemos, está relacionado con cómo se conciben los vínculos entre testimonio y verdad judicial. Entendiendo que la producción de verdad va más allá de la verificación de un hecho, F. Lorenz plantea las consecuencias éticas e incluso personales de su investigación. La sospecha abierta por el accidente de Alesia lo lleva a consultar los documentos del juicio, pero también a producir testimonios que le permitan problematizar la sentencia alcanzada por el tribunal. En este sentido, vale recuperar la analogía entre los modelos de historiografía y los de la justicia que construimos al comienzo de esta investigación: mientras dentro del marco del modelo inquisitorial de justicia el/la historiador/a debe buscar la verdad, en el modelo de la oralidad la verdad no debe buscarse sino exigirse a los acusadores.¹²³⁴ De esta forma, mientras del juicio se obtuvo una sentencia, a partir de la indagación historiadora, la pregunta de F. Lorenz se dirige a la manera en que las diversas posibilidades que se abren, a partir de poner en duda la hipótesis del accidente, pueden afectar nuestra comprensión del período y nuestra relación con el presente. La verdad aparece atada a cuál de todos los muertos posibles encarna la figura de Alesia, si producto de un accidente o bien de un hecho provocado. Si la opción correcta fuese la segunda, esto abriría otra serie de interrogantes en torno a los

¹²³³ Lorenz, 16, 200, 202.

¹²³⁴ Binder, *Elogio de la audiencia oral y otros ensayos*, 23.

motivos que lo llevaron a la muerte. Lo que resulta relevante a nuestros fines es que esta mirada no cierra los sentidos ni entiende al testimonio como prueba de una verdad verificable, sino que permite entablar un diálogo con quienes son sus contemporáneos para que lo ayuden a lograr una reconstrucción histórica de esa experiencia epocal. Esto es particularmente relevante en el contexto de la Historia Reciente. Enfrentarse a las posibilidades que abre la sospecha, para F. Lorenz, es “uno de los precios más importantes que pagamos quienes trabajamos sobre la historia reciente, precio que se paga en situaciones vitales y no en meros ejercicios retóricos acerca de la responsabilidad en el tratamiento de las fuentes”.¹²³⁵

Si realizamos una mirada general sobre la obra, podemos afirmar que prima en esta una concepción dialógica del testimonio, en la que aquellos que profieren sus palabras lo hacen de forma sustantiva. El investigador deja un lugar para que quiénes vivieron los acontecimientos aporten su interpretación, su mirada sobre los hechos, pero sin renunciar a su rol como historiador, que por momentos complementa los testimonios y por momentos discute con ellos. El testimonio es concebido como un diálogo entre vivos que permite dar cuenta de las continuidades: se nos presentan las trayectorias de los protagonistas con posterioridad a los hechos narrados, se tienen en cuenta los efectos de la represión y el terrorismo de estado e incluso se entrevista a hijas, parejas y familiares de quienes fueron desaparecidos por la dictadura militar.¹²³⁶ De esta forma, el autor se separa de la concepción inquisitorial/evidencial y escrituraria del testimonio: la presencia de la voz de los entrevistados no es utilizada para apoyar o sostener una afirmación a modo de prueba sino que es utilizada para la trama misma de la historia que se busca contar. Esto da cuenta de una actitud frente al testimonio que se repite a lo largo de la obra, la de construir las lecturas a partir de lo que los entrevistados dicen, incluso de las preguntas y problemas que ellos mismos plantean sobre el período.¹²³⁷

En consecuencia, *Algo parecido a la felicidad* parece suponer una temporalidad distinta a los dos trabajos anteriores analizados. No obstante, encontramos un ordenamiento cronológico de

¹²³⁵ Lorenz, *Algo parecido a la felicidad. Una historia de la lucha de la clase trabajadora durante la década del setenta (1973-1978)*, 316.

¹²³⁶ Sobre todo en el Capítulo 12 en el que se da cuenta de la vida, militancia y trayectoria de las mujeres y familia de los miembros de la agrupación tras la desaparición de los militantes.

¹²³⁷ Lorenz, *Algo parecido a la felicidad. Una historia de la lucha de la clase trabajadora durante la década del setenta (1973-1978)*, 200, 202.

la obra que parece ir en contra de esta mirada y tensiona la construcción de un pasado irrevocable. Creemos que no se trata de una cronología “pura”: las idas y vueltas con el momento de enunciación son constantes y los testimonios transportan elementos supervivientes del pasado, como comentamos anteriormente. La derrota, la pérdida y las voces de sobrevivientes cortan tangencialmente toda la obra. La linealidad del tiempo histórico deja lugar a una situación que parece condensar presente y pasado reciente. No se trata del colapso de un tiempo en otro sino de la construcción de una instancia cualitativamente distinta en la que la autoridad epistémica no se construye en términos temporales.

Los entrevistados son dotados de autoridad en lo que refiere a su experiencia y a sus lecturas sobre lo sucedido.¹²³⁸ Retomando uno de los planteos de Bevernage, se encuentran algunas resistencias sociales, en este caso encarnadas en los obreros de Astarsa, que impiden que el pasado pase, transformándolo en un pasado irrevocable. Observamos, entonces, como la frontera entre pasado y presente se desdibuja y los sentidos interpretativos se abren. Lo que ha sido hecho se niega a pasar: es experimentado como “un depósito persistente y masivo que se pega al presente”.¹²³⁹ El propio Lorenz da cuenta, en su intervención en Revista Anfibia, de esta situación temporal particular al referirse a los mismos obreros que protagonizan el libro: “Son trabajadores navales. Debería escribir “eran”, porque el astillero en el que trabajaban no existe más. ¿Pero quién puede dejar de ser aquello que lo hizo persona, aquello en lo que encontró lo mejor y lo peor de sí mismo y de sus compañeros?”¹²⁴⁰

IV. 4. Conclusión Capítulo IV. Irrevocabilidad, anacronismos y supervivencias: el presente, el testimonio y la construcción del otro.

Propusimos, en este capítulo, la construcción de un concepto de testimonio que sea éticamente responsable con el otro, cognoscitivamente útil para el historiador y desanclado de la polaridad pasado-presente. Para eso recurrimos a: 1) en relación a los presupuestos temporales sobre los que se sostiene la Historia Reciente a) la problematización del presente como lugar de enunciación, y la postulación del concepto de “pasado irrevocable” para

¹²³⁸ Lorenz, 199.

¹²³⁹ Bevernage, *Historia, memoria y violencia estatal. Tiempo y justicia.*, 26.

¹²⁴⁰ Lorenz, “El obrero, el desaparecido de la memoria”.

construir un tiempo no dicotómico, b) la idea de que el testimonio se constituye en punto de encuentro de temporalidades, no siempre conscientes ni discernibles, y que puede ser comprendido cabalmente a través de la idea de “supervivencia” y c) la difuminación de la frontera que separa a la historia de la memoria para complejizar el lugar del testimonio en la historiografía; esto nos llevó a considerar 2) en términos de metodología histórica y formas de construcción de conocimiento a) al concepto de testimonio entendido como diálogo según la propuesta de Ricoeur, que lo aleja de la verificabilidad y lo acerca al terreno de la confianza y la fiabilidad y b) al rescate de la autoridad del testigo, según el ejemplo clásico de Menchú, como parte fundamental del proceso cognoscitivo que implica una investigación histórica. Esta conceptualización no se produjo en el vacío, sino que fue acompañada y fue producto de la lectura y el análisis del trabajo concreto de historiadores/as. La operación testimonial que se produce en *Las revolucionarias* y *Algo parecido a la felicidad*, tiene como resultado la construcción de testigos, sujetos de investigación, complejos. Su aporte no se reduce al lugar de fuente, como vestigio del pasado, ni al balance político, como parte del presente. Se trata, con matices, de miradas que interpretan, en las que la retrospección y los elementos supervivientes de momentos duros, felices, violentos, de la propia vida intervienen tanto como lo hace la política, la historia y el contexto. Si bien estos sujetos tienen potestad para aportar al conocimiento del pasado en derecho propio, esto no implica la obligatoriedad del/la historiador/a de tomar lo que cada uno de ellos aporta. Los testimonios pueden ser bien aceptados, o bien rechazados por el historiador. Si recuperamos nuevamente la teoría de Tozzi, podemos afirmar, con ella, que:

La aceptación no depende de la correspondencia entre la experiencia de la víctima y la capacidad de la audiencia de revivirla o experimentarla. Tampoco se trata de su comparación con otros documentos. Una comparación de este estilo nos llevaría a caer nuevamente en un empirismo de tipo fundacionista. Por el contrario, los testimonios son una parte original de la producción y circulación del conocimiento, y los aceptamos gracias a los significados creados en y a través de su promulgación y las respuestas de otros a ellos, no como informes de contenidos inherentemente privados. A la hora de evaluar, analizar, discutir, o inspirar testimonios, apelamos a los mismos

recursos que cuando analizamos cualquier otra producción discursiva.¹²⁴¹

Cuando nos referimos al carácter fiable y no verificable del testimonio, en línea con la propuesta ricoeuriana, estamos afirmando esto mismo. La sospecha es parte inherente a la operación testimonial y, en ese sentido, la confianza en quien profiere el testimonio juega un rol fundamental. En relación con ella es que un/a historiador/a puede elegir rechazar un testimonio, discutirlo o analizarlo: no son todos igualmente valederos ni la obligación ética es incorporarlos todos a la investigación. Pero sí es necesario tomar sus palabras en serio y, como venimos sosteniendo, esto no se limita al momento de realización de la entrevista. La manera en que estas voces se plasman en el resultado final, la obra histórica, da cuenta del rol que juegan los testigos en la construcción de conocimiento. Esto no implica retornar a una forma renovada de “historia de tijeras y engrudo”, en la que el/la historiador/a se dedica a seleccionar testimonios de autoridades para contruir su obra. El testigo, en esta propuesta, posee autoridad, pero no es una autoridad: de lo que se trata es de abrir la posibilidad de un conocimiento creado colectiva y comunitariamente. Las palabras que profiere en la entrevista son conocimiento y contribuyen a esclarecer lo que se busca investigar. Los casos trabajados son elocuentes al respecto.

Por supuesto, no se trata de hacer un juicio de valor sobre el carácter de estas obras, *Las revolucionarias* y *Algo parecido a la felicidad*, en comparación con las analizadas anteriormente, ni establecer una jerarquía, ni proponerlas como modelo para la historiografía del pasado reciente. Lo que intentamos es, ciñéndonos al análisis de la operación testimonial, desentrañar formas posibles de interacción entre historiografía, testimonio y temporalidad que habiliten la expresión de una temporalidad éticamente responsable. Esto tampoco conlleva a la supresión del carácter eminentemente cognoscitivo de la historia en tanto disciplina. Sí hacemos hincapié en que en esta construcción de conocimiento puede haber una participación social y comunitaria que excede el ámbito estrictamente académico y se sostiene en el testimonio. Esta potencialidad reside, ni más ni menos, en la desnaturalización del ideal de autonomía epistémica y la posibilidad que tiene el investigador de permitir la

¹²⁴¹ Tozzi, “The epistemic and moral role of testimony in the constitution of the representation of recent past.”, 17.

emergencia de la autoridad del testigo. La ligazón de ambas partes de nuestra tesis es clara: la autoridad disciplinar que la historiografía asume se sostiene en la potestad del historiador para construir el tiempo histórico.

Conclusiones

A lo largo de estas páginas hemos intentado demostrar la imbricación entre determinadas formas de concebir el tiempo histórico, la escritura de la historia y la incorporación de voces testimoniales en la historiografía. Para eso, realizamos una exploración teórica e historiográfica que se sostuvo en el análisis del concepto de testimonio, cómo fue desarrollado y trabajado en diversos momentos, de acuerdo a perspectivas, a veces, contradictorias. De esta manera, comprobamos la existencia de dos premisas epistemológicas fundamentales sobre las que se sostuvo la producción de testimonios: la primera, que denominamos “evidencial-inferencial” y, la segunda, que llamamos “mimética”. Pero, es menester recordar, que, así como hemos remarcado la impureza del tiempo histórico, de la misma manera sostenemos la imposibilidad de que se trate de categorías puras o delimitaciones cronológicas rígidas. Antes, las formas de trabajar con voces testimoniales se solapan, aparecen y reaparecen en distintos contextos, más no sea como expresión minoritaria. Toda obra es producto de la impureza y de la tensión, de ahí sus rasgos distintivos y los aportes originales que los/as autores/as son capaces de proponer. De lo que se trata, antes de definir características “epocales” en relación al testimonio, es de rastrear las conexiones que vincularon y vinculan pautas epistemológicas con formas socialmente determinadas de concebir el tiempo y, por ende, la historia.

La primera perspectiva, que denominamos “evidencial-inferencial” y desarrollamos en el capítulo I, hegemonizó los estudios históricos desde su consolidación como disciplina académica hasta, aproximadamente, los años ochenta del siglo XX. Coincidió con el desarrollo de la historia oral, a la cual influenció, y se desarrolló en el contexto del período de la historia-ciencia. En términos temporales, el régimen moderno de historicidad ordenaba la escritura de la historia. Así, las voces de los testigos se identificaban con las fuentes escritas del pasado, que era entendido como un otro distante y distinto, y era considerado el terreno propio del historiador. El tiempo, según este régimen de historicidad, es lineal, progresivo, vacío y homogéneo. Se trata de un tiempo que se fuga hacia adelante, producto del quiebre del espacio de experiencia y el horizonte de expectativas, y contribuyó a moldear a la disciplina histórica tal y como la conocimos durante la mayor parte del siglo XX. El “descubrimiento” del pasado y su diferenciación cualitativa con respecto al presente tuvieron

efectos concretos en la metodología de la historiografía académica. En el ámbito del trabajo con testimonios, esto se tradujo en la necesidad de vindicarlo como evidencia inferencial e incorporarlo bajo el concepto de “fuente” o “huella”. Así, en este gesto metodológico, se produce un acto performativo: el historiador transforma una acción presente en una marca del pasado. Esto resulta válido para las vertientes reconstructiva e interpretativa de la historia oral, ya que en tanto no pueda vindicarse al propio testimonio como el origen del conocimiento obtenido y correrlo de su carácter de “prueba” quien lo emite ocupa, en términos epistemológicos, el lugar del objeto. Es decir, y siguiendo McMyler, no existiría conocimiento testimonial porque falla en concretarse la “operación social”. Para que exista conocimiento testimonial no solo se debe dirigir el mensaje a un destinatario, sino también asumir la responsabilidad por lo que se dice. Si el/la historiador/a niega la posibilidad al entrevistado de reconocerse en la situación testimonial y asume él/ella mismo/a la responsabilidad por lo que se conoce, no existe la posibilidad de la reivindicación subjetiva de sus palabras.

La segunda de estas perspectivas, que denominamos "mimética" y analizamos en el capítulo II, alcanzó un lugar hegemónico a partir de la década de 1980. Es a finales de esa década que comienza a producirse un viraje hacia lo que se ha denominado, con críticas, presentismo. La ordenación moderna del tiempo histórico, que caracterizamos en el párrafo anterior, da lugar a una nueva en la que el presente se transforma en la categoría predominante. Hartog, Rousso y otros autores han señalado que las transformaciones que se generan a partir de la segunda posguerra son las que posibilitan los cambios en la percepción del tiempo. La irrupción de la noción de imprescriptibilidad para tipificar los crímenes de lesa humanidad, la proliferación de testimonios de sobrevivientes de la Shoah y las dificultades propias del Holocausto como evento sin precedentes, contribuyeron a cuestionar y erosionar las bases de la historiografía como se practicaba hasta el momento. El contexto intelectual en el que se desarrolló estuvo marcado por dos cuestiones. En términos internos a la disciplina, la crítica de las explicaciones macrohistóricas y estructurales y el ascenso de las explicaciones que hacían foco en la agencia de los sujetos, sumados a los desafíos que el narrativismo presentaba a la historiografía. En términos externos, se da inicio a lo que Wieviorka denominó “era del testigo”: la aparición en escena de sobrevivientes y víctimas de genocidio, no sólo como protagonistas de sus propios relatos sino, también, en una multiplicidad de productos culturales e iniciativas académicas. El lugar creciente que adquirió la agencia para

comprender el comportamiento de los sujetos, antes absorbidos por las estructuras, se encontró también con reclamos éticos en torno a lo que las víctimas de las grandes masacres tenían para decir sobre sus vivencias. El “deber de memoria” de la Shoah irrumpió en la escena pública, primero a partir de su participación en los juicios celebrados contra los perpetradores del genocidio y, luego, en los archivos. El proceso de registro de testimonios llevó al encuentro de psicólogos y psiquiatras con historiadores y científicos sociales. Así, lo que los sobrevivientes expresaban en entrevistas individuales, muchas veces atravesados por el trauma y, obviamente, por el dolor de la experiencia vivida, comenzó a penetrar en las reflexiones en torno a la representación de esos pasados conflictivos. El trauma, que se impondrá como categoría a ser discutida por la historiografía en los años noventa, reflejaba, en algún sentido, la novedad temporal. Se trata, como hemos analizado, de un concepto que, en todas sus versiones historiográficas, tiende a hacer colapsar el pasado y el presente a través de los procesos de latencia y retorno de lo reprimido. En este contexto, el historiador pierde la posición privilegiada como sujeto y autoridad del conocimiento que le otorgaba la mirada retrospectiva sobre el pasado. En la “era del testigo”, el carácter moral del testimonio de las víctimas y su aparente privilegio epistémico con respecto a la experiencia vivida, le darán preminencia por sobre las construcciones historiográficas. Nuevamente, se produce un acto performativo a través del discurso de la historiografía. Hemos visto que, para numerosos autores, el testimonio es el lenguaje privilegiado para la reconstrucción los eventos conflictivos del pasado. El contraste con la perspectiva evidencial-inferencial es casi total: allí donde el testigo era transformado en “fuente” y se le negaba su carácter presente, como contemporáneo, ahora esa reducción pone de relieve la inmoralidad en tanto implica hacer oídos sordos a quien atravesó una experiencia del horror. En consecuencia, el pasado se hace presente a través del testimonio, sin mediación alguna.

En los capítulos III y IV encaramos el estudio de los casos representates de estas perspectivas. Para ello, en primer lugar, delimitamos los alcances, límites y problemas de la Historia Reciente como campo historiográfico y sus vínculos con la historia oral y la literatura testimonial. Sostuvimos que la diferencia fundamental entre la historia oral y la Historia Reciente radica en su dimensión temporal: cada una se sostendría en un supuesto temporal distinto. Así, mientras la historia oral, entendida como campo, participa del orden del tiempo de la llamada historiografía científica, en la Historia Reciente este es terreno de disputas. Buena parte de estas disputas se dan en torno al carácter peculiar o no de esta

subdisciplina, es decir, si son necesarias innovaciones conceptuales, metodológicas y teóricas para abordar problemáticas vinculadas a lo coetáneo. Esta indefinición, a nuestro entender, resultó en la implementación de diferentes políticas del tiempo en relación al pasado reciente que tendieron, o bien a normalizarlo como pasado, o bien a hacerlo plenamente presente.

Así, iniciamos nuestra pesquisa con el análisis de la operación testimonial realizada en *Los combatientes*. Allí, pudimos comprobar que Carnovale hace un uso inferencial-evidencial de los testimonios, que analiza desde una premisa fuerte y explícita: el carácter sacrificial de la militancia perretista. Este enfoque, llamado “culturalista” por algunos autores, hace hincapié en la comprensión de la cultura partidaria en relación directa con la subjetividad de los actores. Los testimonios aparecen sobredeterminados por esa mirada. En términos generales, las voces testimoniales son citadas a lo largo del texto como refuerzo evidencial de las afirmaciones de la autora. Así la nota principal es la indiferenciación entre documento escrito y testimonio en tanto estos son intervenidos con cortes, citas sin aclaraciones y son utilizados como glosa para iniciar capítulos. Los testigos son objetivados, no se presentan de ellos más datos que su nombre y su ocupación pasada y, en algunos casos, su lugar de origen. El conocimiento es, entonces, de tipo inferencial. La historiadora parece reivindicar su autoridad epistémica y, en consecuencia, su autonomía en la justificación de los conocimientos generados. Los testigos no pueden hacerse responsables de lo que aportan a la investigación. Según esta perspectiva, lo que el discurso histórico está decretando es el carácter pasado del testimonio. El acto performativo es claro: las palabras que los ex militantes del PRT-ERP profieren pertenecen a otro tiempo.

Por las sendas argentinas es nuestro segundo caso de análisis. En esta obra encontramos una tensión explícita entre la motivación científica y la motivación militante que impulsan a Pozzi. La extensión de las citas y la primacía que adquieren los testimonios parecería implicar la creencia en que la exposición de la palabra de los protagonistas basta para “hacer presente” al pasado. Esta postura, que calificamos de “mimética”, la asociamos a la construcción de un “pasado práctico” en tanto se sostiene en un presupuesto temporal similar al de la historia *magistra vitae*. En este sentido, Pozzi está realizando una operación temporal que conecta pasado y futuro a través de un presente que se emparenta con el primero. El historiador marxista busca extraer lecciones para el accionar en el presente. En

el caso de los testimonios, la mimesis genera la sensación de que a través de las entrevistas podemos acceder a una verdad que está inherentemente adherida a lo que los testigos dicen y que sumadas a la voz “experta” dan cuenta de la pervivencia del proyecto revolucionario. En *Por las sendas argentinas* el testimonio no es ya una fuente para acceder al conocimiento del pasado a través de mecanismos inferenciales sino una forma en la que pasado y presente colapsan, se mimetizan uno con el otro.

Entre estos dos casos testigos, existen una multiplicidad de mixturas en la incorporación de testimonios. Procuramos dar cuenta de estas al analizar otras obras que tratan temas vinculados al pasado reciente argentino, en particular aquellas que refieren a organizaciones político-militares. En ellas, la relación historiografía-tiempo-testimonio se articula de diversas maneras de acuerdo a cómo interactúan con otros intereses prácticos, político-ideológicos en particular, pero también propios del campo historiográfico. Así, por ejemplo, sostuvimos que en *Los orígenes* y en *Uturuncos*, si bien existe una adscripción política que parece empatizar con los sujetos estudiados, esta voluntad se expresa a partir de la práctica de la historia oral como “historia desde abajo”. En este sentido, la operación temporal, necesariamente, redundante en la objetivación de los sujetos y la separación tajante del pasado y presente. También partiendo de la ruptura como presupuesto temporal leímos la intervención de Carassai en *Los años setenta de la gente común*. Así se desarrolla la mayor parte de la obra y en ese sentido la analizamos. Sin embargo, remarcamos la existencia una anomalía sobre la que hace foco el autor. Allí, se enfrenta la concepción evidencial-inferencial del testimonio, que hegemoniza el libro, con un caso “atípico”, una memoria que no logra clasificar y a la que dedica un capítulo entero. Por sus particularidades, Carassai se ve compelido al diálogo: le resulta imposible reducir al testimonio en cuestión a un vestigio del pasado puesto que en este los tiempos se mezclan, resultando fundamentalmente impuros. Finalmente, *Los montoneros del barrio* se enfoca en la problemática de la inserción de la organización Montoneros en la localidad de Moreno. En este texto, sostenemos, la tensión se da entre una mirada reconstructiva, y por lo tanto evidencial-inferencial, con otra en apariencia más atenta a lo que los testigos dicen. Aún sin avanzar en la definición de testimonio dialógico, tal como proponemos en el capítulo IV de nuestro trabajo, observamos ciertos rasgos en la obra de Salcedo que la diferencian del resto.

Los dos casos principales, a los que se sumó el análisis de estos otros trabajos, nos permitieron elaborar algunas preguntas, además de algunas conclusiones provisorias. Las consecuencias de estas perspectivas incumben tanto cuestiones éticas como teórico-metodológicas y temporales. La forma de construir y trabajar con testimonios implica, como estamos intentando sostener, la puesta en funcionamiento de políticas del tiempo. Por un lado, la negación de coetaneidad (*denial of coevalness*, en términos de lo planteado por Fabian), tal como hemos visto que se produce a partir de la incorporación del testimonio como evidencia, lleva a la imposibilidad del conocimiento testimonial. Por otro lado, la concepción mimética, que iguala pasado y presente, a través de la construcción de un pasado práctico, disminuye las posibilidades de tomar distancia crítica de aquello que se busca investigar. En este caso, el testimonio es incapaz de ser concebido como retrospectión. Ahora bien, ambas perspectivas asumen como referente la existencia de un presente con el cual poder entablar una relación de contemporaneidad. Esto nos permitió reflexionar sobre las características del presente como precondition necesaria para el establecimiento de una categoría de “lo reciente” que se aleje de los polos de la dicotomía presencia-ausencia. Nos embarcamos, entonces, en la búsqueda de un tiempo éticamente responsable y cognoscitivamente útil para la historiografía reciente, pensando a partir de trabajos de investigadoras/es argentinas/os que parecen habilitar la existencia de una temporalidad diferente, en particular, *Las revolucionarias* y, como caso de análisis principal, *Algo parecido a la felicidad*. Propusimos, entonces, dos conceptos para rastrear esa temporalidad: el de pasado irrevocable y la idea de supervivencia, específicamente para el testimonio. Así, como contrapartida a las metodologías evidencial-inferencial y mimética, propusimos al testimonio dialógico como la vía privilegiada para lograr construir un tiempo que no se corresponda ni con la ruptura total ni con la presencia plena del pasado. La operación testimonial que se produce en estos dos trabajos, tiene como resultado la construcción de testigos, sujetos de investigación, complejos. Su aporte no se reduce al lugar de fuente, como vestigio del pasado, ni al balance político, como parte del presente. Se trata, con matices, de miradas que interpretan, en las que la retrospectión y los elementos supervivientes de la propia vida intervienen junto con la política, la historia y el contexto. El conocimiento es producto del diálogo entablado entre historiador/a y testigos y se construye en ellas un tiempo distinto, irrevocable.

Ahora bien, a partir de la investigación se abren algunas problemáticas que plantean interrogantes hacia el futuro. Creemos haber demostrado que efectivamente existe una ligazón entre lo que las/os historiadoras/es hacen y la configuración de la temporalidad histórica en la obra. Esto cobra una importancia fundamental en la Historia Reciente puesto que, como supuesto muchas veces no problematizado, “lo reciente” mantuvo un carácter ambiguo. En este sentido, el futuro de la Historia Reciente no es un tema menor. Para nuestro propósito, resulta imprescindible evaluar en qué sentido el área de competencia temporal de esta disciplina podría verse alterada, por ejemplo, adquiriendo un carácter “epocal” tal y como sucedió con la idea de contemporaneidad y que desarrollamos en los capítulos precedentes. En los últimos años, dos historiadores europeos, uno francés, Emmanuel Droit, y otro alemán, Frank Reichherzer, plantearon la necesidad de poner fin al concepto de Historia del Tiempo Presente.¹²⁴² Las características que justificaron, desde el momento en que surgió, su singularidad no serían, para Droit y Reichherzer, más que parte de un discurso legitimador, heroico, sobre el que es imposible comprobar cualquier particularidad cognoscitiva. Estos autores insisten, además, en que la Historia del Tiempo Presente está en un estado de estancamiento temático y conceptual por lo menos desde comienzos de la década de 1990. En parte, este problema se debería a la férrea cerrazón en problemáticas de tipo nacionales que los historiadores del tiempo presente encararon, en plena vinculación con los pasados “vivos” y la demanda social por resolver conflictos aún vigentes. Más aún, insisten en que el enfrascamiento de los historiadores en este tipo de disputas los llevó a sobrevalorar el rol social de la historiografía por sobre su valor cognitivo. Entonces, defender la disolución de la singularidad de la Historia del Tiempo Presente en la “historiografía en general” permitiría salir de la refriega y volver a dominar la elección de los propios sujetos de investigación al reinsertar el presente en un estudio plural de las temporalidades. Como veremos posteriormente, para Droit y Reichherzer, el historiador al abordar el presente debe transformarse en un “especialista de la profundidad histórica”.

Resulta útil, a modo de experimento, comparar esta intervención con las últimas reflexiones sobre las funciones y el futuro de la Historia Reciente en nuestro ámbito. Para eso, tomaremos las comunicaciones que abren las actas de las IX Jornadas de Trabajo sobre

¹²⁴² Emmanuel Droit y Franz Reichherzer, “La fin de l’histoire du temps présent telle que nous l’avons connue Plaidoyer franco-allemand pour l’abandon d’une singularité historiographique”, *Vingtième Siècle: Revue d’Histoire* 118, n° 2 (2013): 121–45, <https://doi.org/10.3917/ving.118.0121>.

Historia Reciente, realizadas en la Universidad Nacional de Córdoba en el año 2018 y editadas en 2021.¹²⁴³ Este panel, que dio inicio al encuentro, llevó el nombre de “¿Historia Reciente para qué?” y su valor redonda en el carácter reflexivo de las intervenciones que lo componen, en uno de los eventos académicos más importantes del área. Por su parte, Daniel Lvovich sostiene que:

La Historia reciente es, por lo tanto, una apuesta a lidiar con procesos históricos inacabados (o más inacabados que otros) en los que puede intervenir con argumentos, fuentes, métodos y hasta con peritos y especialistas que participan en juicios, acompañan al movimiento de DDHH y continúan ocupando ciertas posiciones en agencias especializadas del Estado. Esto le da una dimensión ético política singular, aunque no me parece que ello implique desafíos epistemológicos diferenciales en relación a otras historias radicales. Por eso pienso que si hay una respuesta a la pregunta Historia Reciente ¿para qué? no puede resultar muy distinta a la pregunta más general de Historia: ¿para qué?¹²⁴⁴

Este carácter normalizado en términos epistemológicos que Lvovich reconoce a la Historia Reciente debería llevarla más allá: en algún sentido, la compele a “superar sus propios límites temáticos de constitución” y “avanzar en redefinir su relación con la politicidad de sus objetos”.¹²⁴⁵ No se refiere a desprenderse de manera total de esos imperativos éticos sino de moderarlos, por ejemplo, a través de la revisión del uso de categorías nativas, es decir, a partir de un creciente distanciamiento del objeto.

La segunda intervención en “¿Historia Reciente para qué?” corresponde a Alicia Servetto. Allí, la investigadora cordobesa parece acercar su definición de Historia Reciente a la de Historia del Tiempo Presente, a través de una cita de Aróstegui. Para Servetto, la Historia Reciente “implica mirar con una lente panóptica determinados hechos y cómo esos hechos

¹²⁴³ Alicia Servetto, Marta Philp, y Carol Solis, eds., *IX Jornadas de Trabajo sobre Historia Reciente* (La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2021).

¹²⁴⁴ Servetto, Philp, y Solis, 27-28.

¹²⁴⁵ Servetto, Philp, y Solis, 26.

son puestos en palabras, son resignificados por la vivencia de los actores involucrados en el presente”.¹²⁴⁶ Este foco puesto en el presente la lleva a problematizar, brevemente, la cuestión de la temporalidad. Servetto comparte la mirada que afirma que la Historia Reciente “nació vinculada al estudio de la mayor tragedia argentina” y, en ese sentido

implica pensar en *múltiples temporalidades* o *múltiples cronologías*, en tanto los estudios de la represión dictatorial y de la implantación del terrorismo de Estado tienen efectos que continúan marcando ritmos e intensidades en la discusión política, cultural, académica y social del presente.¹²⁴⁷

En este sentido, ambas intervenciones señalan la vinculación estrecha entre la posibilidad de pensar la historia reciente y el presente. Por ejemplo, cuando Lvovich señala, en relación al contexto político en que escribe, que “Hoy hay peores condiciones para investigar y enseñar en general, y en particular sobre las problemáticas de la Historia Reciente” o, en relación al mismo contexto, Servetto refiere a una serie de decretos vinculados a la seguridad interior que, según ella, “refieren al pasado”.¹²⁴⁸

Así, si algunas críticas pueden pensarse como equivalentes en ambos lados del Atlántico (por ejemplo, lo referido a la necesidad de ampliación temática o la toma de distancia crítica) el objetivo de los textos es el contrario: mientras los europeos buscan echar por tierra la denominación y el carácter singular de la Historia del Tiempo Presente, las/os argentinas/os pretenden el afianzamiento definitivo de la Historia Reciente. Existen, sin embargo, otros puntos de encuentro entre estas intervenciones. Tanto Droit y Reichhrezzer como Servetto recurren al concepto de “múltiples temporalidades” aunque no terminan de definir a qué se refieren exactamente. Servetto parece dar una pista cuando equipara este concepto al de “múltiples cronologías”. Por su parte, los historiadores europeos agregan a la idea de “profundidad” la propuesta de historización de prácticas, instituciones y actores. Si por “temporalidades múltiples” se entiende “cronologías múltiples”, la cuestión del tiempo histórico ni se resuelve ni se complejiza: en todo caso, se admite que existen diversas formas

¹²⁴⁶ Servetto, Philp, y Solis, 33.

¹²⁴⁷ Servetto, Philp, y Solis, 32–33. *Cursiva en el original*

¹²⁴⁸ Servetto, Philp, y Solis, *IX Jornadas de Trabajo sobre Historia Reciente*, 27, 36–37.

de agrupar años, como puntos sobre una línea recta que se fuga hacia el futuro, según distintas formas de habitar u organizarse. El marco temporal que contendría estas líneas de tiempo “menores” no sería otro que un presente de referencia, sea este nacional, regional o “universal”. Servetto parece recurrir a una metáfora espacial para referirse a esta temporalidad macro a la que se refiere como “abarcativa”.¹²⁴⁹ Es que, como bien sabemos, el tiempo histórico como lo ha entendido tradicionalmente la historiografía adquiere esta forma lineal, vacía, homogénea, como una sucesión de “ahoras” completamente contemporáneos consigo mismo. Además, el presente como lugar de enunciación del/la historiador/a está recubierto por una valoración positiva en términos de objetividad: la distancia permite observar el pasado “muerto” como un objeto distante. A esto se refiere Lvovich cuando pide redefinir la relación de la Historia Reciente con su “politicidad”. Entonces, tomar realmente en serio la posibilidad de tratar con “pasados presentes” implica dejar de concebir esta expresión de forma metafórica y reflexionar sobre las capacidades de la historiografía no solo para describir el tiempo sino para crearlo ¿Tendrá sentido continuar hablando de “lo reciente”, acriticamente, si se tiene en cuenta que presupone la existencia de un presente cronológico, temporalmente puro y espacialmente situado como punto de observación? La existencia de un “pasado reciente” distante y alejado no es producto del paso “natural” del tiempo, sino una decisión performativa vinculada a la normalización de la disciplina histórica.

La idea de “profundidad histórica”, por otro lado, puede ser provechosa. Como expresión, parece complejizar el tiempo. Droit y Reichherzer plantean que un enfoque del tipo historia-problema permitiría liberar a la Historia del Tiempo Presente de una definición de tipo cronológica para que pueda proponer, en cambio, una perspectiva abierta en el tiempo, cuya profundidad está definida por el problema que presenta el objeto estudiado. El historiador del presente sería un especialista en la “profundidad histórica del presente”. Tal posición le permite mantener estrechos vínculos con especialistas en otras ciencias sociales enfocadas en el estudio del presente como con historiadores de otras épocas. Pero junto a la perspectiva de abandonar el tiempo presente como un campo histórico singular, les parece importante al mismo tiempo abandonar el paradigma del evento ligado a las catástrofes y a la memoria para, en cambio, prestar atención también a la simultaneidad de múltiples temporalidades

¹²⁴⁹ Servetto, Philp, y Solis, 36.

pasadas. Este llamado a trabajar el tiempo plural es también un intento de repensar el rol social del historiador. Sin limitarse al estudio de la memoria o de los usos políticos del pasado puede producir inteligibilidad sobre los diferentes pasados presentes, arrojando luz sobre la historicidad de las prácticas, instituciones y actores.¹²⁵⁰

Una segunda cuestión problemática que se desprende de cara al futuro y que en esta investigación no fue desarrollada, es la del testimonio en la era de los archivos digitales. En nuestro país existen numerosos repositorios de este estilo. Entre los más importantes y el que ha aparecido con más frecuencia en nuestros análisis es Memoria Abierta. Sobre esta cuestión, recordemos, la postura de Ricoeur sostenía que “el paradigma de la grabación” implicaba el pasaje del testimonio al terreno de la verificabilidad en un sentido popperiano. En los últimos años, sin embargo, proliferaron algunas reflexiones con relación a esta temática que llevaron a sostener, por ejemplo, el paso de la “era del testigo” a la “era del usuario”.¹²⁵¹ Susan Hogervorst analiza, en este sentido, las formas de interacción de los usuarios con un repositorio de testimonios *on-line*, es decir, se trata de un trabajo sobre la recepción de testimonios.¹²⁵² En su artículo de 2020, intenta descubrir, a través de variables como la cantidad de tiempo que cada usuario destina al visionado de testimonios o las interacciones que las barras de búsqueda de los sitios web generan, nuevas formas de relación entre espectadores y testimonios. Para explicar esta forma novedosa de vínculo, recurre al concepto de “testimonio terciario” (*tertiary witnessing*) desarrollado algunos años antes por Caroline Wake. Sostiene, de esta forma, que observar una entrevista grabada engendra una forma distintiva de testimoniar que se caracteriza por la distancia espacio-temporal y la co-presencia emocional.¹²⁵³ Esta combinación paradójica, en la que a pesar de la distancia los usuarios experimentan una sensación de involucramiento y conexión afectiva, es la que habilita el testimonio terciario. Para Wake, los usuarios son plenamente conscientes de la distancia que los separa de los testigos, sin embargo, el apego emocional con ellos puede

¹²⁵⁰ Droit y Reichherzer, “La fin de l’histoire du temps présent telle que nous l’avons connue Plaidoyer franco-allemand pour l’abandon d’une singularité historiographique”, 144.

¹²⁵¹ Caroline Wake, “Regarding the recording: The viewer of video testimony, the complexity of copresence and the possibility of tertiary witnessing”, *History and Memory* 25, n° 1 (2013): 111–44, <https://doi.org/10.2979/histmemo.25.1.111>; Susan Hogervorst, “The era of the user. Testimonies in the digital age”, *Rethinking History* 24, n° 2 (2020): 169–83, <https://doi.org/10.1080/13642529.2020.1757333>.

¹²⁵² El portal que analiza es www.getuigenverhalen.nl

¹²⁵³ Wake, “Regarding the recording: The viewer of video testimony, the complexity of copresence and the possibility of tertiary witnessing”, 111; Hogervorst, “The era of the user. Testimonies in the digital age”, 174.

explicarse mediante el fenómeno de la re-mediación, es decir, la representación de un medio en otro. Esta es resultado de dos lógicas en apariencia contrapuestas. Por un lado, la inmediatez y, por el otro, la hipermediación. La primera supone un estilo de representación visual cuyo objetivo es hacer que el espectador olvide la presencia del medio y crea que se produce la plena presencia de los objetos representados, mientras que, en la segunda, por el contrario, la representación apunta a recordar al espectador la presencia del medio.¹²⁵⁴ Entonces, sostienen Wake y Hogervorst, así como la hipermediación hace al usuario consciente del medio, le recuerda, al mismo tiempo, su deseo de inmediatez. La co-presencia emocional es resultado del deseo del usuario de salvar la distancia con el testigo.¹²⁵⁵ Ahora bien, Hogervorst incorpora una dimensión más a este análisis. La teoría de Wake está pensada para visionados en los que la búsqueda no es posible, por ejemplo, el videocasete. El análisis de la primera, en cambio, apunta a un nuevo tipo de portal en los que los testimonios aparecen rotulados con palabras clave y transcritos en su totalidad e indexados, lo que hace posibles búsquedas muy detalladas de contenido específico. Como una consecuencia posible, Hogervorst plantea que el testigo terciario pueda, a través de las herramientas que los portales de este tipo proveen, entablar una suerte de diálogo con los testigos. Pero, adicionalmente, la búsqueda requiere de ciertos conocimientos previos por parte del usuario puesto que los términos ingresados en el buscador deben responder a la transcripción literal de la entrevista, caso contrario no existirán resultados positivos posibles. Esto redundará en una situación en la que el diálogo debe entablar desde la perspectiva del testigo o del entrevistador en lugar de la del testigo terciario.¹²⁵⁶ Así, Hogervorst habla de la generación de un espacio virtual intermedio (*in-between*) en el que se genera un acto dialógico y se posibilita una verdadera interacción.¹²⁵⁷ Emergen, en consecuencia, algunas preguntas para las cuales será necesaria una reflexión posterior. Por un lado, la cuestión de la estabilización de “lo reciente” como período delimitado cronológicamente o, en cambio, la asunción de una concepción impura, inestable y no cronologizada, se relaciona potencialmente con los usos del testimonio en la era digital. Es decir, si finalmente el campo de la Historia Reciente se define por una demarcación epocal,

¹²⁵⁴ Hogervorst, “The era of the user. Testimonies in the digital age”, 174.

¹²⁵⁵ Hogervorst, 176.

¹²⁵⁶ Hogervorst, 178.

¹²⁵⁷ Hogervorst, 178.

fundada, por ejemplo, en situaciones de violencia estatal excepcional cronológicamente datada (que, en Argentina, como sabemos, ha sido, simbólicamente, 1976 pero que puede remontarse hasta 1955), el carácter del testimonio filmado, digitalizado, transcrito e indexado no revestirá mayores complicaciones: su asimilación a una fuente inferencial parece imponerse como definición lógica. Ahora bien, para que exista ese espacio de diálogo “intermedio” al que refiere Hogervorst, que configure además un tiempo distinto vinculado a lo digital y su inmediatez, se hace necesaria una redefinición del presente. Si la “profundidad histórica” propuesta por Droit y Reichherzer parece traslucir una complejización del tiempo en estratos o capas, la opción por la noción de “pasado irrevocable” tiene, potencialmente, a desanclar al tiempo histórico de lo cronológico. En este contexto, el diálogo se torna imposible en tanto no adopte la forma de una interrogación, como analizamos en el capítulo I. Baer, a quien citamos en el capítulo II, agrega sobre el testimonio audiovisual, que un elemento central en su constitución es la visibilidad del rostro. Así, “El espectador presencia la interacción comunicativa en que se produce el testimonio, es testigo del propio acto de testimoniar. De esta manera, el testimonio audiovisual expresa una compleja yuxtaposición de temporalidades que son el origen de un extraordinario poder comunicativo”.¹²⁵⁸ Habilitaría, en ese sentido, una pesquisa sobre la recepción de estos testimonios con una finalidad cognoscitiva. Es decir, pensar cuál sería la actitud del/la historiador/a frente a los repositorios digitales desde una mirada que contemple las múltiples temporalidades involucradas en el acto de ser testigo terciario. Más allá de estas cuestiones, continúa siendo una tarea pendiente la reflexión sistemática sobre las formas de producir el tiempo histórico en la historiografía. Si a lo largo de estas páginas pudimos proponer y demostrar esta imbricación, atendiendo al testimonio específicamente, es cierto que la problemática atraviesa al conjunto de la disciplina. Una cuestión que no se ciñe a los problemas que la organización en “cronologías” trae aparejada, es decir, a la unicidad temática que un determinado conjunto de años pueda tener. Por citar solo un ejemplo correspondiente al campo de la Historia Reciente, tomaremos un artículo de Marina Franco y Ernesto Bohoslavsky, en el que se proponen revisar supuestos historiográficos con miras a sugerir enfoques metodológicos y conceptuales para avanzar en

¹²⁵⁸ Baer, *El testimonio audiovisual. Imagen y memoria del Holocausto.*, 123.

la historización de la violencia estatal.¹²⁵⁹ En este texto plantean tres ejes, de los que nos interesan particularmente dos, las “escalas” y las “periodizaciones”. A la hora de analizar el primero de estos ejes, vemos como la disociación de espacio y tiempo resulta imposible para los autores: la crítica de la “escala nacional” de análisis es necesariamente acompañada de la demostración de la existencia de cronologías diversas según la región del país sobre la que se haga foco, marcadas por hitos locales que desdibujan el canon a nivel país. No se soluciona solo con nuevas cronologías o con mayor atención a cómo estas escalas de medición se articulan, sino con la aplicación de un arsenal teórico que dé cuenta de que los acontecimientos no solo suceden a lo largo de la línea imaginaria del transcurrir del tiempo: son creados y recreados, situados y resituados. Toda cronología se produce en referencia a una “gran narrativa”, un presente contemporáneo que funciona como ficción operativa, en palabras de Osborne. El refinamiento de estas formas de medir no resulta más que en un ajuste de determinadas prácticas de sincronización que engarzan los tiempos en un “ahora”. En consecuencia, antes que “reducir” o “agrandar” la escala de observación, creemos que resultaría más fructífero “cambiar el lente”. Si bien los autores sostienen que su intervención “se reconoce explícitamente dentro del campo de la discusión historiográfica y no del campo de la investigación histórica que produce conocimientos empíricamente fundados”, resulta complejo pensar ambas en compartimientos estancos y separados. Las herramientas analíticas elegidas determinan las posibilidades de pensar el problema y construir un objeto, es decir, no hay teoría por un lado y empiria por el otro. Con lo cual, y esto es solo una propuesta que no se enfoca específicamente en este ejemplo, resultaría fructífera la reflexión sistemática de los tiempos y lugares que la historiografía como disciplina construye. Conceptos como el de “políticas del tiempo”, que resultó fundamental para nuestra investigación, creemos que tiene potencial para permitirnos comprender cómo todos estos factores son constituidos en un paso previo, que funda un presente de enunciación espacialmente situado y valorativamente superior. Por lo tanto, creemos que es parte de futuras investigaciones continuar la reflexión sobre cómo la historiografía no solo describe, utiliza o refiere al tiempo histórico sino también lo crea junto con quienes lo habitan.

¹²⁵⁹ Ernesto Bohoslavsky y Marina Franco, “Elementos para una historia de las violencias estatales en la Argentina en el siglo XX”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani* 2563, n° 53 (2020): 205–27, <https://doi.org/10.34096/bol.rav.n53.8018>.

Anexo

devolver a los autoproclamados guerreros de Occidente la imagen exaltante de una vanguardia espiritual y material que se adelantaba a su tiempo.¹⁹⁸

Fuerzas Armadas y fuerzas revolucionarias compartían, entonces, una percepción de la confrontación local como expresión de una guerra de carácter mundial. Si en esa guerra las Fuerzas Armadas se arrojaban al combate sustentadas en una representación de sí mismas que giraba en torno a la figura de la vanguardia contrarrevolucionaria, es plausible postular que su discurso y accionar favorecieron el hecho de que su enemigo de guerra, la vanguardia revolucionaria, compartiera de alguna manera aquella representación. De modo tal que, atendiendo a todo lo anterior, es posible afirmar que la lectura perretista –allí donde situaba a las Fuerzas Armadas en el lugar de núcleo duro del poder– encontraba, en gran medida, su justificación en las características propias que asumía el escenario de las disputas por el poder en la Argentina.

En resumidas cuentas, si el capitalismo dependiente argentino imprimía a la revolución un carácter socialista y antiimperialista, de allí se recortaba, en primera instancia, un enemigo estructural, de clase: la burguesía y el imperialismo; en segunda instancia, un enemigo uniformado, el “ejército opresor”, custodio de los intereses de aquel, brazo ejecutor de sus designios. Pero la experiencia cotidiana de la represión y el propio accionar de las Fuerzas Armadas en el entramado político-institucional (rol reforzado, además, por la representación que estas tenían de sí mismas) empujaban al colectivo partidario hacia un énfasis inverso. De ahí que, en el imaginario perretista, la doble acepción de la noción de enemigo se resolviera a favor de uno represor, el ejército.

Se ha señalado ya que toda afirmación identificatoria reconoce tanto un movimiento de asimilación como otro de diferenciación-sustitución. A partir de ahí se advierte, en primer lugar, que el ejército argentino (o, en general, la figura de los uniformados) primó como referente por sobre la burguesía en el movimiento asimilatorio de la identificación perretista. En segundo lugar, que la voluntad de diferenciación respecto de ambas figuras estuvo sensiblemente asentada en la dimensión de la moral.

–Antes de la cárcel, ¿cómo te imaginabas que era ese enemigo?

–Yo me imaginaba nomás que me podían matar. No me imaginaba que me podían torturar, no me imaginaba el retorcimiento, no me imaginaba los desaparecidos, sabía que torturaban pero... [...] Yo pensaba que era un ejército de línea, con una ideología... O sea, me lo imaginaba a imagen y semejanza nuestra, pero al revés.¹⁹⁹

LAS EJECUCIONES PERRETISTAS

¡Ninguna tregua a las empresas explotadoras!
¡Ninguna tregua al ejército opresor!
¡A vencer o morir por la Argentina!
Consignas con las que el PRT-ERP finalizaba las declaraciones que anunciaban las ejecuciones realizadas

Las ejecuciones llevadas adelante por el PRT-ERP constituyen un espacio privilegiado de análisis ya que formaron parte del proceso de construcción identitaria de la organización: no sólo dan cuenta de una determinada práctica frente al enemigo, sino que, además, ofrecen la oportunidad de reconocer el afianzamiento de un “nosotros” a partir de un movimiento de diferenciación.

Entre 1972 y 1977, el PRT-ERP realizó sesenta y dos ejecuciones. Treinta y seis de ellas corresponden a integrantes de las fuerzas represivas legales o ilegales (incluidos infiltrados); diecisiete, a empresarios y personal jerárquico de diversas empresas, tanto de origen nacional como extranjero; cuatro, a un conjunto heterogéneo de traidores, delatores y/o colaboradores; tres, a sindicalistas, y dos, a personas no identificadas con ninguna de las categorías señaladas. Si se agrupan estos datos según el grado de selectividad y certeza de cada ejecución, tenemos tres categorías:

- Caso A: alto grado de selectividad y reconocimiento explícito de su autoría por parte del PRT;

to de los cuerpos y las psiquis, lo que desvaneció descarnadamente la ilusión de especularidad. Allí, el enemigo se revelaría como una otredad absoluta:

Lo que nunca me llegué a dar cuenta hasta que caí era lo que era el torturador realmente; el nivel de degradación humana a que puede llegar un torturador. [...] Ahí me encuentro, cuando caigo preso, con que el torturador es un policía, asalariado, especializado en castigar, en pegar y en torturar, en hacer daño físico. Y yo me preguntaba: ¿cómo puede ser que un tipo tenga como trabajo matar, violar a mujeres, torturar a mujeres embarazadas, meterte la picana, hacerte el submarino... cómo puede ser que un tipo vaya a su casa, después, se siente en la mesa con su familia, coma, se acueste a dormir la siesta o duerma con su mujer, le dé un beso a su hijo? No entiendo, no entiendo cómo puede ser que siga siendo ser humano una persona después de hacer todo eso. Entonces ahí me encontré con la nueva figura del enemigo que era el torturador.²⁷³

Allí también, la lucha por la revolución revelaría su gravedad, sus costos, su radicalidad, y las representaciones imaginarias se verían severamente conmovidas por la irrupción de lo real:

-Y ahí tomé conciencia exacta [...] de dónde estaba parado.

-¿Y qué cosas cambiaron al tomar conciencia exacta?

-Evidentemente, lo primero es "esto va en serio", eso fue lo primero que sentí. Porque yo era un enemigo total para esta gente que me había atrapado. Entonces, obviamente, esto va en serio. [...] Ahí sentís eso, lo sentís, sobre todo cuando estás en una parrilla y te están dando y vos... "¿Pero qué hice yo hasta ahora para que esté acá?" ...²⁷⁴

Sólo entonces, por fuera de los reglamentos convencionales del combate y de los duelos caballerescos, surgiría la fuerza visceral

de ese odio intransigente al enemigo que reclamaba el Che Guevara y que "impulsa al hombre más allá de las limitaciones naturales del ser humano":

En los ocho años que estuve preso adquirí algo que antes no tenía: que era el odio, el odio a los represores [...], el odio al enemigo, a los militares, a todo lo que viste uniforme. Ese odio lo adquirí en la cárcel. [...] Cuando salí de la cárcel los quería matar a todos, les tenía un odio terrible [...], ya no porque se explota a la clase obrera, no, no, odio contra este hijo de puta que me torturaba, que me humillaba.²⁷⁵

Hasta aquí, la figura del enemigo como otro referente en la construcción identitaria de la organización, otro negativo que permitía la afirmación de un nosotros de signo inverso. Ese movimiento de inversión se sustentaba en la dimensión de la moral y tenía como modelo ideal de referencia al hombre nuevo, objeto de las páginas que siguen.

mi papá... los golpes de estado... qué sé yo [...]. Siempre en contra de los militares, siempre escuché hablar mal de los militares, *estos militares, estos militares...*¹⁷⁴

Por vaga o enfática que resultara esta connotación negativa, se vería reforzada o confirmada a partir de las primeras aproximaciones de estos jóvenes al mundo de la participación política, las cuales, en el contexto de la dictadura instaurada en 1966, asumían la forma de un enfrentamiento violento y terminal, cuya resolución sólo podía consistir en la destrucción física de uno u otro. Tanto Carlos como Miguel, por ejemplo, antes de ingresar al ERP, participaron como estudiantes de la ola de movilización político-social de fines de la década de los sesenta. Sus recuerdos dejan traslucir las implicancias políticas y subjetivas que esta experiencia tendrá para sus vidas.

Cuando ibas a una movilización, como estudiante, te encontrabas con los otros, los de a caballo, a sablazo limpio [...]. Te empiezan a manifestar que no ibas a vivir seguro, no vivías en democracia, bueno, tampoco vivías seguro.¹⁷⁵

-Y bueno, el enemigo, los malos, eran la policía y la represión, viste, y empezar a constatar que era así, que la policía reprimía, que la policía no solamente estaba para poner presos a los ladrones...

-¿Qué efectos políticos tuvo el Rosariazo para vos?

-Yo creo que es la cara de la represión, que es la policía, lo que son los muertos, lo que más me podía convencer, dos años después, por qué la guerrilla... la fuerza bruta, digamos [...], y por el otro lado, la fuerza de la gente [...]. Ahí ya me quedó en claro algo: que entrar a la facultad significaba entrar a luchar en contra de la dictadura.¹⁷⁶

Para gran parte de la militancia perretista, el bautismo de fuego de estas primeras experiencias políticas fue un elemento constitutivo de la construcción identitaria de un "nosotros" y un "ellos",

**EL HOMBRE NUEVO PERRETISTA:
MORAL, HEROICIDAD Y MARTIRIO**

Yo digo: bueno, yo voy a luchar por un mundo mejor y el futuro está en mis hijos. Ahí estoy diciendo de alguna manera que a mí me pueden matar. Es jugarse al todo o nada, al Cristo. Te imaginás que yo vengo ideológicamente con una educación cristiana. ¿Y cuál es la imagen cristiana del combatiente? Cristo, que muere crucificado. Después tengo la otra imagen, la del Che Guevara. Cristo, ojo, Cristo no era a nivel consciente, viste. Hoy yo lo veo que es a nivel inconsciente, cultural [...]. Es una cara que se superpone a la otra, la de Cristo y la del Che Guevara.

MIGUEL, 12 de enero de 2000 (testimonio brindado a la autora)

La rectificación guevarista del pensamiento marxista —en su versión objetivista y evolucionista— confluyó en la matriz de un pensamiento que exaltaba los alcances casi ilimitados de la voluntad revolucionaria. Si de la acción de los hombres dependía el ritmo de la consagración histórica, la tarea primordial de la empresa revolucionaria era dotarlos de los valores, las cualidades y los atributos imprescindibles para llevar adelante la trascendental tarea. Fieles al legado guevariano, los militantes del PRT-ERP realizaron un enorme sacrificio para construir día a día, a partir de su propia praxis, a ese hombre nuevo que, si bien habitaría el futuro, parecía resultar claro para todos que podía identificarse básicamente por sus valores morales.

—Desde la dirección del partido se intentaba formar un militante que tuviera todas las virtudes del hombre nuevo.

—¿Y cuáles eran esas virtudes?

—Primero, que fuera humilde, revolucionario en toda su vida, con una moral y una ética. Fundamentalmente se hacía hincapié en ese tipo de cosas. [...] Intentaba ser un decálogo de lo que tenía que ser la conducta moral y

ética del militante revolucionario [...], luchar contra los vicios pequeño-burgueses sin hacer una lista detallada de los mismos.²⁸⁹

—¿Cuáles eran los atributos del hombre nuevo?

—Y, por ejemplo, ser solidario, ser callado, ser austero, estar siempre dispuesto... preocuparse por el otro, ¿no? Era lo opuesto al pequeño-burgués, digamos, que es charlatán, en el sentido de que habla mucho y hace poco... es pedante, individualista... Eso era muy importante: combatir el individualismo, ¿te das cuenta? Y había mucho de eso también, ojo. Pero lo combatíamos, sí. Porque lo que pasa en realidad es que el hombre nuevo era el del socialismo, el que venía con el socialismo... pero nosotros... íbamos por eso. El socialismo se hace, hay que luchar, no viene solo. El hombre nuevo, también... hay que hacerlo, todos los días, hay que dar el ejemplo.²⁹⁰

—¿Cómo era el hombre nuevo?

—Mirá, yo te voy a decir una cosa: en esa época parecía muy claro; hoy día me parece absolutamente confuso [...] porque eran una serie de valores éticos sumamente difusos.²⁹¹

Al rastrear en los distintos escritos partidarios aquello que el colectivo perretista consideraba "virtudes" y al reunir los diversos testimonios recopilados, se vuelve evidente que existía una serie de características que definían al hombre nuevo y, por tanto, al militante ejemplar: "ser humilde", "ser callado", "ser solidario", "ser disciplinado", "estar siempre dispuesto", "ser sacrificado", "dar la vida" (en las expresiones de los entrevistados); "las verdaderas virtudes proletarias: solidaridad, humildad, sencillez, paciencia, espíritu de sacrificio, amplitud de criterios, decisión, tenacidad, deseos de aprender, generosidad, amor al prójimo", tal como aparecía enunciado en los escritos partidarios.²⁹² Un primer elemento que sobresale de este conjunto de virtudes es la resonancia cristiana de gran parte de ellas. Pablo Pozzi ha llamado la atención

cosa muy asumida, completamente asumida [...]. En algunos momentos por ahí te asustabas más que en otros, pero eran circunstanciales. Y la preocupación, sobre todo después del golpe, la preocupación más grande no era que te mataran. [...] La preocupación era que si te agarraban vivo, te torturaran una semana, dos semanas, un mes, dos meses... si ibas a poder ser... cumplir con el silencio... como correspondía a un militante revolucionario. Era mucho más tremendo para nuestra conciencia ser un... cantor, ni siquiera traidor, un cantor, a que te mataran.³⁵⁴

Con la sangre en el combate o el silencio en la tortura, el cuerpo del militante fue, en definitiva, un cuerpo destinado a la revolución. Un cuerpo cuya unidad ontológica ya no era el propio sujeto sino la Historia. Un cuerpo desubjetivado, y los propios militantes se entrenaron, de alguna manera, en esa desubjetivación.

Es separar tu cuerpo de lo que es el dolor [...]. En Sierra Chica [...] entran a darnos como en bolsa [...]. Cuando te entran a golpear ya directamente decidís no contestar, ya directamente decidís cerrar y que no pase nada. Entonces comenzás a tomar distancia... tu mente respecto de tu cuerpo. [...] Eso lo aprendí en la militancia [...]. Es el día de hoy que uno tiene esa enfermedad: la dicotomía.³⁵⁵

Por su parte, relatando la situación de tortura que sufrió, Miguel recuerda:

En determinado momento yo... se ve que me agarré de ahí: el cuerpo no es el mío, el cuerpo no es el mío... Traté de agarrarme de esa idea a ver si podía lograrlo, viste. El cuerpo no es el mío [...], me parece que digo, me voy diciendo.³⁵⁶

Como se ha indicado, a pesar de los esfuerzos partidarios, la ética del sacrificio tenía sus fisuras. La heroicidad propuesta impo-

nía un modelo "imposible de alcanzar",³⁵⁷ y las conflictividades y disidencias, dudas y temores avanzaban en las subjetividades militantes a la par de la confrontación entre imperativos partidarios y experiencia individual. Sin embargo, no había negociación posible, y el héroe tenía su opuesto indispensable: el traidor, el quebrado. Desde las tramas discursivas partidarias, y desde las prácticas que estas imponían –y en las que otras nociones ligadas a la jerarquía y la disciplina jugaron un rol determinante– sólo había espacio para la oposición héroe-traidor/héroe-cobarde/héroe-quebrado.

–Refiriéndote al primer interrogatorio, vos decías que de la literatura partidaria sólo podías reconocer las figuras del héroe y la del quebrado. Entre el héroe y el quebrado, ¿qué había?

–Sanciones.³⁵⁸

–En tu entrevista pasada oponías el héroe al cobarde. Entre uno y otro, ¿qué hay?

–No, no había espacio. Había que ser el militante. Había que ser el revolucionario, el que da todo. [...] Al que había que imitar era al Che Guevara.³⁵⁹

Ante la constatación de estas tensiones y conflictividades, en un contexto de sensible recrudescimiento de la represión, resulta casi imposible no preguntarse por qué persistieron. Sin embargo, dicho interrogante no admite una respuesta única, sino que existe, más bien, un encadenamiento de motivos que deben ser concebidos en estrecha imbricación. Como menciona Ana Longoni, el sentido de la ética propia de este modelo de militancia "no permite regresar tras los propios pasos [...] sin ser considerado un traidor".³⁶⁰ Así, los testimonios verifican que, aun denunciando lo absurdo de la opción binaria planteada, esta no dejaba de calar profundo en los sentimientos que impulsaban la tenaz persistencia del militante. Para Miguel, "irse" podía significar en su feroz íntimo "entrar a un lugar oscuro, desconocido, de la traición. [...] Ser un Judas".³⁶¹ Verónica, por su parte, recuerda que, tras el tiro

—¿Cómo era el militante ideal?

—Y... los compañeros más sacrificados, con un espíritu de participación, de sacrificio. Qué sé yo... compañeros que [...] salían a las 6 de la tarde y seguían volanteando... A las 8 tenían una acción, a las 12 estaban en su casa, a las 4 reunión de célula. O sea... se caracterizaban más así por el espíritu de sacrificio. Te digo que se daban muchos casos así, eh...²⁹³

Se ha mencionado ya que las formas gramaticales en que la discursividad partidaria expresaba las virtudes a emular contribuyeron a la definición de mandatos colectivos. Del conjunto de estos mandatos, interesa destacar aquí, en tanto resultado último del "espíritu de sacrificio", el de "dar la vida", puesto que, pudiendo ser un mandato relativamente polisémico ("dedicar la vida a...", "ocupar la vida en..."), resultaba ser, por las implicancias subjetivas que disparaba, definitivamente unívoco: morir.²⁹⁴ Ana Longoni ha analizado este modelo de militancia, sustentado sobre una ética del sacrificio, que "extendió como un mandato moral incuestionable el renunciamiento a la vida privada [...] y terminó convirtiéndose, al entrar en una cruenta lógica bélica, en una renuncia a la vida misma".²⁹⁵

"Dar la vida" significaba ofrendarla. La muerte se convertía en fuente de legitimación; como había sentenciado el Che Guevara en su carta de despedida a Fidel Castro (y que la memoria militante no cesaba de evocar): "En toda revolución se triunfa o se muere cuando es verdadera". Así, la muerte venía a otorgar el sentido de verdad a una revolución en marcha que, para triunfar, exige el sacrificio de sus "mejores hijos". Como esa muerte legítimamente abonaba necesariamente el camino hacia una revolución que inauguraría una nueva era ("Jorge Raúl Montouto ha muerto luchando por la vida, sabiendo que en cada acción podía caer, pero sabiendo también que con cada acción se hacía más cercano el día de la victoria"),²⁹⁶ fue, a su vez, una muerte redentora, cuya apelación se reiteraba en la prensa partidaria:

192 LOS COMBATIENTES

**EL HOMBRE NUEVO FERRETISTA:
MORAL, HEROICIDAD Y MARTIRIO**

Yo digo: bueno, yo voy a luchar por un mundo mejor y el futuro está en mis hijos. Ahí estoy diciendo de alguna manera que a mí me pueden matar. Es jugarse al todo o nada, al Cristo. Te imaginás que yo vengo ideológicamente con una educación cristiana. ¿Y cuál es la imagen cristiana del combatiente? Cristo, que muere crucificado. Después tengo la otra imagen, la del Che Guevara. Cristo, ojo, Cristo no era a nivel consciente, viste. Hoy yo lo veo que es a nivel inconsciente, cultural [...]. Es una cara que se superpone a la otra, la de Cristo y la del Che Guevara.

MIGUEL, 12 de enero de 2000 (testimonio brindado a la autora)

MANDATOS PARTIDARIOS: ALCANCES Y LÍMITES

Si te digo que era inconsciente no estoy seguro [...] pero no tenía miedo, por ejemplo, miedo, no. No tenía miedo.

CARLOS, 7 de febrero de 2000 (testimonio brindado a la autora)

Mucho temor. Yo cada vez que iba a una acción armada, sentía el temor. Y lo veía en los compañeros también eso, eh, ojo [...]. Temor de... de perder la vida.

MIGUEL, 20 de enero de 2000 (íd.)

El proletariado rural

Frente Revolucionario Indoamericanista Popular (FRIP). Según el *Boletín* de la nueva organización "el grupo de gente que ahora –por medio del FRIP– se ha lanzado decididamente a la acción política por la desaparición de las injusticias, por el desarrollo integral de la provincia, tuvo su origen en una inquietud, en una preocupación por conocer las raíces de los males que nos aquejan. Así se comenzó en 1957 con reuniones, conversaciones

"[...] Poco a poco, al ampliarse el conocimiento de la realidad santiagueña, va naciendo en el grupo un ansia de acción, un ideal, que determina una voluntad: la de participar, a la par del pueblo trabajador, en la hermosa lucha por la felicidad de nuestros hermanos, por un Santiago, una Argentina, una América Latina en que reine la hermandad y el desinterés, en donde desaparezcan los explotadores, donde el norteamericano o el europeo que recibamos no sea el representante de ningún monopolio."⁶

El nuevo grupo distaba mucho de manifestarse "de izquierda" o marxista, o anticapitalista. Antes bien, se definía como nacional y antiimperialista, entendiendo al imperialismo como un "factor externo" de dominación y no como una "fase" del desarrollo capitalista. De hecho, entre sus principios curiosamente figuraba la defensa de la Revolución Cubana "desvirtuando la acusación de comunista que le atribuye el imperialismo".⁷ Como han citado otros autores, las fuentes ideológicas y políticas en las que abrevaba el FRIP eran los revisionistas argentinos, principalmente Juan José Hernández Arregui y Arturo Jauretche, más el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre. La visión de la Revolución Cubana les llegaba de la mano de John William Cooke.⁸ Según un testimonio:

"En aquel momento, digamos la posición política, ideológica del FRIP era muy sencillita, si vos me dijeras hoy 'haceme una radiografía de qué es lo que quería el FRIP, ¿qué es lo que pensaba?' Nosotros pensábamos que el país que teníamos era un país que no merecía vi-

6 "Algo sobre el FRIP", en *FRIP. Boletín Mensual del Frente Revolucionario Indoamericanista Popular*, n° 1, octubre 1961.

7 *Idem*.

8 Si bien algunos autores han planteado que los hermanos Santucho habían leído a José Carlos Mariátegui no existe ningún rastro del pensamiento matriaguista en el *Boletín* del FRIP. En cambio si se pueden encontrar referencias a nacionalistas y revisionistas como Manuel Gálvez y Raúl Scalabrín Ortiz. Asimismo, según el testimonio familiar la evolución del pensamiento de Francisco René y de Oscar Asdrúbal fue desde un virulento anticomunismo hasta un nacionalismo antiimperialista que tenía fuertes puntos de contacto con el cookismo.

22 of 211

Pablo Pozzi

virse, que era un país de injusticia, de despojo, de desigualdades, donde el hombre que trabajaba realmente y entregaba su sangre, como era la experiencia de muchos de los compañeros santiagueños, que era experiencia vivida en los obrajes, que era gente que se moría en los obrajes de hambre, atacados por la sarna, por la sarna que da el quebracho, la lepra más que sarna que hay allá en el norte. Habíamos picoteado de muchas cosas. Habíamos picoteado de Haya de la Torre, habíamos picoteado lo que había sido la experiencia de Tupac Amaru en su lucha libertaria contra el imperio, habíamos leído algo de Hernández Arregui. Incluso el FRIP había traído en una serie de conferencias que se dieron en Ciencias Económicas, donde en el ciclo de conferencias ese estuvo Hernández Arregui, Bernardo Canals Feijó, don Silvio Frondizi y... Abelardo Ramos, que incluso después el colorado Ramos salió en una época reivindicando que el MUECE estaba con ellos; mentira, un invento. Entonces habíamos picoteado muchas cosas, estábamos seducidos por la Revolución cubana, eso es evidente, a la que veíamos que no tenía nada que ver con el stalinismo soviético –no sé si víctimas nosotros del macartismo que en esa época se vivía en el mundo–, digamos no éramos antisoviéticos pero veíamos que era una cosa nueva, que nacía de aquí, de las entrañas de América Latina. Para nosotros la Revolución cubana era como si fuera una flor pura digamos, una cosa de aquí, nuestra, muy cercana, muy querida.”

Lejos de representar militantes de varias provincias del norte argentino, como pretendían y como bien refleja la cita anterior, la realidad era que nucleaba casi exclusivamente a santiagueños y que sus horizontes estaban principalmente en el ámbito provincial. Los primeros números del *Boletín del FRIP* evidencian una orientación localista y campesinista. Las referencias a la clase obrera son escasas y en general están vinculadas a los haceros y a los jornaleros rurales. Manifestando que “la elección no cambiará nada [...] porque es una trampa para darle derecho a las minorías privilegiadas para que sigan explotando y oprimiendo al trabajador”, sus propuestas se centraban en el cooperativismo, en la recuperación de los sindicatos de las manos de “los dirigentes traidores” y en la organización del pueblo trabajador para “defenderse del poder y de la explotación”.⁹ Asimismo, hay pocas alusiones a luchas o trabajos militantes, aunque se estableció una “Oficina de consultas para obreros” en forma gratuita. Además, el FRIP siguió con atención el desarrollo de la huelga ferroviaria de 1961 contra el gobierno de Arturo Frondizi que le sirvió para desarrollar un pequeño trabajo entre los ferroviarios de la provincia a partir de 1962.

⁹ “El FRIP ante el momento actual”, en *FRIP. Boletín Mensual del Frente Revolucionario Indoamericanista Popular*, n° 3, diciembre de 1961.

El proletariado rural

A principios de 1962 se nota que el FRIP ha adquirido contactos y, quizás, activistas en zonas como Quimilí y Suncho Corral.¹⁰ Esto es el resultado de que tanto Francisco René como Oscar Asdrúbal Santucho recorrían los pueblos de las provincias de Santiago del Estero, Tucumán y Salta, el primero vendiendo libros y el segundo sellos. Así se estableció toda una red de contactos a través de las tres provincias. Un ejemplo de esto es el siguiente testimonio de un obrero de Santiago del Estero:

“[...] Resulta que mi familia, por esas cosas de la vida, conoció a los Santucho, cuando los Santucho andaban recorriendo caminos. Uno de los hermanos Santucho, me acuerdo que vendía sellos, era vendedor de sellos –si tenías un negocio, y querías hacer un sello, tu nombre por ejemplo, él te hacía el sello, te lo vendía– y así recaudaba plata y hacía relaciones. Y él, por ejemplo, ahí en el obraje, una de las casas que llegaba era la casa de mi viejo. ¿Por qué se hizo amigo de mi viejo? Porque ellos en realidad buscaban contacto con alguien del sindicato, y el hombre que tenía relaciones con el sindicato de la FOSTF, que era el sindicato de los trabajadores forestales, era un amigo de mi papá, Gabino Pinto; pero a su vez don Gabino Pinto cuando veía que era un tema más complicado, o más de política, lo derivaba a mi papá. Así es como este hombre se ve que lo derivó a Asdrúbal Santucho, que lo fuera a visitar a Rolando: ‘que Don Rolando es un buen tipo, los va a recibir, incluso se pueden quedar a pasar la noche’. Y así es como llegaron los Santucho ahí a mi casa. Y se hicieron amigos con mi viejo, charlaban. En mi casa la política siempre interesó mucho, siempre se discutió de política [...] nosotros sabíamos que él era peronista, yo creo acordarme vagamente de haber ido con él en algún camión con la gente a votar, y creo haberlo visto a él repartiendo volantes o boletas de a quién tenían que votar. O sea, a mi papá siempre lo buscaron ahí [...], y bueno así llegó este hombre ahí a mi casa, [...] El asunto que empezaron a hacer relaciones con mi viejo, y se empezaron a hacer amigos, porque aparte, llegar ahí en medio de esos montes, por ahí muertos de sed o sucios, qué se yo mi viejo por ahí lo invitaba a bañarse, a tomar algo, incluso a quedarse a dormir, a pasar la noche, para viajar de día –andaba en una camionetita, me acuerdo.”

El testimonio da cuenta de una buena capacidad para llegar y contactar gente. Sin embargo, esto no significaba que hubiera organización. Su *Boletín* contiene varios llamados a organizarse e, inclusive, solicita ayuda económica y recuerda la importancia de pagar la prensa de

¹⁰ Además, a partir del n° 4, enero de 1962, aparece Oscar Asdrúbal Santucho como el responsable al que hay que dirigirle los cheques o giros de colaboración con el FRIP.

Pablo Pozzi

la organización para que siga saliendo. De hecho, el FRIP era una mezcla de organización política y de grupo de amigos, y en ese sentido distaba mucho de las tradiciones de la izquierda argentina. Sin embargo, logró desarrollar un trabajo político que se puede caracterizar como de coordinación y solidaridad sobre la base de principios nacionalistas y federalistas muy genéricos, que lentamente fueron evolucionando hacia posiciones más de izquierda. En esto último Mario Roberto Santucho jugó un papel fundamental que le generó algunos conflictos con sus hermanos. Sin embargo, tanto la evolución de la Revolución Cubana hacia el socialismo, como el desarrollo de las luchas sociales en los lugares donde el FRIP centraba su trabajo político y el contacto con el trotskismo fueron forzando definiciones. Años más tarde, el PRT *El Combatiente* caracterizó al FRIP como

"un pequeño grupo pequeñoburgués nacido en 1961 con una concepción populista y que, merced al trabajo de masas que había encarado en Santiago y Tucumán [...] había ido adoptando progresivamente el método y las concepciones marxistas".¹¹

Hacia mediados de 1963 la organización contaba con adherentes entre los docentes y estudiantes secundarios de Metán, entre los hacheros y peones de Monte Quemado, Titina, Quimilí, Bandera Bajada, Suncho Corral, Bañado de Figueroa y otros pueblos del interior de Santiago del Estero, y entre los ferroviarios de La Banda y de Clodomira, los textiles de la ciudad de Santiago, y en la dirección de la Federación Obrera Santiagueña de la Industria Forestal (FOISIF). En el caso de Tucumán, si bien Mario Roberto Santucho ya se estaba desempeñando como contador de la FOTIA, casi todos los adherentes del FRIP pertenecían al sector estudiantil universitario, con algunos escasos contactos entre los azucareros y, quizás, algún militante. Para esa época el FRIP debía contar con entre 50 y 75 adherentes en las tres provincias.¹² Sin embargo, ya se estaba volcando hacia el trabajo entre la clase obrera. Un ejemplo del trabajo del FRIP en ese tiempo, lo dio Manuel Castro dirigente ferroviario de Clodomira y miembro de la Resistencia Peronista:

11 Partido Revolucionario de los Trabajadores. *Resoluciones del V Congreso y de los Comité Central y Comité Ejecutivo Posteriores*. Buenos Aires, Ediciones El Combatiente, 1973, p. 25.

12 Preferimos el término "adherente" a militante porque la afiliación al FRIP parece haber sido relativamente laxa. En este sentido, y según distintos testimonios, la cantidad de miembros del FRIP en Salta no deben haber pasado de diez, mientras que en Tucumán deben haber sido unos 25, con otro tanto en la ciudad de Santiago del Estero y 25 más repartidos a través de la provincia. Los datos provienen de distintos testimonios.

El proletariado rural

"Y en esa época cuando hacen contacto conmigo [...], que era un movimiento medio local, ¿no?, del norte. [...] Entonces, una vez me acuerdo [risas] yo todavía no la tenía muy clara, ¿no?, digamos en lo que hace a lucha política, eh...hacen contacto conmigo, hace contacto uno de los hermanos Santucho, que después lo mataron, Asdrúbal, no, no Asdrúbal no, el hermano era el Negro, ¿cómo se llamaba?"

Pregunta: Francisco René.

Respuesta: Francisco exactamente, ¡hasta los nombres me olvidé! [risas]. Ahí nos... me conectan, ¡bah!...el minuto de él era que llegaba como vendedor de libros, tenía una librería.

P: ¿Esto en el año 63?

R: Sí, sí, ya más o menos es después de... pasó todo el movimiento [la huelga ferroviaria contra Frondizi]. Primero hace una cita, bah, yo tenía un muchacho que hacía como secretario pero él no era ferroviario, sino que se dedicaba a la limpieza, también entusiasta con todo el movimiento.

P: ¿Usted estaba en la conducción de la seccional?

R: Sí, ya estaba como presidente [sic] de...

P: ¡Ah! ¿Usted era presidente de la seccional? La de Clodomira.

R: La de Clodomira, sí. Y este muchacho me cae un día y me dice, Falcón –que después muere aquí en Catamarca–. Me dice: 'Che, ahí te busca un muchacho', dice. '¿Quién es?' le digo. 'No sé –dice– quiere hablar con vos'. Y le digo: 'Déjate de hinchar, capaz que sea uno de esos comunistas que no los puedo ni ver!' [risas] 'No sé, no sé –dice– vos hablé con ellos'. 'No, no, decí que no, no quiero ver a nadie'. Entonces pasó, pasó eso y no lo ví ese día, al otro día o a los dos ó tres días cae a casa, y como quien haciéndose el distraído dice: 'Usted sabe que ando vendiendo estos libros, me traen estos libros sobre el movimiento... luchas sindicales, le dejo esto para que lo lea.' Lo agarro, lo empiezo a leer, recién me empiezo a meter en la teoría digamos del movimiento... de la historia mejor dicho del movimiento sindical. Entonces me interesó, me interesó. Después como a la semana viene Francisco otra vez y me dice: '¿Qué, qué le pareció?' Digo: 'Muy interesante, me gustó'. Entonces me deja otros libros más, y empecé a leer, a leer, a meterme más [risas] y un día me cae con un documento

[...]. Y ahí me empieza a meter más, por supuesto mi familia no sabía nada de esto. Me empezó a agarrar, a agarrar de tal forma que... quería leer más, entonces dice: 'Por qué no hacemos una cosa, nos organizamos entre los muchachos que les interese esto –dice– nos organizamos para hacer una especie de curso, para empezar a hablar sobre las luchas obreras en la Argentina'. Bueno ahí éramos tres, cuatro compañeros que... estaba un tal Vara, estaba este muchacho Falcón, estaba el hermano...

P: ¿Eran todos ferroviarios?

R: Todos ferroviarios. Eh...y ahí empezamos a hacer las primeras charlas sobre el movimiento obrero. Y bueno así pasó, y pasó, me

Pablo Pozzi

El proletariado rural

empezaron a interiorizarme de la historia de todo este movimiento que se que es la unión de... la fusión digamos entre *Palabra Obrera* y el FRIP y... todos los antecedentes, ¿no?, cómo se gestó el movimiento del FRIP, todo el movimiento regional. Poco a poco me empiezo a meter más adentro, hasta que me plantean ingresar.

P: ¿Quién le enseñaba, Francisco daba el curso o trajo otra persona?

R: Sí, no, después junto con Francisco vino Asdrúbal, ahí entra Asdrúbal, ahí lo conozco a Asdrúbal. Y ahí hicimos una especie de célula bah, pero no se hablaba digamos de la lucha armada todavía, había más o menos atisbos de la discusión sobre el problema de la lucha armada, por lo menos a mí no me planteaban directamente esa cuestión. El hecho es que poco a poco comienzo a conocer más en profundidad, ya empiezan a salir los documentos de la... sobre la lucha armada. Yo no, no la entendía bien, digamos no estaba convencido, pero me...

P: ¿Ya era el PRT o todavía no?

R: No, no, no, todavía no.

P: Dígame una cosita además, por curiosidad, ¿cómo eran Francisco y Asdrúbal?

R: Francisco era un muchacho así de clase media, ¿no?, eh... era un tipo muy... cómo le puedo decir, un tipo muy amable, así, no era un tipo de discutir, si discutía que no estaba de acuerdo con la posición de él, retrocedía, tenía paciencia [risas], y poco a poco me fue haciendo entender más o menos de qué era lo que se trataba.

P: ¿Usted se llevaba bien con él?

R: Sí, sí, sí, él era...

P: ¿Y Asdrúbal?

R: Y Asdrúbal estaba en Santiago, él estaba en la ciudad.

P: ¿Pero después cuando viene Asdrúbal, también era tranquilo?

R: Sí, era un maestro. Asdrúbal era un tipo que tenía una paciencia para explicarnos las cosas, trataba de ser lo más claro posible.

P: ¿Lo escuchaban?

R: Sí, sí, lo escuchábamos todos.

P: ¿Seguro?

R: Sí, sí, y... bueno...

P: Entonces empiezan a llegar los primeros documentos dice usted.

R: Empiezan a llegar los primeros documentos.

P: ¿Y?

R: Y con este Falcón, que fue, que fue la... el contacto más, más sólido que tenía digamos dentro de... de la célula... que estaba en Clodomira, eh... empezamos a meternos más, a discutir ya, me acuerdo salíamos a como quien... bah, decíamos que íbamos a cazar, nos metíamos en el monte y llevábamos toda la documentación, todo lo que teníamos a mano, los libros, ahí estudiábamos, nos dimos planes de estudio todo eso... y poco a poco empezamos a comprender el problema de la lucha armada, que en ese tiempo, con la situación que se veía, pensaba que era la única salida, ahora, ¿cómo era eso? todavía

no lo tenía bien en claro. Y... hasta que eh... me lo presentan a Robi. Robi estaba en Tucumán en ese tiempo, venía a Santiago pero esporádicamente, y después cuando ya empezamos a organizarnos en Santiago, ya venía más seguido, primero iba a casa, hacíamos reuniones en casa, y después yo iba directamente allá a Santiago.

P: ¿Esto es antes del golpe de Onganía? ¿O después?

R: Sí, sí, antes, antes del golpe de Onganía. Y después viene la lucha con el... la lucha ideológica mejor dicho, con el sector del morenismo, estaba dirigiendo *Palabra Obrera*, porque el problema crucial era la lucha armada, que Moreno decía que estaba de acuerdo con la lucha armada, pero en los hechos no, no la quería impulsar, él nunca decía que estaba en contra, pero tampoco se lo veía digamos como... interesado.

P: ¿Ahora dígame una cosita, y usted cuándo entra al PRT? ¿O cómo entra? ¿Un día vienen le dicen 'bueno, metete al partido', o nada más ocurrió y ya está?

R: No, no, no, cuando me conectan a mí, empezamos a estudiar todo eso, y yo no tenía ni idea de lo que estaba sucediendo, yo estudiaba, me interesaba todo lo que... la primera vez que empiezo a ver toda la... la historia de la lucha. Cuando yo empiezo a meterme más, le pedía más material. Hasta que un día viene eh... Francisco y me plantea integrarme a la célula, ya se hablaba de célula

[...]

P: ¿Y cuánta gente más habrá tenido el FRIP en Santiago en esa época?

R: En Santiago en esa época más o menos, ya éramos como... quince a veinte.

P: Quince a veinte personas. ¿En la ciudad de Santiago, o entre Santiago y Clodomira?

R: Entre Santiago y Clodomira. Teníamos un contacto por ejemplo en... en... que todavía era un simpatizante, ¿no?, aquí en Añatuya. Teníamos en La Banda, teníamos... que ese era obrero también, que no me recuerdo los nombres, eh... que trabajaba en el ferrocarril también, este... tenía un contacto aquí en el norte de Santiago, cerca de Frías, esa parte, que era un peón rural, en general, digamos, los no obreros eran la familia Santucho, este muchacho Giunta, y eso era todo, todos lo demás éramos obreros. Y así nos empezamos a organizar en Santiago.*

La organización creció lentamente nucleando activistas en las tres provincias norteñas. Esta evolución se reflejó en la transformación del *Boletín* en un periódico mensual: *Norte Revolucionario*. El nuevo periódico acusaba las necesidades de la organización publicando noticias de las distintas luchas provinciales, además de análisis políticos y planes organizativos. Así el FRIP se organizó en "comandos" y "unidades". Los comandos "son los que cuentan con un número suficiente de activistas, que se encargan de la totalidad de las tareas (prensa, propagan-

La cultura partidaria

del campo, cuya visión del mundo era una síntesis de la Córdoba industrial y del Norte campesino. En ese sentido, eran una bisagra entre la cultura norteña del PRT-ERP y los contingentes de nuevos compañeros captados en Buenos Aires.

En el caso de Buenos Aires, aun habiendo desarrollado un trabajo anterior, fue sólo después de 1973 que el PRT-ERP consiguió organizar gente en la zona en una forma estable.¹⁴ El PRT-ERP en Buenos Aires tuvo un flujo importante de estudiantes universitarios pertenecientes a los sectores medios pero también ingresaron numerosos trabajadores.¹⁵ Un mayor porcentaje de estos nuevos activistas no provenían de familias peronistas o católicas, habían tenido contacto previo con el marxismo y la izquierda, y eran más extrovertidos y viajados que sus compañeros del noroeste. Aunque muchos adoptaron el *estilo* del PRT-ERP, esto representaba más una imposición externa que parte de su cultura o experiencia.

En este sentido, hubo varios PRT-ERP unificados por esta cultura que era más natural en los militantes procedentes del noroeste argentino que en los de Buenos Aires y Rosario, mientras que los cordobeses funcionaron como una bisagra entre ambas tradiciones culturales. Esto se hace evidente en el siguiente testimonio de un militante estudiantil de La Plata donde relata cómo primero tomó contacto con la organización y lo que entiende como un comportamiento "forzado" y no "natural":

Pregunta: ¿Y cómo hacés para entrar directamente [al PRT]?

Respuesta: ¿Porqué tenía interés en el Partido? Me llamaban poderosamente las acciones militares que realizaba el ERP. Me impactaba la lucha armada, todavía dentro de esto, como una forma de hacer justicia. Una forma rápida y directa de hacer justicia, ¿no? Entonces yo busco los contactos, y los busco no en La Plata sino en Buenos Aires a través de alguna gente que conocía. Había visto con ellos, en una ocasión, *El Combatiente*. Por primera vez. No sabía qué era *El Combatiente*. Me empiezo a enterar de un partido que dirigía el ERP y solicito contacto a través de amigos.

14 Si bien existe organización en la zona desde mediados de la década de 1960, la militancia del PRT en Buenos Aires y La Plata adhirió más a las tendencias de Nahuel Moreno (1968), Centrismo (1970), y Fracción Roja (1973). De manera que la regional se vio afectada numerosas veces por éxodos de militantes y simpatizantes, y por supuesto de la confusión entre la periferia. Recién a partir de 1973 el PRT-ERP puso énfasis en la zona, logrando un desarrollo bastante sólido a principios de 1974.

15 En Córdoba el PRT-ERP había tenido bastante éxito en organizar entre el estudiantado de los sectores medios. Sin embargo, muchos de sus cuadros y militantes parecen haber provenido de sectores obreros y de los migrantes recientes de las ciudades del campo cordobés y del noroeste argentino.

Pablo Pozzi

P: ¿En qué año es esto?

R: En el 73.

P: ¿Antes o después de Cámpora?

R: Antes.

P: O sea, antes de las elecciones. ¿Y el contacto qué hace? ¿Viene, se sienta y habla con vos?

R: Sí, me acuerdo que me mandan una cita en el *hall* de entrada de la Facultad de Medicina de La Plata con un libro rojo. Entonces era tanto mi interés que me acuerdo que agarré el libro más grande que tenía, de cincuenta centímetros, el libro de farmacología, lo forré de rojo. Fue la burla del compañero este por meses. Dice 'tenías miedo que no te encontrara, ¿no?' Se hizo el contacto el primer día.

P: O sea, te encontraron y te llevaron a un café a charlar.

R: Ahí mismo estuvimos hablando.

P: ¿Y de qué hablaron?

R: No recuerdo bien, pero posiblemente sea algo similar a lo que me estás preguntando, qué antecedentes tienes, qué has hecho, por qué tienes interés. Posiblemente algo así, no recuerdo exactamente. Pero me llamó la atención una de las cosas: si era cristiano. Además yo andaba con una cruz que me había regalado mi abuela. Por cierto me la robaron en una de las caídas. Pero sí, más o menos en estos términos era.

P: ¿Y el compañero cómo era? ¿Buena gente? ¿Más o menos?

R: No, buena gente. Analizándolo ahora con más experiencia, por llamarlo así, era un tipo muy amable, muy buena gente pero forzado, un poco parte de lo que la militancia exigía a sus miembros, ¿no? El esforzarse por ser bueno. O sea, no era tan natural. Pienso que todos caíamos en esto.

P: ¿También estudiante?

R: También estudiante. Ya después me enteré, crónico. O sea, que hacía tiempo que no se paraba por las aulas. Ya estaba como tiempo completo en la militancia.

P: ¿Y estos compañeros cómo eran? Estos compañeros que estaban en tu célula. ¿Todos hombres?

R: Sí, este primer grupo éramos hombres todos.

P: También provincianos.

R: Bueno, había uno de La Plata, con problemas emocionales, ¿no? Le entraba a la marthuana.

P: ¿Y eso le generó problemas en la célula?

R: Sí, además fue muy inestable de por sí su participación. Un par de meses y ya no participó más.

132

La cultura partidaria

IV

Con la apertura electoral de 1973, el PRT-ERP creció enormemente, triplicando su militancia en menos de un año lo que generó problemas en cuanto a la cohesión, a la formación y a la estructura de la organización. El testimonio siguiente señala dichos problemas:

Pregunta: ¿Y el partido cómo lo encontrás [cuando salís de la cárcel el 25 de mayo de 1973]? ¿Es distinto al anterior?

Respuesta: Ya es distinto. Bueno, para mí es muy distinto militar en Buenos Aires que militar en Rosario. Encuentro una organización que no corresponde mucho a la hegemonía, por ejemplo, a la consistencia política, a la correspondencia incluso entre los planteamientos políticos y la práctica, especialmente como militancia de la gente. Yo me acuerdo que –en broma, pero de algún lado salen las bromas– a Buenos Aires la llamábamos Saigón. Efectivamente, en Buenos Aires la composición de la militancia era de otra forma. Yo creo que se era, en general, menos estricto y se habían perdido a lo mejor, o por razones de crecimiento, lo que pasa es que habría que ver por qué. Hubo un período en que el partido y el ejército de la organización habían crecido muchísimo, y tal vez eso fue el problema, que no llegó a ser tan correlativo el crecimiento político, la solidez política de toda esa gente que se incorporaba. Entonces yo creo que, efectivamente, la dirección, –lo que era el partido, ¿no? – la estructura política fundamental empezó a ser un poco diversa en cuanto a composición, formación, experiencia de la gente. Se empezaron a ver ciertos problemas de burocracia. En ese sentido me imagino que los mismos males que ha vivido el socialismo en todos lados: desviaciones de burocracia...

P: ¿Por ejemplo?

R: Por ejemplo, no creo que hayan existido parámetros muy reales ni definitivos para gente que pasó a formar parte de la dirección y tomar decisiones muy importantes, en lugar de otra gente. En ese sentido yo creo que empezó a suceder que se promovía a los escalafones de dirección del partido y del ejército a gente que a lo mejor no tenía la experiencia indicada o no eran los indicados. Lo que pasa es que también era muy difícil. O sea, no era cuestión de hacer concurso ni socializar. Se operaba en condiciones muy difíciles, de reunirse y de todo. A lo mejor, las escuelas de cuadros no funcionaban como tenían que funcionar, no sé. Pero, de pronto, era común ver que había gente de dirección que tú, siendo base con relación a ellos, podías cuestionar muy seriamente desde análisis políticos hasta decisiones. Yo eso en Buenos Aires lo ví con mucha claridad. Llegué a ver gente tomando decisiones políticas y militares que yo decía: bueno, definitivamente tendría que estar... no sé, pero no tomando las decisiones, otra gente lo tendría que hacer.

133

Pablo Pozzi

Sin embargo, el estilo partidario imponía los criterios culturales del PRT-ERP, y esto sirvió para encuadrar y cohesionar esa masa de gente incorporada a partir de marzo de 1973. Esta imposición permitió un rápido crecimiento, en un contexto represivo, casi sin escisiones o infiltraciones. De hecho, estas características culturales forjaron un fuerte vínculo entre los miembros del PRT-ERP, generando lealtades difíciles de quebrar a pesar del carácter brutal de la represión.¹⁶ El ejemplo a continuación revela las tensiones y la solidez de este vínculo ante un caso de infiltración. Aquí, el testimoniante reacciona a un caso de "traición" cerrando filas junto a la organización. Pero los vínculos generados por los lazos culturales aún se pueden vislumbrar en el testimonio. El comentario "un changuito bien humilde" con el que se había "compartido" todo demuestra que el "filtro" estaba dentro de los parámetros culturales partidarios. De ahí que el testimoniante "no podía creer" que fuera un infiltrado. Sin embargo, opta por creerle a la organización y termina reconstruyendo los vínculos cohesionantes planteando "era el único".

Pregunta: ¿Cómo era la actitud de ustedes?

Respuesta: Digamos, había toda una actitud que después nosotros le decimos 'la moralina'. Una actitud, por un lado muy solidaria, y por otro de mucho respeto. Y también, si se quiere, en algunos casos muy formal la relación. Y de mucha honestidad. Es decir, yo me acuerdo que en las reuniones solíamos plantear la crítica y la auto-crítica. Ahí fue donde yo me eduqué en esa concepción, pero bien descarnadamente, sin prejuicios, planteando las cosas. Y discutiendo bien, discutiendo bien. Yo sé que esto no ha sido igual en todos lados, pero en particular he tenido la suerte de estar en distintos ámbitos donde compartí la militancia con compañeros que más o menos teníamos una actitud muy similar. Te puedo contar una anécdota. Bueno, ya estaba en un equipo combatiente y qué se yo, y había un changuito que era de mi edad, un año más grande, que era bien humilde y que yo lo apreciaba mucho. Y resultó ser un filtro. Eso a mí me destrozó por que yo no me lo imaginaba al huaso este, con todo lo que habíamos compartido y todo, que fuera realmente un filtro.

P: ¿Cómo supieron que era un filtro?
R: Mirá, yo no se bien cómo fue. Eso fue tarea del equipo de inteligencia. A mí lo que me llega después es la información de que tal compañero es un filtro. Tuve que levantar carpa de donde estaba y una serie de cosas. Ahora cómo fue que llegaron a descubrirlo no sé, pero estuvieron montándole seguimiento. Creo que a partir de

¹⁶ Esta también parece haber sido la visión de las fuerzas represivas. Según la apreciación subjetiva de algunos represores, de hecho, diferenciaban entre el ERP y las organizaciones peronistas, los primeros eran "guerreros", "más peligrosos" e "irrecuperables".

La cultura partidaria

un dato o de un compañero que entró a dudar, se montaron una serie de cosas y parece que verificaron. Esto trajo problemas por que después se lo ejecutó, salió públicamente. Bueno. Fue justamente ese compañero el que estaba ahí, y a mí me impactó mucho. Por un lado, después al saber que había sido ejecutado me pegó un cimbronazo tremendo. Pero bueno, la relación que teníamos así con los compañeros era muy franca, muy fraternal.

P: El descubrir un filtro ¿te cambió la actitud hacia los compañeros?

R: En general yo siempre fui reservado. Tomaba al pie de la letra las indicaciones que había en la época de cómo moverse en ese terreno. Siempre me manejé con reserva, no hablar por hablar. No estar haciendo comentarios... incluso con mi hermano teníamos ámbitos de militancia completamente distintos y cada vez que nos juntábamos charlábamos del punto de vista político, pero sin abrir otro tipo de información que podría ser perjudicial. En ese sentido, no me cambió la actitud hacia los compañeros. Lo ví como una cosa aislada. Era el único.¹⁷

¹⁷ El PRT-ERP tuvo muy pocos casos conocidos de infiltración. Al que se refiere este testimonio fue tratado en el *Boletín Interno* n° 74, 31 de enero de 1975. El acusado fue ejecutado sin consultar al Buró Político, lo cual generó sanciones y separaciones. Sin embargo, queda claro en la fuente citada que el PRT-ERP consideraba que efectivamente se trataba de un infiltrado. El otro caso conocido fue el del "Oso" Rarier causante directo del desastre de Monte Chingolo. Por otro lado, el PRT-ERP sufrió los casos de dos de sus militantes que, una vez capturados, colaboraron con la represión en Córdoba (Charlie Moore y Kent). Por último, Miguel Angel Pozo fue ejecutado por robar fondos de la organización en Rosario. *Estrella Roja* n° 71, 14 de marzo de 1976. Según una testimoniante del Partido Comunista, Charlie Moore era "un *servis* ya en 1975. Ese tipo me cagó a golpes dentro de la Central de Policía en Córdoba. Al menos para 1976 era *vox populi* su condición de servicio. Fue uno de los que entregó el sindicato de Luz y Fuerza en 1974 luego de llenarlo de armas. En 1974 todavía estaba adentro del ERP. Pero era cana." Otro caso, que no hemos podido constatar fue relatado por un testimoniante: "En los últimos tiempos (creo que ya había caído Santucho) se captura en Buenos Aires a un 'importante' filtro: Laser, él y un hermano se infiltraron en el ERP. Este cayó en el monte (seguramente por error o ignorancia de su condición por el enemigo) y el restante fue capturado en Buenos Aires una noche en un audaz operativo de los compañeros que lo logran no obstante que aquel se movía con apoyo. Juzgado 'contra reloj' durante varias horas se pudo establecer que el mismo tuvo que ver (así lo reconoció en el interrogatorio) en no menos de 300 caídas de compañeros. El interrogatorio digo que fue 'contra reloj' porque debía finalizar antes del amanecer porque podría ocurrir de un momento a otro un ataque del enemigo que estaba sobre la pista. El interrogatorio tenía topes. Laser estudió hasta donde podía. Sin duda, sabía más de lo que confesó. Fue ejecutado al amanecer."

La cultura partidaria

bía que había guerrilleros viviendo en el barrio por la forma en la que hablaban y se vestían, porque los hombres también hacían las compras, y porque sus casas no tenían electrodomésticos o tenían el jardín descuidado. Un ejemplo de esta situación se relata a continuación:

Pregunta: Ahora, volviendo a la casa operativa. En el 74 ustedes arman una casa operativa, ¿cómo era? ¿Cómo era la vida en la casa operativa, los compañeros, la gente?

Respuesta: Los compañeros, había un compañero dentro del grupo de los cuatro –éramos cuatro– que era atípico porque era un tipo muy sociable. [*se ríe*]

P: O sea, te gustaba la gente, se relacionaba bien.

R: Era el que mantenía los contactos en el barrio, la amistad con la gente. Era un compañero atípico, porque los otros tres éramos clásicos militantes del partido. Introversos, huraños.

P: Nunca una fiesta, nada de bailar.

R: Exactamente. Pero este compañero era el que mantenía toda la apariencia bien mantenida porque después pasaron hechos y nunca fue... esta casa nunca cayó.

P: ¿Cuánto tiempo estuvieron ustedes en la casa operativa?

R: Yo estuve hasta el fin de ese año, todo el 74. Ellos se quedaron hasta...

P: O sea, estuvo un tiempo largo esa casa.

R: Sí, incluso ellos se quedaron hasta principios del 75, cuando deciden levantarla por la caída esta de zona sur donde cae el gordo Joe, Néstor, el Gringo, y ahí cae uno de los compañeros de la casa. Y cae junto con él su compañera que visitaba la casa todo el tiempo, la habían visto los vecinos. Y a pesar de todo, hubo posibilidad de levantar la casa ordenadamente.

P: O sea, no sólo no cayó la compañera sino que los vecinos en cierta manera los protegían.

R: No hubo ningún problema.

P: Porque en un barrio argentino, cuatro hombres solos viviendo en una casa, tres un año, son gente rara.

R: Sí, éramos gente rara. [...] La casa era en La Plata, era en la periferia de La Plata. Era mucho movimiento, a pesar de que manteníamos cierta apariencia, sí, éramos raros. Diario había movimientos de entrar y sacar cosas.

P: Gente que iba y venía.

R: Gente que iba y venía poca. Pero sí movimiento de materiales. Entonces no se podía mantener mucho. Recuerdo, por ejemplo, la clásica raqueta de tenis que pesaba toneladas, y las entrábamos a pie todo el tiempo. Nunca usábamos auto porque estábamos lejos. Nunca usábamos auto."

fundamentalmente de la calidad humana y personal del militante. En este sentido, el PRT-ERP tuvo *marxianos* y también *dirigentes de masas*.

La cultura partidaria

ñana".²³ Así la organización recomendaba que las "relaciones entre compañeros sean sobrias y políticas" aunque "no podemos ni debemos convertirnos en fríos monjes laicos [...] pero se debe evitar cuidadosamente que esto [*la camaradería*] se transforme en amiguismo y compinchería, que las relaciones no [*sic*] se basen en otra cosa que no sea la comunidad de objetivos históricos, el interés superior de la revolución".²⁴ El resultado era un comportamiento que lindaba en lo opresivo y que, a veces, tomaba escasamente en cuenta las necesidades afectivas. Los testimonios a continuación revelan múltiples aspectos. Por un lado, la mezcla de opresión-orgullo que se revela en expresiones como "los Monjes Rojos". Y por otro, que esas pautas también podían tener el efecto de corregir déficits y mejorar las pautas de comportamiento en los militantes, tanto en los provenientes de sectores medios como entre los trabajadores.

Testimonio uno

"¿Qué te decía? En el grupo en el que estaba había dos changos que eran pareja, que era la changa esta médica con el chango de extracción obrera, que era el responsable. Y bueno, por ejemplo, viéndolo hoy me parece que en algunas cosas, también, nos bandeamos, pero en ese momento nos parecía lo más natural, lo más sano. Esto era que en la reunión del grupo, del equipo, entrar a debatir los problemas... o sea, ellos planteaban los problemas que tenían, de la pareja, ligados al tema de la militancia, que ahí todo el mundo opinaba, decía... Pero con mucho respeto [*risa*]. Ya era por demás eso, era un exceso. Pero hacía a una concepción de la moral que bajaba de la figura del Negro Santucho para abajo. Más allá de que salía, cada dos por tres, en el Boletín Interno, alguna sanción por moral. En general esa actitud, que incluso después en la cana se refleja con mucha fuerza. Que yo, por ejemplo, acá en la Penitenciaría me acuerdo que en la celda de los Montos vos tenías las paredes tapizadas de fotos de minas en bolas, en bikinis, qué se yo. Y vos entrabas en las celdas del PRT y estaba Ho Chi Minh, Mao [*risas*]. Y los Montos nos decían a nosotros 'los Monjes Rojos'. Claro, ya era un exceso. Pero yo lo rescato a eso, por que la experiencia de la cana me sirvió mucho. Me marcó, más allá que después haya ido clasificándola un poco. Es algo que te marcó para el resto de la vida."

Testimonio dos

"Yo le contaba a ellos que teníamos una cama y eran varones y mujeres, teníamos una moral terrible. Siempre nos quedó eso, la persona que militaba en una casa operativa nunca más se lo torció el... y claro ahí se veía, en la convivencia se veían los defectos. Rápidamente

Pablo Pozzi

rar este lenguaje propio, caracterizándolo como una desviación de camarilla cuyos integrantes "se constituyen en un círculo de iniciados al que no tienen acceso el común de los mortales".²⁸ Sin embargo, nunca tomó medidas concretas para modificarlo. Dos ejemplos de esto se citan a continuación, el primero es de un militante obrero recordando su primera reunión en una célula. El segundo es de un obrero de Capital Federal, simpatizante del PRT-ERP.

Testimonio uno

Pregunta: ¿Qué cosas te llamaron la atención en esa reunión?

Respuesta: Por ejemplo, caracterizaciones de clase que ahora las entiendo. En esa época, las soltaban los compañeros y yo... ni fu ni fa. Yo no leí nunca un libro de marxismo. Hasta ese momento yo no había leído nunca un libro de marxismo. Lo máximo que había leído de revolución había sido lo del Che Guevara, el diario del Che Guevara en Bolivia, algunas cosas de Cuba que había leído de Fidel... Pero no sabía nada de nada. Entonces, había un montón de terminología que se usaba normalmente en el partido que no se entendía. Y eso me molestaba bastante.

Testimonio dos

Yo no entendía nada de nada. Además, de lo que vos decías, ¿no? Hoy, por ejemplo. Ese vocabulario, ese lenguaje de enunciados, que lo entiendo hoy que es de enunciados, en el cual yo me sentía muchas veces fuera de lugar, ¿no? Yo estaba afuera. Ellos hablaban de cosas que yo no entendía. Incluso de cosas... de conocimientos que yo ni sabía ni tampoco me interesaba saber. [...] Entonces, digamos... pero igual... en ningún momento perdí la admiración por ellos, ¿no? Porque yo creo que nadie se juega la vida por nada, ¿no? Y entonces, digamos, ... yo de ahí... yo te digo sinceramente, yo me sentía lo más..., lo más tranquilo y lo más contento, digamos, de lo que estaban haciendo. O sea, era ... yo podía mirarlo al patrón como diciendo: 'No, ahora no. Pero después vamos a ver.' O sea, ya medio como perdona vidas. Medio como el perdona vidas lo miraba al patrón.

Los dos testimonios anteriores revelan la problemática de la cultura partidaria. Por un lado, existía toda una serie de criterios que eran vistos con simpatía y comprendidos por los trabajadores. Por otro, se desarrollaba una moral, un lenguaje que, si bien cohesionaba la organización, también los distanciaba de la población en general. De acuerdo a varios testimoniantes, esto los convertía en *marxianos*.²⁹ La gente sa-

23 Partido Revolucionario de los Trabajadores. *Moral y proletarización*, septiembre de 1974, p. 16.

24 *Ibid.*, p. 25.

28 *Moral y proletarización*, *op. cit.*, p. 24.

29 Otros testimoniantes rechazaron tajantemente esta caracterización. La realidad parece ser que el alejamiento o no, el ser *marxiano* o no, dependía

El guevarismo

disconformidad con la izquierda tradicional, y rechazando alternativas no guevaristas. Los siguientes testimonios son un ejemplo de la relación entre la imagen del Che, el sentir de los entrevistados y el acercamiento al PRT-ERP.

1. UN ESTUDIANTE DE ROSARIO

"Me acuerdo muy bien que fue una vez hablando con una compañera, se llamaba María Helena, conversamos sobre el Che Guevara, y en esa conversación ella me habló de otro compañero que yo lo conocía, Willi, pero no habíamos intimado mucho. Entonces esta compañera me comentó que ese compañero a veces cuando hablaban también le hablaba del Che Guevara. Yo me imagino que se lo comentó al otro también porque de alguna manera buscamos encontrarnos, y en poco tiempo se hizo una amistad muy sólida de los tres, y tal vez el motivo principal de nuestra plática, de nuestras charlas era política."

2. UN OBRERO AUTOMOTRIZ DE CÓRDOBA

"Y él habrá pasado no me acuerdo bien... él me contó que lo echaron del Partido Comunista porque reivindicó la lucha armada y al Che Guevara, y él dijo que el Partido Comunista tenía que agarrar los fierros, en un asado. Y como era un tipo muy combativo, un obrero muy bien clasista, entonces muchos compañeros preguntaron: ¿Che por qué lo han echado al negro Germán?"

3. UN OBRERO METALÚRGICO DE ROSARIO

"Me encuentro con una piba que primero me mira como para levantarme y yo me pongo a hablar como con todos. Del Che, de que esto no puede ser. [risas] Y entonces entablamos así la relación. Y con el afán de seguir llamándome... claro, yo era un laborante que bajaba línea del Che... no era un estudiante... ella sí era una estudiante... Y para quererme levantar, pienso yo, me empieza a contar de cosas de grupos que estaban haciendo prácticas de tiro en la isla, una serie de actividades en las islas. Y claro ¿dónde estaban? Y yo entre esto y lo otro le saco el nombre de uno de ellos. Y ¿qué hago con todo esto? Lo voy a ver a un compañero que yo sabía que posiblemente algo supiera de todo esto. Y me tiró que hay un grupo en la isla que hacen práctica de tiro. Que están leyendo a Debray. En ese tiempo Debray era el hombre de moda. Me dice 'quedate que vamos a charlar'. Y ahí me engancho con lo que fue el *Comando Che Guevara*".

Pablo Pozzi

4. UNA ESTUDIANTE DE CÓRDOBA

"Pero sobre todo empiezo a leer lo que es el Che Guevara. Fundamentalmente fue el que más me impactó en ese momento. Y quizás José Ingenieros, que me pareció muy difícil entender lo que él quería plantear y cómo que fue lo primero que yo leí. Más allá que yo en ese tiempo leía a Zaratustra, al nihilismo, a los existencialistas, a Julio Cortázar, un montón de esos autores. Pero Ingenieros fue lo que más me impactó y después todo el material del Che Guevara. Del Che Guevara me leí todo. Me apasionó. Sobre todo lo que planteaba del hombre nuevo, ese fue el eje central para mí. [...] el hombre nuevo como un ser humano que planteaba la igualdad de los seres humanos y también la idea que tenía en relación a la familia, a las mujeres como partícipes del proceso. Eso fue lo que a mí me conectó mucho más y la posibilidad de poder leer a este hombre. Y por supuesto la igualdad de los hombres en todo sentido. [...] *Me acordé al PRT*] por más que en la universidad había organizaciones, pero a mí no me satisfacían."

5. UN OBRERO TUCUMANO QUE FUE MIEMBRO DE LA FEDERACIÓN JUVENIL COMUNISTA (FEDE)

"La cuestión que, creo más que nada influenciado por ellos, comenzamos a hacer más quilombo. En la *Fede*. Y al final terminé renunciando a la dirección del frente de prensa. Como responsable. Y me fui al barrio. En el barrio éramos una culada de muchachos. Teníamos un círculo enorme. Militando éramos como quince, pero después éramos un montón de gente rodeando eso. De pibes. Teníamos un club barrial, todo piola. Pero, hijos de puta, no nos dejaban salir... En esa época había que salir a hacer piquetes ya con seguridad. Porque era la época de las Tres A. Y no nos daban el aparato de seguridad. Entonces, estudiando los estatutos leímos que si armábamos un frente barrial podíamos tener nuestro propio frente de seguridad. Y si manejábamos nosotros la seguridad, podíamos salir nosotros a hacer piqueteo. Entonces organizamos un frente barrial. Con tres círculos, de tres a cinco círculos, podías tener un frente barrial. Entonces nos dividimos, hicimos cinco círculos. De la *Fede*. Y lo llamamos al frente barrial *Comandante Ernesto Che Guevara*. Gran quilombo gran. A cambiar el nombre. Al final negociamos que lo degradábamos. [risas] Entonces lo degradamos y le pusimos Frente Barrial *Ernesto Che Guevara*. Le sacamos el *Comandante*, después de duras negociaciones. Y ahí comenzamos a hacer volantes. Yo, ya para esta época me quería ir a la mierda. Ya no me gustaba. Yo me quería ir a la *Juventud Guevarista* [del PRT-ERP]."

Todo, el proceso anterior se liga fuertemente con el imaginario que el PRT-ERP adopta y desarrolla. Así el obrero tucumano admira al Che,

80 of 211

Pablo Pozzi

les al ERP.²⁴ El mismo documento veía la tarea partidaria en las fábricas como "la formación de unidades del ERP en las fábricas y la distribución de fuerzas, dando mayor importancia a este sector". A su vez el folleto *El Peronismo* caracterizaba "la lucha armada y, en general, el uso de la violencia popular constituye la forma más alta de la lucha de clases".²⁵ Y en 1973, se trataba de corregir la orientación, apuntando a una síntesis de ambas posiciones, planteando que se debía "luchar por la independencia del movimiento sindical [...], impulsar y apoyar energicamente la lucha y movilización de los trabajadores por sus reivindicaciones inmediatas [...], promover un amplio frente antiburocrático legal [...], mantener y continuar desarrollando [...] la Tendencia Obrera Revolucionaria, de carácter clandestino, con un programa por la guerra y el socialismo, a nivel fabril [...]"²⁶

A pesar de lo contradictorio de la línea política (o quizás debido a esa misma contradicción que daba lugar para que cada militante la interpretara a su manera) el PRT-ERP desarrolló, a partir de 1972, un importante trabajo de masas. Quizás en el lugar donde mejor se lograra ese trabajo haya sido Córdoba. En una entrevista²⁷ con Domingo Bizzi, dirigente de SITRAC, y con Carlos Sosa de Luz y Fuerza, se intentó precisar más el carácter de esta inserción:

Pregunta: Ahora, otro testificante me dijo que el PRT ganó lo mejor de los obreros de Córdoba. ¿Es cierto?

Sosa: Sí.

Pregunta: ¿Qué quiere decir lo mejor?

Sosa: Yo diría lo mejor lo más sano, o sea en el sentido de que no era un obrero que estaba en querer negociaciones, ni clandestinas ni dentro del gremio, o sea por ejemplo el obrero del PRT en la sección nuestra, era un tipo muy muy respetado. El Caña, el negrito Romero, el negrito Benavidez, eran compañeros que hablaban y era lo que decían ellos, era como si qué sé yo, estuvieran transmitiendo el pensamiento del Gringo [Tosco]. Estoy hablando de Luz y Fuerza ¿no? En ese sentido eran muy respetuosos. Eran gente muy sana, muy sana. Ni con la patronal, ni con los dirigentes, y muy queridos. Eran compañeros muy queridos, el caso de Bazán y de Benavidez, [cuando los mataron] fue un día de luto, un día que nadie lo esperó, pero bueno, te hablo de la sección nuestra.

24 Resoluciones del Comité Central de marzo de 1971. En Daniel De Santis, selección. *A Vencer o Morir. PRT-ERP Documentos*. Buenos Aires, Eudeba, 1968, p. 203.

25 Julio Farra. "El Peronismo". Ediciones El Combatiente, 1971. En Daniel De Santis, *op. cit.*

26 Resoluciones del Comité Ejecutivo de abril de 1973. En *idem*, pp. 376-377.

27 Testimonio de Domingo Bizzi y de Carlos Sosa. Córdoba, 31 de mayo de 1969.

La inserción y el trabajo de masas

En ese momento lo teníamos al negrito Bazán, compañero muy respetado muy querido, entonces no era la lucha entrar dentro de la lista, sino trabajar más que nada dentro de lo que era la base, porque era un gremio combativo, teníamos dirigentes, en ese momento, qué sé yo, de primera clase, los que iban a la vanguardia en ese momento. Entonces, teníamos que trabajar más que nada lo que era el cuerpo de delegados, asambleas en los lugares de trabajo, y ahí sí, influenciar sobre..., bah darnos a conocer como compañeros que apoyábamos la conducción, o sea no necesitábamos una influencia sobre lo que era la conducción de Luz y Fuerza, nunca nos preocupó. *Pregunta:* ¿Y la gente de Luz y Fuerza cómo veía al PRT, no a ustedes individuos, sino a la organización?

Sosa: Tuvieron siempre, siempre, mucho respeto, los valoraban mucho. Les tenían mucha consideración, te digo a nivel de la conducción, de Felipe, de Di Toffino, incluso compañeros del PC como Cafarati, si bien había discusiones políticas fuertes contra ellos, tenían mucha... lo que pasa que nosotros también participamos mucho en lo que fue la resistencia, la custodia del gremio, o sea toda esa parte siempre fue un poco el cerebro de todo lo que era la resistencia, la custodia del Gringo.²⁸

Pregunta: Ahora, ¿el PRT en Córdoba, en dónde tenía presencia en los gremios? Que ustedes se acuerden, ¿dónde era fuerte?

Bizzi: Sectores industriales por ahí prácticamente en todas las fábricas había varios del PRT. Inclusive en bancarios, en empleados públicos, en municipales.

Sosa: Calzado, comercio.

Bizzi: Calzado, una fuerte presencia, que yo me acuerdo una morochita...

Sosa: Que le decían la Vietnamita.

Bizzi: ¡Una fuerza increíble! Tenía una... yo no he visto otra mujer con la capacidad de oratoria delante de la gente, mucha gente, era impresionante la capacidad de oratoria que tenía esa chica, se me quedó grabado esa compañera. Esa era compañera del calzado. No, yo creo que en bancarios, o sea en los sectores de servicios, en la producción, había una fuerte presencia.

Pregunta: Ahora, volviendo para atrás. La política sindical del PRT, ¿cómo la caracterizan, buena, mala, más o menos, insulicente?

Bizzi: Ahí yo tuve discusiones. Me acuerdo que un día, no sé a instancias de quién, me citan a una casa operativa para tener una charla sobre un artículo sobre los sindicatos, que sacaba *El Combatiente*, o que ya lo había sacado o que estaba por sacarlo. Qué opinión

28 La presencia del PRT-ERP en Luz y Fuerza de Córdoba fue importante sobre todo después de 1973. A partir de 1974 Tosco tuvo relaciones muy fluidas con la organización y, efectivamente, los combatientes del ERP participaron de la custodia del sindicato. Éstos últimos generaron varios problemas debido a su escaso nivel político.

La inserción y el trabajo de masas

se en la zona. El MSB, junto con Agustín Tosco y el Partido Comunista, fue instrumental en la conformación del Movimiento Sindical Cordobés que, entre 1974 y 1975, efectivamente lideró la actividad de la clase obrera cordobesa.

V

Sin embargo, la existencia de una estructura, la captación de nuevos militantes o la simpatía de sectores de trabajadores no necesariamente significó que la inserción fuera muy profunda. Por ejemplo, consideremos el siguiente testimonio de uno de los cuadros del PRT-ERP que fue enviado desde Córdoba para dirigir a la Regional Noreste.

Pregunta: O sea, ¿qué incluía la Regional del Noreste?

Respuesta: Incluía cuatro provincias: Chaco, Corrientes, Formosa y Misiones. El PRT tenía trabajo en las ligas agrarias. Tenía un muy buen trabajo en Goya. Tenía algún trabajo en las ligas del Chaco, aunque allí eran fuertes Montoneros ... También teníamos trabajo con curas del Tercer Mundo que trabajaban en las ligas de Chaco. Y teníamos algún trabajo incipiente en el Movimiento Agrario Misionero.

P: ¿Y qué vas a hacer al Chaco vos? ¿Qué vas a hacer a esta regional?

R: Nosotros teníamos una política permanente de distribución de cuadros a nivel nacional, de acuerdo a los lugares que buscábamos ir fortaleciendo. Entonces me mandan al Chaco como parte de esa política.

P: ¿Y qué te encontrás cuando llegás a la zona?

R: Yo realmente no conocía un carajo, o sea, nunca había estado físicamente en esa provincia; así que lo primero que tuve que hacer fue empezar a conocer cómo era esa zona del país. Caminando, viajando de un lado al otro; y hablando con compañeros y hablando con gente que no era del PRT. Tenían en general mucho interés en hablar con nosotros. En general porque estábamos bien caracterizados políticamente para esa gente. O sea, nos miraban con bastante simpatía y sobre todo interés, aún cuando alguna de esa gente podía no compartir nuestros planteos políticos, nuestros métodos de lucha; pero en general había mucho interés por conocernos. Y bueno, me llegaba a las reservas indígenas, hablaba con dirigentes de indígenas. Bueno, conocí una experiencia totalmente nueva en general. Era bien diversa. Además por lo extendido tenía su complejidad. Nosotros tuvimos un crecimiento bastante rápido en la zona. Es muy vieja la instalación del partido: están en el 68, 69 en Resistencia. Pero durante mucho tiempo se mantiene en un nivel muy bajo. Incluso los compañeros que estaban ahí eran trasladados generalmente a Rosario. Ahora, que empieza a reanimarse eso, más o

Pablo Pozzi

menos después del 73. Ahí se le empieza a dar más bola y se empieza a reanimar. Tenemos un desarrollo bastante rápido desde un piso bajo. Yo te diría que en un proceso de seis, ocho meses debemos triplicar las fuerzas, más o menos. [...] Ahí fundamentalmente existía el partido. El ERP era... por ahí había algunos compañeros que organizaban, había una actividad de propaganda armada, pero mínima. Incluso con criterio correcto; o sea, en general no estaban dadas las condiciones para ir más allá en el terreno de la actividad militar. Era una zona de niveles de conciencia política más bajos; de metodología política distinta, donde los niveles de represión no se hacían sentir tanto en ese momento. Entonces el eje militar no era el más idóneo, y lo principal estaba puesto en el trabajo político y el trabajo de masas. Encuentro un partido más bien chico, un tanto disperso pero con mucho entusiasmo. Los compañeros tenían mucho entusiasmo, muchas ganas de meterle. Eso es lo que permite que en un período relativamente corto de tiempo multipliquemos las fuerzas. Por supuesto, el problema principal es que nosotros ahí hacemos... es muy difícil que los compañeros entendieran más a fondo el tema del trabajo en la clandestinidad. Es decir, el contexto no ayudaba en ese sentido. Y la otra cosa es que eran lugares chicos donde el flanco que uno le da al enemigo era grande. Todo el mundo se conocía. Entonces después cuando vienen las olas represivas nos golpean bastante rápido en esa zona. Nos desmantelan con bastante facilidad las estructuras políticas que tenemos. Incluso en algunas cosas yo creo que nosotros hicimos alguna operatoria militar... bah, militar, unas acciones de desarme, ese tipo de cosas, que en alguna medida facilitaron el proceso represivo porque el enemigo puso mucho más la cabeza sobre nosotros y eso facilitó el desmantelamiento posterior de la zona. Sin que fueran realmente impredecibles, porque las condiciones propias de la dinámica de la lucha de clases en esa zona no justificaba que la política fuera continuada por esos medios en la zona. Es decir, hicimos traslado mecánico de políticas nacionales a esa zona y eso contribuyó en alguna medida después a que nos golpearan.

P: ¿Y dónde estaba asentado el trabajo político en la zona?

R: Teníamos trabajo político en muchos lados. Por ejemplo, en el interior del Chaco teníamos una parte de trabajo político, una parte en Sáenz Peña y otra parte en otros lados menores porque nosotros teníamos trabajo en las ligas agrarias y también en el sindicato de obreros rurales de Chaco, que tenían... digamos, distribuidos por localidades. Y también teníamos relación con las comunidades indígenas. Incluso ellos fueron al FAS. Entonces el trabajo con los indígenas fue más bien de relación política; los indígenas tienen su propia organización muy cerrada y bueno, obviamente no es fácil entrar en esas organizaciones. Pero establecían una relación bastante buena con nosotros. Después teníamos en la ciudad de Resistencia, teníamos estructuras de trabajo en la universidad, teníamos

La inserción y el trabajo de masas

trabajo en algunos barrios, teníamos trabajo en algún sindicato también. Después teníamos en la ciudad de Corrientes, teníamos en Guaya, teníamos en la ciudad de Posadas, teníamos en Oberá -la sede del Movimiento Agrario Misionero-, después teníamos en la ciudad de Formosa y en Clorinda. O sea, teníamos bastante extendido el trabajo.

P: Ahora, ¿cuando decís extendido querés decir "un compañero acá y otro allá" o que es "una célula acá y otra allá"?

R: Depende, en algunos lados teníamos células y en algunos lados compañeros. Extendido geográficamente, me refiero. O sea, imaginate vos que esto era un conglomerado de cuatro provincias, un montonazo de kilómetros de por medio con una fuerza que no era grande, entonces obviamente estaba extendido el trabajo.

P: ¿Y cómo organizaba al PRT a peones del campo?

R: Los organizaba por células, igual que en otros lados pero con una organización mucho más flexible. Ten en cuenta que a veces una célula eran compañeros que vivían en dos o tres poblados, entonces su capacidad de formación, de funcionamiento permanente y todo eso era bastante más baja. Entonces dábamos pequeños cursitos de formación política y después, fundamentalmente, discutíamos los problemas concretos que los compañeros tenían en sus tareas. Y, cómo organizar a los otros obreros rurales.

P: Pero ¿cómo hacía para captar a los obreros rurales desde Resistencia un cordobés como vos?

R: Bueno, obviamente no los captaba yo. Algunos de ellos después sí, pero en general eran todos compañeros que ya venían trabajando hace tiempo y muchas veces metíamos a un compañero en una zona apenas con algún contacto político en la zona. Lo mandábamos a vivir ahí. Y el compañero empezaba a caminar la zona, a conocer gente, y a partir de eso en un determinado momento hacía algún contacto político, y ese contacto político le presentaba a otro compañero y a partir de eso empezábamos a organizar simpatizantes hasta que finalmente organizábamos la célula del partido. Por supuesto el peronismo siempre fue fuerte en la zona, pero había siempre un espacio político nuestro. Siempre fue así. Pero nuestra perspectiva era combinada. Porque inicialmente depende bastante de donde podés asentarte primero, pero eso no necesariamente significa que tu eje estratégico de construcción sea ese, simplemente es el lugar donde vos te asentás. [...] La estructura agraria del Chaco es bastante democrática, en el sentido que son todos pobres. Y después, la recolección del algodón es una cosa que precisaba mucha mano de obra pero que aparte de ser estacional actualmente es mecánica. O sea, les costó bastante encontrar maquinarias que hicieran la cosecha de algodón, porque necesitás una máquina que no te rompa la fibra. Es bastante complejo pero ya la han encontrado. Entonces eso, aunque todavía hay recolección manual, diezmó fuertemente la gente en el campo; entonces esa era un tendencia inevi-

Pablo Pozzi

table, que a más tardar se iba a producir en los siguientes diez años. Entonces bueno, nosotros evidentemente teníamos una visión cortoplacista del fenómeno. Nosotros, en realidad, teníamos un bache en nuestra política: teníamos política para lo concreto y política para lo nacional, y nos faltaba política para lo regional, porque no participábamos en general en las disputas regionales. Es decir, nosotros saltábamos de la política nacional al problema concreto en el lugar, y saltábamos las problemáticas provinciales e incluso regionales. Entonces eso era un bache importante, en perspectiva, porque las provincias tienen sus problemáticas particulares que juegan bastante fuerte, particularmente en esas provincias alejadas de la zona central. Nosotros las pasábamos por alto, en general teníamos baches profundos. Yo creo que era esencialmente inexperiencia política y falta de desarrollo. Y eso que la dirección salvo yo eran compañeros de la zona y la extracción social de la base era bastante buena. Yo te diría que debía ser más de un 50 % de origen trabajador o campesino.

El testimoniante enfatiza los problemas que surgen de la inexperiencia política y del desconocimiento de la realidad regional. Sin embargo, el testimonio de una empleada judicial de Formosa señala que el problema podía ser más profundo y se vinculaba justamente con el "estilo partidario".

Pregunta: ¿Qué pensaban ustedes de la guerrilla en ese entonces? Ustedes, los judiciales, los docentes... vos.

Respuesta: Mirá, yo te voy a decir lo que sentía yo. La primera noticia que tuve así de lo que era la guerrilla fue un asalto que hubo al Banco, creo que de Desarrollo, que había sucedido en Buenos Aires. Eso para mí fue la primera noticia. Después, por ejemplo, yo veía que Santucho había hecho una declaración, que había dicho que si el peronismo respondía a los intereses populares, que el ERP no iba a interferir, una cosa así. Pero yo todo eso, lo que podía captar, lo que podía leer era en *El Mundo*.²⁹ Pero *El Mundo* también llegaba salteado, porque los boicot que se le hacía a veces a Formosa no llegaba.

P: Pero ¿ustedes leían *El Mundo*?

R: Sí, sí, leíamos, leíamos, sí, estábamos enloquecidos con *El Mundo*, estábamos chochos, con *Fierrito* con todos esos [risas].³⁰ Lo que pasa es que Formosa no tenía literatura, no es que uno no tenía interés, ¿me entendés? *El Mundo* lo devorábamos, no todos de pronto, pero un grupo de gente. En la docencia, yo era la delegada

²⁹ *El Mundo* fue el diario orientado por el PRT-ERP. Este fue adquirido con el dinero obtenido del secuestro del ejecutivo Víctor Samuelson.

³⁰ *Fierrito* era la historieta que publicaba *El Mundo*.

La inserción y el trabajo de masas

de la escuela, muy respetada porque era una tupa muy activa, yo era maestra de séptimo. Pero a ese nivel, cero-cero era el asunto.

P: O sea era algo que pasaba lejos en otro lado.
R: Sí, en otro lado, porque no, no se sentía la incidencia de la guerrilla.

P: ¿Y había gente del PRT, o que vos pensaras que fuera del PRT?

R: Mirá, después... Después ya cuando... 73... es eso... 74... ya se empieza con el tema del frente gremial y ahí es donde este muchacho que fue el secretario general del sindicato, Pedro Morel, que está desaparecido. El se viene a Buenos Aires casi un año, por razones familiares, y vuelve, yo me acuerdo que bueno... él siempre me cuestionaba de por qué mí peronismo. Mirá dentro del Poder Judicial este... había otro matrimonio, otra gente... que eran nuevos en el Poder Judicial, pero se habían conectado con nosotros, pero están desaparecidos también, este...

P: ¿Y por qué pensás que la pareja esta y que Pedro eran del PRT?

R: Y por la manera de actuar y después... porque después cuando yo caigo, ahí me entero. A mí me revientan preguntándome cosas de ellos y...

P: ¿Te dijo Morel en algún momento que era del PRT o nunca?

R: Abiertamente no me lo dijo, pero siempre charlábamos. Yo lo que pienso, mirá... mejor yo pienso que por eso él a mí no me trata de captar abiertamente, pienso que también yo era útil siendo totalmente legal. Porque él me hablaba de revolución argentina, me hablaba de esto, me hablaba de aquello, incluso discutía conmigo. Te doy un ejemplo: nos sentábamos en el barcito y venían los pibes, que ¿te lustro?. Yo tenía uno que ya era mi amigo. Nos sentábamos y comía sandwiches, el tipo merendaba de lo lindo. Y él me cuestionaba eso, porque él me decía: 'Esto no es la solución'. 'Sí, pero yo a este pibe no le puedo decir esperá que llegue la revolución se quería hacer para que todos podamos comer. Ya a esa altura yo te digo que para mí... yo estaba, simpatizaba ampliamente con la guerrilla, pero a nivel así...

P: ¿Perdón, con la guerrilla en general simpatizabas o con el ERP?

R: Lo que pasa yo todavía no definía muy bien lo de... no, no sabía diferenciar... pero era como que estaban haciendo cosas que a mí me resultaban pifias. Soñaba yo con eso, de que te decían de que en Buenos Aires subías a un colectivo y venían y te repartían, yo quería que me pasara.

P: ¿Era un tipo querido Pedro?

R: Muy querido, muy, muy querido en el barrio, muy querido entre la gente. Fíjate vos la inconciencia de lo que era el golpe militar, que la gente no tiene problema en hacer una lista, de la guita que dieron para Pedro. ¡Después yo me entero que nos llevan de a uno en fondo! ¡A todos los que figuraban en esa lista! ¡Imaginate! No tenés ni una idea lo que pasó con la gente del Poder Judicial ahí en Formosa.

Pablo Pozzi

sa. Pero, bueno, a ese nivel era la cosa, a mí me detienen, y ya me políticé más, acá ya empecé a encontrarle nombre a cada una de las cosas que para mí fueron..."

El testimonio refleja varios de los problemas en torno a la inserción del PRT-ERP en distintas zonas. Sus militantes eran referentes e inclusive, en este caso, muy queridos y apoyados. Sin embargo, la clandestinidad por un lado, y por otro la inexperiencia dificultan el transformar ese prestigio en una acumulación política duradera. De hecho, la testificante expresa su cariño, su apoyo y su admiración, sin embargo ni ingresa a la organización ni está del todo segura que Morel fuera del PRT-ERP.³¹

Esto se repitió en numerosos testimonios recogidos de los vecinos o de trabajadores entre los que activaba el PRT-ERP. En casi todos los casos la memoria se ha convertido casi en una tradición y toma características míticas.³² Los guerrilleros locales son recordados más grandes de lo que eran, y gente que era periférica a la organización se ha convencido a sí misma y a otros que estaba mucho más comprometida. Por ejemplo, en la villa de Barranca Yaco de Córdoba, hubo durante años una célula del PRT-ERP centrada en el cura obrero local. Según una vecina:

"En esa época, el cura, la monja y todos los que trabajaban en la villa empezaron a irse porque los perseguían. Cada uno tomó su rum-

31 Esto no fue sólo un problema del PRT-ERP. Casi todos los marxistas argentinos aceptaron que la clase obrera era uniformemente peronista y por ende virulentamente antimarxista. Por lo tanto las prácticas políticas se desarrollaron a través de aproximaciones indirectas que evitaran una identificación abierta y directa como marxista. La experiencia de dirigentes gremiales como Tosco o Salamanca, y la misma experiencia de Santucho, indican que esta apreciación estaba errada. Sin embargo, sólo podemos especular qué hubiera ocurrido en torno a la inserción de la izquierda y la politización de los trabajadores si se hubiera abordado el trabajo de masas desde una perspectiva abiertamente marxista.

32 Evidentemente, un factor importante en esta mitificación ha sido el fracaso del capitalismo neoliberal argentino en resolver siquiera necesidades mínimas de la población. Sin embargo, es notable que el mecanismo de resistencia al que se recurre sea el resaltar la imagen combativa y digna de los revolucionarios de ayer. Esto no implica una adhesión hace 25 años, pero sí que se puede trazar la existencia de valores positivos, reales o no, que fueron percibidos por la población y que son recordados el día de hoy, mientras que aquellos sentires negativos es posible que sean descartados si bien en otro momento hayan sido prioritarios (sobre todo en los momentos de represión y cuando el miedo hacía necesario justificar el retacearle el apoyo a los guerrilleros perseguidos).

La inserción y el trabajo de masas

bo y bueno, al quedarnos solos nos quedamos sin una manija, como quién dice. Y para colmo empezaron a marcar gente en la villa. [...] A mí lo que me jorobó fue que me denunciaron a la casa de gobierno. [...] Pero yo jamás había andado metida en eso de los extremistas! [...] Para los del gobierno, toda esa gente era extremista, era gente que venía a hacer macanas con la villa. Pero nosotros lo único que hacíamos era luchar por la villa... Lo que pasó es que ellos nunca mencionaron ninguna idea política, las iban usando con diplomacia. Pero esas personas acá siempre han hecho bien. [...] Ya se había corrido la bulla de que el Gringo [et cura Rougier] y todos los demás eran extremistas y la gente empezó a abrirse [...] A nadie se le ocurre decir que fue porque se jugaron para que nosotrosuviéramos algo. [...] El error de ellos fue no haber aclarado qué eran. Ellos tendrían que haber hablado con la gente y explicarle. [...] Así la gente hubiera sabido por qué se jugaba".³³

El padre Nelio Rougier fue uno de los pocos sacerdotes que ingresaron al PRT-ERP.³⁴ Muy querido por los habitantes de Barranca Yaco, perseguido por la represión, fue enviado a integrar el ERP en el monte tucumano en 1975, donde murió a manos del ejército. Veinte años más tarde, varios de los vecinos entrevistados aseguraron que no estaba muerto y que regresaría a la villa algún día; mientras que otros insistían que las fuerzas de seguridad lo habían capturado y crucificado en una cruz invertida. A pesar de ese aprecio es notable que, según otro de los militantes de esa célula, el PRT-ERP no ganó ningún militante como resultado del trabajo realizado en esa villa.³⁵ He aquí un problema que se va a repetir: aun cuando la inserción fuera buena, el PRT-ERP tenía problemas para traducirla en una acumulación política duradera. Quizás gran parte del problema estribó en que el trabajo de masas del PRT-ERP se basaba principalmente en lo reivindicativo. En este sentido no tenía diferencias significativas con el del resto de la izquierda, incluyendo a la no armada. Donde sí se diferenciaba era en el "estilo" (véase el capítulo 5 sobre "La cultura partidaria") y en cuanto a que entroncaba con el accionar armado de la organización. La originalidad, entonces, resi-

33 Testimonio de doña Teresa, en Equipo de Memoria y Acción Popular. *Haciendo Memoria*. Córdoba, Ediciones sear, 1988, pp. 11, 12 y 13.

34 Los sacerdotes progresistas o izquierdistas tendían a ingresar en Montoneros donde sentían que no había contradicción entre su catolicismo y el peronismo revolucionario. Montoneros hasta tuvo un "capellán militar" produciendo la estructura del ejército argentino. Sin embargo, si hemos podido ubicar algunos sacerdotes católicos y varios protestantes que ingresaron al PRT-ERP.

35 La explicación fue que el PRT-ERP estaba más interesado en obreros que en captar villeros. Sin embargo, y a continuación, me explicaron que en Barranca Yaco también había obreros.

Pablo Pozzi

dió en las formas de contactar con la gente y en la energía y creatividad con que se llevó adelante el trabajo de masas pero, al mismo tiempo, la organización no supo vincular este trabajo con un cuestionamiento duradero del sistema socio-económico imperante.³⁶

Algo similar ocurrió en un vecindario obrero de Monte Chingolo, en el Gran Buenos Aires. Esta fue una zona que el PRT-ERP organizó durante más de tres años. En diciembre de 1975 el ERP atacó un cuartel militar en la zona y sufrió una fuerte derrota a manos del ejército. Unos sesenta guerrilleros fueron muertos a raíz de la batalla, y numerosos vecinos murieron cuando la fuerza aérea ametralló la zona. Un vecino ofreció la posibilidad de entrevistar "un cuadro guerrillero del ERP". El día de la entrevista se presentó una mujer, con marido, familia y vecinos, todos listos para ver al "periodista" que quería escuchar la historia de una "guerrillera de verdad". A poco de empezar resultaba evidente que la mujer había tenido, a lo sumo, una relación periférica con el ERP. Sin embargo, lo revelador era que veinte años más tarde, familia y vecinos la aceptaban como una "subversiva" y estaban curiosos y orgullosos de ella y de su experiencia. Esto era por demás notable porque el marido, que sabía que ella no había tenido militancia alguna, estaba abiertamente celoso del prestigio que la mujer tenía ante la comunidad. Como dijo un vecino después de la entrevista: "ella tenía pelotas".³⁷ Esta admiración explica en parte por qué la gente de la zona protegió, en la medida de lo posible a los guerrilleros que se retiraban perseguidos por el ejército después del ataque. Pero, también, hace aún más revelador el hecho de que no se integraron a la organización excepto algunos pocos.

Los ejemplos anteriores contrastan con otros donde la inserción sí se tradujo en acumulación política pero donde también se revelan las virtudes y los problemas del PRT-ERP para insertarse. Dos de estos ca-

36 Lo complejo de este problema se puede visualizar si tomamos en cuenta que distintos sectores (obreros, villeros, barriales) se acercaron a la izquierda debido a problemas concretos que el Estado no podía o no deseaba resolver. La contradicción entre necesidades e intereses inmediatos y las reducciones de poder del capitalismo se hacían evidentes generando una incipiente politización. La izquierda y/o el peronismo revolucionario organizaban a la gente y resolvían el problema. Al resolverlo, dentro de los marcos del sistema imperante, eliminaban las causas inmediatas del cuestionamiento popular. El problema se convertía en cómo generar un fortalecimiento de la conciencia antisistémica en el proceso de contactar a los trabajadores a través del accionar reivindicativo.

37 Lo cual no quiere decir que compartieran la visión de la guerrilla luego de veinte años. Tal como expresa Alistair Thompson. *ANZAC Memories*. Londres, Oxford University Press, 1993. La memoria se basa en sentimientos reales tamizados por el presente.

La inserción y el trabajo de masas

dos fueron los del pueblo azucarero de San José (Tucumán) y el barrio de Villa Libertador (Córdoba).

En el primer caso varios de los vecinos entrevistados se referían a los guerrilleros del PRT-ERP como "diferentes" pero parte integral de la comunidad, a diferencia de las fuerzas de seguridad que eran consideradas "extraños". Dijo un testimoniante:

"Volviendo hacia atrás, en el 65 o por ahí, empieza a llegar... se ve que ya se ha formado el Partido. Uno empieza a ver en el pueblo, con el tiempo me voy dando cuenta, gente de la que vos decís este no es de este nivel social, gente muy buena, muy querida por la gente, muy humilde, que vos decías bueno, acá esto no pega. Como son comunidades muy cerradas alguien que es ajeno a eso sobresale terriblemente. Y empezaron a vivir en casas del pueblo. Empezaron a alquilar determinadas casas, a vivir y a militar, algunos a trabajar en el sindicato o a ayudar o a trabajar ligados a algunas pequeñas industrias o pequeños talleres que pudiera haber en el pueblo. Y yo en esa época iba a la escuela y se ve que no andaba muy bien, y entonces mi vieja para hacer los deberes me mandaba a la casa de dos compañeros, que vaya a estudiar. Como de costumbre, buenisimos, pero una forma de vida totalmente diferente a la que uno estaba acostumbrado, una terminología que no entendíamos demasiado. No entendíamos en el sentido de cómo te hablaba la gente. Hay personas de las que vos decís 'es un gusto hablar con esta persona' porque no solamente utiliza la palabra justa, sino que va acompañada de un gran cariño y sentimiento, a pesar de que ni te conocen [...] por eso la gente los defendía muchísimo, después. El Negro [Sanucho] pasaba inadvertido porque era igual que todos los demás. [...] Estaba todo el mundo... en un momento estaba todo el mundo organizado. Aparte, el que no sabía, el que yo decía '¿Este en qué andarás? Debe ser un tipo que no está de acuerdo', lo encuentro preso. Es decir que '¿cómo! Yo que pensaba que Juan no sabía nada!'"

En el caso de Villa Libertador, la gente recuerda el período de organización guerrillera como una de las mejores épocas para la comunidad, cuando pudieron realizar una cantidad de cosas, y cuando la policía se cuidaba de molestarlos demasiado.³⁸ De hecho, el PRT-ERP organizó a partir del dispensario local pudiendo ganar varios vecinos para la organización. Inclusive, después de la caída del principal militante del trabajo en la zona, la organización logró retener una inserción has-

38 El PRT-ERP no fue la única organización política en Villa Libertador. También organizaban en la zona Vanguardia Comunista y los Montoneros. Estos últimos basaron su trabajo en la parroquia y en uno de los médicos del dispensario que se había establecido conjuntamente con los militantes del ERP.

Pablo Pozzi

ta las vísperas del golpe de estado de 1976.³⁹ El testimonio de una activista de la Juventud Peronista de Villa Libertador recuerda a los militantes del PRT-ERP en la zona:

Pregunta: Y con el ERP ¿cómo se llevaban?

Respuesta: Yo ya lo conocía al gordo Boscarol. Entonces de pronto dicen un día en la parroquia: 'viene a vivir el gordo Boscarol, ¿lo conocés?' 'Sí', lo conocía. 'Ah, es un erpio'. Venía a vivir un erpio.

P: Ya venía calado.

R: Y él sabía muy bien a donde venía, que era un nido de peronchos, digamos. Pero el tipo era una locomotora, si te tengo que decir una palabra es esa. El tipo llegó a la parroquia, se presentó, puso su servicio a la parroquia, a la gente, a lo que decidiera el grupo parroquial. Entonces el comentario era, de los más avisados, de los que ya lo conocían de lejos 'éste nos está jugando sucio, porque de cristiano no tiene nada, quiere usar la estructura para hacer lo suyo, pero no podemos decirle que no.'

P: ¿Cómo era?

R: Simpatiquísimo, amoroso, una locomotora de vida. Un gordo divino que se reía de todo, comía todo, le gustaba todo, un hermoso. Bueno, estábamos las dos embarazadas, las dos mujeres, la Mirta [la esposa de Boscarol]. Ella esperaba que naciera Daniela y nosotros Andrés. Unos encuentros, íbamos a visitarlos a las casas.

P: O sea, se llevaban bien.

R: Requete bien. A pesar de todo. Y sabíamos y nos decíamos [...], pero cada uno trataba de llevar agua para su molino. Cuando se empieza a poner más jodida la cosa entre los erpios y los Montos ahí también se siente. Había que tomar distancia, éste se trataba de llevar su gente, que patatín patatán, los puteríos en las asambleas [...] la cuestión es que el gordo metía su cucharita donde podía. Así lo sentíamos nosotros, vaya a saber si era así.

P: ¿La gente lo quería al gordo?

R: Lo re querían. Pero el gordo no tenía historia como tenían los otros en la parroquia. El gordo más bien se agarraba de la historia de la lucha por el agua, de eso para poder en una asamblea cazar el micrófono, no cualquiera puede en una asamblea cazar el micrófono. Bueno, la cosa se entra a poner más dura, y un día que teníamos una asamblea a la mañana en la plaza, me acuerdo, fue un bombazo eso que casi nos morimos. Había sido el copamiento de Villa María, y el gordo había muerto. Fue de terror eso, una sensación de dolor, y al mismo tiempo el cagazo que nos agarró a todos, porque dijimos 'esta noche viene la cana'.

³⁹ El médico, José Luis Boscarol, fue muerto en un accidente de ruta después de haber participado del copamiento de la Fábrica Militar de Explosivos en Villa María, el 10 de agosto de 1974.

La inserción y el trabajo de masas

VI

Otro ejemplo de la inserción lograda a través de un buen trabajo de masas es el caso de Villa Gobernador Gálvez, en las afueras de Rosario. Gálvez contiene una fuerte concentración obrera, particularmente de la carne y metalúrgicos, que históricamente ha sido peronista. Pero, al mismo tiempo, fue un lugar donde el PRT-ERP logró desarrollar un trabajo de masas importante que sobrevivió bastante tiempo después de la destrucción de la organización en el nivel nacional. Según el testimonio de dos vecinas.

*Testimonio Uno*⁴⁰

Pregunta: [Rosa e Hilario eran militantes del PRT en la zona entre 1975 y 1977.] ¿Cómo era Hilario?

Respuesta: Hilario era un tipo bueno, muy solidario. Un tipo sin miedo, muy luchador.

P: ¿Se podía hablar con él?

R: Sí, con Hilario se podía hablar... Rosa era un poco... [se encoge de hombros] quizás por la situación, cuando yo los conocí ellos ya no tenían casa, habían sufrido ya...

P: ¿Esto después del golpe ya?

R: Después del golpe, pero ellos no tenían casa desde el gobierno de Isabel. Ya ellos habían sido despojados de todo. Bueno, pero ellos entre todo eran muy solidarios.

P: ¿Se llevaba bien con ellos?

R: Sí. Me llevaba sustos, porque veía movimientos raros de policías y qué sé yo. Y como ellos militaban un montón, hacían un montón de trabajo. Conquistaban gente, les hablaban, les decían, repartían volantes, revistas, de todo, y les decían que la forma de lucha, la forma de liberarse de la opresión era uniéndose, reclamando los salarios, reclamando lo que les correspondía, seguridad en el trabajo. Todas esas cosas... y se las aclaraban de tal forma que los convencían porque en un momento ellos tenían cualquier cantidad de gente que los admiraba que los seguía.

P: ¿Acá en la zona?

R: Sí, acá en la zona. Por ahí trabajaban un montón. Entonces yo, no entendía por qué se los perseguía si total los otros eran opresores y se los dejaba libremente actuar; por qué no podía el que pensaba distinto también actuar.

P: Ahora, Hilario y Rosa, que no tenían casa, ¿dónde se quedaban?

R: Se quedaban en la casa donde dejaban que se queden.

P: ¿Acá en la zona?

R: Sí, se quedaban por Gálvez, que yo me acuerdo que venían, se quedaban acá de domingo, se quedaban por el bajo, donde los dejaban. Yo sé que últimamente Hilario estaba con un muchacho que es-

⁴⁰ Testimonio de Yofí. Villa Gobernador Gálvez, 25 de septiembre de 1993.

Pablo Pozzi

taba cerca del gremio, cuando él venía a verme ya después del golpe, después de la desaparición también de Oscar (*Medina, militante metalúrgico del PRT-ERP*)...

P: ¿Cuándo lo desaparecen a Oscar?

R: 20 de octubre del 76.

P: Y a Hilario después.

R: 77, paro ferroviario del 77, lo secuestran. Y a Rosa la matan el 25 de mayo del 77, la matan en la calle. A la Kiti la secuestran en esa época, una monja que militaba... Acá en la zona. Secuestran nueve juntos, en este momento no me acuerdo. En noviembre del 77 más o menos. Antes de Hilario. Hilario es al final. Y bueno, yo que necesitaba tanto lo veía a Hilario tan necesitado que me decía 'estoy en tal parte', yo le daba kerosene. A Oscar, antes de ser desaparecido que no conseguía trabajo, y yo iba y le llevaba velas, no tenía luz eléctrica, le llevaba velas, leche, para que tuviera de comer. O sea que no era un tipo que jamás iba ir ni a robarse un pedazo de pan.

P: A Hilario lo bancan hasta noviembre del 77.

R: Claro, y sin embargo nadie dijo por acá andaba Hilario.

P: Nadie lo denunció.

R: Hilario andaba en situaciones terribles, que ya te digo que le sabía dar kerosén porque no tenía, porque estaba en la casa de otro muchacho que no sé si era obrero. Era un obrero que la situación de él era caótica, que mirá, de noche un frío pasábamos porque era invierno, un frío, y yo le decía 'bueno, vos vení mañana a la mañana que yo te doy kerosén y yerba, vení a buscar'. Porque era grande la necesidad, y entonces lo que él llevaba se compartía. Y el otro muchacho donde él paraba también corría grandes riesgos. Ya una vez después del golpe vos veías camiones por todos lados del Ejército, que yo me pasaba sin dormir, saltaba acá atrás, iba y le avisaba a Oscar 'mirá que hay un camión en tal parte. Andate porque está el Ejército'. O sea, que se copaban todas partes, recorrían los camiones llenos...

P: ¿Y por qué se quedaron?

R: Porque Oscar decía que él no se tenía que ir, porque se fuera donde se fuera dentro del país ellos ya sabían quién era y donde estuviera lo iban a matar. Y sabía decir que a todos no los iban a matar, que siempre iban a quedar. Y como nadie pensó, se pensó que se los iba a detener, se les iba a hacer un proceso, se los iba a enjuiciar si eran inocentes o si eran culpables se los iba a condenar. Lo que nadie pensó es que iban a desaparecer. Pero a medida que la gente no fue apareciendo el terror se fue adueñando más de todos. Y es como que nadie quería que vos te acercaras a ellos. Entonces empezamos a ... veías vos un muchacho de las organizaciones desesperado que no tenía donde ir y era como que vos lo querías meter bajo tierra para que no lo encuentren.

P: ¿Y el resto de los vecinos qué decían de todos estos guerrilleros?

R: Los vecinos, como todos tenían sed de justicia de todas esas cosas, era como que todo lo que hacían estaba bien. Si bien había dos

La inserción y el trabajo de masas

o tres que eran de la policía, por supuesto para ellos siempre estuvo mal, pero ellos eran los menos. Pero bueno, en esa época ellos conquistaban cualquier cantidad de gente, obreros del Swift, obreros de todo...

P: O sea, era gente entradora, digamos.

R: No, porque si el obrero que no entendía nada, vienen ellos y le explican todo, entonces vos te sentís como que tenés un respaldo, tenés algo por qué pelear, no decir 'no, tenés que agachar la cabeza y seguir para adelante'. Entonces como que iban entendiendo.

P: ¿Y vos les tenías miedo?

R: No, yo no le tenía miedo. No tenía miedo. Yo lo que quería era que nunca cayeran.

P: ¿Y por qué no se metieron a militar con ellos? ¿Porque vos no te metiste?

R: Yo no tengo una capacidad para enseñar. Aparte ya te dije que no soy democrática, yo lo que no me gusta ahí nomás lo planto, lo digo, y no tengo habilidad para zafarme y no enojarme. Yo no quiero a los milicos y los odio y no los quiero. Porque yo tenía representado otra cosa de ellos, que no eran depravados, que no eran violadores, que no eran degenerados. Entonces, un hombre ignorante que es violador y sabe que comete un delito, si bien lo condeno porque sabe que está haciendo un delito, bueno, algunas cosas le perdono porque entre todo, la ignorancia, el poco roce con la gente. Pero me van a decir ellos con semejante estudio todo lo que se saca para dar a ellos, entonces no los quiero, los odio, no los soporto, no quiero tener roce con ellos. Porque semejante cultura que tienen, no tienen ninguna clase de moral ni dignidad.

En este primer testimonio hay varias cosas que saltan a la vista. Primero, que en este caso la testimoniante si identificaba claramente a la organización política a la que pertenecía Hilario. Segundo, las referencias a "los vecinos" son siempre en tercera persona (los militantes "les hablaban"). La testimoniante no se incluye en el grupo vecinal. Esto implica una identificación muy fuerte con los militantes. En este sentido, la inserción lograda (por lo menos con esta vecina) fue muy fuerte, hasta el punto que el cariño y la simpatía por Hilario llevan a un inconsciente acercarse al grupo militante. Esto también implica que, según ella, no todos los vecinos tenían la misma actitud, si bien aclara que la simpatía por los guerrilleros era generalizada. Por último, es de remarcar el porqué no busca el ingreso a la organización. La expresión "no sirvo para enseñar" refleja que tenía un alto concepto del PRT-ERP y de su misión revolucionaria, y al mismo tiempo aclara los límites de su compromiso. Por otro lado, también surge la cuestión de si la solidaridad expresada implicaba un compartir la línea política de los militantes. En el testimonio queda claro que militantes como Hilario y Oscar tenían un apoyo bastante profundo de los vecinos de Villa Gobernador Gálvez. La pregunta que queda pendiente es si no lo hubiera tenido cualquier otro mi-

Pablo Pozzi

litante popular, con las cualidades humanas de estos dos, más allá de ser o no del PRT-ERP. Aún así queda claro que, en este caso, la organización logró una profunda inserción.

El segundo testimonio profundiza y permite visualizar con mayor claridad algunos de los ejes en torno a esta inserción en Villa Gobernador Gálvez.

Testimonio dos⁴¹

Pregunta: Acá me decían que cuando se lo llevaron a Oscar [Medina] salió uno de los vecinos a defenderlo. ¿Es cierto?

Respuesta: Es cierto. Esa señora que decía que no lo lleven, y un viejo anarquista que salió con la escopeta a defenderlo. ¡Pobre viejo! Había hasta carros de asalto afuera. Le sacaron la escopeta y le dieron un montón de sopapos.

P: O sea, Oscar tenía una buena relación con los vecinos, si el señor de enfrente saltó a defenderlo, si la vecina...

R: Sí, los vecinos eran muy amigos de él. Tenía un vecino que ya está muerto, que era un gendarme retirado que trabajaba en una fábrica. En aquel momento veíamos como que aplaudió y años después estuve hablando con él, y ya se había quedado sin laburo, habían cerrado la fábrica. Entonces me dijo 'qué lástima que no lo atendimos a Oscar cuando planteaba que había que pelear, mirá la situación en que estamos ahora'.

P: ¿Y a usted le parecía bien lo que hacían estos muchachos?

R: Yo me parecía bien pero yo no lo sentía. Porque uno por más que lo estén haciendo bien cuando corre peligro tiene miedo, es el miedo lo que a uno lo tiene, si no hubiera miedo...

Al igual que en el caso de Barranca Yaco y de Villa Libertador, en todos los testimonios se repite el tema del miedo a la represión. La diferencia es que en el caso de Gálvez, el trabajo del PRT-ERP había logrado una inserción lo suficientemente fuerte como para que la gente protegiera a los militantes a pesar de la intensidad de la represión. Lo que va, finalmente, a destruir esa inserción no va a ser tanto la represión en la zona como la destrucción de la organización guerrillera a nivel nacional.

Por otro lado, es notable como en una zona obrera y fuertemente peronista el PRT-ERP logró tener una presencia importantísima, casi excluyente de otras organizaciones armadas. Por ejemplo, según distintos testimonios, los Montoneros nunca lograron hacer pie en la zona más allá de dos unidades básicas "pero con estudiantes que traía para atenderlas". En cambio, las vecinales en general las controlaba el PRT-ERP a través de una fuerte presencia en las comisiones directivas. Esta pre-

41 Testimonio de Elisa. Villa Gobernador Gálvez, 25 de septiembre de 1993.

La inserción y el trabajo de masas

sencia vecinal se articulaba dialécticamente con la fuerza del PRT-ERP en los frigoríficos (particularmente Swift, Sugarosa y Paladini) y en las fábricas metalúrgicas de la zona. De hecho, la agrupación sindical de la carne "El Toro", que contaba con unos 150 activistas, estaba orientada por los militantes de la organización guerrillera. Según uno de esos activistas, la razón de esta inserción era "que el PRT tenía una política muy clara contra el Pacto Social, contra la política... aparte en ese momento la política que aplicaba el Swift, todos los frigoríficos, era muy dura. Mucho peor que ahora, con sus tensiones, con garantía horaria, con un grado de desocupación muy grande, con despidos masivos. Ahora también lo hacen pero en aquel momento no era la política de las otras empresas, entonces aparecía como una cosa muy dura, en general con gente del interior. Y me parece que el PRT tenía un mensaje simple, que la gente entendía, que es 'acá están los pobres y acá están los ricos'. Creo que ese mensaje era muy simple para la gente. Toda esta zona tenía mucho laburo del PRT. Cada dos casas había algún contacto."⁴²

VII

Dos casos, hasta ahora absolutamente atípicos, de inserción fueron los de Clodomira en Santiago del Estero y Metán en Salta.⁴³ En el primero de estos casos Francisco René Santucho captó a un viejo militante ferroviario que provenía de la Resistencia Peronista, don Manuel Castro. Cuando se integró al FRIP, hacia 1963 don Manuel era el secretario general de la seccional Clodomira de la Unión Ferroviaria y presidente de la Juventud Peronista local. En el período 1969-1972 Castro era parte de la dirección regional del PRT-ERP, y en su testimonio explicó:

Pregunta: ¿Y la gente en el sindicato sabía que usted estaba metido con el PRT?

Respuesta: Más o menos, cuando yo ya entro digamos en la dirección regional, algunos los más cercanos saben que yo estaba metido en la...

P: ¿Y qué les parece?

R: Y lo que pasa es que... ellos apoyaban todo lo que yo planteaba

42 Lo que se entiende por "mensajes simples" tiene mucho que ver con el estilo partidario del PRT-ERP y es una de las claves para comprender lo rápido de la extensión de su inserción con una profundidad muy desigual. Véase el capítulo 5 sobre *La cultura partidaria*.

43 Es interesante considerar que, si bien la tradición del PRT-ERP plantea que Néstor Santucho (y el FRIP) se oponían al entrismo en el peronismo, en estos casos la vía de inserción fue precisamente a través del peronismo. Tanto Clodomira como Metán eran zonas donde los militantes del PRT-ERP tenían antecedentes en el FRIP.

Pablo Pozzi

en las discusiones del sindicato, por ejemplo yo sacaba a luz el problema de la lucha de clases –poco a poco se fue popularizando el término de la lucha de clases–, por supuesto el tema de la lucha armada todavía no se lo tocó en el sindicato, sino a nivel más bien personal, así en discusiones en el trabajo. Por ejemplo, en el trabajo yo hacía reuniones con todos los muchachos en el laburo. Por supuesto no me había identificado como miembro del partido, pero... este... discutíamos de todo el proceso, todo el proceso histórico, y cómo se venía dando, qué papel jugaban los gobiernos, todas esas cosas...

P: Ahora, pero usted era peronista, ¿qué hacía en una organización que no era peronista?

R: ¡Claro!, esa es una cosa que me olvidé. Yo cuando, cuando voy a Clodomira [en 1959] este... me meto a organizar la juventud y se dan las primeras luchas políticas entre la juventud peronista y la burocracia digamos dentro del peronismo. Y ahí empiezo a ver otras cosas, ...interesantes, empiezo a ver que, digamos, que la dirección nacional en vez de dinamizar el proceso lo que hacía era más bien contenerlo, y lo que les interesaba a ellos era la lucha digamos... por las elecciones, esas cosas, lucha electoral más que todas. Tal es así que cuando yo organizo la Juventud Peronista en Clodomira, que éramos unos 15 muchachos, [...] se hacían unas internas con [el caudillo peronista Carlos] Juárez [...] Por ejemplo, Juárez decía que los jóvenes tenían que acatar directamente lo que decía la conducción nacional, que no podíamos tomar determinaciones, que teníamos que seguir las órdenes que venían de arriba. Yo me acuerdo estuve en la discusión con Juárez, porque eran bien elitistas y se juntaban todos los tipos que tenían plata por ejemplo, todos los personajes de ahí de Clodomira, y cocinaban ellos, bajaban la línea después a la juventud [...] y nosotros no estábamos de acuerdo en eso, nosotros queríamos participar en las decisiones. [...] A partir de ahí me eligen a mí como presidente de la Juventud, [...] que era como cualquier cosa, porque no tenía ningún apoyo, ni financiero, ni organizativo, de arriba, teníamos que valerlos nosotros con nuestras propias cosas. Y lo que no estaban de acuerdo ellos es que nosotros bajemos y organicemos por ejemplo los barrios, por el asunto del agua, por el asunto de la luz, que era un problema muy sentido en Santiago [...] y me acuerdo me hacen una trampa. Yo ya estaba prácticamente metiéndome en la organización, en el PRT, y [se hace una reunión] y no me querían dejar entrar. [La gente] dice: 'No, aquí va a entrar porque si no entra Castro se pudre todo aquí, nos retiramos todos', había un montón de gente en el boliche [...] y estaba un delegado que en representación del nivel nacional –era el que iba a dar las órdenes–. Entonces el pibe hace una moción de que yo me retire, porque yo no era peronista, dice: 'este es comunista'. Me denunciaron ahí. Me denunció directamente. 'Este es del PRT' –dice–, 'no es peronista'. Y la verdad que yo ya estaba dejando de

202

La inserción y el trabajo de matus

ser peronista. Bueno y ahí le digo yo que sí, que yo no era peronista ya en el momento, y que me iba a retirar. Ahí se levantó la gente [se ríe] y dicen: 'Si se retira Castro nos vamos todos'. Y se pidió todo, los tipos se fueron amenazándome, se fueron, no querían seguir más. Entonces ahí les explico a la gente que yo me retiraba, yo me iba porque esto era todo una mordaza que se estaba poniendo ahí, que no dejaba trabajar, a la gente, que las reivindicaciones populares, digamos, no eran tenidas en cuenta, lo que luchaban ellos por los intereses de arriba, por los intereses electorales. Hice un discurso ahí a los muchachos que se enloquecieron y dicen: 'Bue, si se retira usted compañero se va todo esto a la mierda, o nos vamos nosotros con usted'. A partir de allí ya me alejo yo del peronismo... pero la gente me quería bah, me seguía queriendo, como yo estaba al frente del gremio, así que ahí empezamos a meternos más, y más, y más, y ya a partir de ese momento las charlas nuestras ya eran más a nivel general, así, a nivel político, este... y sobre todo a nivel reivindicativo, ¿no? Peleamos por la cooperativa de la luz, por ejemplo, que era ferroviaria y logramos algunos avances, peleamos por la biblioteca, por ejemplo, todo cosas que la gente sentía, en los barrios por el asunto del agua, y así todas las reivindicaciones barrio por barrio las íbamos tomando nosotros, y eso discutábamos, pero...

P: ¿Y ganaron más compañeros?

R: Sí, sí, sí.

P: ¿Para el PRT?

R: El trabajo era más bien selectivo. Es decir cuando el compañero ya lo teníamos firme, recién le planteábamos, y ahí casi casi en Clodomira logramos meter más o menos como 20 compañeros.

P: ¿Para el PRT?

R: Para el PRT.

P: ¿Todos ferroviarios?

R: Y la mayoría ferroviarios, como es un pueblo ferroviario. Así que esos ya directamente pasaban a su responsable. Yo, digamos, hacía las tareas de coordinar todo el funcionamiento de los equipos (equipos les llamábamos nosotros). Así que se llevaba material de estudio, por ejemplo, eh todos los métodos de organización conspirativa, todo eso digamos en forma selectiva lo íbamos organizando, fortaleciéndolos a los muchachos, y después empezamos a hacer el famoso reparto...

P: Entonces ya empezaron a operar.

R: Sí, ya empezamos a operar.

P: ¿Cuándo empiezan a operar?

R: Y nosotros empezamos a operar, déjeme pensar, en Clodomira... empezamos a operar cuando vino la, la fecha no me acuerdo, cuando vino la orden de colocar las banderas del PRT, ¿no se acuerda? Ahí empezamos a operar. Colocamos banderas en las escuelas, hacíamos el reparto.

P: ¿Y la gente cómo tomaba eso?

203

Pablo Pozzi

R: Pero... era una locura realmente.

P: ¿Pero usted piensa que estaba bien hacer repartos?

R: Y yo discutía ese problema, que no era tanto el reparto sino más bien la lucha por las reivindicaciones. Pero ahí los compañeros decían que tenía que ser combinada.

P: ¿Y no generaba represión, o sea poner una bandera del ERP en la escuela?

R: No, parece que en esa época como recién se empezaba y no, no estaba digamos muy reñido. Después viene la otra parte, cuando empiezan a hacer las acciones armadas, la toma de cuarteles y todo eso, ya se empieza a poner medio dura la cosa. Pero fíjese que hasta caigo en cana yo, porque yo caigo en el '72, la primera, este... la policía me buscaba por todos lados. Sabía que estaba un contacto en Clodomira y no sabían quién era, y toda la gente sabía que era yo. Toda la gente salía a la calle, a la plaza, conversábamos con los muchachos, hasta los canas [se ríe] los policías de ahí sabían que yo era del PRT, pero nunca me denunciaron, y caigo yo porque este muchacho de La Banda conoce mi casa y mi nombre, entonces cuando cae él lo revientan y me deshaba. A pesar de eso [se ríe] este... cae el Ejército, la policía de aquí de La Banda a buscar. Buscaban a un tal Castro, y todos los Castros que había [se ríe] los metían en cana, los cagaban a cachetadas en la policía, y ninguno me deshabó nunca.

El trabajo de inserción en Metán tuvo características similares al de Clodomira, aunque presentaba ciertos ribetes de creatividad y hasta de ridiculización, que no por eso eran menos efectivos. Según el testimonio de un militante de la zona:

Pregunta: ¿Y a vos qué te parecía [Rizzo Patrón]? Porque vos eras peronista, y este era comunista.

Respuesta: Sí, no le dábamos importancia a eso, no hacíamos marcación en ese tiempo, no marcábamos a la gente. Porque sino en el mismo bolsón de la lucha de los obreros incluso había muchos radicales. Teníamos mucha afinidad. Había muchos conservadores también que después entraron al partido, simpatizantes.

P: ¿Pero por qué se metieron con el PRT?

R: Pero nosotros hicimos una política de entrismo en el peronismo. Nos fuimos a la Juventud Peronista. Porque todos los compañeros estábamos en banda si no, no teníamos información de los que estaban presos, y ¿qué íbamos a hacer? Las grandes movilizaciones se veían por ahí. Y fuimos a la Juventud Peronista. Nos formamos, elegimos el presidente, todo democráticamente. Y después nos empezaban a llegar publicaciones y leíamos en el local del partido...

P: ¿De la JP?

R: Sí, leíamos la *Estrella*, *El Combatiente*, el *Asc del comunismo*, todos los libros. Pero el hecho es que con toda esa gran movilización

La inserción y el trabajo de masas

ción no había ningún peronista desaparecido. Cuando empezamos dentro de la JP como yo tenía una base peronista al poco tiempo los hacíamos entrar en unas contradicciones tan terribles que el tipo lo salía puteando a Perón, y nos metíamos nosotros, que a la casa llegamos como peronistas. Los desplazábamos a los peronistas. Había uno que era muy peronista, era Monto, está desaparecido. Y después los demás sí porque los hacíamos entrar en contradicciones. El cuñado de una está gritando todavía en tiempos de la Isabel 'Con Evita, Ragone y Perón haremos la patria socialista'... no, con Isabella. ¡Cómo nos retamos!

P: A ver si te entiendo bien. Ustedes se conectan con el PRT a través de Rizzo Patrón y de los profesores [de secundario] que les empezaban a pasar materiales. Se organizan de alguna manera, se juntan, y como [a Rizzo Patrón lo detienen] están en banda, solos, se meten en la JP.

R: Porque los que nos dieron la dirección estaban presos.

P: ... estaban en cana. ¿Y cómo te volvés a conectar con el PRT?

R: Porque después salieron, en el '73. Antes de eso ya había algunos compañeros que salieron... los largaron antes, '72, '71. Había mucha gente en Salta, ya nos empezamos a reunir con Salta.

P: ¿Y qué pensaban cuando salen los compañeros de la cárcel y se encuentran que todos ustedes están metidos en la JP? ¿Qué les pareció?

R: Estaba bien, nos aprobaron. Por ejemplo, Pelusa [Villanueva] era responsable después, era un miembro del partido muy bien considerado, era de la Juventud Guevarista. Era de Metán, yo lo conocía de antes inclusive. Bah, nos conocíamos todos, nuestros padres eran amigos. Y cuando lo largaron a él, y a muchos compañeros que eran amigos del ELN [Ejército Libertador del Norte] de Salta, vinieron a Metán.

P: ¿Y cuántos eran ustedes?

R: Y yo más o menos calculo que simpatizantes, militantes en Metán habrá habido más de cien. Bastante gente. Muchos desaparecidos. Hay gente del partido que están desaparecidos. Después quedó otro grupo, cuando empezamos a irnos de la zona porque ya empezamos a quemarnos, entonces ya era muy ridículo que nos quedemos a esperar a la cana.

P: Ustedes siempre como JP.

R: Nosotros como JP. Por ejemplo, a mí me habían dado un puesto en la municipalidad. Nosotros éramos de Bienestar Social, era subsecretario de Bienestar Social el compañero ese que está desaparecido y yo. Y hacíamos acción social. Venía la gente y nos pedía, nos ponía en un compromiso, nos pedían zapatillas, 'yo tengo seis hijos y no tengo zapatillas, y ahora que está Perón'. 'Bueno, señora, cuánto calzan, mañana le traigo'. Y la llevábamos a la señora a una zapatería, decíamos 'nosotros somos de la municipalidad, la señora va a llevar zapatillas'. Y le daban, le tenían que dar. Porque decían 'ustedes vayan y pidan, pidan todo, organicen lo que quieran'. Organiza-

Pablo Pozzi

mos, por ejemplo, los campeonatos de Evita, y era una gran cantidad de dinero, porque como veinte clubes con tres divisiones cada uno, y le dimos una camiseta para cada uno, un pantalón corto, y no se pusieron nunca un botín, los chicos qué sabían, y una pelota para cada división. Y este Rizzo Patrón era terrible...

P: ¿Y ustedes como PRT qué hacían? Volunteaban, repartían *El Combatiente*...

R: Organizábamos las células y leíamos y estudiábamos, organizábamos por frente. Con mi cuñado de ese tiempo, Tito, era un compañero muy bueno, muerto en Catamarca; y varios compañeros más que estábamos todos más o menos en esa edad. Ya ese Tito fue a la escuela de cuadros, ya empezaron estudios más grandes. Ya empezamos nosotros como una regional a visitar por ejemplo Tucumán, Salta, y empezamos a organizar los compañeros

P: ¿Y qué respuesta tenían?

R: Buena, muy buena.

P: ¿Qué querés decir con 'buena'? No te botoneaban.

R: No, porque empezábamos como peronistas, y después íbamos un poquito más, íbamos tanteando. Pero había compañeros que empezábamos a charlar, y cuando veían que era permeable, para no comprometerse ya le pasaban la dirección, a donde tenían que encontrarse y empezaban a charlar más profundamente como partido.

VIII

Evidentemente, la inserción de una organización era una cosa por demás compleja puesto que había que articular la política con los sentimientos; al decir de los vietnamitas (muy citados por el PRT-ERP) "había que ganar el corazón y la mente de la gente". Esta tarea requería no sólo experiencia sino también una calidad especial del militante. En aquellos lugares donde los militantes del PRT consiguieron articular los distintos niveles se logró una importante inserción de la organización. Un primer ejemplo es el siguiente testimonio de un obrero metalúrgico de Villa Gobernador Gálvez⁴⁴:

Pregunta: ¿Dónde estabas trabajando?

Respuesta: En el fin del 73, no recuerdo bien la fecha, si septiembre o agosto, yo estaba trabajando en la sección de primer piso, en una fábrica de 60 tipos. Había llegado la comunicación de que había entrado un -no le llamaban comando- un grupo y le había amenazado al gerente. En ese momento teníamos un enfrentamiento con la patronal en forma pasiva. Recién nos habíamos afiliado al sindicato metalúrgico, empezábamos a tener una cierta organización que se fue dando independientemente de la política. Yo todavía no tenía

44 Testimonio de King Kong, Villa Gobernador Gálvez, 28 de marzo de 1983.

La inserción y el trabajo de masas

ninguna participación de nada. Lo único que me comentaban los mayores, la gente grande, que nos teníamos que organizar para muchas cosas. Por ejemplo, la ropa que nos tenían que dar dos veces por año y a veces, si no los presionabas vos, pasaban de largo con la ropa. Aumento de sueldo, leche a los pintores, porque con eso más o menos aliviaban lo que les producía a los pulmones. Empezaba ya a inquietarse la gente y a ver sus pequeñas reivindicaciones, que estaban en los estatutos de la misma patronal, pero que en ese lugar no cumplían. No había nadie que los presionara, entonces ellos muchas de las cosas las pasaban de largo.

Y llega la noticia de arriba de que un grupo de gente había entrado y había hablado con el gerente: lo habían asustado. Y había dejado un volante donde pedían todas las reivindicaciones que nosotros ya previamente habíamos conversado en la plaza, en las distintas secciones. Y por lo que yo después me fui enterando por los otros compañeros de trabajo, se habían llevado todas las plumillas de las direcciones de todos los que laboraban en la fábrica. A todo esto yo ya lo había comentado en mi familia, a mi vieja. Un día determinado me estaba bañando, golpean y me dicen 'te buscan'. Salgo afuera, yo veía un tipo y una chica. Me dicen 'venimos a traerte la revista del PRT'. Yo no sabía nada, la verdad que no entendí mucho. Y yo no me acuerdo si era un día viernes o sábado pero recuerdo que tenía un balcecito para ir. Ellos, me acuerdo que querían conversar. En una de las páginas había salido chiquito el problema de la fábrica nuestra. Entonces me mostró y quería ver qué me parecía. Era un compañero que por primera vez yo entraba en contacto. Y entonces yo le dije que viniera en otro momento porque yo recién salía del baño y me gustaría conversar, que vengan en otro momento. '¿Cuándo van a venir?' 'Bueno, nosotros vamos a venir un día determinado'. 'Pero, avisame qué día'. 'No, nosotros vamos a caer'. Y bueno, me dejó la revista. Me acuerdo que ni la leí la revista, estaba apurado para salir. Después a los dos días agarro la revista y empiezo a leer la parte del conflicto nuestro, *El Combatiente*. Y en un pedacito chiquito se hablaba del problema nuestro. Yo se lo comento a mi vieja y mi vieja dice 'por lo menos están haciendo algo para ayudarlos a ustedes.'

P: O sea, ¿a tu vieja le pareció bien?

R: Sí, le pareció bien.

P: ¿Y a vos?

R: Después que yo leí el articulo ese, todo lo que era apoyo hacia nosotros me parecía bien también. Y después pasan más o menos dos semanas y me vuelven a visitar. Me vuelve a visitar el compañero y me trae otra revista.

P: ¿La pareja te vuelve a visitar o sólo el compañero?

R: No, la compañera. El compañero ya no había venido. Me deja la revista y yo digo que espere. Cierro la puerta y le digo 'mami, dame plata que así le pago la revista y le pago la que le debita'. 'Ah, bueno,

Pablo Pozzi

que ¿vinieron, a venderte la revista? 'Sí', le digo, 'pero yo le quedé debiendo una, dame la plata' –porque la manejaba mi vieja-. Y dice, 'no, pará, pará porque nosotros tenemos problemas con la casa, voy a ver si ellos tienen un abogado que nos pueda ayudar'. Porque tenía problemas con el terreno, con la casa. No sé qué problemas tenía. Entonces yo le doy la plata a la compañera y la compañera se va. Entonces mi vieja dice '¿qué hiciste? La dejaste ir'. 'Sí', le digo. Entonces la llamo, le digo 'vení, vení', medio achicado. 'Vení, que mi vieja quiere conversar con vos'. Entonces la compañera entró, media tímida. 'Vení, pasá'. Y la compañera entró mirando para todos lados. Mi vieja le planteó de la casa. 'Bueno', dice, 'yo lo voy a comentar, usted prepare todos los papeles a ver si los abogados pueden hacer algo'.

A todo esto en la fábrica se iba viendo un grado de organización por secciones. Así que sacan un volante, pero el volante no era político sino era bien gremial. Un volantito de pocas letras, nos daba pocas indicaciones y hacía ver que nos teníamos que juntar porque la historia de esa fábrica no cumplía ni las leyes mínimas de trabajo que en ese momento dictaba el gobierno. Entonces un grado de pequeña organización ya nos poníamos contentos, porque eso nos daba la pauta de que se estaba haciendo algo, que no estábamos solos. Nosotros por ahí pedíamos la ropa en forma aislada pero se ve que a ellos no les golpeaba fuerte. A todo esto las primeras semanas que aparecieron volantes, que había en el baño algunas pintadas, había algunos que eran medio alcahuetes y le pintaban el baño.

P: O sea, había gente del PRT dentro de la fábrica.
R: Claro, había gente pero no se conocía, estaba haciendo un trabajo bien... inclusive yo hasta el día de hoy no sé quien fue el compañero que empezó a hacer ese trabajo porque a todo esto, ya después que apareció el volantito este hubo como 15 o 20 obreros que los echaron. O sea, éramos 60 y quedábamos 40 en la fábrica. Y cuando echaron a esos 20 compañeros, nosotros se vino la apertura de afiliarnos a la UOM, que fue un paso muy grande también. Una cosa que en la historia de esa fábrica no estábamos acostumbrados a tener ese grado de organización, siendo que cualquier fábrica del cordón industrial ya tenían sus delegados, su afiliación. Pero esta fábrica tenía esa característica, que no tenía un delegado, nada. Y después, yo así confesándome con otro compañero de la sección, le digo 'mirá, me vinieron a visitar, yo te lo digo a vos de confianza'. 'Vos sabés que a mí también me vinieron a visitar'. 'No, a mí me vino una rubia', se comentaba en esa época. Se ve que eran distintos compañeros que agarraban distintos domicilios, 'diez vas a visitar vos', según también la zona donde vivían. Bueno, después empezamos a través de afuera a tener contacto con los compañeros de adentro. Entonces íbamos a una reunión y nos veíamos y nos desahabábamos, 'ah, así que vos tenés relación con tal cosa'.

P: Decime una cosa más, ¿cuando el PRT apretó al gerente de la fábrica, a la gente le pareció bien?

La inserción y el trabajo de masas

R: Sí, en forma general, por lo que yo estuve conversando en forma independiente de la política, a todos nos pareció muy bien y lo tomamos como una burla hacia ellos, como que le están apretando los zapatos.

P: Y los compañeros estos que te vinieron a visitar a vos, ¿qué eran, compañeros de clase media?

R: Sí, la compañera era de clase media porque los padres tenían campo.

P: ¿Eran buena gente?

R: Fueron ejemplos, la verdad que los recuerdo mucho, y para mí habían asumido una forma de vida de humildad hacia toda mi familia, el trato que tenían entre ellos mismos, entre los compañeros. Por ahí yo decía 'ustedes', y la compañera me decía 'no, nosotros', no somos una cosa aparte, somos nosotros'.

P: ¿Te caían bien?

R: Sí, es así que un compañero cae en un enfrentamiento y yo me pongo a llorar mucho. Se llamaba Ricardo Silva, muere en un enfrentamiento en la calle Uriburu, y yo me pongo a llorar mucho. La compañera de él me quiere alentar a mí. Entonces la compañera me dice que ella también tenía ganas de llorar pero que el compañero dio la vida por los obreros y que había que reemplazarlo. O sea, me alentaba a mí, me daba ánimo. Pero yo a veces pienso que no es que uno llora porque ya está derrotado sino porque se le muere algo que uno quiere y es inevitable que le den ganas de llorar. La compañera no sé si lo tomaba mejor porque yo tenía miedo, porque yo lloraba porque nos habían infligido una derrota. Yo sabía que los problemas del obrero los sufrí de chiquito hasta... Y bueno, en mi casa después de esa pérdida del compañero en mi casa se empezó a tomar una de las piezas como casa donde se reunían los compañeros dirigentes del comité barrial."

El segundo testimonio refleja que el lograr la inserción se hacía a veces, inclusive, en contra de la práctica de los propios compañeros de organización. Así, el ganar el corazón y la mente de los trabajadores implicaba una calidad del militante en cuanto a lo humano, pero también una claridad en términos de combinar formas de lucha y en cuanto a no confundir combatividad con conciencia. Al mismo tiempo, hubo un problema permanente en cuanto a la tendencia a substituir la actividad de las masas con el accionar del ERP. Un ejemplo de esto es el siguiente testimonio de una huelga en Buenos Aires:

Pregunta: Decime una cosa: ¿podiste arrimar más obreros al ERP o no, al fin y al cabo?

Respuesta: Yo contacté con el ERP muchos compañeros de esa fábrica. Jamás me delataron. Te digo más: cuando yo salí de Devoto en el año 73 me esperaron en la puerta de la calle. Y muchos de los que ni pensaba que me podían ir a esperar, me estaban esperando en la

Pablo Pozzi

puerta. Cuando yo salgo de la cárcel, inmediatamente se me promueve a militante. [...] Tengo la oportunidad de intervenir en un conflicto que después fue muy resonante. El de Miluz. De junio, el primer conflicto.

P: ¿Y cómo interviniste ahí?

R: Porque un compañero que era administrativo ahí, trabajaba en la administración... lo atendía yo en Capital Federal. Era un compañero que había estado antes en la dirección de Capital Federal y que a partir de las caídas de Sallustro y todo eso se asusta mucho, y se aleja del Partido. Después en el '73 vuelve a retomar contacto y vuelve como simpatizante. Cuando hubo problemas en Miluz, me vino a consultar qué es lo que me parecía la toma de la fábrica. Yo más o menos tenía conocimiento que la industria de la pintura, en ese momento, estaba en un período de crisis, y le dije sinceramente que era una barbaridad que tomaran la fábrica. En el cuerpo de delegados de esa fábrica, que era bastante grande, había aproximadamente ocho compañeros...

P: ¿Cuánta gente había en esa fábrica en ese momento?

R: Más o menos como 1.200 personas. Había como ocho o diez compañeros del Partido en el cuerpo de delegados, había dos en la Comisión Interna. Era fuerte. Era en serio el Partido. Entonces yo ya había tenido problemas con la dirección sindical de la regional... serios problemas con Citroen, con Alba y este problema ya se veía venir encima.

P: Esos compañeros ¿eran obreros de la fábrica?

R: En Miluz eran obreros de ahí. Lo que pasa es que las direcciones sindicales eran proletarizadas. No entendían nada de la situación. O sea, lo que se creía que era conciencia era combatividad, y una serie de cuestiones bastante reñidas con el marxismo. Esta fábrica la tomaron sin tener en cuenta la situación de la industria de la pintura. Y bueno, la habían llevado a un callejón sin salida. Habían tomado con rehenes. Estaba el directorio completo. Y ya llevaban más o menos dos días en la toma de la fábrica, cuando vienen de la dirección... no me acuerdo quién fue, no se si fue el Negro Mauro y oficialmente me pide que intervenga en Miluz. Entonces, digamos me trasladé muy cerca de la fábrica.

P: ¿Estabas clandestino?

R: Sí. Era semilegal porque yo andaba en los actos públicos. Y le pido al compañero administrativo este que juntara, por lo menos, diez de los más viejos obreros, la gente más vieja y que los sacara de la fábrica y los trasladara para que charlaran conmigo. Yo no podía entrar a la fábrica. Por principio ¿no? Paracaidismo, no sirve. Salieron seis, siete obreros viejos de la fábrica. Me presenté en nombre del Partido. Entonces les pregunté la opinión de la toma de la fábrica. La misma visión que yo tenía, que era una barbaridad. Pregunté cómo podíamos hacer para salir del pantano. Entonces, ellos opinaban que inmediatamente había que cambiar el cuerpo de delegados y la comisión interna. Que con esa comisión interna y ese cuerpo de

La inserción y el trabajo de masas

delegados no se podía negociar. Entonces les pregunté las posibilidades de hacer una asamblea en la fábrica. Y bueno, o sea en definitiva los que dieron la solución fueron ellos. Fueron... yo les pedí que hicieran la asamblea. La hicieron. Desplazaron el cuerpo de delegados, la comisión interna...

P: ¿El PRT aceptó y con eso no tuvo problema?

R: Lo tuvieron que aceptar, sí o sí. Fue mayoría en la asamblea, y me basaba en la confianza en los obreros...

P: Bueno, considerando que el PRT perdió ocho o diez delegados, dos de la comisión interna...

R: Claro. Sí, sí. Después vino el problema conmigo. Este, entonces para apoyar esa negociación, después que hicieron la asamblea, me avisaron y les dije que hablaran con el directorio y les dieran dos horas para negociar. Lo máximo que les podíamos dar eran dos horas. Entonces, yo en ese momento estaba en contacto con el ERP, en Capital Federal, que había llevado dos comandos cerca de la fábrica y llamé por teléfono al directorio. Bueno, porque hasta ese momento habíamos confeccionado un petitorio con una serie de puntos. Y yo le decía a los compañeros más viejos que si lográbamos un cincuenta por ciento era un triunfo. La reincorporación de los despedidos era imposible, que había que negociar. Lo que pasa en toda fábrica, que tienen una cantidad de gente con problemas de disciplina y todo eso y que lo usan como provocación. Entonces, le digo al directorio que tienen dos horas para negociar con los obreros. Y que al término de las dos horas, si no negociaban iban a entrar dos comandos del ERP a liquidarlos. Al directorio en su conjunto. Calculo que en menos de una hora se negoció. Un triunfo total. Sabía que era un triunfo a lo Pirro digamos, porque era un problema de la industria y no sólo de Miluz. Que iban a venir atrás las represalias.

P: Ahora, ¿no estabas sustituyendo a los obreros con los comandos del ERP?

R: En ese momento no. No. Lo hubiera hecho si los hubiera puesto sin las asambleas, sin la comisión de negociación.

P: ¿Son despedidos los delegados?

R: No. Habían sido despedidos, creo que 15 o 18, pero que no eran delegados. Eran activistas. En los cuales no estaba involucrada gente del Partido. La cuestión es que llueven las críticas, y baja Santucho.⁴⁵ Que es la primera vez que lo veo a Santucho, lo conozco. Y habla conmigo solo. Yo le explico la situación como fue. El me dice que, bueno, tenía que resolver el problema con la regional. Que cómo podíamos hacer. Yo le dije 'mirá la única forma de resolver esto es llamando a los obreros, a los interesados'. Entonces, me acuerdo que hicimos en una quinta grande un asado y llevamos por lo menos

45 Es interesante la imagen que evoca el concepto de "bajar". Parece reflejar una separación práctica entre la organización –particularmente su dirección– y los trabajadores.

Pablo Pozzi

60 o 70 obreros. Entre ellos los más viejos. No como Partido, para festejar el triunfo. El único hombre del Partido que conocían los viejos era a mí y a nadie más. Bueno ahí el Negro nos dio a todos una cátedra, porque durante el asado que empezó a eso de las once de la mañana él se puso a hablar con todos los obreros, a juntar opiniones, todo.

P: ¿Ellos sabían quién era?

R: No. Hizo toda una composición del lugar, del conflicto. A eso de las cinco de la tarde se fueron todos y quedamos solamente la gente del PRT. La regional, los delegados que habían sido desplazados. Y bueno hizo un análisis de la situación. La única crítica que tuvo fue mi intervención sobrepasando la jurisdicción. Bueno, a raíz de eso cae el responsable sindical de la regional, y gente de la dirección de la regional. O sea, bajan a las bases porque evidentemente no tenían una visión clara de lo que estaba pasando en ese sector de la clase obrera. Esas son las cosas que un poco después hicieron leyenda, y no solamente por las armas.

No sólo la inserción podía ser débil, sino que inclusive la actividad militante podía generar el rechazo de la gente. Esto último deja sin responder una serie de preguntas de fondo en torno al desarrollo de la conciencia del pueblo argentino y su relación con la actividad para un cambio revolucionario, y respecto de si los métodos empleados eran los más adecuados a los objetivos planteados. Un buen ejemplo se relata a continuación:

Pregunta: ¿Tenés una noción de tus compañeros estudiantes cómo veían a la guerrilla, cómo veían al ERP en este caso? ¿Cómo los veían a Uds?

Respuesta: Sí, todo esto era una etapa al principio donde extremas demasiado la seguridad, eres super clandestino, no hablas con nadie de esto, dónde presupones la aceptación del resto. Te sientes que estás haciendo lo que hay que hacer y que todos están de acuerdo. Sin embargo más adelante te vas a empezar a dar cuenta que no es así. Cuando actuábamos, cuando estábamos propagandizando. Te voy a comentar dos hechos que recuerdo bien, que se me hacen importantes. Una vez en mi grupo de la facultad [en la Universidad Nacional de La Plata], cuando estábamos en prácticas de hospital, pusimos *Combatientes*; o sea, fuimos media hora antes de que iniciaran las actividades; entonces fuimos y dejamos en un lugar accesible a donde iba a entrar el grupo una pila de *Combatientes*. Y se supone que yo entraba después con el grupo y tenía que ver la reacción de la gente. Las reacciones fueron terribles. Lo primero que me acuerdo fue una enfermera que toma un *Combatiente* -decía PRT, Partido Revolucionario-, y dijo "¡Ay, revolucionarios!", y salió corriendo de miedo porque decía 'revolucionario'. Se asustó de esto. Gran apatía por parte de los estudiantes con excepción de algunos

212

La inserción y el trabajo de masas

que eran militantes del PC que 'Ay, estas pendejadas'. Pero en general una gran apatía. Y miedo.

Otra vez que me acuerdo muy bien, hicimos una acción de propaganda en un aula que estaba llena, había como 200 estudiantes. Entonces, la clásica acción, entramos y tomamos el aula, encapuchados, y había que arengar. Entonces la compañera que estaba arengando, pues no hubo ninguna aceptación a la posición que se planteaba, incluso la mayoría de los estudiantes decía 'ya, déjenos que el profesor está esperando para darnos la clase'. En ese momento entraron uno o dos estudiantes que se equivocaron de salón y ya no los podíamos dejar salir y fue una gran lucha con ellos. 'Que no pueden salir.' '¿Por qué no?' '¡Córrense, déjenme pasar!'. Y después alguno por ahí salta del público y dice: '¿Qué? ¿El pueblo no da la cara, no? ¿Por qué se cubren?' Realmente no vimos aceptación.

P: ¿Y esa no aceptación a ustedes cómo los impactaba?

R: Lo que pasa es que nosotros teníamos mecanismos de defensa muy desarrollados. O son pequeños burgueses o son apolitizados... no sé, inventábamos mil y una cosa para justificar los hechos."

IX

Durante todo el período 1972-1975 el PRT-ERP hizo grandes esfuerzos por insertarse y mejorar su trabajo de masas. En algunos casos fue muy exitosa, en otros fue buena pero superficial, en otros fue a lo sumo embrionaria o incipiente, y también hubo fracasos; que no lograra consolidar lo obtenido fue una de las causas de su aniquilamiento. Quizás lo más notable es que logró avances importantes en lo que fue un período muy corto. Por período corto entendemos no sólo el tiempo calendario, sino también el tiempo político por el cual tanto los militantes como los trabajadores hacen su experiencia y tienen la posibilidad de aprender y corregir sus errores. Así, la cantidad de testimonios que marcan la identificación poco clara de la organización subraya la debilidad y la insuficiencia de la inserción.

Por otro lado los mismos documentos internos de la organización señalan sus prioridades en cuanto a la distribución de cuadros y los problemas que de esto se podían derivar. A principios de 1975 el PRT-ERP distribuyó una recomendación "con el fin de mantener un desarrollo armónico [...] como guía para las direcciones zonales y regionales el siguiente porcentaje aproximado de distribución de los cuadros por tipo de tareas: militar 30%, sindical 15%, propaganda 15%, estudiantil 15%, legal 10%, organización (dirección) 10%. Lo primero que se debería destacar es que la mayoría de los militantes

46 *Boletín Interno* 76, 22 de febrero de 1975.

213

Pablo Pozzi

mité Ejecutivo. Y ella a veces venía, no participábamos nosotras de esas reuniones, pero venía de reuniones con responsables nacionales y venía como más destruida porque decía 'no pueden aceptar que haya mujeres!', que fue una pelea bastante desigual. Al fin logró, ella y otras compañeras... pero mínimo, y sin embargo había muchas mujeres militantes y de gran capacidad. Entonces si se mira por el aspecto...

P: Además el Comité Central tiene mujeres alrededor, en cuanto a secretarías... Y además hay muchas responsables en otros niveles.

R2: ¿Sobre todo más acá, me parece, no? Cuando estaba el centro de la lucha del poder.

P: ¿Y por qué piensan que no? Que es difícil que entren mujeres al Comité Central, al Comité Ejecutivo y al Buró nunca.

R3: Yo creo que es algo ancestral, como el 30 por ciento de mujeres ahora en los partidos políticos. Que es por la condición social de la mujer, que es una lucha.

R4: El poder...

P: ¿Pero cuál era el argumento de los compañeros?

R5: Ninguna.

R4: Hubo documentos internos planteándolo, no lo consultaban. Y a veces había compañeros que presionaban para que esa compañera si estuviera.

R1: Tampoco estaba claro desde el punto de vista de la mujer, ¿no? Esa lucha planteada masivamente para abrir un debate, como que hoy sí está más claro. Nosotros intuíamos cosas... porque no estábamos en los lugares. Yo lo que notaba es que bajaban compañeros de acá de Buenos Aires, del Buró, del Comité Central y estaban contentos cuando había mujeres. No mujeres para ir a cuidar chicos o para ir a hacer la comida mientras duraba la reunión, sino mujeres participando. Pero yo pienso que tampoco capaz que nosotras no teníamos esa necesidad...

R6: Vocación.

R5: ...que ahora está más planteada.

P: Yo tengo la impresión de que el PRT inicialmente, 68, 69, tiene relativamente pocas mujeres militando dentro, y la mayoría proveniente del frente universitario. Hacia el 73, 74, esto ha cambiado, hay un porcentaje muy alto de participación de la mujer. La impresión que tengo yo en relación con otras fuerzas políticas de la época, el porcentaje de participación femenino en el PRT es elevado. Eso por un lado. Pero también tengo la impresión de que es muy diferenciada la participación según el frente. Que es más fácil que la mujer sea responsable en barrial o en legal que en militar o en sindical.

R2: Claro.

P: No sé si es cierto, es una impresión. Y la impresión, más fácil militar que en sindical, vos sindicalista dirás.

R3: ¿Que era más fácil?

R2: Me parece que ahí hay una cuestión social más marcada.

234

Las mujeres militantes

R3: Más marcada. La incorporación de la mujer desde el lado sindical es más tardía que la incorporación de la mujer que viene de la universidad, que viene de los secundarios, de los barrios.

P: Ahora, vos estabas en el frente sindical, ¿cómo te llevabas con los compañeros del frente sindical de otros gremios? ¿En la mesa sindical?

R3: Bien, tampoco tenía un nivel muy alto dentro de esas cosas. Altitaba. Acostumbrada.

P: ¿Eras muy dura?

R2: Blanda nunca fue, ni ahora, así que si dice que era blanda en aquel momento no es creíble.

R3: Era un poco más dura que ahora. Los palos me ablandaron.

P: O sea, una cosa es que te otorgaran espacio y otra que te lo guardaras a codazos. No sé si me explico la diferencia.

R6: En sindical es así.

P: Bueno, en todos lados.

R6: Pero ahí se notaba mucho más, porque la mayoría era hombres. Porque yo recuerdo que nosotros nos reuníamos con los ferroviarios y la mujer del ferroviario estaba ahí escuchando a ver qué podía escuchar de la reunión. Hasta que un día la mujer se enojó y dijo: 'A mí nunca más me dejan afuera en la cocina'. Ella traía mate, traía, lucía tortita. Dijo: 'Nunca más, yo quiero estar acá, yo quiero participar y escuchar'. Era la mujer de un ferroviario que no trabajaba, cuidaba a sus hijos y no estaba imbuida de todas las ideas que sí traíamos de la universidad o de otros barrios, que teníamos más manejo político. Y ahí sí hubo una reunión dentro del partido, y estos maridos que eran sindicalistas obreros no querían saber nada con que la mujer participara. Ahí termina siendo una cuestión de clase también.

R3: En el caso mío no te puedo decir eso...

P: ¿Vos pensás que no querían porque tenían miedo que la mujer compitiera con ellos o tenían miedo que al salir les metieran los cuernos?

R6: Ahí ya no sé si lo tengo claro.

P: Te pregunto tu opinión.

R8: Conducta social. Paternalismo.

P: Todo junto, está mal y no hay que hacerlo.

R2: Hay una cosa cultural me parece.

R3: Yo lo que pasa es que era la única obrera de una fábrica de 1500 obreros, entonces o me escuchaban...

P: ¿En qué gremio estabas vos?

R3: En la UOM. Entonces es distinto, te tienen que escuchar sí o sí.

R2: De por sí tenías una cuota de poder. En la barrial yo era la única.

R1: Vos fijate, por ejemplo, en Villa Constitución que las mujeres jugaron un papel determinante, muy importante, las mujeres de la Martrón. Durante todo el 74, el 75 fueron relevantes, y por ejemplo, ahora que acompañan... toda la apoyatura de las tomas de fábricas son mujeres. Las tipas te recorren toda la zona, todos los comerciantes,

235

Anexo 2.10. de *Por las sendas argentinas. El PRT/ERP – La guerrilla marxista*

COLECCIÓN BITÁCORA ARGENTINA



Pozzi, Pablo
Por las sendas argentinas : el PRT-ERP, la guerrilla marxista. - 2ª ed.-
Buenos Aires : Imago Mundi, 2004.
22x15 cm.- (Bitácora Argentina)
ISBN 950-793-033-7
I. Guerrilla I. Título
CDD 322.42

Ediciones Imago Mundi
Constitución 3105
C1254ABA Ciudad Autónoma de Buenos Aires
E-mail: ale@ar.inter.net
© Ediciones Imago Mundi
© Pablo Pozzi

Diseño, diagramación y armado: Gráfica Puntosur
E-mail: informes@graficapuntosur.com - Tel.: (011) 4954-7498

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Impreso en la República Argentina
Prohibida su reproducción total o parcial.

MARCHA DEL ERP

Por las sendas argentinas
Va marchando el ERP
Incorporando a sus filas
Al pueblo que tiene fe.

Va marchando al combate
En pos de la revolución
Que entregue al pueblo el mando
De esta grandiosa nación.

Adelante compañeros
Adelante sin parar
Que con nuestro armas
Nada ya nos detendrá.

Va marchando al combate
Por el camino del Che
Con su bandera en la mano
Y sin dejarla caer.

Por la Patria Socialista
Como consigna final
La etapa capitalista
Para siempre morirá.

Adelante compañeros
Hasta vencer o morir
Por una Argentina en armas
De cada puño un fusil.

Estrella Roja n° 37
5 de agosto de 1974

Estaba el *Tano*, el único delegado que estaba ahí. Se corre la bolilla que se había quemado uno. Estábamos parados ahí. Me bajo y me voy al *Ceibo*, el barco donde estaba trabajando Alesia. Ahí dicen que se quemó.

¿Y en qué lo llevaron?, preguntan. “En un tablón de albañil. Como no había camilla...” Ahí nomás me dice *Larguirucho* que Alesia salió como una tea. Del doble fondo salió por la boca prendido fuego de los pies a la cabeza; y el otro muchacho, un hombre grande, lo agarra contra una chapa y le tira la blusa de él y le apaga el fuego. Dice que estaba todo quemado [...]

Después el *Tano* Mastinu y no sé quién más se lo llevan en una ambulancia.

Yo estaba ahí. Yo al *Tano* lo vi. Y estaba el *Huguito* Rivas también y entonces dijimos, “acá paramos”. Hablamos a todos los viejos del platón y a nuestro barco y se paró.²

El *Tano* (Martín Mastinu) y *Huguito* (Hugo Rivas)³ eran dos delegados que no habían sido despedidos porque tenían fueros sindicales, y tuvieron un papel central en los sucesos que siguieron: organizaron la movilización en el interior de la planta, mientras mantenían contacto con el resto de la Agrupación, sus compañeros despedidos que activaban desde afuera. Impulsados por estos militantes (“hablamos a todos los viejos del platón”) los trabajadores del astillero pararon y sostuvieron sus reclamos: el despido de la Comisión de Higiene y Seguridad íntegra.

Los delegados oficialistas del SOIN tuvieron que aceptar el hecho consumado y ponerse al frente de la acción. Al principio, el conflicto siguió una dinámica conocida por los trabajadores con alguna experiencia. Mientras continuaba el paro, los representantes sindicales iban y venían entre Tigre y el Ministerio de Trabajo. Tras el accidente de Alesia y la decisión de no trabajar, se produjo la asunción de Cámpora (viernes 25 de mayo de 1973) seguido por un fin de semana. La semana siguiente, el miércoles 30 de mayo por la mañana, durante una asamblea en la que participaron trabajadores navales y metalúrgicos (en Astarsa había obreros de esas dos ramas industriales) la conducción del sindicato llegó con la noticia de que para arbitrar en el conflicto, el Ministerio de Trabajo exigía el levantamiento del paro de actividades que habían lanzado para lograr la conciliación.

liación. Los trabajadores se indignaron e intentaron golpear a los delegados tras arrojarles tuercas y bulones.⁴ Su enojo aumentó cuando otro delegado informó que Alesia se estaba reponiendo de sus quemaduras, porque en el mismo momento llegó un trabajador vinculado a la Agrupación con la novedad de que habían llamado del hospital para informar que el *Cara Antigua* había muerto.

¿Qué es lo que produjo que esta vez la dinámica fuera diferente? ¿Que no le bastara a la dirección del SOIN con "decir lo que decían en todos los paros"? Durante esos días, los militantes navales (tanto los despedidos como los que seguían trabajando) se reunieron y tomaron algunas decisiones. Hacía meses que venían discutiendo modos de acción directa que les permitieran tomar la delantera en la lucha política dentro del astillero. La noche del 24 de mayo, en la que se reunieron para organizar cómo concurrirían a la Plaza de Mayo para participar en la concentración por la asunción de Cámpora, los acontecimientos del astillero desplazaron cualquier discusión. Juan Sosa, el *Chango*, uno de los organizadores y dirigentes de la Agrupación, despedido en ese momento, retomó su postura: "Este es el momento de la toma. Lo planteo, ya lo veníamos discutiendo hacía tiempo, pero dije que justamente como iba a subir un gobierno popular, no íbamos a ser reprimidos, y que entonces era la coyuntura justa".⁶

Un accidente fatal y un nuevo contexto político impulsaron una decisión que ya era una posibilidad en la estrategia de lucha de una agrupación sindical. Liderados por el *Tano Mastinu* y *Huguito Rivas*, decidieron la toma. Aprovecharon el incidente producido por la noticia de la muerte de Alesia en medio de la discusión con los representantes del SOIN: "Hablaron ahí, estábamos los muchachos más o menos juntos. 'Qué hacemos, qué hacemos'. 'No, y vamos a tomar la fábrica'. 'Vamos a tomar la fábrica'. 'Y bueno, vamos, y vamos'. Y fuimos. Y ahí la tomamos, así de una".⁷

Se trataba de controlar los puntos claves de un predio de 16 hectáreas, con puestos de guardia, numerosas salidas al río Luján y uno de sus flancos lindando con un monte espeso. La planta, además, estaba repartida entre la zona de trabajo naval y la metalúrgica. No eran muchos, pero sabían lo que tenían que hacer: controlar los accesos, impedir la entrada de fuerzas represivas y la salida del personal jerárquico tomado como rehén:

Primero fuimos a la oficina, sacamos toda la gente, a los capos grandes los dejamos adentro, no como rehén, como amigos, para verlos, para no extrañarlos [*jejeje*]. Fuimos a la guardia, tomamos la guardia, echamos a los vigilantes y nos adueñamos de la fábrica. Sacamos todo. El que se quería ir, que era obrero, que se fuera, el que se quería quedar que se quede. No obligamos a nadie salvo a los 25, 30 tipos que eran todos capos, sí. A esos sí. Y bueno quedamos setenta, ochenta, más de eso no quedaron.⁸

Mientras realizaban estas acciones en la planta de Astarsa, otro de los integrantes de la agrupación, el *Colita* Alejandro Sonini, delegado de cobrería, llamó por teléfono al *Chango* y a los demás despedidos con la novedad de la toma, para que fueran corriendo al astillero. Algunos, como *Carlito*, Carlos Morelli, ya estaban en marcha, porque habían visto a sus compañeros hablando por la televisión.

Con la planta ocupada y controlada, hicieron públicas sus condiciones, redactadas por Juan Sosa. Hasta ese momento, el paro era en reclamo del despido del cuerpo de Seguridad e Higiene de la empresa completo, pero ahora las demandas incluían:

- 1) Despido de todo el cuerpo de seguridad.
- 2) Control obrero de la seguridad y la salubridad.
- 3) Reincorporación de todos los despedidos por problemas políticos y gremiales.
- 4) Pago completo de los salarios caídos por los días de huelga.
- 5) Que no se tomen represalias contra los obreros que participamos en esta lucha.⁹

La disputa político-sindical

A partir del 29 de mayo diferentes medios de prensa de alcance nacional comenzaron a cubrir el conflicto en los astilleros Astarsa. Llamaban sobre todo la atención sobre cuatro elementos: la independencia de las bases con respecto a la conducción del sindicato, la toma de rehenes (los hicieron oscilar entre 15 y 25), el reclamo obrero de diferentes garantías y

de la lucha para la toma del poder y lograr la patria socialista".⁴¹ En esta apreciación coincidía con los intelectuales afines al marxismo y el peronismo revolucionarios. *Pasado y Presente* publicó a finales de 1973 un artículo titulado "El significado de las luchas obreras actuales", que permite ver las expectativas que algunos intelectuales y políticos ponían en el grado de movilización visible en ese año: "Ahora como entonces [por 1945] la proliferación de los conflictos refleja la voluntad de los trabajadores de explotar las nuevas condiciones políticas abiertas por la victoria electoral para modificar en su beneficio las relaciones de poder en la fábrica y en la sociedad".⁴² El mismo artículo calificaba a las tomas de "ofensiva de clase" y no de "reivindicación". Para la publicación, conflictos como el de Astarsa (que analizaba *in extenso* como modelo), era necesario también preguntarse si "son acaso independientes del nuevo poder instalado en la Casa Rosada". Al avanzar en su análisis, caracterizaba además las "luchas antiburocráticas" no como aspectos intrínsecos al desarrollo de las organizaciones sindicales, sino que debía atribuirse "al contexto social y político dentro del que operan. Es la sociedad capitalista la que produce y reproduce dichos fenómenos en los sindicatos". De este modo, concluía el dossier, "las luchas por el control obrero, luchas sociales y luchas políticas al mismo tiempo, constituyen un terreno [...] para comenzar a construir el camino hacia el socialismo".

Notas

¹ *Crónica*, 24 de mayo de 1973.

² Centro de estudios del Trabajo (CET), *Navales*, Buenos Aires, mimeo, 1988, pp. 29-30.

³ He seguido el criterio de respetar la forma en la que los entrevistados se llamaban unos a otros durante sus años de trabajo en los astilleros y militancia, porque es la que más frecuentemente usan hoy y la que más los representa. Así, cada vez que aparezcan mencionados por primera vez será de dos formas: con su nombre y apellido y con su apodo, para en lo sucesivo aparecer en el texto central sólo con su apodo, y en las referencias con su nombre completo.

⁴ Memoria Abierta, *Testimonio de Héctor González*, Buenos Aires, 2003. Efectivamente, la noche anterior la conducción del SOIN se había reunido con el Ministro de Trabajo Otero.

⁵ Memoria Abierta, *Testimonio de Héctor González*, Buenos Aires, 2003.

⁶ Memoria Abierta, *Testimonio de Juan Sosa*, Buenos Aires, 2003.

[...] la modernización no ha eliminado más que un pequeño número de los peligros propios de los astilleros de construcción y de reparación navales; por el contrario, ha creado otros; los inherentes, por ejemplo, a ciertos trabajos de soldadura [...] Para los trabajos efectuados al aire libre, la intemperie constituye una molestia evidente e incluso una causa de peligro.¹⁴

En un lugar relativamente moderno como Astarsa, la respuesta para enfrentar estos accidentes, a principios de los años setenta, pasó por implementar medidas de higiene y seguridad bajo el modelo del control de pérdidas, que se concentra en la función preventiva y el ataque sobre las causas básicas de los daños, y no sobre sus consecuencias.¹⁵ La empresa acompañó estas medidas con el establecimiento de una escuela para los trabajadores ingresantes.

El trabajo naval es un conjunto de tareas especialmente duras: se trabajaba con hierros, calor, gases, fuego, a veces a varios metros de altura, y otras bajo la línea de flotación de los cascos ya botados de los barcos aún en construcción. Es peligroso y en muchos aspectos insalubre, lo que generaba un ambiente propenso a que se produjeran accidentes. El golpeteo incesante sobre metales y chapas poblaba el aire de ruidos sordos. Las emanaciones tóxicas de pinturas y material de soldadura producían afecciones pulmonares de distinto grado de complejidad. Un oficial calderero, por ejemplo, trabajaba vistiendo pesadas ropas de cuero para protegerse de las chispas en ambientes de más de 50° de calor, los compartimientos estancos de los barcos donde por las reducidas dimensiones se concentran gases con gran facilidad. Existía entre los trabajadores el mito de que "cada barco construido se llevaba uno o dos obreros".

Este testimonio sintetiza una jornada de trabajo típica hacia 1971-1972 desde la perspectiva de un ayudante de calderero:

Un día tipo de trabajo era entrar a las seis de la mañana. En invierno era terrible porque es un lugar que en invierno hace cinco grados menos y en verano hace cinco grados más que en el lugar urbano. Yo llegaba de noche, con sueño, con muchísimo frío. Traía la fábrica pilas de algarrobo en unos tachos, donde el oxigenista prendía en la primera abertura, y nos rodeábamos alrededor

del fuego una media hora hasta que viniera el capataz. Y después de bueno, el que tenía que terminar algún trabajo iba, y al que no se le repartía el trabajo a hacer. Siempre había, porque si no se hacía algo concreto de la construcción del buque, se hacían barandas o escaleras. Cada buque se iba armando en relación a como se iba subiendo la estructura del barco. El barco que iba al agua ya iba con parte de esa estructura, entonces teníamos que volver a armar todas las escaleras internas y externas, y era una parte muy jodida, porque uno estaba al borde... para colmo tengo vértigo. Entonces tenía que sostenerme del caño, soldar al borde de 15, 20 metros de altura, era una cosa espantosa para mí. O subir a una escalera para soldar algo arriba, que si no te la tenían, se venía la escalera abajo con la chapa mojada. O tocar cosas que te daban electricidad, ahí se manejaban 110 volts, pero igual pateaba. Como a la media mañana había un ratito para tomar algo, pasaba gente con un carrito. Se seguía laburando, hasta las 12 o 12 y media. En los primeros tiempos [...] yo me venía en bicicleta desde el astillero, la veía a ella [*su esposa*], me compraba algo para comer, y por lo menos nos veíamos, yo calculo que tenía una hora para comer. Mucha gente se quedaba ahí, en alguna parrilla que había dentro del astillero, muchos se llevaban vianda, otros comían en las casas de vecinos, que abrían un comedor, antes de entrar nos preguntaban que íbamos a querer comer, y preparaban. Y de ahí seguíamos laburando.¹⁶

No solamente vemos las condiciones de trabajo sino, como señalábamos, la relación íntima entre el barrio y el astillero: Carlos podía ir a almorzar a su casa en bicicleta, pero también había vecinos que completaban sus ingresos vendiéndoles comida a los obreros de Astarsa.

La insalubridad era un motivo de conflicto y negociación con la empresa, que era reticente a reconocerla pues implicaba un encarecimiento en los costos de producción (y a la inversa, un incremento salarial desde la perspectiva de los obreros).¹⁷ Como para mejorar sus ingresos los obreros hacían horas extras, aumentaban, en consecuencia, el tiempo de exposición a esas malas condiciones de trabajo. Por otra parte, la asignación de esas horas extras, en muchos casos, era un mecanismo de control del sindi-

cato y una forma de "premiar" a los leales de los capataces (que en ocasiones eran también delegados). A principios de la década del setenta, y aún posteriormente, el gremio no discutía cuestiones de seguridad e higiene laboral: concentraba sus demandas en aspectos salariales. La protección de la salud y el control de las condiciones de trabajo en los astilleros estaban a cargo de un grupo de profesionales de la empresa.

Los trabajadores

En Astarsa, salvo algunas empleadas del sector administrativo, la población trabajadora era abrumadoramente masculina, lo que marcó fuertemente las relaciones de trabajo. Entre los obreros eran muy comunes las bromas pesadas o relacionadas con la sexualidad, tendientes a poner a prueba la hombría de los más jóvenes o recién empleados. Aquel que no resistía ese trato, en un ambiente rudo y directo, era un "maricón", no apto para un trabajo "de machos". Materia fecal en las cajas de herramientas o guantes, golpeteo sobre las paredes del estanco en el que alguien estaba trabajando, cortes del gas de los sopletes, golpizas y manoseos, guerras en los vestuarios arrojándose los sachets de leche que les daban para paliar los efectos del trabajo insalubre eran frecuentes, parte de la rutina y de los códigos de ese espacio de trabajo:

- Se acostumbraban a hacer esas bromas, algunas eran bromas.
- Como en el río venían flotando los huevos, el huevo cuando está podrido, flota. Y cuando podían, los agarraban, se lo metían en el bolsillo a uno y se lo aplastaban. O lo tiraban en algún lugar y había que salir corriendo porque no se aguantaba, o se agarraba un soplete y se quemaba el huevo porque era una cosa espantosa.
- O tirar puchos adentro de los bolsillos... había una cosa hasta a veces carcelaria.¹⁸

Para otro trabajador, "entrar nuevito es como entrar en la colimba".¹⁹ Los primeros días de trabajo constituían un rito de pasaje, una puesta a prueba por parte de los más viejos que sucedía en paralelo con la toma de contacto con un ambiente hostil, en el que las humillaciones y las delaciones eran

En el astillero se había alcanzado un *statu quo*: el alineamiento del SOIN con la conducción de la CGT garantizaba a los dirigentes del sindicato la permanencia en la conducción y una capacidad negociadora importante frente a la patronal. Esta se concentraba en la gestión de permisos y negociaciones por horas extras. En la visión de Paolini (que estaba sindicalizado en ASIMRA [Asociación de Supervisores de la Industria Metalúrgica de la República Argentina], el sindicato de los supervisores y capataces): "todos los chanchullos se arreglaban ahí arriba. Las huelgas se arreglaban arriba, la plata bajo la mesa corría igual que ahora".²⁹

Estas prácticas comenzaron a ser cuestionadas, sobre todo por los trabajadores más jóvenes. Las objeciones podían ser tanto políticas como prácticas, en tanto "quedarse afuera" significaba obtener menos beneficios económicos por el trabajo:

P: ¿Y cómo se manejaba el sindicato antes del 73?

R: Lo manejaba un tipo [...] que era más patrón que Braun Cantilo en definitiva [...] Lo manejaba él al sindicato, tenía una lista que se llamaba la Lista Blanca pero ya estaba antes de que yo ingresara, ya estaba de antes, y bueno, de ahí los representantes más normales eran los delegados que tenía. Que eran todos delegados puestos por él.

P: Uno tiene la imagen de que podía venir bastante pesada la mano para conseguir cosas... o para lograr la adhesión a un paro.

R: No, nunca conseguían nada los delegados, por ahí ibas a pedir zapatos, ropa, sueldos que no habían pagado y les decían, bueno, les damos una camiseta, vengan, y venían contentos con la camiseta, por decirte algo, viste?, siempre era así.³⁰

A principios de los años setenta, una serie de elementos consolidaban en Astarsa una situación de aparente equilibrio. Había relaciones fluidas entre la patronal y la dirigencia sindical, con reglas de juego y límites claramente establecidos para los conflictos. Este "orden" se entramaba con jerarquías dentro del mundo del trabajo que se apoyaban en la división de tareas. En la percepción de algunos de los que recién ingresaban al astillero, para no tener conflictos lo que había que hacer era replicar ese mecanismo y acomodarse a las reglas del juego:

De nosotros decían que éramos vagos, que no éramos fuertes, que éramos blandos para el trabajo ése y que no nos daban las bolas, decían ellos, para aguantar el trabajo. Nos dejaban de costado. Nos mandaban a limpiar o a la piedra y ahí nos encontrábamos con el *Tano* Mastinu, con el *Chango* Sosa; estaba *Carbonilla*, venía Valverde con un soplete todo roto a cortar. Y así empezaron las reuniones.³⁶

De este modo, si en un primer momento la unión vino de la afinidad generacional y en muchos casos por las relaciones locales previas al ingreso a la planta, ésta, salvo excepciones, fue luego la raíz de la organización política que alcanzaron, a medida que empezaron a querer satisfacer sus demandas. Recordemos, al respecto, que las divisiones etarias se traducían muchas veces en jerarquías laborales y beneficios económicos en el astillero.

El ingreso de estos jóvenes a Astarsa, a finales de 1970, reconoce un momento concreto, en el que confluyeron cambios económicos y políticos. El astillero había recibido una serie de encargos de construcción por parte de la empresa estatal ELMA, y las convocatorias a los ingresantes llegaron a ser mensuales. El principal elemento común entre ellos era su juventud: la mayoría tenía entre 20 y 25 años³⁷ (en aquellos momentos el servicio militar obligatorio todavía se hacía a los 20, y las fábricas preferían a los jóvenes dados de baja porque asumían que tenían un buen estado físico y sanitario).

Algunos ya estaban casados y vivían en la zona, como *Carlito* (Carlos Morelli), o *Bocha* (Héctor González). *Carlito* vivía con su esposa, Elena, en casa de sus suegros, en San Fernando, a unas diez cuadras del astillero. Su papá, que tenía la concesión del comedor del colegio industrial donde había estudiado, habló para que entrara con un profesor de la escuelita del astillero que también enseñaba allí. Muchos de sus amigos de la escuela primaria, o vecinos de la zona, ya trabajaban o empezaban a trabajar en el astillero: el *Bocha*, o el *Cola*, Alejandro Sonini, a quien conocía desde la primaria y se lo volvió a encontrar, ya casado y con una hija, al entrar a trabajar a Astarsa.

El *Bocha*, tiempo después de su ingreso, hizo entrar al astillero al *Gueppi*, Livio Garay, un chaqueño que vivía solo y que tenía cierto ascendiente entre sus compañeros porque había vivido una experiencia que para ellos

legitimidad que le otorgaba el ser un trabajador. Frente a este "valor", diferenciaba a algunos de sus compañeros:

P: Y esto que vos el otro día decías medio en joda medio en serio, a los delegados: "ustedes no laburan, yo sí, por eso sé que una paraguaya⁴⁶ es la maza..." ¿Esto era así?

R: No, pero eso le decía a Jaime [*Luis Benencio*]. Jaime no era delegado, el Chango no era delegado, pero igual no laburaba nunca, andaba todo el día con los delegados. Por eso le decía, pero no se lo decía en joda, se lo decía en serio... si lo veíamos entrar al Changuito y no sabíamos si era el Chango o era el dueño de Astarsa, blazer cruzado, polerita, cochecito nuevo, vos decís la puta que te parió...⁴⁷

Sin embargo, pese a establecer esas diferencias, reconocía en los militantes más preparados un saber que no poseía y, por lo tanto, les asignaba un lugar específico y una jerarquía en el grupo. Ante la pregunta de por qué, dado su nivel de compromiso, no se había planteado ser delegado, respondió que no se creía capaz "porque pienso que tenés que tener una actitud de saber bastante de gremialismo, de saber bastante de las leyes y todo eso, que yo no las sabía. Supongo que por eso. A mí me hablabas de la ley ministerial y yo no sé nada. Hoy en la actualidad no sé nada porque nunca las leí".

En el mundo de los obreros, la identificación ideológica podía ser secundaria. La vinculación y la pertenencia al grupo político sindical pasaban por el quehacer cotidiano, por compartir una serie de acciones y no por una inscripción partidaria o sindical. Era fundamentalmente una práctica:

Es que yo era parte de la agrupación, parte indirecta. No era parte directa, qué se yo, viste, era una parte indirecta, laburaba con ellos, lo que había que hacer lo hacía, siempre participé con ellos. O sea, yo me refiero a ser parte [...] Yo de afiliaciones nunca le di pelota a ninguno.

Era una práctica que a la vez se insertaba en el universo mayor de la fábrica. Lo que alimentaba la pertenencia, en el caso de obreros como González, era que la construcción político sindical de la Agrupación puso en juego

Anexo 3.5. pp. 74-76 de *Algo parecido a la felicidad. Una historia de la lucha de la clase trabajadora durante la década del setenta (1973-1978)*

74

ALGO PARECIDO A LA FELICIDAD

El mismo testimonio deja claro que el espacio para las arbitrariedades era bastante grande. Un superior podía incidir en el valor de la hora trabajada por los obreros, sobre todo en el caso de las insalubres:

Un día tenía un soldador trabajando en una eslora y hacía un calor infernal. Y yo le puse dos ventiladores, qué se yo, era una cosa penosísima el trabajo que estaba haciendo este hombre. Entonces llamo al tipo de Seguridad para pedirle condiciones de insalubridad. Viene el tipo de seguridad, agarra un termómetro y se lo pone entre la careta y la cara, donde él estaba respirando. Lo saca y me dice "48°", "48° en la boca, donde está respirando! Más la contaminación del humo de la soldadura... "La ley dice que es insalubre a partir de los 50°. Condición normal de trabajo". Entonces si te aplicás leguleyamente a lo que dice la ley, no podés trabajar. Porque era imposible trabajar.

En el testimonio de Paolini encontramos dos elementos rectores a la hora de ponderar a quienes compartían el trabajo en el astillero: el ser "compañero" y el "hacer bien el trabajo", sin ambigüedades, fijando reglas claras sobre todo por ser jerárquicos. El respeto a esas normas podía poner a los capataces que quisieran seguirlos en un lugar delicado:

P: Ser compañero, o no ser compañero, ¿por dónde pasaría?
R: No abusar y frenar a la patronal. Cuando vienen los dueños de la empresa y dicen "Esto tiene que ser así". "No, yo no lo hago. Respetemos la ley."

Para Paolini, que se reivindica peronista, un astillero es un espacio donde se enfrentan fuerzas que en realidad deberían trabajar armónicamente. Y aunque en la entrevista no se priva de criticar al sindicalismo revolucionario de los años setenta, no pierde de vista que el principal responsable de la violencia es el empresariado:

El tipo de gente corresponde al tipo de patrón [...] Si vas a un taller primitivo donde no acepta ningún tipo de trato moderno de trato humano con los trabajadores...

FEDERICO LORENZ

75

te que queda es más de base, más dura, y con muchos más motivos para reaccionar [...] Son sometidos a humillaciones peores. Como son gente muy de base, sin posibilidad intelectual concreta, los explotaban como animales. Entonces, llega un momento que lo cargás, lo cargás, lo cargás, lo cargás, el tipo reacciona.

En la evocación de Paolini, el espacio de trabajo era un lugar que llevaba a que las condiciones de trabajo se reflejaran en las conductas de los trabajadores. Un lugar duro y con condiciones de trabajo muchas veces violentas y difíciles generaba la necesidad de una personalidad dura también. El capataz debía apoyarse en la rectitud y el conocimiento, que eran dos cosas respetadas por todos. El trabajador naval "era un hombre duro, pero no necesariamente un bruto [...] Una de las cosas que respetaban entre ellos era el conocimiento [...] El oficio [...] Yo nunca tuve problemas en conducir grupo de trabajadores navales porque nunca nadie cuestionó mi conocimiento sobre un tema".

Para Paolini, el funcionamiento del astillero estaba garantizado por un abuso de base:

En aquella época una de las cosas que tenía que ser un operario era ser muy contestatario con la patronal. Porque la patronal lo trataba mal. Lo trataba mal este... por principio. Por principio te negaba el insalubre, por principio te negaba un permiso, por principio te negaba las condiciones de seguridad... por principio "No, usted nada. Para usted ni justicia".

Un delegado debía ser una persona dura, "de acción" y prepotente. Al consultarlo sobre Martín Mastinu, el líder de la Agrupación Naval, Paolini también atribuye sus características como delegado a las condiciones de trabajo:

No tenía otra forma de hacerlo. Imaginate que con los directivos de Astarsa y con la mayoría de los capataces si vos ibas por las buenas no te daban nada. Que haya sido prepotente en el accionar gremial no quiere decir que haya sido prepotente en su vida privada. Supongo que sería, era un tipo de acción, un tipo fuerte,

76

ALGO PARECIDO A LA FELICIDAD

Los trabajadores navales, "duros aunque no brutos", se movían en un medio hostil y difícil. Para Paolini al astillero le "cabía justo" el dicho: "Cagar bien sin mirar a quién". Y esta era una máxima que se aplicaba tanto horizontal (entre trabajadores) como verticalmente (entre directivos, capataces y obreros). Por el tipo de trabajo, era un espacio violento donde los trabajadores podían encontrar formas de "advertir" o "devolver las injusticias". Un supervisor particularmente odiado por los obreros:

Un día entró a la bodega de un barco [...] y voló una escuadra. Una escuadra es una pieza que pesa más de cien kilos. Voló y cayó al lado de él, e hizo un agujero en el doble fondo. Esas cosas pasaban [...] Muchas veces hubo cosas así [...] Que se caía una cosa, que se caía otra [...] Es como el rugby. El rugby es un deporte violento, pero hecho de buena fe, es duro, no es violento [...] Si lo hacés de mala fe, hasta puede llegar a ser una trampa mortal.

Las formas de la rebeldía pasaban por otras vías, como el robo de elementos de la empresa: "de todo lo que sea robable se robaba. Pero era porque había una idea equivocada de lo que es el lugar de trabajo. Pero la idea equivocada viene de la patronal [...] Si el patrón se hace el vivo, qué esperamos. Todo el mundo se hace el vivo, a ver quién es más vivo".

Statu Quo

A principios de los años setenta, los trabajadores navales de Tigre estaban representados por el Sindicato de Obreros de la Industria Naval (SOIN). Aunque opuesto a la conducción sindical de Augusto Vandor, compartía sus prácticas y formas de negociación, caracterizadas por sus opositores como "vandomismo": la articulación con los intereses patronales, la corrupción y el abandono de la defensa de los intereses de los trabajadores. El SOIN era un sindicato con un pasado combativo: en el año 1965, acompañó a los trabajadores metalúrgicos de Astarsa en una toma del establecimiento en la que habían mantenido cautivos a unos cuarenta rehenes, y que fue duramente reprimida.

Anexo 3.6.1. pp. 150-151 de *Algo parecido a la felicidad. Una historia de la lucha de la clase trabajadora durante la década del setenta (1973-1978)*

150

ALGO PARECIDO A LA FELICIDAD

Lo que pasó concretamente con Montoneros, teníamos una ambivalencia ahí [...] Porque nosotros duramos tanto, y tuvimos tanta fuerza, y pudimos hacer lo que hicimos no porque nosotros éramos valientes, sino porque también había un miedo hacia nosotros que si a nosotros nos pasaba algo iba a intervenir la organización. Y lo segundo y que es lo central para mí [...] es que nosotros cuando se acerca la JTP y empezamos a transitar el camino, nada fue fácil, fue todo una discusión muy, muy grande.²⁵

Si los directivos y miembros de la patronal consideraban que habían perdido el control y se sentían amenazados, las sensaciones de los militantes de la Agrupación estaban en las antípodas. Una multiplicación de actividades que tenían que ver con tener la iniciativa política. Para aquellos con mayor compromiso, sostenerla y extenderla se tradujo en una nueva exigencia personal:

A partir de la toma te cambia todo [...] primero porque el nivel de exigencia con uno mismo aumenta, porque aumenta el nivel de responsabilidad y porque nadie hace una lucha y la gana y después quiere demostrar que estaba equivocado. Nosotros creíamos que era necesario el control obrero de las condiciones de trabajo [...] Aumenta el compromiso de uno pero aumenta el nivel de exigencia de los compañeros, del conjunto, porque ya partís de otro piso.²⁶

La cantidad de tareas que implicó su victoria política resultó muy grande:

Si bien todo se consiguió por cierta organización, la toma genera luego, desorganización. ¿Por qué? Porque tampoco éramos los mismos de antes después de la toma. Había que tener compañeros para la Comisión de Control de Higiene y Seguridad, para el Cuerpo de Delegados, preparar delegados para los otros astilleros. Esta etapa es la organización para pasar a la otra, que significaba tener la manija.²⁷

La multiplicación de estas tareas tenía que ver también con la extensión del trabajo del astillero al espacio territorial (como veremos en el capítulo si-

FEDERICO LORENZ

151

guiente). Las formas que eligieron para marcar su presencia en el astillero los obligaba a una actividad permanente. El ritmo era vertiginoso, sobre todo porque como una forma de romper con el anterior sistema de control por parte del Sindicato, los integrantes de la Agrupación debían rotar en las funciones y, al mismo tiempo, acompañar a cualquiera de los trabajadores del astillero en el diálogo tanto con representantes del gremio como de la patronal:

El trabajo de delegado, fuera de las reuniones con los compañeros y con la patronal, tenía mucho que ver con lo asistencial. De ir a ver por qué le faltaban horas extras, de justificar una enfermedad. Y eso llevaba mucho tiempo. Porque habíamos convenido que ninguno de los compañeros iba a tener ningún trato con algún sector de la patronal, que para nosotros eran desde los apuntadores para arriba, o inclusive, los capataces, si no iba un integrante de los delegados [...] Pero era tanta la actividad, de que los compañeros inclusive se animaban a reclamar con el compañero delegado por sus derechos, que no tenía yo tanto contacto con Seguridad, y cambiaba mucho, se rotaba muy rápidamente.²⁸

Esta cantidad de actividades tan diferentes, por esa voluntad de abrir todo pero también de controlarlo, generaba muchas contradicciones. Una de ellas podía ser que ponerse al frente de un reclamo significara adoptar las prácticas sindicales que habían criticado, lo que les abría flancos en su legitimidad hacia los demás trabajadores y daba argumentos a la empresa para acusarlos de defender a los "malos trabajadores". Héctor González recuerda los problemas que enfrentaron sus compañeros de Agrupación:

A estos delegados nuevos que pusieron mucha gente los usó también, para boludeces [...] No mal, sino que se cebaron los obreros, nos cebaron... bah... yo no porque nunca fui a pedir nada, pero había tipos que decían "uh tengo el pibe enfermo, pedime los días", por ahí no tenían nada al pibe enfermo, cosas así [...] y eso fue desgastando también un poco.²⁹

Anexo 3.6.2. pp. 152-153 de *Algo parecido a la felicidad. Una historia de la lucha de la clase trabajadora durante la década del setenta (1973-1978)*

Esas grietas podían ser aprovechadas también por la empresa que se valía de las propias estrategias de lucha de los obreros para llevar adelante sus negocios, lo que obligaba a sostener un equilibrio delicado: "Si la fábrica no podía cumplir con los pasos porque no había puesto la guita o los materiales necesarios, los tipos de alguna manera, después lo vimos nosotros, provocaban la situación para que se produjera un paro [...] Cuando venía el armador a poner la guita, los tipos le decía que no podían cumplir los plazos porque los tipos están haciendo huelga".³⁰

A la inversa, comenzar a disponer de este tipo de datos empresariales permitía a la Agrupación producir conflictos a favor de los trabajadores, ya que la empresa se podía ver forzada a conceder los reclamos ante la posibilidad de que se demoraran sus cobros. En todo caso, este tipo de situaciones revelan una situación muy dinámica frente a la que había que estar siempre atentos y preparados: una "situación, de acción y reacción":

Eran continuas subidas y bajadas. Es decir, recomponíamos nosotros, la patronal retrocedía. Nosotros nos estancábamos en una situación y la patronal avanzaba. Eran permanentes desniveles [...] Si no los tenías constantemente frenados, desde el capataz para arriba se te venían encima continuamente, te buscaban la vuelta: que llegaron tarde, que no ficharon, que a dónde van, te hacían sonar la campana (para salir, cada dos o tres que pasaban, sonaba la campana y a ese lo revisaban), por si no se llevaban nada. Si descubrían algo, eso implicaba que el compañero si había cometido un delito (comillas), y había que hacer toda la historia, o despedían a un compañero o teníamos que pasar uno o dos días pura y exclusivamente concentrados en eso. Y la pelea con el jefe de personal, con el médico, con quien fuera permanente.³¹

La lucha con los adversarios sindicales y la puja por el control de la planta se tradujeron en situaciones que parecían palpables tanto en el espacio del astillero como en los ritmos de trabajo, según la ausencia o presencia de jerarquías y directivas:

La fábrica tenía esos *ciclos*: tomábamos la fábrica, eran territorios liberados; se terminaba el conflicto, volvían a poner la guardia y

los tipos te tenían cagando; aparecía una cosa de estas y los tipos se borraban, no quedaba nadie, se paraba la actividad y nadie decía qué estaba pasando. No salían a decir "esto no hay que hacerlo" o "pónganse a laburar o los despedimos" porque los tipos sabían que cualquier cosa que dijeran que no cooperara, se armaba quilombo.³²

Y esas idas y venidas tenían que ver con la dinámica del conflicto:

Todo fue gradual. Pero en general, casi todo fue así. La patronal no te dice: "Ah, bueno, muchachos, ustedes tienen razón, tomen todo". Nunca, o casi nunca se tiene tanta fuerza como para sacarle una medida medianamente importante. Así, de cuajo. Es una pelea. Tiene un desgaste para uno también [...] No es mecánico. Y si bien uno puede tener una estrategia, la patronal también tiene la suya: básicamente, es la de negarte todo.³³

Estas idas y venidas eran las que les insumía la mayor parte de su tiempo. Acompañar a sus compañeros a presentar un reclamo, tramitar errores en liquidaciones de salarios, recorrer diariamente el astillero para verificar las condiciones de seguridad. Discutían con una dirección sindical y una patronal acostumbrada a tener el control.

Convivir con el sindicato

La Agrupación se instaló como un grupo de igual fuerza que el sindicato, inicialmente en una posición dominante. Esto generó una convivencia con la dirección del SOIN desplazada. Para mantenerla, apelaron tanto al repertorio político de la organización armada a la que pertenecían como a aquellas formas propias de la violencia presentes en las luchas sindicales. Si la correlación de fuerzas entre 1973 y 1974 las volvía eficaces, de no ser mantenida, podrían volvérselos en contra, ya que la actividad sindical transformaba a quienes la realizaban en militantes expuestos y conocidos:

Anexo 3.6.3. pp. 154-155 de *Algo parecido a la felicidad. Una historia de la lucha de la clase trabajadora durante la década del setenta (1973-1978)*

154

ALGO PARECIDO A LA FELICIDAD

Ellos [los dirigentes opositores] la iban en la mayoría de los momentos como que estaban del lado nuestro, pero para hablar se ponía el revólver arriba de la mesa, y el Tano también lo hacía... era eso que se veía de dos fracciones, opuestas y juntas. Eso yo lo notaba en algunos momentos.

P: ¿Opuestas en qué y juntas en qué?

R: Opuestas en la forma de pensar y a quién defender. Juntas en la forma operativa de hacerlo. Los dos pelaban el arma y la violencia era lo que estaba bien para resolver las cuestiones.

P: ¿Te llamaba la atención ya en aquel momento?

R: Totalmente. Como cuando nos quedábamos un poco después de hora para ver a un subcontratista que los tenía mal a los compañeros y le pegaban una apretada hasta hacerlo llorar.³⁴

La dirigencia desplazada del SOIN también se acomodó a este cambio en los vientos, y reaccionó de dos formas: llamándose a silencio o volcándose a trabajar con los vencedores, ya fuera por pragmatismo o por verdadera convicción:

Normalmente ellos seguían ligados a su lista de sindicato que se llamaba Lista Blanca y nosotros a la nuestra, pero no había peleas, ellos querían opinar, opinaban en una asamblea, es más, muchos se integraron con nosotros. Muchos que eran parte del sindicato pasaron a ser de la Lista Marrón. Muchos, sí. Y bueno y nosotros... mucha gente no se metió más a nada, mayormente la gente muy grande nunca se metió para nada.³⁵

Este pragmatismo era visible en la forma en la que algunos de ellos apoyaban a la Agrupación en las asambleas. Dejaban que los delegados de la Lista Marrón se expusieran, que se "quemaran", y esta era una conducta que mantenían también los "viejos", que buscaban beneficiarse de la política llevada por la Agrupación pero sin pagar ese costo de exposición y a la vez, de ser asociado a los "bichos colorados":

Nosotros íbamos a exigirle a la patronal aumento de salario. Nadie iba a poder estar en desacuerdo en general. Los muchachos que

FEDERICO LORENZ

155

eran del peronismo buscaban que no se hablara de obreros sino de trabajadores. Y ya el Tano con algún otro ya estaba preparado para ir llevando para todos, pero la asamblea que tuviera el fin que ya llevábamos adelante. A veces le preguntábamos a algunos "ché, por qué no levantaste la mano?", y nos decían "si salen las cosas para ustedes, también salen para mí. Y para qué me voy a quemar si están mirando". Los más viejos sobre todo que mantenían el espíritu de que si alguno hablaba o defendía a los obreros, lo echaban.³⁶

Los distintos niveles jerárquicos de la empresa leyeron ese pragmatismo como pasividad, o como imposición por la fuerza por parte de los integrantes de la Agrupación. Para Jorge Paolini, el capataz:

¿Había una derecha gremial? Sí, había una derecha gremial. ¿Había una izquierda que de izquierda tenía el nombre pero que tenía el mismo procedimiento de la derecha? También. ¿Había amenazas de los obreros que eran de la izquierda a los obreros que no se querían plegar? Sí, es verdad. Cuando se hacía una marcha al centro los llevaban a fierrazos. Es cierto, eso, yo lo he visto.³⁷

¿Cuál fue el alcance de los cambios impulsados por la Agrupación Naval Peronista José María Alesta? A mediados de 1974 publicaron un documento dirigido "a todo el gremio", en el contexto de un prolongado conflicto en astilleros Mestrina (al que nos referiremos en el capítulo siguiente), en el que hacían un repaso de sus logros y conquistas.³⁸ Se trata de un texto importante porque en él repasaban la historia de la Agrupación y expresaban algunas definiciones políticas. El documento contraponía la actitud combativa de la Agrupación con la conducción del SOIN, al que acusaba de desconocer su función natural y actuar a favor de la patronal en un conflicto de finales de 1973:

Pese a conseguir las condiciones de insalubridad para muchos de los trabajos tipificados en el astillero, la empresa no los reconocía. En el mes de diciembre [de 1973] el cuerpo de Delegados y la Agrupación, decide informar al Sindicato lo que sucedía, pero fuimos echados por sus matones a sueldo y decidimos LEVANTAR UN PARO para frenar la ofensiva patronal.

Como "tampoco quería estar tan dependiente de la situación [...] conviniémos con el *Oveja*, en la casa de los papás, poner una verdulería y una granjita para rebuscarnos el mango y hacer algo juntos, para no abrimos del todo". Sin embargo, a la semana de abrir el negocio, empezaron los problemas. Alejandro Sonini, su gran amigo y padrino de Julieta, hija mayor de *Carlito*, apareció por el negocio y les reprochó que no le hubieran avisado, que él se hubiera ido con ellos.

Vemos dos consecuencias inmediatas del golpe militar en su historia: desde su salida de los astilleros en 1976, Carlos, un trabajador naval, es un cuentapropista. Más aún, si una de las marcas del abandono de la juventud y el alcance de la independencia era ganar el propio salario y tener la casa propia, ambas salidas significaron un retroceso: tuvo que volver a trabajar con su suegro y la verdulería que armaron era en la casa de los papás de su compañero. Al mismo tiempo, su decisión de dejar el trabajo y la militancia le generó problemas con compañeros que además eran amigos de la infancia.

"Hicimos un corte raro", dice hoy *Carlito*. El día del golpe, el 24 de marzo, vio cómo allanaban el sindicato de madereros:

Me acuerdo de una cosa sola, que estaba yo en la calle Constitución, que es la calle comercial de San Fernando, supongo que habría ido a acompañar a mi mujer. Y en la esquina con Junín, unos metros adentro estaba el sindicato de los madereros, y ahí había un camión del ejército, con unos soldados bajándose, y con los comerciantes que los escuchabas decir, "y bueno, si es para mejor, ojalá que sea para mejor" [...] Pero después tengo un corte, es decir, me entero de que van secuestrando compañeros, pero yo muy poco y nada, esto yo no sé si es o no es así, de cuidado personal [...] Me acuerdo que mi viejo me dijo una vez, porque había llamado mi hermana mayor que vivía en Haedo, y dijo "¿te secuestraron? ¡Me dijeron que te habían secuestrado!" "No me secuestraron nada", le digo, llorando. Y mi viejo que me dice que me presente a la comisaría para declarar que yo no tenía nada que ver con nada.⁶

El testimonio evidencia que en los primeros meses del golpe, muchos desconocían el alcance de la represión: su padre le sugiere que se presente a la

policía para evitar problemas, porque él "no tiene nada que ver con nada". Carlos pensaba de igual modo: con el "corte" que había hecho tan abruptamente, logró una aparente seguridad. El precio, entre otras cosas, fue alejarse por mucho tiempo del escenario de las luchas que lo habían constituido como sujeto político: "Ya en ese momento era otro tipo. Ese tipo, lamentablemente 'como somos, yo no tengo que ver, yo me abrí' [...] Y esa etapa fue hasta cuando se lo llevan al *Cola*. Mientras no tocaban uno demasiado cercano, y yo no me iba a enterar, porque yo no tenía conexiones con los otros, ni las quería tener. Pasé años sin ir para el Tigre. Años".

Carlito, que había construido su pertenencia y reforzado sus afectos a partir de su militancia con los navales, se había ido alejando paulatinamente a medida que el conflicto se había radicalizado. Primero, por las propias prácticas de sus compañeros, que no compartía y en las que por otra parte no lo hacían participar. Luego, por la creciente peligrosidad del trabajo sindical, por el desmantelamiento del grupo, sobre todo a partir del secuestro de Mastinu. Finalmente, por el impacto de la represión. Sin embargo, el mecanismo que él eligió para preservarse, no sirvió. El 21 de mayo de 1976 secuestraron a Alejandro Sonini: "Cuando se lo llevan al *Cola*, ahí cagamos. Ahí seguimos estando".

El secuestro de un compañero también periférico como él le hizo ver que nada era suficiente, y a la vez reflató lazos que ante la amenaza del golpe había cortado en forma abrupta. Sonini era su amigo de la infancia. *Carlito* acompañó a la mujer de Alejandro Sonini, el *Cola*, a la comisaría. Estaban seguros de que lo iban a soltar: "Al *Cola* lo van a tener en la comisaría, le van a preguntar cosas, pero lo van a soltar". Él no podía tener nada que ver con cosas relacionadas con las armas. Durante el servicio militar, en un accidente, un disparo que se le escapó había matado a un compañero. No podía ni verlas". Durante un tiempo, a "la mujer del *Cola*, después del secuestro, la veía dos o tres veces por semana. Ella quedó muy sola, muy conmovida. Yo tenía también relación con los primos".

La magnitud y las nuevas formas de la represión no fueron completamente abarcables, también, porque las desapariciones era asociadas con las de 1974-1975. De ese modo, pensaban que personas "poco comprometidas" se salvarían, que "solamente" estaban buscando a los referentes, como cuando fue el secuestro de Mastinu.

máquinas Knitax, grandísimos, con un bolso. Entran, muestran una credencial, y dicen "Somos de la Policía Federal", "Vamos a tomar la casa" [...] Como una consigna: todos lo que están adentro no pueden salir, todos los que salen no pueden entrar. Así que se apostaron dos en la habitación de mi suegra, dos en la habitación nuestra, y dos en el otro ventanal. Calculo que lo serían seis. Los tipos tenían unos fusiles con una granada, que lo vi después. Nosotros teníamos en el moisés de la habitación a Alejandro que era chiquitito, era octubre y él había nacido en agosto. Lo que hicimos fue urgentemente sacarlo. Era sábado, yo les conté a ellos que mi vecino de comercio si eran las diez y no me veía, iba a venir. Y me decían, "Si entra, no sale". Con el tiempo tomaron confianza, nos pidieron para mirar la tv, nos dijeron que estaban buscando al sobrino de la casa de enfrente. Porque al principio dije "Bueno, me llevan", entre estupor y "Es lo que debe ser". Te lo cuento así, porque lo pensaba como "Cuánto tardaron".¹¹

En la evocación, Carlos está sorprendido de que no se den cuenta de que allí hay dos "bichos" (la vieja categoría de la oposición antes del golpe). No rescata una sensación de miedo (como en los meses iniciales de la dictadura), sino de sorpresa ante la "tardanza" de la represión en caer sobre él.

Héctor: "Laburar tenía que laburar"

En el verano de 1976, Héctor González también se alejó de la Agrupación. Aunque seguía muy ligado a sus integrantes por relaciones, afecto y prácticas, estaba absorbido por su necesidad de trabajar y mejorar su vivienda, y eso entre otras cuestiones hizo que rechazara un compromiso mayor. Su situación familiar había cambiado desde la toma, tres años antes:

Me había agarrado las cosas por otro lado, yo tenía una nena, dormía en una habitación de mi señora, prestado, tenía que cambiar esa situación, entonces yo es como que me dedico más afuera de Astarsa a laburar, entonces no tengo tiempo para otras cosas.

El día que secuestran a mi cuñado salía de Astarsa y me iba a laburar a la Boca. Salía a las dos de Astarsa, a las tres y media entraba a laburar en la Boca y llegaba a mi casa esa noche a la una y cuarto. A la una y media de la mañana lo secuestran. O sea, esa era mi vida, empezar cinco o seis de la mañana y terminar el día a las once o doce de la noche porque ya la situación que vivía en mi casa, la nena chiquita, durmiendo en la misma habitación que nosotros, era como que ya había que hacer otra cosa. Entonces yo como ya no voy a tantas reuniones que se hacían fuera del taller, inclusive ahí cerca de casa [...] Participan los muchachos y yo ya me tenía agarrado la sociedad de consumo [jejeje] me había atrapado.¹²

El día del golpe Héctor fue testigo del operativo militar:

Estaban en la puerta cuando entraba la gente. No entraron después. Cuando la gente entraba a las seis de la mañana ya estaban ahí [...] Elegían, quienes entraban, a quienes se llevaban y a quienes no. A muchos no se llevaron en ese momento porque el operativo se veía desde una cuadra, muchos se pegaron la vuelta y se volvieron antes.

P: ¿Qué se veía?

R: Los camiones del ejército cruzados en la calle, las tropas, todo. A Astarsa de la calle Solís, a la barrera de entrada era todo militares, con camiones, coches, Falcon, todo, algunos muchachos vieron y se pegaron la vuelta algunos la careteamos, dijimos "vamos a entrar, si nos tiene que pasar que nos pase y si no" [...]

P: Ese día se llevaron a varios, cómo te enteraste?

R: Por los comentarios ahí adentro. "Se llevaron a este, se llevaron al otro, aquel no vino, si pero lo cargaron, yo lo vi, pero se fue antes", en ese tipo de quilombos [...] no sabés a ciencia cierta si realmente alguien vio algo, si lo está inventando, quiere hablar para hacerse ver, no sabés [...] Es jodido, es muy grande el quilombo. Yo no vi cuando cargaban a nadie, si vos decís viste cargar a alguien yo te digo que no, tampoco sé desde qué hora estaban ahí porque yo llegaba tipo seis, justo, había gente que estaba desde las cinco de la mañana, iba a laburar.¹³

Anexo 3.7.4. pp. 284-285 de *Algo parecido a la felicidad. Una historia de la lucha de la clase trabajadora durante la década del setenta (1973-1978)*

"Si nos tiene que pasar que nos pase", dice Héctor. Sabía que estaba asociado a la Agrupación, y que podía ser marcado. Su testimonio evoca el de Morelli, "sorprendido" de que hubieran demorado tanto en ir a buscarlo. Sin embargo, Héctor pasó la requisita y pudo seguir trabajando en el astillero dos años más. Pero hasta que dejó el trabajo en 1978, los cambios en la planta fueron notables. En primer lugar, si la presencia militar dentro del astillero era la evidencia de la pérdida completa de un espacio que habían considerado como conquistado con posterioridad a la toma, la presión patronal para aumentar los ritmos de trabajo fue una de las marcas de la pérdida de las conquistas sindicales en las que él había participado.¹⁴

Héctor también vivió el avance de los que habían sido sus antagonistas en los años previos, y la percepción de que aún entre los que había considerado compañeros, podía haber un traidor, de un modo similar a las sensaciones de Carlos Morelli. Su testimonio transmite la idea de que *cuesta creer* que tan rápidamente se hubiera perdido lo ganado, que había desaparecido al mismo tiempo que sus afectos:

Quiere decir, qué sé yo, que se olvidaran tan rápido de las cosas que se habían conseguido y que las entren a cambiar por guita, por ahí como te digo el tema de las varillas, te decían les damos veinte centavos más por hora pero tienen que quemar setecientos gramos de varillas por hora. O ochocientas. Y la gente lo agarraba [...] Parte eso, parte viste que te venían a hablar, viste que se llevaron y les decía si lo veía que era medio jodido les decía, "Che lo único que falta que te lleven a vos", una cosa de esas.¹⁵

El golpe más profundo sobre Héctor fue la destrucción de sus espacios de pertenencia: el laboral, el afectivo, el político. Y estaba obligado a enfrentar esa derrota cada día, porque necesitaba trabajar ("laburar tenía que laburar"). Su testimonio transmite una sensación de soledad, de condena al aislamiento en un espacio en el que había palpado la fuerza de la acción colectiva compartida con amigos y compañeros menos de un año atrás. Y en la descripción de la pérdida, la evocación enumera los distintos ámbitos en los que el grupo se había constituido: el trabajo, las festividades familiares, las salidas de fin de semana, el fútbol:

Yo no hablaba con nadie. No sé si se hablarían los muchachos, porque la relación mía con los muchachos no quedaba nadie de los que habían sido mis compañeros, después quedaba la otra gente que laburaba en Astarsa, de los chicos que jugábamos al fútbol, o salíamos, que nos juntábamos para Navidad o Año Nuevo, de todos esos no quedaba nadie, entonces yo iba a laburar y cumplía con mi laburo punto y coma [...] Entonces no quería hablar con nadie. Pero laburar tenía que laburar así que bueno. Y después me entró a pasar algo cuando iba a laburar a Astarsa. Pienso que es psicológico, cuando ya no estaban los muchachos cruzaba de la barrera para adentro y me empezaba a doler la cabeza pero todos los días, cambiaba la marca de cigarrillos, estaba afuera, lo más bien, cuando cruzaba la barrera para adentro, todos los días. La verdad no sé a qué se debía. Hasta que agarré y renuncié, de asqueado, porque no renuncié por decir me voy a un mejor laburo, me fui a laburar de albañil, no cambié por nada mejor, me fui de asqueado que estaba por estar ahí, me daba asco la gente, todo. No soportaba nada. Ya no estaba en mi lugar. No estaban mis amigos mis compañeros.¹⁶

El aislamiento que sentía *Bocha* ("Ya no estaba en mi lugar") no se reducía al espacio de trabajo, al salir de los talleres, la situación era la misma debido a la represión: "Era malo frecuentarse. Por ahí sabíamos que *Carlito* estaba, que el *Oveja* estaba, pero no frecuentarse, no juntarse, era parte del miedo supongo yo. Sabías que podían estar interpretándote o vigilándote".¹⁷

En mayo de 1976 Livio Garay, su cuñado, fue secuestrado. Pero como vivían todos juntos en la casa de los suegros cuando lo fueron a buscar, primero entraron a su pieza, y aunque sólo se llevaron a Livio, el susto fue mayúsculo y decidió esconderse. Entonces, se fue con algunos compañeros a refugiarse a Santa Fe, a un campo al que solían irse de escapada en el pasado. No obstante, las formas de la represión no garantizaban (más bien, todo lo contrario) que si ellos escapaban dejaran a su familia en paz: "Teníamos diálogo con una hermana mía por teléfono que nos hablábamos y mi hermana me dice 'Si te llegan a venir a buscar y vos no estás se llevan a cualquiera de la familia', me dijo mi hermana. Entonces me vuelvo. Fui,

Bibliografía

- Acha, Omar. "Dilemas de una violentología argentina: tiempos generacionales e ideologías en el debate sobre la historia reciente". *Ponencia presentada en las V Jornadas de Trabajo sobre Historia Reciente*, n° 1984 (2010): 1–22.
[http://eva.universidad.edu.uy/pluginfile.php/348098/mod_resource/content/1/SIGAL,VERON_Perón o muerte.pdf](http://eva.universidad.edu.uy/pluginfile.php/348098/mod_resource/content/1/SIGAL,VERON_Perón_o_muerte.pdf).
- . "El pasado que no pasa: la Historikerstreit y algunos problemas actuales de la historiografía". *Entre pasados. Revista de historia* V, n° 9 (1995): 113–42.
- . "Encrucijadas y obstinaciones en la distinción de historia y memoria: en torno a las prácticas memoriográficas en la Argentina". *Ponencia presentada en las Jornadas Internacionales: Historia, memoria y patrimonio, Archivo General de la Nación / CEIRCAB – TAREA - Universidad Nacional de San Martín*. 2010.
- . "Reflexiones sobre la filosofía de la historiografía y el legado crítico del ‘narrativismo’". *Epistemología e Historia de la Ciencia* 5, n° 2 (2021): 5–19.
- Acha, Omar, y Paula Halperín. "Retorno a la democracia liberal y legitimación del saber: El imaginario dominante de la historiografía argentina (1983-1999)". *Prohistoria* 3, n° 3 (1999): 11–31.
- Acton, Lord. *Lectures on Modern History*. Londres: Liberty Fund, 1960. http://oll-resources.s3.amazonaws.com/titles/209/Acton_0028_EBk_v6.0.pdf.
- Agamben, Giorgio. *Desnudez*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora, 2011.
- . *Lo que resta de Auschwitz*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora, 2017.

Águila, Gabriela. “La Historia Reciente en la Argentina: un balance”. *Historiografías: revista de historia y teoría* 3, n° enero-junio (2012): 62–76.

Allier Montaño, Eugenia. “Balance de la historia del tiempo presente. Creación y consolidación de un campo historiográfico”. *Revista de Estudios Sociales [En línea]*, n° 65 (2018).

Alonso, Luciano. “Definiciones y tensiones en la formación de una Historiografía sobre el pasado reciente en el campo académico argentino”. En *El tiempo presente como campo historiográfico*, editado por Juan Andrés Bresciano. Montevideo, 2010.

———. “La ‘Historia reciente’ argentina como forma de Historia actual: emergencia, logros, ¿bloqueos?” *Historiografías: Revista de historia y teoría* enero-juni, n° 15 (2018): 72–92.

Alonso, Luciano, y María Laura Tornay. “Políticas de la memoria y actores sociales (a propósito de un ensayo de Luis Alberto Romero)”. *Clío & Asociados. La historia enseñada* 8 (2004): 153–73.

Améry, Jean. *Más allá de la culpa y la expiación. Tentativas de superación de una víctima de la violencia*. Valencia: Pre-Textos, 2001.

Anderson, Perry. *El Estado Absolutista*. México: Siglo XXI, 1998.

Andújar, Andrea, Débora D’Antonio, y Ariel Eidelman. “En torno a la interpretación de la historia reciente. Un debate con Luis Alberto Romero”. *Lucha armada en la Argentina*, n° 108–116 (2008).

Anguita, Eduardo, y Martín Caparrós. *La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina. Tomos 1, 2, 3, 4 y 5*. Buenos Aires: Booker, 2006.

- Anitua, Gabriel. *Historias de los pensamientos criminológicos*. Buenos Aires: Ediciones Didot, 2015.
- Ankersmit, Frank. *Historical Representation*. California: Stanford University Press, 2002.
- Antze, Paul, y Michael Lambek. *Tense Past. Cultural Essays in Trauma and Memory*. Londres y Nueva York: Routledge, 2016.
- Ardila Garcés, Federico. “Entre el nachleben y el paradigma indiciario: Carlo Ginzburg y el método warburgiano en la historia del arte”. *Historia y Sociedad*, n° 30 (2016): 21–43.
- Arias, Arturo. “Authoring Ethnicized Menchu of the and Subjects : Rigoberta the Performative Production”. *Pmla* 116, n° 1 (2001): 75–88.
- Aróstegui, Julio. “La contemporaneidad, época y categoría histórica”. *Mélanges de la Casa de Velázquez [En línea]* 36, n° 1 (2006).
- . *La historia del presente: ¿una cuestión de método? IV Simposio de Historia Actual: Logroño, 17-19 de octubre de 2002*, 2004.
- . *La historia vivida. Sobre la historia del presente*. Madrid: Alianza Ensayo, 2004.
- Austin, John. *Cómo hacer cosas con palabras*. Buenos Aires: Paidós, 1990.
- Baer, Alejandro. *El testimonio audiovisual. Imagen y memoria del Holocausto*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 2005.
- Baets, Antoon. “Historical Imprescriptibility”. *Storia della Storiografia* 60, n° 5 (2011): 128–49.

Bartoletti, Julieta. “Discutir la violencia política en Argentina. La experiencia de la revista Lucha Armada (2004-2008)”. *Taller (Segunda Época). Revista de Sociedad, Cultura y Política en América Latina* 2, n° 2 (2013).

Bédarida, François. “Definición, método y práctica de la Historia del tiempo presente”. *Cuadernos de historia contemporánea*, n° 20 (1998): 19–27.
<https://doi.org/10.5209/CHCO.7848>.

Belvedresi, Rosa, ed. *Introducción a la Filosofía de la historia. Conceptos y teorías de la historia*. La Plata: Edulp, 2016.

———, ed. *La filosofía de la historia hoy: preguntas y problemas*. Buenos Aires: Prohistoria Ediciones, 2020.

———. “La historia y las acciones humanas. Las tesis de Robin G. Collingwood”. En *La historia desde la teoría. Una guía de campo por el pensamiento filosófico acerca del sentido de la historia y del conocimiento del pasado. Vol. 1*, editado por Daniel Brauer. Buenos Aires: Prometeo, 2009.

Benjamin, Walter. *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. Editado por Bolívar Echeverría. México: Ítaca/UACM, 2008.

Bernecker, Walther. “La investigación histórica del ‘tiempo presente’ en Alemania”. *Cuadernos de historia contemporánea* 20, n° 83 (1998).

Bertaux, Daniel. “Los relatos de vida en el análisis social”. Jorge Aceves Lozano (comp), *Historia oral*, 1993, 136–48.

Beverly, John. “¿Nuestra Rigoberta? Autoridad cultural y poder de gestión del

subalterno”. En *Subalternidad y representación. Debates en teoría cultural*. Iberoamericana, 2004.

———. “Anatomía del testimonio”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Testimonio, 13, nº 25 (1987): 7–16.

Beverley, John, y Hugo Achúgar. *La voz del otro: testimonio, subalternidad y verdad narrativa*. Guatemala: Universidad Rafael Landívar, 2002.

Bevernage, Berber. *Historia, memoria y violencia estatal. Tiempo y justicia*. Buenos Aires: Prometeo, 2015.

———. “Tales of pastness and contemporaneity: on the politics of time in history and anthropology*”. *Rethinking History* 20, nº 3 (2016): 352–74.
<https://doi.org/10.1080/13642529.2016.1192257>.

———. “Tiempo, presencia e injusticia histórica”. En *Mapas de la transición. La política después del terror en Alemania, Chile, España, Guatemala, Sudáfrica y Uruguay*, editado por Cecilia Macón y Laura Cucchi. Buenos Aires: Ladosur, 2010.
https://www.academia.edu/28321082/Tiempo_presencia_e_injusticia_hist%C3%B3rica_In_Cecilia_Macon_and_Laura_Cucchi_ed_Mapas_de_la_transici%C3%B3n_la_pol%C3%ADtica_despu%C3%A9s_del_terror_en_Alemania_Chile_Espa%C3%B1a_Guatemala_Sud%C3%A1frica_y_Uruguay_2010_.

———. “‘Unpopular past’: The Argentine Madres de Plaza de Mayo and their Rebellion against History”, 2012, 331–51. <https://doi.org/10.4324/9780203182284>.

Bevernage, Berber, y Koen Aerts. “Haunting pasts: time and historicity as constructed by the Argentine Madres de Plaza de Mayo and radical Flemish nationalists”. *Social History* 34, nº 4 (2009): 391–408. <https://doi.org/10.1080/03071020903256986>.

Bevernage, Berber, y Chris Lorenz, eds. *Breaking up time. Negotiating the borders between present, past and future*. Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht, 2015.

Binder, Alberto. *Elogio de la audiencia oral y otros ensayos*. Monterrey: Coordinación Editorial, 2014.

Bloch, Marc. *Apología para la historia o el oficio de historiador*. México: Fondo de Cultura Económica, 2001.

———. *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien (1949)*. París: Librairie Armand Colin, 1952.
http://classiques.uqac.ca/classiques/bloch_marc/apologie_histoire/apologie_histoire.html.

———. *Introducción a la historia*. México: Fondo de Cultura Económica, 1975.

Blocker, Déborah, y Elie Haddad. “Le présent comme inquiétude: temporalités, écritures du temps et actions historiographiques”. *Revue d'histoire moderne et contemporaine* 53–3, n° 3 (2006): 160. <https://doi.org/10.3917/rhmc.533.0160>.

Bohoslavsky, Ernesto, y Marina Franco. “Elementos para una historia de las violencias estatales en la Argentina en el siglo XX”. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani* 2563, n° 53 (2020): 205–27.
<https://doi.org/10.34096/bol.rav.n53.8018>.

Bourde, Guy, y Herve Martin. *Las Escuelas Históricas*. Madrid: Akal, 2004.

Bourdieu, Pierre. *Campo de poder, campo intelectual*. Montessor, 2002.

———. “El campo científico”. *Actes de la recherche en sciences sociales* 1–2 (1976): 261–77.

Braudel, Fernand. *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. México: Fondo de Cultura Económica, 1987.

———. *La Historia y las Ciencias Sociales*. Madrid: Alianza Editorial, 1970.

Brienza, Lucía. “La escritura de la historia del pasado reciente en la Argentina democrática”. *Anuario del Centro de Estudios Históricos “Prof. S. A. Segreti”* 8 (2008): 223–41.

Brittin, Alice A., y Kenya C. Dworkin. “Rigoberta Menchú: ‘Los indígenas no nos quedamos como bichos aislados, inmunes, desde hace 500 años. No, nosotros hemos sido protagonistas de la historia’”. *Nuevo Texto Crítico* 6, n° 11 (1993): 207–22.
<https://doi.org/10.1353/ntc.1993.0008>.

Browning, Christopher. *Aquellos hombres grises. El Batallón 101 y la Solución Final en Polonia*. Barcelona: Edhasa, 2002.

Burgos, Elizabeth, y Rigoberta Menchú. *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*. México: Siglo XXI, 2007.

Burguière, André. *La Escuela de los Annales. Una historia intelectual*. Valencia: Publicacions de la Universitat de Valencia, 2009.

Burke, Peter, ed. *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza Editorial, 2012.

———. *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*. Barcelona: Crítica, 2005.

Calveiro, Pilar. “El testigo narrador”. *Revista Puentes*, n° 24 (2008): 50–55.

<http://comisionporlamemoria.chaco.gov.ar/jovenesymemoria/documentos/pdf/03.pdf>.

- . *Poder y desaparición: los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires: Ediciones Colihue, 1998.
- . “Testimonio y memoria en el relato histórico”. *Acta Poetica* 27, n° 2 (2006): 65–87.
- Campagne, Fabián Alejandro. *Homo Catholicus. Homo Superstitiosus. El discurso antisupersticioso en la España de los siglos XV a XVIII*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires-Miño y Dávila, 2002.
- Carassai, Sebastián. *Los años setenta de la gente común: la naturalización de la violencia*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2014.
- Carminatti, Andrés. “‘Algo habrán hecho’. La historia de los trabajadores durante la última dictadura militar (1976-1983) Un repaso historiográfico”. *Historia Regional* 25, n° 30 (2012): 13–34.
- Carnovale, Vera. “El enfoque militante sobre DD.HH. es incapaz de construir una cultura democrática”. *La Nación*. 15 de junio de 2014.
- . *Los combatientes (Historia del PRT-ERP)*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2011.
- Carnovale, Vera, Federico Lorenz, y Roberto Pittaluga. *Historia, memoria y fuentes orales*. Buenos Aires: Memoria Abierta/CeDInCI, 2006.
- Carr, Edward H. *¿Qué es la historia?* Barcelona: Planeta-Agostini, 1985.
- Caruth, Cathy, ed. *Trauma: Explorations in Memory*. Baltimore y Londres: The John Hopkins University Press, 1995.

- . *Unclaimed Experience. Trauma, Narrative and History*. Baltimore y Londres: The John Hopkins University Press, 1996.
- Castro, María Virginia. “La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina, de Eduardo Anguita y Martín Caparrós : ¿un libro escrito para vender? [En línea]”. *VIII Congreso Internacional de Teoría y Crítica Literaria Orbis Tertius*, 2012.
- Cattaruzza, Alejandro. “Los años sesenta y setenta en la historiografía argentina (1983? 2008): una aproximación”. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos [En ligne]*, 2008, 1–9.
<https://doi.org/10.4000/nuevomundo.45313>.
- Caviglia, Mariana. *Dictadura, vida cotidiana y clases medias. Una sociedad fracturada*. Buenos Aires: Prometeo, 2006.
- Certeau, Michel De. *La escritura de la Historia*. México: Universidad Iberoamericana, 2006.
- Chakrabarty, Dipesh. “History and the politics of recognition”. En *Manifestos for History*, 77–88. Nueva York: Routledge, 2007.
- . *Provincializing Europe. Postcolonial Thought and Historical Difference. Modern Social Imaginaries*. Princeton y Oxford: Princeton University Press, 2000.
- . “Where is the now?” *Critical Inquiry* 30, n° 2 (2004): 458–62.
<https://doi.org/10.1086/421152>.
- Charlton, Thomas, Lois Myers, Rebecca Sharpless, y Leslie Roy Ballard, eds. *History of Oral History. Foundations and Methodology*. Lanhan, Nueva York, Toronto, Plymouth: Altamira Press, 2007.

Chaves Maldonado, María Eugenia. “El anacronismo en la historia: ¿error o posibilidad? A propósito de las reflexiones sobre el tiempo en Carlo Ginzburg, Marc Bloch y Georges Didi-Huberman”. *Historia y Sociedad* 30 (2016): 45–73.

Chinchilla Pawling, Perla. “¿Aprender de la historia o aprender historia?” *Historia y Gráfica*, n° 15 (2000): 119–50.

Coady, C.A.J. “Collingwood and Historical Testimony”. *Philosophy* 50, n° 194 (1975): 409–24.

———. “Reid and the Social Operations of Mind”. En *The Cambridge Companion to Thomas Reid*, editado por Terence Cuneo y René Van Woudenberg. Cambridge: Cambridge University Press, 2004.

———. *Testimony. A philosophical study*. Nueva York: Oxford University Press, 1994.

Collingwood, R. G. *Idea de la Historia*. México: Fondo de Cultura Económica, 2014.

———. *The idea of history : with lectures 1926-1928*. Oxford-Nueva York: Oxford University Press, 1994.

Crenzel, Emilio. *La historia política del Nunca más: la memoria de las desapariciones en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2008.

Croce, Benedetto. *La historia como hazaña de la libertad*. Buenos Aires, México: Fondo de Cultura Económica, 1960.

D'Antonio, Débora. *La prisión en los años 70. Historia, género y política*. Buenos Aires: Biblos, 2016.

D'Antonio, Débora, y Ariel Eidelman. "Antecedentes y genealogía de la historiografía sobre la Historia Reciente en la Argentina". *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En ligne], *Questions du temps présent*, 2013. <https://doi.org/DOI : 10.4000/nuevomundo.65882>.

———. "Vera Carnovale, Los combatientes. Historia del PRT-ERP, Siglo XXI, Buenos Aires, 2011, 310 pp." *ARCHIVOS de historia del movimiento obrero y la izquierda*, n° 1 (2012): 208–12.

D'Antonio, Débora. "Las Madres de Plaza de Mayo y la apertura de un camino de resistencias ." *Nuestra América. Revista de Estudios sobre la Cultura Latinoamericana* 70, n° 2 (2006): 29–40.
<https://geografiadegeneroargentina.files.wordpress.com/2017/08/dc2b4antonio-madres-plaza-de-mayo.pdf>.

Daston, Lorraine. "Objectivity and Impartiality: Epistemic Virtues in the Humanities." En *The Making of the Humanities. Volume III: The Modern Humanities*, editado por Rens Bod, Jaap Maat, y Thijs Weststeijn. Amsterdam: Amsterdam University Press, 2014.

Daston, Lorraine, y Peter Gallison. *Objectivity*. Nueva York: Zone Books, 2007.

Dawidowicz, Lucy. *The War Against the Jews 1933-1945*. Nueva York: Open Road, 2010.

Delacroix, Christian, François Dosse, y Patrick Garcia. *Historicidades*. Buenos Aires: Waldhuter, 2010.

Derrida, Jacques. *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional*. Madrid: Editorial Trotta, 1998.

Dibble, Vernon. "Four Types of Inference from Documents to Events". *History and Theory* 3,

nº 2 (1963): 203. <https://doi.org/10.2307/2504279>.

Didi-Huberman, Georges. *Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora, 2011.

———. *La imagen superviviente. Historia del arte y tiempo de los fantasmas según Aby Warburg*. Madrid: Abada Ediciones, 2009.

Domanska, Ewa. “The Material Presence of the Past”. *History and Theory* 45, nº 3 (2006): 337–48.

Dosse, François. *Paul Ricoeur y Michel de Certeau La historia: entre el decir y el hacer*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 2009.

Douglas, Lawrence. *The Memory of Judgment: Making Law and History in the Trials of the Holocaust*. *Holocaust and Genocide Studies*. Vol. 17. New Haven y Londres: Yale University Press, 2001. <https://doi.org/10.1093/hgs/17.1.193>.

Droit, Emmanuel, y Franz Reichherzer. “La fin de l’histoire du temps présent telle que nous l’avons connue Plaidoyer franco-allemand pour l’abandon d’une singularité historiographique”. *Vingtieme Siecle: Revue d’Histoire* 118, nº 2 (2013): 121–45. <https://doi.org/10.3917/ving.118.0121>.

Dunaway, David K., y Willa K. Baum, eds. *Oral history: An Interdisciplinary Anthology*. Walnut Creek, Lanham, New York, Oxford: Altamira Press, 1996.

Eskildsen, Kasper Risbjerg. “Leopold Ranke’s Archival Turn: Location and Evidence in Modern Historiography”. *Modern Intellectual History* 5, nº 3 (2008): 425–53. <https://doi.org/10.1017/S1479244308001753>.

Evans, Richard. "History, Memory and the Law: The Historian as Expert Witness. A Review Essay of *The Haunting Past: History, Memory, and Justice in Contemporary France*. By Henry Rousso. Translated by Ralph Schoolcraft ." *History and Theory* 41, n° October (2002): 326–45.

Eyerman, Ron. *Cultural Trauma. Slavery and the formation of African American Identity*. Cambridge: Cambridge University Press, 2003.

Fabian, Johannes. *Time and the other. How anthropology makes its object*. Nueva York: Columbia University Press, 2006.

Fareld, Victoria. "History, Justice and the Time of the Imprescriptible". En *The Ethos of History. Time and Responsibility*, editado por Stefan Helgesson y Jayne Svenungsson. Nueva York, Oxford: Berghahn, 2018.

Febvre, Lucien. *Combates por la historia*. Barcelona: Ariel, 1982.

Feld, Claudia, y Valentina Salvi, eds. *Las voces de la represión. Declaraciones de perpetradores de la dictadura argentina*. Buenos Aires: Miño y Dávila, 2019.

Felman, Shoshanna, y Dori Laub. *Testimony. Crises of witnessing in literature, psychoanalysis and history*. Nueva York: Routledge, 1992.

Finchelstein, Federico, ed. *Los alemanes, el Holocausto y la culpa colectiva. El debate Goldhagen*. Buenos Aires: Eudeba, 1999.

Fisher, Mark. *Realismo capitalista ¿No hay alternativa?* Buenos Aires: Caja Negra, 2017.

Franco, Marina. "La 'teoría de los dos demonios': un símbolo de la posdictadura en la

Argentina”. *A Contracorriente: Revista de Historia Social y Literatura en América Latina* 11, n° 2 (2014): 22–52.

Franco, Marina, y Florencia Levín. “El pasado cercano en clave historiográfica”. En *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, editado por Marina Franco y Florencia Levín, 31–65. Buenos Aires: Paidós, 2007.

———, eds. *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. Buenos Aires: Paidós, 2007.

Franco, Marina, y Daniel Lvovich. “Historia Reciente: apuntes sobre un campo de investigación en expansión”. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani* Tercera se, n° 47 (2017): 190–217.

Freud, Sigmund. *Obras completas. Más allá del principio de placer, Psicología de las masas y análisis del yo y otras obras (1920-1922)*. Tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1992.

———. *Obras completas. Moisés y la religión monoteísta, Esquema del psicoanálisis y otras obras (1937-1939)*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1992.

———. *Obras completas. Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente (Schreber). Trabajos sobre técnicas psicoanalíticas y otras obras (1911-1913)*. Tomo XII. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1992.

Friedlander, Saul. *En torno a los límites de la representación. El nazismo y la Solución Final*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 2007.

Fritzsche, Peter. *Stranded in the Present. Modern Time and the Melancholy of History*. Cambridge, Massachusetts y Londres: Harvard University Press, 2004.

- Gadamer, Hans Georg. “El problema de la conciencia histórica”. *Cuadernos de Filosofía y Ensayo*, 1993.
- Garapon, Antoine. “La justicia y la inversión moral del tiempo”. En *¿Por qué recordar? Foro internacional Memoria e Historia*. UNESCO 25 marzo de 1998, La Sorbonne 26 marzo 1998, editado por Françoise Barret-Ducrocq. Buenos Aires, México, Santiago, Montevideo: Granica, 2002.
- García, Victoria. “Literatura testimonial en la Argentina: un itinerario histórico (1957-2012)”. *Cuadernos del CILHA* 18, n° 1 (2017): 11-43.
- Ginzburg, Carlo. *El juez y el historiador. Consideraciones a propósito del proceso de Sofri*. Madrid: Anaya, 1993.
- Goff, Jacques Le. *Histoire et mémoire*. París: Gallimard, 1988.
- Goff, Jacques Le, y Pierre Nora. *Hacer la Historia. Nuevos problemas. Volumen I*. Barcelona: Editorial Laia, 1978.
- Goldhagen, Daniel. *Los verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el Holocausto*. Madrid: Taurus, 1997.
- Guha, Ranajit, y Gayatri Spivak. *Selected Subaltern Studies*. Nueva York: Oxford University Press, 1988.
- Gumbrecht, Hans Ulrich. *Lento Presente. Sintomatología del nuevo tiempo histórico*. Madrid: Escolar y Mayo Editores, 2010.
- Halbwachs, Maurice. *La memoria colectiva*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza, 2004.

- Hammer, Dean, y Aaron Wildavsky. “La entrevista semi-estructurada de final abierto. Aproximación a una guía operativa”. *Historia y Fuente oral*, nº 4 (1990): 23–61.
- Hannoum, Abdelmajid. “What is an order of time?” 47, nº 3 (2015): 458–71.
- Hartog, François. *Evidencia de la Historia*. México: Univesidad Iberoamericana, 2011.
- . *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*. México: UIA, 2007.
- . “Un presente perpetuo”. *La Nación*. 10 de octubre de 2009.
- Hempel, Carl G. “Journal of Philosophy” 39, nº 2 (1942): 35–48.
- Henige, David. *Historical Evidence and Argument*. Wisconsin: The University of Wisconsin Press, 2004.
- Hilberg, Raul. *La destrucción de los judíos europeos*. Madrid: Akal, 2005.
- Hobsbawm, Eric. *Sobre la Historia*. Barcelona: Crítica, 1998.
- Hobsbawm, Eric. *Historia del siglo XX*. Barcelona: Crítica, 2000.
- Hogervorst, Susan. “The era of the user. Testimonies in the digital age”. *Rethinking History* 24, nº 2 (2020): 169–83. <https://doi.org/10.1080/13642529.2020.1757333>.
- Hume, David. *Enquiry Concerning Human Understanding*, 2007.
<https://www.earlymoderntexts.com/assets/pdfs/hume1748.pdf>.
- Hutton, Patrick. “Recent Scholarship on Memory and History”. *The History Teacher* 33, nº 4

(2000): 533–48.

Iggers, Georg. *La Historiografía del siglo XX. Desde la objetividad científica al desafío posmoderno*. México: Fondo de Cultura Económica, 2012.

Iggers, Georg, Edward Q. Wang, y Supriya Mukherjee. *A Global History of Modern Historiography*. Londres y Nueva York: Routledge, 2008.

Ípola, Emilio De. *La bamba: acerca del rumor carcelario y otros ensayos*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2009.

Jablonka, Ivan. *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2016.

Jameson, Frederic. *Teoría de la posmodernidad. La lógica cultural del capitalismo tardío*. Madrid: Trotta Editorial, 2016.

Jankélévitch, Vladimir. *Forgiveness*. Chicago: University of Chicago Press, 2005.

———. “L’Imprescriptible”. *La Revue administrative* 18, n° 103 (1965): 37–42.

———. “Should we pardon them?” *Critical Inquiry* 22, n° 3 (1996): 552–71.

<https://doi.org/10.1086/448807>.

Jelin, Elizabeth. “Las múltiples temporalidades del testimonio: el pasado vivido y sus legados presentes”. *Clepsidra. Revista interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria* 1, n° 1 (2014): 140–63.

———. *Los trabajos de la memoria. Siglo XXI*. Madrid: Siglo XXI, 2002. <http://cesycme.co/wp->

content/uploads/2015/07/Jelin-E.-Los-trabajos-de-la-memoria.-.pdf.

Jones, Sara. “Testimony through culture: towards a theoretical framework”. *Rethinking History* 23, n° 3 (2019): 257–78. <https://doi.org/10.1080/13642529.2019.1620909>.

Jordheim, Helge. “Introduction: Multiple Times and the Work of Synchronization”. *History and Theory* 53, n° 4 (2014): 498–512.

Kansteiner, Wulf. “Genealogy of a category mistake: A critical intellectual history of the cultural trauma metaphor”. *Rethinking History* 8, n° 2 (2004): 193–221. <https://doi.org/10.1080/13642520410001683905>.

Kolk, BA Van Der. “Body keeps the Score: The psychological consequences of overwhelming life experiences”. *Psychological trauma*, 1994, 1–21. http://books.google.ch/books?hl=en&lr=&id=Dp2gi8t8zLEC&oi=fnd&pg=PA1&dq=psychological+trauma+kolk&ots=l_Ks0sPVaj&sig=nrLL8rGIEGXXOSETaFJa7vjxcgE.

Koselleck, Reinhart. *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós, 1993.

———. *Los Estratos Del Tiempo: estudios sobre la Historia*. Barcelona: Paidós, 2001.

Kusch, Martin. *Knowledge by Agreement: The Programme of Communitarian Epistemology*, 2002. <https://doi.org/10.1093/0199251223.001.0001>.

Kuukkanen, Jouni-Matti. *Filosofía posnarrativista de la historiografía*. Zaragoza: Historia Global, 2019.

LaCapra, Dominick. *Escribir la historia, escribir el trauma*. Buenos Aires: Ediciones Nueva

- Visión, 2005.
- . *Historia en Tránsito. Experiencia, identidad, teoría crítica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006.
- . *Historia Y Memoria Después De Auschwitz. Historia Y Memoria Después De Auschwitz*. Buenos Aires: Prometeo, 2009.
- . *Representar el Holocausto. Historia, Teoría, Trauma*. Buenos Aires: Prometeo, 2016.
- Langlois, Charles-V, y Charles Seignobos. *Introducción a los Estudios Históricos*. Editado por Francisco Sevillano Calero. Alicante: Publicaciones Universidad de Alicante, 2003.
- Lanzmann, Claude, Ruth Larson, y David Rodowick. “Seminar With Claude Lanzmann II April 1990”. *Yale French Studies Literature*, n° 79 (1991): 82–99.
- Lefort, Claude. *As formas da História*. San Pablo: Editora Brasiliense, 1990.
- Lenclud, Gustave. “Être contemporain : altérité culturelle et construction du temps”. En *Les récits du temps*, editado por François Hartog y André Dreyfus-Asséo. París: PUF, 2010.
- Levi-Strauss, Claude. *Antropología estructural*. Barcelona: Paidós, 1995.
- . “Raza e historia”. *Revista de la Universidad Nacional (1944-1992)*, n° 8 (1971): 68–108.
- Levi, Primo. *Los hundidos y los salvados*. Barcelona: Muchnik, 1989.
- . *Si esto es un hombre*. Barcelona: Muchnik, 2002.

Levín, Florencia. “Escrituras de lo cercano. Apuntes para una teoría de la historia reciente argentina”. *Nuevo mundo mundos nuevos*, 6 de junio de 2017.

<https://doi.org/10.4000/nuevomundo.70734>.

———. “Un grano de arena en la inmensidad del mar : lo que puede aportar la historia a la elaboración de pasados traumáticos”. *Historia da Historiografia* 13, n° 33 (2020): 309–39.

Leys, Ruth. *Trauma. A Genealogy*. Chicago: University of Chicago Press, 2000.

Lorenz, Chris. *¿Historia como trauma? Algunas reflexiones acerca de los debates alemanes sobre la historia nazi*. Buenos Aires: I Congreso Internacional de Filosofía de la Historia, 2000.

———. *Entre filosofía e historia. Volumen I: exploraciones en filosofía de la historia*. Buenos Aires: Prometeo, 2015.

———. “Out of Time? Some Critical Reflections on François Hartog’s Presentism”. En *Rethinking Historical Time: New Approaches to Presentism*, editado por Marek Tamm y Laurent Olivier. Londres: Bloomsbury Publishing, 2019.

Lorenz, Federico. *Algo parecido a la felicidad. Una historia de la lucha de la clase trabajadora durante la década del setenta (1973-1978)*. Buenos Aires: Edhasa, 2013.

———. “El obrero, el desaparecido de la memoria”. *Revista Anfibia*, 2017.
<http://www.revistaanfibia.com/cronica/el-obrero-desaparecido-de-la-memoria/>.

———. “Un libro saca del olvido a la joven montonera que mató al jefe de la Policía Federal”. *Infobae*. 6 de junio de 2017.

Lvovich, Daniel, y Jaquelina Bisquert. *La cambiante memoria de la dictadura. Discursos públicos*,

movimientos sociales y legitimidad democrática. Los Polvorines: Biblioteca Nacional/Universidad Nacional de General Sarmiento, 2008.

Lythgoe, Esteban. "El desarrollo del concepto de testimonio en Paul Ricoeur." *Eidos* 9 (2008): 32–57.

<http://search.ebscohost.com/login.aspx?direct=true&profile=ehost&scope=site&authType=crawler&jrnl=20117477&AN=43776980&h=ReCfM8NhiyL521qzxbeDNNU5/I05myLp9my0U3elgY4v5cELb88eHtIBC6aNzv0z3FKMOJ94Pn04H3h8i7pDOQ==&crl=c>

———. "Paul Ricoeur, pensador del testimonio histórico". *Revista de Filosofía* 37, n° 2012 (2011): 107–22.

Mangiantini, Martín. "Los estudios sobre la lucha armada y las organizaciones político-militares en los años setenta. Hacia un balance historiográfico de su producción reciente (2001-2015)". *Estudios: Centro d Estudios Avanzados*, n° 34 (2015): 79–99.
<https://doi.org/10.31050/1852.1568.n34.13336>.

Marrou, Henri-Irénée. *El conocimiento histórico*. Barcelona: Idea Universitaria, 1999.

Masiá Clavel, J., T. Moratalla, y A Ochaíta. *Lecturas de Paul Ricoeur*. Madrid: Comillas, 1998.
<https://books.google.com.ar/books?id=7lvDSNiLWEwC&lpq=PP1&hl=es&pg=PP1#v=onepage&q&f=false>.

McMyler, Benjamin. *Testimony, Trust, and Authority*. Oxford: Oxford University Press, 2011.

Micale, Mark, y Paul Lerner. *Traumatic Pasts. History, Psychiatry, and Trauma in the Modern Age 1870-1930*. Nueva York: Cambridge University Press, 2001.

- Mudrovic, María Inés. “Alcances y límites de perspectivas psicoanalíticas en historia”. *DIÁNOIA* Volumen XL (2003): 111–27.
- . “El debate en torno a la representación de acontecimientos límite del pasado reciente: alcances del testimonio como fuente”. *Diánoia* 52, n° 59 (2007): 127–50.
<http://www.doaj.org/doi?func=openurl&issn=01852450&date=2007&volume=52&issue=59&spage=127&genre=article>.
- . *Historia, narración y memoria. Los debates actuales en filosofía de la historia*. Madrid: Akal, 2005.
- . “Historia do Tempo Presente e América Latina: Argentina uma entrevista con Maria Ines Mudrovic”. *Tempo & Argumento*; 9, n° 21 (2017): 450–71.
<https://doi.org/DOI: 10.5965/2175180309212017450>.
- . “Políticas Del Tiempo, Políticas de La Historia: ¿quiénes son mis contemporáneos?” *ArtCultura* 20, n° 36 (2018): 7–14.
- . “Regímenes de historicidad y regímenes historiográficos: del pasado histórico al pasado presente”. *Historiografías: revista de historia y teoría* 5, n° 5 (2013): 11–31.
<http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4531434&info=resumen&idioma=SPA>.
- . “The politics of time, the politics of history: who are my contemporaries?” *Rethinking History* 23, n° 4 (2019): 456–73.
<https://doi.org/10.1080/13642529.2019.1677295>.
- Nietzsche, Friedrich. *Segunda consideración intempestiva. Sobre la utilidad y los inconvenientes de la Historia para la vida*. Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2006.

Noiriel, Gérard. *Sobre la crisis de la historia*. Madrid: Frónesis, 1997.

Nora, Pierre. "Between Memory and History: Les Lieux de Memoire (The place of Memory)". *Representations*, n° 26 (1989): 7-24.

———. "Les lieux de mémoire. t.1 : La République", 1984.

Novick, Peter. *The Holocaust in American Life*. Boston, Nueva York: Houghton Mifflin Company, 1999. <https://doi.org/10.1177/13684310222225388>.

Oberti, Alejandra. *Las revolucionarias: militancia, vida cotidiana y afectividad en los setenta*. Buenos Aires: Edhasa, 2015.

Oberti, Alejandra, y Roberto Pittaluga. *Memorias en montaje. Escrituras de la militancia y pensamientos sobre la historia*. Buenos Aires: Ediciones El Cielo por Asalto, 2006.

Osborne, Peter. *Anywhere or Not at All: Philosophy of Contemporary Art*. Londres: Verso, 2013.

———. "Global Modernity and the Contemporary". En *Breakin up time. Negotiating the Borders between Present, Past and Future*, editado por Chris Lorenz y Berber Bevernage. Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht, 2013.

Partner, Nancy. "Foundations: Theoretical Framework for Knowledge of the Past". En *The SAGE Handbook of Historical Theory*, editado por Nancy Partner y Sarah Foot, 1-228. Los Angeles: SAGE, 2013. <https://doi.org/10.4324/9780203450659>.

Passerini, Luisa. *Fascism in Popular Memory. The Cultural Experience of the Turin Working Class*. Cambridge: Cambridge University Press, 2009.

Paul, Hermann. *Key Issues in Historical Theory*. Londres y Nueva York: Routledge, 2015.

Pittaluga, Roberto. “Miradas sobre el pasado reciente argentino. Las escrituras en torno a la militancia setentista (1983-2005)”. En *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, editado por Marina Franco y Florencia Levin, 125–52. Buenos Aires: Paidós, 2007.

———. “Notas para la historia del pasado reciente”. En *Historia, ¿para qué? Revisitas a una vieja pregunta*, editado por Jorge Cernadas y Daniel Lvovich, 124–30. Buenos Aires: Prometeo/UNGS, 2010.

Pomian, Krzysztof. *Sobre la Historia*. Madrid: Cátedra, 2007.

Portelli, Alessandro. “Raíces de una paradoja: La historia oral italiana”. *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, n° 17 (1997): 111–37.

———. *The Death of Luigi Trastulli and Other Stories. Form and Meaning in Oral History*. Nueva York: State University of New York Press, 1990.

———. *The Order Has Been Carried Out. History, Memory and Meaning of a Nazi Massacre in Rome*. Nueva York: Palgrave Macmillan, 2003.

Pozzi, Pablo. “Esencia y práctica de la Historia oral”. *Revista Tempo e Argumento* 4, n° 1 (2012): 61–70.

———. “La ética, la historia oral y sus consecuencias”. *História Oral*, n° 2013 (2014): 31–46.

———. *Oposición obrera a la dictadura (1976-1982)*. Buenos Aires: Editorial Contrapunto, 1987.

- . *Por las sendas argentinas - El PRT/ERP - La guerrilla marxista*. Buenos Aires: Imago Mundi, 2004.
- Pozzi, Pablo, y Daniel Mazzei. “Un cuarto de siglo de Historia Oral”. *Historia, Voces y Memoria*, n° 11 (2017): 5-7.
- Pozzi, Pablo, y Gerardo Necochea. *Cuéntame cómo fue. Introducción a la historia oral*. Buenos Aires: Imago Mundi, 2008.
- Pozzi, Pablo, y Alejandro Schneirder. *Los setentistas. Izquierda y clase obrera, 1969-1976*. Buenos Aires: Eudeba, 2000.
- Rancière, Jacques. “Le concept d’anachronisme et la vérité de l’historien”. *L’Inactuel*, n° 6 (1996): 53-68.
- Rauschenberg, Nicholas. “El problema de la normalización en tres debates : Historización , Historikerstreit y Goldhagen”. *Anos 90* 23, n° 43 (2016): 443-87.
- Reis, José Carlos. “História e Estruturalismo: Braudel versus Lévi-Strauss”. *História da Historiografia*, n° 1 (2008): 8-18.
- Retamal, Sofía. “El testimonio como discurso en el juicio oral”. *Revista de Psicología* XVI, (s.f.): 41-67.
- Revel, Jacques. *Las construcciones francesas del pasado*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001.
- Ricoeur, Paul. “La marca del pasado”. *Historia y Grafía*, n° 13 (1999): 157-85.

———. *Tiempo y narración - I. Configuración del tiempo en el relato histórico*. Buenos Aires, México: Siglo XXI, 2004.

Ricœur, Paul. *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2013.

———. *Sí mismo como otro*. Madrid: Siglo XXI, 1996.

———. *Tiempo y narración III. El tiempo narrado*. México: Fondo de Cultura Económica, 2009.

Romero, Luis Alberto. “¿Para qué sirve la historia?” *Clarín*. 1996.

———. *Breve historia contemporánea de la Argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001.

———. *Breve historia contemporánea de la Argentina 1916-2016. Edición definitiva*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2017.

———. “Historiadores del tiempo presente”. *La Nación*. 29 de abril de 2017.

———. “La historiografía argentina en la democracia: los problemas de la construcción de un campo profesional”. *Entrepasados. Revista de historia* V, n° 10 (1996): 91-108.

———. “La memoria del Proceso argentino y los problemas de la democracia: La memoria, el historiador y el ciudadano.” *Lucha armada en la Argentina*, n° 10 (2008): 1-11.
<http://luisalbertoromero.com.ar/publicaciones/page/3/>.

———. “Nos falta una buena historia de los años setenta”. *Clarín*, 15 de mayo de 1997.

- . “Recuerdos del Proceso, imágenes de la Democracia: luces y sombras en las políticas de la memoria”. *Clío & Asociados. La historia enseñada* 7 (2003): 113–22.
- Rot, Gabriel. *Los orígenes perdidos de la guerrilla argentina. Jorge Ricardo Masetti y el EGP*. Buenos Aires: El cielo por asalto, 2000.
- . “Un balance de los estudios sobre las Organizaciones Político-Militares argentinas”. *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, n° 9 (2016): 33–53.
<https://doi.org/10.46688/ahmoi.n9.155>.
- Roth, Michael. *The Ironist’s Cage: Memory, Trauma, and the Construction of History*. Nueva York: Columbia University Press, 1995.
- Rothberg, Michael. *Traumatic Realism. The Demands of Holocaust Representation*. Minneapolis-London: University of Minnesota Press, 2000.
- Rouso, Henry. “¿Juzgar el pasado? Justicia e historia en Francia”. *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo* 11 (2003): 77–91.
- . *Le Syndrome de Vichy: de 1944 à nos jours*. París: Seuil, 1990.
- . *The Latest Catastrophe. History, the Present, the Contemporary*. Chicago y Londres: The University of Chicago Press, 2013.
- Runia, Eelco. “Spots of Time”. *History and Theory* 45, n° 3 (2014): 305–16.
- Sahlins, Marshall. *Islas de historia. La muerte del capitán Cook. Metáfora, antropología e historia. Colección Hombre y Sociedad. Serie Cla. De. Ma. Antropología*. Barcelona: Gedisa, 1997.
<http://anchecata.colmich.edu.mx/janium->

bin/janium_login_opac.pl?find&ficha_no=15042.

Salas, Ernesto. *Uturuncos*. Buenos Aires: Biblos, 2003.

Salcedo, Javier. *Los montoneros del barrio*. Caseros: EdUNTREF, 2011.

Sánchez Marcos, Fernando. "Tendencias historiográficas actuales". *Cultura Histórica* 1 (2009): 1-92. <http://www.culturahistorica.es>.

Sanfelippo, Luis. *La utilización de la noción de trauma en la historiografía y la memoria social*. Facultad d. Buenos Aires: III Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XVIII Jornadas de Investigación Séptimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR, 2011.

———. "Versiones del Trauma: LaCapra, Caruth y Freud". *Historiografías*, n° 5 (2013): 51-70. https://doi.org/10.26754/ojs_historiografias/hrht.201352459.

Sarlo, Beatriz. "Cuando la política era joven". *Punto de Vista* xx, n° 58 (1997): 15-19.

———. *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y Giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2005.

Schwarzstein, Dora, ed. *La historia oral*. Buenos Aires: CEAL, 1991.

———. "La historia oral en América Latina". *Historia y Fuente oral*, n° 14 (1995): 39-50.

———. "Tendencias y temáticas de la historia oral en la Argentina". *Entrepasados. Revista de historia* V, n° 9 (1995): 51-62.

———. *Una introducción al uso de la Historia Oral en el aula*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001.

Sebe Bom Meihy, José Carlos. “Tres alternativas metodológicas: historia de vida, historia temática y tradición oral”. En *Cuentame cómo fue. Introducción a la historia oral*, editado por Pablo Pozzi y Gerardo Necochea. Buenos Aires: Imago Mundi, 2008.

Semprún, Jorge. *La escritura o la vida*. Barcelona: Tusquets, 1995.

Servetto, Alicia, Marta Philp, y Carol Solis, eds. *IX Jornadas de Trabajo sobre Historia Reciente*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2021.

Shapin, Steven. *A Social History of Truth. Civility and Science in Seventeenth-century England*. Chicago: The University of Chicago Press, 1994.

Shapiro, Barbara. *A Culture of Fact. England 1550-1720*. Ithaca y Londres: Cornell University Press, 2003.

———. “The Concept ‘Fact’: Legal Origins and Cultural Diffusion”. *Albion: A Quarterly Journal Concerned with British Studies* 26, n° 2 (1994): 227–52.

Sharples, Caroline. “In Pursuit of Justice: Debating the Statute of Limitations for Nazi War Crimes in Britain and West Germany during the 1960s”. *Holocaust Studies* 20, n° 3 (2014): 81–108. <https://doi.org/10.1080/17504902.2014.11435376>.

Silvana Vargas, Mariela. “La vida después de la vida. El concepto de ‘Nachleben’ en Benjamin y Warburg”. *Thémata*, n° 49 (2014): 317–31. <https://doi.org/10.12795/themata.2014.i49.17>.

- Simiand, Francois. "Método histórico y ciencia social". *EMPIRIA. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, nº 6 (2003): 163–202.
- Simon, Zoltán. "Do Theorists of History Have a Theory of History? Reflections on a Non-Discipline". *Historia da Historiografia* 12, nº 29 (2019): 53–68.
<https://doi.org/10.15848/hh.v1>.
- Sommer, Barbara, y Mary Kay Quinlan. *The Oral History Manual*. Lanham, Nueva York, Toronto, Plymouth: Altamira Press, 2009.
- Spiegel, Gabrielle M. "The future of the past history, memory and the ethical imperatives of writing history". *Journal of the Philosophy of History* 8, nº 2 (2014): 149–79.
<https://doi.org/10.1163/18722636-12341269>.
- Spivak, Gayatri. "¿Puede hablar el sujeto subalterno?" *Orbis Tertius* 3, no, nº 6 (1998): 205–17.
- Stoll, David. *Rigoberta Menchú y la historia de todos los guatemaltecos pobres*. Madrid: Unión Editorial, 2008.
- Taccetta, Natalia. "La desmaterialización de la historia en la era del archivo (cinematográfico) de Aby Warburg a Jean-Luc Godard". *Crítica Cultural* 11, nº 1 (2016): 29–48.
- Tamm, Marek, y Peter Burke, eds. *Debating New Approaches to History*. Londres: Bloomsbury Academic, 2018.
- Teitel, Ruti. *Transitional Justice*. Oxford: Oxford University Press, 2002.
- Thompson, Paul. *The Edwardians. The Remaking of British Society*. Londres y Nueva York:

Routledge, 2004.

———. *The Voice of the Past. Oral History*. Oxford: Oxford University Press, 2000.

Tocqueville, Alexis de. *El Antiguo Régimen y la Revolución Francesa*. México: Fondo de Cultura Económica, 1998.

———. *La democracia en América*. México: Fondo de Cultura Económica, 1992.

Tozzi, Verónica. “El debate sobre el tipo de explicación en la disciplina histórica en la filosofía analítica de la historia”. En *La historia desde la teoría. Una guía de campo por el pensamiento filosófico acerca del sentido de la historia y del conocimiento del pasado*. Vol. 1, editado por Daniel Brauer. Buenos Aires: Prometeo, 2009.

———. “The epistemic and moral role of testimony in the constitution of the representation of recent past.” *History and Theory* 51 (2012): 1–17.

Traverso, Enzo. “Historia y Memoria. Notas sobre un debate”. En *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción* *Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, editado por Marina Franco y Florencia Levín, 67–97. Buenos Aires: Paidós, 2007.

Trebitsch, Michel. “El acontecimiento, clave para el análisis del tiempo presente”. *Cuadernos de historia contemporánea*, n° 20 (1998): 29–40. <https://doi.org/10.5209/CHCO.7849>.

Urteneche, Gonzalo. “Mejor hablar de ciertas cosas. La consolidación de la historia reciente en la Argentina y dos debates al respecto”. En *¿Qué ves? ¿Qué ves cuando me ves? Ejercicios de interpretación con fuentes del pasado reciente argentino*, editado por Débora D’Antonio. Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos

Aires, 2020.

———. “Usos historiográficos del testimonio en un contexto presentista. Una mirada desde La memoria, la historia, el olvido, de Paul Ricoeur”. En *Actas del IV Congreso Internacional de Filosofía de la Historia. El pasado propio: historia y memoria en la formación de identidades colectivas*, editado por Daniel Brauer, Omar Acha, Adrián Ratto, y Facundo Martín, 231–42. Buenos Aires: Teseo Press Design, 2019.

Vansina, Jan. *Oral tradition*. Chicago: Aldine Publishing Company, 1965.

———. *Oral Tradition as History*. Wisconsin: The University of Wisconsin Press, 1985.

Wake, Caroline. “Regarding the recording: The viewer of video testimony, the complexity of copresence and the possibility of tertiary witnessing”. *History and Memory* 25, n° 1 (2013): 111–44. <https://doi.org/10.2979/histmemo.25.1.111>.

Wang, Edward Q., y Franz Fillafer, eds. *The Many Faces of Clio. Cross-Cultural Approaches to Historiography*. Nueva York, Oxford: Berghahn Books, 2007.

White, Hayden. “El pasado práctico”. En *Hayden White, la escritura del pasado y el futuro de la historiografía*, editado por Verónica Tozzi y Nicolás Lavagnino. Sáenz Peña: EdUNTREF, 2012.

———. *Ficción histórica, historia ficcional y realidad histórica*. Buenos Aires: Prometeo, 2010.

———. *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 2014.

———. *The Practical Past*. Evanston: Northwestern University, 2014.

Wiesel, Elie. *Night*. Nueva York: Hill and Wang, 2006.

———. “The Holocaust as Literary Inspiration”. En *Dimensions of the Holocaust*.
Northwestern University, 1977.

Wieviorka, Annette. *The era of the witness*. Cornell: Cornell University Press, 2006.

Wild on Collective. “Theses on Theory and History”. 2018. Accedido 27 de febrero de 2020.
<http://theoryrevolt.com/>.

Wilson, Ross. “Memory and Trauma: Narrating the Western Front 1914–1918”. *Rethinking
History* 13, n° 2 (2009): 251–267.

Yerushalmi, Yosef Hayim. *Zajor: la memoria y la historia*. México: Anthropos Editorial, 2002.

Young, James. *Writing and Rewriting the Holocaust. Narrative and the Consequences of Interpretation*.
Bloomington e Indianápolis: Indiana University Press, 1990.